TEMAS DE DEBATE

Alonso Aguilar Monteverde

Globalización y Capitalismo

PLAZA & JANÉS

Globalización y capitalismo

Alonso Aguilar Monteverde

Globalización y capitalismo

PLAZA & JANÉS



Globalización y capitalismo

Primera edición: enero de 2002

ISBN: 968110503-6

Diseño de portada: Warp Zone Design
Composición tipográfica: Ma. Alejandra Romero I.
Fotografía de autor: Raúl González

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Introducción

Al bosquejar este libro pensé que sus temas centrales serían la internacionalización y la globalización; la primera, vista como un largo proceso histórico, y la segunda como la forma que ese proceso adopta en nuestros días. En un primer acercamiento creí que en pocas páginas podría dar cuenta de una y otra, pero al empezar a trabajar me percaté de que si solamente ofrecía al lector un apretado y rápido resumen, corría el riesgo de repetir cosas bien conocidas, de cuyo examen no pudiera recoger siquiera algunos de sus principales elementos.

Sobre la globalización, en particular, supuse que a partir de algunos autores que en años recientes se han ocupado de ella podría referirme a sus principales planteamientos y, con alguna reflexión de mi parte, ofrecerlos al lector. Sin embargo, a medida que empecé a familiarizarme con varios escritos sobre el tema, advertí que, lejos de haber en ellos un amplio acuerdo, cada autor tiene una opinión propia, diferente de la de otros.

Ante tal situación pude haber elegido determinada posición y limitarme a presentarla como la más característica e inclusive la de mayor validez. Mas ello me pareció inaconsejable por varias razones: era limitante y me privaba de la posibilidad de poner a consideración del lector otras explicaciones; porque la propia diversidad de puntos de vista da cuenta de la riqueza del debate; porque de examinar solamente una opinión sería imposible advertir los diferentes enfoques y perspectivas de análisis; porque para poner al día y enriquecer ciertos planteamientos teóricos, los hechos en que se

expresa la globalización deben ser examinados con objetividad, pues así puede apreciarse más fácilmente en dónde la ciencia social queda atrás de los rápidos y a veces profundos cambios de los últimos decenios, e incluso porque el conocimiento de esos hechos y cambios es necesario, en particular, para responder a ellos con líneas de acción que permitan resolver algunos problemas.

El que con frecuencia exista la impresión de que los rasgos más importantes de la globalización se relacionan, e incluso obedecen, a las políticas neoliberales en boga me convenció de la necesidad de examinar la relación globalización-neoliberalismo, y de distinguir lo que resulta de factores propiamente estructurales, de aquello que expresa, sobre todo, la influencia de ciertas políticas y concretamente de las neoliberales. Y al respecto consideré útil recordar que la globalización no es privativa de lo que ocurre en los últimos años, y que desde los años sesenta hay claros signos de globalización que demuestran que ésta empieza a tomar cuerpo cuando las políticas neoliberales no eran aún las dominantes. También me pareció digno de examen el que, pese a todo lo que se dice a menudo, acerca de que las políticas neoliberales en favor del mercado y el "libre mercado" se apoyan en al economía clásica inglesa y en particular en las ideas de Adam Smith y David Ricardo, éstas en verdad se basan en realidades diferentes y aun contrarias a las que dichos autores tuvieron presentes en sus análisis teóricos.

Me sorprendió que en numerosos libros y artículos se sugiere que la globalización es el fenómeno central de nuestro tiempo y que a ella obedecen otros hechos y tendencias, sin que se mencione siquiera al capitalismo, no obstante que éste, desde antes incluso de convertirse en el modo de producción dominante en países como Inglaterra y Holanda, tenía ya una clara proyección internacional y, más tarde, globalizante. Y aun cuando no todo lo que ha acontecido en los últimos decenios es atribuible al capitalismo, si éste es ignorado y sus cambios más importantes no se examinan con cuidado, y en particular no se repara en la forma en que el capital y las relaciones capitalistas de producción se extienden a escala propia-

mente mundial, lo que realmente determina la globalización queda también al margen, y ello vuelve imposible entenderla y responder a los problemas y retos que plantea.

No obstante que al examen de la relación globalización-capitalismo se dedica un largo capítulo, soy consciente de que no pocos aspectos de ella y de su problemática no pudieron ser adecuadamente considerados. Aun así, espero que el lector recoja con interés y utilidad los materiales que se le ofrecen. Acerca de ese capítulo —el 4 del libro—, al advertir que el texto era ya muy extenso, más que por razones metodológicas que por conveniencia práctica, me pareció que podría ser útil recoger de un lado reflexiones y análisis de autores de países altamente desarrollados, y del otro posiciones de quienes trabajan sobre la misma temática en naciones subdesarrolladas. Y aun cuando no comparé unas y otras opiniones, el lector podrá observar que junto a cuestiones que se abordan de manera similar, hay otras cuyas perspectivas de análisis son diferentes, entre otras razones porque proceden de países y realidades diferentes.

Por lo que hace al capitalismo y sus recientes cambios, en particular, más que abundar en torno a ciertas cuestiones concretas, me pareció conveniente subrayar que en conjunto son importantes y modifican de manera apreciable lo que fue característico del sistema en épocas anteriores. O sea que si bien reiterar que la sociedad actual es capitalista e incluso más capitalista que antes es necesario y significativo, también lo es percatarse de que el mundo y concretamente el capitalismo de nuestros días se desenvuelven en otra escala y de nuevas maneras. El solo hecho de que el capital, como relación social, prácticamente se universalice, revela que el capitalismo de nuestros días ha madurado como nunca antes; y si a ello se añaden otros hechos que también dan cuenta de cambios importantes, se comprende mejor lo que acontece.

A diferencia de autores que piensan que el capitalismo actual es postimperialista, yo pongo a consideración del lector la idea de que el imperialismo sigue presente, lo que no significa que sea el mismo que estudiaron varios distinguidos pensadores hace cerca

de un siglo. En realidad podría hablarse de un nuevo imperialismo, en el que no pocos aspectos importantes de su funcionamiento han cambiado y que, lejos de haberse debilitado, caído en una profunda descomposición y estar a punto de desaparecer, en conjunto se ha fortalecido y no tiene frente a sí un nuevo sistema social —como se pensó ocurriría con el socialismo— que se consolide, extienda y se vuelva, a partir de la revolución, el sistema dominante. Y tanto por ello, como porque el precapitalismo ha perdido significación en los últimos decenios, el capitalismo se enfrenta hoy sobre todo a sus contradicciones internas, algunas de las cuales se agravan y otras se suavizan, gracias al empleo de ciertos nuevos mecanismos y a la reestructuración y otras posibilidades que abre la mundialización del capital.

En cierto momento me sentí tentado a examinar cuestiones muy concretas y aun a proponer fechas precisas, a partir de las cuales podría iniciarse la nueva fase que actualmente recorremos, pero pronto me convencí de que probablemente ello sea prematuro y menos útil que ahondar en el examen de lo que ha ocurrido, y sobre esa base comprender mejor la magnitud y naturaleza de los principales cambios y lo que ellos anuncian para el futuro.

Acaso algunos lectores sientan que pude y aun debí ocuparme con mayor precisión de los cambios que el capitalismo ha sufrido, no sólo en general sino en países determinados, digamos en los nuestros de América Latina. Y aun cuando no dudo que ello habría sido muy interesante y útil, me reconozco del todo incapaz de intentar aquí tal examen, pues ello reclamaría otra investigación y otro libro. A propósito de ello, incluso diría que a partir del próximo año, si tengo salud y dispongo de un mínimo de medios, me gustaría examinar los cambios que en las últimas décadas ha experimentado concretamente el capitalismo mexicano; y sin menospreciar lo que se haya escrito al respecto, trataría de acercarme al menos a algunas de las principales ciudades y regiones del país, y ver de cerca y de un modo más fresco y directo los cambios que se han registrado en ellas.

Al disponer de más y mejores elementos que nos permitan entender las nuevas situaciones, tendremos mayor claridad acerca de la forma en que podríamos contribuir a actualizar y enriquecer la ciencia social, asunto en el que me limité a señalar que, dada la rapidez y magnitud de algunos cambios, no debiera sorprender que su explicación resulte inadecuada y que ciertos conceptos e instrumentos de análisis se sientan ya rezagados e insuficientes frente a las nuevas realidades.

Si bien es importante actualizar el análisis teórico, el lector habrá observado que, en mi opinión, teoría y práctica no debieran separarse, sino mantener un estrecho contacto y aun apoyarse mutuamente. Por ello subrayo que así como una buena teoría tiene sin duda importancia práctica, la acción y en particular ciertas luchas sociales, contribuyen decisivamente al cambio y enriquecen la teoría.

A propósito de estas luchas, necesarias para lograr la transformación y el progreso de la sociedad, y en general sobre otras cuestiones, me interesó recoger lo que piensan diversos autores, y a la vez poner mis ideas a consideración del lector. Y, convencido de que el capitalismo de hoy y aun el de mañana no podrán resolver los graves problemas que el propio sistema —tales como la explotación, la desigualdad social, el desempleo, la inseguridad, la violencia, el crimen organizado y desde luego, el subdesarrollo— genera a partir de una nueva teoría de la transición, será preciso construir una estrategia de desarrollo que permita aprovechar al máximo las posibilidades de avance dentro del capitalismo, y a partir de cierto momento, empezar a sentar las bases de una nueva sociedad socialista que asegure una vida democrática y digna a los millones de hombres y mujeres que carecen de ella.

Al reconocer que la tendencia a la mundialización desborda a menudo el ámbito territorial de cada país, y que ello entraña un nuevo estado de cosas y un desafío para la ciencia social, no estoy de acuerdo con quienes piensan que tal situación invalida lo nacional y vuelve invigente la soberanía.

Sólo unas palabras más.

Espero no haber procedido, en ninguna ocasión, como si yo tuviera el monopolio de la verdad. Si recogí con interés las opiniones de otros autores fue, precisamente, porque sobre todo en asuntos complejos y a menudo poco estudiados, ello puede contribuir a que ampliemos nuestra visión y comprendamos mejor lo que acontece. Y aun cuando yo discrepo de algunas de esas opiniones, quise darlas a conocer al lector para que éste elija lo que le parezca más convincente y le sirva para enriquecer sus ideas y pensar por sí mismo.

Dos viejos amigos y distinguidos economistas, Fernando Paz Sánchez y Oscar Pino Santos, leyeron gentilmente el texto y me hicieron útiles sugerencias. Y otros dos compañeros que colaboran de cerca conmigo —Agustín González y Lorena Reyes—, me ayudaron mucho también; Lorena, a capturar y pasar en limpio una y otra vez el material, y Agustín a buscar algunos libros, ordenar el índice y elaborar la bibliografía. Agradezco a todos su valioso apoyo, y al hacerlo debo aclarar que los errores que encuentre el lector son de mi exclusiva responsabilidad.

A. A. M.

El proceso de internacionalización

ANTECEDENTES

La internacionalización, que se desenvuelve tan rápidamente en el mundo de nuestros días, no es un hecho nuevo; se remonta a siglos atrás. Desde los albores del capitalismo, en los siglos XV y XVI, adquiere creciente significación el intercambio comercial con otros países, aunque a la vez el viejo y cerrado orden colonial, que por entonces empieza a configurarse, tiende —como ocurrió en el imperio español— a limitar y a deformar ese intercambio.

Los descubrimientos de fines del siglo XV y las conquistas que siguen a ellos representan procesos de expansión territorial y mercantil que impulsan la internacionalización. El monopolio, que en un momento dado ejercen España y Portugal en sus colonias, concita la hostilidad principalmente de Holanda e Inglaterra, que quieren penetrar en esos imperios y a la vez imponer su propia dominación en otros territorios.

El intercambio comercial empieza a cobrar importancia desde los siglos XIII y XIV, en que las ferias en varias ciudades atraen a toda clase de comerciantes. Por entonces, además, ciudades-Estado como Venecia son centros económicos con creciente actividad. Más tarde el comercio se desplaza hacia el norte —Amberes—, y tiempo después regresa al Mediterráneo, a Génova, Florencia y Milán. En el siglo XVII —y hasta mediados del XVIII— Amsterdam pasa al primer lugar, y bajo la dominación holandesa la economía se expande como nunca antes, reservándose los capitalistas los grandes

negocios internacionales de su tiempo. En otras palabras, a los capitalistas les interesa especialmente "el intercambio superior, sofisticado y dominante", y allí es donde "se sitúa la esfera del capitalismo".[1]

El nacimiento de los Estados nacionales y sus nuevas y crecientes relaciones propician y aun vuelven necesario un orden jurídico que da origen al derecho internacional. A partir sobre todo del Tratado de Westphalia, de 1648, los principales países adoptan reglas que les permiten afirmar su soberanía, defender sus intereses y negociar sus diferencias. Y aun cuando gran parte de las relaciones económicas y políticas quedan todavía al margen de una regulación jurídica, el derecho internacional empieza a cobrar importancia.[2]

CIENCIA, RACIONALISMO Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Desde el Renacimiento surgen nuevas ideas, a menudo asociadas a nuevas instituciones y formas de organización social, que cuestionan viejos conceptos y tradiciones. Los nacientes y poderosos Estados de entonces presentan su expansionista política de dominación como el signo de una civilización superior, la de occidente, que mejoraría la condición de los pueblos "salvajes", "bárbaros" o "incivilizados" a los que sometía.[3]

A partir, especialmente, de la primera mitad del siglo XVII, la ruptura con algunas viejas posiciones de la Iglesia y el intento de explicar los fenómenos naturales y aun sociales de nuevas maneras, afianzó la idea del progreso, entrañó una apertura intelectual y contribuyó a romper trabas hasta entonces infranqueables, lo que sin duda impulsó también el proceso de internacionalización.

Lo que suele llamarse la "revolución científica", o sea "el triunfo de la racionalidad y del experimento sobre la metafísica, la superstición y la especulación", ejerció cada vez mayor influencia desde el siglo XVI. Y esa revolución, que fue fruto del progreso social, a la vez contribuyó a impulsarlo. Como aspectos muy importantes de ella se recuerdan a menudo las obras de Copérnico,

Newton, Galileo y Kepler. La influencia, en particular, de Newton fue muy grande no sólo en la física y otras ciencias, sino incluso en la política, la moral y la literatura, sobre todo a partir de que sus principales ideas se dieron a conocer ampliamente durante el Siglo de las Luces.

"La singular mezcla de teoría y práctica característica de la ciencia de esta nueva era derivó de las transformaciones sociales en el contexto que rodeaba a esa ciencia. La Humanidad tenía metas frescas, ambiciosas y prácticas que alcanzar, no sólo en la navegación internacional."[4]

Aun bajo el mercantilismo, en que el Estado era absolutista y su interés en el comercio con otros pueblos perseguía fundamentalmente exportar más de lo que se importaba y acumular oro, se produjeron cambios en la dirección ya señalada, pero fue especialmente bajo la influencia de la economía clásica inglesa cuando empezó a comprenderse mejor que, a partir de las ventajas comparativas de cada país, podía promoverse el intercambio internacional.

Desde antes de que el comercio de mercancías comenzara a crecer en forma significativa, el de seres humanos, en particular el tráfico de esclavos, tuvo cada vez mayor importancia, y millares de jóvenes procedentes de diversas regiones, y a partir de cierto momento sobre todo de África, afluyeron al mercado de trabajo desprovistos de los más elementales derechos humanos. El mercado laboral pronto se internacionalizó, y se estima que tan sólo entre 1815 y 1850, cuatro millones de europeos emigraron como trabajadores de bajos salarios hacia América, sobre todo a Estados Unidos, y que incluso un mayor número se desplazó de unos países europeos a otros.[5]

Por entonces no hubo realmente un mercado internacional de capitales, pero Inglaterra, que después de 1750 se convierte en el país económicamente dominante, empezó a prestar dinero a gobiernos en dificultades y a otorgar préstamos bancarios a corto plazo que facilitaran el comercio; en la segunda mitad del siglo XIX, a medida que algunos países hacían inversiones en el exterior, el capital empezó también a moverse en mayores cantidades, ligado al surgimiento y desarrollo de nuevas actividades.

Bajo el capitalismo inglés y holandés, y el mercantilismo dominante en los siglos XVII y XVIII, el proceso de internacionalización cobró impulso, y la construcción de caminos, la navegación marítima y el intercambio comercial fueron cada vez más importantes. La revolución industrial inglesa de fines de ese último siglo, apoyada en una cambiante división del trabajo y en nuevas tecnologías, aumentó la producción de manufacturas y alentó el intercambio, en particular entre los países por entonces económicamente más avanzados.

La revolución industrial inglesa no es un hecho aislado que pueda explicarse sólo a partir de la situación de Inglaterra. El capitalismo industrial —escribe Braudel— "no pudo crecer, tomar forma y fuerza sino al compás de la economía subyacente [...] Al mundo no lo explota cualquiera. Es necesaria una potencia previa lentamente madurada. Pero seguro que esta potencia, si bien se forma mediante un lento trabajo sobre sí misma, se refuerza con la explotación del prójimo [...] Las dos explicaciones (interna y externa) van, pues extrechamente unidas".[6]

La Revolución Francesa y la expansión napoleónica rebasan las fronteras nacionales. La Santa Alianza refuerza a la triunfante Inglaterra y hace temer que no sólo no se reconozca a las nacientes repúblicas americanas, sino que incluso trate de restablecerse el viejo orden colonial. En ese contexto surge en 1823 la llamada "Doctrina Monroe", cuyo postulado de que América debe ser para los americanos es un legítimo rechazo al interés de los más poderosos países europeos de pretender decidir lo que se haga en las nuevas repúblicas, y en parte es un anuncio de la política expansionista que desde entonces empezaría a caracterizar a Estados Unidos, el país del "destino manifiesto", el cual cuando apenas comenzaba a consolidarse como nación dejó ver su intención de dominar eventualmente a Cuba y de apoderarse de Texas, y que en realidad reclamaba América no para todos los americanos sino, como la historia pronto lo demostraría, para los norteamericanos.

Después de la Revolución Francesa, si bien de momento pareció detenerse la expansión territorial, los nuevos imperios se forta-

lecieron, y aunque con frecuencia se atribuye su expansión al reino de la libertad, lo cierto es que aquélla coincide casi siempre con buena dosis de proteccionismo e incluso de sujeción y uso de la fuerza. La forma en que crece tempranamente Estados Unidos, despojando a la población india de prácticamente todo, aun acabando con ella, y declarando después una injusta guerra a México, gracias a la cual se apodera de más de la mitad del territorio de este país, ilustra dramáticamente lo acontecido.

La independencia de Estados Unidos, y años después de las colonias españolas en América Latina, significa el fin de la vieja política mercantil y del sistema del monopolio comercial. Estados Unidos avanza desde un principio sobre bases propias y una mejor organización social. Y aunque bajo la influencia de la economía política clásica se aceptaría también en América Latina el librecambio como condición del progreso, las difíciles condiciones internas, el atraso económico, la inestabilidad política, el peso de la herencia colonial y la ausencia de una nueva y mejor organización institucional, limitan la producción y el intercambio internacional. En realidad es hacia mediados del siglo, y especialmente después de los años sesenta, cuando al surgir el mercado mundial se sientan las bases de un mayor comercio internacional, en el que los países capitalistas más avanzados, y particularmente Inglaterra, adquieren a bajos precios materias primas en otros países y venden manufacturas caras.

Proyección internacional del capitalismo

El mercado mundial no surge a consecuencia de un mero incremento cuantitativo y gradual del comercio, sino como sistema internacional y como resultado de situaciones muy diversas, complejas y contradictorias, que en realidad anuncian el inicio de una nueva época, en la que el capitalismo se extiende y consolida en ciertos países.[7]

La conversión del mercado en un mercado mundial señala un nuevo momento en el desarrollo del capitalismo, así como la ten-

dencia tanto a una mayor expansión como a la profundización de las relaciones capitalistas en el ámbito internacional, hechos que dejan de lado quienes menosprecian el alcance de la internacionalización en proceso y su proyección crecientemente global.

Con el mercado mundial, hacen notar Marx y Engels, "se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la intelectual".[8] En otro pasaje, Marx expresa que

> mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países [...] Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente, son suplantadas por nuevas industrias [...] que ya no emplean materias primas indígenas, sino [aquéllas] venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo.[9]

Pues bien, ese proceso, que según Marx trae consigo una nueva división internacional del trabajo y quita a la industria "su base nacional", ejerce gran influencia en la internacionalización de la economía, tanto porque empezó a internacionalizar a una industria hasta entonces nacional, como porque impide, o al menos vuelve muy difícil, que en los países en donde el capitalismo surgiría de ahí en adelante, "el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional" se abran paso.[10]

Todo lo anterior revela que si bien es en los últimos años cuando más se ha hablado de "globalización" y de un "mercado global", desde hace mucho tiempo algunos autores repararon en que el capital tiende a expandirse a escala mundial y aun advirtieron que ello no era accidental, sino que la proyección internacional cada vez mayor del sistema era un rasgo inherente al mismo, ya en franco desarrollo.

"La burguesía no puede existir —recordemos de nuevo a Marx y Engels— sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y, por ello las relaciones de producción y todas las rela-

ciones sociales".[11] Lo que no advierten quienes caen —y se quedan— en posiciones tecnocráticas, a las que escapa la comprensión del impacto de los cambios en las relaciones económicas y sociales.

El movimiento revolucionario y en particular socialista tuvo también, desde mediados del siglo XIX, creciente influencia en el proceso de internacionalización. El Manifiesto Comunista, por ejemplo, cuyo lanzamiento coincidió con el momento revolucionario europeo de 1848, circuló entre los trabajadores y los estudiosos del capitalismo, como no lo había hecho ningún otro texto de ese tipo hasta entonces.

La Primera Internacional, en 1864, es el primer intento serio de organización internacional de la clase obrera. La Segunda Internacional, hacia fines de siglo XIX y principios del XX, impulsa y lleva más lejos la internacionalización. Y desde luego la Revolución de Octubre y varios de los hechos que siguen a ella tienen también gran impacto internacional. El primero de esos hechos consiste en que la revolución misma se concibe como un movimiento de alcance internacional, y son fundamentalmente las derrotas que la revolución sufre en Hungría y Alemania lo que hace que la Revolución Rusa se lleve adelante en un solo país, la Unión Soviética, aunque aquélla tiene un carácter multinacional.

La Tercera Internacional, no obstante que el propio Lenin califica algunos de sus acuerdos como "muy rusos", se proyecta internacionalmente; lo que hace también, pese a su más limitado alcance, la Cuarta Internacional.

Con frecuencia no reparamos en la significación que concretamente en el medio intelectual tuvo la Revolución de Octubre, no sólo en Europa sino en nuestros propios países. En su libro *Los Tiempos Nuevos*, publicado en 1921, José Ingenieros escribe:

> El fenómeno de la hora presente es la anhelosa inquietud renovadora que agita la conciencia de la Humanidad... No expresa un credo dogmático, pero alienta la convicción firme de que 'algo' va a cambiar en el mundo [...] El grupo ¡Claridad! ha polarizado ese nuevo estado de espíritus. De ahí ha surgido la Internacional del Pensamiento.

La defensa del orden existente, señala Ingenieros, se hace a través de organizaciones internacionales poderosas. "Contra esa opulenta internacional es difícil luchar, pero es necesario luchar [...] La Internacional del Pensamiento [...] ha nacido para acercar a los intelectuales que anhelan cooperar a la elaboración ideológica del porvenir y todos los espíritus independientes tienen un puesto a su lado."[12]

La caída de la actividad económica desde los años setenta afectó el proceso de internacionalización. En cambio, desde fines del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, pese a altibajos como el de 1907, hubo una creciente apertura comercial y financiera que especialmente fue aprovechada por Inglaterra, entonces la potencia hegemónica, cuyas inversiones e intercambio con otros países aumentaron a un ritmo sin precedente.

Hacia 1914 las inversiones inglesas en el exterior excedían ya de 8 100 millones de dólares, y las de Estados Unidos y Alemania eran de 2 652 y 2 600 millones.[13]

Teóricos como Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin, Kautsky y Rosa Luxemburgo repararon en la creciente internacionalización económica desde principios del siglo XX, y en la importancia de los flujos de capital hacia el exterior, que desde luego era muy inferior a la actual.

Después de la Primera Guerra Mundial y de que Woodrow Wilson propusiera crear la Liga de Naciones, que en realidad no logró cristalizar como algo importante, Estados Unidos cobró creciente fuerza e invirtió más en otros países, sobre todo subdesarrollados, y a la vez tendió a cierto aislamiento y apoyó su expansión tanto en una política comercial proteccionista como en el conservador discurso del *laissez-faire*, al que se adhirieron los tres gobiernos de la llamada "dinastía republicana", de Harding, Coolidge y Hoover.

El proceso de internacionalización económica se detuvo con la crisis de 1929 y la profunda depresión de los años treinta. El gobierno de Roosevelt se preocupó principalmente por ayudar a la recuperación económica interna, a través de una mayor intervención del Estado y de un gasto público deficitario. Hacia América Latina

inauguró la política de "buena vecindad", reconociendo desde 1933 "el principio de igualdad jurídica de los Estados, de 'No Intervención' en los asuntos internos o externos de otros países, la inviolabilidad territorial y la necesidad de proscribir el uso de la fuerza en las relaciones internacionales",[14] todo lo cual parecía anunciar una nueva política.

La persistencia de la depresión, hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, impidió el crecimiento de la economía internacional, y ya bajo el conflicto todo se subordinó, explicablemente, a sus exigencias. Desde antes de que la guerra concluyera, empezaron a sentarse las bases de un nuevo orden de cosas.

INTERNACIONALIZACIÓN DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Estados Unidos salió de la guerra fortalecido y en condiciones de ejercer una nueva y larga hegemonía; su posición se desenvolvió en diversos planos y dejó ver profundas contradicciones. La alianza con la Unión Soviética en la lucha contra Alemania y el eje nazifascista reclamaba amplios acuerdos en favor de la paz y la cooperación internacional; y todo hacía pensar que se trabajaba, precisamente, en esa dirección. Al regresar de la conferencia de Yalta, a principios de 1945, el presidente Roosevelt destacó como los dos propósitos principales de esa reunión: "derrotar a Alemania con la mayor rapidez [...] y echar los cimientos de un acuerdo internacional que traiga el orden y la seguridad después del caos de la guerra y que nos garantice una paz duradera entre las naciones del mundo".[15] Simultáneamente, sin embargo, Estados Unidos trabajaba para consolidar su nueva posición dominante, y el gobierno norteamericano pronto convertiría a su aliado de la víspera, la Unión Soviética, en el nuevo y más peligroso enemigo a combatir; y de inmediato trataría de subordinar a Latinoamérica a su conservadora y excluyente política. Varios hechos de distinta naturaleza, que por entonces influyen de maneras diversas en el proceso de internacionalización, son los siguientes:

1944. Se suscriben en Bretton Woods, New Hampshire, los tratados conocidos con ese nombre, por los cuales se crean el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento —más tarde Banco Mundial— y se establece un nuevo régimen de regulación monetaria y cambiaria internacional, que implanta un sistema de paridades fijas y refuerza el dólar de Estados Unidos, entonces convertible en oro, como moneda mundial.

1945. Apenas concluida la segunda guerra se abre el proceso de descolonización en Asia y África, que sin duda influye de nuevas maneras en la internacionalización; caen viejos imperios y las principales posiciones político-económicas de ese movimiento se expresan y resumen, años más tarde, en la Conferencia de Bandung.

Desde la Conferencia de Potsdam cambia la política de Estados Unidos e Inglaterra y empieza a advertirse una creciente hostilidad hacia la Unión Soviética. En ese año se crea la organización de Naciones Unidas (ONU). Y en adelante contribuyen a la internacionalización los Consejos, las Comisiones económicas regionales que dependen del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (ECOSOC), y otros cuerpos (como la UNCTAD, FAO, ONUDI, UNESCO), que empiezan a ser foros de debates y nuevas instancias en las que se adoptan acuerdos multilaterales.

Se celebra en México la Conferencia de Chapultepec, en la que Estados Unidos, en ejercicio de su hegemonía, trata de hacer valer el Plan Clayton, que fundamentalmente intenta imponer una política de libre comercio y subordinar a Latinoamérica a los intereses norteamericanos.

Se inicia la era de la computación y de los excepcionales avances tecnológicos de los últimos decenios.

Muerto Roosevelt, en vez de la política pacifista y de cooperación internacional que él prometía, Truman propicia el rompimiento con la Unión Soviética a partir de la política de "guerra fría", que coincide con la ofensiva macartista, desde la cual las fuerzas estadounidenses más conservadoras calificarían de "comunista", "antidemocrática" y "antiamericana" toda posición crítica, progresista o reformista.

1947. Se excluye a los comunistas de los gobiernos de Francia e Italia; se lanza la Doctrina Truman, para mantener el viejo orden de cosas en Grecia y Turquía, y el Plan Marshall, con el que Estados Unidos intenta lograr cierta estabilidad, fortalecer el capitalismo europeo, cerrar el paso a una posible transformación revolucionaria y restablecer el importante papel de Alemania en la economía y la política europeas.[16]

El Plan Marshall internacionaliza la política y la acción del Estado norteamericano, que ahora se asignaría la responsabilidad de preservar y desarrollar la economía internacional, a través de una directa y creciente intervención en prácticamente todo el mundo. Como nunca antes, la derrota y ocupación unilateral de Japón haría posible la dominación norteamericana y la puesta en marcha de reformas que acelerarían la reconstrucción de la economía japonesa, y que el imperio japonés, en vez de ser destruido, se reorganizara y jugara de nuevo un papel central —aunque ahora bajo el dominio de Estados Unidos— en Asia oriental; y el Plan Marshall pronto demostró ser el principal canal internacional de apoyo a la reconstrucción económica de Europa occidental, así como un nuevo cauce para la intervención de Estados Unidos, y en particular de sus grandes corporaciones, en Europa.

El Plan Marshall no sólo lleva a Europa a algunas de las más poderosas empresas norteamericanas, sino también sus métodos de producción y sus formas de organización, esto es, el llamado sistema fordista, con el que se confía en elevar la productividad y acelerar la reconstrucción.

La afluencia de capital norteamericano alivió la escasez de recursos financieros y en particular de dólares; y ya en los años setenta la disponibilidad de la moneda norteamericana empieza a exceder a la demanda, y de ese modo surge el mercado de eurodólares, en el que se manejan cantidades de dinero sin precedente y que, en cierto modo, ningún gobierno o banco central es capaz de regular eficazmente.

En el proceso de instauración de la política de "libre comercio" se suscribe al Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT, por

sus siglas en inglés), de hecho ya aprobado desde antes; y en la Conferencia de Comercio y Empleo, en La Habana, así como en la carta que de ella resulta, se insiste en adoptar de inmediato una política de "libre comercio" en América, que en aquel momento beneficia principalmente a Estados Unidos.[17]

Las cosas no terminan ahí para América Latina. El siguiente paso es el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —Pacto de Río de Janeiro—, a través del cual se intenta subordinar a nuestros países, ahora a una política belicista que reclama la alianza automática con Estados Unidos ante cualquier "ataque armado", lo que lesiona gravemente la soberanía nacional.

1948. Todo ello culmina, en el plano continental, con el establecimiento de la Organización de Estados Americanos (OEA), con la que Estados Unidos pretende revivir el viejo panamericanismo y a la que utiliza a menudo para hacer prevalecer sus intereses e intervenir en los asuntos internos de otros países.

Se aprueba en la ONU la Declaración Universal de Derechos Humanos, lo que amplía el reconocimiento jurídico de esos derechos.

1949. La política de "guerra fría" se refuerza, y ahora se crea la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), en la que poco tiempo después se admitirían, entre los países miembros, a la propia Alemania y a la España franquista. En lo económico, a través entre otros mecanismos del llamado punto IV de la doctrina Truman, se impulsa cada vez más la inversión privada de Estados Unidos, lo que consolida y refuerza su hegemonía.

1949-1957. Se inicia y avanza el proceso de integración europea. En 1949 se crea el Consejo de Europa; en 1951 surge la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y en 1957 se firma el Tratado de Roma, y con la nueva Comunidad Económica se proyecta un mercado común.

El triunfo de la Revolución China, a la vez que aísla a ésta porque Estados Unidos y otros países no reconocen al nuevo gobierno popular, acerca a China a la Unión Soviética sobre todo en los primeros años; fortalece su economía, transforma la organización social y prepara como nunca antes a su población, lo que años más

tarde le permitirá acelerar su desarrollo y contribuir a una creciente internacionalización de la inversión y el comercio.

La guerra de Corea —que estimula la recuperación de Japón y a la economía capitalista en general—, como la presencia de la séptima flota de Estados Unidos en el estrecho de Taiwan, destinada a apoyar, en abierta violación de la soberanía de China, la ocupación de la isla por Chiang Kai-Shek, promueven la internacionalización de esos países y de Estados Unidos.

A partir de los años cincuenta, además, cobra impulso, y en ciertas regiones y países se vuelve explosivo, el crecimiento demográfico, lo que aparte de ser un serio problema se convierte en un factor de impulso al desplazamiento e internacionalización de la fuerza de trabajo, aunque el mundo, y en especial los países industrializados a los que acuden los migrantes, está lejos de reconocer o permitir la libre movilidad de la mano de obra. Tan sólo entre 1950 y el fin del siglo la población crece más que en toda la historia de la humanidad hasta entonces, y en ese proceso influyen el descenso de la tasa de mortalidad, los avances tecnológicos, el crecimiento económico y una rápida urbanización.

La internacionalización de los años cincuenta y sesenta

Los hechos que influyen en la internacionalización no sólo se dan en los países más desarrollados y económicamente más poderosos. En América Latina, por ejemplo, en 1954 Estados Unidos interviene en Guatemala, y Foster Dulles considera el derrocamiento del gobierno constitucional de Arbenz una "gloriosa victoria". En 1958 triunfa la Revolución Cubana, —que pronto lanza a la isla a "navegar por los siete mares"— y en muy poco tiempo se registran el rompimiento con Cuba, la iniciación del bloqueo norteamericano y el intento de aislarla, la invasión y derrota de Playa Girón y la crisis de octubre de 1962, que por un momento hace temer una tercera guerra mundial. En 1964 cae en Brasil el gobierno constitucional de Goulart; al año siguiente Estados Unidos interviene militar-

mente en la República Dominicana, y hacia entonces se inicia y cobra fuerza una etapa de dictaduras militares y gorilatos que cancelan de golpe las libertades democráticas y aun derechos humanos esenciales en múltiples países.

1955-1961. En 1955 se celebra la Conferencia de Bandung, en la que varios gobiernos de países afroasiáticos se unen para fortalecer su independencia e impulsar su desarrollo. Con ese, entre otros antecedentes, en 1961 se funda en Belgrado el Movimiento de Países no Alineados, con 25 miembros que incluyen a un buen número de los países que componen el grupo de los 77, y que hacia mediados de los años setenta son ya 75; entre 1964 y 1975 se realizan importantes conferencias en varias ciudades de África y Asia, y cobra importancia el MPNA, que en Argel, en 1973, aprueba lo esencial del programa del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI).[18]

Años sesenta y setenta. Después de la guerra de Corea, Estados Unidos apoya a Corea del Sur y a Taiwan, y más tarde a otros países, e interviene en Tailandia e Indochina, y particularmente en Vietnam del Sur, al precio de una larga, innecesaria y cruenta guerra.

En el desarrollo e industrialización de Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, juegan un papel de primer orden factores internos como una alta tasa de inversión, la preparación y capacitación de la fuerza de trabajo y una activa intervención estatal; y los logros económicos de esos países y su cada vez más estrecha relación con Estados Unidos y Japón —que como Alemania no sólo se ha reconstruido sino que se halla en plena expansión—, influyen sin duda en la creciente internacionalización.

Durante más de dos décadas después de la segunda guerra, el mundo vive una época de rápido crecimiento económico. Mas los primeros ajustes hacia una economía de paz, incluso en los Estados Unidos, se expresan en desplazamientos que parecen anunciar desempleo y una declinación de la actividad económica; y aun economistas como Paul Samuelson no descartan la posibilidad de un proceso recesivo que disloque a la economía norteamericana.[19] Sin embargo, tras algunos reacomodos, la prosperidad se generaliza y

se abre el periodo que muchos consideran "los años dorados". En efecto: "La economía crece a una tasa explosiva [y] hacia los años sesenta era claro que nunca se había visto algo semejante. Entre principios de los cincuenta y los setenta, la producción mundial de manufacturas se cuadruplica y el comercio internacional de manufacturas aumenta diez veces". Y con ese desarrollo, desafortunadamente crecen también la contaminación y el deterioro ecológico,[20] a lo cual contribuyó, recuerda Hobsbawm, el muy bajo precio del petróleo de Arabia Saudita, que hizo aumentar grandemente el consumo de energía y la utilización de combustibles fósiles.

INFLUENCIA DE ALGUNOS HECHOS ENTRE 1968 Y LOS AÑOS NOVENTA

Entre los hechos más importantes que a partir de los años setenta y aun fines de los sesenta influyen sobre la internacionalización y globalización, podrían mencionarse los siguientes:

1968. El movimiento estudiantil en varios países de Europa, Estados Unidos y América Latina cuestiona un orden social y cultural en muchos aspectos anacrónico y basado en la desigualdad; rompe con viejos prejuicios, moldes e ideas, promueve el individualismo, recoge inquietudes, propone rebasar fronteras y proyecta acciones de la juventud, a escala internacional.

1970-1980. La expansión de Japón y Alemania y el rápido crecimiento económico de Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, que empiezan a ser conocidos como "nuevos países industriales" de Asia oriental, juega un papel de creciente importancia en la inversión extranjera y el comercio exterior y contribuye a crear una nueva división internacional del trabajo.

1971. El fin del Sistema de Bretton Woods y de la convertibilidad oro del dólar abre la puerta a una creciente inestabilidad monetaria, cambiaria y económica en general.

1973. Se produce la "crisis del petróleo" cuando los países de la OPEP elevan su precio, que en años anteriores había sido muy bajo y muy ventajoso para los grandes importadores.

A iniciativa de Estados Unidos se crea la Comisión Trilateral, en la que participan además Alemania y Japón, y que contribuye a estrechar las relaciones entre dichos países y a fortalecer su posición en la economía mundial.

En este mismo año es derrocado y asesinado al presidente Salvador Allende, de Chile, lo que refuerza a algunas empresas trasnacionales norteamericanas, así como a las dictaduras militares de América Latina, y la intervención de Estados Unidos en ellas.

1974. Se aprueba en el VI periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de la ONU el programa del NOEI y un plan de acción inmediata. Pero no se llevan a la práctica porque sobre todo Estados Unidos se opone a ellos.

1975. Termina la guerra de Vietnam; cae fuertemente la actividad económica internacional y se inicia la más severa crisis económica de la postguerra.

1979. Cuando la economía mundial se ve afectada por la caída de la producción, el ingreso, el empleo y la actividad económica toda, se lanza el Informe Norte-Sur, que se conoce internacionalmente como Informe Brandt, por ser el canciller alemán Willy Brandt quien preside la Comisión de la cual procede.

Aunque dicho informe no explica por qué las cosas son como son, sin duda es un documento importante en el que se reconoce que las décadas de desarrollo de las Naciones Unidas no han logrado lo que se esperaba. Los países subdesarrollados, en particular, tienen economías débiles que sufren graves desajustes, con niveles de ingreso del todo insuficientes y con índices de pobreza dramáticos, mientras, a la vez, se gastan enormes sumas de dinero en armamentos y se desperdicia buena parte del potencial productivo. El informe mencionado considera que es necesario usar mejor los recursos financieros disponibles y asegurar que parte de ellos se transfiera del Norte hacia el Sur, como condición para lograr una nueva división internacional del trabajo.[21]

El informe considera que las relaciones Norte-Sur son "el gran desafío de nuestro tiempo", y aunque repara en aspectos reales y en algunos problemas de tales relaciones, así como en la importan-

cia de una cada vez mayor internacionalización, su énfasis en la "interdependencia", como el nuevo eje en torno al cual gira hoy la economía mundial, lo hace exagerar en lo que hay de común entre los países y no advertir lo que es diverso, asimétrico y contradictorio.

Dice el economista egipcio Fouad Morsi: "la interdependencia global requiere de orden en el sistema internacional. O en otras palabras, para que la interdependencia sea la 'ley del mundo', éste tiene que ser sometido a cambios estructurales, pero el capitalismo pretende llegar a ese nuevo orden a través del mantenimiento de la explotación, el intercambio desigual y la prolongación de la dependencia del Sur respecto al Norte".[22]

1980-1982. Después de una corta y no muy vigorosa recuperación, la economía se deprime de nuevo en los países industriales, aumenta el desempleo y ganan terreno las políticas conservadoras adoptadas por los gobiernos de Reagan y Thatcher, en Estados Unidos e Inglaterra, que resucitan el *laissez-faire*, y bajo las cuales se refuerza la privatización, la desregulación y la relocalización de empresas y actividades en busca de menores costos y mayores utilidades.

1978-1998. Se recorren dos décadas de rápido crecimiento económico en China y en especial de su costa sur-oriental, que impulsan el desarrollo de ese país, refuerzan a las economías de Asia oriental y amplían las posibilidades de inversión e intercambio comercial internacionales.

Años ochenta. La economía soviética no crece ya como antes e incluso se estanca; en ciertos sectores sufre un evidente rezago y el sistema productivo debe ser reestructurado. Mikhail Gorbachev, en particular, a partir de 1985 subraya —en el marco de la perestroika— que es preciso reducir el gasto militar, modernizarse tecnológicamente, elevar la productividad, desburocratizar la dirección y reorganizar a fondo el proceso productivo.

El problema fue —observa Manuel Castells— que "el sistema de producción mundial se desplazaba fundamentalmente hacia la electrónica, la química y la revolución biotecnológica, todas ellas áreas en las que la economía y la tecnología soviéticas estaban sus-

tancialmente atrasadas (la Unión Soviética se preocupaba por aumentar la producción de hierro y acero, cemento, tractores, fertilizantes y otros productos básicos)"; y según una investigación que el propio autor realizó en Siberia en los años noventa, "la industria de computación estaba en la URSS veinte años atrás, en diseño y capacidad de producción, del nivel alcanzado por Japón".[23]

1989-1991. A partir sobre todo de que los países del Báltico —Estonia, Lituana y Letonia— se enfrentan abiertamente a Moscú y reclaman su independencia, los brotes nacionales se multiplican y a ello sigue la caída de Gorbachev, la toma del poder por Yeltsin y la descomposición e inesperada desaparición de la URSS. Y, como con el derrumbe del muro de Berlín, se había iniciado y rápidamente consumado la caída de los gobiernos y aun de los regímenes políticos imperantes en Europa del Este, desde Polonia y Checoslovaquia hasta Hungría, la RDA y otros países; de hecho se producía un profundo cambio, y lo que para muchos fue por largo tiempo una "cortina de hierro" que separaba a esas naciones del Occidente, ahora se convertía en una ancha ventana por la que entraría en primer término, también a sus anchas, el capital extranjero.

1991 y años siguientes. A fines de 1991 se firma el Tratado de Maastricht y surge la Unión Europea, lo que, no sin ciertas contradicciones, impulsa el proceso de internacionalización y concretamente la integración regional. Por entonces, además, en América se desenvuelve la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), y poco tiempo después se adhiere México al TLC, del que ya eran miembros Estados Unidos y Canadá, y que en cierto modo constituye el primer eslabón del proyecto Bush de una empresa continental de libre comercio; se crea el MERCOSUR, del que forman parte Brasil, Argentina y otros países; se reorganiza la Comunidad Andina y logran también ciertos avances el Sistema de Integración Centroamericana y la agrupación de los países del Caribe, todo lo cual da cuenta de cambios y avances de diversa magnitud en la inversión, el comercio internacional y los esquemas subregionales de integración.

1992. Después de un prolongado debate en el que afloran serios desacuerdos y contradicciones, concluye la Ronda Uruguay del GATT, en la que no sólo se insiste en reducir aranceles sino en internacionalizar la banca, las finanzas, los seguros y otros servicios, y en reducir al mínimo y aun eliminar toda regulación del intercambio con otros países. De hecho llega entonces a su fin el GATT y surge la Organización Mundial del Comercio (OMC), que funcionará a partir de normas más estrictas que las del GATT, ahora obligatorias, y con mayores facultades que incluso pueden lesionar la soberanía nacional de los países miembros, sobre todo pequeños, pues en lugar de que la OMC se ajuste a sus constituciones políticas y otras leyes, éstas deberán corresponder o sujetarse a las normas de la nueva organización mundial.

Dicen Mander y Boldsmith:

> Bajo la OMC, la carrera hacia abajo no sólo es en niveles de vida, preservación del ambiente y salvaguardas de salud sino en la democracia misma. La aplicación de los acuerdos de libre comercio virtualmente garantiza que los esfuerzos democráticos para hacer que las corporaciones paguen la proporción de impuestos que en justicia les corresponda, proveer a sus empleados un nivel de vida decente, o limitar la contaminación del aire, el agua y el suelo, sean recibidos con amenazas como ésta: "ustedes no pueden imponernos tales cargas. Si lo hacen no podremos competir. Tendremos que cerrar y movernos a un país que nos ofrezca un clima más hospitalario".[24]

El paso del GATT a la OMC muestra que, de ciertos mecanismos laxos y en gran parte no obligatorios, se ha pasado a una organización formal del comercio internacional, que pretende imponer reglas estrictas que pueden entrar en conflicto con las legislaciones nacionales.

Lo que ocurre en el mercado laboral comprueba que la desregulación ha lesionado derechos de los trabajadores que se creían garantizados e inviolables, y la situación de los mercados financieros revela que los viejos mecanismos reguladores ya no funcionan y que, en ausencia de ellos, enormes masas de dinero se mueven a

gran velocidad de un país a otro, incluso con fines especulativos, sin que nadie pueda, al menos hasta ahora, ordenar tales flujos y dar a esos mercados una mínima racionalidad.

1991-1998. A partir del primero de estos años se realiza en Guadalajara, México, la I Cumbre Iberoamericana, y en el último de ellos tiene lugar en Portugal la VIII cumbre, en las que, además de todos los países de Latinoamérica y el Caribe, participan España y Portugal.

1992-1996. En el marco y a iniciativa de la Organización de Naciones Unidas, en ese corto lapso se celebran varias importantes cumbres mundiales, que a la vez que ponen de relieve la creciente internacionalización, contribuyen a intensificarla.

La primera de esas conferencias, sobre medio ambiente y desarrollo, se realizó en Río de Janeiro en junio de 1992 y en ella se reconocieron, entre otros principios fundamentales, los que siguen:

—los Estados tienen el derecho soberano de aprovechar sus propios recursos [...] y la responsabilidad de velar por que las actividades realizadas dentro de su jurisdicción o bajo su control no causen daños al medio ambiente de otros Estados o de zonas que estén fuera de los límites de la jurisdicción nacional [...]

—Los Estados deberán cooperar [...] para conservar, proteger y restablecer la salud y la integridad del ecosistema de la Tierra.[25]

Aunque estos principios son positivos y entraña un avance reconocerlos, la práctica queda todavía muy atrás de lo que se postula formalmente. Por eso, distinguidos ecologistas señalan a menudo que se está todavía lejos de admitir la responsabilidad de cada quien y tomar medidas que realmente contribuyan a mejorar las condiciones ambientales.

En marzo de 1995 tiene lugar en Copenhague la Cumbre sobre Desarrollo Social. En la declaración final se dice:

> Por primera vez en la historia [...] nos reunimos [...] jefes de Estado y de Gobierno para reconocer la importancia del desarrollo social y el bienestar de la humanidad y dar la máxima prioridad a esos objetivos en la hora actual y en el siglo XXI.

> Reconocemos que [...] existe la necesidad urgente de resolver graves problemas sociales, especialmente la pobreza, el desempleo y la marginación social [...] Nuestra tarea consiste en atacar las causas subyacentes y estructurales y sus penosas consecuencias.

En la Conferencia de Copenhague se aprobó un programa de acción y se contrajeron importantes compromisos para combatir la pobreza, promover el pleno empleo, reforzar la integración, asegurar el respeto a los derechos humanos y fortalecer el desarrollo y la cooperación internacional.[26]

En septiembre de 1995 se reunió en Beijing, China, la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, en ella se declaró que:

> la situación de la mujer ha avanzado en algunos aspectos importantes en el último decenio, aunque los procesos no han sido homogéneos; persisten las desigualdades entre mujeres y hombres y sigue habiendo obstáculos importantes, que entrañan graves consecuencias para el bienestar de todos los pueblos.
>
> Nos comprometemos [...] a combatir estas limitaciones y obstáculos y a proveer así el adelanto y la potenciación del papel de la mujer en todo el mundo, y convenimos en que esta tarea exige una acción urgente, con espíritu decidido, esperanza, cooperación y solidaridad.

En noviembre de 1996 se reunió en Roma la Cumbre Mundial sobre Alimentación, organizada por la FAO, en la que se reafirmó el derecho de todo ser humano a una alimentación apropiada y a no padecer hambre. Los gobiernos ahí representados prometieron "conseguir la seguridad alimentaria para todos y [...] erradicar el hambre [...] con el objetivo inmediato de reducir el número de personas desnutridas a la mitad de su nivel actual no más tarde del año 2015".

La seguridad alimentaria hace necesaria —establecen— una acción nacional concertada, junto con iniciativas internacionales eficaces. Por ello, los jefes de Estado y de gobierno contraen nuevos e importantes compromisos.[27]

La realidad, como todos sabemos, está todavía lejos de que tales compromisos se cumplan; pero el que se reconozca que hay problemas que reclaman solución es un hecho político importante, como lo es también que se admita que los Estados y gobiernos tienen una responsabilidad nacional e internacional. Esto demuestra que el proceso de internacionalización adquiere dimensiones antes desconocidas y que rebasan los límites del derecho internacional y de la economía internacional tradicionales, y que hacen pensar que, en el futuro, mucho de lo que fue propio de los Estados y gobiernos en su ámbito territorial será tarea que desborde fronteras y jurisdicciones nacionales, y que los sectores más activos de la propia sociedad tendrán que actuar de nuevas y más eficaces maneras frente a los problemas que más les afecten.

1994. En diciembre de este año se realiza en Miami, Florida, con la sola y reveladora exclusión de Cuba, la I Cumbre Panamericana, para poner en marcha el proyecto de Bush de una zona continental de libre comercio, que desemboca en el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

1995. Los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) empiezan a negociar un Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que tiende a liberalizar el movimiento internacional del capital, a la manera en que lo hace el TLC, entre Estados Unidos, Canadá y México. Se dice que el Consejo Internacional de Negocios, de Estados Unidos, en el que participan 300 empresas trasnacionales, ha sido el principal promotor del AMI. Y aunque hasta ahora no se ha aprobado el acuerdo formalmente, se teme que, dada la influencia que ejercen sus promotores y quienes en la OCDE lo defienden, a la postre se apruebe y traiga consigo una máxima apertura al capital extranjero.[28]

1996. En julio tiene lugar en Chiapas, México, el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, convocado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. De momento podría pensarse que es sólo una reunión internacional más; pero el solo hecho de que el encuentro se realice en un apartado rincón del sureste mexicano, de que sus convocantes sean in-

dígenas en pie de lucha, y de que a su llamado acudan distinguidos intelectuales de países europeos, americanos e incluso afroasiáticos, da cuenta de que el proceso de internacionalización tiene hoy un alcance y un significado diferentes de los de cualquier época anterior. Y lo que es aún más importante es que esos indios no están ya dispuestos a callar y a obedecer. Ahora hablan en voz alta, actúan, se organizan.

En sus palabras de bienvenida, tituladas "Un mundo donde todos podamos caber", el comandante David expresa que, porque este mundo que tenemos ahora es un mundo donde entre hermanos estamos obligados a matar o morir, el sistema social que hoy vivimos en muchas partes del mundo es un sistema injusto, un sistema de muerte y no de vida, porque es de opresión y explotación. Los pueblos indígenas —dice— llevan más de quinientos años de humillación, sometimiento, despojo de riqueza, esclavitud y muerte.

Señala que toda esta larga historia de injusticias, de humillación y destrucción que han venido soportando desde hace siglos es la razón que los obligó a levantarse en armas el primero de enero de 1994, para que con el grito de los fusiles se escuchara su grito de ¡Ya basta!, el ya basta de vivir y morir en la miseria y la humillación, el ya basta de sometimiento y destrucción a sus vidas y sus culturas.

1998. En abril tiene lugar en Santiago de Chile la II Cumbre de las Américas, en la que mientras Estados Unidos insiste en el proyecto del ALCA, varios países latinoamericanos, sin dejar de participar en él, subrayan la importancia de los esquemas subregionales de integración como MERCOSUR y la Comunidad Andina, y reiteran la necesidad de impulsar la educación y la capacitación. Simultáneamente, se celebran también en Santiago la Cumbre Social a la que convoca la Central Latinoamericana de Trabajadores, en favor de una Comunidad Latinoamericana de Naciones, y la Conferencia de los Pueblos.

En noviembre, con la participación de varias organizaciones y a iniciativa también de la CLAT, se reúne en la ciudad de México el XI Congreso Latinoamericano de Trabajadores, que seguramente

contribuirá a avanzar en el trazo y puesta en marcha de estrategias alternativas de desarrollo que permitan utilizar mejor el potencial de recursos al alcance de nuestros pueblos.

1990-1998. En el primero de esos años se crea el Movimiento de Quince Países del Tercer Mundo, que arranca de una reunión cumbre en Kuala Lumpur, y realiza su octavo encuentro anual de ese tipo en El Cairo. Para el economista Fauzy Mansour, dicho movimiento podría anunciar una segunda ola en el proceso de liberación nacional, pues aparte de incorporar las grandes metas de los años sesenta es más realista y práctico. En efecto, insiste en la necesidad de regularizar las reuniones anuales, crear un buró directivo permanente, lograr una mejor coordinación e incrementar la relación Sur-Sur, contar con una base de datos del Tercer Mundo y establecer mecanismos que fortalezcan las relaciones entre empresarios del Tercer Mundo y que contribuyan a elevar la calidad de la producción.[29]

1999. Se celebra en La Habana una reunión internacional de economistas con el tema "Globalización y Problemas del Desarrollo", en la que se expresan múltiples y variadas opiniones, que con frecuencia coinciden en señalar que las políticas neoliberales dan a la globalización un carácter y una orientación que lesiona a los países subdesarrollados e incluso a la mayoría de la población en las naciones ricas y económicamente desarrolladas, que los organismos financieros internacionales agravan esas tendencias y que tales políticas no son inevitables ni irreversibles. Toca a los pueblos, en defensa de sus mejores y más legítimos intereses, organizarse e internacionalizar su propia acción, a fin de influir en los procesos llamados globales y reorientar, en beneficio de la humanidad, la dirección en que se desenvuelven.

Dice Fidel Castro:

> El orden económico que hoy prevalece en el planeta caerá inevitablemente [...] No faltan incluso los que sueñan con establecer colonias en la Luna o en el planeta Marte. No los critico por soñar. Tal vez, si lo logran, sería el sitio donde algunos puedan refugiarse si no se detiene la brutal y creciente agresión al planeta que habitamos.

> El sistema actual es insostenible porque se sustenta sobre leyes ciegas, caóticas, ruinosas y destructivas de la sociedad y la naturaleza.
>
> Los propios teóricos de la globalización neoliberal, sus mejores académicos, expositores y defensores del sistema se muestran inciertos, vacilantes, contradictorios. Hay mil interrogantes que no pueden ser respondidas. Es hipócrita afirmar que la libertad del hombre y la absoluta libertad del mercado son conceptos inseparables, como si las leyes de éste, que han originado los sistemas sociales más egoístas, desiguales y despiadados que ha conocido el hombre, fuesen compatibles con la libertad del ser humano, al que el sistema convierte en una simple mercancía.[30]

En la propia ciudad de La Habana, en noviembre, se realiza la IX Cumbre Iberoamericana, a la que no asisten cinco presidentes latinoamericanos. Pero con todo y su ausencia y el deseo de algunos de hacer fracasar la reunión, ésta tiene éxito, la todavía endeble organización iberoamericana logra ciertos avances y, pese a la diversidad de opiniones de los participantes, se rechaza una vez más la Ley Helms-Burton y el bloqueo a Cuba y se reafirma la importancia de la integración regional.

PRINCIPALES FORMAS QUE ADOPTA LA INTERNACIONALIZACIÓN

Hasta aquí recordamos hechos que influyen en el desarrollo histórico del proceso de internacionalización. En las líneas que siguen intentaré reparar en lo ocurrido en décadas recientes, y en las formas concretas en que se internacionalizan ciertas actividades.

Internacionalización del comercio

Se estima que a partir de los años cincuenta hasta el inicio de los noventa, el crecimiento del comercio internacional es de 1.5 veces —y en lapsos más cortos hasta de 2— el de la producción en su conjunto. Mientras que hasta antes de la guerra había prevalecido

un proteccionismo que, agregado a la profunda depresión de los años treinta, representó un escollo, la rápida reconstrucción de la postguerra, la prosperidad general de entonces, la presencia del capital norteamericano en Europa y Japón, los inicios de la integración regional europea, la especialización y las economías de escala contribuyeron a que el intercambio comercial se incrementara, sobre todo hasta principios de los años setenta, y a que el mercado exterior complementara la demanda interna.

Según algunos autores, la fase actual del desarrollo comercial expresa una división trasnacional del trabajo, en la que el poder se centra en Estados Unidos, Europa y más recientemente Japón, y que reestructura la producción industrial en los países desarrollados, importa trabajo migratorio e internacionaliza sectores clave, como las gigantescas empresas petroleras, las automotrices y de artefactos eléctricos.

En cuanto a los países subdesarrollados, en la mayoría prevalecen como principales exportaciones los productos primarios. Pero gracias especialmente a varios países del sureste de Asia, México, Brasil y otros, la importancia de las exportaciones de manufacturas aumentó en forma significativa, pasando entre 1955 y 1989, de 4 a 19% del total mundial.[31]

François Chesnais considera que tres factores influyen en el crecimiento del comercio mundial en la postguerra: 1) la concentración y centralización del capital en los países dominantes, el movimiento de la inversión extranjera directa y las estrategias de los grandes países industriales; 2) los avances científico-tecnológicos y su impacto en el nivel de productividad, en la reorganización y relocalización industrial, así como en la demanda de productos primarios y bienes intermedios de origen industrial; y 3) factores políticos, entre los que destaca el papel del Estado en la creación de bloques regionales y respecto de la deuda externa de los países en desarrollo.

La caída de la actividad económica en 1974-1975 afecta en primer lugar a los mercados internos, por lo cual, en particular los principales países industriales tratan de incrementar sus exportaciones, lo que trae consigo una severa competencia. Para venderles más de

una producción en rápido aumento y reciclar los petrodólares, las naciones industriales les "ayudan y aun incitan" a contraer una deuda gigantesca que entraña una carga insoportable.[32]

Las condiciones en que los diversos países participan en el comercio internacional son diferentes. Los más importantes, que a principios de los años noventa absorbían el 90% del comercio mundial, se afiliaron al GATT a partir de 1947, y convinieron en reducir aranceles y liberalizar el intercambio. Los países industriales han sido, a la vez, los que más comercian entre sí y con otros.

Las empresas trasnacionales no sólo pesan grandemente en el comercio mundial, sino que buena parte del intercambio se realiza intra e interfirmas, o sea entre ellas mismas. Exportar, y sobre todo entrar en el vasto mercado norteamericano, ha sido un objetivo central. En esa dirección ganaron terreno varios países europeos, Canadá y sobre todo Japón, los nuevos países industriales de Asia, China, México y otros incrementaron apreciablemente sus ventas a Estados Unidos, lo que en general los hizo también fuertes importadores de mercancías norteamericanas.

Mientras los países más desarrollados, y sobre todo Estados Unidos, desde el fin de la guerra optaron por una política de liberalización comercial, los países subdesarrollados fueron proteccionistas, pues su incipiente desarrollo industrial les impedía competir abiertamente con las naciones y las empresas más poderosas. En la práctica, sin embargo, las cosas eran más matizadas que en el debate meramente verbal. Estados Unidos, por ejemplo, al mantener un alto gasto militar en tiempos de paz, contó con un enorme apoyo para impulsar la demanda y el crecimiento económico y para favorecer a algunas grandes empresas. Al respecto mientras en los años sesenta ese país concurría con alrededor de la mitad de la producción mundial, unos años después sólo participaba con 25%, y que, de la inversión y desarrollo financiados por el gobierno, 70% era propiamente militar. Lo que claramente muestra que no fue el mercado, dejado a su suerte, el motor de la economía norteamericana.

Especialmente desde la década de los sesenta, el propósito de librar al comercio de ciertas restricciones, de crear áreas de libre

comercio y de avanzar en procesos de integración regional, se fue abriendo paso. En varios países de Europa empezó a avanzarse hacia un mercado común y una unión económica, y aun cuando Inglaterra, con sus gobiernos conservadores, y otras naciones mostraron reservas, la integración siguió adelante e incluso dejó ver que si algún país permanecía al margen, él, no los demás, saldría perjudicado.

Las uniones regionales casi siempre han dado la impresión de que el "libre comercio" era lo que fundamentalmente buscaban, lo cierto es que la mayor libertad, por ejemplo en la relación de los miembros de la Unión Europea, se combinó con restricciones hacia otros países, y desde luego no se renunciaba a una política de desarrollo industrial que en realidad apoyaba y aun subsidiaba tanto su producción agropecuaria como ciertas actividades consideradas estratégicas. El caso de la empresa multinacional Airbus, actualmente fuerte competidora de la Boeing de Estados Unidos, demuestra que en ningún momento se abandonó la protección del Estado, y que de no haber contado con ella a lo largo de años, seguramente esa y otras importantes empresas no habrían salido adelante. Y, por cierto, esa protección, como la que Japón y otros países dieron a algunas de sus grandes empresas, lejos de llevar a la ineficiencia, significó avances tecnológicos y posibilidades económicas que el mercado por sí solo no habría podido generar. En otras palabras "cada vez más las ventajas comparativas de hoy no dependen de la dotación de factores naturales y de las fuerzas del mercado; se crean por gobiernos que mantienen estrategias neomercantilistas".[33]

La experiencia japonesa es aún más reveladora. Aparte de salir de la segunda guerra muy destruido, este país carece de los recursos naturales en los que otros hicieron descansar por mucho tiempo su desarrollo. Pese a esas y otras limitaciones, el crecimiento económico japonés de las últimas décadas fue extraordinario gracias a una política que permitió sostener muy altas tasas de inversión, elevar constantemente el nivel educativo y de preparación de la fuerza de trabajo, aumentar la productividad, apoyar a las principales empresas, ampliar el mercado interno, fomentar la exportación y la inver-

sión en otros países y no permitir que los más poderosos competidores entraran libremente en el mercado japonés, sino que lo hicieran en forma limitada y a cambio de hacer partícipes de su tecnología y sus proyectos de expansión a empresas japonesas. La Boeing, por ejemplo, para mantener sus importantes ventas a Japón, aceptó que parte del proceso de fabricación de sus principales aviones se hiciera en ese país.

Como se sabe, mientras los defensores del libre comercio le atribuyen toda clase de virtudes, quienes se oponen a él advierten, a su vez, múltiples desventajas. Los primeros consideran que la globalización económica y los mercados "libres", entendiendo por tales a aquéllos en los que no interviene el gobierno ni se imponen ciertas restricciones, estimulan la competencia, elevan el nivel de eficiencia, crean empleo, reducen los precios de los bienes de consumo, promueven el crecimiento económico, amplían la oferta y las opciones al alcance del consumidor, y a la postre benefician a todos.

Es tal la fe que algunos tienen en el libre comercio, que su actitud se antoja religiosa y aun fundamentalista; se les podría aplicar lo que dice Krugman: que si hubiera un *credo* económico, seguramente contendría estas creencias: *Creo* en el principio de las ventajas comparativas, *creo* en el libre comercio. Y aunque la ideología del libre comercio asume un "mundo imaginario divorciado de la realidad y está reestructurando nuestras instituciones de gobierno en formas que vuelven más difícil resolver los problemas fundamentales, criticar su doctrina se ha convertido en una virtual herejía".[34]

Los ideólogos a quienes nos referimos defienden la privatización, son antiestatistas, a menos que la acción del Estado beneficie a las grandes empresas e incorporan a su *credo* el interés individual, el móvil de lucro y en general los principios en que descansa la economía neoclásica.

"Las medidas proteccionistas —aranceles, embargos, cuotas y otras—, sostienen los defensores del libre comercio, reducen la especialización internacional del trabajo y disminuyen la riqueza global, lo que reduce el nivel de vida del país protegido, porque el proteccionismo significa bienes y servicios caros".[35]

Los opositores al libre comercio en los países subdesarrollados sostienen que abrir las puertas de par en par al capital y las mercancías extranjeras es una política no sólo perjudicial sino punto menos que suicida, pues significa depender cada vez más del exterior, debilitar el desarrollo industrial propio, exponer la moneda a fuertes devaluaciones, limitar las posibilidades de empleo, bajar los salarios reales, aceptar una severa y a menudo ruinosa competencia, y poner contra la pared e incluso llevar a la quiebra a buena parte de las pequeñas empresas que operan con altos costos y producen bienes y servicios de insuficiente calidad.

Al evaluar el actual sistema mundial de comercio, en una reunión de organizaciones no gubernamentales realizada en Durban, Unión Sudafricana, en agosto de 1998, el autor sudafricano Dot Keet señala que los acuerdos adoptados en la Ronda Uruguay del GATT son muy ventajosos para la Unión Europea, Estados Unidos y Japón; en menor medida para países en desarrollo de alto ingreso como Corea del Sur y Taiwan, y muy perjudiciales para la mayoría de los países subdesarrollados. Del mismo modo, la expansión global de la economía beneficia a quienes obtienen muy altos ingresos —digamos el 20% de la población mundial— y afecta desfavorablemente a unos 4 mil millones de personas.

Otra contradicción del sistema llamado de "libre comercio" consiste en que más de dos tercios del comercio global no están sujetos a una competencia o regulación internacional abierta porque son transacciones intra o interfirmas, de corporaciones globales. En tanto que África, por ejemplo, sólo participa con el 1% del comercio, y está sujeta a graves limitaciones y restricciones.

Los países ricos, aun aquellos que más hablan del "libre comercio", siguen recurriendo a medidas proteccionistas, desde barreras no arancelarias hasta subsidios, y a la vez intentan mantener subordinados a otros, bajo esquemas regionales como el TLC, el proyecto del ALCA y la APEC. Las bases sobre las cuales se ha organizado la OMC son también muy favorables para los países desarrollados, y desfavorables y aun lesivas a su soberanía nacional para las naciones subdesarrolladas.[36]

Las críticas al libre comercio no se limitan a los países subdesarrollados. Las medidas que con frecuencia adoptan Japón, Francia y otros países contra la liberalización comercial extrema son en realidad un rechazo a esa política.

Keynes llegó a decir: "El internacionalismo económico que incluye el libre movimiento de capital y crédito así como de mercancías puede condenar a mi propio país, por una generación, a un nivel de prosperidad material mucho más bajo que el que podría lograrse con un sistema diferente". Y "en un mundo donde la tecnología y el capital son altamente transferibles, hay un riesgo real de que la ventaja comparativa se defina como aquélla en que la fuerza de trabajo acepte el más bajo salario".[37]

En los propios Estados Unidos, que a menudo se supone el país que más se beneficia, no son pocos los que hacen múltiples críticas. Un argumento muy socorrido en favor del libre comercio —dicen por ejemplo los autores de un reciente libro— es que, en particular la exportación, por cada mil millones de dólares que se venden a otros países genera 20 mil nuevos empleos, lo que beneficia a la industria y a los trabajadores. Pero las cosas en la práctica no son así. Durante los últimos 25 años de "libre comercio", las condiciones de los trabajadores norteamericanos se han deteriorado. Los librecambistas de Washington "ignoran la otra mitad de la ecuación [...] Porque si mil millones de exportaciones crean 20 mil empleos, mil millones de importaciones eliminan el mismo número". Y como la balanza comercial norteamericana ha sido desde hace años muy negativa, tan sólo entre 1979 y 1995 fueron despedidos en la industria manufacturera 2.6 millones de trabajadores. Por ello no sorprende que empresas como General Motors, Ford, Colgate Palmolive, IBM y otras informen que sólo una pequeña parte de lo que exportan actualmente procede de Estados Unidos, lo que en otras palabras significa que el libre comercio norteamericano está creando empleos en otros países, y que el déficit comercial, especialmente con Japón y cada vez más también, con China, es ya un serio problema.[38]

Ravi Batra lleva su crítica al libre comercio aún más lejos. En primer lugar señala que la industria, no el comercio, es la mayor

fuente de prosperidad; recuerda que desde los años setenta, las importaciones baratas producidas por trabajadores extranjeros, que a veces sólo reciben unos cuantos centavos por día, han destruido y aun exterminado industria tras industria en Estados Unidos, que hasta principios de los años noventa sufrió la mayor depresión desde la guerra. Nunca en su historia Estados Unidos habían visto declinar su economía durante dos décadas. Pero a principios de la última, al menos la mitad y quizás hasta 80% de los norteamericanos estaba peor que en 1973.

Según el autor, la productividad y el ingreso global y por habitante en Estados Unidos aumentaron hasta los años sesenta con rapidez, y después lentamente. Los salarios, en particular, se elevaron hasta 1973, y a partir de entonces declinaron, multiplicándose además el número de pobres y acentuándose la desigualdad social. La causa principal de tal situación, para Batra, fue la política de libre comercio, como resultado de la cual los aranceles de Estados Unidos bajaron desde los años cuarenta, del 27% al 5%, y lo que habría sido una economía "abierta", es decir favorable al intercambio comercial internacional, pero en la que se mantenían ciertas barreras arancelarias, se convirtió en una economía de "libre comercio".

Lo que hace de 1973 un "año único en la historia norteamericana" es que en él se produce el desplazamiento hacia el libre comercio, que "altera para siempre la naturaleza de la economía, un cambio fundamental comparable a un terremoto de 8 grados en la escala de Richter. [Y] a medida que la relación comercio internacional-PIB aumentó, los salarios se redujeron, no obstante que la productividad —aunque más lentamente que antes— siguió aumentando".[39]

Batra subraya que nunca, en Estados Unidos, los salarios cayeron cuando la productividad aumentaba, lo que comprueba que se ha pagado un alto precio por el dogma del libre comercio. ¿Por qué ha sido así? Porque la economía norteamericana se ha "agrarizado". Es decir, el enorme incremento en la productividad agropecuaria hizo bajar los precios —y sobre todo los precios relativos— de los productos rurales, que tienen una demanda inelástica, y ello

no significó un aumento proporcional del ingreso de pequeños granjeros y trabajadores del campo, que incluso a menudo se empobrecieron y tuvieron que ser apoyados por el gobierno.

Pues bien, la industria está hoy —y lo ha estado desde hace dos décadas— en el mismo barco que la agricultura. La diferencia consiste en que los problemas de la agricultura obedecen a la demanda inelástica de sus productos, en tanto que los de la industria —y concretamente el descenso de sus precios relativos respecto a los servicios— son el resultado del libre comercio. O en otras palabras, los problemas del campo son naturales, mientras que los de la industria son fruto de la acción humana. Y la agrarización afecta, en realidad, a la economía nacional en su conjunto.

En resumen, tanto la gran depresión como la liberalización comercial hicieron desplomarse "el sueño norteamericano" —de prosperidad creciente— al desajustar el mecanismo de los precios. La segunda guerra restableció el nivel de precios, y la calamidad del *laissez-faire* sólo podrá superarse poniendo fin al libre comercio.[40]

Volvamos al sistema mundial de comercio actualmente en operación, del que F. Chesnais destaca, como sus elementos más característicos: una clara tendencia a la formación de zonas comerciales más densas en torno a los tres polos de la triada; una tendencia también fuerte a la polarización del intercambio a nivel mundial; un alto nivel de comercio mundial derivado de la inversión extranjera directa, el comercio intrafirma, la exportación de filiales y la subcontratación trasnfronteriza; menor diferencia, al menos de momento, entre lo "doméstico" y lo extranjero; sustitución del paradigma de las ventajas comparativas en beneficio de todos los participantes, por el de la concurrencia o competencia internacional.

El propio autor hace notar que el más rápido crecimiento del comercio internacional respecto de la producción interna, y el que el flujo financiero globalizado haya crecido aún más de prisa, representan un fenómeno nuevo en la historia del capitalismo. El comercio internacional hacia fines del siglo XIX y principios del XX contribuyó a la creación de los mercados internos, pero nunca los sustituyó como base de la acumulación de capital y del creci-

miento económico. Fue hasta después de la crisis de 1929 que el conjunto de los países industriales vio en la exportación una manera de suplir a una demanda interna declinante, y trató de exportar el desempleo, elevando aranceles cada uno por su lado.

Las exportaciones aumentan después de la segunda guerra, cuando la situación es propicia para un rápido crecimiento económico y se abandonan las políticas proteccionistas de los años treinta, y así el mercado exterior adquiere cada vez mayor importancia.

Después de la caída de la economía a mediados de los setenta, la situación cambia debido en buena parte a la acción de las empresas trasnacionales, y actualmente el sistema podría definirse como un espacio de concurrencia diversificada, pero en vías de unificación, en el que la competencia se hace cada vez más entre firmas, que tienen necesidad del conjunto de ese espacio para funcionar.

Hoy, las empresas trasnacionales dominan sin duda el comercio mundial. Se estima que en 1988, casi en el 99% del comercio internacional de Estados Unidos intervenía una empresa trasnacional norteamericana o extranjera, y que las primeras, por sí solas (matrices y filiales) participaban con 80% de la exportación y más de 50% de la importación de Estados Unidos.[41]

Internacionalización de la inversión

A través del Plan Marshall, en los primeros cinco años de operación, la inversión norteamericana en el exterior, y sobre todo en Europa, aumentó con tal rapidez que hizo temer que Estados Unidos se apoderara de múltiples actividades tras una verdadera "invasión".[42] En 1959, la inversión de empresas estadounidenses en Europa era de 1 733 millones de dólares, y veinte años después alcanzaba ya 24 471 millones —de un total de inversión de más de 75 mil millones—, cifras que superaban con mucho el monto de las inversiones europeas en Estados Unidos.[43]

Dichas inversiones procedían en su mayor parte de grandes empresas que empezaron a reorganizarse y modernizarse desde los años de la Primera Guerra Mundial, y avanzaron a partir de los años veinte dentro del sistema fordista. Ello hizo posible diversificar

actividades, reducir costos, mejorar la administración e introducir una nueva estructura multidivisional y entrar en más amplios mercados. Los nuevos medios de comunicación y de transporte facilitaron la expansión, así como la producción y distribución en gran escala, en la que creció especialmente el comercio al menudeo en tiendas de autoservicio en cadena. La reorganización se combinó con la introducción de nuevas tecnologías, y todo ello fue posible debido al rápido aumento de la demanda interna y sobre todo, internacional.[44]

El solo avance tecnológico aceleró la internacionalización. Desde la guerra se hizo presente la necesidad de múltiples y nuevos productos: hule sintético, gasolinas de alto octanaje, radar, divisas electrónicas. Todo lo cual llevó a la aplicación directa de la ciencia a la producción,[45] la computadora de alta velocidad, el desarrollo de nuevos plásticos y fibras artificiales, e incrementó la velocidad y el volumen de producción y distribución, la expansión de las empresas integradas y multiindustriales, y con ellas el oligopolio en diversas industrias.[46] En los años sesenta surgió el conglomerado.[47]

Contribuyeron también a hacer posible la inversión extranjera la apertura de nuevos mercados y el aumento del comercio internacional, el GATT y la reducción de barreras arancelarias y no arancelarias, el avance hacia la unidad e integración europea, las facilidades ofrecidas por ciertos gobiernos, y tanto la escasez de divisas como la gran capacidad financiera de las grandes empresas norteamericanas, y años más tarde la internacionalización y la reestructuración de la producción y organización empresariales.

La inversión norteamericana en otros países, principalmente europeos, no fue igual a la de años previos. En primer lugar su monto aumentó y ya en 1960 representaba 60% del total frente a sólo 35% en 1930. Su destino fue sobre todo los propios países industriales. Entonces predominaron las inversiones directas sobre las de cartera en industrias de transformación de alta intensidad de capital y tecnología avanzada y que proceden de grupos poderosos con alta concentración y centralización.[48]

En un principio las multinacionales norteamericanas fueron dominantes. Pero a partir de los años sesenta, cuando la reconstrucción de Europa e incluso de Japón estaba ya muy avanzada, el comercio internacional y sobre todo la inversión extranjera crecieron con mayor rapidez y muy por encima de la producción interna de cada país. Las exportaciones registraron un gran aumento, sobre todo entre 1960 y 1973, y las de Japón, en particular, se elevaron de manera espectacular. Se recuerda a menudo que mientras a principios del siglo sólo había unos cuantos centenares de poderosas empresas internacionales, en 1996 las transnacionales eran ya unas 40 mil, que operaban en casi todos los campos de la producción de bienes y servicios, cuyos activos alcanzaron, en 1992, 3.5 billones de dólares; y tan sólo las ventas de sus 250 mil filiales en ese año fueron de 5.4 billones, que excedieron al valor de las exportaciones mundiales de bienes y servicios, de sólo 4.9 billones.[49]

Todavía hacia 1958 Estados Unidos absorbía 58% del capital —inversión extranjera— mundial. Para 1975 sólo participaba con 32%, en tanto que la proporción de Japón se había elevado de 4 a 15% y la de Alemania occidental de 6 a 11%. Para entonces, también Alemania y Japón habían logrado desarrollar sofisticadas industrias de alta intensidad de capital, tecnológicamente comparables y aun superiores a las de Estados Unidos.[50]

Con frecuencia se dice que una de las razones por las cuales no ha sido posible elevar el nivel de ingreso y empleo en ciertos países industriales consiste en que una creciente proporción de la inversión se ha canalizado hacia países subdesarrollados, en busca de mano de obra barata; mas lo cierto es que no ha sido así. Según cifras del Departamento de Comercio de Estados Unidos, entre 1967 y 1989, la inversión extranjera directa mundial aumentó de 105.5 mil millones de dólares a 1 402.9 millones, pero mientras la participación de los países industriales se elevó en ese lapso de 69.4% a 80.8%, la destinada a los países en desarrollo o subdesarrollados declinó de 30.6% a 19.2%. Todavía más, entre 1980 y 1988 la inversión en los países de la triada casi se triplicó, su participación en el total mundial subió de 30% a 39%, y la inversión hacia los países en desarro-

llo se concentró en diez, principalmente de Asia oriental, incluyendo China, que por cierto es la que hoy recibe mayores inversiones del exterior.[51]

Si bien en años recientes la internacionalización del capital se intensifica y cada vez un mayor número de empresas opera a nivel internacional, las verdaderas trasnacionales no son más que unas 100 a 300 poderosas empresas o más bien grupos de empresas, y tan sólo las cien más trasnacionalizadas concentran alrededor de un tercio de la IED mundial y poseen activos con valor acumulado de 3.2 billones de dólares, de los que 40% se halla en otros países.[52]

De esos grupos, entre los treinta no financieros más importantes, con activos en su mayor parte superiores a 40 mil millones de dólares en 1990, destacan 8 de Estados Unidos, 5 de Japón, 4 de Alemania, 3 de Francia, 2 de Gran Bretaña y otros tantos de Holanda, y de Suiza.

La internacionalización revela que estamos frente a una creciente movilidad, e incluso una verdadera "mundialización del capital", como dice Chesnais, "en una nueva fase del proceso de internacionalización del capital y de su valorización a la escala del conjunto de las regiones en donde se hallan los recursos o los mercados", que resulta de "dos movimientos estrechamente interconectados, pero distintos: de un lado, la larga fase de acumulación iniciada desde 1914 —y yo diría, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial—, y del otro, de las políticas de liberalización, privatización, desreglamentación y desmantelamiento de conquistas sociales y democráticas, que se aplican desde principios de los años ochenta, bajo el impulso de los gobiernos de Thatcher y de Reagan".[53]

En el paradigma tradicional, "el capital productivo queda fuera, según Michalet, del campo de la mundialización [...] la transformación de la economía internacional en economía mundial coincide precisamente con el fin de esta dicotomía. La mundialización del capital productivo deviene parte integrante de la mundialización del capital. Más exactamente, se convierte en el centro de ella".[54]

A partir de los años ochenta la inversión extranjera directa y en particular la de cartera registra un crecimiento muy rápido. A prin-

cipios de la siguiente década se interrumpe su expansión con motivo de la recesión, pero desde 1993 empieza de nuevo a aumentar; pudo advertirse que para entonces, antes que la industria son los servicios los que más la impulsan.

Entre 1980 y 1990, la inversión extranjera cruzada entre los países de la triada absorbe alrededor de 80% de la inversión extranjera mundial, y depende principalmente, más que de nuevas inversiones, de adquisiciones y fusiones de empresas ya existentes. En ese lapso, el valor de los capitales exportados por Europa a Japón alcanza 7 mil millones de dólares, en tanto que la inversión de Japón en Europa llega a 19 300 millones. Las inversiones de Estados Unidos en Japón, aun cuando crecen rápidamente, al fin de ese periodo sólo son de 21.7 mil millones, mientras que las japonesas en Estados Unidos ascienden a 85 400 millones de dólares. Pero la corriente de mayor importancia es la de Estados Unidos-Europa. En 1990, la inversión del primero llegó a 225. 5 miles de millones, en tanto que la de Europa en Estados Unidos fue de 280 mil millones, lo que revela que en ese año, Europa y Japón invertían más capital en Estados Unidos, que este país en aquéllos.[55] Tal situación cambia después de 1993, en que la economía norteamericana empieza a crecer más que Europa y Japón. Y a partir de entonces, además, la inversión extranjera en países del sureste de Asia, incluyendo China, aumenta como nunca antes. En el rápido incremento de la inversión extranjera se reflejan, entre otros factores, la "globalización" de servicios bancarios y financieros, y el avance tecnológico.[56]

No obstante el desplazamiento de la inversión desde los países de mayor desarrollo a otros, como ocurre en China, en donde la inversión extranjera creció entre 1983 y 1993, de menos de mil millones a 26 mil millones de dólares, el grueso de la inversión se sigue concentrando en los países altamente industrializados. Tan sólo los del llamado Grupo de los 7, por ejemplo, en 1990 disponen de 90.5% de la industria manufacturera mundial de alta tecnología, así como de 80.4% de la capacidad de cómputo. Y en lo que hace a la inversión en investigación y desarrollo, que sin duda es fundamental, mientras Estados Unidos participaba también en 1990, con el

42.8% del total mundial, África y América Latina concurrían, conjuntamente, con sólo 1%.[57]

Desde los años sesenta y sobre todo después surgen nuevas formas de inversión que impulsan el proceso de internacionalización. Las más importantes son las inversiones "improductivas", en las que el capital se valoriza y obtiene una utilidad "sin pasar por la producción". Chevalier menciona cuatro posibles fuentes de ingresos de tales inversiones: el conjunto de ganancias especulativas, las rentas, las utilidades monetarias y la venta de ciertas clases de servicios.[58]

Y, según Chesnais, lo que caracteriza a ese movimiento mundial de la inversión es que:

1) La inversión extranjera directa prevalece sobre el comercio.
2) La IED, como ya vimos, se concentra en los países más desarrollados.
3) El intercambio intrasectorial es la forma dominante del comercio exterior.
4) La integración horizontal coincide con la vertical, y las empresas multinacionales aprovechan la liberalización del intercambio, la introducción de nuevas tecnologías y las nuevas formas de organización (toyotismo).
5) Los nuevos grupos industriales tienden a organizarse como "redes de empresas".
6) Se regionaliza el intercambio en torno a los tres polos de la triada.
7) Se incrementa la interpenetración entre los capitales de diferentes posiciones transfronterizas que engendran estructuras de oferta muy concentradas en el plano mundial.
8) Sobre esa base cobran impulso los oligopolios mundiales en un número creciente de industrias; lo que constituye un espacio de competencia y cooperación privilegiado.
9) El valor cada vez mayor de un capital muy concentrado que conserva la forma de "capital-dinero", y que favorece, dada su gran rentabilidad, el surgimiento de la "globalización financiera", acentúa los rasgos financieros de los grupos indus-

triales e imprime una lógica financiera al capital invertido en las manufacturas y los servicios.

10) El movimiento de la mundialización es excluyente, con excepción de algunos nuevos países industriales y de otros, muy pocos, asociados a los tres polos de la triada.[59]

Internacionalización de la producción

Suele verse como uno de los cambios recientes que más influye en la internacionalización, el comercio —en particular el comercio intrafirma— y la nueva división internacional del trabajo. La internacionalización de la producción significa "que más y más de los bienes y servicios del mundo se están produciendo en más y más países y que el proceso productivo ignora cada vez más las fronteras nacionales".[60]

La globalización de la industria se refiere a las operaciones transfronterizas de empresas que funcionan para organizar toda su actividad.

En su *Globalization of Industry* de 1996, escribe la OCAE:

> Un rasgo distintivo de la globalización es la división de las operaciones de la firma en segmentos separados que se realizan en diferentes países. Otros rasgos [...] son la inversión extranjera directa, diversos aspectos del comercio y la colaboración internacional inter firmas. Lo que cambia en los años ochenta y noventa es que la mayor parte de las empresas utilizan nuevas combinaciones de inversión, [...] de comercio y cooperación internacionales para expandirse y lograr mayor eficiencia.[61]

Lo que hasta hace poco tiempo se producía de manera unitaria en un determinado lugar, ahora se dispersa y fragmenta; procede a menudo de sitios diferentes y lejanos, se integra de nuevas maneras y depende de grandes y aun gigantescas empresas, entre las que algunas realmente "globales" "están transformando el mundo de la economía política a través del creciente control de tres recursos fundamentales: la tecnología de la producción, el capital financiero y el mercado", lo que les permite "integrar la producción a escala mun-

dial". Y tales empresas crecen a tasas medias que "exceden dos a tres veces las de los países industriales más avanzados".[62]

Pues bien, las nuevas formas de producción se explican, según Hobsbawm, porque sobre todo en los años de auge "hay una sustancial reestructuración y reforma del capitalismo y un realmente espectacular avance de la globalización e internacionalización de la economía", que hace posible una "economía mixta" que facilitó la modernización y trajo consigo un enorme incremento de la demanda, y que a la vez elevó la capacidad productiva de la economía mundial debido a una nueva, más "elaborada y sofisticada división internacional del trabajo".[63]

Las empresas "globales", cuyo papel en la internacionalización de la economía es sin duda muy importante, no son por cierto pequeñas empresas que operen conforme a las reglas del "libre mercado", guiadas tan sólo por la "mano invisible".

Barnet y Müler escriben:

> Casi por definición, una compañía con suficientes recursos para integrar sus actividades a escala global es un oligopolio [...] los oligopolios son como los clubes. (Todo lo que se requiere para ser miembro de ellos es tener suficiente tamaño.) En cualquier industria un puñado de empresas compiten por cada vez más grandes proporciones del mercado, de acuerdo con ciertas bien establecidas pero implícitas reglas, la principal de las cuales es que la competencia de precios, excepto en raras ocasiones, es una práctica antisocial que debe ser estrictamente prohibida porque amenaza con destruir al club en su conjunto.[64]

Son tan poderosas algunas de esas empresas "globales", que no pocas manejan recursos que superan a los de numerosos países económicamente pequeños y aun medianos.[65] En años recientes se vuelve cada vez más importante que dichas empresas se alíen a otras —incluyendo fuertes competidores— y formen tupidas y vastas redes trasnacionales que ejercen gran influencia en múltiples campos de actividad.

Todo ello se da en un proceso en el que las empresas y en general la producción se reorganizan. Y así como en un principio el llamado régimen fordista, de Estados Unidos, se extiende con rapidez a otros países, más tarde la ampliación de los mercados y el auge de los nuevos y vistosos centros comerciales, la creciente demanda de una increíble cantidad y variedad de bienes y servicios, la introducción de nuevas tecnologías —y en particular de la tecnología de la información—, y desde luego la necesidad de reducir costos y contrarrestar la tendencia al descenso de la tasa de beneficio, se expresan en desplazamientos y relocalizaciones así como en una profunda reestructuración que busca formas más flexibles y rentables de producción y distribución.

La revolución de las telecomunicaciones, en particular, hace posible y costeable fragmentar el proceso productivo y fabricar u obtener incluso insumos fundamentales en lugares apartados, en los que hasta poco antes habría sido imposible operar, tanto por los altos costos como por la dificultad de coordinar, desde centros ubicados a gran distancia, su funcionamiento.

En un principio la reconstrucción productiva tuvo, junto a ciertas semejanzas, diferencias que daban cuenta de las condiciones también distintas de los países en los que se llevaba a cabo; pero a partir de la primera mitad de los años ochenta, bajo la influencia de lo hecho por los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra, bajo la dirección del FMI y del Banco Mundial, toma cuerpo y pronto se propaga internacionalmente un patrón o "modelo" de reestructuración, que fundamentalmente expresa el llamado "consenso de Washington" y la política que más tarde se conocería como "neoliberal".

Desde entonces el Banco Mundial introduce los "préstamos de ajuste estructural" a países subdesarrollados que acepten someter sus políticas económicas a ciertas condiciones, entre las que la principal suele ser liberalizar el comercio y los movimientos financieros. Esta liberalización toma cuerpo en los programas de "ajuste estructural", de los que nos ocuparemos más adelante.[66] Y si bien

de momento tal política pareció ser privativa de los países subdesarrollados, en los que además trató de imponerse uniforme y mecánicamente, sin reparar en la diversidad de condiciones en ellos imperantes, pronto pudo advertirse que, con ciertas variantes, empezaron a adoptarla también Estados y gobiernos en los que el desarrollo económico tiene otro nivel, su ubicación en la economía mundial es otra y sus relaciones internacionales exhiben condiciones distintas y responden a criterios diferentes, y en el curso de unos cuantos años dicha política se convirtió en lo que Walden Bello considera una verdadera "contrarrevolución económica global".[67]

Después de la segunda guerra la producción se internacionaliza, sobre todo entre Estados Unidos, Europa Occidental y Japón; y en el proceso juegan un papel muy importante las grandes empresas multinacionales, primero norteamericanas y poco después de otros países, que crecen con rapidez y se multiplican como nunca antes.

Con frecuencia se dan por supuestos ciertos cambios en el proceso productivo, sin reparar en que sin ellos no podría entenderse lo que sucede en el resto de la economía mundial. En su *Workers in a Lean World*, Kim Moody dice que es en estos espacios reales, no en el ciberespacio financiero, donde los seres humanos trabajan y se ganan la vida donde los trabajadores producen la riqueza, incluyendo la porción que gira rápidamente alrededor del mundo, con sólo oprimir un botón.

Actualmente, como se sabe, las formas de organización de las empresas y por tanto de la producción han cambiado grandemente, y aun aquéllas que en un momento dado parecían las mejores han quedado atrás e incluso se han vuelto un obstáculo. Hoy, pocos bienes y servicios finales se producen en una sola instalación o un lugar determinado. En realidad la producción de los más complejos ha requerido casi siempre de una cadena productiva y de una serie de fases con frecuencia separadas en espacio y tiempo.

El capital en su desarrollo amplía el mercado, y cuando los medios de transporte y comunicación se modernizan, acortan el tiempo y modifican y aun "aniquilan" el espacio. O en otras palabras, "la

tecnología hace posible la cada vez mayor separación de los lugares en que se produce y vuelve las cadenas de producción transfronterizas más viables que nunca".[68]

Desde decenios atrás la producción empezó a internacionalizarse cuando algunas empresas extranjeras se establecieron en diversos países para proveerles de ciertos bienes, muchos de cuyos componentes se importaban del país de donde procedían esas inversiones. En años recientes, en cambio, la cadena productiva se internacionaliza, ahora no para surtir al país "huésped", sino para reexportar desde éste a aquél del que procede la inversión.

Las empresas maquiladoras de México ilustran lo que esa nueva forma de internacionalización representa. Después de 1978, las automotrices extranjeras y concretamente las tres grandes norteamericanas —GM, Ford y Chrysler— empezaron a exportar a Estados Unidos y Canadá, y en sólo unos cuantos años tales ventas aumentaron en forma espectacular, y mientras en 1986 sólo fueron de 20 500 automóviles, en 1995 alcanzaban ya 778 000 unidades, lo que fue muy ventajoso para dichas empresas, pues en México se pagan salarios mucho más bajos que los de Estados Unidos. Y lo ocurrido en la producción de múltiples bienes pronto empezó a expresarse en las cadenas transfronterizas productivas de servicios, y a mostrar que tal política no era privativa de Estados Unidos, sino que Alemania, Japón y otros países desarrollados la habían adoptado también.

La creciente internacionalización de la producción, sobre todo cuando en años recientes se generaliza la "especialización flexible", según algunos autores resulta favorable a las pequeñas empresas. Los datos disponibles sin embargo parecen demostrar lo contrario, es decir, las grandes empresas siguen controlando la mayor parte de la producción mundial desde los países más avanzados, y tan sólo las cien más poderosas absorbían hace unos años un tercio de toda la inversión extranjera directa. Hacia 1993, además, las empresas trasnacionales empleaban a 73 millones de trabajadores, de los que 53 millones trabajaban en las economías del Norte. Ese nivel de empleo se duplicaría y aun triplicaría, al incluir la ocupación indirecta. Y esa proporción de la población activa es sin duda la más

trasnacionalizada y la que está en el centro de la acumulación global de capital.

El rápido aumento de esas grandes empresas trasnacionales obedece en buena parte al auge de las fusiones y adquisiciones hechas principalmente por Estados Unidos. Tan sólo entre 1990 y 1993, el 70% del flujo de inversión extranjera directa entre los países de la OCDE correspondió a tales operaciones, las que fueron también importantes en Inglaterra y Francia. En Japón, en cambio, se realizaron muy pocas fusiones y adquisiciones. Entre las empresas que más se han internacionalizado destacan las de telecomunicaciones, que aparte de haber crecido rápidamente mantienen millares de relaciones de subcontratación, lo que descentraliza la operación; pero el control sigue concentrado en las empresas más poderosas. En la reestructuración internacional de la producción también juegan un papel muy importante miles de alianzas estratégicas.[69]

Con frecuencia se sugiere que, dada la gran movilidad del capital, la inversión de los países más avanzados en los subdesarrollados ha sido muy cuantiosa. Mas a juzgar por lo ocurrido en industrias como la del acero y automóviles, que son de aquéllas en las que se produjeron desplazamientos de capital, las cosas no han cambiado en la medida en que algunos creen. En la industria automotriz, por ejemplo, pese al aumento de la inversión y la mayor importancia de Corea del Sur, Brasil y México como productores y exportadores de vehículos, más de 90% de la producción final permanece en Estados Unidos, Canadá, Europa y Japón, lo que confirma que las actividades más intensivas de capital tienden a concentrarse en los países de alto ingreso, por la amplitud de sus mercados y porque la alta tecnología, el nivel superior de organización y el *downsizing* (la carrera hacia abajo) a la postre permiten operar con mejores resultados. Ello a la vez deja ver que el proceso de internacionalización de la producción y otras actividades es en gran medida uno de regionalización más que, estrictamente hablando, de globalización. Y tal tendencia se acentúa bajo las nuevas formas, más flexibles, de organización de la producción.[70]

En las últimas décadas, no obstante, el sistema productivo registra profundos cambios, porque la mayor parte de la fuerza laboral se ocupa en actividades distintas de la industria manufacturera, y cada vez más trabajadores se relacionan con el procesamiento de información. Japón juega un papel de primer orden en esa transformación y, al combinar innovaciones en ingeniería con innovaciones en la organización social que respondan a la nueva tecnología y a la cultura japonesa, logra grandes avances que fortalecen su posición competitiva. Varios países europeos se proyectan hacia el exterior, lo que hace también Japón en los años sesenta, cuando sus costos se elevan y encuentra atractivo desplazar cuantiosas inversiones, principalmente hacia Hong Kong y otros lugares de Asia oriental.

Estas transformaciones en la geografía de la producción cambiaron el perfil de todos los países industriales, en particular de Estados Unidos, en donde el empleo en la industria manufacturera bajó de alrededor de un tercio del total en 1950, a 20% a mediados de los ochenta y a 16% a principios de los noventa. Y la reducción del empleo industrial se dio, asimismo, en otros países desarrollados.

Barnet y Cavanagh relatan:

> A medida que las grandes corporaciones se fusionaban, automatizaban y exportaban empleos, y descansaban cada vez más en subcontratistas y empleados temporales, el taller de trabajo global adquirió una nueva fisonomía. Viejos empleos se perdieron por millones, pero a la vez nuevos puestos aun cuando en número sustancialmente menor se abrieron en la industria manufacturera y otras actividades, en industrias de alta tecnología —aeroespacial, robótica, sintéticos, química y cerámica—, en la tecnología de plantas de ensamble sofisticadas y en industrias de moda-vestuario, muebles y arreglos especiales de todo tipo para el mercado de altos ingresos.[71]

A todo esto se agregaron vistosos centros comerciales, hoteles y oficinas diversas.

En tanto el mercado global deviene más importante para las firmas norteamericanas, éstas invierten menos en territorio estadounidense "y se están convirtiendo rápidamente en entidades glo-

bales que no se relacionan ya especialmente con la economía de Estados Unidos". Pero si bien es cierto que las "corporaciones" sueñan con escapar a las leyes de cualquier nación que restrinja el libre movimiento de dinero, información y utilidades, al mismo tiempo tales compañías "buscan en todas partes la ayuda de sus gobiernos".

El propio autor hace notar que "a medida que las corporaciones de todos los países se transforman en redes globales, lo que importa desde el punto de vista de la riqueza nacional *no es* de qué nación son los ciudadanos que las poseen, sino *de qué* nación son los ciudadanos que aprenden cómo hacer ciertas cosas, a fin de capacitarse para agregar más valor a la economía mundial, y por lo tanto para incrementar el valor de su propio potencial". Pero "sostener que la nacionalidad de las corporaciones se está volviendo irrelevante, desde luego no significa que en la economía global, hacia la que se avanza con rapidez, los intereses nacionales hayan dejado de existir o no sean importantes".[72]

A la vez, sin embargo, la internacionalización de la producción se acentúa y acelera, sobre todo en los dos últimos decenios. Para unos autores las nuevas formas de organización obedecen al agotamiento del sistema de producción en gran escala; para otros, a la caída de la rentabilidad; y para otros más, a la transición del fordismo al postfordismo.

Manuel Castells considera que, no obstante la diversidad de enfoques, se coincide en cuatro aspectos fundamentales: 1) en que cualesquiera que sean las causas de la transformación organizativa, a partir de mediados de los años sesenta se necesita un cambio importante en la organización de la producción y los mercados globales; 2) que tales cambios interactúan con la difusión de la tecnología de la información, pero que en su mayor parte son independientes de ella y la preceden; 3) que su objeto principal fue enfrentarse a la incertidumbre causada por la rigidez de ciertos elementos, ampliando la flexibilidad en la operación de las empresas; y 4) que muchos cambios introdujeron el sistema de "adelgazamiento de la producción" (*lean production*), para reducir el trabajo mediante la automatización, la eliminación de tareas y la supresión de ciertas capas de funcionarios.[73]

Los imprevisibles cambios de la demanda, la diversificación de los mercados y la rapidez del cambio tecnológico volvieron obsoletos ciertos viejos equipos y mostraron que el sistema de producción en masa era demasiado rígido y costoso, y que debía avanzarse hacia sistemas de producción flexible.

Algunos analistas consideran que las grandes empresas están en crisis a consecuencia de la crisis del sistema de producción en gran escala. Otros, como Bennett Harrison, en cambio, sostienen que las grandes corporaciones siguen siendo dominantes, y que incluso en ellas se concentran proporciones crecientes del capital y los mercados en las principales economías. Lo que sí parece estar en crisis "es la forma tradicional de organización corporativa basada en la integración vertical y en el funcionamiento jerárquico de la administración".[74]

Entre los nuevos métodos de dirección, en su mayor parte procedentes de Japón, sobresale el "toyotismo", opuesto al fordismo y que se adapta a la economía global y al sistema de producción flexible. El principal cambio en los años noventa consiste en el desplazamiento de las burocracias verticales a la corporación horizontal.

Hoy día se observan diversas formas de organización flexible que suponen diferentes eslabonamientos interfirmas. Uno de ellos, que mucho se utiliza en las grandes empresas de alta tecnología, es el de las "alianzas estratégicas", que según Castells son muy diferentes de las formas tradicionales de los cárteles y otros acuerdos oligopolistas. La estructura de tales industrias —las de alta tecnología— es una cada vez más compleja red de alianzas, acuerdos y asociaciones en los que las grandes corporaciones se interconectan. Y como esas empresas son el centro de una vasta red de acuerdos de subcontratación, los patrones de sus alianzas y de su competencia involucran también a los subcontratistas. Por todo ello, en esa nueva economía las grandes empresas no son "autocontenidas ni autosuficientes"; sus operaciones se conducen con otras firmas, que van desde docenas de socios con los que cooperan y compiten, hasta centenares o miles de subcontratistas.[75]

En la nueva economía y las nuevas empresas la información circula a través de redes; redes entre empresas y en el seno de ellas, redes personales y redes computacionales. Las nuevas tecnologías de la información son decisivas para que tales mecanismos funcionen bien. Las redes son el ingrediente fundamental de las nuevas organizaciones, en las que, en un principio, más que nuevas tecnologías lo que se requirió fue una "nueva mentalidad" que permitiera una necesaria reorganización. Pero más adelante, el funcionamiento de los grandes complejos habría sido imposible sin las redes computacionales.

La empresa característica de lo que él llama economía informacional-global es la "empresa red" (*network enterprise*). Una empresa red exitosa —dice Castells— es aquélla capaz de generar conocimiento y procesar información eficientemente; de adaptarse a la variable geometría de la economía global; de ser suficientemente flexible para cambiar sus medios tan rápidamente como cambien los objetivos, bajo el impacto de rápidos cambios culturales, tecnológicos e institucionales, y para innovar, cuando la innovación deviene el arma competitiva clave.

En tales condiciones cambia también la fuerza de trabajo. A consecuencia de una larga crisis, de la rápida y generalizada introducción de tecnologías que ahorran mano de obra, de las nuevas formas de organización y del desplazamiento de inversión de unos países a otros, tiende a aumentar el desempleo, o al menos la ocupación crece mucho más lentamente que la inversión y la producción.

No es fácil, y aun resulta riesgoso dar cuenta en unas cuantas líneas de los cambios que sufre la fuerza de trabajo, entre otras cosas porque la situación no es la misma en diferentes países. Pero si se repara en los más avanzados, entre otras características se observan las siguientes:

—Se registran y aun persisten por largo tiempo, como ha ocurrido en Europa, altas tasas de desempleo.

—Se reducen primero la ocupación en la agricultura y después en la industria; y disminuye, en particular, el número de obreros.

—Aumenta hasta llegar a predominar, el empleo en los servicios, aunque en años recientes también en ellos deja de crecer la ocupación, o lo hace lenta e inestablemente.
—Las actividades ligadas al procesamiento de información demandan más mano de obra, sobre todo en niveles técnicos y profesionales; en general, sin embargo, su importancia relativa tiende a ser todavía pequeña.
—La demanda de personal altamente calificado aun en países en los que es importante, sigue siendo muy inferior a la de trabajadores semicalificados o no calificados.
—Entre los nuevos empleos predominan los de salarios bajos —a menudo incluso inferiores a los que prevalecían hace unos años—, los de tiempo parcial y de personas no organizadas sindicalmente.
—Aun en los países altamente industrializados se segmenta el mercado de trabajo y cobra importancia la "economía informal".
—En ciertos países, como es el caso de Estados Unidos, en años recientes aumenta la proporción de trabajadores migratorios procedentes de otros, que en general son víctimas de discriminación y aun de xenofobia.
—A medida que la economía financiera se separa de la real y que el capital tiende a valorizarse "sin pasar por la producción", aumenta el número de trabajadores en múltiples actividades improductivas.

El mundo del trabajo está cambiando profundamente. Las condiciones mismas (la producción masiva y la gran empresa) que crearon empleos hace doscientos años están desapareciendo. Tres de cada diez grandes empresas industriales en Estados Unidos contratan fuera de ellas al menos la mitad de su producción, y la proporción es todavía más alta en Japón. Numerosos empleos desaparecen, y todo hace pensar que se van para siempre. Estados Unidos ha entrado en la era del trabajo eventual y temporal, del consultor y el subcontratista, de la fuerza de trabajo *just in time*, esto es, fluida, flexible, disponible. Éste es el futuro y su mensaje es: usted depende de sí mismo.

En lugar de empleos hay situaciones de trabajo de tiempo parcial y temporal. Los empleos no son ya criaturas socialmente adaptables, y por eso les está ocurriendo lo que a los dinosaurios. La desaparición de los empleos es en realidad el síntoma de un cambio socioeconómico más profundo.

La pérdida de empleos es un proceso cuantitativo y cualitativo. En el primer sentido, lo que hace unos años requería cien trabajadores, ahora puede hacerse por cincuenta y mañana quizá por diez. La industria manufacturera norteamericana produce hoy, con los mismos trabajadores, cinco veces más que al terminar la segunda guerra. Y la solución no consiste en reducir el número de nuevos trabajadores. Lo que ese requiere es rediseñar todo el sistema de producción.

La nueva y más difícil situación del mercado de trabajo obedece fundamentalmente al rápido avance científico-tecnológico. El obrero ya no maneja la lámina de acero; maneja los datos (la información) sobre el acero. Su trabajo no es físico, sino más bien una secuencia o patrón de información, una cadena de datos que se ordenan electrónicamente, con un mínimo de intervención humana. Las personas que antes llenaban formas y archivaban papeles son ya obsoletas. La empresa japonesa Mazda hacía con cinco empleados, ¡sí, cinco!, lo que la Ford hacía con cuatrocientos.

La tecnología vuelve obsoletos ciertos trabajos, también porque reemplaza el mundo de "las cosas" con el mundo mucho más mercurial de "los datos". Y no se crea que los nuevos trabajadores son todavía muy escasos. El autor recuerda que Peter Drucker estima que esos trabajadores son ya, en Estados Unidos, al menos "un tercio o probablemente dos quintas partes de todos los empleados".

Según estadísticas recientes, "más nortemericanos trabajan en la industria de computación en conjunto (esto es equipos, semiconductores y servicios de computación) que en las industrias automotrices, de autopartes, acero, minería y refinación de petróleo combinadas". Una prueba más del mismo extraordinario cambio es que mientras en 1970 las corporaciones norteamericanas gastaron 11% de su inversión en bienes durables y equipo para procesar

información, en 1989 esa cifra se había elevado 51% y, ciertamente, hoy debe ser más alta.[76]

La internacionalización de la tecnología

El rápido crecimiento económico de la postguerra se vio impulsado no sólo por crecientes inversiones, un alto nivel de empleo y mayor intercambio comercial, sino por un avance tecnológico en verdad espectacular. Tan sólo de fines de los años cuarenta a los sesenta ese proceso hizo posible lanzar al mercado mundial numerosos nuevos productos y no pocos nuevos procesos, que a menudo surgieron gracias a la aplicación directa de la ciencia a la producción.

Hobsbawm destaca tres aspectos de ese "terremoto tecnológico", que sin duda influyen también en la cada vez mayor internacionalización:

1) Transformó profundamente la vida cotidiana en los países ricos y, en menor medida, en los pobres, a través de múltiples nuevos objetos antes inexistentes o de muy difícil acceso.
2) Mientras más compleja era la tecnología, más complejo resultó ser el camino que va del descubrimiento a la invención o la producción, y más difícil y costoso recorrerlo.
3) Las nuevas tecnologías fueron en gran parte intensivas de capital y ahorradoras e inclusive reemplazadoras de fuerza de trabajo.[77]

Castells, en coincidencia con otros autores, hace notar que las tecnologías de la información incluyen "el conjunto convergente" de tecnología en la microelectrónica, en la computación —equipos y *software*—, en las telecomunicaciones, transmisión y optoelectrónica. Y a diferencia de otros analistas, incluye también la ingeniería genética y su cada vez mayor desarrollo y aplicaciones.

Pues bien, el sistema tecnológico dominante en los años noventa surgió realmente en los setenta. El propio Castells recuerda que el microprocesador se inventó en 1971 y empezó a difundirse a mediados de esa década. La microcomputadora se inventó en 1975 y comenzó a comercializarse dos años después. La fibra óptica empezó a usarse industrialmente a principios de los años setenta; y ya

en 1969 el Departamento de Defensa de Estados Unidos construyó una nueva red de comunicación electrónica, que creció a partir de entonces y culmina en lo que hoy es Internet.[78]

Aunque ahora se acepta que el avance tecnológico juega un papel fundamental en la elevación de la productividad y la dinámica del desarrollo económico, ello no siempre fue así. Si bien algunos economistas, como Schumpeter, desde una época muy temprana reconocieron la importancia de la tecnología, los demás pensaban que la dotación de capital era el factor decisivo del crecimiento. El trabajo de Robert Solow, en los años cincuenta, modificó las ideas dominantes sobre todo entre los economistas neoclásicos, al demostrar que en el crecimiento de la economía norteamericana, el aumento de la producción por hombre durante cuatro décadas no había obedecido a incrementos de capital o de trabajo, sino fundamentalmente a elementos "residuales", entre los que pronto se convino que el principal era el cambio tecnológico.[79]

Las nuevas tecnologías, y a menudo incluso antes que ellas las nuevas formas de organización empresarial, impulsan y facilitan también la expansión internacional de múltiples actividades. Se acepta, en general, que sin la revolución tecnológica de los últimos decenios, y concretamente la que se registra en la tecnología de la información, la producción no se habría internacionalizado como lo hizo. [80]

El cambio tecnológico se da en muy diversos planos y expresa internacionalmente en formas diferentes. Para algunos, la internacionalización de la tecnología consiste en esencia en llevar al extranjero una parte considerable de la inversión en investigación y desarrollo (*research and development*), que por cierto es en general muy inferior a aquélla en que se internacionalizan el comercio y la producción, una parte de la inversión, además, que se concentra principalmente en los más poderosos grupos empresariales y todavía en gran medida en muy pocos países. Aun en años recientes el grueso de esa inversión se concentraba en un pequeño número de poderosas firmas en Estados Unidos, Francia, Japón y otros países. Y lo que se invertía a través de empresas subsidiarias que operan en el extran-

jero, en casos como el de Japón y aun Inglaterra, es una proporción relativamente pequeña. De acuerdo con cifras de 1989, la intensidad de la inversión en investigación y desarrollo de las filiales extranjeras —medida en términos de valor agregado— sólo era más alta que la del conjunto de la inversión en Estados Unidos y en Australia. Y algunos países pequeños como Holanda y Suiza cuentan también con varias grandes empresas, cuyo nivel de descentralización e internacionalización es muy alto.[81]

Aun cuando, como antes se dijo, la investigación y desarrollo sigue estando muy concentrada, en los dos últimos decenios se produjeron cambios que muestran que, incluso en ella, el proceso de internacionalización está en curso. Esto se advierte en los nuevos tipos y papel de laboratorios que operan en el extranjero con cierta autonomía respecto de las empresas centrales y en las nuevas formas de división del trabajo, que a su vez responden a una creciente internacionalización.

La evolución corresponde a las nuevas posibilidades de coordinación y control que ofrece la telemática. El hecho es que mientras hasta hace unos años las grandes empresas, sobre todo norteamericanas hacían notar que el traslado al extranjero de sus actividades de inversión y desarrollo era difícil, más recientemente ha podido advertirse que esas empresas, y no pocas europeas, admiten que la situación ha cambiado y que, gracias al avance de las telecomunicaciones, las condiciones actuales son más favorables. Las diferencias de un país a otro suelen, sin embargo, ser muy grandes. Todavía en 1985, por ejemplo, la inversión en investigación y desarrollo de filiales japonesas en otros países sólo representaba 1% de lo que se destinaba a ese fin en Japón. Y en 1989, mientras este país empleaba en sus laboratorios en el extranjero 4 378 investigadores, seis años atrás los principales grupos alemanes utilizaban a 16 400, y ya en 1982, Estados Unidos tenía en otros países 76 200 investigadores.[82]

La internacionalización de la tecnología no se limita a la investigación y desarrollo. Comprende también la formación de "alianzas estratégicas" internacionales entre los grandes grupos, que fundamentalmente se establecen por razones tecnológicas.

Tales alianzas entrañan "acuerdos de cooperación" entre grandes grupos en el seno de los oligopolios. Incluso ciertos autores las ven como una red que constituye el oligopolio propiamente dicho, para la organización del conjunto de actividades, a través del tejido de relaciones contractuales entre sus miembros. La intensidad de esas redes se advierte especialmente en las tecnologías de la información, tanto por su amplio campo de aplicación como por las ligas estrechas entre todos sus dominios. Hasta el punto de que se piensa que tales redes caracterizan un oligopolio tecnológico que se construye en torno de una tecnología genérica. En la segunda mitad de los años ochenta varias decenas de poderosos grupos empresariales de Estados Unidos, Europa y Japón habían formado alianzas entre sí, concretamente en el campo de las tecnologías de la información, y tenían en vigor de 3 a 4 y hasta 7 o más entre algunos grupos.

Las alianzas no son permanentes, y a menudo se caracterizan por su inestabilidad. En su seno suele haber contradicciones, así como una rivalidad que coincide con la cooperación. Se llega a decir que, en ciertos casos la alianza no es más que la antesala de la absorción. O sea que ella no garantiza la continuidad ni menos la independencia de cada una de las empresas participantes.[83]

Las nuevas tecnologías no son neutras; afectan de manera diferente a los países industriales y a los económicamente más débiles, y de un modo distinto también a los ricos y a los pobres en cada país. Cuando las empresas más avanzadas operan sobre todo en los países industriales, retienen en ellos —y en particular en el país de origen— la mayor parte de la investigación y desarrollo e incluso la inversión en tecnologías de más alta intensidad de capital, aunque en esos países una mayor inversión y un aumento de productividad no se expresan ya a menudo en ingresos más altos y sobre todo en mayor nivel de empleo.

Al iniciarse el desplazamiento de algunas grandes empresas a países subdesarrollados —redespliegue industrial—, el grueso de la inversión extranjera fue de aquéllas relativamente sencillas que requieren más mano de obra; pero desde principios de los años ochenta empezaron también a hacerse inversiones más costosas y

complejas, ahora más intensivas de capital, para aumentar la producción y exportación de bienes durables desde esos países a Estados Unidos y otros grandes mercados de países industriales. Acaso sobre todo, sin embargo, la inversión extranjera se desplazó de la producción a los mercados financieros e incluso a la especulación, lo que explica los altibajos que ha sufrido el flujo de fondos del exterior.

La internacionalización de la tecnología, que alcanza especial significado en ciertas "alianzas estratégicas" de poderosos oligopolios, adopta entre sus principales modalidades las que siguen:

—Producción privada de la tecnología sobre una base multinacional.

—Adquisición de la tecnología en el extranjero, por compra, o por relaciones asimétricas.

—Intercambio cruzado de conocimientos y tecnologías con el extranjero, por colaboración, asociación y relaciones entre iguales.

—Protección de conocimientos y de innovaciones en el extranjero.

—Valorización del capital tecnológico fuera de los países de origen, o sobre una base multinacional.[84]

Para concluir este breve apartado, el reconocimiento del papel fundamental del avance tecnológico en el desarrollo económico, cuando no desemboca en posiciones tecnocráticas o en un tecnologismo reduccionista, contribuye a enriquecer el instrumental teórico que se requiere para explicar adecuadamente ese proceso, y a que se comprenda que el desarrollo no es mero crecimiento cuantitativo, sino también estructural y cualitativo. Ello es así porque al llevar al primer plano el cambio tecnológico se escapa a planteamientos lineales y se advierten mejor ciertas interconexiones, e incluso las contradicciones subyacentes, así como la relación, que no pocas veces se da por supuesta, entre la tecnología y la ciencia, de un lado, y entre ambas y la educación, del otro. Al reparar en el cambio tecnológico, además, se comprende mejor también lo que significa la educación y la capacitación de quienes han de ser los protagonistas centrales del desarrollo.

Al mismo tiempo, no obstante, cuando el papel de la tecnología se ve muy parcialmente y creyendo que las condiciones que se dieron en el pasado se repetirán en nuestros días, se puede fácilmente caer en posiciones erróneas. Por ejemplo, a partir de lo acontecido durante largo tiempo después de la primera revolución industrial, se pensó que el avance tecnológico estimulaba la ocupación, y a la postre creaba más empleos que los que cancelaba o destruía. El argumento en que descansaba tal opinión es bien conocido: el cambio tecnológico aumenta la productividad del trabajo, la mayor producción de bienes y servicios hace bajar los precios y ello incrementa el consumo, la inversión, el ingreso y en general la demanda.

Según Robert Ayres, "los economistas han tendido a argüir que esta sinergia entre la innovación tecnológica y la creación de empleos es automática. Pero a diferencia de todas las revoluciones tecnológicas previas, la tecnología de la información no ha resultado hasta ahora [...] en nuevos bienes o servicios [...] por los que los consumidores estén dispuestos a pagar mucho más dinero, y a crear así muchos más empleos que los produzcan". En lugar de ello ha desplazado numerosos empleos tanto en la industria como en los servicios, y de esa manera por primera vez en la historia ha contribuido grandemente al desempleo. La tecnología de la información, en particular, reduce el valor de mercado del capital humano al hacer muchos oficios obsoletos. Categorías completas de trabajos están desapareciendo.[85]

Con frecuencia se reconoce que el avance tecnológico, sobre todo a partir de los años setenta, ha contribuido a reducir la demanda de mano de obra y a elevar el desempleo, y que éste es ya muy alto en los países industriales europeos. En cambio pocos prestan atención al hecho de que la nueva tecnología trae consigo una menor demanda de capital, y por tanto un bajo nivel de inversión fija.

Por lo que hace al desempleo cabría recordar que, en gran parte debido a la larga fase de expansión de la postguerra, muchos economistas pensaron que aun en el plazo medio y largo se mantendrían altos niveles de ocupación y que incluso si se registraban ciertos desajustes, éstos serían menores y propiamente cíclicos. El desempleo "estructural" o "tecnológico" no era objeto de atención espe-

cial, y a menudo se sugería que si los trabajadores se adaptaban a las exigencias de las nuevas tecnologías no tendrían mayores problemas.

Lo cierto es que desde fines de los años sesenta la demanda de capital empezó a declinar y que esa situación se acentuó en la década siguiente, lo que hizo que, tanto en términos absolutos como en relación con el PIB, la inversión fija se redujera mientras la capacidad productiva y la oferta de capital aumentaban. La introducción de la moderna microelectrónica, dice Harry Shutt, contribuye significativamente

> a reducir la intensidad de capital y de mano de obra de muchos procesos manufactureros, así como a incrementar su intensidad de conocimiento. Esto no sólo influye en la disminución de la demanda de capital respecto del nivel de la producción, sino que debilita el método tradicional de evaluación de las empresas y lleva a mucho mayor incertidumbre y volatilidad en torno al precio de mercado de las acciones [...] lo que resulta de la transformación en la naturaleza de los activos, pues el *software* (incluidos la capacidad técnica y administrativa) deviene tan importante o más que el *hardware*, en la generación de valor para los accionistas.[86]

El hecho de que una parte cada vez mayor de la inversión sea actualmente especulativa agrava el problema y hace temer que, a largo plazo, siga declinando la demanda tanto de trabajo como de capital de inversión, mientras la productividad continúa elevándose. Y lo que sin duda está presente es la perspectiva de que, en un momento dado, los artificiales valores bursátiles de las acciones de numerosas empresas se desplomen y que a la postre ello lleve no a la solución, sino a un estado de cosas más difícil que el actual.

Internacionalización de los mercados financieros

A partir de 1973 suben los precios de múltiples acciones y se elevan las tasas de interés; empieza a ganar terreno la especulación con valores y otros bienes, en parte porque el capital no encuentra suficientes oportunidades de inversión en la esfera productiva, donde

se intensifica la competencia y declina la rentabilidad, y en parte porque con frecuencia se obtienen en la especulación de un tipo u otro pingües ganancias, muy superiores a las que proceden de la producción. Asimismo contribuye a ello el desmedido y fácil incremento de las deudas, porque quienes disponen de abundantes recursos financieros se empeñan en colocarlos con rapidez, aunque las posibilidades de recuperación sean a veces muy limitadas e incluso inexistentes. En ese contexto se generaliza la reestructuración productiva y financiera, que en realidad suelen ser dos aspectos de un mismo proceso, y al amparo de la desregulación y aun la complacencia de las autoridades monetarias, la privatización, la apertura indiscriminada y el neoliberalismo, se crean situaciones en que las grandes corporaciones no necesitan producir para hacer dinero, sino que pueden conseguirlo aun "desmantelando una empresa productiva".[87]

En esos años, además, los mercados financieros se expanden, se entrelazan e internacionalizan a niveles y ritmo sin precedentes. La caída del sistema de Bretton Woods trajo consigo una profunda perturbación monetario-financiera internacional. Impulsados por el crecimiento incontrolable de las deudas internas y externas, del euromercado y la "desregulación", la circulación monetaria, el valor de mercado y el monto de las transacciones en las bolsas de valores y el mercado de capitales aumentarían de manera espectacular. Y mientras el mercado de eurodólares movilizaba sólo 4 500 millones en 1960, en 1973 manejaba ya 160 mil millones. En este último año la suma total de cuentas en euromonedas en todo el mundo era de 315 mil millones de dólares, que para 1987 se acercaba ya a los 4 billones.[88] Poco antes un solo banco de inversión de Wall Street, el First Boston Corporation, comerciaba con títulos por más de 4 billones de dólares, cifra superior a todo el Producto Interno Bruto de Estados Unidos, y el comercio de futuros se elevaba diez veces más que la tasa de crecimiento de la producción industrial.[89] La mayor parte de esas enormes sumas de dinero, que se mueven internacionalmente a gran velocidad y sin reparar en las consecuencias, de hecho no tiene ya una relación directa con la producción de bienes y servicios, y son más bien formas de "capital ficticio".

Dicen Harrison y Bluestone que el financiamiento de la inversión a través del endeudamiento se volvió crucial en los años setenta. "Con una tasa de rendimiento en la inversión productiva que se reducía por la competencia internacional y por la presión doméstica de más altos salarios, los directores de las empresas adoptaron la estrategia de (multiplicar las) fusiones y adquisiciones, que prometían un mejor rendimiento a corto plazo que las inversiones en planta y equipo".[90] Pues bien, esas fusiones y adquisiciones fueron de tal modo explosivas, concretamente en Estados Unidos los años ochenta, que tan sólo entre 1983 y 1986 unas 12 200 compañías y divisiones corporativas cambiaron de manos y el importe de esas transacciones alcanzó (en el último de esos años) casi una quinta parte del valor de todas las acciones negociadas en bolsa. Y como buena parte de ellas no buscaba mejorar la organización y elevar la productividad ni eran meras transacciones financieras, lo que en realidad significaron fue una destrucción de capacidad productiva y de empleos.[91]

Harrison y Bluestone, así mismo, consideran que fue Stephen Hymer el primer economista que advirtió que las actividades asociadas a la especulación y los mercados financieros alterarían el paisaje urbano; explicó la paradoja del capitalismo contemporáneo, de una tendencia simultánea a la *descentralización* de la producción (globalización) y la *recentralización* del control y la coordinación, y predijo que la internacionalización de la producción estimularía a las corporaciones multinacionales para separar sus diversas funciones y localizarlas en diferentes lugares. "Así, el ensamble se llevaría a cabo crecientemente en mercados de trabajo del Tercer Mundo, de bajos salarios. La distribución y ciertos aspectos financieros se manejarían regionalmente, y en la cima de este nuevo sistema jerárquico estarían las oficinas centrales [...] en las más grandes ciudades." O sea que empezaba a surgir una nueva reestructuración espacial dentro de las empresas multinacionales, que sería una de las fuerzas subyacentes de la reestructuración de toda la división internacional del trabajo.[92]

Lo anterior trajo consigo una "revitalización urbana", especialmente en Estados Unidos, pero también en otros países. Las principales zonas comerciales de las ciudades más importantes se modernizaron, multiplicándose el número de grandes y costosos edificios para hoteles, comercios, bancos, oficinas y otros servicios.

El impulso urbano de Estados Unidos y otros países, sobre todo en los últimos veinte años, así como los nuevos empleos a que dio lugar, se vincularon a las actividades que a su vez crecieron al reestructurarse la economía. Y si bien fue considerable la demanda de personas calificadas necesarias para atender tareas de coordinación, *marketing*, promoción y administración, sobre todo de las grandes empresas, el grueso de los nuevos trabajadores estaba formado por asalariados de bajo nivel para hoteles, restaurantes, tiendas, y vigilancia, cuidado y aseo de edificios diversos. En este mercado laboral, además, las condiciones de trabajadores migratorios no calificados, de los miembros de diversas minorías —sobre todo de origen latinoamericano y asiático— y de las mujeres han sido inferiores a las de los norteamericanos blancos.

Conviene subrayar que la reestructuración organizativa y financiera de las corporaciones no son dos procesos diferentes y desconectados entre sí, sino en realidad, los dos lados de una misma moneda. "Contener o reducir el costo del trabajo, evitar la organización sindical y llevar a cabo la reestructuración financiera", todo ello y concretamente hacer dinero a través de las fusiones y adquisiciones de otras empresas, en vez de invertir productivamente, responden al propósito de elevar la rentabilidad.[93]

La revolución de las telecomunicaciones y de la tecnología de la información en su conjunto ha ejercido influencia en las nuevas formas de funcionamiento y en la internacionalización de los mercados financieros. Sin ellas habría sido imposible que se operara con la velocidad, de la manera y en los volúmenes con que hoy se opera. Y cuando se repara en la creciente importancia de la computación, suele olvidarse que el más lucrativo de los juegos de computación es el juego del dinero, porque facilita que el capital se desplace de la producción de riqueza a su extracción y concentración.

Dice Korten que el dinero se ha separado a lo largo del tiempo de las cosas que tienen un valor real. La desvinculación del dólar norteamericano del oro, al llegar a su fin el sistema de Bretton Woods, fue un signo de esa tendencia. Y si ello hizo del dinero convertible en oro, papel, el siguiente paso consistió en eliminar el papel y simplemente almacenar números en las computadoras. Pues aunque las monedas y el papel moneda continúan circulando, más y más transacciones monetarias mundiales involucran transferencias electrónicas directas entre las computadoras. El dinero se vuelve así casi una abstracción, y la creación de dinero se desliza de la creación de valor. Joel Kurtzman, actual editor de *Harvard Business Review* y autor del libro *The Death of Money*, estima que por cada dólar que circula en la economía productiva mundial, entre 20 y 50 lo hacen en la economía puramente financiera.[94]

El lector podrá comprobar que estamos muy lejos de la "mano invisible" de que habló Adam Smith. El sistema financiero, cada vez más depredador y parasitario, vive a costa de la economía productiva. Quienes invierten productivamente ven tal situación, y en particular la inestabilidad y volatilidad de los mercados financieros como una fuente de riesgos. Los especuladores, en cambio, lejos de oponerse a esa volatilidad, dependen y tratan de beneficiarse de ella. Incluso ciertas opiniones y hechos aislados pueden influir sobre el mercado en formas imprevisibles. En un artículo de *The New York Times* titulado "Cuando (George) Soros habla, los mercados mundiales lo escuchan", se le atribuye ser capaz de elevar el precio de sus inversiones, con sólo revelar que las ha hecho. Lo cierto es que hoy aun los bancos centrales manejan cantidades de dinero relativamente muy pequeñas frente a las de los especuladores, lo que hace que sus posibilidades de influir sobre el comportamiento de los mercados disminuyan. Y lo que también es revelador es que actualmente, una parte cada vez mayor de las grandes fortunas procede de la actividad bancaria y financiera.[95]

Frente al avance en la tecnología de la información no debiera pensarse que su influencia es secundaria porque la proporción de las transferencias electrónicas es todavía pequeña, pues lo cierto es



que aun siendo así, esas transferencias representan la mayor parte del dinero en juego. Y también ha influido que en Estados Unidos y otros países se generalizó la idea de que la globalización de la economía hacía necesario liberar a la banca y los mercados financieros de las regulaciones a que hasta entonces habían estado sometidos.

Al respecto cabría recordar que, sobre todo bajo la depresión de los años treinta y poco tiempo después, la legislación bancaria había sido conservadora y muy celosa de que, en particular los bancos comerciales, no realizaran operaciones propias de la banca de inversión ni destinaran sus recursos a inversiones riesgosas, que rebasaran el corto plazo del mercado de dinero. Pero a partir sobre todo de los años setenta, las crecientes sumas de dinero en circulación y la globalización se vieron como hechos que aconsejaban liberar a los bancos y otras instituciones financieras de la ortodoxia tradicional.

Y como ciertas restricciones persistieron, tanto los bancos como otras instituciones y aun empresas que buscaban financiarse en condiciones más ventajosas recurrieron a mercados en los que esas restricciones no estaban ya presentes y acaso especialmente al Euromercado, donde podía operarse con mayor libertad que en los países de origen de esas instituciones y empresas.[96]

El argumento que subyace a esa tendencia parece ser que si se quiere estimular a la inversión y atraer fondos del exterior es preciso ofrecerles facilidades, dejar que se muevan libremente, pues de no ser así se irán a otros países y otros mercados. E incluso suele añadirse que, en realidad, los gobiernos y los bancos centrales no pueden ya regular eficazmente, y menos aún controlar, los movimientos internacionales de capital, por lo que es preferible no recurrir a disposiciones que no se cumplirán.

La desregulación no sólo ha significado el abandono de políticas conservadoras que, sobre todo hasta los años treinta y cuarenta estuvieron en vigor especialmente en Inglaterra y Estados Unidos, aunque bajo su influencia también en otros países, sino que ha favorecido una nueva y laxa situación en la que incluso los bancos comerciales han incrementado sus operaciones en mercados como



el de bienes raíces y el de valores, así como sus inversiones y créditos en otros países, todo lo cual entraña mayores riesgos, dificultades para lograr una satisfactoria recuperación, cuantiosas carteras vencidas, reducción de reservas e insuficiente capitalización, y a la postre, en no pocos casos, debilitamiento y aun quiebra no sólo de instituciones aisladas sino del conjunto de algunas, como ocurrió en los años ochenta con las Asociaciones de Ahorro y Préstamo de Estados Unidos, a las que el gobierno finalmente apoyó con sumas enormes de dinero, pues sólo así podían hacer frente a las obligaciones con sus depositantes e inversionistas.

La creciente operación internacional de los bancos ha sido también una fuente de inestabilidad, ya que lo que a menudo los atrajo para operar más allá de su país fueron las facilidades de lo que podríamos llamar "paraísos bancario-financieros", en donde los bancos y otros intermediarios pudieron operar con máximas facilidades y aun especular en mercados en que se han manejado numerosos instrumentos, en realidad cada vez más desconectados de la producción y el comercio, y que si bien en ciertos momentos permitieron cuantiosas ganancias, en otros causaron pérdidas multimillonarias.

En cada vez mayor número de países los sistemas bancarios y financieros se enfrentan a graves problemas, y la creciente inestabilidad y aun insolvencia de algunos de ellos favorece que, principalmente a través de fusiones y adquisiciones, ciertos sectores del capital financiero se fortalezcan y que los bancos de los países subdesarrollados con mayores problemas hayan tenido con frecuencia que asociarse, depender y aun desaparecer, ante la presión ejercida por poderosas instituciones extranjeras, que ya operan directamente en esos países y que están desplazando a los bancos nacionales.

La situación de los mercados de valores, en particular, es reveladora de la inestabilidad y de los riesgos que entraña. En cada ocasión en que se ha producido una fuerte caída de los precios de mercado de las acciones, como ocurrió por ejemplo en octubre de 1987, o cuando un país se vio ante desajustes y problemas inmediatos, se advirtió una explicable inquietud y aun el temor de que la crisis

se extendiera y afectara a otros países. Pero, como dice el profesor Thurow, si uno examina las crisis financieras, la pregunta a hacer no es por qué cayó el mercado, sino, en primer lugar, cómo pudieron los precios alcanzar tan insostenibles niveles.

A menudo no se repara en que los precios en los mercados de valores han aumentado a un ritmo desmedido que no corresponde al del resto de la economía. Por ejemplo el índice Dow Jones, de Estados Unidos, pasó en un lapso corto de sólo 3 mil a más de 11 500 puntos, y en algunos países el alza artificial del precio de las acciones ha sido aún mayor. El problema se agrava porque la especulación contribuye a que, incluso siendo ya muy altos ciertos precios, se les haga subir más en busca de utilidades a muy corto plazo, aunque a la postre ello vuelve más fuerte la caída. Y lo que también contribuye a que el impacto de un desajuste sea mayor es que si bien "la conexión electrónica de los mercados globales muy grandes no altera la probabilidad de un desajuste financiero, sí los hace potencialmente más grandes y vincula más estrechamente a los mercados nacionales, los que por ello pueden también estallar juntos".[97]

Thurow ilustra su opinión a partir de lo acontecido en la crisis financiera de México, de 1994-1995. Y tras señalar que en ese momento México fue el "eslabón más débil", comenta que la revista *Fortune* mencionó otros países —Indonesia, Brasil, Malasia, Tailandia, Argentina y Chile— en los que podía haber ocurrido lo mismo.

De la experiencia de México, el autor recuerda que su economía parecía tener buenas condiciones; pero a punto de terminar 1994 la reserva monetaria se desplomó —de 30 a 6 mil millones de dólares—, el peso —antes sobrevaluado— se devaluó fuertemente y el capital extranjero empezó a salir. Las cosas no fueron más graves gracias a que México obtuvo un apoyo financiero sin precedente, de casi 52 mil millones de dólares, aunque al precio de perder el control sobre la economía. Y las "draconianas" medidas exigidas por el FMI, la tesorería norteamericana y otros países acreedores fueron tales que el precio que se pagó en términos de soberanía lesionada, desempleo, caída de la actividad económica y de los salarios y niveles de vida de la mayoría de la población fue en verdad muy

alto, en parte porque Estados Unidos actuó, en realidad, en defensa principalmente de los inversionistas norteamericanos —incluidos fondos de pensiones y otras inversiones institucionales— que en busca de rendimientos mayores habían hecho cuantiosas inversiones en México, y cuando la situación se volvió muy riesgosa, presionando para sacar sus fondos de inmediato. A la postre casi todos los inversionistas recuperaron su dinero y aun obtuvieron buenos rendimientos, y si se comparan las pérdidas de capital de los inversionistas extranjeros en México con las pérdidas reales de ingreso de los mexicanos, es claro que éstos perdieron mucho más.

Las crisis financieras y las resultantes pérdidas de independencia económica nacional no se limitan al tercer mundo. En los años noventa también afectaron a Italia, Francia e Inglaterra. Y aunque en una próxima crisis seguramente intervendrá el FMI, éste es un prestamista de última instancia sin capacidad regulatoria. Dónde y cuándo estallará esa crisis, cómo se producirá y qué tan grande será, nadie lo sabe. Lo único cierto es que en un momento dado, en el futuro, dicha crisis estallará.

En años recientes, la relación entre la mundialización productiva y financiera se expresa de nuevas maneras, lo que principalmente obedece a los múltiples nuevos instrumentos que los mercados financieros manejan y a la creciente importancia de las operaciones financieras de las grandes empresas industriales, lo que, además, influye grandemente en la localización de las actividades, la distribución del ingreso y el empleo, en la economía mundial y en cada país.

También es significativo de la internacionalización financiera que las transacciones con acciones hechas por empresas extranjeras superen a las que hacen las empresas domésticas. Por ejemplo, entre 1984 y 1992, las operaciones transfronterizas en Estados Unidos pasaron de 20.8% al 109.3% del PIB; en Japón, de 25.0% a 72.2%, después de alcanzar 156.7% en 1989; en Alemania de 20.7% a 90.8%; en Francia de 14.0% a 122.2% y en Canadá de 15.8% a 112.2%. Y los mercados de cambios son los que han crecido con mayor rapidez, y no sólo mucho más que el PIB, sino que el co-

mercio internacional y la inversión extranjera en los mercados de valores.[98]

Antes dije que los bancos extranjeros están desplazando a los nacionales en los países subdesarrollados. La situación de los países industriales es diferente, y en algunos, como Estados Unidos y Japón, los bancos extranjeros están todavía sujetos a múltiples restricciones.

Tres elementos, según Chesnais, influyen en la llamada mundialización financiera: la desreglamentación, o liberación monetaria y financiera, la desintermediación y la apertura de los mercados financieros nacionales, entre los que hay una profunda interacción. Sin duda todo ello ha contribuido a limitar las posibilidades de acción de los bancos centrales y a que sean los más poderosos intermediarios los que hoy más influyen en el nivel de las tasas de interés y otros aspectos del comportamiento de esos mercados, y a que los depositantes muevan sus ahorros de las cuentas tradicionales a otras que les ofrezcan mayores rendimientos, y que son parte de un capital ficticio y de utilidades puramente financieras, o sea de una situación en que el dinero se incrementa de manera parasitaria y sin resultar directamente de la producción.[99]

La globalización financiera no significa la desaparición de las tensiones económicas por el dominio del mundo y su reparto en espacios de influencia. En este mercado financiero global, los principales países captadores y al mismo tiempo destinatarios de fondos son los países ricos, los que forman la OCDE, con una participación superior a 87% de los movimientos.

George Soros considera que los mercados votan cada día y obligan a los gobiernos a adoptar medidas ciertamente impopulares, pero imprescindibles. En cambio el ex ministro francés Raymond Barre expresa: "Decididamente, ya no se puede dejar el mundo en manos de una banda de irresponsables de 30 años que no piensan sino en hacer dinero [...] En un mercado que se ha convertido en instantáneo y planetario, todo cambio brutal de esos auténticos mamuts de las finanzas puede originar la desestabilización de cualquier país".[100]

Internacionalización de la cultura

No podría recordar aquí las nuevas formas en que se reproducen e internacionalizan ciertas actividades y productos culturales, sobre todo de origen norteamericano, de preferencia entre los jóvenes de numerosos países. Barnet y Cavanagh hablan incluso de un "bazar cultural global".

Sorprende, en realidad, la escala y velocidad a las que, gracias a los avances de las telecomunicaciones, se reproducen y diseminan internacionalmente ciertos programas de televisión, películas, discos, revistas, juegos, deportes y aun artículos como playeras, gorras y otros. La música de grupos de rock y de los Beatles, primero, y después la de Michael Jackson y Madonna, se oye como unos años atrás no podría siquiera haberse imaginado.

Todo ello circula en parte legalmente, y en parte fuera de la ley, lo que significa que la difusión real de esa música y otras expresiones artísticas es en realidad mucho mayor de lo que usualmente se cree. Tan sólo la televisión, el cine, el video y los discos extranjeros, sobre todo procedentes de Estados Unidos, cubren casi la totalidad del espacio y tiempo disponibles.

La influencia que ello ejerce es enorme. Además de enajenante es a menudo perjudicial debido a que, especialmente en el cine y la televisión, se difunden la inmoralidad, la corrupción, la violencia y aun el crimen. Con independencia de su contenido, el solo intento de imponer ciertos patrones culturales ajenos a esos países y pueblos es inaceptable, pues atenta contra la riqueza que es propia de la diversidad y contra la identidad misma de quienes, actuando libremente, podrían fortalecer su propio desarrollo cultural. Las posiciones extremas y simplistas según las cuales, o bien las culturas nacionales serán invencibles y no les afectará lo que venga de afuera, o bien serán destruidas y nada quedará de ellas, son también inaceptables.

El poder de los oligopolios trasnacionales que hoy comercializan buena parte de la actividad cultural vuelve muy difícil oponerse a ellos eficazmente. Muchos de los productos que esos oligopolios manejan expresan posiciones ideológicas que se difunden con fines

propagandísticos más que valores propiamente culturales, y se venden por millones, en buena parte a personas modestas y de bajos ingresos. Y aunque las nuevas tecnologías y formas de organización hacen posible reducir costos, ello no se traduce a menudo en menores precios de tales "paquetes culturales".

El peso creciente de la influencia cultural extranjera da lugar a que en ciertos países se tomen medidas proteccionistas, o a que se exprese inconformidad ante tal situación. Pero tales respuestas en realidad no bastan para que las cosas cambien. A veces son un tanto retóricas e imprecisas o se vinculan a actitudes religiosas de corte "fundamentalista", que —como ocurre en ciertos países islámicos— dejan ver más prejuicios que capacidad de acción para hacer valer los valores culturales propios. En otras ocasiones la protección cultural se basa en posiciones tradicionales, que más que responder a los nuevos problemas que el internacionalizado mundo de nuestros días plantea, se antojan meras repeticiones de viejas ideas, que en otros tiempos y condiciones fueron probablemente válidas, pero que hoy resultan insuficientes y aun inadecuadas para preservar una identidad que en sí misma tiene que ser cambiante, y para abrir nuevos y mejores cauces al intercambio cultural internacional.

Las formas de operar de los grandes consorcios trasnacionales no favorecen el enriquecimiento cultural de los países en que operan, pero sí los beneficia promover a artistas nacionales ajenos a aquellos que manejan como exclusivos, o realizar alguna otra actividad; entonces ello amplía su radio de acción y su auditorio. Lo que también hacen los nuevos medios de comunicación, gracias a los cuales hoy es posible atraer a millares de asistentes a audiciones musicales masivas, que hasta hace pocos años eran imposibles. Ello da cuenta también de que la actividad cultural, antes confinada a espacios pequeños y en cierto modo cerrados, ahora, sobre todo cuando se comercializa y proyecta internacionalmente, se desenvuelve en nuevos y mucho mayores escenarios. Y pese a que ciertos elementos culturales adquieren cada vez mayor importancia en el desarrollo social y en las relaciones entre los países, en la formulación de una política se menosprecian, a partir de la idea de que lo económico-político es lo principal. Algunos autores, como Samuel

Huntington, señalan que después de la guerra fría la política global empezó a ser reconstruida a partir de líneas culturales. Y añade que en el mundo de la postguerra, las más importantes distinciones entre los pueblos no son ideológicas, políticas o económicas, son culturales. Según este autor, la cultura y las identidades culturales, que en su sentido más amplio son identidades civilizatorias, están conformando los patrones de cohesión, desintegración y conflicto. Los corolarios de esta propuesta son los siguientes:

1) Por primera vez en la historia, la política global es tanto multipolar como multicivilizacional.
2) La correlación de fuerzas entre las civilizaciones está cambiando. La influencia relativa de Occidente está declinando. Las civilizaciones de Asia se están expandiendo económica, militar y políticamente.
3) Un orden mundial basado en las civilizaciones está surgiendo. Las sociedades que tienen afinidades culturales cooperan entre sí, y los países se agrupan en torno a los Estados más importantes de una civilización.
4) Las pretensiones universalistas de Occidente lo llevan, cada vez más, a conflictos con otras civilizaciones.
5) La sobrevivencia de Occidente depende de que los norteamericanos reafirmen su identidad occidental y que los habitantes de otros países occidentales acepten su civilización como universal.

En el marco de esa política global, los conflictos que antes se daban entre países se dan ahora —y en el futuro ello será así aun en mayor medida— como "conflictos culturales entre civilizaciones". Los conflictos culturales —observa Vaclav Havel, citado por Huntington— son crecientes y hoy más peligrosos que en cualquier otra época de la historia.[101]

O en palabras del propio Huntington:

> La dimensión central y más peligrosa de la política global emergente será el conflicto entre grupos de diferentes civilizaciones. Tales conflictos son la mayor amenaza a la paz, y (a la vez) un orden interna-

> cional basado en las civilizaciones es la más segura salvaguarda contra una guerra mundial.
>
> Los Estados-nación —agrega— siguen siendo los principales actores en los asuntos mundiales. [Pero] el más importante agrupamiento de Estados no es ya el de los tres bloques de la guerra fría, sino más bien las siete u ocho mayores civilizaciones del mundo. Los Estados, sin embargo, están sufriendo pérdidas en su soberanía, funciones y poder. Las instituciones internacionales se atribuyen ahora el derecho [...] de juzgar y limitar lo que hacen los Estados en su propio territorio.[102]

¿Qué caracteriza a un enfoque civilizacional? Es un mejor marco para entender el mundo, para distinguir lo que es y lo que no es importante, para anticipar el futuro, para ofrecer guías a quienes formulan políticas y para construir un país que pueda incorporar a él elementos de otros.

Lo nuevo en el sistema multicivilizacional es que la influencia unidireccional de una civilización (la occidental) sobre otras se ha convertido en interacciones multidireccionales. El sistema, además, aparte de ser ya multicivilizacional, deja ver que los conflictos entre los países occidentales, por largo tiempo dominantes, se han suavizado y pasado a un segundo plano. Los historiadores han advertido que la visión histórica de Occidente fue a menudo unilineal y "monocivilizacional". Ya en 1918, Spengler hizo notar la "miopía" de esa visión y señaló la necesidad de sustituir el "enfoque ptolomeico de la historia" por uno "copernicano", y de sustituir la ficción vacía de una historia lineal, con el drama de numerosas e importantes culturas.

Impulsada por la mundialización, la política global está siendo —según Huntington— reconfigurada por líneas culturales. En el nuevo mundo, la identidad cultural es el factor central en la conformación de un país, sus aspiraciones y antagonismos.

La integración económica internacional ha hecho avances considerables desde la terminación de la segunda guerra, sobre todo en el caso de la Unión Europea. Y, especialmente entre países que

tienen bastante en común, la integración cultural es lo que hoy ofrece mayores perspectivas.

La civilización occidental fue muy importante a partir del siglo XVI, e influyó en la modernización e industrialización de numerosos países, pero al mismo tiempo propició un desarrollo desigual que mantuvo en el atraso y la pobreza a la mayor parte de la población mundial.

Algunos piensan que esa civilización ha demostrado su superioridad y que incluso será permanente. Otros, en cambio, consideran que después de alcanzar su madurez ha empezado ya a declinar, y que si bien científica, tecnológica y económicamente sigue teniendo un alto nivel, lo que anuncia su decadencia son hechos de carácter moral, cultural y político, que muestran una creciente descomposición social, en la que una vieja ideología hasta ahora dominante pretende imponerse a los ricos enfoques multiculturales que el complejo mundo de nuestros días reclama para sortear con éxito los nuevos problemas.

Huntington concluye que todas las civilizaciones recorren procesos similares de surgimiento, ascenso y declinación. Y actualmente no son pocos los signos de que, frente al poderío de la civilización occidental, otras civilizaciones empiezan a actuar para estar mejor representadas en los organismos internacionales más importantes como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.[103]

Quienes destacan la creciente importancia y la internacionalización de la cultura en el mundo de hoy lo hacen a menudo desde perspectivas y en formas diferentes. A veces, por ejemplo, se separa lo cultural de lo económico-político y aun se le da un rango superior; en ocasiones sólo se consideran aspectos parciales de la actividad cultural como el consumismo. Algunos piensan que la revolución que transforme y haga de la actual una mejor sociedad no será una revolución social hecha por los trabajadores, sino una revolución "cultural", que los estudiantes e intelectuales harán posible. En fin, con frecuencia se piensa más en ciertas posiciones ideológicas que en importantes expresiones culturales, y no pocas veces se menosprecian o exaltan rasgos culturales de alcance nacional, o se atribuye

una dimensión universal a manifestaciones culturales que tienen, en realidad, alcance más limitado. Y lo que también suele ser característico de algunos enfoques es que se preste atención a lo particular, lo diferente, lo fragmentario, y no sólo se pierda de vista, sino incluso se niegue la posibilidad de explicar fenómenos de conjunto y el desarrollo mismo de la historia desde una posición teórica. Esto último se advierte en muchos de los planteamientos "postmodernistas".

Fue probablemente Wright Mills uno de los primeros autores que, desde fines de los años cincuenta, señaló que la era moderna concluía, para ser sucedida por una postmoderna. Y si bien era comprensible que, ante la violencia, las cruentas guerras, la inestabilidad, la profunda y prolongada depresión de los años treinta y el desempleo masivo, se rechazara la idea decimonónica simplista y convencional de que todo avanzaba y era cada vez mejor, Mills no pensó que el ideario surgido del iluminismo hubiese muerto o fuera totalmente falso y negativo, y sobre todo que debiéramos renunciar a todo intento de explicar la historia y de reparar en problemas estructurales.

Según algunos postmodernistas, en cambio, debemos rechazar todas las grandes ideas occidentales del progreso, incluyendo las teorías marxistas de la historia. Piensan así porque el "hilo central" de sus posiciones es el énfasis en la naturaleza fragmentaria del mundo y del conocimiento humano. La implicación política de ello es que nuestras identidades son tan variables, inciertas y frágiles que no puede haber base para la solidaridad y la acción colectiva fundadas en una identidad social común. En realidad niegan la existencia misma de las estructuras o conexiones estructurales e incluso la posibilidad de análisis causal, lo que suele llevar a un profundo escepticismo epistemológico y al derrotismo político.

Desde luego hay numerosos problemas concretos, identidades sociales variables más allá de las clases, diferencias étnicas y otras, conflictos, imágenes, diversidad, que la cultura postmodernista señala y que no debieran ignorarse. Pero tales fenómenos culturales no son ajenos al consumismo y al capital que se mundializa.

Ellen Meiksins Wood dice que los postmodernistas rechazan el universalismo iluminista a partir de la idea de que niega la diversidad de la experiencia humana, de las culturas, valores e identidades; pero ese rechazo del universalismo en nombre de un pluralismo emancipador es contradictorio y autodestructivo. El respeto a la diferencia, la diversidad y la pluralidad de las luchas ante diferentes opresiones no nos obliga a oponernos a valores universales a los que, en sus mejores expresiones, el marxismo se adhiere, o a abandonar la idea de una emancipación humana universal. Y al hacer referencia al iluminismo y sus limitaciones, debiéramos tener claro qué puede imputársele a él y qué al capitalismo. El capitalismo es el sistema más universal que el mundo ha conocido y su realidad social es "totalizadora". Su lógica de mercantilización, acumulación, maximización de ganancias y competencia permea todo el orden social; y para entender este sistema totalizador se requiere, precisamente, del "conocimiento totalizador" que el marxismo ofrece y que los postmodernistas rechazan.

El capitalismo se está volviendo tan universal, escribe el historiador E. P. Thompson, se está dando de tal modo por supuesto, que está deviniendo algo invisible.

> El mundo está cada vez más poblado [advierte a su vez Meiksins Wood] no por alegres robots sino por indignados seres humanos. Como están las cosas hay pocos recursos intelectuales para entender esa ira y menos, todavía, condiciones políticas para organizarla. El posmodernismo de hoy, pese a su pesimismo evidentemente derrotista, descansa en la "época dorada del capitalismo". Es hora ya de dejar atrás ese legado y de encarar las realidades de nuestros días.[104]

Los estudios culturales caen con frecuencia en un "culturalismo" que limita la acción política al ámbito cultural y que no deja espacios a la solidaridad más allá de diferencias culturales concretas. Incluso no considera una política que, como tal, responda a lo cultural.

La tendencia a considerar "vulgar" la conexión de la cultura y las clases sociales y la relación entre opresión social y explotación económica es reveladora. Conforme a esa errónea posición, co-

menta Aijaz Ahmad, se despoja por ejemplo a Gramsci de su pensamiento revolucionario y se le presenta sólo como un crítico "cultural", que supuestamente desciende de Croce, lo que equivale a ver a Marx no como un revolucionario profundamente crítico de Hegel, sino solamente como su continuador.

Cierto internacionalismo cultural, además, parece no comprender el papel de las posiciones nacionalistas. Ahmad expresa que él siempre ha sido sospechoso del nacionalismo, porque a menudo éste desemboca en posiciones chovinistas y aun fascistas; pero el nacionalismo suele ser también anticolonialista y antiimperialista. Y quienes luchan contra el imperialismo no pueden renunciar a ese nacionalismo.

Tampoco debe renunciarse a la universalidad, porque los derechos particulares existen sólo en la medida en que hay derechos universales. El propio antiimperialismo sería solamente xenofóbico si rompe con la idea de "universalidad". Lo que suele llamarse dominación occidental, hoy es universalización capitalista, en la que las ideologías dominantes y los artefactos culturales se producen en los países centrales, y bien se exportan desde ahí, o son copiados en el resto del mundo. Continúa Ahmad: "El nacionalismo por sí solo no puede ser la respuesta porque el capital puede, y de hecho destruye todos los linderos nacionales, y especialmente las formas culturales. O sea que, o bien se construye una universalidad anticapitalista —es decir, socialista— o bien se acepta la universalidad capitalista".[105]

La así llamada "cultura de masas" —comenta el autor antes mencionado— es inseparable de los procesos de producción masiva, del *marketing*, de la obtención de ganancias, de los sistemas masivos de comunicación. Y la relación de lo cultural con su base económica y política no es superficial sino profunda. No se puede tirar aquí un poco de economía y allá un poco de tecnología. Es preciso situar los hechos individuales en un complejo proceso histórico. Lo que a menudo no se comprende en los estudios "culturales".

La palabra globalización es altamente ideológica. Para algunos significa que después de desaparecer la Unión Soviética hay un solo

sistema de Estados: el de "el capital imperialista". Para otros, el término alude a la tremenda movilidad del capital y las mercancías, al papel cada vez más importante del comercio exterior en las cuentas nacionales, al poder de la comunicación y las tecnologías de alcance global, al enorme poder del capital financiero y de la especulación, o la capacidad de las nuevas mercancías culturales producidas en los centros para rebasar los aparatos nacionales de educación e información, y al surgimiento de sistemas de producción y administración en los que el proceso de producción se fragmenta y localiza en países diferentes y se mueve con rapidez de unos a otros. La globalización es también un eufemismo tras el cual se ocultan las instituciones financieras y comerciales internacionales que determinan las políticas nacionales del Tercer Mundo, y la globalización se refiere, además, a la rápida penetración del capitalismo y del mercado mundial, en todo el proceso productivo.

Lo que no significa que el Estado-nación deje de actuar. Incluso en los países más avanzados el Estado está ahí, vivo y bien. El capital de Japón es trasnacional y, a la vez, agresivamente japonés. En Alemania, es indudable que hay una estrecha relación entre el interés nacional y el Bundesbank, y en Estados Unidos casi la totalidad del ahorro se invierte en el país. Incluso el capital que se mueve internamente lo hace a través de los Estados y gobiernos. "El Estado-nación es en tal caso el principio articulador entre el capital global y la fuerza de trabajo nacional."[106]

Desde luego la cultura no puede ser, como algunos pretenden, uniforme, y menos si expresa patrones que intentan imponerse de arriba a abajo y desde afuera. Pero algunos postmodernistas —pese a su interés en lo fragmentario y diferente— hacen responder lo que es diverso y plural a una visión unilateral y estrecha. La falsa idea de que no es posible entender la realidad social como "totalidad" y desde una perspectiva de conjunto es limitante y aun causa de serios errores. El solo hecho de que en un mundo cada vez más internacionalizado, complejo e incluso global se rechace la idea de "totalidad" o "universalidad" es revelador de que no se comprende su naturaleza y real alcance. El historiador E. H. Carr tiene razón

al decir que al ser la interpretación necesaria para establecer los hechos históricos, y porque no hay interpretación totalmente objetiva, no se desprende de ahí que una interpretación sea tan buena como cualquier otra y que los hechos de la historia no sean susceptibles de interpretación objetiva. Las posiciones postmodernistas, al rechazar el análisis teórico-histórico de la realidad social, caen en el pragmatismo y en un antihumanismo que rompe con toda la visión que, a partir del Renacimiento, el iluminismo y sobre todo el pensamiento crítico más avanzado del siglo XIX, intenta ver al ser humano, en su conjunto, como categoría especial. Y si bien en nombre y al amparo del humanismo se han cometido errores, arbitrariedades e injusticias, ello no invalida ni priva de sentido al humanismo. Franz Fanon, en *Los Condenados de la Tierra*, critica a los europeos por no haber podido llevar el problema de la humanidad a un plano infinitamente más alto. Él se pronuncia en favor de un nuevo humanismo, libre de sus aspectos eurocéntricos racistas.

Propone no imitar a Europa; que combinemos y empleemos nuestros músculos y nuestros cerebros en una nueva dirección; que tratemos de crear el hombre total, a quien Europa no ha sido capaz de llevar a un triunfante nacimiento.

Si los radicales del Tercer Mundo han mantenido al menos un apoyo "residual" a la visión humanista, ello obedece a su continuado compromiso con el proyecto de liberación. La explicación de Carol A. Stabiley ayuda también a entender el enfoque postmodernista de la cultura: el posmodernismo se identifica en general con una época histórica, la sociedad postindustrial, postfordista e incluso postcapitalista.

Afirma que el consumo ha superado a la producción y hecho de la lucha de clases (o incluso de la noción de una sociedad antagonísticamente dividida entre trabajadores y capitalistas) un concepto "obsoleto". La opresión, en pocas palabras, no tiene actualmente una base material sistémica. Señala que la "desorganización" del capitalismo significa que no hay un punto central, o un sistema al que oponerse. El capitalismo, actualmente fragmentado y carente de unidad orgánica no es ya comprensible como sistema.

Los diversos marxismos, escribe a su vez Fredrick Jameson —el de Bernstein a fines del siglo XIX y el postestructuralismo de los años ochenta del XX—, así como lo que se dice sobre la "crisis" o la "muerte" del marxismo, coinciden precisamente con los momentos en que el capitalismo se reestructura y expande prodigiosamente. Y éstos, a su vez, se ven seguidos de intentos teóricos de lograr un marxismo más moderno —o en nuestro tiempo postmoderno— que explique las nuevas e inesperadas dimensiones que toma su objeto tradicional de estudio, o sea el capitalismo.

Los marxismos (movimientos políticos y formas de resistencia intelectual y teórica) que surgen del sistema capitalista actual —prosigue Jameson— serán necesariamente distintos de aquellos que se desenvolvieron durante el periodo moderno, o sea la época del imperialismo. Tendrán una relación diferente con la globalización, y a diferencia de marxismos previos, tendrán un carácter más cultural, interesándose fundamentalmente en fenómenos hasta ahora conocidos como cosificación de las mercancías y consumismo.

Asimismo sostiene que la creciente significación de la cultura es consecuencia de la más universal saturación y penetración de la mercantilización misma, que hoy puede colonizar grandes zonas del área cultural hasta ahora protegidas y en su mayor parte hostiles e inconsistentes con su lógica. Desde que la cultura se convierte en gran medida en un negocio, la mayor parte de lo que solía considerarse específicamente económico y comercial, deviene cultural.

David McNally recuerda que el lenguaje no es una cárcel sino un sitio de lucha, y John Bellamy Foster agrega que cuestiones como el lenguaje, la cultura, la nacionalidad, raza, género, ambiente, revolución y la historia misma sólo pueden analizarse de manera adecuada en un contexto que es simultáneamente histórico en carácter, materialista (en el sentido de enfocarse sobre prácticas concretas) y revolucionario.

Y añade que el zar Nicolás I de Rusia expidió una orden que prohibía el uso de la palabra progreso. Actualmente no creemos ya en el progreso humano automático, en el que muchos creían en el siglo XIX, pero ello no significa que debamos abandonar en su tota-

lidad el concepto de progreso, en su sentido más general de posibilidad de emancipación humana progresiva, pues ello equivaldría a rendirse ante el capital.

"La ironía del posmodernismo es que, pretendiendo haber trascendido la *modernidad*, abandona toda posibilidad de trascender al capitalismo y de entrar a una era *postcapitalista* [...] Por ello la teoría postmodernista es fácilmente absorbida por el marco cultural dominante."[107]

Con frecuencia se supone que la difusión cultural poco o nada tiene que ver con la propaganda política. Se olvida que gobiernos, empresas, partidos y otras organizaciones, en actitud "apolítica", a menudo trabajan sin descanso para hacer valer sus posiciones políticas. En un reciente libro de Frances Stonor Saunders, comentado por James Petras, se examina por ejemplo el importante papel jugado por la CIA en la guerra fría cultural y la influencia que ejerció entre numerosos intelectuales y artistas supuestamente "libres", desconectados de la actividad política y defensores del "arte por el arte". Más que pedir a esas personas apartarse de la política, lo que de ellas se reclamaba era actuar conforme a la línea de la CIA y hacerles aceptar que en su obra no podía haber expresiones antiimperialistas, si querían que su esfuerzo se reconociera como valioso. Y la victoria de la CIA consistió en haber convencido a numerosos artistas e intelectuales de que una vinculación con la izquierda es incompatible con una labor artística o académica seria.[108]

En todas partes se habla hoy a menudo de la cultura y su importancia. Pero más que examinar rigurosamente los problemas que en el ámbito cultural es preciso encarar y tratar de resolver, a menudo se hacen referencias convencionales que llevan a pensar que el proceso cultural se desenvuelve suavemente y sin tropezar con limitaciones y obstáculos difíciles de superar. A veces se cree, además, que sólo ciertas entidades y no otras, pese a discrepancias y contradicciones, podrían impulsar la acción cultural y dar a ésta una mayor proyección internacional, lo que a la postre impide conjugar esfuerzos en planos más amplios.

Néstor García Canclini, quien a lo largo de muchos años ha venido trabajando sobre el proceso cultural, señala cuatro áreas estratégicas en que ahora puede ejercerse la acción de los Estados, de organismos supranacionales y de entidades sociales para revitalizar la vida pública son:

a) La política cultural que debe considerarse prioritaria para evaluar cómo se desempeña una sociedad en la globalización, es la que se hace con la ciudadanía.
b) La política cultural debe tener su centro en lo que significa para los ciudadanos, podemos considerar mejor los bienes y mensajes que una sociedad, y cada grupo dentro de ella, logran comunicar a públicos masivos a través del mercado.
c) Reformular la política cultural en función de intereses públicos obliga a revertir la tendencia a la simple privatización y desnacionalización de las instituciones y los programas de acción cultural.
d) Lo que pueden hacer los Estados y organismos independientes nacionales depende cada vez más de que se construyan nuevos programas e instituciones culturales regionales que acompañen la integración comercial entre naciones.

En una entrevista a García Canclini, con motivo de la publicación de su libro *La globalización imaginada*, reitera que la globalización puede ser gestionada por los ciudadanos y admitir nuevos nichos de creatividad cultural. Y en respuesta a la pregunta de si la identidad tiene sentido, expresa:

> La identidad es importante porque todos necesitamos tener signos de arraigo, de diferencia, de consistencia de lo que somos. Las identidades no van a desaparecer. Lo que está desvaneciéndose es la posibilidad de construir políticas o acciones reivindicativas eficaces a partir del esencialismo, de absolutizar la identidad en oposición tajante a todo lo diferente. Las identidades son espacios de afirmación desde los cuales negociar con los poderosos de las otras identidades o del mercado.[109]

Para concluir este apartado subrayaré que la cultura no es, como algunos creen, neutra y tampoco es abstracta. Expresa intereses a veces no sólo diferentes sino encontrados y, como otros fenómenos, se manifiesta a través de mediaciones sociales diversas. Y si bien suele asociársele a lo mejor, es decir a la libertad, la tolerancia, el respeto a los derechos humanos, el conocimiento, no son pocos los casos en los que, a la inversa, quienes ejercen el poder la asocian a sus políticas represivas y antidemocráticas. Lo cierto, además, es que la cultura se utiliza con frecuencia no para exaltar ciertos valores humanos sino para justificar el orden de cosas prevaleciente.

William James hace notar que "lo importante es 'resistir a las falsificaciones de una cultura burguesa totalmente ideologizada', y entender que en la lucha de clases, la cultura es un campo de batalla. Los capitalistas lo saben y nosotros debiéramos saberlo también".[110]

Lo cierto, sin embargo, es que al repararse en lo cultural desde posiciones "culturalistas", divorciadas de la organización social en que la cultura se inserta y desenvuelve, resulta muy difícil y aun imposible comprender las condiciones y en particular las contradicciones que afectan el proceso cultural.

Samir Amin escribe al respecto:

> El imperialismo y el culturalismo son dos buenos compañeros. El primero expresa la certidumbre arrogante de que "el Occidente" ha llegado al "fin de la historia"; de que la fórmula para manejar la economía (propiedad privada, mercado), la vida política (democracia), la sociedad (libertad individual), son *a priori* interconectadas, definitivas e irrebasables.
>
> Las contradicciones reales que puedan observarse se declaran imaginarias, o se presentan como fruto de la absurda resistencia a someterse a la racionalidad capitalista. Contra el discurso mitológico del "fin de la historia" y el "choque de las civilizaciones", el análisis crítico trata de definir lo que realmente está en juego y los retos que entraña.[111]

EL PROCESO DE INTERNACIONALIZACIÓN VISTO EN CONJUNTO

El proceso de internacionalización, como hemos visto, no se desenvuelve uniforme ni linealmente. Los bloques son una muestra de ello. A la vez que puentes o eslabones de ese proceso son en cierto modo escollos a superar y fuentes de múltiples contradicciones, y la creciente libertad con que se opera dentro de ellos no se extiende a los demás países ajenos a esos esquemas regionales, lo que por cierto deja ver que la cláusula de la nación más favorecida no opera ya en el comercio internacional como lo hizo en los días del sistema de Bretton Woods.

Del otro lado, si bien la tendencia histórica hacia una cada vez mayor internacionalización sigue presente, el hecho de que buena parte de la acción internacional se ligara durante varias décadas de guerra fría al anticomunismo y el que los países antes socialistas no sean ya una "amenaza" para el capitalismo hace pensar a algunos autores que en particular el internacionalismo de Estados Unidos pueda debilitarse.[112]

La creciente internacionalización no significa, por otra parte, mayor unidad o armonía entre los componentes principales del nuevo sistema. Antes al contrario, lo que la caracteriza es la dispersión, la fragmentación, desigualdad e incluso una evidente polarización. En cuanto a la capacidad de regulación internacional frente a los cambios que el mundo sufre al globalizarse, si bien la acción del Estado nacional se debilita y es menos eficaz que antes, ello no quiere decir que no tenga ya influencia o que la regulación trasnacional haya tomado su lugar. Lo cierto es que un sistema de regulación transfronteriza que sustituya a la de alcance nacional aún está por construirse.

No obstante sería un error subestimar lo que se ha hecho para internacionalizar actividades. Hasta antes de la Segunda Guerra Mundial las relaciones y acuerdos entre los países eran fundamentalmente bilaterales. Después cobró importancia la multilateralidad tanto en la economía como en asuntos de seguridad nacional, aunque a menudo no llegara a expresarse en la creación y funcionamiento de nuevas instituciones.

Aun en instancias y mecanismos en los que intervinieron varios países, sin embargo, la influencia de Estados Unidos fue manifiesta sobre todo hasta fines de los años sesenta, en que ese país tuvo una clara posición hegemónica. Por ello no es extraño que desde la Carta del Atlántico, en 1941, hasta la creación de la ONU y la OTAN, ésta en 1949, estuviese presente el interés de Estados Unidos de reconstruir el mundo de una manera diferente de como lo habrían hecho Alemania, Inglaterra o la Unión Soviética, y que —a propósito de esfuerzos multilaterales— ese país apoyara incluso acciones que tendían a impulsar la integración regional europea.[113]

Según el profesor Ruggie, después de la segunda guerra, "Estados Unidos trató de proyectar la experiencia del Estado regulador del *New Deal* a la arena internacional".[114]

La situación en Estados Unidos cambió después de la muerte de Roosevelt, y si bien siempre hubo obstáculos al desarrollo de acciones multilaterales de alcance internacional, el surgimiento y la cada vez mayor importancia de ciertos bloques económicos regionales dejaron ver que algunos acuerdos rebasaban los marcos previos. Especialmente significativa ha sido la singular experiencia que desembocó en la Unión Europea, esquema de integración regional que pese a sus limitaciones, entraña un avance sin precedente del proceso de internacionalización.

Con frecuencia se señala que si bien la Unión Europea es importante, ciertamente es Alemania la que más ha influido y más se ha beneficiado de ese proceso, y que lo mismo ocurre con Estados Unidos y Japón en las áreas en que ejercen mayor influencia, de ahí que en realidad esas tres grandes potencias en mayor medida condicionen la internacionalización económica, así como la tecnológica y cultural.

También es cierto que, debido a factores históricos que pesan en el desarrollo de cada uno de tales países, sus sistemas socioeconómicos y políticos —aun siendo los tres capitalistas— no son idénticos; exhiben diferencias a veces marcadas y aun profundas, que a menudo se expresan en contradicciones no fáciles de superar. Algunos consideran que Japón es el principal responsable de ciertos

problemas porque mantiene posiciones que impiden a las mercancías, capitales y fuerza de trabajo de otros países entrar en el mercado japonés, mientras que, sobre todo en los dos primeros casos —mercancías y capitales— la presencia de Japón en otros países y concretamente en Europa occidental y los Estados Unidos es cada vez mayor.

Los más optimistas creen que las diferencias y motivos de rivalidad entre los principales países se zanjarán en el futuro, en tanto que otros piensan que seguirán presentes y que incluso pueden acentuarse. Desde luego no parece fácil que los países más poderosos logren un liderazgo colectivo más o menos estable y capaz de decidir conjuntamente lo que deba hacerse, ni tampoco que si un sólo país juega ese papel, los demás lo acepten pasivamente. A medida que se debilita la hegemonía norteamericana, se advierte que Alemania y Japón, e incluso otros países menos fuertes, no aceptan que Estados Unidos tome a menudo decisiones unilaterales o imponga el *american way of life*. Y seguramente lo mismo ocurriría —e incluso en mayor medida— si Japón o Alemania pretendieran ejercer un liderazgo y ser quien determine cómo construir el nuevo orden mundial.

Lo más probable, en tal virtud, es que las diferencias entre unos países y otros sigan en pie, que la competencia entre ellos sea cada vez mayor y más severa, que sus políticas económicas y tecnológicas acusen discrepancias y, a la vez, que los procesos de integración y en especial la Unión Europea sigan adelante e incluyan nuevas áreas en las que hasta ahora no ha habido acuerdos internacionales duraderos. Y que, junto a persistentes desacuerdos y aun rivalidades, las llamadas alianzas estratégicas internacionales se multipliquen y permitan a algunos poderosos consorcios ampliar grandemente los marcos en que operan.

A manera de ejemplo podríamos recordar que, tras años de una severa competencia —que por lo demás sigue presente—, firmas como Toyota y General Motors se alían para fabricar automóviles en California, lo que, entre otras empresas hacen también la Ford y Mazda, Renault y Nissan, y la IBM establece una asociación con

la empresa alemana Siemens. Todavía más, quienes pensaban que el capital alemán y el japonés no encontrarían la manera de conjugar esfuerzos, se sorprenderán seguramente al saber que las gigantescas Daimler-Benz y Mitsubishi acuerdan cooperar en la industria aeronáutica y automotriz, que Matsushita y Siemens deciden coordinar esfuerzos para producir y distribuir computadoras en el mercado europeo, y que C. Itoh y la Klochner-Werke convienen en trabajar juntos en acero, maquinaria e industria química.[115]

Podría extenderme y recordar otros hechos importantes, pero más que hacer un minucioso recuento de ellos, me interesa señalar que el proceso de internacionalización y globalización es un fenómeno complejo, de alcance propiamente histórico, y que se desenvuelve de manera desigual y en formas diversas, a consecuencia no de unos cuantos hechos aislados, sino de la interacción de situaciones de diferente naturaleza y en las que influyen factores económicos, tecnológicos, sociales, políticos y propiamente culturales.

Lo que desde aquí debiera quedar claro es que la internacionalización, o como algunos prefieren llamarla hoy "globalización", afecta de una u otra manera aspectos cada vez más importantes no sólo de la economía sino de la vida toda.

Es tan vasto el proceso de internacionalización, que podría decirse que en nuestros días también se propaga con rapidez más allá de las fronteras nacionales el trato uniforme y hasta mecanicista de lo que es diferente, el deterioro ecológico, la desigualdad social y la extrema pobreza, el desempleo, la corrupción, el narcotráfico, la inseguridad y la violencia.

Internacionalización de la crisis

Para concluir este capítulo sólo añadiré que otro hecho que se internacionaliza y aun tiende a ser global en las últimas décadas es la crisis.

Desde fines de los años sesenta la situación económica empieza a cambiar y se anuncian años difíciles. Monedas que parecían esta-

bles y firmes se devalúan; los presupuestos fiscales exhiben a menudo cuantiosos déficits y las deudas crecen, y en el caso de los países subdesarrollados sustraen recursos necesarios para su desenvolvimiento y cuyos servicios se vuelven muy onerosos y aun impagables. Los precios, tanto del petróleo como de otros productos, suben con rapidez y generan explicables desajustes y fuertes presiones inflacionarias, la competencia comercial se intensifica, la rentabilidad del capital desciende apreciablemente o amenaza con bajar, las nuevas tecnologías se generalizan y el nivel de empleo no se eleva ya como antes, y todo ello culmina con la fuerte caída de la actividad económica hacia mediados del decenio, en lo que resulta ser la más severa y prolongada crisis económica después de la segunda guerra.

De ahí en adelante la situación es más inestable. Las políticas intervencionistas de corte keynesiano se debilitan e incluso abandonan, por ser ya ineficaces. Y en tanto algunos países hacen frente a la crisis desde posiciones muy conservadoras, como ocurrió en Estados Unidos e Inglaterra bajo los gobiernos de Reagan y Thatcher, bajo su influencia y la de los organismos financieros internacionales y el peso de graves problemas y desequilibrios, aun en la mayor parte de los llamados "Estados de bienestar", así como en países antes socialistas, se renuncia a la regulación, se desatiende el empleo, se acepta y aun promueve una inequitativa distribución del ingreso, se limita la intervención del Estado en la economía y en particular el gasto social, se desconocen prestaciones laborales conquistadas desde tiempo atrás, y en nombre del "mercado libre" y la globalización se acaba admitiendo una conservadora política neoliberal que contribuye a elevar la tasa de ganancia, pero a la vez alienta más la especulación financiera que la producción, en múltiples formas limita la demanda, en realidad no logra impulsar un desarrollo autosostenido o siquiera restablecer cierta estabilidad, con frecuencia desplaza el capital hacia donde los salarios son más bajos y mayores las posibilidades de obtener cuantiosas utilidades en los mercados financieros, así sea con grandes riesgos, y que si bien pretende ser la condición para asegurar el bienestar de todos,

favorece en realidad sólo a los más ricos y fuertes, y acentúa la desigualdad entre las naciones y dentro de cada una de ellas.

Quienes estudian la actual crisis convienen, en general, en que se trata de un profundo desajuste, distinto de las fluctuaciones cíclicas que el capitalismo sufrió desde principios del siglo XIX; de una crisis estructural del proceso de acumulación de capital, que ahora no sólo entraña sobreproducción de bienes y servicios y sobreacumulación de capital, sino movimientos erráticos de enormes masas de dinero; de una crisis de largo alcance que desborda la economía y aun la política. Hobsbawm habla de las "décadas de crisis", para hacer ver que en realidad el mundo ha vivido desde principios de los años setenta en una larga y persistente crisis, que sólo después de la caída de la Unión Soviética y los países del este de Europa se admite que es propiamente "global". Desde luego la crisis no se expresa de manera idéntica y simultánea en todas partes, pero tiene un alcance mundial.

Sin pretender examinar aquí lo que es más característico de ella y la forma en que se desenvuelve, recordaré tan sólo algunos rasgos comunes que muestran su dimensión mundial. A diferencia de lo acontecido en la fase de expansión de la postguerra, las tasas de crecimiento de la producción y la rentabilidad tienden a caer salvo en varios países de Asia oriental, que sin embargo exhiben serios problemas y desajustes, hacia fines de los años noventa. En los ya largos años de crisis prevalece una gran inestabilidad y mayores desequilibrios, presiones inflacionarias aun cuando la economía no crece, baja de los precios de las materias primas de las que dependen muchos países subdesarrollados y una desfavorable relación de intercambio, cuantiosos déficits fiscales y de balanza de pagos, enormes deudas que en la mayoría de los casos no pueden pagarse, frecuentes recesiones, a las que siguen cortas y débiles fases de recuperación que no restablecen las condiciones de una nueva expansión, pronunciados altibajos en los mercados de valores y flujos de recursos financieros que entran y salen sin regulación ni control, fuerte impacto de tales movimientos en países lejanos,[116] tendencia a un creciente desempleo no sólo cuando la economía declina

sino incluso cuando crece, y un cada vez más inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso, extensión dramática de la pobreza y acentuación de la desigualdad entre países ricos y pobres, lo que casi siempre trae consigo que crezca la "pobreza extrema", o sea la marginación, la miseria y el abandono.

El caso de los países de Asia oriental es especialmente ilustrativo del alcance internacional de la actual crisis y la incapacidad de las políticas en boga para superarla. Durante mucho tiempo —recuerda David McNally— se sostuvo que el éxito de esas economías demostraba que la apertura comercial y el libre flujo del capital extranjero eran la base de su prosperidad. Pero lo ocurrido en 1998 da cuenta de que todas las economías de la región, desde el poderoso Japón hasta Corea del Sur, Taiwan, Indonesia, Malasia, Tailandia y otras, se hallan ante un grave problema de sobreacumulación y exceso de capacidad de producción que aqueja hoy al globalizante capital.

De golpe, quienes confiaban en que en el marco de la globalización el crecimiento económico de Asia oriental seguiría adelante sin tropiezos, se encuentran con que el proceso de reestructuración del capital, pese a la pronunciada "carrera hacia abajo" (*downsizing*) y el deterioro de sueldos y salarios, el adelgazamiento de la producción (*lean production*) y la decisión de dejar a terceros, fuera de la empresa, que tomen a su cargo ciertos aspectos del proceso (*outsourcing*), y no obstante la apertura y expansión de los mercados financieros y las crecientes inversiones y transacciones comerciales, en vez de que las contradicciones del sistema se suavicen, dos de las principales tienden a agravarse, a saber: el ya mencionado exceso de capital y de capacidad productiva, y que una rápida acumulación de capital como la que ha caracterizado a esos países altera la composición de la fuerza de trabajo y hace surgir nuevos elementos que se oponen a la política del capital.[117]

De ahí que no sea extraño que incluso en mercados en rápida expansión en los que todo parecía navegar viento en popa, se multipliquen las caídas de las bolsas de valores, el cierre de plantas, los despidos masivos de trabajadores, el recorte de los gastos gubernamentales, la depreciación monetaria y la miseria de millones de

personas,[118] y que, a consecuencia tanto de la política neoliberal —que reduce salarios y otros costos y rechaza la regulación— y de la crisis misma, que —como ya señalé— al ser una crisis del sistema de regulación debilita la capacidad reguladora y la demanda global, aun elevándose en ciertos momentos y sectores de la economía, resulta insuficiente para absorber una cada vez mayor capacidad productiva.

La situación de Europa, lejos de ser un caso especial, confirma el carácter global de la crisis. Quien crea que la caída del muro de Berlín fue el "fin de la historia", el triunfo definitivo del capitalismo y el inicio de una exitosa reorganización socioeconómica y política de los países europeos orientales se equivoca. Aun hoy, o sea años después, los problemas no resueltos —viejos y nuevos— son múltiples y no pocos de ellos graves. Y si lo acontecido hasta 1989 demuestra que no fue posible construir un genuino socialismo, ahora se advierte con claridad que tampoco será fácil lograr un vigoroso y más o menos democrático capitalismo. Tras la fuerte caída de la actividad económica en los años setenta, en Europa occidental se advierte hoy inestabilidad, desempleo, crecientes fricciones e intento de que sean los trabajadores quienes paguen el alto precio que cobra la crisis, y de éstos, de que se reduzcan las jornadas de trabajo, sin que ello represente bajar salarios ni aumentar el desempleo. Aunque, como dice Daniel Singer, lo que "la izquierda requiere hoy es sobre todo un proyecto global, una visión del futuro, y lo que podría llamarse una 'utopía realista'."[119]

Inclusive en Estados Unidos, donde la inflación y el desempleo tienen hoy los más bajos niveles en muchos años y la economía ha crecido más que en periodos previos, sería un error hacer cuentas alegres y creer que, en las palabras de Allan Greenspan, pueda la economía norteamericana seguir siendo "una isla de prosperidad en un mundo en depresión". La verdad es que, a medida que la crisis económica se extiende, Estados Unidos empieza a sufrir las consecuencias. Hay tres componentes de la demanda total, a través de los cuales esa crisis podría afectar a la economía de Estados Unidos: las exportaciones netas, la inversión y el gasto en consumo.

Debido a fuertes devaluaciones monetarias, la exportación de productos y servicios norteamericanos a países asiáticos se ha encarecido grandemente. En varios países de América Latina, en los que la actividad económica ha caído, ocurre algo semejante, e incluso Inglaterra y otras economías europeas tienen también menor capacidad para comprar a Estados Unidos. Fred Moseley señala que, en una economía mundial declinante, es probable que las exportaciones norteamericanas se reduzcan entre 10 y 20%, y que el déficit comercial, que en 1997 fue de 100 mil millones de dólares y en 1998 de 150 mil, pronto se acerque a 300 mil millones.

Otro posible efecto negativo de la crisis global es que Estados Unidos reduzca su inversión, tanto porque las utilidades se consideren insuficientes, como porque la capacidad de producción no utilizada aumente y haya una contracción del crédito; y también puede reducirse el consumo, hasta ahora elevado. Pese al bajo nivel de ahorro interno, la inversión de Estados Unidos se ha sostenido en buena parte en fondos de otros países, y el auge del mercado de valores ha influido también favorablemente sobre el consumo. Pero el precio de las acciones se considera ya sobrevaluado, y por tanto parece improbable que siga aumentando como hasta ahora, e improbable también que a través de medidas monetarias y fiscales se pueda, a muy corto plazo, impulsar el crecimiento de la economía.[120]

Internacionalización de la inconformidad

A medida que la crisis se extiende y afecta a numerosos países y que ciertas actividades y líneas políticas rebasan también viejas fronteras y lesionan a amplias capas de la población en todas partes, empieza a internacionalizarse el descontento, y personas que nunca habían estado en contacto y menos pensado en cooperar entre sí y unirse para hacer frente a problemas comunes, comienzan a hacerlo. Por ejemplo, el desplazamiento de importantes industrias de Estados Unidos hacia México y otros países, en busca de mano de obra

barata y menores costos de producción, ha traído consigo que ciertos sindicatos de trabajadores norteamericanos que fueron despedidos y perdieron su empleo, se relacionen con trabajadores mexicanos de las nuevas empresas maquiladoras y traten de apoyarse mutuamente.

En otros casos, los trabajadores norteamericanos han denunciado a empresas trasnacionales que, para fortalecer su posición competitiva, emplean niños y pagan salarios miserables, y organizado campañas para que no se compren sus productos.

Frecuentemente se reitera que si el capital se invierte a escala mundial, el trabajo no podrá defenderse eficazmente si se mueve sólo en marcos nacionales y utiliza mecanismos ya inadecuados. Y ha sido hasta muy recientemente cuando hombres y mujeres con ocupaciones, maneras de pensar, posiciones sociales, religiones y aun nacionalidades muy diversas empiezan a actuar públicamente juntos, ante problemas y políticas que a todos afectan.

Hace unos meses sorprendió que, al reunirse en la tranquila ciudad de Seattle la Organización Mundial de Comercio, se lanzaran a las calles millares de personas de diverso origen contra el "libre comercio" y para protestar contra las autoritarias decisiones de dicha organización. Y esa sólo fue la primera de una serie de manifestaciones contrarias a la forma en que operan los más poderosos organismos internacionales. En efecto, en la otrora también tranquila Davos, en Suiza, en donde anualmente se dan cita altos funcionarios públicos y prominentes empresarios de múltiples países, en el último encuentro se rompió la calma y se oyeron también ruidosas protestas.

Unas semanas más tarde, ahora en Washington, el descontento ciudadano se expresó públicamente como nunca antes contra el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; y —en septiembre de 2000—, de nuevo con motivo de una importante reunión de esas dos instituciones, en Praga, varios miles de personas hicieron patente su inconformidad y el rechazo a sus conservadoras políticas neoliberales, y el saldo del enfrentamiento entre la policía y los manifestantes fue de numerosas personas heridas y de centenares de detenidos.

Todo lo anterior es nuevo y, sin duda, revelador. Demuestra que el proceso de internacionalización no se ha cerrado, que se expresa de nuevas maneras y que incluso un aspecto que hasta ahora fue débil, sobre todo en países como Estados Unidos y Suiza —lo que podríamos llamar la internacionalización del descontento y la decisión de la gente de unirse para enfrentarse a ciertos problemas—, empieza a hacerse sentir, cobra fuerza y abre la posibilidad de que la lucha, sin dejar de ser nacional, se internacionalice.[121]

¿Qué relación tiene todo ello con la globalización? ¿En qué consiste ésta y cuál es su naturaleza y real dimensión?

Naturaleza y alcance de la globalización

De la internacionalización, como ya vimos, se habla desde hace mucho tiempo. De la globalización, en cambio, salvo menciones aisladas incluso en algunos textos clásicos sobre el capitalismo, es apenas hasta muy recientemente —años ochenta y noventa— cuando el término se emplea cada vez más. Y a estas horas no sería exagerado decir que se le encuentra en centenares de libros, en miles de artículos y notas periodísticas, y que incluso circula y es crecientemente utilizado en varias disciplinas de la ciencia social.

En cuanto a su significado y naturaleza lo cierto es que, aun en mayor medida que otros conceptos, lejos de advertirse acuerdo o siquiera cierto consenso, las explicaciones suelen ser de tal modo diferentes que se vuelve muy difícil encontrar un común denominador, a partir del cual se pueda destacar lo que se presenta como más característico.

Por ello, al ocuparnos aquí del tema resumiré algunas opiniones que reparan en distintos aspectos y modalidades del proceso y que parecen representativas de diversas corrientes de pensamiento. Me parece que ello puede ser útil, porque es necesario disponer de mayores y mejores elementos que ayuden a entender lo que significa la globalización, para saber cómo enfrentarnos a las nuevas situaciones y a los complejos problemas que ese fenómeno origina. Pero al hacerlo no intentaré agrupar y menos clasificar formal y ordenadamente las posiciones a que haga referencia, ya que ello obligaría a una revisión mucho más amplia e incluso a una investigación rigu-

rosa, lo que desborda tanto el propósito como el marco de referencia que se requiere establecer para los fines de este estudio.

Entre las opiniones de muy diversos autores que hoy circulan ampliamente se advierten, entre otras, estas variantes.[1]

—La globalización es un hecho reciente que se da en la economía y otras actividades, de alcance universal y ya irreversible, y que a partir de la interdependencia y la superación de viejas posiciones nacionales y aun relaciones internacionales, abre la posibilidad de resolver múltiples problemas y asegurar un desarrollo armónico a la sociedad.

—Es un fenómeno de gran alcance, que fundamentalmente se expresa en la creciente internacionalización y aun globalización de recursos y procesos económicos como el mercado y el comercio, la tecnología, la producción, la inversión y los flujos financieros que actualmente rebasan con mucho las fronteras nacionales.

—Es un estado de cosas que entrelaza, de complejas y nuevas maneras, múltiples actividades, a consecuencia sobre todo de la revolución en las comunicaciones y en la tecnología de la información.

—Es, para algunos, un hecho consumado que incluso hace ya del mundo nada menos que una "aldea global", y para otros una tendencia de largo plazo en desarrollo, que particularmente globaliza la acción de las empresas trasnacionales más poderosas.

—Es una etapa, para algunos la actual y para otros una no tan reciente, del proceso de internacionalización.

—Es un hecho que da cuenta de la mundialización del desarrollo, del capitalismo o al menos del capital.

—Es el signo de una nueva organización social que rebasa al capitalismo y es ya postcapitalista.

—Es un fenómeno que equivale a la trasnacionalización, y para otros un nuevo estadio que sucede y supera a lo trasnacional.

—Más que caracterizar lo que hoy acontece en el mundo en su conjunto, corresponde al muy alto desarrollo y al sistema de relaciones internacionales de los países de la "triada", o sea

Estados Unidos, Japón y Alemania, y las economías industriales que giran más de cerca a su alrededor.

—Es la expresión al más alto nivel de interconexiones de todo orden que en otras épocas no eran posibles.

—Es un régimen cuya estructura y relaciones descansan no —como se dice— en el libre comercio y el funcionamiento espontáneo del mercado, sino en el oligopolio y la dominación del gran capital.

—Es un orden de cosas que sí tiene algunos rasgos semejantes. Pero cuyos efectos a nivel mundial son muy desiguales, diversos y aun encontrados, pues mientras los países ricos concentran los beneficios, los pobres sufren los daños de la desigualdad y la polarización.

—Es, sobre todo, un proceso de reestructuración internacional de la producción, que adopta modalidades diferentes en los distintos países y ramas de actividad.

—Es una nueva y más compleja etapa del desarrollo capitalista en los países más avanzados, en tanto que otros piensan que si bien hay algo nuevo, ello no modifica de manera profunda lo que fue característico del capitalismo en el último siglo, o sea en la fase monopolista.

—Es en esencia la expresión de un viejo fenómeno que se desenvuelve desde hace varios siglos.

—Algunos en cambio la ven sólo en su versión más reciente, estrecha, convencional y conservadora, como un hecho que principalmente expresa la influencia y dominación de las políticas “neoliberales”. Lo que hace de ella incluso una consecuencia del neoliberalismo.

—Es un proceso al que nadie puede sustraerse, y ante el que no hay alternativa viable.

—Es el signo del profundo cambio que supone pasar de la economía de la industria y los servicios a la sociedad de la información y el conocimiento, que las nuevas tecnologías hacen posible.

—Es un hecho negativo e inaceptable que extrema la incertidumbre y la inestabilidad, que limita, deforma y vuelve más

desigual el desarrollo y lesiona la soberanía nacional, al que es preciso rechazar.
—En fin, sobre todo en sus versiones más simplistas y absolutas, la globalización es una verdadera panacea o bien un mito que nada fundamental aporta al conocimiento del mundo actual y menos a la solución de sus más graves problemas.

Tras este rápido recuento, que seguramente habrá mostrado al lector la gran variedad de opiniones sobre el tema, veamos más de cerca cuáles parecen ser los principales elementos de algunas explicaciones.

La globalización: algo nuevo, universal y mejor

Naisbitt y Aburdene destacan ciertas megatendencias dominantes en los años ochenta y noventa, que en lo fundamental dan cuenta de los principales y muy positivos cambios habidos en ese periodo —al desplazarse la sociedad de lo tradicional a lo nuevo—, y del avance extraordinario que representan.

"A un nivel secular —nos dicen—, el milenio significa una era dorada en la historia humana, un momento para cerrar la puerta al pasado y embarcarnos hacia una nueva era [...] Éste es un mundo crecientemente interconectado." Las fuerzas económicas del mundo están abriéndose paso a través de las fronteras nacionales, y significan más democracia, más libertad, más comercio, más oportunidades y más prosperidad.[2]

"La nueva economía global debe verse como un mundo que se mueve del comercio entre países a una sola economía. Una economía. Un mercado.[3] [...] Nos movemos hacia una economía interdependiente [...] Lo que necesitamos si hemos de entender la nueva economía global, son nuevos conceptos y nuevos datos."

En el proceso de globalización —señala Naisbitt en otro estudio— muchas cosas se hacen universales. Estamos, frente a un nuevo orden global conformado por las tecnologías de la información.[4]

En resumen, según los autores mencionados, vamos hacia adelante y avanzamos con rapidez.

A propósito del Estado, Kenichi Ohmae observa a su vez que "el moderno Estado-nación —ese artefacto de los siglos XVIII y XIX— ha empezado a resquebrajarse." Según él, estamos frente a un proceso social de nuevo tipo, una nueva realidad social; una civilización genuinamente transfronteriza, que se nutre de tecnologías y fuentes de información comunes. Lo que modifica "la ecuación económica" y vuelve "obsoleta" la intervención del Estado, es la confluencia de cuatro elementos: la inversión, que ya no se constriñe geográficamente, la industria, que también es mucho más global que hace una década, y con la que hoy se desplaza, además de capital, tecnología y capacidad de dirección; la tecnología de la información, que ya no requiere instalaciones especiales en cada país y los consumidores individuales, cuya orientación es asimismo cada vez más global.[5]

En la era de la información, añade Ohmae, las nuevas tecnologías juegan un papel clave, el capital privado es ahora más importante que el público, la soberanía de los ciudadanos importa más que la de la nación, las redes autónomas de empresas interdependientes sustituyen a las viejas formas de centralización; el desarrollo de nuevas regiones, a menudo internacionales, adquiere creciente importancia y, en fin, el cambio antes lento y gradual ahora suele darse de manera inopinada y rápida.[6]

Respecto de las nuevas formas de organización de las empresas desde una perspectiva similar a las anteriores, otros autores señalan, que la más importante fuente de poder en nuestra generación es el procesamiento de información. En el tiempo que toma leer esta página —dicen— una moderna supercomputadora puede realizar un trillón —para nosotros un billón— de multiplicaciones. El ritmo electrizante del cambio no tiene precedente en la memoria humana.

Los nuevos productos y servicios se acercarán a los productos *virtuales* y requerirán un nuevo tipo de empresa, la corporación *virtual*, y una nueva clase de trabajador y de educación. Estamos en el inicio de una nueva era. En ella las empresas más eficientes jugarán un papel fundamental, sin embargo tendrán que transformarse profundamente.[7]

El profesor Robert B. Reich podría considerarse entre los autores que piensan que el centro en torno al cual nos movemos actualmente es una economía global que abre nuevas y mayores posibilidades de desarrollo. Según él, en el siglo XXI no habrá ya economías nacionales, al menos como hemos entendido ese concepto. El verdadero desafío económico en los próximos años es incrementar el valor potencial de lo que los ciudadanos de cada país pueden añadir a la economía global. Transitamos de la economía y la producción de alto volumen a la de alto valor.

En la empresa de alto valor, la distinción entre bienes y servicios no es ya significativa porque el único valor que no puede imitarse fácilmente entraña servicios de muy diversas clases.

En vez de verse como pirámide, la empresa de alto valor parece más bien una telaraña y opera a menudo en verdaderas redes o conjuntos. La velocidad y la agilidad son en ella fundamentales, así como múltiples interconexiones a partir de su centro estratégico.

Los viejos sistemas de control y coordinación resultan inadecuados y aun de imposible aplicación. La integración internacional se abre paso en formas diversas. Escribe Reich: "Los hilos de la telaraña global —computadoras, copiadoras, satélites, monitores de alta resolución y modems— vinculan a diseñadores, ingenieros, contratistas concesionarios y comisionistas, a escala mundial."[8]

Los grandes cambios tecnológicos recientes —sostiene por su parte Richard Crawford— surgen de una transformación masiva de la economía global, y las variables críticas de este proceso son la información y el conocimiento. La fuerza que convierte a una sociedad industrial en una economía del conocimiento es la elevación de la productividad. El tránsito a esa nueva economía es un fenómeno presente en los países altamente industrializados.

Para Crawford: "Las corporaciones multinacionales basadas en los países de la Triada juegan el principal papel en esta integración mundial [...] a partir de una infraestructura científica fundamentalmente nueva, la tecnología de la economía del conocimiento es radicalmente distinta de la economía industrial."[9]

La economía del conocimiento supone y a la vez trae consigo múltiples cambios en las formas de organización. En esa economía, la función primaria del capital financiero y físico será liberar el potencial y elevar la productividad de los trabajadores del conocimiento y no ser el principal medio de producción. Las empresas de servicios dominan la nueva economía, e incluso las empresas manufactureras se orientan cada vez más hacia los servicios.

Crawford llega a la conclusión de que los viejos supuestos y reglas no podrán ya aplicarse "en el mundo de la tecnología de la computación y la automatización, de los productos de alta tecnología y los servicios del conocimiento [...] La naturaleza del trabajo, de las relaciones sociales, de los patrones de gasto, el tiempo libre y sus actividades y las oportunidades de inversión, todo ello reflejará a una nueva sociedad en rápida evolución".[10]

¿Una economía, un Estado y una sociedad postcapitalista?

Para algunos autores los cambios considerados y concretamente el tránsito hacia una sociedad del conocimiento se dan bajo el capitalismo. Otros piensan que la nueva sociedad en gestación es postcapitalista.

"Cada pocos centenares de años —escribe por ejemplo Peter Drucker— ocurre en la historia una notable transformación [...] Vivimos una transformación de este tipo que está creando la sociedad postcapitalista." El movimiento hacia la sociedad postcapitalista empezó después de la Segunda Guerra Mundial. La nueva sociedad, que ya está aquí, es una sociedad postcapitalista.[11]

El propio autor añade:

> La aplicación del conocimiento al trabajo aumentó explosivamente la productividad [...] De ahora en adelante, lo que cuenta es la productividad de los trabajadores no manuales. Y eso requiere aplicar conocimiento al conocimiento [...] Los tradicionales factores de la

producción han pasado a ser secundarios. Que el conocimiento se haya convertido en *el* recurso más bien que en *un* recurso, es lo que hace nuestra sociedad postcapitalista. [...] Necesitamos una teoría económica —concluye— que coloque el conocimiento en el centro del proceso de producción de riqueza. Sólo dicha teoría puede explicar la economía actual.[12]

UN CAPITALISMO DE TRANSICIÓN; DE LO NACIONAL A LO GLOBAL

"Hoy —escribe a su vez el profesor del Instituto Tecnológico de Massachussetts (MIT), Lester C. Thurow— el conocimiento y la destreza son la única fuente de ventaja comparativa [...] En la era de las industrias con poder mental (*brain power*) hechas por el hombre, la economía global es una economía dinámica siempre en transición."

Hasta principios de los años setenta no existía una economía verdaderamente global. Pero en el juego económico global de hoy, las estrategias tecnológicas se han vuelto centrales, y han hecho posible que todo pueda hacerse y venderse en todas partes. Y las ideologías fueron tan importantes como las tecnologías en el desarrollo de una economía global; e incluso las actitudes sociales y las acciones gubernamentales crearon esa economía.[13]

Los bloques comerciales regionales han sido un escalón en el proceso hacia una economía global, y han facilitado la relación entre sus miembros; aunque la regionalización es compleja y contradictoria y no irá muy lejos si se queda en las zonas de libre comercio.

Continúa Thurow:

Una economía global desconecta a las instituciones políticas nacionales de las fuerzas económicas internacionales, y en ella, los gobiernos pierden muchas de sus tradicionales palancas de control económico.

La era de la regulación económica nacional está concluyendo y la de la regulación económica global aún no está presente [...] Por definición, una economía global es aquélla en la que los factores de producción —recursos naturales, capital, tecnología y fuerza de trabajo—, así como los bienes y servicios se mueven por todo el mundo.[14]

En otro reciente estudio, el profesor Thurow, en coautoría con el conocido economista Robert Heilbroner, plantea que el presente es un periodo de considerable incertidumbre, ya que un fenómeno que empezó a advertirse a principios de los años noventa, cada vez es mayor y más perturbador. Se trata —escriben— de la nueva reestructuración tecnológico-organizativa llamada globalización.

De todos los cambios que hacen más difícil explicar la economía ninguno es más dramático y perturbador que la globalización. Este es un nuevo término, pero el problema a que se refiere es viejo, y su esencia es la interpenetración de las naciones. Lo nuevo consiste en la escala a que se desenvuelve y en la medida en que involucra a un país como Estados Unidos.

De golpe, la globalización se ha hecho presente debido en gran parte a la tecnología de las comunicaciones y los transportes. El valor de lo que las grandes empresas norteamericanas producen en otros países duplica al de los bienes que exportan desde Estados Unidos. Y muchas de esas empresas lo que buscan es vender más, desde el exterior, a su propio país de origen. Más y más grandes corporaciones consideran que sus mercados "naturales" son el mundo entero.

El proceso de globalización, en torno al cual hay muy poderosos intereses creados, ha dejado atrás el punto de retorno, y plantea problemas de no fácil solución, pero ante los que algo puede hacerse.

Lo que a él subyace es la lucha por una redefinición de la soberanía nacional misma, o sea "cómo se expresará ésta en el siglo XXI".[15]

Otro aspecto de la actual globalización es el enorme mercado de divisas. Los autores sostienen que la globalización no habría sido posible sin la computadora y sin el *chip*, pero en la revolución en marcha, la competencia lleva a la salida de capital hacia donde puedan combinarse fácilmente el manejo de las empresas de alto nivel tecnológico y un trabajo de bajos salarios.

La presente globalización es fuente de la propia dinámica del capitalismo.

"El gobierno es hoy —agregan los autores— muy criticado y objeto de explicables denuncias. Y desde luego no hace bien muchas cosas. Pero ninguna sociedad compleja puede existir sin gobierno."[16]

En su libro *El capitalismo del siglo XXI*, publicado unos años antes, el profesor Heilbroner hace notar que lo que resulta de ese patrón cada vez más globalizado de producción es un reto a la relación tradicional entre la economía y el Estado, un conflicto de objetivos que usualmente se ha resuelto en favor de la expansión trasnacional de la firma; hoy no existen medios efectivos para proteger la producción dentro de un país si la estructura trasnacional comenzara a resquebrajarse.

"El capitalismo deja la coordinación general a un mecanismo del todo inadecuado para resolver los problemas del próximo siglo, a saber: la internacionalización de la producción y la globalización de nuestro enfoque ecológico." Para transitar hacia el siglo XXI no bastarán las actuales estructuras, tendrán que hacerse cambios profundos en sus instituciones.[17]

Años más tarde Heilbroner, en coautoría con Milberg, expone que frente a los problemas que hoy encaramos no se podría sostener, como alguna vez lo hizo Keynes, que "no hay razón para suponer que el sistema existente malemplea los factores de producción". En el plano interno, en el nuevo estado de cosas tales problemas incluyen "una tecnología que tiende a una excesiva automatización y que ha creado severas tensiones al empleo en todos los países avanzados". En el plano internacional, la globalización de la producción plantea problemas como los grandes movimientos de recursos financieros, las corrientes cada vez mayores de trabajadores migratorios, la dimensión global de los problemas ecológicos, todo lo cual ayuda a comprender la creciente importancia de la acción del sector público.

Como en otros momentos del desarrollo de la ciencia económica, hoy se requiere una nueva visión, una visión "que incorpore al relativamente pasivo aunque vital sector privado así como el estratégico aunque probablemente mucho menor, sector público". Y

un requisito previo de esta visión "institucional" es la expresa legitimación que debe hacerse del sector público.

La economía se enfrenta a un reto sin precedente. El reto consiste en que debe considerársele una disciplina mucho más cercanamente aliada al impreciso conocimiento del análisis político, psicológico y antropológico, que al conocimiento preciso de las ciencias físicas, y puede incluso requerir que la economía se reconozca a si misma como disciplina que sigue a la sociología y la política, más que orgullosamente estar a la vanguardia de ellas.

Por ello, para Heilbroner y Milberg es necesario reorientar la teoría económica, pasar de la predicción a contribuir a guiar la política, porque si bien las fuerzas en acción las genera el capitalismo, lo cierto es que no están bajo su control inmediato.[18]

¿PROFUNDOS CAMBIOS INTERNOS O INTERNACIONALISMO POP?

En una crítica a quienes desde una apreciación parcial y errónea sobre la globalización y la forma en que se inserta en ella la economía norteamericana ven a la nación como una empresa y aun como una mercancía, como si los Estados Unidos y Japón compitieran entre sí a la manera en que lo hacen la Coca Cola y la Pepsi, y pretenden que la competencia en los mercados globales y la insuficiencia competitiva son la principal causa de sus problemas, el también profesor del MIT y conocido economista, Paul Krugman, rechaza la idea de que es la competencia lo decisivo y dice: "Mi respuesta es que el cambio tecnológico, no la competencia global, es lo que realmente importa".[19]

"La explicación más común de la creciente desigualdad en el reparto del ingreso en Estados Unidos —comenta el propio autor en otro estudio— es que obedece a la cada vez mayor integración de (ese país) en la economía global." En la medida en que Estados Unidos es concretamente parte de ella, se acentúa la diferencia entre el trabajo no calificado, que es mucho más abundante, y el de alto nivel educativo, que es más escaso. La globalización significa descenso de

salarios reales para el primero y ganancias para quienes tienen más educación. Krugman considera que se requiere un nuevo paradigma económico porque Estados Unidos es hoy parte de una economía verdaderamente global, y que "la única forma en que podemos ser competitivos es forjar una asociación entre el gobierno y la empresa".[20]

Según Krugman, tal posición es discutible y aun inaceptable porque:

—al reclamar un nuevo paradigma se confunde a la economía en su conjunto con una empresa; se olvida que un mayor comercio internacional no altera ciertos elementos básicos; se exagera la dependencia del comercio con otros países y no se toma en cuenta que la situación actual no es una sin precedente;

—se identifica la competencia entre países con la que hay entre empresas, y al pensar que el deterioro de los salarios obedece a una débil posición competitiva no se repara en hechos internos de gran importancia;

—se sugiere que la productividad refuerza la capacidad competitiva en el mercado mundial, y no se presta la debida atención al hecho de que su mayor importancia se debe a que aumenta la producción;

—la idea de que la economía debe dirigirse hacia el sector de alto valor agregado por trabajador es atractiva, porque sugiere que ésos son sectores fundamentales de alta tecnología como la computación y la industria aeroespacial; pero si se examinan las cifras pertinentes, se observa que tales industrias son de nivel medio, y que las de más alto valor son la cigarrera y la de refinación de petróleo, que a la vez son muy intensivas de capital;

—tampoco parece aceptable que la pérdida de buenos empleos en las manufacturas obedezca a fallas en la competitividad de Estados Unidos e incluso que haya habido una "desindustrialización", debido a crecientes inversiones en países de bajos salarios, pues la verdad es que esas inversiones siguen siendo muy pequeñas —2.5%— respecto del total de inversiones del primer mundo. Y aun admitiendo que la partici-

pación de las manufacturas en el ingreso y el empleo ha disminuido, en el caso de Estados Unidos puede ser así porque la productividad de esa industria ha aumentado considerablemente y la demanda de sus productos se ha reducido en comparación con la de los servicios, pero en todo caso el comercio internacional jugaría un papel a todas luces menor;

—en fin, en cuanto a la necesidad de una "nueva asociación" del gobierno y las empresas, al menos Krugman la atribuye al propósito de sus autores de establecer una buena relación con los políticos, de justificar su apartamiento de los principios del *laissez-faire* y de sugerir al gobierno de Clinton una política diferente y que sea mejor acogida por el público.[21]

EQUILIBRIO ECONÓMICO INESTABLE CON DESEMPLEO

Otro economista norteamericano, que aun no ocupándose centralmente de la globalización y sus repercusiones repara a menudo en algunos de los cambios en el proceso, y cuya autorizada opinión tiene interés recoger, así sea brevemente, es el prestigiado profesor John Kenneth Galbraith.

En uno de sus recientes libros señala que si se tiene presente lo que ha ocurrido en los años ochenta y noventa, y en particular en las largas y frecuentes recesiones, quizá la economía norteamericana y la del mundo han entrado a una nueva fase del desarrollo económico, en que la economía tenderá a encontrar su equilibrio no al nivel de pleno empleo sino con un sustancial desempleo, aun habiendo un moderado crecimiento.

El mundo de hoy se enfrenta a nuevas contradicciones. La vida económica moderna —recuerda Galbraith— cruza las fronteras nacionales para formar una estrecha y amplia asociación, que es un solvente poderoso frente a nacionalismos agresivos y regresivos. El comercio, la inversión, las comunicaciones, los viajes y las corporaciones trasnacionales sirven a esa economía. Y de ahí surge la primera contradicción de nuestro tiempo, entre el Estado y los bloques regionales.

La dialéctica consiste en que de un lado una gran comunidad (regional) ejerce atractivo económico y político, y del otro cada nación tiene ciertas responsabilidades sociales. Frente a las ventajas de una más estrecha unidad entre países, la soberanía de cada uno de ellos entra a menudo en conflicto.

La segunda y más profunda contradicción de esta década se advierte dentro del Estado moderno, en el que a juicio de nuestro autor "ya no se da la lucha de clases tradicional entre capitalistas y trabajadores. El capitalismo ha sido borrado en el seno de la burocracia corporativa. La competencia internacional ha debilitado lo que en otro tiempo fueron evidentes poderes del monopolio y el oligopolio". La nueva y más relevante contradicción es hoy entre las grandes comunidades de alto nivel económico y social y aquellas que viven al margen de la economía o incluso fuera de ella.[22]

Los que viven dentro y quienes gobiernan en beneficio de sí mismos son hoy grupos amplios, pero también muchos hacen el trabajo rutinario, atienden múltiples servicios, están desempleados y aun ya no buscan trabajo. "El conflicto social y político —subraya Galbraith— no es actualmente y no será en el futuro, entre el capital y el trabajo; será entre aquéllos que viven cómodamente y quienes sufren privaciones. Y ese conflicto puede no ser, y aun probablemente no se resolverá pacíficamente." Para superar el precario equilibrio económico a nivel de subempleo se requerirá una activa política de inversión pública y de creación de puestos de trabajo, así como una mayor y mejor educación.

En años recientes ha habido frecuentes recesiones, altos niveles de desempleo e intensa y masiva especulación en bienes raíces y en los mercados financieros. A ello ha contribuido la "desregulación", así como la "manía" de multiplicar las fusiones y adquisiciones en busca de mejores resultados o mayor fuerza en el mercado. Las compras de acciones se han pagado con frecuencia contrayendo más deudas,[23] lo que a la postre ha tenido efectos recesivos. Y todo ello, además, ha favorecido una cada vez mayor concentración del ingreso en poder, sobre todo, de una insignificante minoría de la población, aunque esa tendencia se acentuó desde que Reagan lanzó

su política "del lado de la oferta", de reducir impuestos a los ricos, desregular, incrementar el gasto militar, el déficit fiscal y la deuda pública como nunca antes, y disminuir el gasto social, la organización sindical y los salarios reales de numerosos trabajadores.[24]

Sigue el autor, hoy día existe un conflicto entre las responsabilidades sociales y económicas del Estado-nación en las sociedades mejor dotadas y las cada vez más internacionalizadas economía y política. Adicionalmente, el gobierno moderno no puede ya permanecer pasivo cuando, como expresión de una tendencia de largo plazo en el sistema de mercado, el desempeño económico demuestra ser imperfecto o dolorosamente inadecuado. La inflación, la recesión, el desempleo que hoy se sufren, no se consideran ya inevitables. Muchas actividades económicas y culturales crecientemente y de manera más natural cruzan las fronteras internacionales.

La internacionalización, para Galbraith, tiene aspectos y aun resultados positivos y ha permitido resolver pacíficamente problemas que antes culminaron en terribles conflictos. Pero otra contradicción de nuestros días es la existente entre el Estado-nación de bienestar y la cada vez mayor internacionalización. Ésta, se teme, amenaza al sistema de bienestar del Estado-nación. La globalización, en particular, entraña según algunos un peligro inmediato, pues ciertas empresas pueden hallar muy atractivo moverse a países de bajos salarios, aunque esto tiende a exagerarse.

La internacionalización del comercio y los mercados financieros generan, además, inestabilidad. Al Estado corresponde hacer frente a este problema; pero en las condiciones actuales la eficacia de sus medidas disminuye. La tendencia a una cada vez más estrecha asociación de los países avanzados tiene de su lado a la historia. La oratoria puede oponerse a ella, pero aun así la marea subirá. Y tendrá que avanzarse hacia una efectiva coordinación internacional. Ningún país, por sí solo, podrá hacerlo.

Según el profesor Galbraith, una "buena sociedad no puede permitir que se la identifique con el Estado-nación; debe reconocer y apoyar a las más amplias fuerzas internacionales a que está sujeta la acción del Estado, y ésta no es una elección sino el imperativo moderno".[25]

Hoy se discute en las economías de mercado si la regulación de éste es o no necesaria. Los más conservadores sostienen que el mercado, dejado a su suerte, es el mejor mecanismo regulador. Otros, en cambio, creen que es preciso intervenir para evitar procesos destructivos y daños a la sociedad,

Galbraith considera que la intervención pública y la regulación son actualmente necesarias, en primer lugar para proteger al planeta y evitar la destrucción ecológica; para proteger a los más vulnerables en el proceso productivo; para evitar que ciertos bienes y servicios dañen a la población, y para cuidar la salud y satisfacer otras necesidades sociales básicas.

La acción económica misma del sistema suele ser destructiva y perjudicial. Lo cierto es que cualquier acción correctiva encuentra una enconada resistencia.[26]

El Estado-nación tiene, desde luego —concluye al autor—, una responsabilidad para con su pueblo; y la tiene, además, con los millones de personas que hoy son víctimas de "extrema pobreza". De nada vale decir "ése es otro país; no es mi problema". La acción que se requiere para impulsar el desarrollo y mejorar las condiciones de los más pobres debe ser no sólo nacional sino internacional. De lo que haga la propia gente que sufre los más graves problemas dependerá, en lo fundamental, su solución. El avance decisivo en ese proceso "es una genuina, incluyente democracia". Una democracia que movilice y organice a quien debe actuar. "El Estado, a quien algunos ven como una carga cuando intenta ayudar a los pobres, pero no cuando apoya a los ricos, también deberá actuar." Una coalición de los que se preocupan, las víctimas y quienes actualmente están fuera del sistema político, dará a una "buena sociedad una perspectiva brillante y realizable".[27]

Globalización y ventajas competitivas

El también profesor de la Universidad de Harvard, Michael E. Porter, comenta en su principal obra que no hay acuerdo en torno a

por qué ciertas naciones son "competitivas" y otras no, incluso no hay claridad sobre qué significa ser "competitivo" cuando se hace referencia a una nación.

Para algunos la competitividad nacional depende de variables macroeconómicas, como los tipos de cambio, las tasas de interés y el déficit gubernamental. Otros consideran que es función de la disponibilidad y baratura de la mano de obra. Otros más la hacen depender de la dotación de recursos naturales, y no faltan quienes vinculan la competitividad, bien a la política gubernamental o bien a los sistemas y prácticas de dirección de las empresas.

Claramente, ninguna de esas explicaciones de la competitividad nacional, como tampoco otras, es completamente satisfactoria. Ninguna es suficiente por sí sola, porque un más amplio y más complejo conjunto de fuerzas parece estar en acción.

Lo primero que se requiere, según Porter, es entender qué significa que una nación sea "competitiva". Debemos abandonar el concepto de nación competitiva como un término muy importante para la prosperidad económica. El principal objetivo económico de una nación es lograr un alto y creciente nivel de vida de sus habitantes. Y la capacidad para hacerlo depende no de una amorfa noción de "competitividad", sino de la productividad con que una nación emplea sus recursos, esto es: trabajo y capital.

La productividad, a largo plazo, es la principal determinante del nivel de vida porque de ella depende el nivel del ingreso per cápita nacional. Las empresas de un país mejoran su productividad "al elevar la calidad de sus productos, al hacerlos más atractivos, al modernizar la tecnología y ser más eficientes" y desde luego, al desarrollar con éxito nuevas y más sofisticadas industrias.[28]

De diversas maneras, la competencia internacional ayuda a elevar la productividad, aunque a la vez el comercio y la inversión internacional pueden ser un peligro. Para tener éxito —señala Porter—, las empresas de una nación deben poseer una ventaja competitiva en forma de costos más bajos o productos más diferenciados. Y para conservar sus ventajas deben incrementar su productividad.

Una explicación tradicional del éxito de ciertas actividades gracias al comercio internacional se basa en la teoría principalmente ricardiana de las ventajas comparativas. Pero dicha teoría supone que no hay economías de escala, que las tecnologías son las mismas, que los productos no se diferencian, y que la disponibilidad de recursos es fija, y además, que factores como el trabajo calificado y el capital no se mueven entre las naciones. Tales supuestos, y en particular el no prestar atención al cambio tecnológico, en general no corresponden ya a la actual competencia.[29]

Hoy, el cambio tecnológico es continuo. El uso cada vez mayor de la microelectrónica, nuevos materiales y sistemas de información ha vuelto obsoleta la distinción tradicional entre industrias de alta y baja tecnología. La automatización flexible está reduciendo el contenido de trabajo de múltiples productos y el uso de los sintéticos se ha extendido.

La competencia en numerosas industrias se ha internacionalizado no sólo en las manufacturas, sino cada vez más en los servicios. Las empresas compiten con estrategias realmente globales. Y gracias a las nuevas tecnologías y a los flujos de capital internacional, aun ciertos países hasta hace poco tiempo atrasados —como Corea del Sur— han podido promover el desarrollo incluso de industrias de alta intensidad de capital.

En la competencia global las empresas de una nación pueden ganar economías de escala al vender en el ámbito mundial. "Las diferencias tecnológicas y por tanto la brecha tecnológica son sin duda centrales para obtener ventajas competitivas. Pero el mercado interno juega también un papel muy importante para hacer posible la innovación."

Como es sabido, las empresas multinacionales no sólo compiten internacionalmente a través del comercio, sino de la inversión directa, y debido a ello gran parte del comercio es hoy entre subsidiarias de esas grandes empresas.[30]

La razón por la cual algunas empresas tienen éxito internacional en diferentes segmentos e industrias es que ciertas naciones tienen características especiales que permiten, a sus empresas, crear y

sostener ventajas competitivas en determinados campos, o sea que esas naciones representan ellas mismas ventajas competitivas.

Para Porter la globalización de las industrias y la internacionalización de las empresas nos dejan ante una paradoja. Parecería que la nación ha perdido capacidad para determinar el éxito internacional de sus empresas. Mas los hechos no apoyan esta conclusión.

Las diferencias en estructuras económicas nacionales en valores, culturas, instituciones e historia contribuyen grandemente al éxito competitivo. El papel de la nación base (o de origen) parece ser tan importante y aun más que antes. O sea que la globalización de la competencia la hace más importante. Esta creciente significación de la nación propia obedece a que es la fuente de la destreza y la tecnología que subyacen a la ventaja competitiva.

La base propia suele ser aquélla en la que se localizan muchos de los empleos más productivos, las tecnologías centrales y el trabajo más calificado. Por ello "una nueva teoría debe moverse de la ventaja comparativa a la ventaja competitiva de una nación. Una nueva teoría debe reflejar una rica concepción de la competencia que incluya mercados segmentados, productos diferenciados, diferencias tecnológicas y economías de escala". Debe partir del hecho de que la competencia es dinámica. Debe reconocer, como lo hizo Schumpeter desde hace años, que la competencia es un escenario cambiante, en el que surgen nuevos productos, nuevas formas de comercialización, nuevos procesos productivos y nuevos segmentos de mercado.

Una nueva teoría debe explicar por qué las tasas de inversión son más altas en unos países que en otros.[31]

En un enfoque estático de la competencia los factores de producción en cada país son fijos. En la competencia actual, lo esencial es el carácter de la innovación y el cambio. Lo más importante ahora es cómo aumentar la rentabilidad a partir de nuevos productos y procesos; en otras palabras, en vez de depender de un acervo fijo de factores productivos, elevar su productividad y crear nuevos factores.

El profesor Porter señala que su teoría trata de ser una explicación de conjunto que integre múltiples variables en vez de concentrarse en unas cuantas importantes. Y mientras otros autores piensan que la globalización resta importancia y aun amenaza a las naciones, él sostiene que "las diferencias nacionales en carácter y cultura, lejos de ser amenazadas por la competencia global, demuestran ser parte integral para tener éxito en ella". Para comprender por qué es preciso entender el nuevo y diferente papel de las naciones en esa competencia global.[32]

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA GLOBALIZACIÓN

El interés cada vez mayor en la globalización no se limita a examinar sus diferentes modalidades y las múltiples formas en que se desenvuelve en la práctica. Pese a que ciertas manifestaciones son muy recientes y cambiantes, empieza a desplegarse un serio esfuerzo para explicar el proceso desde planos teóricos.

En un interesante y muy útil libro publicado hace apenas dos años, editado por Eleonore Kofman y Gillian Youngs, más de veinte profesores e investigadores, la mayor parte de ellos ingleses, varios de otros países europeos, y algunos más de Estados Unidos y Canadá, intentan un examen de conjunto del proceso de globalización. Pues bien, dada la imposibilidad de siquiera hacer referencia a sus principales planteamientos, me limitaré a poner a consideración del lector algunas ideas —digamos centrales— que contienen la introducción de las editoras, y otras más que se ofrecen principalmente como conclusiones en varios ensayos.

Escriben Kofman y Youngs:

> La globalización no es ya un nuevo fenómeno en el mundo académico. Se ha convertido en parte del vocabulario conceptual empleado para referirse a las relaciones sociales a escala global. [...] La globalización se relaciona tanto con una manera de pensar sobre el mundo como con una descripción de la dinámica de sus relaciones políticas y económicas.

> Las teorías de la globalización no pueden considerarse en el vacío, los fenómenos a que ella se refiere tienen sus raíces en el desarrollo a largo plazo del capitalismo internacional y del sistema interestatal.[33]

Por eso los autores consideran necesario politizar e "historizar" los estudios que hoy se hacen de la globalización; reparar en su "dimensión humana" y no verla como "una fuerza anónima", y no descuidar la "dinámica cultural" del proceso, si se quieren comprender las "prácticas sociales" en que se expresa y considerar el intento de explicar teóricamente la globalización no como algo abstracto, sino como parte del mundo real y una forma concreta que asume la práctica.

Varios autores sostienen que la globalización representa cambios en el funcionamiento del capitalismo global, en el que incluso ha aumentado su potencialidad para producir desigualdades. "Lo que quiere decir que el problema de la desigualdad sigue siendo central bajo la globalización."[34]

> La globalización es frecuentemente analizada en términos de flujos y redes, bien de medios, de comunicaciones, tecnología o finanzas. Para algunos [...] los lugares, supuestamente no tienen ya mayor importancia en la operación de la economía y la cultura globales [...] El lugar, sin embargo, como muchos geógrafos lo subrayan, todavía importa, (porque) los procesos globales se articulan y concretizan en sitios particulares [...] Una nueva economía política del espacio que se dirija a la globalización, debe reconocer el grado en que el mundo no está sólo "allá afuera" sino "aquí" y "ahora".[35]

Si se ve a la globalización como un nuevo marco de referencia para debatir la política contemporánea, es preciso considerar a la población en su conjunto y la posibilidad de una política mundial, lo que "riñe con las prácticas tradicionales de la geopolítica y las relaciones internacionales, que de preferencia se han centrado en el comportamiento de los países económicamente 'desarrollados'."[36]

Hasta los años ochenta las nociones de globalidad figuraban muy poco en las concepciones de la vida social. Entonces se hablaba más de lo internacional que de lo global. Ahora en cambio se usa en todas partes, aunque con frecuencia en forma ambigua e imprecisa.

La historia de la ciencia social moderna, recuerda otro autor, ha sido una continua lucha entre el pensamiento ortodoxo y el crítico, y recientemente esa lucha se ha librado en torno a la globalización. Algunos conservadores piensan que en realidad no ha habido cambios mayores y aun sugieren volver atrás. Los liberales consideran que la globalización llevará, bajo la organización social existente, a la prosperidad, la paz y la libertad mundiales. Y quienes tienen una posición más crítica reconocen la importancia del proceso, pero a la vez advierten los peligros de una rápida expansión de una dimensión supraterritorial y mundial de las relaciones sociales.

McLuhan —citado en el libro de Kofman y Youngs— dice que "donde el tiempo ha dejado de estar presente ha desaparecido el espacio", y otros hablan de un nuevo espacio de flujos junto al viejo espacio de lugares, lo que revela que hay una importante diferencia entre las relaciones internacionales y las globales. Mientras aquéllas, escriben estos autores, suponen cruzar distancias considerables en ciertos lapsos, las condiciones globales se sitúan en el espacio más allá de la geometría, en donde la distancia se cubre al momento.

Es sobre todo desde los años sesenta, que la globalidad empieza a hacerse presente en la vida de millones de personas. Ello no significa que la globalización haya tocado a cada persona, localidad y esfera de actividad de la misma manera, ni que sea un proceso lineal e irreversible o constituya el único o principal motor de la historia contemporánea; ni tampoco que el territorio, el lugar y la distancia hayan perdido toda significación, ni que el Estado y los límites geopolíticos hayan dejado de ser importantes. Aun reconociendo esos y otros hechos puede subrayarse que recientemente se ha producido un cambio de gran escala, amplitud, alcance y profunda penetración en el carácter espacial de las relaciones sociales.[37]

El estudio de la globalización reclama abandonar dos premisas del pensamiento social convencional, a saber: el nacionalismo y el territorialismo metodológicos, que "empaquetan" e "impiden" entender el verdadero carácter de las relaciones sociales. Es decir: la globalización "cuestiona la ontología territorialista prevaleciente en la ciencia social moderna".

La influencia de la globalización en la dimensión espacio-tiempo debiera encararse con objetividad y en actitud vigilante. Lo cierto es que no hay conexiones obvias y claras entre la globalización y la libertad, y que las posiciones optimistas y aun apologéticas de los liberales, y sobre todo de los neoliberales, se divorcian totalmente de la realidad. Lo que desde luego no significa que las posiciones críticas sean, a su vez, necesariamente correctas; aunque hasta ahora, en efecto, la globalización ha contribuido a menudo a perpetuar la pobreza, ha acentuado la desigualdad, aumentado la degradación ecológica, sostenido al militarismo, fragmentado comunidades, marginado a ciertos grupos, alimentado la intolerancia y profundizado las crisis de la democracia.

Las posiciones de los partidarios del *laissez-faire* se debilitan recientemente, pero no debieran menospreciarse. Según Jan Aart Scholte (citados en el mismo libro de Rofman y Youngs), sin embargo, la lucha principal se dará entre el liberalismo reformista, que cree que los problemas podrán resolverse con sólo ciertos ajustes institucionales, y las posiciones críticas, que por el contrario consideran que la violencia y la injusticia son inherentes al orden social. Entre tanto, nos dice, lo cierto es que la rápida transformación del espacio social —al trascender la territorialidad— ha traído gran inestabilidad al capitalismo, vuelto inviables las concepciones tradicionales de la soberanía, contribuido a la confusión en torno a la identidad y estimulado reacciones que se oponen a la razón.[38]

Por su parte Gillian Youngs escribe:

> Acaso la mayor cualidad del discurso sobre la globalización consiste en su interés en describir, explicar o teorizar sobre el todo, (esto es, sobre) lo global. [...] La economía y la política liberales se ven en

> gran medida como marcos abiertos a grandes oportunidades de mejoramiento material individual y social [...] Mas tal enfoque soslaya el examen de las causas de persistentes desigualdades.[39]

Y esa y otras limitaciones obedecen a la tendencia a considerar el análisis teórico como algo abstracto y alejado de la práctica, en vez de verlo como una forma de la práctica.

Otro autor hace notar que, desde la terminación de la guerra fría, el Occidente no domina ya en forma absoluta la geografía política. Ahora adquiere gran importancia la región de Asia-Pacífico. Y entender a fondo la naturaleza de este cambio es condición para que un nuevo sistema global opere con éxito.

Hélene Pellerin llega a la conclusión de que el orden mundial emergente ha servido a la expansión del capitalismo, a la mercantilización de las relaciones sociales y a la cada vez mayor fuerza del capital sobre la sociedad, y piensa, además, que mientras la globalización de la política se ha desenvuelto y creado un espacio por sí sola, para apreciar las posibilidades de una política de globalización, se requerirá de esfuerzos concientes. Al respecto añade que el trabajo migratorio internacional no será un asunto marginal, sino uno cuya influencia en una política futura de globalización puede ser significativa.[40]

Varios autores se ocupan del Estado y la soberanía. Peter J. Taylor, por ejemplo, lamenta que los científicos sociales se interesen especialmente en "el Estado", en abstracto y singular, incluso donde lo que existe es un sistema de Estados. La multiplicidad de Estados —subraya— es integral a los Estados modernos y concluye: "un Estado moderno fuera del sistema de Estados es como un pez fuera del agua; literalmente no puede respirar; ni siquiera puede asegurar su soberanía doméstica".[41]

Marc Williams, a su vez, al ocuparse de la soberanía parte de la idea de que la globalización es "una multiplicidad de eslabones e interconexiones que van más allá del Estado-nación y que determinan el moderno sistema mundial. Un proceso en el que los hechos, de-

cisiones y actividades en una parte del mundo pueden tener consecuencias significativas para individuos y comunidades en otros muy lejanos lugares del planeta". Y un rasgo clave de la globalización es que admite la posibilidad de dependencia y desigualdad. Y yo añadiría que incluso no sólo las permite, sino que las acentúa y profundiza.

Ahora bien, la territorialidad y la importancia de la distinción de lo interno y lo externo se debilitan por la globalización. A medida que se globalizan ciertas actividades no es ya posible separar tajantemente lo doméstico y lo internacional. Y al modificar la percepción de tiempo y espacio, la globalización entraña un reto para las nociones convencionales de la soberanía. La globalización es un proceso multifácetico, y como tal, no todo apunta en él hacia una cada vez mayor irrelevancia del Estado. La soberanía nunca ha sido un concepto fijo. Y seguirá siendo importante si los autores de cada país tratan de ampliar su capacidad de acción.[42]

Y ¿qué se espera del Estado? En su ensayo sobre el tema, el profesor de la Universidad de Leeds, Philip G. Cerny, señala que el sistema internacional no fue un problema mayor mientras era un sistema de Estados, y éstos eran las unidades centrales. Pero la creciente interpenetración trasnacional tiene capacidad para transformar ese sistema, de un verdadero sistema de Estados en uno cuyas bases se erosionan y eventualmente son minadas. Pues bien, este proceso se desenvuelve desigualmente y deja en pie ciertas funciones, en tanto vuelve muy difícil ejercer otras.

La apertura comercial, la desregulación financiera y el impacto de la tecnología de la información dificultan al Estado hacer lo que hizo en otras condiciones. En los últimos veinte años las empresas públicas, en general, tropezaron con grandes dificultades y, a partir de la idea neoliberal de que el Estado es ineficiente y hace todo mal, cobró impulso la privatización, supuestamente porque así se elevaría la capacidad competitiva internacional.

En esos y otros campos la globalización ha contribuido a limitar la acción del Estado nacional. Y en esta transformación, el rápido cambio tecnológico ha sido el hecho central. Cinco tendencias es-

trechamente ligadas entre sí fueron, para Cerny, decisivas: 1) el desarrollo y expansión de los sistemas de manufacturas flexibles; 2) el cambio en la dirección de las empresas, desde las formas jerárquicas y burocráticas, a un adelgazamiento de la administración (*lean management*); 3) la mayor capacidad de la nueva dirección, gracias a la tecnología de la información, para seguir de cerca el proceso administrativo y de trabajo en sus diversos niveles; 4) la segmentación de los mercados en una sociedad de consumo más compleja, y 5) la tercera revolución industrial ha sido conformada por mercados financieros e instituciones cada vez más autónomos y globalizadores. Y en el centro de la flexibilización, tanto de los procesos productivos como en el funcionamiento de las empresas, ha estado el explosivo desarrollo de la tecnología de la información.[43]

El autor llega a la conclusión de que la globalización afecta la soberanía y el "carácter influyente" del Estado. Y lejos de que ello conduzca al surgimiento de un más bien definido y homogéneo orden global, lo característico ha sido una creciente diferenciación de las estructuras económicas y políticas. Lo que se explica porque la globalización es un fenómeno intrínsecamente heterogéneo y contradictorio.

Plantea finalmente Cerny:

> No es fácil saber hasta dónde llegará la transformación de las estructuras estatales. Mas lo que parece evidente es que la transformación es de fondo y no meramente de grado. ¿Permanecerá el Estado, pese a su cambiante papel, como un elemento clave de la estabilización de una red "plurilateral" de niveles e instituciones, o contribuirá su debilitamiento a exacerbar tendencias hacia la inestabilidad? Estamos en las primeras fases de una compleja evolución de alcance mundial que está transformando al Estado.[44]

Realidades globales y "sueños globales"

La corporación global se mueve —para Barnet y Müller— en una genuina economía mundial. Estamos ante la primera clase empresa-

rial con la capacidad real de operar una empresa planetaria. Los viejos marcos en que la economía funcionaba son rebasados, y para fines de negocios, dice el presidente de la IBM, los límites que separan a una nación de otra no son más reales que el ecuador. Los dirigentes de las empresas globales reclaman el derecho a trascender el Estado-nación, y en el proceso, a transformarlo. El Estado-nación es una vieja idea que se adapta muy mal a nuestro complejo mundo actual. Las estructuras políticas del mundo son completamente obsoletas y están del todo desfasadas del progreso tecnológico; mañana, el Estado-nación estará en realidad muerto, y lo mismo ocurrirá con la empresa que permanezca esencialmente nacional.[45]

La corporación global está trasformando la economía política del mundo a través de su creciente control de la tecnología de la producción, el capital financiero y la distribución. La internacionalización del capital financiero es tan importante para este proceso global como la internacionalización de la producción. Los mercados de trabajo también están cambiando. La estrategia esencial de la corporación global se basa en la división internacional del trabajo. La alta dirección sigue proviniendo de los países ricos; los trabajadores proceden, cada vez más, de áreas de bajos salarios.

El economista Stephen Hymer, dice que así como la tienda de abarrotes de la esquina resultó no económica cuando la tecnología hizo posible la cadena nacional para vender alimentos, la corporación nacional no responde ya a la empresa integrada globalmente. El proceso de competencia oligopolística por sí solo promueve lo grande.[46] La centralización se basa en el control de las comunicaciones. El propio Hymer ve a la corporación global como una pirámide. En su base —señala— las comunicaciones se rompen horizontalmente. La comunicación pasa a través de los centros superiores de poder; y lo cierto es que sólo algunas decisiones se descentralizan.[47]

En otra obra nos dicen Barnet y Cavanagh:

> Mientras cientos de millones de personas en el mundo juegan su papel de crear las ligas que vinculan a través de grandes distancias, unos cuantos cientos de empresas comerciales controlan la energía huma-

na, el capital y la tecnología que los hacen posibles. Ellas son las parteras de la nueva economía mundial. Tales corporaciones son las primeras que planean a una escala global. Y son relativamente pocas las que dominan las cuatro redes, en las que descansa la nueva economía mundial: el bazar cultural global, el centro comercial global, la fábrica o taller de trabajo global y la red financiera global. Estas telarañas económicas mundiales han logrado ya un nivel de integración global que nunca antes consiguió ningún imperio o Estado-nación.[48]

El aspecto más perturbador de este sistema es que el poder y la movilidad formidables de las corporaciones globales están minando la efectividad de los gobiernos nacionales para realizar políticas esenciales en nombre de sus pueblos. Más y más (los dirigentes nacionales) tienen que responder a las demandas del mundo exterior porque quienes estaban antes afuera están ya dentro. No obstante, el Estado-nación está lejos de desaparecer. La integración global tiene muchos aspectos positivos pero al concluir el siglo XX hay pruebas de que, a medida que las economías nacionales se entrelazan más, las naciones se están debilitando de diferentes maneras y no hay en el horizonte ninguna comunidad alternativa. Y mientras algunos disfrutan de gran prosperidad, muchos más sufren una dramática pobreza.

La globalización no significa que todo tenga hoy una escala mundial. Son más bien ciertas actividades, y aun en ellas se advierten explicables limitaciones en su alcance real. Hay millones de personas que no pueden comprar los "productos globales"; los "consumidores globales", que no alcanzan a absorber los excedentes de producción, y en los mercados financieros "globales" la mayor parte de la gente no puede conseguir un préstamo para comprar una casa, sembrar un pedazo de tierra o iniciar un negocio.

Porque las empresas comerciales han rebasado a las instituciones políticas, el mundo se enfrenta a una crisis de autoridad sin precedentes en los tiempos modernos.

El exceso de seres humanos inteligentes, capaces, subvaluados y no deseados es el talón de Aquiles del emergente sistema mundial.

Y, dada la rapidez con que se introducen nuevas tecnologías que reemplazan a la mano de obra, la perspectiva de empleo no es favorable.

La globalización no es realmente global. Las actividades de los negocios trasnacionales se concentran en el mundo industrial y en ciertos enclaves en el mundo subdesarrollado. La mayor parte de la gente está fuera del sistema, y los desempleados están creciendo más de prisa que el ejército "global" de los que trabajan.

La interconexión de la actividad económica es global, pero falta todavía una conciencia global que empiece a construirse en gobiernos y empresas. Y la globalización desde abajo —como acción de los ciudadanos— empieza a jugar un papel cada vez más importante.

El conflicto político fundamental en las próximas décadas no será entre naciones o siquiera bloques comerciales; será entre las fuerzas de la globalización y las basadas en un territorio, que busquen sobrevivir preservando y redefiniendo la comunidad.

Finalmente, Barnet y Cavanagh apuntan que el problema central de nuestro tiempo es "si la gente, actuando con el espíritu, la energía y la urgencia que nuestra crisis colectiva reclama, podrá desenvolver una conciencia democrática global que se base en auténticas comunidades locales".[49]

Reestructuración y globalización

A partir principalmente de la relación entre el proceso de reestructuración de las empresas y la globalización, los investigadores holandeses Ruigrok y Van Tulder ofrecen un sugerente análisis en el que, entre otras cuestiones de interés, plantean:

Entre los antecedentes de la globalización fue importante el concepto de un "orden mundial", en el que todos los países operaban en un "mercado libre mundial", propuesto por Woodrow Wilson al crearse la Liga de Naciones en 1919.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las empresas multinacionales norteamericanas se fortalecieron grandemente cuando

Estados Unidos afirmaba su hegemonía, y desde los años sesenta y setenta, con el concurso de Europa occidental y Japón, la internacionalización cobró cada vez mayor impulso.

Según los autores, el profesor de Harvard Theodore Levitt fue uno de los primeros en usar el término "globalización", en 1983, como "convergencia de mercados en el mundo". Levitt distinguió, como los dos vectores principales, la tecnología y la globalización. Ésta "llevaría al surgimiento de mercados globales para productos de consumo estandarizados, lo que haría posible beneficiarse con enormes economías de escala". La tecnología, a su vez, favorecía una mayor estandarización de la producción y probablemente también sistemas manufactureros más flexibles. Las mejores estrategias buscarían ampliar las economías de escala, lo que confirmaba las ventajas de la organización micro-fordista; pero, a diferencia de la teoría del "ciclo de vida del producto" (*product life cycle*), de Raymond Vernon, Levitt y otros autores pusieron el mayor acento no en un producto aislado, sino en la empresa en su conjunto, y en un mercado mundial más que en un sistema de producción mundial, y consideraron la globalización un "concepto económico", que en realidad correspondía a "una visión parcial de un micro-fordismo global".[50]

Mientras tanto en Japón empezó también a hablarse de "globalización"; y a partir del concepto central de "la cadena de negocios" (*business chain*), el economista Kenichi Ohmae distinguió cinco pasos en la globalización de una firma:

1) La empresa opera fundamentalmente en su país, pero exporta a través de un distribuidor.
2) Se establecen en otros países empresas vendedoras para mejorar la distribución y los servicios.
3) Se inicia la producción directa en el extranjero.
4) Plena autonomía. Todas las actividades de la cadena, incluyendo investigación y desarrollo, ingeniería y financiamiento, se transfieren a los principales mercados, lo que refuerza la posición competitiva.

5) Integración global. En esta última fase las empresas conducen sus principales actividades y contratan personal a escala mundial. O sea que la globalización supone desplegar la cadena dentro y fuera del país, aunque conservando "la cultura corporativa".

Esto es tan importante que se admite que "las estrategias de globalización diferirán de acuerdo a la nacionalidad de la empresa".[51]

Según otros autores, la última fase del proceso de internacionalización no es la globalización, sino el paso de la empresa multinacional a la trasnacional, propiamente dicha, entendida como una red de organizaciones en la cual la sinergia juega un papel muy importante.

Desde otra perspectiva, Charles-Abert Michalet define a la globalización como la desregulación de los mercados financieros nacionales y la subsiguiente internacionalización de los flujos de capital; y Michael Porter considera que "en una industria global, la posición competitiva de una empresa en un país es significativamente afectada por su posición en otros", y que una industria puede considerarse "global" si hay alguna ventaja competitiva al integrar sus actividades sobre una base mundial. En fin, según otros autores, "la esencia de la competencia global [...] es el manejo de los flujos de efectivo internacionales y la coordinación estratégica, aun si esa coordinación global, en términos de flujos de productos, no se realiza entre las subsidiarias".[52]

Un tercer enfoque ligado al anterior subraya el papel de la tecnología (de la información) en la globalización de la empresa y de la competencia en general. Las alianzas estratégicas favorecen la innovación y la organización flexible como fuentes de utilidades, lo que hace de la tecnología un elemento muy importante en la competencia internacional.

La globalización afecta la capacidad regulatoria del Estado, y tiende a internacionalizarla, aunque hasta ahora no hay propiamente un régimen de autoridades supranacionales. Aun así, algunos sostienen que la globalización "es un prerrequisito esencial de una noción de política global", y otros más reiteran, como lo más importante

y distintivo, que "la globalización se refiere a una multiplicidad de vínculos e interconexiones entre Estados y sociedades que componen hoy el presente sistema mundial", y que se proyecta, podría decirse, en forma extensiva e intensiva. En el primer sentido su connotación es espacial, y en el segundo, alude a la intensidad o profundidad de esas interacciones o interconexiones. Y la globalización es muy desigual en su alcance y consecuencias.

Entre los críticos de la globalización algunos autores, de quienes nos ocuparemos más adelante, expresan que se exagera la influencia que ella ejerce sobre el sistema capitalista. Otros consideran que, en rigor, más que ante una globalización estamos ante una "triadización", y ante un proceso crecientemente dominado por las empresas trasnacionales, cuya influencia en la reestructuración de la economía es cada vez mayor.[53]

En la respuesta a tales opiniones y a la retórica sobre la globalización, Ruigrok y Van Tulder evalúan las estrategias de internacionalización de las más grandes empresas, y tras un examen preciso y bien documentado del comportamiento de las 100 empresas trasnacionales más grandes, llegan a estas conclusiones:

1) Ninguna de ellas es verdaderamente "global", en el sentido de operar con entera libertad o sin fronteras. No obstante, hay una jerarquía en la internacionalización de las principales áreas funcionales, destacando en éstas las ventas en el exterior.
2) Las empresas más internacionalizadas (como Nestlé, Ciba-Geygy, Volvo, Unilever y otras) proceden de países pequeños.
3) Por su carácter estratégico y el control público, el grado de globalización de las empresas petroleras se ha reducido.
4) La naturaleza del campo en que opera una firma en su propio país está en la base de su estrategia de internacionalización.[54]

En resumen, a menudo se exagera la importancia de la globalización y se la ve como algo acabado y no como una estrategia en desarrollo. Para los autores hay, en realidad, dos trayectorias que culminan en dos estrategias globales divergentes: la globalización propiamen-

te dicha, que pretende una división del trabajo intrafirma a nivel mundial, y la "glocalización", que se basa en una división del trabajo geográficamente concentrada e interfirmas. Mientras la primera contribuye a incrementar el comercio internacional, la segunda tiende a reducirlo gradualmente.[55]

Cuestionamiento de la globalización

Dos distinguidos investigadores ingleses —Hist y Thompson—, sin desconocer que se han registrado cambios importantes, sobre todo a partir de los años sesenta, que es preciso situar correctamente, rechazan la idea de que la mayor parte de las relaciones sociales está determinada por procesos globales, que la economía, en particular, sea hoy global y que esté dominada por las incontrolables fuerzas del mercado, ante las que resulte ya inviable una acción nacional reguladora.[56]

Para estos autores, la globalización en sus versiones extremas y simplistas es "un mito". Piensan así porque:

—La actual economía altamente internacionalizada no es algo que no tenga precedentes.

—Las compañías realmente trasnacionales son todavía relativamente escasas.

—La movilidad del capital no está produciendo un desplazamiento masivo de inversiones y empleo de los países más avanzados hacia los subdesarrollados.

—La economía mundial está lejos de ser genuinamente "global", y lo cierto es que la mayor parte de la inversión y los flujos financieros se concentran en los países de la triada —Alemania, Japón y Estados Unidos—.

—Estas grandes potencias económicas —o sea el grupo de los 3— tienen la capacidad para ejercer presiones sobre los mercados financieros y otras variables económicas. Pero los mercados globales no están más allá de la regulación y el control.[57]

Hirst y Thompson admiten que el fin de la larga fase de expansión económica posterior a la segunda guerra se ligó a cambios cuya influencia ha sido innegable. Entre ellos señalan el colapso del sistema de Bretton Woods, la búsqueda de algunas grandes empresas de nuevos mercados y mayores posibilidades de inversión, la creciente internacionalización de los mercados financieros, la cada vez más severa competencia entre los países industriales y el surgimiento de los llamados "nuevos países industriales", sobre todo de Asia, el aumento del desempleo y la reestructuración productiva y nuevas formas de organización de las empresas, digamos desde los métodos fordistas a otros más flexibles, más altamente tecnificados y ahorradores de insumos. Y según ellos, además, el que las líneas keynesianas no pudiesen sostenerse y las conservadoras posiciones monetaristas posteriores no ofrecieran una alternativa contribuyeron a la creciente internacionalización. Lo que no supone, sin embargo, que estemos en una economía global, porque la "globalización [...] debiera significar el desarrollo de una nueva estructura económica, y no sólo cambios coyunturales hacia un más grande comercio internacional y mayores inversiones".[58]

En una economía internacional las entidades principales son economías nacionales. El comercio y la inversión producen crecientes interconexiones entre esas economías todavía nacionales. Pero la importancia del comercio es progresivamente reemplazada por relaciones de inversión, que cada vez más se convierten en el principio organizador del sistema.

En un sistema global, en cambio, las diferentes economías nacionales son subsumidas y rearticuladas por los procesos y transacciones internacionales de base nacional a un nuevo nivel, en el que lo internacional permea y transforma lo nacional.

A consecuencia de la globalización se vuelve más difícil regular, gobernar y coordinar eficazmente lo nacional y lo internacional, y las empresas multinacionales devienen trasnacionales, o sea empresas que no tienen una identidad nacional bien establecida y que "atienden mercados globales a través de operaciones globales".[59]

Los autores que comentamos reiteran que su argumento no es, desde luego, que las cosas hayan permanecido invariables: reorganizaciones realmente fundamentales que necesitan con urgencia una respuesta imaginativa —dicen— están en marcha en la economía internacional.

Pero, reparando concretamente en las formas de operación de las más grandes corporaciones, concluyen que, pese a todo lo que suele decirse, los negocios internacionales se limitan todavía a los territorios propios donde tienen su sede principal; el elemento nacional sigue teniendo gran importancia, las empresas son más multinacionales que trasnacionales, y ello significa que su operación aún no desborda la capacidad de los gobiernos para regularlas.

En cuanto a la repercusión de la mayor internacionalización y globalización sobre los países subdesarrollados, nuestros autores piensan que no tiene una sólida base la idea de que el empleo y la producción se vengan abajo en el primer mundo porque la inversión se mueva hacia aquéllos, atraída por el bajo costo de la mano de obra.[60]

Aparte de otras observaciones interesantes, en las páginas finales del libro de referencia se resumen las principales conclusiones de su análisis.

Quienes sostienen la tesis de la globalización no han logrado demostrar convincentemente que la economía mundial funcione como ellos suponen. Y lo que parece más característico de ella es que:

1) Las principales relaciones siguen siendo las existentes entre los países más desarrollados, y concretamente los de la OCDE.
2) Sin duda ha habido una creciente internacionalización de los mercados de dinero y capitales, desde los años setenta; pero algunos de los cambios pueden ser temporales, no irreversibles.
3) Ha crecido el comercio de semimanufacturas y manufacturas, sobre todo en las economías industriales, y la mayor parte de los mercados de productos industriales es hoy internacional. A la vez, sin embargo, sorprende que las exportaciones de la Unión Europea y otros bloques regionales representan todavía una pequeña proporción de su PIB.

4) La mayor parte de las empresas internacionales sigue operando en un pequeño número de países; o cuando más, regionalmente, y las empresas dominantes son multinacionales, más que verdaderamente trasnacionales.
5) Acaso el más significativo y duradero desarrollo posterior a los años setenta es la formación de bloques comerciales y económicos supranacionales.

De lo anterior se desprende que "si bien las formas de dirección económicas nacionales tienen un alcance limitado y los mecanismos multilaterales de regulación de la economía internacional del periodo 1945-1973 son en gran parte obsoletos, están surgiendo nuevas situaciones que ofrecen posibilidades de gobernabilidad, y que requieren especificación y análisis teóricos". Lo que no significa que "las relaciones al nivel internacional y nacional estén más allá de los medios de regulación y de control".[61] El cómo se desenvuelvan la Unión Europea y otros esquemas regionales jugará un importante papel; y la Unión Europea, concretamente, tendrá mayor éxito si promueve la regulación económica internacional en vez de introducir políticas que se orienten hacia adentro, conforme a límites territoriales, y si Europa requiere nuevas ideas sobre el papel de las agencias de dirección económica, ello también es cierto por lo que hace a formas estrictamente internacionales de cooperación y coordinación.[62]

Por limitaciones de tiempo y espacio sólo me referiré a algunas otras opiniones que, pese a explicables variantes, tienen cierta unidad y que diversos autores ofrecen en una publicación socialista independiente de Estados Unidos, la revista *Monthly Review*. Conviene aclarar que al recoger brevemente algunas de ellas no entraremos todavía al examen de ciertas cuestiones de fondo, como la relación globalización-capitalismo, de la que nos ocuparemos en el capítulo 4.

En un sugerente análisis "Globalization. To what End?", los editores de dicha revista —Paul Sweezy y Harry Magdoff— plantean entre otras cosas lo que sigue:

"El impulso y diversificación de la globalización ha traído consigo nuevos rasgos económicos y políticos tanto en la periferia como en el centro. En aquélla, el capital extranjero ha penetrado más amplia y profundamente que nunca antes". Sin embargo, dicen, en el centro "el cambio de dirección ha contribuido a que se produzca en los mercados monetarios mundiales un crecimiento en espiral de la creación de crédito, los flujos internacionales de capital-dinero y la especulación".

"La aceleración de la globalización de años recientes no ha llevado a la armonía. Por el contrario es más bien producto de una creciente desarmonía."

Los cambios y principales tendencias de la economía internacional se vinculan al proceso que en las últimas décadas acompaña a la consolidación y más tarde al debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos.

Después de la Segunda Guerra Mundial se reconstruye el sistema capitalista internacional con Estados Unidos a la cabeza, la supremacía del dólar y la dominación de "la ideología del libre mercado y el libre comercio", que Inglaterra había también defendido, sobre todo desde mediados del siglo XIX.

El impulso de la mayor globalización coincidió no con un rápido sino con un declinante crecimiento económico. Desde fines de los años sesenta algunos países empezaron a crecer menos, y entre 1973 y 1989 la declinación se generalizó debido a menores posibilidades de inversión.

Aunque de dientes para afuera se defiende el principio de libre comercio, ingeniosamente se buscan a la vez distintas maneras de levantar barreras a las importaciones.

Un aspecto clave de la globalización —el aumento de los flujos de inversión extranjera directa de un país a otro— es también una reacción a la "tendencia al estancamiento". Las exportaciones de capital, sobre todo desde la segunda guerra, contribuyen a la globalización. Incluso podría decirse que la vigorosa expansión de las multinacionales de Estados Unidos en los años cincuenta influye grandemente en su nueva fase. Y aunque se invierte en algunos paí-

ses subdesarrollados en busca de bajos salarios y menores costos, el grueso de la inversión se canaliza hacia las propias naciones industriales.

La composición de la inversión cambia también apreciablemente, reduciéndose la importancia de las manufacturas y en general de la producción de bienes, y aumentando las sumas destinadas a comercio y servicios, y por lo que hace a países subdesarrollados, en particular, la inversión en la banca, seguros y otros servicios financieros. "El énfasis de la inversión en instituciones financieras en el tercer mundo es impresionante, e indica lo rápidamente que se ha extendido la globalización financiera y la profundidad con que ha penetrado en la vida económica cotidiana de la periferia."[63]

En un artículo posterior, Sweezy recuerda que la larga fase de expansión de la postguerra no escapó a los altibajos del ciclo económico, aunque éstos se suavizaron debido al apoyo que el gasto público —sobre todo militar— y una fuerte demanda acumulada de múltiples bienes dieron a la inversión. Al concluir la guerra fría el gasto militar se debilitó y la inversión privada no creció como algunos esperaban. A menudo se piensa que siendo el actual un periodo de rápidos avances científicos y tecnológicos, ello abrirá grandes posibilidades de inversión. Sweezy, no obstante, considera que las innovaciones, en particular en el área del conocimiento-información-comunicación, usan mucho menos capital que las grandes innovaciones del pasado —la máquina de vapor, los ferrocarriles, los automóviles— y que las corporaciones de hoy pueden y de hecho financian muchas de esas innovaciones a partir de sus reservas de depreciación y sin ninguna inversión neta. Y es la inversión neta la que cuenta.[64]

Por otra parte, la estructura de la economía ha cambiado y a partir de los años ochenta exhibe un fuerte y relativamente independiente sector financiero, que no se relaciona como antes de manera estrecha con la producción y que fomenta el gasto improductivo y la especulación.

El propio autor considera que la globalización "es un proceso en curso desde hace largo tiempo, de hecho desde que el capitalis-

mo surgió como una forma viable de organización de la sociedad, hace cuatro o cinco siglos". Pues bien, el periodo que se abre con la recesión de 1974 y 1975 ha sido uno de aceleración de la globalización, a la que han impulsado los mejores medios de comunicación y transportes; pero las tendencias principales que subyacen al desarrollo capitalista en esta etapa "no han sido determinadas o generadas por la globalización. Aunque ésta influye en el contexto que le sirve de marco y en la forma en que ciertos procesos se desenvuelven".[65]

En otro interesante artículo aparecido en la misma revista, Michael Tanzer se ocupa también de la globalización, a la que a menudo se hace referencia como el explosivo crecimiento, en los pasados veinte a veinticinco años, de las enormes corporaciones multinacionales y los grandes flujos de capital que han cruzado las fronteras nacionales y penetrado en todas partes; este proceso se ve como resultado de una explosión tecnológica paralela en la computación, las telecomunicaciones y los rápidos transportes.

Tanzer piensa que la globalización tiene lugar precisamente en el periodo de estancamiento económico posterior a 1973 e incluso considera que ella es en gran parte una respuesta al fin del periodo de auge.

En cuanto a su futuro escribe que si bien la globalización, junto con la privatización, representa la ininterrumpida penetración del capital privado y de los principios del mercado en todos los aspectos de la vida y constituyen una fuerza poderosa a escala mundial, su creciente éxito puede ser la base para que el proceso finalmente se contenga y aun revierta, en parte debido a la tendencia a impulsar la creación y fortalecimiento de bloques regionales. Y "una mayor limitación de la globalización consiste en que, en la actual etapa de estancamiento, ella contribuye a una cada vez más grande desigualdad en el reparto del ingreso en el mundo".

En resumen, la globalización entraña severas presiones que afectan a mucha gente y generan descontento. Los hechos demuestran que las promesas de bienestar quedan para la mayoría en meras palabras y que los organismos financieros internacionales, más que

promover y apoyar la cooperación y el desarrollo, benefician a las más poderosas empresas trasnacionales y ayudan a mantener un injusto orden de cosas. "Lo que hoy se requiere es una transformación profunda del sistema económico internacional y reemplazar la primacía del capital por la primacía de los seres humanos. Sólo entonces tendremos la clase de instituciones financieras globales que se necesitan." Y, toda vez que el Estado sigue siendo el centro de la actividad política para un futuro previsible, los sectores progresistas en Estados Unidos deberán esforzarse para que cambie la política gubernamental.[66]

Para otro autor que escribe con frecuencia en *Monthly Review*, el economista Samir Amin, la globalización del capitalismo no es algo nuevo, pero sí un proceso que recientemente sufre "un cambio cualitativo" hacia adelante; la profundización de la interdependencia económica entre las naciones ocurre cuando hay una crisis de la acumulación de capital, y al auge de postguerra sucede el estancamiento.

El avance de la globalización no se limita al comercio; afecta los sistemas productivos, que son desmantelados y, a la vez reconstituidos "como parte de un sistema productivo integrado globalmente".

Según este actor por definición, la nueva globalización reduce la eficiencia en el manejo de la economía por los Estados nacionales. Pero no acaba con ellos. Más bien produce una nueva contradicción, bajo el capitalismo insuperable; entramos a una nueva era caracterizada por la separación entre el espacio globalizado de la dirección de la economía capitalista y los espacios de su administración política y social. Esta lógica se expresa en el discurso totalmente antiestatista de los medios dominantes que reclaman la eliminación de las intervenciones sociales del Estado, la privatización masiva.

Amin recoge la opinión de Kostas Vergopulos, de que pese a la globalización de los mercados, las estructuras macroeconómicas nacionales siguen siendo muy importantes, y que si bien las empresas globalizadas existen, los sistemas económicos nacionales aún no se han globalizado. Y, bajo tales condiciones, la globalización acentúa las disparidades y las incoherencias.

El estancamiento facilita un gigantesco excedente de capital que no encuentra oportunidades de inversión productiva, lo que da lugar a que se priorice la inversión financiera, que requiere máxima apertura mundial y altas tasas de interés. Y lo que tal sistema implica es un persistente desempleo y gran inestabilidad en todos los mercados.

Todo ello hace pensar que ese sistema será, a la postre, insostenible, y que llevará "a un resurgimiento del nacionalismo y de las luchas populares, que serán un reto para la globalización utópica perseguida durante la crisis". Al nivel nacional —dice Samir—, que sigue siendo el eslabón crucial porque existe y existirá por largo tiempo una organización política, lo que yo llamo "*delinking*" (desconexión) o sea, no autarquía sino subordinación de las relaciones externas a la lógica del desarrollo interno y no a la inversa), es inevitable.

> Con Sweezy y Magdoff, creo que la globalización, como hoy se practica, no es una fuerza que se impone a sí misma desde afuera, sino que satisface las metas del capital [...] lo cierto es que el carácter de la globalización no siempre se define con claridad (y concretamente) [...] si es una fuerza objetiva determinante o una tendencia entre otras.
>
> En conclusión, diré una vez más que el realismo de este proyecto se basa en un entendimiento de la historia que no acepta la idea de que las (leyes) históricas preceden a la historia misma. Lo que aparece como fuerzas objetivas (tales como la globalización) son sólo productos de una lógica específica de un determinado sistema (en este caso el capitalismo).[67]

Samir Amin se ocupa en otros estudios de la globalización, y varios autores, aparte de los ya mencionados, lo hacen también en *Monthly Review*. Desde luego, por ejemplo, Ellen Maiksins Wood; pero de ellos y sus principales posiciones nos ocuparemos más adelante.

Entre tanto, espero haya quedado claro que la globalización, cualquiera que sea su alcance, es un fenómeno histórico que en rigor no podría comprenderse sin relacionarlo con el largo, desigual

y complejo proceso de internacionalización que la precede. Hablar de la globalización puede ser hoy una moda pasajera; pero las realidades que subyacen a ella son hechos que expresan el desarrollo histórico. Y la continuidad de situaciones previas, a menudo es fruto de rupturas y contradicciones profundas que dan cuenta de que lo que ahora vemos como principal y más característico es consecuencia no lineal sino verdaderamente dialéctica de fenómenos anteriores, con frecuencia propiamente estructurales y de largo alcance.

Ahora bien, en el examen hecho en este capítulo, deliberadamente he dejado de lado dos aspectos del tema que es preciso ver con cuidado. Uno es la relación de la globalización con el neoliberalismo, y el otro su impacto sobre el capitalismo, y por tanto la medida en que la globalización entraña o no un fenómeno que altera de manera significativa el funcionamiento del sistema; o en su caso si es éste el que influye y aun condiciona el desenvolvimiento de aquélla. De ambos aspectos, que espero complementen y enriquezcan lo dicho hasta aquí y nos ayuden a comprender mejor la naturaleza y alcance de la globalización, nos ocuparemos en los dos capítulos que siguen.

Globalización y neoliberalismo

Entre estas variables —globalización y neoliberalismo— hay una relación que en los últimos años y en ciertos países ha sido particularmente estrecha, aunque no fácil de situar. Por ejemplo, algunos parecen pensar que la primera es la causa u origen del segundo. Otros, a la inversa, sugieren a veces que éste es el que determina a aquélla, y no faltan quienes lo convierten en la causa de la prolongada crisis que hemos padecido. Otros más colocan a ambos fenómenos en el mismo plano y suponen que la globalización es, por definición, neoliberal, o bien que esta política se expresa y proyecta no sólo a escala nacional, sino sobre todo, internacional y aun "global", o al menos sugieren que entre una y otro hay una relación directa y cierta continuidad. En fin, hay quienes lejos de ver al neoliberalismo como la expresión de una ideología y una política de alcance bastante limitado lo consideran un "modelo", aunque no queda claro si se trata de un paradigma de vasto alcance y aun universal, o de algo que sólo corresponde a determinadas experiencias concretas y aun a ciertas modalidades de lo que se hace en algunos países. En otro sentido, quienes ven al neoliberalismo como un hecho central en la dinámica de lo que ocurre en el mundo de nuestros días, desde posiciones convencionales con frecuencia apologéticas, atribuyen buena parte de las supuestas virtudes de la globalización a las políticas neoliberales o, desde posiciones críticas, en rigor casi siempre bastante superficiales, sin ubicar correctamente al neoliberalismo, lo vuelven causa de prácticamente todos los ma-

les. Y, rompiendo con serios intentos de periodización sobre el desarrollo del capitalismo basados en cambios de fondo, incluso hay personas que ven a las políticas neoliberales como la fase actual del sistema social imperante, sin que puedan explicar las previas, la forma en que se pasa de ellas a la supuestamente actual, y la perspectiva de ésta, siquiera en un futuro de corto plazo.

Otros, con mayor razón, consideran al neoliberalismo y a lo que ha dado en llamarse "globalización neoliberal", como una versión conservadora del proceso que expresa las posiciones ideológicas y políticas de la derecha. Entre ellos no faltan quienes piensan que la orientación neoliberal es lo que vuelve negativa e inaceptable la globalización, y olvidando que otras posiciones también fracasaron o ya no son vigentes, sugieren que el viejo liberalismo desarrollista, o bien otras políticas reformistas, son la solución a los problemas que hoy enfrentamos.

Ya nos ocupamos de la globalización con cierta amplitud. En este capítulo trataremos de entender mejor en qué consiste, cuándo y cómo surge, a qué obedece y cuál es al alcance real y el impacto del neoliberalismo.

Todavía durante los años setenta e incluso después de la severa caída de la actividad económica hacia mediados de esa década, o sea cuando la tendencia a la globalización estaba en ascenso, las políticas económicas en boga eran de corte keynesiano, no obstante que su eficacia resultaba cada vez menor, sobre todo en donde coincidían la inflación y el estancamiento. De palabra, los "teólogos" del neoliberalismo, como los llama Hobsbawm, repetían aquí y allá que sólo el mercado, dejado a su suerte, restablecería la estabilidad y el crecimiento. Tal punto de vista no era novedoso ni menos, todavía, original. Lo cierto es que, desde siempre, viejos liberales como Von Mises, Hayek y Friedman enaltecieron al mercado, en particular al "mercado libre" y sus virtudes, como el mecanismo regulador por excelencia. Mas esa posición aún no tomaba cuerpo en una política gubernamental.

Después de la Primera Guerra Mundial ciertas posiciones democráticas y reformistas cobraron fuerza en varios países. Por ejem-

plo en Inglaterra lo hizo el fabianismo, y Austria logró avances sociales sin precedente que mejoraron las condiciones de los trabajadores e hicieron que incluso se hablara de la "roja Viena". "Nunca antes ni desde entonces —escribió Ernest Fisher— ha sido un partido socialdemocrático tan poderoso, tan inteligente o tan atractivo como lo fue el partido austriaco a mediados de los años veinte."[1]

La crisis de 1929 y la gran depresión que la siguió explicablemente debilitaron las conservadoras posiciones liberales que ante una creciente inestabilidad y múltiples y severos desajustes recomendaban "dejar hacer, dejar pasar". El agravamiento de los problemas aconsejaba que el Estado interviniera, y así fue como surgió y se abrió paso la política rooseveltiana del *New Deal*, y cómo la socialdemocracia se impuso en buen número de países europeos. Pero mientras todo eso ocurría, los viejos liberales hacían también lo suyo. Ludwig von Mises, en particular, combatía desde años atrás a la naciente Unión Soviética, aseguraba que el socialismo era imposible y repetía que "el capitalismo es el único posible sistema de organización social basado en la división del trabajo".[2] A partir de 1930 la influencia de Von Mises y Hayek, quien sería su principal discípulo, se extendió porque ambos salieron de Austria y se vincularon a otros centros y universidades.

En 1936 —nos dice Bellamy Foster—, el comentarista político norteamericano Walter Lippmann publicó su libro *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, que en realidad fue un alegato en favor del más conservador liberalismo, y dos años después se realizó en París "Le Coloque Lippman", en el que participaron, entre otros, Von Mises y Hayek, y del que al parecer surgieron las principales ideas que este último recoge en su *Road to Serfdom* (1994).[3]

Unos años más tarde se creó un grupo que ya podría considerarse neoliberal y que se oponía abiertamente a la intervención estatal, no tanto a partir de las nociones tradicionales del *laissez-faire*, sino desde la idea de que "un orden competitivo" se desenvolvía espontáneamente y tomaba la forma de una economía de mercado sin límites.[4]

Aunque ciertas medidas como la creación del GATT, la doctrina Truman y otras favorecían el "libre comercio", la relativa estabilidad, el rápido crecimiento económico basado en buena parte en la reconstrucción de la postguerra, la guerra fría y el gasto militar, la extendida prosperidad y la eficacia de la regulación keynesiana para estimular la demanda cuando la actividad aflojaba, bastaban para que gobiernos, empresas y trabajadores consideraran que la situación era satisfactoria y no se requeriría de una política diferente.

El "thatcherismo"

En la segunda mitad de los años setenta ciertas líneas de lo que más tarde caracterizaría al neoliberalismo comenzaron a abrirse paso en Inglaterra; y en 1979, al triunfar el Partido Conservador y convertirse en primera ministra la señora Margaret Thatcher, se empezó a poner en práctica la política que para ella sería "la única viable".[5]

Con frecuencia se piensa que esa política derechista no difería de la que siempre defendieron los conservadores. Pero esto no era así. Si bien una y otra vez se hablaría del mercado libre desde posiciones antiestatistas, la Thatcher triunfó al frente de una nueva alianza de fuerzas políticas que, a partir del debilitamiento del Partido Laborista, de la crisis británica y de la recesión económica internacional, al amparo de la guerra de las Malvinas y con una fraseología nacional-populista no exenta de demagogia, en vez de soslayar ciertos problemas —como solían hacerlo algunos liberales— los exhibió como fruto y prueba de la incapacidad del Estado y de los gobiernos laboristas. La nueva política no sólo fue expresión de una ideología derechista, sino de fuerzas heterogéneas empeñadas en preservar el *statu quo*. Y, además, una respuesta a la crisis que pretendía ocupar una posición hegemónica en la estructura de poder.

Pues bien, en vez de soslayar las fallas del corporativismo burocrático y de una intervención del Estado favorable no a la nación en su conjunto sino a poderosos grupos económicos, el "thatcherismo" intenta hábilmente construir un nuevo consenso, un nue-

vo contrato social que responda a sus intereses y que, en lugar de apoyarse en ciertas "clases" o en los "sindicatos", apela retórica y aun demagógicamente a la "nación" y al "pueblo" desde una posición antiestatista y anticolectivista, y enaltece el individualismo, ciertas consignas moralistas, el sentido común y el "libre mercado".

El populismo de la señora Thatcher, leemos en el libro de Hall y Jacques,

> es una mezcla especialmente rica. Combina los resonantes temas del torysmo orgánico —nación, familia, deber, autoridad, valores, tradicionalismo—, con la agresividad de un fortalecido neoliberalismo: interés propio, individualismo competitivo, antiestatismo. [Su radicalismo de derecha] se vincula a sentimientos populares también radicales, y así, en lugar de una ruptura popular crea una *unidad populista*, un nuevo "bloque histórico" entre ciertas secciones de las clases dominante y dominadas [...] El futuro —postula— radica en la cooperación, no en la confrontación [...] El Estado es contrario a los intereses del pueblo y la nación porque [...] se ha endeudado en forma excesiva y gastado más de la cuenta; ha alimentado la inflación, engañado a la gente, intentado (sin éxito) regular salarios y precios y, sobre todo, actuado contra la esencia, el genio del pueblo británico [...] Es hora ya —diría la señora Thatcher— de poner el destino en sus manos.[6]

El Partido Laborista fracasó concretamente en su política de los años setenta, lo que explica el triunfo de los conservadores.

> Su intento de modernizar sin alterar la estructura subyacente de poder significó que lejos de ser capaz de encabezar a los amplios movimientos democráticos en proceso, en parte debido a esa estrategia, los gobiernos laboristas estuvieron en abierta oposición a ellos [...] las implicaciones fueron profundas. El Partido Laborista, para muchas personas *especialmente* jóvenes no fue ya visto como una oposición eficaz, como una fuerza en contra del *establishment*. Por el contrario, devino un partido del *establishment*, incorporado parcialmente a las estructuras estatales.[7]

> La economía política liberal no es una sola doctrina, y el thatcherismo representa una combinación especial de sus principales elementos —la familia, la economía y el Estado. El énfasis sobre una economía y un mercado libres se aleja de la ideología conservadora tradicional [...] El Estado debe contraerse en algunas áreas e intervenir más en otras [...] Al revivir ciertos aspectos de la economía política liberal y restablecerlos en términos populistas, el thatcherismo creó una mayor identidad entre las ideologías que movilizan el apoyo (popular) y los principios que guían una política gubernamental, y además, reactivó una de las líneas conservadoras de los electores: su hostilidad hacia el Estado y hacia los sindicatos.[8]

Con todo, la política de Thatcher no logró fortalecer a la economía británica e impedir su declinación. Si bien en un principio aumentó sustancialmente la productividad, hacia el final de su gobierno decreció la producción, reaparecieron y aun se acrecentaron ciertos desajustes y aumentó dramáticamente el desempleo. La suma de una política monetarista ortodoxa y un populismo autoritario y antidemocrático no trajo la prosperidad, y para la mayoría de la población significó mayor pobreza.[9]

Al recordar la situación y la política inglesa de esos años, el economista norteamericano Paul Krugman señala que al tomar posesión de su alto puesto, preocupaba a Margaret Thatcher el problema de la inflación, y lo que se hizo fue responder con una severa recesión que se expresó principalmente en un vertical aumento del desempleo, que en 1983 alcanzó 11.8%, y al que contribuyó una ortodoxa política monetarista de corte friedmaniano, que en realidad no trajo consigo estabilidad ni crecimiento.

Y aunque la productividad se elevó sensiblemente y el desempleo disminuyó, de 1981 a 1987 —por cierto no sin un alza de precios—, a partir de 1989 la desocupación volvió a aumentar y la productividad no creció ya como antes. En tales condiciones el gobierno Thatcher recurrió, sin buenos resultados, a la privatización de buen número de empresas antes públicas, y mantuvo una firme oposición a participar en el Sistema Monetario Europeo. Según Krugman, la privatización resultó a menudo un fracaso, sobre to-

do por no repararse en que las empresas estatales importantes eran monopolios naturales, que al quedar en libertad y compitiendo unas con otras, realizaron excesivas e innecesarias inversiones que trajeron consigo sobreproducción y, lateralmente, provocaron la destrucción de lo que quedaba de la alguna vez orgullosa industria del carbón inglesa.

> Es fácil decir —concluye Krugman—, después de lo ocurrido, que la privatización británica fue muy mal manejada; y aun así el gobierno de Major declaraba con un entusiasmo —que sugiere que poco se aprendió—, que privatizaría los ferrocarriles. Los conservadores ingleses no parecen haberse dado cuenta de que los mercados no son mágicos. Ellos pueden operar bien cuando las condiciones son las adecuadas, pero dejar a un monopolio natural en libertad para hacer lo peor es sólo ciega ideología.[10]

La economía "del lado de la oferta" y la "reaganomics"

Desde la segunda mitad de los años setenta se registran significativos cambios en la política de las grandes empresas norteamericanas, que trataban de "restaurar las utilidades en inversiones de corto plazo, restableciendo el control de un escenario crecientemente competitivo". Durante la presidencia de Carter el gobierno estaba dispuesto a ayudar, pero en rigor no sabía cómo hacerlo. En la siguiente década aprendió con la desregulación, la reducción de impuestos a las corporaciones, la restricción monetaria y el gasto militar. Y todo ello implicó un "retroceso de la política gubernamental".

El *laissez-faire* se pondría de nuevo de moda. Para empezar, el gobierno de Reagan provocaría dos profundas recesiones, en 1980 y luego en 1981-1982, a través de una fuerte contracción monetaria y la reducción del gasto social.

La forma extrema de desregulación consistió —escriben Harrison y Bluestone— en una ola de privatizaciones [y] los direc-

tores de las empresas privatizadas pusieron en práctica una u otra estrategia de reestructuración, desde reducir salarios e incrementar el trabajo eventual, hasta recurrir a las fusiones y adquisiciones financieras. Desde el principio de su gobierno, además, Reagan optó por una política hostil hacia los sindicatos y aun al principio mismo de organización sindical.[11]

Harrison y Bluestone consideran que la fundamentación ideológica de la "reaganomics" fue ésta: "prestar atención al 'lado de la oferta' en un periodo de baja productividad, inversión e innovación, es la única forma para vencer a los dos dragones de la inflación y el desempleo".

Según Arthur Laffer y otros economistas "del lado de la oferta", nada desalienta el trabajo, el ahorro y la inversión, como los altos impuestos y la reglamentación gubernamental; ésta, además, crea mucha burocracia que hace perder a la economía su espontaneidad". Pues bien, los menores impuestos y la "desregulación" harían que la economía de Estados Unidos creciera y recuperara su lugar en los mercados internacionales. En unos cuantos meses la nueva estrategia se pondría en acción, a partir de cinco principales componentes: 1) una severa reducción del gasto federal, excepto para programas militares; 2) fuertes disminuciones de impuestos a ingresos individuales y de empresas, donaciones y bienes raíces; 3) menor reglamentación de diversas actividades; 4) adopción de un sistema de análisis, a partir del costo-beneficio, para hacer más eficaz la regulación gubernamental; y 5) rápido aumento del gasto en investigación y desarrollo, con fines militares, porque la producción de armamentos era y es para las empresas más lucrativa que la de bienes de consumo civiles. Dicha política se proponía bajar la tasa de inflación y aumentar la productividad, y al menos logró lo primero, aunque con costos y daños enormes.[12]

Los reaganianos —comentan los autores antes citados— resultaron ser "keynesianos al revés". "La depresión devino la cura para la inflación, del mismo modo que los franceses habían tiempo atrás descubierto que la guillotina era el remedio definitivo para el dolor de cabeza." La recesión de 1981-1982 fue muy profunda y logró

hacer bajar los salarios reales y elevar la tasa de ganancia. La política del gobierno apoyó la reestructuración empresarial en tres formas adicionales: continuando la desregulación económica de ciertos sectores, privatizando numerosas empresas públicas e iniciando en grande el asalto contra las medidas que desde principios del siglo se habían dictado "para proteger a los trabajadores, a los consumidores y al medio ambiente".

Tales políticas contribuyeron, sin duda, a acelerar la reestructuración de las empresas privadas. Los empresarios consideraron que el deterioro de industrias como la del acero, automóviles, máquinas-herramientas y productos de hule era "inevitable" y que la política de Reagan era "la medicina que se requería para hacer a empresarios y trabajadores más realistas".[13]

Algunos funcionarios públicos señalan que se volvió al *laissez-faire*. Al mismo tiempo, sin embargo, fondos públicos enormes se destinaron a subsidiar el proceso de reestructuración. Y aunque ciertos dirigentes les llamaron formas de asociación público-privadas, que cubrieron "bajo una sombrilla ideológica de *laissez-faire*", en realidad se trató de una reasignación de recursos públicos para una nueva agenda que no era ya la redistribución del ingreso o siquiera un desarrollo económico convencionalmente definido, sino nada menos que la reestructuración de las relaciones de producción y del poder en la economía norteamericana.

En resumen, la recuperación económica reaganiana ocupa el último lugar de la postguerra en cuanto a crecimiento de la productividad. Las empresas se interesaron más por rendimientos inmediatos que por inversiones a largo plazo, y el gasto que hizo posible en ciertos años el aumento del ingreso y del empleo fue el militar, que a su vez descansó en el rápido y enorme crecimiento de la deuda.

NEOLIBERALISMO Y "LIBRE MERCADO"

Después de los gobiernos de Margaret Thatcher y de Ronald Reagan, en Inglaterra y Estados Unidos, respectivamente, las posicio-

nes neoliberales empezaron a ganar terreno en otros países, y a formar parte de políticas concretas, y poco tiempo después las hicieron también suyas los organismos financieros internacionales.

Un rasgo central de esas políticas fue exaltar el papel del mercado y en particular del "mercado libre", entendiendo por éste el que pudiera desenvolverse espontáneamente, sin interferencias gubernamentales. Y en la medida en que la internacionalización y la globalización de la economía —y años más tarde la caída de los países socialistas europeos— extendieron el ámbito del mercado, se aseguraba que esa mayor libertad traería consigo una también extendida prosperidad. En tales posiciones estuvo además presente, como en el viejo liberalismo, el supuesto de que la satisfacción del interés individual medido en lo fundamental por el beneficio económico, sería la condición para que el sistema en su conjunto funcionara mejor.[14] A partir de esas ideas el neoliberalismo intentó apoyarse en los economistas clásicos ingleses, en particular en Adam Smith en cuanto al papel regulador de los precios de la "mano invisible", y en David Ricardo, por lo que hace a su teoría de los costos comparativos.

El libre comercio —escribe David Morris— es la religión de nuestro tiempo, y su cielo es la economía global. Sus principales postulados son: que la competencia promueve la innovación, eleva la productividad y reduce los precios; que la división del trabajo permite la especialización, que también aumenta la productividad y baja los precios, y que mientras más grande es una unidad de producción, más grandes serán la división del trabajo y la especialización, y mayores, por tanto, los beneficios.

Las ventajas de hacer las cosas en gran escala llevan lógicamente al siguiente postulado del libre comercio: la necesidad de mercados globales. O sea que "las barreras a mercados cada vez más amplios reducen la especialización e incrementan los costos, haciéndonos menos competitivos".[15]

El último pilar del libre comercio es la ley de las ventajas comparativas, conforme a la cual incluso si una comunidad puede producir más eficientemente que otra, debiera especializarse tan sólo

en aquello que produce con mayor eficiencia, en términos relativos, y comprar a otros lo demás. De lo que se desprende que lo más grande es lo mejor; la competencia es superior a la cooperación; la dependencia es mejor que la independencia. En suma [el libre comercio] implica convenir en renunciar o ceder soberanía sobre nuestros asuntos, a cambio de una promesa de más empleos, más bienes y un más alto nivel de vida.[16]

Una característica adicional de tales posiciones consiste en el dogmatismo que exhiben, pues lejos de admitir que expresan una opinión determinada que puede o no compartirse, pretenden que "la globalización y el triunfo del libre mercado son inevitables" y en consecuencia, quienes se opongan a ellos serán barridos por las "fuerzas históricas" que llevan al mundo en esa dirección,[17] pues como solía asegurar Thatcher: "no hay alternativa". La adhesión al "libre comercio" como algo insustituible se manifiesta a menudo también en el GATT y ahora en la OMC, en quienes acuerdan crear zonas de libre comercio y entre los funcionarios de los organismos financieros internacionales.

Pero antes de ver las formas que adopta el neoliberalismo de estas instituciones, conviene detenerse y hacer un breve paréntesis en torno a si las condiciones económicas actuales corresponden o no a las estudiadas por Smith y Ricardo, como pretenden algunos neoliberales.

Los economistas clásicos y el neoliberalismo

Ya vimos que afirmar que nuevamente se ha puesto de moda el *laissez-faire* es muy discutible, pues si bien el Estado deja de actuar en ciertos campos y —de palabra— se reitera que la globalización se apoya en el "libre mercado", se habla de "libre competencia" y frecuentemente se alude a las ventajas de la llamada "desregulación", lo cierto es que el Estado sigue presente en la economía y juega un papel muy importante para apoyar al capital y lograr que se eleve la tasa de beneficio, la "apertura" comercial y aun financiera no sig-

nifica que la economía se mueva en un mercado más libre, la competencia no es "perfecta", sino cada vez más "imperfecta" y la economía mundial y en particular la de los principales países industriales no sólo no corresponde, sino que incluso se aleja crecientemente de las condiciones que los economistas mencionados tomaron en cuenta y sirvieron de base a su análisis teórico.

Los liberales, viejos y nuevos, proceden como si la economía de hoy y las políticas que ellos defienden correspondieran a las postuladas por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones*. Lo cierto sin embargo es que, como piensa un autor, en realidad "los traicionan". Smith, recuerda David C. Korten, "criticó severamente la protección estatal a las empresas monopolistas, demostrando que esa política tendía a distorsionar los mecanismos autorreguladores de un mercado competitivo de pequeños compradores y vendedores". Según él, lo que los economistas liberales no advierten es que el sistema económico que pretenden crear en nombre de Smith "se parece mucho más al sistema monopolista de mercado que el clásico inglés condenaba, que al sistema teórico de mercado competitivo que debía resultar en una asignación óptima de los recursos de la sociedad".[18]

El mercado en que Smith pensaba era, repito, de pequeños compradores y vendedores, cada uno de ellos demasiado pequeño para influir en el precio de las mercancías, o en otras palabras, uno en que no había "grandes empresas con fuerza monopolista. Por ello, cuando el precio *natural* difería del precio *de mercado* —aquél relacionado con el valor y éste con el juego de la oferta y la demanda—, la "mano invisible" propia de un mercado realmente competitivo se encargaba de acercar el segundo al primero y de lograr así la mejor asignación de recursos.

Smith supuso, además, que el capital se establecería en un determinado lugar, podría decirse, localmente, o sea que no tenía movilidad y menos podía fácilmente trasladarse a grandes distancias, no sólo por su incomunicación, sino porque sería imposible administrar adecuadamente una empresa en tales condiciones. El lector advertirá en cuánto difieren todas esas ideas del internacionalizado

mundo de nuestros días y de la forma en que operan las grandes corporaciones.[19]

El propio Korten señala en otro libro que Adam Smith vio "a las grandes empresas y a los gobiernos como instrumentos que suprimían las fuerzas competitivas del mercado", y por eso los condenó enérgicamente. Smith se opuso con firmeza a toda forma de "poder monopolista", lo que él definió como "el poder de un vendedor para mantener indefinidamente el precio de una mercancía por encima de su precio natural". En cambio, lo que hacen las actuales políticas liberales y en particular las neoliberales es fortalecer el monopolio o al menos el oligopolio, a través, entre otros mecanismos de concentración, de las fusiones y adquisiciones, comunes sobre todo entre los grandes consorcios de Estados Unidos.

Para Smith fue también importante, como condición de un mercado competitivo eficiente, que el productor absorbiera internamente la totalidad del costo de producción, y no cargara o *externalizara* parte de él a otros, distorsionando así el precio de lo que vendía. Smith se opuso a toda forma de monopolio, y tanto él como David Ricardo consideraron que el arraigo del capital en ciertos lugares era fundamental para que "la mano invisible del mercado pudiera transformar la búsqueda del interés propio en un óptimo beneficio público".

Ricardo postuló que bajo ciertas condiciones el libre comercio entre dos países funcionaba en beneficio de ambos. Pues bien, Korten señala que tales condiciones son: que el capital no debe cruzar las fronteras nacionales desde países de altos salarios a los de bajos salarios, que el comercio entre ellos sea equilibrado, y que cada uno tenga pleno empleo. Lo cierto sin embargo es que actualmente buena parte del comercio de las grandes empresas es intrafirma, y los "libertadores corporativos" no sólo dejan de lado los supuestos de la teoría ricardiana, sino que "activamente promueven la remoción de restricciones al movimiento internacional de capital, violando así una de las condiciones esenciales de la teoría clásica del comercio".

Según el propio autor, cuando el capital se mueve dentro de las fronteras nacionales de los países que comercian entre sí, "fluye

hacia aquellas industrias en las que el país de origen tiene una ventaja comparativa"; en cambio, "cuando las economías se fusionan, el capital puede fluir hacia cualquier localidad que ofrezca mayores oportunidades para externalizar costos".

Smith fue uno "de los primeros en reconocer los principios básicos de un complejo y autorregulado sistema humano", y con ellos creó un "modelo idealizado de un sistema económico que podría asignar los recursos de la sociedad eficientemente"; los racionalistas económicos que sucedieron a Smith vieron de manera más angosta y mecanicista a los sistemas económicos y acogieron la libertad del mercado como una ideología.

Los mercados financieros de hoy, en particular, en realidad nada tienen que ver con la mano invisible en que pensó Adam Smith, pues de hecho viven parasitariamente, a costa de quienes producen bienes y servicios. Lo cierto es entonces que lejos de que las grandes corporaciones —que tanto hablan de él— apoyen el libre mercado, "lo que hacen es tratar de destruirlo".

"Los gigantes corporativos mundiales están creando un sistema de competencia administrada (*managed*), a través del cual activamente limitan la competencia entre ellos mientras estimulan una intensa competencia entre las firmas y localidades pequeñas que constituyen su periferia."[20]

No son pocos los estudios en los que en las últimas décadas se llama la atención acerca de que los procesos de producción y distribución, concretamente en Estados Unidos —aunque sin duda ello es también así en otros países—, han cambiado grandemente, y hoy no son, ni mucho menos, lo que examinaron los economistas clásicos ingleses, porque, como dice Alfred D. Chandler en la misma obra, "la gran empresa administrada por funcionarios asalariados reemplazó a la pequeña firma familiar tradicional, como el instrumento principal para manejar la producción y la distribución".

La tesis de este autor es que la empresa mercantil moderna tomó el lugar de los mecanismos del mercado en la coordinación de actividades y en la asignación de recursos en la economía. En muchos sectores —añade— la mano visible de la administración reem-

plazó a lo que Adam Smith consideraba la mano invisible de las fuerzas del mercado, y en tanto la empresa moderna adquirió funciones hasta entonces realizadas por el mercado, se convirtió en la institución más poderosa en la economía norteamericana, y quienes la manejan, en el grupo más influyente en la toma de decisiones económicas.

Sorprende, en realidad, que numerosos textos teórico-económicos y planteamientos convencionales en el nivel de la política económica sigan considerando que la producción y distribución dependen de numerosas pequeñas empresas a las que regula "la mano invisible del mercado", sin reparar en que la gran empresa acabó con la "competencia perfecta" —si alguna vez la hubo— e impuso la "competencia imperfecta" y una defectuosa utilización de los recursos disponibles.

Pues bien, a partir de esa experiencia y de las nuevas situaciones en que se expresa, el propio Chandler explica cómo y por qué la mano visible tomó el lugar de la mano invisible en los mecanismos del mercado.

Según su opinión, tal reemplazo tuvo lugar cuando:

—La coordinación administrativa permitió mayor productividad, menores costos y más altas utilidades que la coordinación a través de los mecanismos del mercado.

—Las ventajas de internacionalizar las actividades de múltiples unidades en una sola empresa pudieron obtenerse al crear una administración jerarquizada.

—El volumen de actividad alcanzó un nivel que hizo a la coordinación administrativa de la empresa comercial moderna más eficiente y rentable que la coordinación a través del mercado.

—Una vez que la jerarquía de dirección cumplió exitosamente su función de coordinación administrativa, tuvo más permanencia, poder y continuo crecimiento.

—Las carreras de los altos funcionarios fueron cada vez más técnicas y profesionales.

—La empresa comercial multiunitaria creció en tamaño y diversidad, sus directores fueron más profesionales y la dirección de la empresa se separó de la propiedad.

—Al tomar decisiones, los funcionarios de carrera prefirieron las políticas que favorecían la estabilidad y el crecimiento a largo plazo de sus empresas, a las que maximizaban las utilidades corrientes, a corto plazo.
—Las grandes empresas crecieron, dominaron los principales sectores de la economía y alteraron la estructura básica de esos sectores y de la economía en su conjunto.

Debido a todo ello, hacia mediados del siglo XX la revolución administrativa en la empresa de Estados Unidos se había ya realizado, y el capitalismo se había convertido en un "capitalismo gerencial" (*managerial capitalism*). Y si bien el proceso no se desenvolvió de manera uniforme, las diferencias podrían considerarse como "variaciones sobre un mismo tema". En general, "la mano visible reemplazó a la mano invisible de las fuerzas del mercado, donde y cuando la nueva tecnología y los mercados en expansión permitieron un volumen y velocidad sin precedentes de los materiales en los procesos de producción y distribución".[21]

"La ortodoxia económica nos enseña —comenta a su vez William Greider— que los mercados siempre se equilibran de manera natural". Y agrega: "La teoría del libre mercado no es realmente una ciencia sino una forma de hacer profecías". La historia comprueba que la fe en los mercados autorregulados es una "peligrosa ilusión" que la realidad se encarga de desvanecer.

Ello no significa que, necesariamente el mercado global deba estallar un día; pero debiera volvernos muy escépticos sobre el curso futuro del libre comercio. El sistema no puede continuar como hasta ahora, pues mientras en numerosas nuevas fábricas se invierte más capital para producir más, el mercado lucha ya con una cada vez mayor escasez de compradores. Y, pese a todos los reacomodos y ajustes, el excedente aumenta.

El economista canadiense J. H. Hotson escribe al respecto:

> La irracionalidad central de los años de la gran depresión ha reaparecido [...] En un mundo deprimido por una demanda insuficiente,

> cada empresa, industria y nación intenta salvarse mediante una deflación competitiva. Y si bien algunos pueden ganar reduciendo sus costos y elevando su eficiencia, mientras más ganen ellos más perderán los perdedores, ya que éste es un juego de suma negativa.[22]

Las alianzas corporativas (actuales) son la antítesis de los dogmas del libre mercado y la supuesta liberalización del comercio global. Tales alianzas expresan una contradicción propia del capitalismo, que, según Greider, Adam Smith fue el primero en advertir: "mientras más se intensifica la competencia en el mercado, más empeñosamente buscan las empresas escapar a sus peligros". En el marco de la globalización, en particular, las grandes empresas se reorganizan, y sólo pueden introducir las costosas nuevas tecnologías mediante muy cuantiosas inversiones, todo lo cual rebasa y se aleja con mucho del concepto tradicional de la libre empresa y el libre comercio.

Lo mismo acontece con los mercados y su funcionamiento. Los mercados financieros, sobre todo, crecen en los últimos decenios con una celeridad sin precedentes. Y, lejos de que operen como los mercados "perfectos" de ciertos libros elementales de economía, se caracterizan por una profunda y persistente inestabilidad, y como hoy se dice: volatilidad, que los divorcia cada vez más de los procesos productivos, y vuelve muy difícil regular y aun anticipar sus movimientos, en buena medida especulativos.

Lo que subyace a todo ello es un viejo problema económico que hoy reaparece con fuerza y nuevas modalidades: la sobreproducción, esto es el exceso de oferta, el cada vez mayor y permanente exceso de bienes, fuerza de trabajo y capacidad productiva, que inevitablemente generan la innovación tecnológica y una espontánea globalización industrial.

La ortodoxia del *laissez-faire* ignora en realidad lo anterior, pues sostiene que los gobiernos no deben interferir con los mercados, ya que tales desajustes se corregirán de manera natural. La oferta y la demanda del mercado se equilibrarán una vez que los salarios bajen bastante y que el ejército de los desempleados sea suficientemente grande, y cuando la competencia de precios haya destruido

suficiente capacidad productiva y capital invertido, para eliminar la excesiva capacidad de producción. Y esta doctrina tan divorciada de la realidad reclama, además, cruzarse de brazos, es decir: "pasividad política frente a la brutalidad social".[23]

¿Por qué, pese a ser muy otra la realidad, se insiste entonces en el "libre comercio" y sus supuestas ventajas? En parte porque, como ocurrió en otra época con Inglaterra, que en su apogeo imperial fue también librecambista, cuando los Estados Unidos se vuelven después de la Segunda Guerra Mundial el poder hegemónico, adoptan la actitud de que el mercado y el libre comercio serán la clave de la prosperidad económica de todas las naciones, aunque lo cierto es que históricamente tal política sirvió para fortalecer a ciertos países.[24]

Algunos autores sostienen que los altos aranceles de los años de interguerras y concretamente la Ley Hawley-Smoot, de Estados Unidos, expedida en 1930, afectaron desfavorablemente el intercambio comercial internacional y trajeron consigo el desempleo. Lo cierto es que más que una política comercial proteccionista, fue la inestabilidad posterior a la primera guerra y más tarde la gran depresión de los años treinta lo que determinó el bajo nivel de actividad económica y de empleo en los países industriales europeos y después en Norteamérica.

Ravi Batra resume, en uno de sus libros, lo que considera la sabiduría convencional sobre el libre comercio, que en sus versiones más simplistas ve al comercio internacional como un mero intercambio de mercancías entre individuos, sin reparar en si tal intercambio es o no conveniente. Según ese autor, una idea más sutil introduce el principio de las ventajas comparativas, sean absolutas o relativas. La lógica que subyace al libre comercio es una asociación entre las naciones, en que cada una concentre su esfuerzo en los sectores en los que tenga la mayor ventaja comparativa en cuanto a productividad del trabajo. De lo que resulta una mayor especialización en aquellos productos en los que la productividad es más alta. O sea que el libre comercio es la mejor política porque el intercambio, y con él la especialización, se maximizan. Por ello

una política que restrinja el comercio reducirá la productividad mundial. En otras palabras: todas las formas de proteccionismo o que limiten las exportaciones son perjudiciales para el bienestar internacional. Lo que, de paso, no es cierto.

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL LIBRE COMERCIO

Lo que esta posición no toma en cuenta es que si los salarios bajan, aun cuando la productividad aumente, el "libre comercio" no tendrá los benéficos efectos que se le atribuyen. "Algo así caracteriza a la economía de Estados Unidos hoy. El libre comercio —dice Batra— puede haber ayudado a los norteamericanos a producir más por hora, pero debido a la declinante demanda mundial de sus productos, ahora reciben salarios inferiores a los de 1973, y en algunos casos incluso menores que los de 1950".[25]

Por otra parte, nos dice este autor que la moderna teoría de las ganancias del comercio es más sofisticada. Dicha versión pone énfasis en los costos comparativos, que son determinados por la productividad de los diversos factores: trabajo, capital y tierra. Pero aun reconociendo que el comercio puede afectar los salarios, la ganancia de otros factores compensa la baja salarial, y ello, pese a perjudicar a los trabajadores, resulta en conjunto mejor para una nación. Lo que no se toma en cuenta es que, en una economía tan desigual como la de Estados Unidos, sólo 5% de la población deriva un ingreso significativo del capital, en tanto que 80% de la fuerza de trabajo depende de sus salarios. Al respecto Batra cita a William Greider, quien recuerda que, entre 1977 y 1990, mientras los salarios se estancaban, la compensación de los altos funcionarios de las corporaciones subía 220%.

Lo que se olvida también a menudo es que los sueldos y salarios varían sensiblemente de una actividad a otra, y que Estados Unidos exporta principalmente servicios e importa, sobre todo, manufacturas. Y como los salarios en éstas son bastante más altos que en los servicios, cuando el comercio restringe los trabajos mejor paga-

dos, "los beneficios que derivan del intercambio y la productividad deben contrarrestarse por las pérdidas de ingreso que resultan de las diferencias salariales". Pues bien, como tales diferencias suelen ser muy grandes, eventualmente ello puede traer consigo una pérdida neta debida al comercio.[26]

Ciertos economistas aceptan que el libre comercio puede perjudicar a los trabajadores; pero piensan —comenta Batra— que en cambio beneficia a los consumidores porque al aumentar las importaciones bajan los precios de esos productos. Olvidan que también la gran depresión redujo los precios aunque afectó aún más a los salarios, y que los consumidores son también trabajadores, a quienes lo que más importa es cuánto ganan por lo que hacen y qué pueden comprar con ello.

Otro argumento muy socorrido de los librecambistas es que el comercio estimula la competencia y obliga a producir artículos de mayor calidad y mejores precios. Nuestro autor comenta que si bien ello suele ser así, la competencia y la rivalidad tienen aspectos no sólo positivos, sino también perturbadores y destructivos y que, en todo caso, las ventajas de la competencia no lo son de la liberalización.

Y aunque a menudo se señala que los costos del proteccionismo son muy altos, se ignoran aquellos —acaso aún mayores— que provoca una política de liberalización comercial. Al respecto, Batra cita de nuevo a Greider, quien afirma que entre 1977 y 1990, el libre comercio debe haber costado tan sólo a Estados Unidos un mínimo de 350 mil millones de dólares.[27]

"La competencia es un proceso dinámico que entraña un continuo cambio. No hay una ventaja comparativa permanente o exclusiva. El conocimiento no tiene límites y una activa rivalidad entre las empresas las obliga a mejorar constantemente y a hacer innovaciones." Pero la competencia doméstica y la extranjera son diferentes. Esta última puede ser "una locomotora que impulse la productividad y el crecimiento; y llevada a un extremo puede ser causa de desajustes y aun resultar destructiva". En otras palabras, si bien el libre comercio "hace al mundo más productivo, no incrementa los ni-

veles de vida de todos los países", y algunos incluso resultan perjudicados porque aun aumentando su productividad y eficiencia, por una u otra razón no obtienen los frutos esperados.[28]

La realidad demuestra que el "libre comercio" no es libre o, en todo caso sólo deja en libertad a las grandes empresas, las que a menudo se encargan de "despojar de sus libertades a los demás".

No volveremos aquí a la convencional y muy generalizada idea en círculos conservadores, de que la globalización resolverá todos nuestros problemas como por arte de magia. Pero conviene que reparemos en que la euforia de quienes así piensan obedece a que confían en que las nuevas reglas globales del libre comercio, la desregulación y la reestructuración económica hagan posible realizar, a nivel global, las teorías, estrategias y políticas que en rigor ya se aplicaron y fracasaron en las últimas décadas.

Aun suponiendo que el crecimiento económico mundial que los globalistas neoliberales más entusiastas anuncian pudiera producirse, ¿cuáles serían sus consecuencias? La primera duda que ello suscita es de dónde procederían los recursos necesarios para esa expansión, a dónde se llevarían los desechos sólidos y tóxicos, y cuáles serían los resultados ecológicos de todo ello. Al respecto un autor alemán —Wolfgang Sachs— afirma que lo único peor al fracaso de ese experimento de desarrollo masivo global sería su éxito.

Algunos piensan que la solución sería lograr un desarrollo sustentable, otros en cambio consideran que ese desarrollo, o sea uno sin pobreza y degradación ecológica, es imposible. Desde un punto de vista económico sólo sería posible y tendría sentido tal desarrollo si se entiende como "desarrollo sin crecimiento", o sea como un proceso de mejoramiento cualitativo. Creer que el crecimiento es todavía posible y deseable si lo etiquetamos como *sostenible* o lo pintamos de *verde*, sólo hará más lenta y más dolorosa la inevitable transición. Y en cuanto a hablar de que el crecimiento debe incluso acelerarse, ello es sólo verbalismo vacío totalmente desconectado de la realidad. En Estados Unidos, en particular, los costos del crecimiento económico son mayores que los beneficios, lo que significa que se ha rebasado ya "la escala óptima".[29]

Para otros, la clave de la expansión es la tecnología, que según ellos fortalece a individuos y comunidades, cuando más bien parece ser lo contrario, es decir, que a quien realmente da más poder es a las grandes empresas. "La corporación global de hoy —escribe Jerry Mander— no podría existir sin computadoras. La tecnología hace posible la globalización al conferir un grado de control que rebasa todo lo que hasta aquí hayamos visto."

Jeremy Rifkin observa que con frecuencia se alude al proceso de reestructuración sin ver cada aspecto en su contexto real y en su estrecha relación con otros. Lo cierto es que al margen de todo eufemismo, eficiencia "significa reemplazar trabajadores con máquinas, competitividad significa reducir los salarios para igualarlos a los competidores extranjeros de bajos salarios, y aplanamiento de la estructura corporativa (o reingeniería) significa eliminar los empleos de los funcionarios medios".[30]

David Morris considera que, más que la validez de la teoría del libre comercio, lo que hace creer en él es la idea de que es inevitable. "La economía planetaria reclama instituciones planetarias [...] fusiona y subfusiona naciones". Para disfrutar de los beneficios de la aldea global tenemos que pagar un precio. Conforme a la lógica del libre comercio "cada comunidad debe lograr los costos de producción más bajos posibles, aun si ello significa romper con lo que quede de un contrato social y de sus viejas y más reveladoras tradiciones". Un funcionario de la Goodyear va aún más lejos: "Mientras no tengamos salarios reales más cercanos a los de Brasil y Corea, no podemos trasladar las ganancias de la productividad a los salarios y seguir siendo competitivos". O dicho en otros términos: "estamos colgados del libre comercio".

Y ¿no se aseguraba que el libre comercio mejoraría el nivel de vida? Bueno, depende del de quién. Actualmente la desigualdad entre los países y en cada uno de ellos es mayor que antes. Pero las condiciones de la minoría más rica han mejorado, mientras la pobreza de millones se extiende dramáticamente.

Es hora ya de reexaminar la validez de la doctrina del libre comercio y de su creación, la economía planetaria. Es indudable que

hemos convertido más y más relaciones humanas en transacciones mercantiles, pero es dudoso que ello haya sido necesario o benéfico. "Cambio no significa, necesariamente, progreso." Bertrand Russell pensaba que "el cambio es científico y el progreso es ético".

Al reapreciar los supuestos en que descansa el libre comercio surgen diversas reflexiones. Los precios, señala Morris, a menudo fuertemente subsidiados, no son hoy una medida de eficiencia real, y debieran serlo. El costo social, o sea lo que la comunidad paga realmente, es difícil de cuantificar.

Para este autor, se puede argumentar que el libre comercio no es la única causa de todos nuestros males. De acuerdo. Pero (como hoy se practica) alimenta y agrava muchos de nuestros peores problemas. El libre comercio es un paquete ideológico que promueve políticas ruinosas. Y lo más trágico es que, en tanto más caemos por el camino del gigantismo, el globalismo y la dependencia, más y más difícil se vuelve retroceder y tomar otra ruta.

Pese a todas sus fallas el libre comercio tiene muchos partidarios, y hasta ahora se ha supuesto que es bueno a menos que se demuestre lo contrario. Un comercio internacional equilibrado es útil, mas no debería permitirse que gobierne los asuntos de un país a riesgo de provocar un desastre ambiental y social. La economía nacional debiera ser el perro y el comercio su cola. Pero hoy, a diferencia de Keynes, quien subrayaba la importancia de las naciones sobre lo internacional, los defensores de la ronda Uruguay y de los cambios del GATT quieren incluso que las finanzas y todos los servicios sean primordialmente internacionales. Un nombre más adecuado para el "libre comercio" sería hoy el de comercio internacional no reglamentado (o desrregulado).

El argumento ricardiano de la teoría del comercio sigue siendo lógico. Pero lo que se olvida es que —como ya recordamos—, en esa teoría, los factores de la producción (y especialmente el capital) carecen de movilidad, y que en el internacionalizado mundo de hoy, en cambio, pueden moverse miles de millones de dólares entre las naciones a la velocidad de la luz. "Este sólo hecho invalida los supuestos de que el comercio internacional asegura el bene-

ficio a todos sus participantes." La especialización puede ser una ventaja, pero a la vez entraña serias limitaciones. Así como la diversificación puede resultar en menor eficiencia, pero tiene también aspectos positivos.

En la economía neoclásica, la adecuada asignación de recursos depende del nivel y la internalización de todos los costos. Éstos se internalizan si son pagados directamente por las entidades responsables de ellos y se externalizan si los paga alguien más. Por ello, tomar en cuenta todos los costos es la verdadera base de la eficiencia. El comercio aumenta la competencia, pero ésta puede reducir el costo bien por mayor eficiencia, o bien porque baja el nivel de gasto donde éste es necesario, y reducirlo es perjudicial. De ahí que abaratar un producto ignorando su costo real es pecado contra la eficiencia.

Ronald Findley, profesor de la Universidad de Columbia, considera que la ventaja comparativa "puede bien ser el más profundo y más hermoso resultado de la economía". Empero, en un mundo en que el capital se mueve internacionalmente, nuestra adhesión a ese principio para dirigir una política "es una receta para la desintegración nacional".[31]

Las críticas a la aplicación de la teoría ricardiana del comercio al mundo de hoy no son nuevas ni se limitan a los opositores del neoliberalismo. Recordaré que en los años sesenta, por ejemplo, la señora Robinson hacía notar que el mundo real no correspondía a los supuestos de esa teoría, esto es:

> Que cada país disfrute de pleno empleo; que no haya trabajo migratorio ni inversión internacional, no obstante que sean grandes las diferencias en el nivel de las utilidades en distintos países, que haya una perfecta movilidad y adaptabilidad de los factores de la producción en cada país [...] que la igualdad en el valor de las importaciones y exportaciones [...] se establezca rápidamente [...] a través de movimientos de los precios relativos [...] derivados del mecanismo monetario internacional [...] Todo ello debe darse por supuesto, antes de esgrimir el argumento en favor del libre comercio.[32]

La propia Joan Robinson señala en otro estudio:

> La forma típica de la industria moderna no es ni la competencia ni el monopolio, sino el oligopolio —cada mercado es dominado por un grupo reducido de grandes empresas rodeadas de algunas pequeñas que llenan los diversos huecos, en ocasiones muy lucrativos, que dejan vacantes en una producción especializada, trabajos especializados, distribución, etcétera [...]
>
> El proceso de la lucha de competencia, del pez grande comiéndose al pequeño, frecuentemente se detiene ante el nacimiento firme de un monopolio. En este caso dos o tres firmas fuertes subsisten sin atreverse ninguna de ellas a retar a las otras a la pelea final.[33]

Con frecuencia no se repara en que aun sin romper totalmente con la economía neoclásica, Keynes replanteó ciertas importantes cuestiones que mostraron la invalidez del *laissez-faire* y de la teoría del "libre comercio". Al evaluar algunos aspectos fundamentales de su obra, Joan Robinson considera que él vio al sistema capitalista como un sistema, como un proceso en movimiento, una fase del desarrollo histórico; reparó de nuevo en el problema moral, que la teoría del *laissez-faire* había abolido y al hacer imposible que se siguiera creyendo en una reconciliación automática de los intereses en conflicto (egoísmo privado y servicio público) que asegurara total armonía, restableció y puso a la luz el problema de selección y juicio que los neoclásicos habían soslayado. La ideología que pretendía acabar con las ideologías se vino abajo y la economía volvió a ser economía política. Keynes, además, reintrodujo el *tiempo* en la teoría económica, lo que alejó a la economía de la teología y la acercó a la ciencia.

Según la señora Robinson, Keynes pronunció la oración fúnebre al *laissez-faire*, diez años antes de publicar la *Teoría General*, y en su ensayo "El fin del *laissez-faire*" sostuvo que éste se basó con frecuencia en principios "metafísicos"; que no es cierto que los individuos posean una "libertad natural" en su actividad económica; que no hay derechos perpetuos de los propietarios; que el mundo

no se gobierna desde arriba en forma en que siempre coincidan el interés privado y social; que el interés propio no siempre es racional ni opera conforme al interés público; que los individuos suelen ser muy ignorantes o muy débiles para lograr lo que se proponen. Y por lo que hace al ahorro y la inversión, así como la forma de lograr su uso más productivo, Keynes no pensaba que "tales cuestiones debieran dejarse enteramente a la suerte del juicio privado y las ganancias privadas, como ocurría por entonces".[34]

La Segunda Guerra Mundial fue la culminación de un proceso que implicó la superación y a la postre el abandono de las posiciones librecambistas tradicionales, y las medidas intervencionistas, que aun bajo la severa depresión de los años treinta eran vistas con reserva, desconfianza e incluso abierta hostilidad, en las condiciones impuestas por la guerra fueron aceptadas en general. Tanto en el plano político práctico como en el propiamente teórico, el *laissez-faire* quedó atrás, como símbolo de una línea de pensamiento y acción inconducente e incapaz de resolver los más graves problemas. La forma que adoptó el *New Deal* en Estados Unidos, desde 1932, fue reveladora de que las viejas políticas de libre mercado eran rápidamente sustituidas por otras en las que el Estado intervenía activamente en busca de menores desequilibrios, y aunque en la academia seguía prevaleciendo la economía neoclásica, ésta también sería objeto de una dura crítica al publicarse, en 1936, la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, de John Maynard Keynes, sin mencionar la política del régimen nazi de Hitler, que se enfrentó a la depresión desde un Estado totalmente antidemocrático y aun represivo, y lanzando no sólo a Alemania sino al mundo a la más cruel y destructiva guerra de la historia.

Mas desde antes de que el conflicto bélico concluyera, los defensores de las posiciones más conservadoras reaparecieron también. En 1944, por ejemplo, Hayek publicó su *Road to Serfdom*, que en rigor era un manifiesto anticomunista, una defensa a ultranza del "libre mercado" y un anticipo del neoliberalismo, y entre 1945 y 1947, cuando en Estados Unidos se lanzó el llamado Plan Clayton, se expidió la antiobrera Ley Taft-Hartley y trató de crearse el

GATT; el rechazo a las políticas intervencionistas de corte rooseveltiano se generalizó sobre todo en círculos empresariales, y se expresó en dos principales formas: como retorno al viejo y decimonónico *laissez-faire* y como defensa de una nueva política de "libre mercado" muy favorable a las más poderosas empresas, y en la que éstas y el Estado impusieran el "libre comercio" bajo la hegemonía de Estados Unidos.

Simultáneamente, sin embargo, desde posiciones teórico-políticas diferentes, algunos autores hicieron ver que no sólo no era deseable tratar de restablecer el sistema de un mercado autorregulador, sino que él había sido el responsable de las crisis y los profundos desajustes que ahora se intentaba superar. Uno de esos autores fue el economista austriaco Karl Polanyi, quien en 1944 publicó *La Gran Transformación*, obra que empezó a circular más ampliamente a partir de su reedición, en 1957.

Polanyi abre su libro con planteamientos que rompen con la ortodoxia y la sabiduría convencional.

"La civilización del siglo XIX —afirma— se ha derrumbado." Esa civilización descansaba en cuatro instituciones: el sistema del equilibrio de poderes, el patrón oro internacional, el mercado autorregulador y el Estado liberal. El patrón oro demostró ser trascendental y su caída fue la causa mediata de la catástrofe, pero la fuente y matriz del sistema fue el mercado autorregulador. Pues bien, "nuestra tesis —añade— es que la idea del mercado autorregulador significaba una utopía total. Tal institución no podía existir durante un lapso apreciable sin destruir la sustancia humana y natural de la sociedad; hubiera destruido físicamente al hombre y transformado su medio ambiente en un desierto".[35]

Continúa Polanyi:

> El control del sistema económico por el mercado es de enorme importancia para toda la organización de la sociedad: significa ni más ni menos que regir a toda la sociedad como un anexo del mercado [...] El paso que transforma a mercados aislados en una economía mercantil, a los mercados regulados en un mercado autorregulador, es ciertamente vital.

> La visión de Robert Owen había sido cierta: si se dejaba a la economía mercantil desarrollarse conforme a sus propias leyes crearía males grandes y permanentes [...] El liberalismo económico fue el principio organizador de una sociedad dedicada a crear un sistema mercantil. Nacido como una simple inclinación hacia métodos no burocráticos, se transformó en una verdadera fe en la salvación secular del hombre por medio de un mercado autorregulador [...] hacia 1830 el liberalismo económico surgió como una pasión apostólica y el *laissez-faire* se convirtió en un credo militante [...] El librecambio internacional entrañaba un acto de fe no menor.
>
> No hubo nada natural en el *laissez-faire*; los mercados libres no hubieran podido surgir dejando simplemente que las cosas siguieran su curso [...] [diversas medidas protectoras] y el propio *laissez-faire* fue puesto en vigor por el Estado. El sistema mercantil y la intervención no son excluyentes [...] mientras ese sistema no se haya establecido, los liberales económicos deben pedir, y lo harán sin vacilar, la intervención del Estado, a fin de establecerlo, y una vez establecido, para mantenerlo.[36]

En un reciente artículo, la hija de Polanyi, Kari, recuerda que la tesis central de *La Gran Transformación* es que la utopía liberal de un mercado autorregulador sólo lleva al desastre, y que su padre sostenía que con anterioridad al capitalismo industrial los mercados nunca fueron más que accesorios de la vida económica; de ahí que la economía del capitalismo industrial moderno es "una excepción". Y una vez que el trabajo, la tierra y el dinero se convierten en mercancías la economía adquiere una existencia propia, bajo la acción de leyes también propias.

Polanyi explica que el orden económico liberal fue diseñado por los primeros economistas políticos ingleses e instituido por el poder del Estado, que creó los mercados laborales "libres" para forzar a los trabajadores a acatar las condiciones impuestas por los capitalistas, o morir de hambre.

Desde mediados de los años setenta, señala la autora, la economía internacional ha sido más inestable, el crecimiento económico más débil, las tasas reales de interés más altas, el desempleo, cróni-

co, la competencia más severa y la desigualdad en la distribución del ingreso dentro y entre los Estados, mucho mayor. Los tipos de cambio ya no se gobiernan por los flujos comerciales internacionales, sino por los movimientos de capital, incluyendo la especulación contra las monedas débiles y las fugas de capital desde las economías débiles. El reto de hoy consiste en que la sociedad reclama al Estado regular y contener los movimientos incontrolados de capital. Y ello sólo podrá lograrse cuando los intereses comunes de la sociedad prevalezcan sobre el interés individual y el móvil de lucro. Incluso será necesario que los movimientos sociales preparen a las fuerzas democráticas para enfrentarse al poder financiero.

La transformación que hoy presenciamos se desenvuelve a escala global. Sabemos que una era concluye, pero no está claro qué tan lejos debemos ir para precisar cuándo se inicia esa era en declinación, ¿hasta 1945, 1914 ó 1917, 1789 o el siglo XVI? Polanyi no tenía la respuesta, pero el largo periodo bélico de 1914 a 1945 lo llevó a pensar que la economía capitalista "de mercado" es una aberración del desarrollo humano.

Kari Polanyi Levitt, convencida de que es falso e inaceptable que no haya alternativas a la política neoliberal en boga, concluye que la obra de su padre advierte las consecuencias negativas de subordinar sociedades y culturas a la acumulación de capital a escala global, y subraya la urgente necesidad de imponer limitaciones a las fuerzas del mercado y de defender, proteger y restaurar la capacidad de las sociedades para determinar la forma de las instituciones económicas de acuerdo con la diversidad de prioridades sociales y culturales de los pueblos.[37]

Globalización y libre comercio

Los defensores del "libre comercio" aseguran que la remoción de las barreras al intercambio eleva la eficiencia y beneficia a todos. El argumento se utiliza una y otra vez para justificar acuerdos de libre comercio como el TLC y el GATT, y para condenar a los gobier-

nos que regulan el comercio. Lo cierto es que a medida que las grandes empresas devienen globales, los bienes y servicios se producen crecientemente en las "redes globales", o sea en el seno o al menos bajo el dominio de esas empresas. Y si la búsqueda de ventajas comparativas lleva la producción a donde esas ventajas son mayores, el resultado no es el beneficio de todos sino una perjudicial y empobrecedora "carrera hacia abajo".

Acuerdos como el TLC y el GATT, más que instrumentos para reducir las barreras al comercio, lo son para reducir barreras al movimiento del capital. O sea que la libertad para mover al capital es lo que se nos presenta como "libertad de comercio", sus defensores reclaman que, a escala mundial los gobiernos renuncien a toda acción que interfiera con la dinámica de maximización de utilidades del mercado.

Quienes así piensan alegan —y aun celebran— que la reducción de aranceles incrementa el comercio y acelera la declinación del Estado-nación y el surgimiento de una economía mundial a la que regula principalmente el mercado, y postulan que una economía global requiere una regulación (o gobernabilidad) también global. El libre comercio ha contribuido, escriben Brecher y Costello:

> a abrir la puerta de entrada a la carrera hacia abajo; a desmantelar las estructuras no mercantiles que podrían contrarrestar ese descenso; a debilitar esfuerzos para corregir la polarización entre ricos y pobres; a bendecir la erosión de los gobiernos democráticos, a legitimar instituciones globales como el FMI, el BM y el GATT como vehículos para hacer realidad el libre comercio, y a promover una economía sin control que explicablemente lleve a sus víctimas a un extremo nacionalismo como la única alternativa.[38]

Sin duda debe ser un error adoptar una política económica que enriquece a un país si elimina su fuerza de trabajo nacional y transfiere la producción al extranjero y que, en cambio, lo lleva a la quiebra si emplea a su propia gente.

El equilibrio comercial no sólo importa en un sentido monetario; un país está en desventaja si exporta empleos e importa de-

sempleo. En un sistema de libre comercio global los perdedores serán desde luego quienes se convierten en desempleados debido a que la producción se mueve hacia áreas de bajos salarios. Los ganadores serán aquellos que puedan beneficiarse gracias a una casi inagotable oferta de mano de obra muy barata. Lo que quiere decir que a menudo los pobres en los países ricos subsidian a los ricos en los países pobres.

Cuando se habla de países es necesario tener presente la dramática desigualdad que en ellos prevalece, y que por tanto es muy distinta la situación de la minoría que disfruta de todo y de la gran mayoría que carece de todo.

La crisis es la principal responsable del persistente y masivo desempleo. Pero también tienen responsabilidad la nueva tecnología, la reestructuración y la política económica neoliberal. La especialización y el libre comercio, en las condiciones actuales, llevan al desempleo, los bajos salarios y una cada vez mayor dependencia.

Desde la segunda mitad de los años sesenta, o sea cuando la actividad económica internacional comenzó a declinar, algunos países establecieron zonas de libre exportación en las que invitan al capital extranjero a disfrutar de condiciones muy favorables. Para 1986 ya había 116 zonas de este tipo, 48% de las cuales estaban en Latinoamérica y el Caribe, y 42% en Asia. Pues bien, al crear tales zonas los Estados que las abren renuncian en ellas a su soberanía. Y aun países industriales como Inglaterra, por cierto sin éxito, han optado por ofrecer mano de obra barata a los capitalistas extranjeros.

Hoy, el peso de las empresas trasnacionales en la economía mundial es enorme. En realidad lo que ha ocurrido es un masivo desplazamiento del poder, desde los Estados-naciones y los gobiernos democráticos a las manos de la empresa trasnacional (ETN) y los bancos. Actualmente son tales empresas las que realmente gobiernan la vida de la mayor parte de la gente en la Tierra; no obstante lo cual estas nuevas realidades son rara vez tomadas en cuenta en las estrategias de los movimientos por un cambio social democrático. Lo que quiere decir que "etiquetar" todo eso como "libre comercio" equivale a ocultar lo que en rigor es la "agenda corpo-

rativa", y a establecer estructuras y reglas globales que, además de ineficientes, son profundamente antidemocráticas.

Las palabras que siguen, de Carla Hills, representante de Estados Unidos en la negociación del TLC y del GATT, comprueban que no es el libre comercio sino los intereses del gran capital lo que está en juego. "Queremos que las grandes empresas —dice— puedan hacer inversiones en otros países sin que se les pida aceptar un socio nacional, exportar parte de su producción, usar materiales locales o someterse a una docena de otras restricciones."[39]

Si bien la desregulación puede a corto plazo estimular la competencia, su efecto a largo plazo es fortalecer el monopolio. Por ello la desregulación global, con la bandera del libre comercio está produciendo ya arreglos entre las grandes empresas que sugieren una nueva forma de "cartelización". Cuando una política sólo se interesa en maximizar la ganancia de las empresas privadas en el mercado, resulta del todo incapaz para considerar otras cuestiones, para tomar en cuenta y apoyarse en ciertos valores, y a la postre para resolver los problemas a los que se enfrenta.[40]

El libre comercio global se ha convertido en un principio sagrado de la teoría económica moderna, en una suerte de dogma moral. Y a medida que esa errónea teoría se aplique, empobrecerá y desestabilizará al mundo industrializado, además de arruinar al Tercer Mundo.

La creación de una cultura del consumidor globalizado es otro de los elementos clave de una nueva tiranía corporativa. Los préstamos de ajuste estructural se han convertido en instrumentos para la recolonización de muchos países subdesarrollados. Y la OMC se creó para servir de cuerpo de gobierno global a las grandes empresas trasnacionales, y tendrá facultades legislativas y judiciales así como mandato para eliminar las barreras —arancelarias y no arancelarias— a la competencia y la inversión internacionales, lo que puede significar que, desde un organismo internacional burocrático y no representativo, se anulen medidas y aun leyes nacionales que un Estado expida en ejercicio de su soberanía, para proteger legítimamente sus intereses. En tales condiciones, los sistemas globales

han sido usurpados por dichas corporaciones y por los bancos. ¿Cómo? De múltiples maneras:

— La globalización de los mercados financieros ha sido en verdad revolucionaria. En un país tras otro ha habido una desregulación masiva de las finanzas y de las fusiones entre bancos comerciales y de inversión. La tecnología de la información ha transformado la banca global, y hoy las transacciones diarias a escala mundial importan 2 billones de dólares, y los sistemas de transferencia electrónica hacen más de 150 mil operaciones internacionales en un solo día.

—En la medida en que la industria automotriz, electrónica, textil y del vestido han rebasado a sus países de origen y desplazado su producción y sus abastecimientos a zonas francas de exportación, ha surgido la "fábrica global" acompañada de una nueva división internacional del trabajo.

—La distribución de mercancías también se ha globalizado. En *Global Dreams*, el libro de Barnet y Cavanagh citado ya en este texto, se describe el supermercado global que está transformando la producción agrícola en el mundo, a la vez que limita la capacidad de las naciones para satisfacer la necesidad de alimentos de sus pueblos. Exporte o muera, es el mensaje; pero la realidad es: exporte y muera.

—Gigantescos consorcios que controlan cuantiosos recursos, como Exxon, Mitsubishi, Texas Gulf, Shell, Alcan y otros, han llevado sus operaciones a todas partes, amenazando el ambiente y aun destruyendo múltiples especies; no obstante lo único nuevo al respecto es la nueva atmósfera de desregulación en materia de protección ambiental.

—Las corporaciones trasnacionales están apoderándose también rápidamente del control de servicios básicos como el cuidado de la salud y la educación, para lo que utilizan las fusiones verticales y horizontales.

—Mientras la reglamentación gubernamental de las ETN se desmantela en todas partes, los derechos de monopolio de las trasnacionales sobre la información y la tecnología se protegen

ahora internacionalmente, a través del derecho de propiedad intelectual que el GATT y ahora la OMC reconocen.

—Mediante la comunicación vía satélite, las corporaciones globales del entretenimiento están operando a escala mundial, ejerciendo una enorme influencia sobre la juventud, y de múltiples maneras tratan de imponer los "valores" actuales de los países capitalistas industrializados.[41]

El "libre comercio" ha servido desde siempre a las empresas y los países económicamente más poderosos. Pero en años recientes se han utilizado nuevos instrumentos que cumplen mejor esa función. El GATT, desde su creación, contribuyó a reducir y aun a remover barreras arancelarias que, según sus defensores, estorbaban el intercambio comercial. Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo después del Tratado de Roma hacia fines de los años cincuenta, ganó terreno en Europa la idea de liberalizar el comercio y vincular tal política con un ambicioso proyecto de integración regional que culmina con la actual Unión Europea. En Latinoamérica, en cambio, desde principios de los años sesenta, al crearse la ALALC y el mercado común centroamericano, si bien se habló a menudo de la integración, en la práctica se dio mayor atención a la puesta en marcha de un acuerdo de libre comercio, que sin embargo se aplicó muy lenta y desigualmente y cuyos frutos no fueron los esperados.

En los años noventa el libre comercio tomó nuevos cauces en América y adquirió creciente importancia. Varios países se agrupan en el MERCOSUR, México se agrega a Estados Unidos y Canadá en el TLC. Estados Unidos lanza la iniciativa de un acuerdo de libre comercio de alcance continental y el GATT se convierte en la Organización Mundial de Comercio.

Procesos de liberalización comercial y, al menos en pequeña medida, de integración regional como el MERCOSUR, la Comunidad Andina, la ALADI y varios en que México ha participado con otros países latinoamericanos, tienen otra significación y alcance. En cambio, acuerdos como el TLC, el proyecto del ALCA y el que creó la

OMC constituyen mecanismos en los que prevalecen los intereses de poderosas empresas trasnacionales, o sea son en realidad expresión de lo que hoy suele llamarse "globalización corporativa".

¿Cuáles son algunas de las características de esos acuerdos? En primer lugar son parte de una política impuesta desde afuera, sobre todo por Estados Unidos, que agrava la dependencia de los países subdesarrollados. Son acuerdos que favorecen a las grandes empresas, con frecuencia extranjeras y aun trasnacionales, y colocan en desventaja y llevan a la quiebra a numerosas empresas nacionales pequeñas y medianas. Son compromisos de un alto rango legal que obligan, en particular a los países más débiles, a renunciar en la práctica a derechos fundamentales y a aceptar situaciones que los lesionan. Pese a su importancia son instrumentos que a menudo se aprueban al vapor —como en el llamado *fast track*—, bajo un presidencialismo autoritario, sin que los conozcan bien los propios legisladores que los sancionan; sin que se discutan seriamente y sin tomar en cuenta lo que piensan sobre ellos los productores, empresarios y trabajadores y, por tanto, son acuerdos antidemocráticos que, lejos de extender la prosperidad, acentúan la desigualdad y la polarización social. "La aprobación de estos acuerdos ha institucionalizado una situación económica y política global que coloca a cada gobierno en condición de virtual rehén, a disposición del sistema comercial y financiero global que manejan poderosas corporaciones."[42]

Pero volvamos al neoliberalismo.

La crisis económica global exhibió los límites del viejo enfoque keynesiano y abrió la puerta al neoliberalismo, una mezcla de fundamentalismo económico neoclásico, regulación por el mercado en lugar del Estado, redistribución de la economía en favor del capital (conocida como "economía del lado de la oferta"), autoritarismo moral con una familia idealizada como centro, adopción de los principios del libre comercio internacional (a veces aplicados en forma inconsistente) y total rechazo del sindicalismo.

La primera respuesta del capital a la crisis, aun después de la caída de la economía a mediados de los años setenta, fue más bien

centrista y de corte keynesiano, buscando un acuerdo de tipo corporativo entre gobierno, empresas y trabajadores; pero ante la ineficacia de tales medidas y la abierta oposición de las grandes empresas, como ocurrió en Francia en 1981 bajo el gobierno de Mitterand, la ideología neoliberal ganó terreno y, tras imponerse en Estados Unidos e Inglaterra, pronto se extendió a otros países apoyada por sonados triunfos electorales de la derecha, incluso en donde ésta había sido tradicionalmente débil.

Hacia mediados de los años noventa, en cambio, los gobiernos más conservadores dejaron ver que sus políticas tampoco resolvían los más graves problemas y que a menudo generaban mayor descontento que las previas, y de nuevo fuerzas políticas de centro y centro-izquierda triunfaron en varias elecciones, aunque los nuevos gobiernos no fueron ya "social-demócratas" ni abandonaron en lo fundamental las posiciones neoliberales, aceptando que el mercado, más que el Estado, debía ser el principal mecanismo regulador. Lo que hace comentar a Kim Moody que, para entonces el neoliberalismo no era simplemente el rival político del movimiento obrero; se había infiltrado en los partidos de masas, de los que la mayoría de los trabajadores dependió por décadas.

El ascenso del neoliberalismo no fue sólo un cambio ideológico, "los procesos gemelos de globalización y regionalización cambian tanto las reglas del juego como la correlación de fuerzas de clase". Todavía en los años ochenta, en la integración europea amplios grupos subrayaron la importancia de la "dimensión social" y reclamaron una "carta social" que incluso se aprobó en 1989. Pero la carta no se incluyó en el Tratado de Maastricht, de 1991. Lo central fue la "unión monetaria", a partir de una sustancial reducción de costos.

Todavía más, las fuerzas que han puesto a competir a los trabajadores entre sí, en todas partes, ahora cuentan con un nuevo instrumento más en su favor: la Organización Mundial del Comercio. Esto es así porque la Ronda Uruguay del GATT, en la que se aprobó la constitución de la OMC, es la primera que fue más allá de las tarifas comerciales, para incluir inversiones, comercio de servicios, derechos de propiedad intelectual, barreras no arancelarias. Por lo

que no es difícil anticipar que la OMC, junto con los acuerdos regionales de libre comercio, contribuirá a ejercer mayor presión para bajar costos y en particular para reducir costos laborales y salarios. Por ello no sorprende que al crearse la OMC, dos economistas del Banco Mundial comentaran: "Nos preocupa que la integración económica global del libre comercio favorezca a una minoría privilegiada a expensas de la mayoría en los países industriales y en desarrollo."[43]

NEOLIBERALISMO Y "PROGRAMAS DE AJUSTE ESTRUCTURAL"

A riesgo de repetir algo ya dicho, recordaremos qué posiciones han sido características de algunos de los principales organismos financieros internacionales.

Aunque en la práctica ello no fue así, desde un principio se pensó que el Banco Internacional de Reestructuración y Fomento, en lo que hace a los países subdesarrollados, contribuiría a financiar inversiones necesarias para su desarrollo. Pero la parcialidad de dicho banco fue manifiesta, también desde un principio, pues de un lado trató de beneficiar, más que a tales países, a los inversionistas extranjeros, y a menudo incluso apoyó, no obstante la oposición de la ONU, a regímenes militares como Portugal y la Sudáfrica del *apartheid*. Desde principios de los años setenta, McNamara, entonces presidente del banco, reconoció que los extremos de pobreza y privación de numerosos países eran ya inaceptables, sobre todo en las zonas rurales. Pero su política no contribuyó a mejorar las cosas. En los años setenta se incrementó el apoyo a gobiernos dictatoriales como los de Chile, Argentina, Uruguay, Filipinas y Rumania. Y el caso de Chile fue muy revelador pues mientras al gobierno democrático del doctor Allende se le regateó y aun negó ayuda, al régimen golpista y represivo de Pinochet se le apoyó ampliamente.

En 1980, el Banco Mundial concedió su primer "préstamo de ajuste estructural", que favoreció la promoción de exportaciones, la liberalización comercial, la privatización, la desregulación, la re-

ducción de salarios y los recortes al crédito y los presupuestos, todo lo cual, en vez de combatir eficazmente la pobreza resultó en una política neoliberal que contribuyó a extenderla y a agravar el deterioro ecológico.

Tan sólo entre 1984 y 1990 los países del Sur transfirieron a los del Norte recursos financieros por 155 mil millones de dólares. La masiva descapitalización que puso al borde del colapso a las economías de muchos de esos países, no fue sólo el resultado de pagar la deuda; fue el fruto de una "contrarrevolución económica global", puesta en marcha bajo el liderazgo del gobierno de Reagan.

En los años setenta los países del Tercer Mundo lograron ciertos avances en respuesta a sus justos reclamos, y en un momento dado pareció, inclusive, que empezaría a tomar cuerpo un nuevo orden económico internacional. Pero a la postre las cosas no fueron mejores. A principios de los ochenta los precios de las materias primas cayeron como no lo habían hecho desde la depresión de los treinta, y los préstamos del Banco Mundial, si bien se incrementaron, exigieron el sometimiento de los gobiernos prestatarios a una política que reclama una apertura comercial y financiera unilateral, retraimiento del Estado, fuerte e inmediata reducción arancelaria, facilidades a la inversión extranjera, eliminación de protección y de subsidios a las industrias locales, reducciones al gasto público para bienestar social, disminución de salarios, devaluación de la moneda y apoyo a la producción para exportar y no para el consumo interno. Según el BM, todo ello era necesario para lograr la "eficiencia". Para 1992 se habían otorgado 267 préstamos "de ajuste estructural", muchos de ellos coordinados con programas igualmente restrictivos, del FMI.

Tales programas fueron muy eficaces para asegurar el pago de la deuda externa, transferir recursos del Sur hacia el Norte y realizar ciertas "reformas" conservadoras, que de otro modo habrían sido muy difíciles y acaso imposibles. Esa política acentuó la desigualdad y la pobreza e hizo un daño ecológico enorme, pero "según los tecnócratas del BM, la devastación social que produjo era una 'amarga medicina' que los países del Sur debían ingerir para recuperar su salud económica".[44]

Los programas de "ajuste estructural" no impulsaron el desarrollo de los países en los que se aplicaron. Incluso en informes oficiales se admite que muchos de ellos no alcanzaron sus objetivos y aun fracasaron. Y lo más negativo es su impacto sobre la gente, pues han contribuido a deprimir salarios, a extender la pobreza, a profundizar la desigualdad, a incrementar el desempleo y, en resumen, a que millones de personas no puedan convertir en realidad su aspiración de vivir dignamente.

De la deuda y los programas de ajuste de los años ochenta, en los noventa se pasa a la plena adopción del "libre mercado". Desde el anuncio de Bush de la Empresa para las Américas, a mediados de 1990, se inicia el proceso que promueve el libre comercio hemisférico y el ALCA y se multiplican los Acuerdos de Libre Comercio, de los que el más importante es el TLC, suscrito por Estados Unidos, México y Canadá poco tiempo después. El ajuste estructural va más allá de la mera imposición de un conjunto de políticas macroeconómicas. Representa un proyecto político, una estrategia conciente de transformación social en dos niveles: el global y el doméstico. Globalmente pretende impedir la unidad de los países del Sur y aislar a las economías nacionales. En cuanto a lo interno el ajuste representa un asalto económico a los niveles de vida de los pobres y un asalto político a las bases organizadas de resistencia popular a la austeridad. Ésta es la esencia de las políticas neoliberales.

En el intento de apoyar el "libre comercio" coinciden los grupos dominantes de EU, las élites del Sur y las empresas trasnacionales. Ellos convienen en que para atraer la inversión extranjera es preciso abrir el mercado de Estados Unidos a otros países y que a eso contribuyen los acuerdos de libre comercio, con lo que, además, se reforzará la posición competitiva de los países americanos frente a Europa y Japón, o sea que la Agenda del Libre Comercio es una estrategia que se desenvuelve en varios niveles y que vincula los esfuerzos locales, nacionales, regionales y globales.[45] Mas lo cierto es que ni la deuda ni el ajuste estructural ni la apertura y las políticas de libre comercio son capaces de resolver los más graves problemas de los países subdesarrollados.

Es tanto lo que recientemente se ha escrito sobre estos temas y en particular sobre las políticas neoliberales en el seno de la globalización, que podríamos extendernos y rebasar lo que es aconsejable y aun posible en un libro como éste. Nos limitaremos, por tanto, a recoger sólo algunas opiniones más.

Los profundos principios ideológicos que subyacen a la economía global, como señala Mander, no son tan nuevos. En realidad son aquellos que nos han traído al *impasse* social, económico y ambiental en que nos encontramos, principios que incluyen la primacía del crecimiento económico y la necesidad del libre comercio para estimularlo, un mercado libre irrestricto, ausencia de regulación gubernamental y un consumismo voraz que se combina con la defensa de un modelo de desarrollo mundial uniforme que refleja la visión corporativa de Occidente y sirve a los intereses de las grandes empresas.

El intento de aplicar de hecho la misma política en todas partes lleva a una "monocultura", a una "homogenización global de la cultura". Todo lo cual equivale, según Edward Goldsmith, a una nueva clase de colonialismo corporativo, que bajo la bandera ideológica del "libre mercado" y el "libre comercio", lejos de asegurar la prosperidad para todos determina una creciente desigualdad social que hace más pobres a los pobres y más ricos a los ricos. De ahí que perdedores —los más— y ganadores —muy pocos— son casi siempre los mismos.

Sorprende en verdad, como señala a su vez James Goldsmith, ver a una civilización destruirse a sí misma porque es incapaz de reexaminar la validez, bajo condiciones totalmente nuevas, de una determinada ideología económica. Pero la opinión dominante repite que la globalización y el "libre comercio" traerán consigo el incremento del PIB y el bienestar. El PIB es todo lo que importa. Y el desarrollo es el camino. Quienes se interesan en preservar la naturaleza son vistos con desconfianza y marginados. Su comportamiento no es benéfico según los patrones económicos corrientes. Y la globalización y las políticas neoliberales son, aparte de perjudi-

ciales para la mayoría, concentradoras de la riqueza y profundamente antidemocráticas.

A propósito de problemas, el que las empresas trasnacionales, que juegan un papel central en el proceso de globalización y en la aplicación de las políticas en boga, actúen en respuesta a intereses fundamentalmente mercantiles complica las cosas, acentúa la dependencia de los países subdesarrollados y los coloca en una posición extremadamente débil. Las transnacionales imponen sus patrones en todos los campos, desde las más diversas actividades culturales a la tecnología, la organización, el comercio, el consumo, la inversión y el financiamiento, sin importarles el impacto negativo de tales patrones sobre el uso de los recursos, el ambiente, la identidad y la vida comunitaria. Con frecuencia incluso emplean tecnologías y métodos riesgosos —como ocurre por ejemplo con los insecticidas— la deforestación, múltiples procesos industriales y ciertas inversiones de alta intensidad de capital que contribuyen a contaminar el suelo, el agua y el aire, y a mermar y aun destruir recursos fundamentales como los bosques tropicales y otros. Y, lejos de que la inversión extranjera entrañe un flujo de fondos que enriquezca a los países pobres, en realidad éstos suelen ser los que financian a los más ricos.

La dependencia no es, desde luego, un nuevo problema; pero a partir de la Ronda Uruguay del GATT se profundiza y vuelve más grave, pues lo que antes se limitaba al comercio de bienes ahora incluye múltiples servicios, entre los que destacan la banca, los seguros, la información y comunicación, y algunos importantes servicios profesionales, que van desde la abogacía y la medicina hasta el turismo, la contabilidad y la publicidad.[46]

La influencia de esos patrones y prácticas se hace sentir en otros campos. Los valores culturales propios de los países en los que se opera se menosprecian e ignoran. Y en vez de cobrar conciencia de la diversidad cultural y promoverla, se trata de imponer patrones educativos y culturales uniformes, ajenos y supuestamente de valor universal, que limitan y en realidad empobrecen la educación, subestiman su importancia social y pública y tienden a privatizarla

como si fuera un negocio comercial más. Los nuevos y extraordinarios medios de comunicación contribuyen a la homogenización cultural, y la idea de que la biodiversidad cultural "es un recurso global inapreciable" apenas empieza a abrirse paso sobre todo en ciertos círculos de artistas e intelectuales.[47]

En términos generales, la contaminación del medio natural es cada vez mayor debido a venenos químicos y radiactivos, y nuestro ambiente atmosférico es cada vez menos capaz de absorber los diversos y perjudiciales gases generados por múltiples actividades. O sea que el desarrollo mismo dada la forma irracional en que se realiza es por si sólo altamente destructivo del ambiente, como lo prueban, entre otros los casos de Corea del Sur y Taiwan.

La globalización y el libre comercio agravan el deterioro ecológico al extender los procesos destructivos que acompañan a la producción y el consumismo propio de los países capitalistas más desarrollados. El uso creciente del automóvil y la decisión de quienes lo fabrican de introducirlo masivamente en países que hasta ahora lo emplean relativamente poco traerían consigo emisiones extraordinarias de dióxido de carbono que llevarían a un rápido y peligroso aumento del calentamiento global. La sola idea de buscar la especialización y tender a exportar cada vez más productos agropecuarios, forestales, pesqueros y otros, empobrece suelos, bosques y agua.

En resumen, el neoliberalismo no amplía ni enriquece al ámbito de la libertad. Antes al contrario lo limita, empobrece y vuelve cada vez más desigual. O en todo caso restringe las libertades de los trabajadores y los pueblos, y da a poderosas minorías condiciones realmente privilegiadas. El neoliberalismo, no a partir del mercado y el "libre comercio" sino del monopolio y el oligopolio, de una concentración de la riqueza y el ingreso sin precedentes, de la influencia de los países más fuertes, y en particular de las ideas e intereses dominantes en Estados Unidos, y de decisiones con frecuencia gubernamentales autoritarias y antidemocráticas, extiende dramáticamente la pobreza y priva a millones de seres humanos de la posibilidad de una vida digna.

Como bien dice el comandante Fidel Castro: el neoliberalismo es una ofensiva contra todas las conquistas que aun dentro del capitalismo habían logrado las masas, la clase obrera, los trabajadores. Y añade que no es posible resignarse a un orden mundial que encarna en su grado más alto los principios y objetivos de un sistema que durante siglos nos colonizó, esclavizó y saqueó a todos.

> Tenemos que acostumbrarnos a comprender que ningún país solo puede resolver sus problemas. No habrá ya, en este mundo de ahora, soluciones para ningún país sin soluciones para el mundo [...] Ningún pueblo por grande y rico que sea puede resolver por sí mismo y por sí solo sus problemas [...]
>
> El sistema actual es insostenible, porque se sustenta sobre leyes ciegas, caóticas, ruinosas y destructivas de la sociedad y la naturaleza. Es hipócrita afirmar que la libertad del hombre y la absoluta libertad del mercado son conceptos inseparables, como si las leyes de éste, que han originado los sistemas sociales más egoístas, desiguales y despiadados que ha conocido el hombre, fuesen compatibles con la libertad del ser humano, al que el sistema convierte en una simple mercancía.[48]

Las críticas al neoliberalismo se multiplican.

En el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo convocado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y realizado en Chiapas, en julio de 1996, se dijo:

> El neoliberalismo es una estrategia de la producción y de la vida social... un momento histórico del desarrollo capitalista que se conforma como respuesta integral a las contradicciones del proceso de acumulación de capital y de la lucha de clases. En esta medida, neoliberalismo y capitalismo no pueden ser disociados y una lucha contra el primero implica necesariamente una lucha contra el propio capitalismo como sistema de explotación y dominación social. El neoliberalismo es sólo la cara actual del capitalismo.
>
> El neoliberalismo subordina todas las relaciones sociales a la lógica del mercado, haciéndolo aparecer como la forma natural de la or-

> ganización social y convirtiéndolo así en arma ideológica contra la esperanza...
>
> El neoliberalismo privilegia la dinámica de la competencia que supone por definición que para ganar es necesario que el otro pierda: una negación de todo lo concordante que no pueda ser apropiado, incorporado o sometido [...] En la esencia del neoliberalismo está la conversión de todo y de todos en meros objetos de intercambio. Poder del dinero y despersonalización de las relaciones humanas van de la mano. Para reproducirse, el nuevo poder global atomiza, fragmenta y aísla [...] El poder del capital ha entrado en una nueva fase de mundialización que atraviesa las fronteras nacionales. Para enfrentar este poder global se requieren formas de conexión y de resistencia también internacionales.[49]

Porque este mundo que tenemos ahora —dijo el comandante David del EZLN al dar la bienvenida a los participantes— es un mundo donde entre hermanos estamos obligados a matar o a morir; el sistema social que hoy vivimos; es un sistema injusto, un sistema de muerte y no de vida, porque es de opresión y explotación. Nosotros los pueblos indígenas llevamos más de quinientos años de humillación, sometimiento, despojo de nuestra riqueza, de esclavitud y de muerte. Los que siempre han malgobernado nuestros pueblos han querido borrarnos de la historia, han negado nuestra existencia; los que se creen señores y dueños de todo, o sea los poderosos, nos han condenado a vivir y a morir en la marginación y en el olvido, han tratado de destruir nuestra fe y nuestra cultura, han querido destruir nuestra vida y nuestras raíces como indígenas.

Y en su intervención, en el mismo encuentro, el subcomandante Marcos expresó que:

> el orgullo de haber participado en una reunión que se planteó seriamente el problema de construir un mundo en donde quepan todos los mundos. Ésa es la política que nosotros —dijo— creemos que vale la pena construir; es una política que basa sus valores fundamentales en la inclusión y la tolerancia, y que, en última instancia, pueda ser construida en

> cualquier lugar del mundo, siempre y cuando no sea sobre la humillación de alguien. Si no, creemos sinceramente que no vamos a hacer más que repetir el mismo y viejo cansado girar de la rueda de la historia que vaya al mismo punto donde comenzamos.

Finalmente recogeré algunas ideas de Noam Chomsky, lúcido crítico del neoliberalismo, así como de Robert McChesney, autor de la introducción a uno de sus últimos libros. Para los neoliberales —escribe este último—, porque ganar dinero es la esencia de la democracia, un gobierno que adopta políticas contra el mercado es antidemocrático; cuando lo cierto es que el neoliberalismo es el enemigo principal y más inmediato de una genuina democracia participativa, y que lo que algunos suponen expresión de la "democracia" y el "libre comercio" es, en realidad, "resultado de la acción de poderosos gobiernos, especialmente el de Estados Unidos", que imponen a otros pueblos "acuerdos comerciales para favorecer a las grandes compañías y a los ricos".[50]

El neoliberalismo se resume, en cierto modo, en el llamado "Consenso de Washington", es decir en un conjunto de principios neoliberales diseñados por el gobierno de Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales que en gran parte ese gobierno domina, y que se llevan a la práctica de diversas maneras en las sociedades más vulnerables. Los "principales arquitectos" del consenso neoliberal son los dueños de la economía privada, principalmente las gigantescas empresas que controlan gran parte de la economía internacional y tienen los medios para dominar la instrumentación de una política y la estructuración del pensamiento y la opinión. Durante el gobierno de Reagan, en Estados Unidos se transfirieron enormes fondos públicos a las grandes empresas privadas, a menudo pretextando que tales transferencias eran medidas de "seguridad" nacional.

El economista Paul Krugman, a quien Chomsky hace referencia, considera que algunas de las ideas en que se basa el Consenso de Washington son éstas:

1) El conocimiento del desarrollo económico es muy limitado, por lo que él recomienda ser "humilde" y "cauteloso" en la conformación de una política, y no hacer generalizaciones.
2) La base doctrinal de la política neoliberal consiste casi siempre en conclusiones endebles y poco fundadas.
3) La "sabiduría convencional" es inestable y va a menudo de un lado a otro.
4) Las políticas económicas neoliberales no responden a sus "metas declaradas" y se basan en ideas erróneas.
5) Tales ideas erróneas florecen porque sirven a grupos muy poderosos.

La aplicación de las políticas neoliberales ha contribuido, sin duda, a elevar las ganancias de las más fuertes empresas, aunque éstas no dejan de tener problemas; y también ha generado, sobre todo en los países subdesarrollados, una mayor y más dramática desigualdad social. Contra lo que algunos piensan, sin embargo, Japón y los "nuevos países industrializados de Asia", y durante varias décadas los países escandinavos y otros de Europa, con gobiernos socialdemocráticos, rechazaron las políticas neoliberales y crecieron y fortalecieron sus economías a partir de altas tasas de inversión, el adiestramiento de la fuerza de trabajo y una estrecha intervención estatal.

En opinión de Chomsky, la doctrina neoliberal o de "libre comercio" tiene variantes. Una es la que se impone a los países más indefensos. La otra, que podría denominarse "doctrina realmente existente del libre comercio", en realidad reinó desde el siglo XVII y podría resumirse en estas palabras: "la disciplina del mercado es buena para ti, no para mí". Bajo el neoliberalismo, además, se repite una y otra vez que el Estado debe permanecer al margen y no intervenir en la economía. Mas lo cierto es que lo hace y que no pocas empresas de las más grandes dependen de su apoyo.

Gracias a los acuerdos de libre comercio y otros, Estados Unidos ha incrementado sus exportaciones, según Chomsky, no tanto

de bienes y servicios como de "los valores del libre mercado", o sea, lo que hoy es la ideología neoliberal.[51]

A partir de la constitución de la OMC, Estados Unidos se refuerza. Lo que para nuestro autor significa:

1) contar con un "nuevo instrumento" que le permita intervenir en los asuntos internos de otros;
2) apoderarse de sectores cruciales de economías extranjeras, a través de corporaciones que tengan su base en Estados Unidos;
3) que se beneficien los sectores de negocios y los ricos;
4) que se descarguen los costos sobre la población en general, y
5) que se disponga de nuevas y poderosas armas contra la amenaza de la democracia.

El antiestatismo de los neoliberales es más de palabra que de hecho, y la relación de los países más fuertes con los subdesarrollados es muy desventajosa para éstos debido, entre otras cosas, al proteccionismo de aquéllos. Según un informe de la ONU, de 1994: "los países industriales, al violar los programas de libre comercio, impusieron a los países en desarrollo un costo de 50 mil millones de dólares por año, lo que contribuyó a acentuar la desigualdad entre ricos y pobres e hizo temer que la globalización "traería consigo una todavía mayor desigualdad". Todo ello revela que Estados Unidos, en donde a menudo se reclama apegarse a la ley, en realidad recurre a la ley de la fuerza y no pocas veces incluso la ley de la selva.

Chomsky piensa que la corporativización de Estados Unidos en el último siglo fue un ataque a la democracia y a los propios mercados. Los acuerdos de libre comercio, en particular, sobre todo cuando el congreso norteamericano ha permitido al presidente recurrir al llamado *fast track* transfieren la toma de decisiones importantes a firmas privadas que operan en secreto y sin supervisión o control público. Y las cosas se agravan con el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), del que en realidad poco se sabe y que empezó a negociarse en la OCDE en abril de 1995. Inicialmente se pensó que dicho acuerdo se aprobaría a mediados de 1997 y, después en 1998,

con el entusiasta y pleno apoyo del sector empresarial. Pero las reservas y oposición de Australia, India, Malasia, e incluso Canadá, Francia y otros países obligaron a aplazar la aprobación y a proceder con cautela.

En el propio Estados Unidos, 25 miembros de la Cámara de Representantes se dirigieron al presidente Clinton, planteándole tres preguntas:

1) si el gobierno reconoce que no puede negociar complicados acuerdos miltisectoriales o multinacionales sin la autoridad del *fast track*, ¿cómo es que el intrincado texto del AMI está casi concluido, pese a que entraña significativas limitaciones a las leyes y la política norteamericana sobre inversiones?
2) ¿por qué este acuerdo ha estado en proceso de negociación desde mayo de 1995, sin consulta o intervención alguna del Congreso, no obstante que éste es la única autoridad constitucional para regular el comercio internacional?, y
3) el acuerdo permite que una corporación o inversionista extranjero pueda demandar al gobierno de Estados Unidos por daños. ¿Por qué se cede soberanía y se acepta una posible responsabilidad por daños, a partir de un lenguaje tan vago?

La carta de los representantes a Clinton concluía diciendo: "dada la enorme dimensión de las limitaciones del AMI, esperamos ansiosamente su respuesta a nuestras preguntas". A la postre no hubo tal respuesta, y si el Congreso careció de información, la gente supo todavía menos —o nada— de dicho Acuerdo, no obstante que varias publicaciones —*Christian Science Monitor*, *New Republic*, *Washington Post* y otras— hicieron ver que el acuerdo suscitaba dudas y críticas, principalmente por mantener su negociación en secreto, por no incluir cuestiones laborales y ambientales y por limitar la democracia y los derechos de los ciudadanos, al transferir la toma de decisiones a entidades privadas internas e internacionales, al margen de toda regulación, y por dar incluso a corporaciones e inversionistas extranjeros amplios poderes para mover libremente sus capitales e

incluso para demandar a los gobiernos, sin que, en cambio, éstos y los ciudadanos pudieran demandar a los inversionistas.

El que el AMI no se haya aprobado hasta ahora no quiere decir que lo hecho carezca de importancia. Las conservadoras ideas que lo orientan siguen presentes, y la OMC y otras organizaciones internacionales pueden, en un momento dado, hacerlas suyas y aun convertirlas en guías de sus políticas sobre inversiones internacionales.[52]

Globalización y capitalismo

PRIMERA PARTE

Una relación más compleja y profunda, sin la cual a mi juicio no podría hoy comprenderse cabalmente lo que son tanto la globalización como el capitalismo de nuestros días, es la que se da entre esos dos fenómenos. Lo cierto, sin embargo, es que algunos autores no reparan en ella y aun ignoran en particular al capitalismo.

Pues bien, en el presente capítulo, que considero central, me ocuparé en particular de los cambios que sufre el capitalismo bajo la actual globalización. Pero como el material con el que trabajo es bastante extenso, dividiré el capítulo en dos partes: la primera está dedicada a examinar la posición de autores de países altamente industrializados, y en la segunda, repararé en lo que se piensa sobre el tema en países subdesarrollados.

PROSPERIDAD Y POSTCAPITALISMO

En sus conocidos *best sellers*, John Naisbitt, por ejemplo, ni siquiera menciona al capitalismo. "La revolución de las telecomunicaciones —escribe— es la fuerza impulsora que está creando la economía mundial, y a la vez haciendo a sus partes más pequeñas y más poderosas [...] El poder, la actividad y los recursos se están moviendo del centro a la periferia. Lo pequeño florecerá en este nuevo ambiente."[1]

En un libro previo concluye que: "en los umbrales del milenio, [...] poseemos las herramientas y la capacidad para construir la utopía aquí y ahora [...] El auge del mundo desarrollado —agrega— será el cimiento para una evolución superior y para la prosperidad global".[2]

Naisbitt piensa que: "estamos empezando a abandonar las jerarquías [...] Las estamos sustituyendo por un modelo de organización y comunicación de redes, que tiene sus raíces en la formación natural, igualitaria y espontánea de grupos de gentes que piensan de manera análoga".[3]

Un autor al que ya hicimos referencia y cuya posición es de las más radicales, porque sostiene que el capitalismo ha sido incluso rebasado y no es ya el sistema social dominante, es Peter Drucker, quien señala:

> En lo interno —dice—, los países desarrollados se están convirtiendo rápidamente en sociedades pluralistas compuestas por organizaciones. En lo externo, algunas funciones gubernamentales se están haciendo trasnacionales, otras regionales (Comunidad Europea) y otras se están tribalizando.
>
> El Estado-nación no se va a marchitar hasta desaparecer [...] pero ya no será indispensable [...] El Estado postcapitalista es un periodo de transición.
>
> [Después de la Segunda Guerra Mundial] la revolución de la productividad acabó [...] con la guerra de clases y con el comunismo [...] El conocimiento se está convirtiendo actualmente en el único factor de la producción, y ha puesto a un lado tanto al capital como al trabajo.
>
> Nunca antes había habido tan enormes concentraciones de dinero como las que tienen hoy en los países desarrollados los inversionistas institucionales, principalmente las cajas de pensiones. [Éstas] son un fenómeno curioso y hasta paradójico. Son 'inversionistas' que controlan grandes concentraciones de capital y de inversión. Pero ni los administradores ni sus propietarios son capitalistas. Éste es un capitalismo sin capitalistas.[4]

Drucker indica que estamos pasando del Estado-nación al megaestado, y éste ha llegado a un callejón sin salida, pero infortunadamente no hay modo de volver al Estado-nación, como quisieran hacernos creer los neoconservadores o los economistas de la escuela austriaca, pues están surgiendo nuevas fuerzas que socavan al Estado-nación.

PERO, ¿CUÁLES CAMBIOS?

A 180 grados de las posiciones de Drucker, que incluso considera que ya no hay capitalismo, está la de quienes, a la inversa, piensan que los cambios de que tanto se habla son irreales, y a veces más de palabra que de hecho. Esas personas niegan significación a tales cambios y con frecuencia sólo reparan en sus efectos desfavorables, y ven el proceso de transformación de manera parcial, estática y sin perspectiva histórica.

Desde luego es necesario advertir los efectos negativos y perjudiciales de la transformación en proceso; pero ello no debiera impedir que examinemos la naturaleza y alcance de los cambios con objetividad y de manera rigurosa. Noam Chomsky señala dos consecuencias importantes de la globalización: 1) que extiende el modelo del Tercer Mundo a los países industriales, o sea una dramática desigualdad entre los ricos y privilegiados y los pobres y aun miserables, y 2) que altera las estructuras de gobierno; y crea una nueva era imperial con un gobierno mundial *de facto*, y una estructura de toma de decisiones que responde básicamente a las corporaciones trasnacionales y a los bancos internacionales, que representa un duro golpe contra la democracia.

"La receta para nuestros grandes problemas —añade— es más de lo mismo: 'déjalo al mercado'. La interminable palabrería sobre el libre mercado se vuelve casi un mito. Él resolverá todos los problemas. O ¿hay alternativas?" Y hablar hoy de mercado libre "es punto menos que cómico".[5]

Entre quienes piensan —como Nick Beams— que la globalización no ha traído consigo cambios importantes en el capitalismo, se dice a menudo que los trabajadores no necesitan reorientar sus estrategias. Las viejas políticas frente al Estado nacional siguen siendo válidas; lo que se requiere es sólo la voluntad para ponerlas en práctica.[6]

Cuando se recuerdan tales posiciones, se crítica a autores como los ingleses Hirst y Thompson, que consideran que la internacionalización lograda a principios del siglo XX fue comparable y en algún aspecto incluso mayor que la actual. Lo que estas opiniones pretenden es que las posiciones reformistas del movimiento sindical siguen también siendo válidas, y que lejos de requerir acciones revolucionarias de alcance internacional, los trabajadores pueden hacer valer sus más justas demandas —y aun lograr su plena emancipación— en el plano nacional, dentro de cada país y bajo la influencia del Estado-nación. Lo que revela que desconocen o rechazan la proyección internacional del capitalismo, su tendencia a la globalización, y la necesidad de que los trabajadores hagan frente a tal situación internacional con sus propias luchas.

Quienes sostienen que la globalización es un fenómeno cuya importancia se exagera reconocen que si bien hay cambios, éstos son menores, secundarios e incapaces de alterar lo que sigue siendo, en lo fundamental, igual que antes.

Hirst y Thompson rechazan la idea de que una parte cada vez mayor de la vida social esté hoy determinada por procesos globales, y llegan a la conclusión de que la globalización absoluta es en gran medida un mito. Piensan así porque no hay un modelo comúnmente aceptado de una nueva economía global, que difiera de formas previas de economía internacional; porque en ausencia de ese modelo se tiende a citar aspectos de la internacionalización de sectores y procesos, como si ello demostrara el crecimiento de fuerzas de mercado autónomas y globales, y por falta de profundidad histórica se tiende a ver los cambios actuales como únicos, sin precedente y que han de persistir en el futuro.[7]

Estos autores consideran que "si bien la economía internacional ha cambiado radicalmente en estructura y formas de gobernabilidad", ello no justifica las más radicales o extremas versiones de la globalización.[8] Antes al contrario tales cambios refuerzan la convicción de que, lejos de que la regulación de los mercados, en particular financieros, sea innecesaria o inviable, ahora es cuando hay que realizarla incluso de mejores y más eficaces maneras.

LIBRE MERCADO, CONCENTRACIÓN DE LA RIQUEZA Y CAPITALISMO

Muchos —como ya vimos— atribuyen grandes virtudes al mercado y nos anuncian un "nuevo orden mundial", en el que la libertad se extenderá por todas partes. Pero lo que el "libre mercado" significa en realidad es mayor concentración de la riqueza en poder de una minoría, debilitamiento, postergación y aun abandono de la política social, y regímenes de "austeridad" que privan a los trabajadores de ingresos conquistados tras largas y duras luchas. Aun en países en los que el nivel de desempleo no es tan alto, faltan fuentes de trabajo y la mayor parte de los empleos es inestable, de tiempo parcial, mal retribuido y objeto de una subcontratación que entraña mayor explotación para los trabajadores y mayor libertad y menores costos laborales para las grandes empresas. Dentro de ciertos países y a escala internacional el trabajo migratorio barato cobra creciente importancia, y ya no sólo consiste en ocupaciones poco o nada calificadas, sino que incluye múltiples actividades, antes mejor remuneradas, y que ahora las desempeñan con frecuencia trabajadores de otros países o minorías nacionales que carecen de prestaciones y de organización que les permitan obtener mejores condiciones.

Según la ONU, "entre 1960 y 1990, Estados Unidos y Canadá recibieron más de un millón de profesionistas y técnicos de países subdesarrollados, países que requirieron una inversión de alrededor de 20 mil dólares por cada emigrante capacitado. Entre 1960 y

1969, 45.7% de los inmigrantes de esos países a Estados Unidos se registró como calificado, y entre 1980 y 1989, la proporción aumentó a 75.1%".[9]

Es indudable que los mercados de trabajo no son hoy lo que fueron en la etapa de prosperidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Entonces, las condiciones de los trabajadores eran mejores pues hubo un rápido crecimiento de la economía y más altos niveles de empleo y de salarios, el capital continuó expandiéndose internacionalmente y el cambio tecnológico siguió reemplazando y descalificando fuerza de trabajo, pero los efectos negativos de tal situación quedaron ocultos debido al vigor del auge. El estancamiento de los últimos 25 años generó un feroz ataque de las grandes empresas a los trabajadores, y la derrota de éstos (en Estados Unidos) se vio acompañada por una severa competencia del capital de Europa y Japón, el cierre de numerosas plantas y una considerable fuga de capital. Y el resultante desempleo creció con rapidez debido a la "revolución electrónica".

Los dos mayores partidos políticos de Estados Unidos han hecho suyo un ideal neoliberal: lo más importante es servir al capital. El movimiento de éste a través del globo en busca de ganancias es un orden natural. El capitalismo —como diría Gramsci— es un sistema hegemónico enajenante, que hace pensar que la única relación que importa es la que tenemos con las cosas que compramos, con el mercado y sus exigencias.

Hoy no solamente numerosos trabajadores, también casi todos los intelectuales, a los que con frecuencia satisface teorizar sobre cuestiones académicas entre ellos, aceptan al capitalismo como inevitable y básicamente bueno. A cambio de ello se les recompensa con algún puesto, en tanto que a quienes critican al sistema se les aísla y margina.

El intento del capital de imponerse a todo encuentra resistencias, y concretamente fuerzas que se oponen a su dominación. Michael Yates considera que entre ellas están las que siguen:

1) la nueva tecnología y la reestructuración organizativa vuelven ciertos aspectos del capital vulnerables;

2) la "flexibilidad del capital se exagera con frecuencia. Muchos de los empleos en el [...] sector de servicios no son exportables";
3) el fin de la guerra fría puede abrir un nuevo espacio para la solidaridad internacional y para que cobren fuerza elementos radicales en el movimiento obrero;
4) hay una profunda inconformidad debido al desempleo, la pobreza y la gran desigualdad que caracterizan a este periodo. Y el movimiento obrero debe prepararse incluso para hacer frente al capital al nivel de las emociones e interesarse en todos los problemas que afectan a la gente, desde la familia a la escuela, el centro de trabajo y la cultura.

Las transformaciones sociales se realizan de abajo hacia arriba. Ahora es tiempo de actuar.[10]

Según Dave Broad, profesor canadiense, algunos suponen a la globalización como algo semejante a la ley de la gravedad, que simplemente es preciso aceptar. La globalización se inicia hace unos quinientos años, con los descubrimientos y el surgimiento de la economía capitalista. En sus orígenes produjo una economía mundial y una estructura política, a través de las cuales los intereses empresariales se beneficiaron de la explotación del trabajo en áreas periféricas; esa relación continuó bajo el neocolonialismo posterior a la independencia formal (del mundo colonial).

Y ¿qué es lo nuevo en la fase actual de la globalización? En opinión de Broad, antes citado, lo principal es que el proceso se "profundiza", en vez de que haya un cambio cualitativo en la estructura económica global, pues la economía mundial sigue caracterizándose por relaciones de dominación y explotación centro-periferia. Aun así, la "profundización" de las relaciones de producción capitalistas globales ha traído consigo cambios significativos. Entre ellos: una nueva división internacional del trabajo, a partir de los años setenta, que libra a algunos países del tercer mundo de la necesidad de producir materias primas e importar bienes manufacturados del primer mundo; avances tecnológicos que amplían el alcance global de los procesos de producción capitalistas, que revolucionan las comuni-

caciones y los transportes y permiten fragmentar los procesos productivos y aun trasladar tecnologías sofisticadas a países subdesarrollados, como ha ocurrido por ejemplo en la industria automotriz y otras.

A partir de mediados de los años setenta la economía mundial se debilitó, y sin guerra mundial como la segunda ni un largo periodo de auge con base en enormes gastos militares, para impulsar la economía y hacer frente a una cada vez más severa competencia se recurre a la "reestructuración corporativa", que fundamentalmente consiste en reducir costos y restablecer el control de la fuerza laboral, o sea devolver la "flexibilidad" al mercado de trabajo.[11]

"En resumen, esta globalización a la que se alude como algo nuevo es en realidad el capitalismo en plenitud (*coming to full fruition*). La llamada 'reestructuración' es el capitalismo mostrando su verdadera cara". Y la privatización y la desregulación exhiben el resurgimiento de una tendencia capitalista desde sus orígenes: "la mercantilización de todo".[12]

Según el profesor Scott R. Bowman, el poder corporativo transformó el mercado competitivo en oligopolista y contribuyó a que la cooperación se impusiera a la rivalidad. Los directorios cruzados, para este autor, facilitan una comunidad de intereses entre la élite del mundo corporativo, que suplanta al *ethos* competitivo y dividido socialmente de una etapa anterior del capitalismo.[13]

Las grandes empresas norteamericanas surgieron en cierto modo de la ola de fusiones de principios del siglo XX, las que además transformaron la estructura de la economía de Estados Unidos. Las leyes anti-*trust* pretendieron limitar la acción de los monopolios, pero a la vez contribuyeron a legitimar y consolidar el oligopolio, al que las fusiones y adquisiciones, sobre todo desde 1980, dieron gran impulso y capacitaron para competir en mercados globales.

Tras esos cambios, "el capitalismo es todavía capitalismo. Pero la naturaleza, organización y métodos de la dominación capitalista han sido alterados, ampliados y refinados hasta el punto de convertir en inútiles las concepciones de la clase dominante del capitalismo industrial competitivo".[14] Debido a todo ello el poder del mono-

polio se ha reducido en general, y el control oligopolístico de los mercados tipifica la forma (actual) de operar en los negocios, ya que, en realidad, "en vez de una compañía controladora mundial hay un puñado de gigantes trasnacionales en la mayor parte de las principales industrias así como en el reino de las finanzas".[15]

Desde principios del siglo las grandes empresas norteamericanas invirtieron en otros países. Todavía en 1950, sin embargo, su inversión directa en el extranjero era tan sólo de 11 800 millones de dólares, en tanto que en 1971 era ya de 86 mil millones, de 119 mil apenas tres años después y de 244 mil millones en 1984. Lo que para el autor revela que las grandes empresas de Estados Unidos son ya empresas "globales" que operan en mercados "globales".[16]

"Yo sostengo —añade Bowman— que la moderna ideología del libre comercio sirve para justificar el ascenso del poder corporativo trasnacional"; otro autor dice: que el internacionalismo corporativo es un movimiento social, (con) un interés de clase en ascenso. "El poder en los asuntos mundiales se organiza conforme a intereses y valores de clase, más que nacionales." Y este desarrollo "señala el eclipse de la era del imperialismo capitalista debido a la nueva fase del capitalismo corporativo internacional en la era postimperialista".[17]

Los ideólogos empresariales piensan que en un ambiente de libertad comercial, las grandes corporaciones operan con mayor eficiencia. Según algunos autores, el Estado-nación es "coercitivo" y se basa en principios ya "arcaicos". Sólo una verdadera economía mundial será capaz de liberar el potencial productivo. La doctrina del libre comercio tradicional tendrá que adaptarse a las exigencias del mundo moderno, en una sociedad industrial que no será ni capitalista ni socialista, y en la que la interdependencia global se alcance a partir de la autonomía de la corporación trasnacional.[18]

O sea que tras el idealismo y las visiones utópicas de los internacionalistas corporativos radica la realidad del control, [...] el capitalismo corporativo no se desarrolló naturalmente o de manera inevitable, fue construido por seres humanos; fue producto de la política. Por eso si se le quiere entender, hay que verlo como un movimiento social.

La tendencia actual del movimiento de fusiones sugiere el surgimiento de una oligarquía industrial-financiera que controla arraigados oligopolios, esto es, una oligarquía de oligopolistas, estructura que corresponde a la reorganización de los mercados y que asegura el dominio de las más grandes empresas. Los nuevos utopistas enaltecen las virtudes del capitalismo; pero no hay nada inevitable acerca del desenlace de este movimiento social internacional. Los pueblos, no fuerzas impersonales, decidirán el destino de la humanidad.

Hoy está claro que el moderno imperio del libre comercio se basará en el control corporativo de los medios de producción mundiales, no exclusivamente en el intercambio o el comercio. Y este orden trasnacional conquistará nuevos dominios a través del dinero, no del poder de la espada. En resumen podemos predecir que "el imperio global de la era postimperalista del 'gran trust', construido a imagen de la corporación, será diferente de todo lo que el mundo ha conocido".[19]

CAPITALISMO, PERO DIFERENTE

Kim Moody, intelectual norteamericano que trabaja desde la perspectiva del movimiento obrero, reconoce que, entre otras cosas, han cambiado las formas de organización de la producción; pero el capitalismo sigue siendo capitalismo. "Producir para obtener utilidades" sigue al orden del día y es, en realidad, lo que determina muchos de los cambios. La movilidad del capital es mayor que antes, y a partir de los años setenta, alrededor de 4% de la inversión manufacturera se desplaza del Norte hacia el Sur, lo que permite afirmar que los países industriales no se "desindustrializan". En ellos se siguen realizando las mayores inversiones, y en particular las de más alta intensidad tecnológica y de capital.

Dice Moody:

> El capitalismo no es hoy el mismo de hace cien años [...] El Estado moderno es más grande y más universal que el de los años 1890; la

> empresa trasnacional es la norma y no la excepción de la organización capitalista, y la sola escala de la producción de bienes y servicios es mayor de lo que pudiera haberse imaginado hacia el fin del siglo. De ahí que cualquier paralelismo con el pasado debe hacerse con cautela.[20]

Aun así hay tres aspectos en que el mundo de hoy se asemeja al de hace cien años:

> no hay un sistema económico que compita con el capitalismo, el sistema opera en forma de economía de mercado que recrea el desarrollo desigual a escala mundial, y, con pocas excepciones, el Estado y las instituciones políticas capitalistas han sido capturadas por el movimiento neoliberal-conservador [...] La globalización es un proceso, al integrarse internacionalmente la economía deviene más capitalista, y al mundializarse el capital, la crisis, en particular la del empleo, se vuelve también global [...] en términos comerciales, el mundo está hoy mucho más integrado que cuando Lenin escribió *El Imperialismo*, con el que ahora parece un subtítulo irónico: "Fase Superior del Capitalismo". Incluso el flujo de capital hacia el extranjero que impresionó a Hobson, Lenin y otros por entonces, era muy pequeño en comparación al actual.[21]

Las casi 300 mil empresas trasnacionales, que en un sentido estricto no son monopolios, emplean directamente a 73 millones de personas, 61 millones en los países del norte y 12 en los subdesarrollados. Y estas cifras se duplican y aun triplican si se incluyen los empleos indirectos. En un lapso relativamente breve se han incrementado —hasta cinco a diez veces en términos reales— la inversión y las exportaciones, especialmente de las empresas trasnacionales, la ONU estima que hacia 1993, dichas empresas participaron con dos tercios del valor de las exportaciones totales, y que la mitad de ellas fue comercio intra-firma, o sea comercio transfronterizo entre las mismas grandes empresas, a lo que dio gran impulso la internacionalización de la producción y la llamada "fábrica global". Pero es la acumulación de capital lo que ha extendido el mercado mundial y profundizado el proceso de globalización.

"Si bien el capitalismo como sistema es actualmente global, su propia dinámica crea un mundo muy desigual, que pone límites estrictos a todo lo que sea una economía mundial homogénea. En vez de ello, crea una economía mundial fragmentada en la que la riqueza y por tanto los mercados y la producción no se distribuyen uniformemente." La pérdida de empleos no obedece a la transferencia de ellos al Sur. Ocurre en todas partes debido a la reingeniería y la modernización, y también a consecuencia de la carrera hacia abajo (*downsizing*) y la intensificación del trabajo. [22]

EL CAPITALISMO "NO TIENE UNA VISIÓN DE LARGO PLAZO"

Los ciclos económicos, piensa el profesor del MIT Lester C. Thurow, son inherentes al capitalismo, como los temblores lo son a la geología. Las recesiones son parte del sistema capitalista.. No pueden ser eliminadas, y menos en una economía "global", en la que los mecanismos tradicionales de alcance nacional no operan como antes. Lo que quiere decir que la inestabilidad seguirá presente.

Cuando el dinero puede —además— moverse instantáneamente a través de una computadora personal, la idea toda de controles de capital se desvanece. Las leyes pueden expedirse pero no hacerse valer, porque los negocios se desplazan hacia lugares del planeta donde esas reglamentaciones no se aplican.[23]

El capitalismo no tiene una visión de largo plazo; su horizonte es muy limitado. El capitalismo de las ventajas comparativas clásicas no necesitó que el gobierno destinara recursos a inversión y desarrollo. La actividad económica fue determinada por la localización de los recursos naturales y por la relación capital-trabajo. Pero en el capitalismo de las industrias del conocimiento hechas por el hombre, las estrategias públicas de desarrollo tecnológico son centrales, pues el gobierno tendrá que contribuir decisivamente "a proveer los tres insumos —destreza humana, tecnología e infraestructura— que determinarán el éxito o el fracaso del capitalismo en el siglo XXI". En otras palabras, el sistema tendrá que hacer inversiones

a largo plazo que respondan al interés de la comunidad, y si se limita a invertir a corto plazo en busca sólo de una mayor ganancia, fracasará.

El capitalismo necesitará nuevos soportes, pero ¿de dónde vendrán?

> Si ha de tener éxito el capitalismo del futuro —escribe el profesor Thurow— tendrá que desplazarse de la ideología del consumo a la ideología del constructor. [Lo que tampoco es fácil.] El crecimiento no es un proceso automático que consista en moverse suavemente de un punto de equilibrio a otro [...] La tecnología no cae del cielo, sino que es fruto de 'la creación e innovación humanas'.
>
> [A los viejos problemas del capitalismo se agregan otros nuevos, que tampoco están resueltos.] La tecnología y la ideología están sacudiendo los cimientos del capitalismo del siglo XXI. La tecnología está haciendo de la destreza y del conocimiento las únicas fuentes de una ventaja estratégica sostenida. Bajo la influencia de los medios electrónicos, la ideología se mueve hacia una forma radical de maximización individual del consumo a corto plazo, cuando el éxito económico dependerá de la voluntad y capacidad para hacer inversiones sociales a largo plazo en adiestramiento, educación, conocimiento e infraestructura.[24]

Hacia los años sesenta, escribe a su vez Edward Luttwak, no pocas empresas capitalistas eran operadas y aun monopolizadas por el Estado. En Estados Unidos, en particular, había poca propiedad pública pero mucha regulación pública. El capitalismo "desarrollista" era de propiedad privada, aunque apoyado de cerca por el Estado. Y no pocas veces "las más grandes firmas y en ocasiones industrias completas en dificultades quedaron bajo el gobierno". Así fue como hacia fines de los años setenta el capitalismo vio multiplicar los controles. Y, precisamente también hacia entonces empezó a desmantelarse el sistema norteamericano de reglamentación, lo que también ocurrió en Inglaterra, y "las privatizaciones, la desregulación y la globalización desataron las incontrolables fuerzas del turbo capitalismo (o capitalismo turbulento) de hoy".[25]

La privatización y la desregulación nada añaden a lo que existía, y "ciertas formas de globalización desplazan la producción de un lugar a otro, más que incrementarla".

¿QUÉ ES EL TURBO CAPITALISMO?

"Sus defensores le llaman libre mercado. Yo —dice Luttwak— lo llamo turbo-capitalismo, porque es profundamente distinto del capitalismo controlado que floreció entre 1945 y los años ochenta" "El nuevo capitalismo pretende imponer un patrón en todas partes. No reconoce diferencias". Unas líneas adelante, añade: "Lo nuevo en el turbo capitalismo es una cuestión de grado, una mera aceleración en el ritmo del cambio estructural Este es actualmente muy rápido incluso bajo crecimiento cero, y más aún cuando las economías crecen".[26]

Entre las causas que determinan la aceleración del cambio estructural se señalan: que el Estado se retira del mercado, la globalización, la revolución en las telecomunicaciones y el costo cada vez más bajo del transporte, la difusión mundial de tecnologías y la influencia de los medios electrónicos, así como la uniformidad de gustos lograda por las empresas trasnacionales.

El turbo capitalismo se acompaña de mayor inseguridad y violencia; "mercados libres y sociedades menos libres van juntos". Las empresas de la tecnología de la información son realmente nuevas y no generan más y mejores empleos. La ortodoxia dominante dice que la General Motors puede despedirlo a usted, pero Microsoft lo contratará, y los empleos de Microsoft son mejores. Pero todos los titanes de la información —unas veinte grandes empresas— emplean conjuntamente menos de la quinta parte de trabajadores que General Motors. La interpretación feliz del equilibrio del cambio estructural es simplemente errónea: si la General Motors no lo necesita a usted debido a la computarización, Microsoft no lo contratará. Lo que quiere decir que casi todos tienen que correr más aprisa que antes para permanecer en el mismo lugar. Por lo que no es ex-

traño que bajo el turbo capitalismo se acentúe la desigualdad y crezca dramáticamente la pobreza.[27]

"El desempleo global de hoy es una consecuencia inevitable de la presente fase del ciclo demanda mundial/tecnología. Estamos ante un exceso de todo, y por tanto en una fase deflacionaria, que empezó en los años ochenta y probablemente durará hasta ya bien entrado el 2000." Y lo que hace la situación tan grave es que en una economía global cada vez más turbulenta, incluso un crecimiento relativamente rápido no necesita reducir el desempleo en forma sustancial.

A diferencia de otros autores, Luttwak piensa que la política mundial sigue dominada por los Estados, pero la nueva política es distinta de la tradicional. Ahora, a través de la "geoeconomía" el Estado interviene para "estimular, apoyar o dirigir ciertas actividades", y utiliza nuevas armas, entre las que destacan la investigación y el desarrollo. El propósito de esa geoeconomía es "maximizar los empleos de alta tecnología y los servicios sofisticados en países industriales".[28]

El enorme desplazamiento del poder desde el gobierno a la empresa privada, que es tanto la causa esencial como la principal consecuencia del turbo capitalismo, está sólo flexiblemente relacionado con la globalización y la apertura de las economías nacionales. Cada país está desmantelando su propia versión de capitalismo controlado. En este turbo capitalismo la globalización ocupa un distante cuarto lugar, después de la privatización, la desregulación y el cambio tecnológico. El turbo capitalismo crea más, pero también destruye más; es más eficiente y más desigual, y desde los años ochenta se acompaña de una política monetaria ortodoxa, que intenta despojar a los gobiernos de capacidad para regular la moneda. "El turbo capitalismo no sólo conquista mercados y relaciones económicas, sino que extiende el mercado a todas las esferas de la actividad humana. Todo es reemplazado por el dinero."[29]

Según sus defensores, el turbo capitalismo tiene una solución para la desigualdad: el más rápido crecimiento económico. Pero va contra la lógica creer que un proceso que ha producido cierto re-

sultado, en este caso creciente desigualdad, de momento empezaría a producir un resultado opuesto, si fuera más rápido. La única posible solución a la desigualdad es de carácter político. "Hasta ahora las organizaciones y fuerzas políticas, de derecha e izquierda han sido incapaces de enfrentarse a los retos del turbo capitalismo", concluye Luttwak.[30]

Hans-Peter Martin y Herald Schumann hablan también de turbo capitalismo o capitalismo turbulento, en su libro *The Global Trap*, y convienen en que bajo él no sólo la reestructuración sino todo se hace más rápidamente, lo que es una nueva fuente de tensión para los trabajadores. A nivel mundial, dicen, más de 40 mil corporaciones trasnacionales, de diferentes formas y tamaños —se refieren a las matrices— enfrentan a sus empleados y a diferentes naciones, unos contra otros. La nueva internacional del capital está poniendo a todos los países y ordenes sociales de cabeza, y los salarios, como parte de la riqueza nacional, están declinando.

Exponen Martin y Schumann:

> Más de un siglo después de la muerte de Karl Marx, el capitalismo se desenvuelve de nuevo en la dirección que el revolucionario economista describió certeramente: la tendencia general de la producción capitalista no es a elevar sino a bajar el nivel medio de los salarios [...] Los neoliberales defienden fundamentalmente una libertad: la del capital. Según ellos nada puede escapar a la ley de la oferta y la demanda. [...] El turbo capitalismo, que a escala mundial parece indetenible, está destruyendo sus propios cimientos, en tanto mina la estabilidad democrática y la capacidad del Estado para funcionar.
>
> La carrera mundial para lograr máxima eficiencia y salarios mínimos está abriendo de par en par las puertas de la irracionalidad. Quienes se rebelan no son los que están en peores condiciones, sino los que temen perder lo que tienen. La principal tarea de los políticos democráticos en los umbrales del siguiente siglo será restaurar al Estado y la primacía de la política sobre la economía [...] La globalización está avanzando con una rapidez antes difícil de imaginar, y la distribución de la riqueza se vuelve cada vez más desigual e inequitativa.[31]

En Estados Unidos, en particular, primero se rechazaron las doctrinas extremas del mercado libre, y después se aceptaron como un dogma, que acaso pronto empiece a abandonarse. La integración europea podría significar un avance real del proceso de integración. Hasta ahora, no obstante, la Unión Europea ha traído consigo no los Estados Unidos de Europa sino un mercado sin Estado.

La alternativa europea al capitalismo de *laissez-faire* anglonorteamericano deberá desarrollarse democráticamente dentro de una unión legítima, o no podrá existir. Por ello, o bien la Unión Europea logra establecer un equilibrio entre el Estado y el mercado, o eventualmente se vendrá abajo. La economía de mercado y la democracia "no son hermanos inseparables", entre ellos hay más bien serias contradicciones.[32]

Alta depreciación y baja inversión neta

Como es sabido, en años recientes han declinado en general las tasas de crecimiento económico. Pues bien, según el economista y profesor Robert U. Ayres, en los próximos años casi seguramente tenderán a caer, entre otras razones debido a que una proporción cada vez mayor de la inversión total debe destinarse a reemplazar el capital despreciado, especialmente en la infraestructura.

Actualmente la tasa de depreciación es muy alta, porque las computadoras, el equipo de cómputo y el *software*, con una vida de cuatro años, constituyen el principal componente de la inversión de capital de las empresas.

La investigación y el desarrollo no han recibido durante años la atención que reclaman, y la tecnología de la información destruye más empleos que los que crea, e incluso algunos avances tecnológicos tienen como propósito principal desplazar trabajadores. El paradigma de crecimiento económico debe cambiar.[33] La espectacular elevación de los precios de las acciones en el mercado de valores de Estados Unidos en los últimos años es un reflejo de la creciente

rentabilidad de la industria y, dado el carácter artificial y en buena medida especulativo de esos inflados precios, también el anuncio de un eventual colapso, que si desemboca en una depresión dañaría a todos.

Y en la medida en que ello se exprese en cada vez más desigualdad, en graves problemas sociales y en mayor pobreza incluso en los países más ricos, a los desajustes financieros se agregarán severas presiones que a su vez podrían culminar en una crisis social sin precedentes, que en particular lesionaría gravemente a los países subdesarrollados, en donde el Estado tendría que asumir nuevas y mayores responsabilidades para lograr una reestructuración que haga posible un desarrollo que realmente entrañe un progreso para la mayoría de la población.[34]

Las políticas de los países industriales han sido y son actualmente, en múltiples aspectos, muy perjudiciales para los países subdesarrollados y tendrán que cambiar.

Observa el profesor Ayres:

> Los países industriales son los que han emitido la mayor parte del dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero en el último siglo. Pues bien, el principio de que el que contamina paga debiera aplicarse aquí. [Y quienes] usan combustibles fósiles en gran escala debieran pagar por el privilegio, pues ellos son quienes están consumiendo un recurso global limitado, como es la habilidad de los océanos y de la biósfera para absorber el dióxido de carbono.
>
> En las circunstancias actuales ya no tiene sentido buscar incrementar la producción mediante inversiones de capital en tecnologías que ahorren trabajo [...] Lo que más bien debiera hacerse es aumentar el valor de la producción y reducir los recursos físicos —materiales y energía— que entran como insumos. Las viejas políticas de sustituir trabajo humano por máquinas que operan con combustibles fósiles deben, en realidad, revertirse.[35]

La teoría que subyace al viejo paradigma adolece por lo menos de cuatro grandes fallas técnicas:

1) pone énfasis en el ahorro y la inversión de capital privado para elevar la productividad del trabajo subestimando a otros factores de la producción;
2) indebidamente supone al avance tecnológico y la elevación de la productividad como bienes gratuitos, olvidando que el desarrollo tecnológico tiene un costo. E incluso se olvida que al acortar la vida de múltiples productos, del capital y aun del capital humano, acelera la tasa de depreciación;
3) no refleja que los recursos naturales baratos, especialmente los combustibles fósiles, contribuyeron en el pasado al progreso técnico;
4) se nos asegura que la producción incrementada se traduce en un más alto ingreso real para la mayoría de los trabajadores. Lo que no ocurre en realidad.

Ayres comenta finalmente: "El nuevo paradigma de crecimiento debe poner énfasis en el incremento del valor agregado [...] y en aumentar los recursos así como la productividad del trabajo y enfocarse más a medir y promover el bienestar, no simplemente la actividad".[36]

Reestructuración capitalista

Los investigadores holandeses Ruigrok y Van Tulder hacen interesantes observaciones que ayudan a entender los cambios que el capitalismo ha experimentado en los últimos decenios.

La organización fordista basada en "la producción en serie de empresas verticalmente integradas que buscan economías de escala" hizo posible aumentar la productividad, bajar costos y ampliar el mercado de múltiples productos. Pero en los años setenta y ochenta el fordismo tropezó con problemas y empezó a ser sustituido por nuevas formas de organización, en las que en general se ponía énfasis en la importancia de la tecnología, a menudo menospreciada por los economistas neoclásicos. Las respuestas al fordismo fueron

sin embargo también de carácter político y muy derechistas, como las de Reagan y Thatcher. Y en ellas, los intereses financieros dejaron atrás a los del capital productivo y llevaron a una menor intervención estatal, una ideología de libre comercio y un retorno a posiciones conservadoras.[37]

Según algunos autores, la reestructuración capitalista se entiende mejor si se repara centralmente en las posiciones diferentes y aun rivales en el seno del capital productivo, por ejemplo sobre la organización de la producción, el control del trabajo y el acceso a los mercados financieros, e incluso así se entiende mejor la contradicción de clase entre el capital y el trabajo.

El triunfo del neoliberalismo se limita en gran medida a Estados Unidos e Inglaterra, cuyas bajas tasas de ahorro sólo pueden compensarse con una alta movilidad internacional de capital, razón por la cual sus políticas se empeñan en liberalizar los flujos financieros para así obtener recursos de otras economías. Por ello, también, la llamada Escuela de Amsterdam relaciona al posfordismo, como ruptura del compromiso previo entre el capital y el trabajo, con "la contrarrevolución neoliberal en Estados Unidos e Inglaterra".

La reestructuración es un complejo proceso que requiere un enfoque amplio y de largo plazo; y en la creación de sinergias internas y externas hay cinco áreas de importancia estratégica: 1) el proceso de trabajo, 2) la oferta de componentes y materias primas, 3) la distribución y el consumo, 4) las tecnologías centrales de producción, y 5) el financiamiento.

En cuanto a formas de organización, Ruigrok y Van Tulder consideran que los tres conceptos rivales que contienden por la hegemonía en el capitalismo moderno son:

El primero se basa en redes o conjuntos de pequeñas y medianas empresas que se orientan hacia la producción industrial de tipo artesanal para mercados pequeños y medianos.

El segundo se dirige a la producción en masa en grandes industrias integradas verticalmente, a partir de jerarquías formales que producen para mercados masivos.

"El tercer concepto de control involucra grandes empresas no integradas verticalmente, con más informales jerarquías que producen al principio para mercados de escala media y después para grandes mercados. Algunos llaman a este concepto toyotismo y otros fujituismo. Las firmas toyotistas tienden a lograr economías de alcance (*economies of scope*), que implican ciclos de producción más cortos que los del fordismo." "Los complejos industriales son los centros de gravedad de la carrera por la reestructuración internacional."[38] Pero la forma en que unos y otros proceden, lejos de ser la misma, exhibe grandes diferencias.

Los autores comparan, por ejemplo, a IBM con Nissan, y advierten que en tanto la primera ha sido tradicionalmente una empresa fordista, que intenta el control directo de los reclamos de sus socios, con un alto grado de integración vertical y una división del trabajo interna e internacional, y que siempre ha defendido el libre comercio; Nissan, por el contrario, ha construido en Japón un sistema de producción verticalmente no integrado y que busca el control estructural de sus asociados (en particular de sus proveedores y trabajadores), aunque al respecto ha sido menos exitosa que su vieja rival: Toyota.

Ya se dijo que la forma de operar en el país de origen ejerce gran influencia en la estrategia de internacionalización de una empresa, proceso que en lo fundamental consiste en la combinación de tres tipos de actividades: importaciones-exportaciones; inversiones extranjeras directas e indirectas y alianzas estratégicas (horizontales) con otras firmas.

La competencia internacional y las estrategias de internacionalización cambian continuamente, pero ello no implica que las compañías, la competencia o las tecnologías sean más "globales". La globalización es más un objetivo estratégico que una realidad consumada.

Los autores destacan dos estrategias de globalización o internacionalización. La primera tiende a una división mundial del trabajo intrafirma, en que las actividades se establecen en múltiples sitios, a partir de las ventajas comparativas de cada uno, y la empresa trata

de asegurar el abastecimiento de insumos estratégicos mediante el control directo (integración vertical). La producción de alta intensidad de mano de obra se sitúa en áreas de bajos salarios, en tanto que la de alta tecnología y mayor valor agregado requiere un alto nivel de adiestramiento.

La estrategia alternativa pone en duda la globalización, y por eso la ve como "glocalización", que trata de establecer una división inter-firma concentrada geográficamente en los tres mayores bloques comerciales, y se considera ligada al concepto toyotista de control.

Desde los años ochenta, el número de alianzas horizontales ha crecido con rapidez, tanto doméstica como internacionalmente. Las alianzas estratégicas entre empresas, o más bien entre complejos industriales, están lejos de ser invariables. Ciertos socios rara vez dejan de tratar de dominar a los demás, y las condiciones de unos y otros suelen ser desiguales, lo que coloca en desventaja a los más débiles. El grado de cohesión en ciertas alianzas es pequeño, por lo que resultan bastante inestables y no muy duraderas. Y el grado o nivel de internacionalización en las mismas es también muy variable.

Debido a todo ello se atribuyen cuatro diferentes significados a la globalización.

1) Como una avanzada división internacional del trabajo, con sustanciales reimportaciones al país de origen del complejo industrial.
2) "Europeización" y establecimiento de una división regional del trabajo dentro de Europa.
3) Glocalización en los principales bloques comerciales, con una limitada división internacional del trabajo y muy escasas reimportaciones.
4) Presencia multidoméstica, con limitada división internacional del trabajo.[39]

Antiestatismo, rentabilidad y dependencia del Estado

Sobre todo en los años sesenta y principios de los setenta se piensa que la economía mundial está bajo el control de las empresas tras-

nacionales; pero después de la fuerte caída de mediados de los setenta se reconoce que en realidad ni los Estados ni las empresas controlan esa economía, lo que refuerza la idea de que, por tanto es mejor dejarla al mercado. Los neoliberales repiten su conocido discurso antiestatista, mas lo cierto es que "la dependencia respecto del Estado no sólo no desaparece sino que tiende a ser mayor que antes".[40]

El resultado de la larga fase de expansión y de los altos rendimientos de la postguerra fue que los fondos invertibles se expandieran casi sin interrupción, y que la tasa de ganancia empezara a declinar. En esas condiciones se recurrió, especialmente en Inglaterra, a la privatización de empresas antes públicas debido a que se esperaba que ello abriera oportunidades de inversión a capitales privados en un momento difícil, en el que las posibilidades de aplicación rentable se reducían.[41]

Desde fines de los años sesenta empieza a declinar la tasa de crecimiento de la demanda de capital (inversión fija), lo que contribuye a un "creciente exceso de capital", pues a consecuencia de una elevada ganancia de las empresas y del rendimiento del ahorro canalizado hacia el mercado de valores, el volumen de fondos invertibles aumenta.

Es difícil saber qué proporción de la mayor productividad corresponde a reducción de costos y cuál al empleo de una mejor tecnología, o sea a una declinación a largo plazo de la relación marginal capital-producto. Se sabe, sin embargo, que la introducción de la microelectrónica ha resultado en una reducción significativa de la intensidad de capital y de trabajo en muchas manufacturas; que el *software* se está convirtiendo, aun en mayor medida que el *hardware*, en una fuente de utilidades para el empresario, que la importancia de los activos intangibles es mayor, y que mientras la productividad siga aumentando, la demanda tanto de capital como de trabajo tendrá a disminuir.[42]

Algunos anuncian una nueva larga fase de expansión, mas lo cierto es que ésta no parece fácil, y que incluso la sobreoferta de capital puede llevar a un colapso en el mercado de valores similar al

de 1929. Al menos hasta ahora "no se ven signos de que la revolución tecnológica pueda generar una gran demanda de fuerza de trabajo, y aun cierta recuperación cíclica no garantiza que se eleve la demanda de capital fijo".

Pese al neoliberalismo, la mayor y más confiable inversión en el sector público en los países industriales para el capital privado ha sido la deuda. La liberalización y la desregulación han estimulado la inversión especulativa, y aun cuando la privatización ha abierto nuevos campos al capital privado, a menudo no ha sido más económica ni eficiente que la operación pública, y a través de las fusiones y adquisiciones ha contribuído a fortalecer, más que el mercado libre, la concentración y el oligopolio.

Como se sabe, el grueso de la inversión se mantiene en los países altamente industrializados; pero en años recientes han empezado a adquirir creciente importancia, como receptores de inversión extranjera, los mercados "emergentes" o de nueva industrialización, de varios países subdesarrollados, lo que ha contribuido a que a partir de 1979, el rendimiento total de las inversiones (ganancias más depreciación del capital) no sólo exceda a la inflación, sino que sea el más alto de cualquier periodo, desde la revolución industrial, incluso en países en que las tasas de crecimiento del ingreso son muy inferiores a las de décadas previas.[43]

Podría pensarse que esas altas tasas de beneficio permitirían salir de la crisis. Mas lo cierto es que ésta persiste tanto en las naciones industriales como, sobre todo, en los países subdesarrollados. La ilusión de que varios de estos últimos se convertían en países del Primer Mundo se desvanece en los años noventa.

A propósito del uso indebido de recursos, un rasgo común es la desesperada lucha por mantener el valor del capital frente a las poderosas fuerzas que tienden a devaluarlo; si esta tendencia no termina en catástrofe, deberá reconocerse que el capital organizado se ha convertido —junto e incluso en mayor medida que el crimen organizado— en un parásito de tal modo voraz que está matando al cuerpo del que se alimenta. Lo que subyace a la caída del crecimiento económico desde los años setenta es el relativo estanca-

miento de la demanda de los consumidores, en lo que a su vez han influido el descenso de los salarios reales, la desregulación financiera y el apoyo a inversiones improductivas, la reducción del gasto social del gobierno y el impacto, hasta ahora desfavorable, del avance tecnológico sobre el nivel del empleo.[44]

El impacto de la revolución tecnológica de la información sobre el comportamiento de los consumidores, sin subestimarlo, lleva al escepticismo. Las computadoras, en particular, no han resultado lo que se esperaba, y lo mismo ocurre con la comunicación vía satélite y la televisión por cable, en donde la demanda es todavía insuficiente. Ello sin mencionar el enorme incremento de capacidad de producción que ahora puede lograrse gracias a la tecnología digital y de fibra óptica.

Se requeriría no sólo de algunos nuevos productos, sino de un alto nivel de inversión fija por un largo periodo para proyectar tasas de crecimiento superiores y aun similares a las de los años sesenta. Y esperar que la globalización y el mercado libre hagan milagros, parece aún menos justificado. Por otra parte ese crecimiento tendría que ser a escala mundial, pues como hemos visto no se puede pensar que uno parcial baste para abrir un proceso significativo de expansión económica.

La recesión iniciada en los años sesenta no fue un desajuste momentáneo. Lo ocurrido en ella acabó "con lo que quedaba de keynesianismo". La crisis de la socialdemocracia y del socialismo soviético significó un golpe mortal para quienes defendían la intervención estatal en la economía, y cuando cayó el muro de Berlín, en 1989, todo estaba listo para que avanzara la ideología derechista del libre mercado y el "Estado minimalista", aunque el movimiento sindical y ciertos viejos liberales siguieron defendiendo la política keynesiana, ante la llamada "terapia de choque" contraria a los trabajadores, y el Estado apoyó, con un alto costo para la sociedad, los débiles e inestables mercados financieros.

¿POLÍTICAS NEOCLÁSICAS O KEYNESIANAS?

La sabiduría convencional postula a menudo lo que la realidad niega. Con frecuencia se sugiere —según Shutt— que en las condiciones actuales sólo puede elegirse entre las políticas neoclásicas y las keynesianas, sin reparar en que ambas han fracasado. Se rechaza la posibilidad de que la sociedad se transforme profundamente, y desde luego abundan los capitalistas que consideran que la única solución es una mayor desigualdad social que haga más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.[45]

En la ya mencionada e interesante obra, *Globalization. Theory and Practice*, varios autores reparan en diversos aspectos de la relación de ese proceso con el desarrollo capitalista.

Descansamos demasiado —dice, por ejemplo, el profesor Spike Peterson— en las ortodoxias liberal-capitalistas; sabemos muy poco de los mercados financieros no regulados y del poder no territorial, y carecemos de alternativas creíbles a un modelo de acumulación incontrolada que en definitiva es económicamente, si no moralmente, destructivo. En vez de paralizarnos frente a los desafíos postmodernos —agrega— debemos desarrollar estrategias, teorías e identificaciones que reconozcan la complejidad, sin abandonar compromisos con el entendimiento humano y una política progresista.

"Mientras el capital es cada vez más móvil, —escribe a su vez Simon Dalvy— el trabajo a menudo no lo es. Cualquier estudio serio debe tomar en cuenta cómo vive la gente más pobre." La globalización se da en "geografías específicas y altamente desiguales, no obstante la homogeneización a la que con frecuencia se alude".

"La reestructuración global implica cambios en las decisiones acerca de qué, cuándo y dónde producir y cómo organizar la producción y la distribución." En el sistema fordista, —sostiene Hélene Pellerin— "las estrategias de acumulación de capital y organización de la producción se construyeron y manejaron centralmente y nacionalmente, incluso cuando las empresas se expandían a escala internacional"; y lo que facilitó el crecimiento fue la flexibilidad de la fuerza de trabajo migrante.

La reestructuración de la producción ha llevado a una creciente flexibilización de los mercados de trabajo, a partir de esfuerzos de los empresarios y los Estados para reducir rigideces y costos laborales. Con la subcontratación y la división de tareas y productos en múltiples pasos, el proceso productivo puede ahora extenderse mucho más allá de la fábrica.

"El colapso de los programas económicos de orientación nacional y la creciente mercantilización de las relaciones sociales indican el poder cada vez mayor del capital sobre la sociedad. [Y] las formas de resistencia a esa expansión en general parecen ser más bien débiles." "La desregulación y los cambios en el funcionamiento del Estado han privatizado y diversificado las relaciones sociales de producción." "El posfordismo involucra una territorialidad que no se centra en el Estado ni se desenvuelve y estructura de manera uniforme."[46]

La globalización supone una economía global de corporaciones, dominada por mercados financieros que ya no dependen de ningún Estado y en los que la movilidad del capital contrasta con un Estado fijo como unidad territorial. La concentración tiende, y en los países industriales obedece, a la nueva revolución tecnológica, en la que el ciclo de acumulación de capital depende menos y menos del uso intensivo de recursos naturales, trabajo e incluso capital productivo, y más de la acumulación tecnológica basada en el uso intensivo del conocimiento, y la concentración de éste se intensifica, es más monopolista que otras formas de capital y sólo amplía la brecha entre Norte y Sur.

A falta de una autoridad regulatoria global, las redes de telecomunicaciones dependerán de un pequeño club de firmas oligopolistas que operan globalmente.

"Hoy pueden distinguirse —señala el profesor inglés Sholte— dos vertientes del discurso liberal. El neoliberalismo especialmente poderoso durante los años ochenta, [y] el liberalismo reformista que cobra impulso en los noventa, y recomienda adoptar diversas medidas para corregir las 'imperfecciones' de un 'mundo libre'."

DESTERRITORIALIZACIÓN, CAPITALISMO Y CRISIS

Muchos recuentos liberales de la globalización exageran el alcance de la desterritorialización, con referencias al fin de la geografía y el fin de la soberanía y la suponen siempre benéfica. Lo cierto es que la globalización ha perpetuado y aun incrementado la violencia, la pobreza y la degradación ecológica.

"Los análisis histórico-materialistas interpretan el ascenso de la supraterritorialidad como un giro particular del desarrollo capitalista. Y en la mayor parte del mundo, las presiones del capitalismo global han traído consigo un deterioro en las condiciones de trabajo y en la protección social."[47]

La globalización acentúa la inestabilidad del capitalismo. Pero a la vez abre un espacio al análisis crítico y a un replanteamiento fundamental de la producción, la gobernabilidad, la ecología y la comunidad, así como sobre la naturaleza y propósito del conocimiento mismo.

¿Estamos —pregunta el profesor de la Universidad de Sussex, Marc Williams— ante el fin de las relaciones internacionales, o es todavía el sistema interestatal la expresión más adecuada de la política contemporánea mundial? La globalización nos enfrenta a una sociedad mundial emergente, en la que las transacciones transfronterizas son cualitativamente significativas. Y al representar una reordenación de tiempo y espacio, la globalización rompe la territorialidad de las relaciones internacionales convencionales y la del Estado-nación.

Algunos autores consideran que la globalización representa cambios en la operación del capitalismo, una de cuyas principales consecuencias es aumentar su capacidad para producir desigualdades. Uno de esos cambios es el fortalecimiento de las ciudades-Estados (en las que, en el contexto del capitalismo mundial, la formación de clases se vuelve trasnacional), y en ella se produce un acercamiento de las élites del Norte y Sur. Este "postimperialismo" es una teoría de la oligarquía internacional que fácilmente puede proyectarse hacia formas coercitivas de control social. En tal virtud, parecería

que cuando los Estados dejan de ser capaces de contribuir al bienestar, siguen teniendo capacidad para hacer la guerra, no para involucrarse en conflictos inter-estatales, sino para controlar con mayor eficacia a los trabajadores, a fin de responder a las necesidades del capital global y sus agentes, las corporaciones trasnacionales.[48]

El conocido economista italiano Giovanni Arrighi, autor de *El largo siglo XX*, nos ofrece otro interesante análisis. Él parte de la tendencia histórica del capitalismo a la globalización, que, como dice Immanuel Wallerstein, lo convierte en el primer sistema histórico que incluye el globo entero dentro de su geografía. Seguramente, afirma Arrighi, la más espectacular expansión de las últimas dos décadas se da en los mercados financieros.

> El primero en 'globalizarse', y actualmente el mayor y en muchos sentidos el único auténtico mercado global es el mercado de divisas. Las transacciones [aquí] fueron diez veces mayores que en el comercio mundial en 1983; y sólo diez años después, en 1992, eran sesenta veces superiores.
>
> Bretton Woods, añade, era un sistema global, y lo que realmente ha ocurrido es un cambio desde un sistema global (jerárquicamente organizado y en su mayor parte controlado políticamente por Estados Unidos) a otro sistema global más descentralizado y coordinado mediante el mercado, y que ha hecho que las condiciones financieras del capitalismo sean mucho más volátiles e inestables.

O sea que lo nuevo de la globalización parece ser "su escala, alcance y complejidad".

Arrighi considera que los periodos caracterizados por una expansión rápida y estable de la producción y el comercio mundial invariablemente terminan en una crisis de sobreacumulación que hace entrar en un periodo de mayor competencia, expansión financiera y el fin de las estructuras orgánicas sobre las que se había basado la anterior expansión; los efectos de la turbulencia engendrada por la expansión financiera actual han comenzado a preocupar incluso a los promotores de la globalización económica. El inversionista George Soros sostiene que la generalización global del capitalismo

del *laissez-faire* ha sustituido al comunismo como la principal amenaza a una sociedad abierta y democrática.

La formación de un sistema capitalista mundial, y su transformación hasta llegar a ser el sistema socio-histórico del mundo entero, se ha basado en la construcción de organizaciones territoriales capaces de regular la vida social y económica y de monopolizar los medios de coacción y violencia. Estas organizaciones son los Estados. En las raíces del espectacular crecimiento económico del capital que busca valorizarse en los mercados financieros mundiales, se encuentra una escasez básica de salidas lucrativas para la masa creciente de ganancias.

Los ciclos sistémicos de acumulación no son simples ciclos. Son también etapas en la formación y expansión gradual del sistema mundial capitalista hasta sus dimensiones globales actuales. Este proceso ha surgido mediante la aparición, en cada etapa, de centros organizadores de mayor escala, alcance y complejidad que los centros de la etapa anterior.

El proceso de globalización de la organización territorial del mundo (de acuerdo con el principio de que los Estados reconocen la autonomía jurídica y la integridad territorial de los otros) necesitó varios siglos y una buena dosis de violencia para completarse. Durante alrededor de 150 años después de la paz de Westphalia el sistema funcionó muy bien, tanto asegurando que ningún Estado llegara a ser tan fuerte como para dominar a los demás, como permitiendo a los grupos dominantes de cada Estado consolidar su soberanía doméstica. El sistema de Estados jurídicamente soberanos del siglo XIX, afirma Arrighi, era regido por Gran Bretaña con la fuerza de sus englobantes redes mundiales de poder.

El poder militar y financiero permitió a Estados Unidos ejercer su hegemonía para regir el sistema globalizado de Estados soberanos, cuyo alcance ha rebasado al del imperio británico. Y a afirmar esa hegemonía contribuyeron las corporaciones norteamericanas.

La peculiaridad de la fase actual de expansión financiera del capitalismo mundial se encuentra en la dificultad de proyectar los modelos evolutivos pasados hacia el futuro. Mientras el poder mi-

litar se ha centralizado aún más en Estados Unidos y sus más estrechos aliados, el poder financiero se ha dispersado. Esta anomalía señala una ruptura fundamental con lo que caracterizó la expansión del capitalismo mundial durante los últimos 500 años. La expansión se encuentra en un *impasse*, una turbulencia o "niebla global". Pero aun así, reparando en lo ocurrido en Asia oriental, puede advertirse que empieza a emerger un nuevo orden mundial.

Es demasiado pronto para decir qué tipo de formación económico-política surgirá y hasta dónde puede llegar la rápida expansión económica del este de Asia. Pero el que esta región sea ya el mayor centro dinámico de la acumulación de capital a escala mundial, puede ser el preámbulo de un "recentramiento" de las economías regionales y mundiales sobre China. La forma en que actualmente participan en el desarrollo del este de Asia, Estados Unidos, Japón y China, hace inverosímil que ningún Estado —Estados Unidos incluido— pueda llegar por sí solo a ser hegemónico regional y globalmente. Sólo una pluralidad de Estados, actuando concertadamente entre sí, tiene alguna oportunidad de generar un nuevo orden mundial basado en el este de Asia.[49]

Desintegración de la ideología liberal

Immanuel Wallerstein, autor de numerosos ensayos y director del Centro de Estudios Históricos Fernand Braudel, nos ayuda también a comprender los cambios que el capitalismo ha experimentado. Para él, uno de los acontecimientos más importantes de las últimas décadas es la "desintegración de la ideología liberal". Veamos en qué consiste y cómo se produce esa desintegración.

La revolución francesa —nos dice— marca la entrada del liberalismo en el escenario político del mundo como opción ideológica significativa. La caída de los comunismos en 1989 marca su salida. La revolución mundial de 1968 —añade— se prolongó dos decenios y culminó con el derrumbe... de 1989. En el escenario histórico mundial, 1968 y 1989 constituyen un mismo gran acontecimiento, cuyo significado es la desintegración del liberalismo.

La larga fase de expansión de la postguerra fue, para el autor, una fase "A" de Kondratiev, de excepcional amplitud. Lo que Wallerstein llama la revolución de 1968, el estancamiento de los años 1970-1990, el fracaso de las políticas gubernamentales en la periferia y semiperiferia y la caída de los Estados socialistas exhibieron de manera descarnada la polarización Norte-Sur, y todo ello puso fin al consenso en torno al desarrollismo liberal. Actualmente el mundo, desesperado, murmura fórmulas mágicas acerca del mercado como remedio, como si eso pudiera resolver algo. Pero la medicina mercantil es mercuro cromo y no impedirá que el deterioro se extienda.

Agrega el autor:

> Algunos quizá se sorprenderán del énfasis que pongo en 1968 como punto de inflexión. Es posible que se pregunten si 1989, el año simbólico de la caída de los comunismos, no es una fecha más importante en la historia del sistema mundial moderno. Pues no, simplemente no. Yo sostengo que 1989 fue la continuación de 1968, y que 1989 no marcó el triunfo del liberalismo y por lo tanto la permanencia del capitalismo sino todo lo contrario, la caída del liberalismo y una enorme derrota política de los defensores de la economía-mundo capitalista.[50]

En país tras país del llamado Tercer Mundo, según el autor, las masas se volvían en contra de los movimientos de la vieja izquierda porque su seudorradicalismo era en realidad un liberalismo falsificado que sólo daba dividendos a la élite. Las masas no habían perdido su deseo de liberación, sino solamente su fe en la vieja estrategia para alcanzarla.

Pues bien, el sistema social moderno, según Wallerstein, está llegando a su fin. Sin embargo harán falta por lo menos otros cincuenta años de crisis terminal, es decir de "caos", antes que podamos tener la esperanza de entrar a un nuevo orden social.

El capitalismo acentúa la desigualdad. El proceso de acumulación de capital requiere un sistema jerárquico, en el que la plusvalía se distribuye en forma desigual, tanto en el espacio como entre las

clases. Además, el desarrollo de la producción capitalista ha ocasionado también, y en realidad requiere de, una creciente polarización.

Los nuevos movimientos antisistémicos surgidos de la revolución de 1968 tuvieron bastante éxito en su ataque a las premisas básicas de la vieja izquierda, pero desde entonces han fracasado en su búsqueda de una estrategia alternativa. Cuando el sistema mundial actual se derrumbe debemos tener una alternativa que sea creación colectiva. Sólo entonces tendremos oportunidad de obtener una hegemonía gramsciana de la sociedad civil mundial, y por lo tanto una oportunidad de triunfar en la lucha contra los que quieren cambiarlo todo para que nada cambie; el marxismo como crítica de la modernidad y de su manifestación histórica la economía-mundo capitalista no ha muerto. Lo que ha muerto es el marxismo-leninismo como estrategia reformista.

En los países industriales, la condición de los trabajadores mejora en el último siglo. Pero en la economía mundial la pauperización es constante.[51]

¿Qué entiende Wallerstein por economía-mundo?

La transición del feudalismo al capitalismo implicó en primer lugar (lógica y temporalmente), escribe, la creación de una economía-mundo. El nuevo sistema se consolidó primero en Europa para después extenderse a nivel mundial, eliminando todos los métodos alternativos de organización social y estableciendo a la larga una sola división del trabajo en todo el mundo, por primera vez en la historia del hombre. Para que el sistema funcionara debían mercantilizarse cada vez más los procesos de producción, es decir, debían orientarse a producir para un mercado mundial que desarrolló largas "cadenas de mercancías".

El final del siglo XVIII y el comienzo del XIX —dice en otro pasaje— representan un cambio crucial en la historia del mundo, en el sentido de que los capitalistas al fin alcanzaron el poder estatal-social en los Estados clave.

El análisis de los sistemas-mundo ha existido con ese nombre más o menos durante 15 años. Se presentó como una crítica a los

puntos de vista dominantes en las diversas ciencias sociales y, de manera fundamental, al expansionismo y la teoría de la modernización que parecían dominar las ciencias sociales en el nivel global durante los años sesenta.

El sistema-mundo es la unidad de análisis adecuada para el estudio del comportamiento de la sociedad. La larga duración es el correlato temporal de la calidad espacial del sistema-mundo o sea que son sistemas históricos en los que hay transiciones. "Es esta combinación, el espacio de 'un mundo' y el tiempo de 'larga duración', lo que conforma un sistema-mundo histórico particular", y concretamente la economía-mundo capitalista.[52]

Abunda Wallerstein:

> Al rechazar las ciencias sociales del siglo XIX, el análisis de los sistemas-mundo rechaza la creencia en el progreso inevitable. [...] Las estructuras institucionales de la economía-mundo capitalista son su producto colectivo y no pueden analizarse, ni siquiera pueden identificarse, fuera del contexto de una explicación de las operaciones de este todo particular en gran escala [...] Por lo tanto hay que rehacer el trabajo de las ciencias sociales de los últimos 200 años, tal vez no desde cero pero casi. La información que hemos tenido es, en el mejor de los casos, relevante sólo en forma parcial. Es necesario reconstruir de nuevo las categorías conceptuales.[53]
>
> Es urgente que comencemos a desarrollar modelos teóricos alternativos. Durante cincuenta años decenas de miles de académicos necesitarán abocarse a esta labor de imaginación y trabajo arduo. Hemos perdido mucho tiempo [...] Nuestras actuales divisiones disciplinarias tardaron 100 años en institucionalizarse y ahora están bien consolidadas. Las ciencias sociales son un megacoloso cuyos pies de barro son grandes y difíciles de resquebrajar.[54]

¿UNA NUEVA ÉPOCA HISTÓRICA?

En la revista *Monthly Review*, que se edita en Nueva York, algunos autores se han ocupado también de los recientes cambios del capi-

talismo. Recogeremos brevemente, en primer lugar, algunos sugerentes planteos de Ellen Meiksins Wood.

> Desde alrededor de principios de los años setenta se supone que hemos vivido en una nueva época histórica. De ella, algunos destacan los cambios culturales (posmodernismo), mientras otros reparan en las transformaciones económicas, en los cambios en la producción y la distribución o en la organización corporativa y financiera, o prestan especial atención a las nuevas tecnologías, y al margen de otros rasgos consideran que éstas juegan un papel central y que la presente es "la era de la información".
>
> [...]
>
> Desde luego —reconoce Meiksins Wood—, es importante analizar los continuos cambios del capitalismo. Pero periodizar supone más que seguir la pista al proceso de cambio [...] proponer una periodización de cambios de época equivale a decir algo acerca de lo que es esencial [porque tales cambios] se relacionan con transformaciones básicas en algún elemento constitutivo esencial del sistema.[55]

La autora critica las posiciones de teóricos marxistas como Fred Jameson y David Harvey, que piensan que en los años setenta el capitalismo sufre un profundo cambio al pasar de la modernidad a la posmodernidad. Tales teóricos "tratan las leyes específicas del capitalismo como si fueran leyes universales"; y añade: "Lo que yo pienso no es sólo que el capitalismo es históricamente específico, sino que la llamada modernidad no tiene mucho que ver con él".

Más adelante se pregunta: ¿Hubo una ruptura histórica especial, digamos entre los años sesenta y setenta? De entrada, responde que sólo está empezando a clarificar su pensamiento al respecto. "De lo que estoy segura —escribe— es que los conceptos de modernidad y posmodernidad y la periodización del capitalismo en esos términos no nos ayudarán a entender si ha habido o no una ruptura histórica, y si la hubo, en qué consiste, qué tan profunda, duradera y decisiva es, o qué consecuencias podría tener para cualquier proyecto político."

Para ver los cambios que van del fordismo a la producción flexible como una ruptura profunda es preciso centrar la atención en la tecnología. "Pero mi énfasis [es] en la lógica del capitalismo, no de una tecnología o proceso de trabajo particular". Señala que ciertamente ha habido constantes cambios tecnológicos y de las estrategias de mercadeo; pero tales cambios no constituyen uno profundo en las leyes de movimiento del capitalismo. En todo caso el sistema fordista pudo haber sido un cambio de fondo; pero la producción flexible posterior sigue la lógica del fordismo.

De manera que si hubo un cambio fundamental tendremos que buscarlo en otra parte. Hobsbawm, por ejemplo, considera que "la más grande, rápida y fundamental (transformación económica, social y cultural) es la muerte del campesinado; mas lo que subyace a ese cambio es que el capitalismo se ha convertido en algo que se acerca a un sistema universal". Meiksins Wood admite que el capitalismo es hoy un fenómeno verdaderamente global, y aquí no se refiere al concepto convencional de globalización, sino a que "el propio capitalismo se ha universalizado, sus relaciones sociales, sus leyes de movimiento, sus contradicciones, esto es que la lógica de mercantilización, de acumulación y de maximización de ganancias penetra en todos los aspectos de nuestra vida". Entonces, si hay algo diferente es que el capitalismo alcanza su plena madurez.

"El capitalismo vive hoy sólo con sus contradicciones internas —sin rivales efectivos ni rutas de escape—, ahora no es fácil corregir o compensar esas contradicciones y sus efectos destructivos fuera del sistema." Incluso el imperialismo no es lo que era antes; en sus viejas formas de imperialismo territorial o colonial, las potencias capitalistas solían ventilar sus rivalidades y contradicciones en terreno no capitalista. Ahora sólo cuentan los mecanismos puramente capitalistas de dominación económica y financiera.[56]

Pues bien, esa universalización del capitalismo y su penetración "en cada aspecto de la vida humana y de la propia naturaleza no estaba presente ni siquiera en los países capitalistas avanzados tan recientemente como hace dos o tres décadas".

Las principales teorías marxistas, como Marx mismo, procedieron a partir de la premisa de que el capitalismo estaba lejos de ser universal. Marx se interesó fundamentalmente en la lógica interna del sistema y en su capacidad específica para globalizarse. Aun en la fase monopolista la competencia era, por definición, sobre la división y redivisión del mundo, de un mundo en gran medida no capitalista; el imperialismo era la fase superior del capitalismo porque se trataba de la fase final, lo que significaba que el capitalismo llegaría a su fin, antes de que las víctimas no capitalistas del imperialismo fuesen final y completamente absorbidas.

Rosa Luxemburgo incluso pensaba que el capitalismo "requiere una salida en formaciones no capitalistas, razón por la cual necesariamente significa militarismo e imperialismo". Esas teorías son muy valiosas. Pero un aspecto en el que parecen haberse equivocado es en que el capitalismo se ha vuelto universal. Se ha totalizado tanto intensiva como extensivamente, lo que no significa la desaparición del Estado-nación. Incluso el imperialismo tiene ahora una nueva forma en la que la lógica del capitalismo deviene más o menos universal y en donde el imperialismo logra sus fines no tanto por las viejas formas de la expansión militar, sino dejando expresarse y manipulando los impulsos destructivos del mercado capitalista.

Para algunos postmarxistas, que el capitalismo se haya vuelto universal o total señala también su definitiva hegemonía y la inexistencia de una alternativa. De tan universal, el capitalismo se ha convertido en invisible como el aire para los seres humanos. En realidad ven la expansión geográfica del capitalismo como un signo de éxito indiscutible. Pero la universalización del capitalismo no es sólo un signo de fuerza. Es también una enfermedad, un crecimiento canceroso que destruye la fábrica social y la naturaleza. Las viejas teorías del imperialismo pueden no haber sido correctas al sugerir que el capitalismo no llegaría a ser universal, mas lo cierto es que no puede ser universalmente exitoso y próspero. Sólo puede universalizar sus contradicciones, la polarización entre ricos y pobres, explotadores y explotados. Sus éxitos son también sus fracasos.

Meiksins profundiza:

El capitalismo no tiene ya mecanismos correctivos fuera de su propia lógica interna. Aun no estando en guerra o sujeto a las viejas formas de rivalidad imperialista, lo afectan las constantes tensiones y contradicciones de la competencia capitalista. Ahora, habiendo alcanzado sus límites geográficos y terminado su expansión espacial, mientras más éxito tenga en sus propios términos, o sea mientras más maximice la ganancia y el llamado crecimiento, más devorará su propia sustancia humana y natural.

Hablamos del capitalismo "global" sobre la base de que las economías capitalistas nacionales se interconectan, se integran en un sistema global regido por las mismas leyes, y que las crisis económicas y las prolongadas caídas como la actual no son nacionales en su origen, tienen sus raíces en la dinámica general que mueve la economía global y en las relaciones que enlazan a las economías capitalistas.

Mi propósito no es negar la naturaleza global del capitalismo contemporáneo. Por el contrario, lo que pretendo es que la noción de una "economía global" se precise y aterrice, al reconocer sus formas concretas en diversas relaciones internacionales, desde las que hay entre las principales potencias capitalistas a las existentes entre las potencias imperialistas y los Estados subalternos.[57]

ESTADO, CAPITALISMO Y LUCHA DE CLASES

En otro ensayo, Meiksins Wood se refiere en particular a los trabajadores, el Estado y la lucha de clases, cuestiones a las que, por ser fundamentales para el capitalismo, haré al menos una breve referencia.

Según algunos incluso en la propia izquierda (en la economía global), los cambios de las últimas décadas, supuestamente han vuelto imposibles o irrelevantes la organización de los trabajadores y la política de clases. Sin embargo hay signos de que el trabajo organizado empieza, de nuevo, a moverse.

Si algo subyace a los múltiples problemas que hoy afectan a los trabajadores es la "globalización". Incluso la fragmentación del capitalismo asociada a la especialización flexible y a mercados segmen-

tados, es una manifestación de aquélla. Se discute a menudo el alcance de la internacionalización; si hay o no verdaderas empresas multinacionales o sólo trasnacionales, con base nacional; si la inversión extranjera directa se desenvuelve o no de nuevas maneras y en otros escenarios, y cómo, en realidad, las condiciones de los propios países más desarrollados no son las mismas. Lo cierto es que no hay una correlación simple entre la política o la ideología de la globalización y la forma en que las economías capitalistas más avanzadas se enfrentan a la competencia internacional, especialmente desde países de bajos salarios.

Frente a quienes piensan que el curso de los acontecimientos es inevitable, o fruto de las innovaciones tecnológicas de la "era de la información", la autora hace suya la opinión de que es más bien un rasgo específico del capitalismo que ha sido parte del sistema desde siempre, y que en el curso de su desarrollo deviene más universal. Y algo no automático ni inevitable es el empeño neoliberal de hacer cada vez más difíciles las condiciones sociales, como tampoco es cierto que la universalización y globalización del capitalismo vuelvan innecesaria o imposible la lucha de clases.

Se repite a menudo, como hemos visto, que la globalización ha hecho al Estado-nación irrelevante; que el movimiento obrero no está ya presente y que la clase obrera, si existe, está hoy más fragmentada que nunca. El capitalismo tiene, ciertamente, efectos homogeneizadores, y la integración de la economía capitalista provee sin duda una base material para la solidaridad de los trabajadores más allá de la empresa individual e incluso de las fronteras nacionales. Pero el efecto más inmediato es limitar el conflicto social de clase a las unidades de producción individuales, para descentralizar y localizar la lucha de clases.

Aunque el capital requiere del poder del Estado para mantener el sistema y el orden social, no es en el Estado sino en el proceso de producción y en su organización jerárquica, donde el capital ejerce su poder sobre los trabajadores más directamente. Si bien he sostenido que el capitalismo tiende a fragmentar y a privatizar la lucha —dice la autora—, también pienso que hay tendencias contrarres-

tantes: la cada vez más internacional integración del mercado capitalista desplaza los problemas de la acumulación de capital de la empresa individual a la esfera macroeconómica, y el capital descansa más y más en el Estado para crear condiciones adecuadas para la acumulación. He rechazado la opinión de que la globalización está volviendo al Estado cada vez más incapaz, pues si bien éste puede haber perdido algunas funciones, ha ganado otras en su calidad de principal conducto entre el capital y el mercado global.

Una cosa es clara: en el mercado global el capital *necesita* al Estado. Lo necesita para mantener las condiciones de acumulación, para preservar la disciplina laboral, ampliar la movilidad del capital mientras suprime la de la mano de obra. O en otras palabras, bajo la globalización la competencia no es sólo, o siquiera principalmente, entre empresas individuales sino entre economías nacionales en su conjunto. Por ello el Estado-nación adquiere nuevas funciones como instrumento de esa competencia.

En capitalismos menos desarrollados, el Estado puede actuar como correa de transmisión de otros más poderosos. O sea que en un futuro previsible es probable que el Estado, siga siendo central para el capitalismo, concretamente en el proceso de reestructuración del capital y de las nuevas formas de integración regional.

La mediación del mercado en la relación capital-trabajo sugiere a primera vista un Estado "neutral" que no interviene visiblemente en la lucha de clases. Pero cuando el Estado neoliberal adopta políticas de "flexibilidad", "competitividad" y "globalización", el poder del capital se concentra en mayor medida en el Estado, y la relación de éste con el capital se vuelve más clara.

Cuando casi todos los Estados siguen la misma lógica destructiva, las luchas domésticas pueden ser la base, incluso la más fuerte, de un nuevo internacionalismo. Si bien hay lugar para luchas comunes de alcance trasnacional, la suerte de ellas depende, en última instancia, de un bien organizado y poderoso movimiento nacional de los trabajadores. Si hay una consigna que resuma esa clase de internacionalismo, ésta podría ser: Trabajadores de todos los países, uníos; pero la unidad empieza en casa.[58]

El capitalismo nació en un país; apareció después en otros y se extendió, no borrando los límites nacionales sino creando un número cada vez mayor de economías y estados nacionales; decir que el capitalismo es universal no quiere decir que todo, o siquiera la mayor parte del capital sea trasnacional; todavía hay economías nacionales, Estados nacionales, capital que tiene una base nacional e incluso empresas trasnacionales basadas en una nación. No sólo persisten los Estados-nación, sino que también se han universalizado. "El capitalismo 'global' es más que nunca un sistema global de Estados-naciones, y la universalización del sistema está presidida por Estados-naciones, y especialmente por una superpotencia hegemónica."

Desde luego la economía global altamente integrada, y por ello los movimientos masivos y rápidos de capital a través de las fronteras nacionales, son un rasgo dominante. El imperialismo no es ya una dominación colonial directa sino una relación entre entidades nacionales. El nuevo imperialismo no tiene ya en general ambiciones territoriales. Su objetivo no es la hegemonía sobre colonias determinadas, sino la hegemonía más allá de los límites nacionales sobre la economía global. Lo que ahora busca es "asegurar la dominación del capital global".

La actual crisis es consecuencia del capitalismo y se manifiesta incluso en los capitalismos más exitosos. "Ninguna política nacional la determina, ni ninguna estrategia nacional la resuelve." William Tabb dice que estamos todavía muy lejos de una clase capitalista global. Las clases siguen organizadas sobre bases nacionales. Las economías y los Estados nacionales pueden todavía ser el terreno principal de las luchas contra el capitalismo. Pero para superar sus contradicciones es preciso "alejar la vida social toda de la lógica capitalista".[59]

El imperialismo, sus cambios y la lucha política

"El imperialismo capitalista, como Harry Magdoff lo ha señalado a menudo —escribe Ellen Meiksins Wood en otro ensayo—, es

esencialmente distinto de sus formas previas, porque sus objetivos son específicamente capitalistas, y ese imperialismo, además, ha cambiado."

Hoy se refiere principalmente a las relaciones dentro de un sistema capitalista global y se desenvuelve en el contexto de lo que llamamos "universalización" del capitalismo. No es ya fundamentalmente una conquista territorial o el control directo militar o colonial; de lo que hoy se trata es de asegurar "que las fuerzas del mercado capitalista prevalezcan en todos los rincones del mundo (aun si esto significa marginar y empobrecer a partes de él), y de manipular esas fuerzas del mercado en beneficio de las economías más poderosas y en particular de la de Estados Unidos".

No interesa solamente controlar ciertos territorios, sino controlar la economía mundial y los mercados globales en su conjunto, en todas partes y todo el tiempo. Y ello se realiza no sólo a través de la explotación de mano de obra barata por empresas trasnacionales que tienen su base en países capitalistas avanzados, sino indirectamente mediante la deuda y la manipulación monetaria. La fuerza militar es todavía central en el proyecto imperialista, en cierto modo incluso más que antes. Pero ahora tiene que usarse en formas diferentes y con objetivos inmediatos distintos.

La universalización del capitalismo, que como ya se dijo es el contexto de este nuevo imperialismo, todavía se desenvuelve en un mundo de Estados-nación. Y los poderes estatales, y sobre todo los principales, se esfuerzan por establecer su soberanía sobre los "mercados globales".

Harry Magdoff alguna vez dijo que no se puede explicar la política exterior de Estados Unidos en términos materiales precisos. Lo que tal política pretende es dejar claro al mundo que el poder de Estados Unidos puede ejercerse en cualquier lugar y en cualquier momento. Quizá por ello, por su cada vez mayor irracionalidad, muchas personas incluso en la izquierda encuentran difícil reconocer al nuevo imperialismo. A lo que cabría añadir que lo que también confunde es que ese imperialismo, y concretamente el norteamericano, usa hoy con éxito un nuevo disfraz: la supuesta de-

fensa de los derechos humanos, que por ejemplo vuelve las guerras contra Irak y Yugoslavia, guerras "justas" y aun "humanitarias", cuando lo cierto es que "son guerras contrarias al derecho internacional, inhumanas, terriblemente destructivas, injustas y que hacen más daño a personas inocentes que a sus opresores".[60]

William K. Tabb coincide en algunos aspectos de su análisis con Meiksins Wood; y rechaza que la internacionalización sea un proceso que borre las fronteras y ante el que no hay alternativa. Reconoce que la economía internacional es sin duda más importante que antes, sobre todo lo que se opera en los mercados financieros. Admite también que el capitalismo es un sistema siempre cambiante, y que por ello es necesario basar la estrategia política en una comprensión de la naturaleza de los cambios. Tabb critica a quienes exageran la influencia de las maquiladoras en los países de bajos salarios, sobre el empleo y las condiciones de los trabajadores norteamericanos. Lo principal, para él, es la incorporación de nuevas tecnologías que desplazan mano de obra, y también es importante la falta de organización sindical en las industrias de alta tecnología.

Como Polanyi y, más recientemente, el propio George Soros han señalado, el capitalismo del *laissez-faire* significa un grado de inestabilidad e inseguridad intolerable para la mayoría, y que a la postre limita la capacidad del sistema para reproducirse.

El antiestatismo y la hostilidad hacia todo lo público y lo social tienen poco que ver con la globalización, y mucho más con las victorias del capital sobre el trabajo y la lesión a los derechos de los ciudadanos. La desregulación, a su vez, es una decisión política no una necesidad tecnológica, y la idea de que el Estado es impotente es en realidad "una poderosa arma del capital". "El sistema es el mismo. Su lógica es la misma. Lo que se llama 'mercado libre' es más bien 'poder de clase'."[61]

En otro artículo el autor afirma que los rasgos más significativos de lo que se llama globalización han sido siempre parte del desarrollo capitalista; la acumulación es el principal motor de la economía mundial, junto con sus correlatos, la competencia capital-capital y la explotación capital-trabajo. Por ello tiene más sentido hablar del sistema capitalista que del "mercado global".

El gobierno no es un sujeto pasivo ni un árbitro neutral. Es un elemento estructural del sistema capitalista y un activo participante en la globalización. El capital está tratando de crear un régimen internacional que obedezca a las leyes del mercado; y nos dice: la globalización está fuera de nuestro alcance y va más allá de lo que podemos hacer. El problema, (sin embargo) no consiste en que seamos parte de una sociedad globalizada, sino de una sociedad capitalista.

Los pueblos, con sus luchas, empiezan a desafiar la idea de que no hay alternativa. "Las condiciones que hicieron posible la globalización son las mismas que ahora la amenazan. La nueva tecnología que supuestamente es la causa del neoliberalismo, está dejando ver que la globalización neoliberal no es el producto inevitable del progreso tecnológico, sino el resultado de una lucha política que está lejos de haber concluido."[62]

Otro estudioso de estos temas, Michael Tanzer, reconociendo que en las últimas dos o tres décadas se registra una acelerada internacionalización del capital y la tecnología, objeta a quienes sostienen que las empresas trasnacionales se han alejado de los gobiernos y operan hoy con plena independencia de ellos. Según él no hay tal divorcio entre las más poderosas empresas y los Estados o gobiernos. Y, en un periodo de lento crecimiento económico como el de los últimos años, el vínculo entre el Estado y las grandes empresas es incluso más estrecho.

En los años setenta, ante la falta de nuevas inversiones que activaran la economía, la tasa de ganancia empezó a declinar y las inversiones financieras, a menudo especulativas, cobraron una importancia sin precedente. La globalización se intensificó después de la caída de 1973, y ello fue en gran parte una respuesta al fin del periodo de auge. O en otras palabras: la sobreacumulación de capital productivo, hacia el fin de la fase de auge (o el otro lado de la moneda, el subconsumo), significó una creciente competencia que ejerció mayor presión sobre las utilidades.

En los años setenta y ochenta, según Tanzer, el Fondo Monetario y el Banco Mundial respondieron principalmente a los intereses de los países industrializados y trataron de mantener subordinados

a ellos y a los acreedores internacionales, a los países subdesarrollados. Pero las cosas se complicaron cuando, ya en los años 90, se acentuó la rivalidad entre las tres economías más poderosas.

Una limitación fundamental de la globalización es que, en un periodo de estancamiento como el actual, contribuye a una creciente desigualdad y a ampliar la brecha que separa a los países ricos de los pobres. Lo que por cierto agrava el problema de sobreacumulación de capital. Los hechos demuestran que en realidad no hay mecanismos dentro del mercado que impidan que los niveles de vida de la mayoría de la población sigan cayendo.

El Fondo Monetario y el Banco Mundial han contribuido a crear ese injusto sistema internacional. Lo que no quiere decir que la solución consista en reformar o incluso en abolir tales instituciones. Lo que se requiere es transformar a fondo el sistema y reemplazar la primacía del capital por la de los seres humanos. Y como "el Estado-nación es, y en un futuro previsible seguirá siendo, el centro de la actividad política, la tarea de los ciudadanos progresistas de Estados Unidos consiste en luchar para que cambie la política del gobierno".[63]

Así como algunos mantienen posiciones similares a las de Ellen Meiksins Wood, otros piensan de manera diferente y aun objetan a dicha autora. A. Sivanandam, por ejemplo, al recordar que según ella el capitalismo no parece haber sufrido cambios fundamentales en las últimas décadas, subraya los que a su juicio sí han sido cambios importantes. A saber:

—La clase obrera industrial ha sido en su conjunto dividida y recompuesta, quedando en un extremo del proceso productivo trabajadores altamente calificados, y en el otro no calificados y semicalificados.

—Las fábricas que alguna vez alojaron a miles de trabajadores bajo un mismo techo se extienden (hoy) en líneas de ensamble globales por el mundo.

—A consecuencia de ello, las organizaciones de los trabajadores se han fragmentado o han sido destruidas y el movimiento sindical vuelto impotente.

—Ello ha modificado la tensión entre el capital y el trabajo, que anteriormente permitió reformas sociales democráticas.
—Cuando los gobiernos deben su poder no a los votantes sino a los conglomerados de negocios y los medios de comunicación manipuladores, van a donde las multinacionales los llevan.
—Los trabajadores del conocimiento, de quienes depende la sociedad de la información, se han vuelto colaboradores de ese poder.

A riesgo de parecer tecnológicamente determinista, lo que quiero subrayar, resume Sivanandam, es que los cambios cualitativos al nivel de las fuerzas de producción han traído consigo cambios en el modo de producción, que a su vez han determinado cambios en las relaciones sociales. "Sin duda el capitalismo sigue siendo capitalismo, pero diferente. Y la incapacidad para advertir esas diferencias nos ciega e impide ver las posibilidades revolucionarias abiertas por la tecnología de la información."[64]

El capitalismo, responde Ellen Meiksins Wood, es siempre un sistema en proceso de cambio. Pero así como debemos apreciar los cambios debemos entender qué sigue igual. El problema, entonces, es saber si ha habido un salto cualitativo en el periodo postmoderno, un desplazamiento sistémico en la naturaleza del capital y del trabajo que represente una transición fundamental.

Ella acepta que el capitalismo se ha universalizado, pero no que la globalización sea algo inevitable. Esto es "sabiduría convencional", e incluso *globaloney*. El capitalismo, ciertamente, se ha internacionalizado como nunca antes; y aun así gran parte de la inversión sigue teniendo una base nacional y se concentra en los países altamente industrializados. O sea que para explicar la crisis estructural de largo plazo del capitalismo, tenemos que ir más allá de las formulas simplistas de la globalización, que puede ser más un efecto que una causa.[65]

El problema es que al tratar de ir más allá, parecen multiplicarse las discrepancias. Por ejemplo, los profesores de Economía Richard B. Du Boff y Edward S. Herman critican a William Tabb cuando afirma que los que hacen suya la versión radical de la globalización

creen que el capitalismo ha triunfado en definitiva, que el Estado-nación no es ya relevante y que no hay alternativa al sistema económico y social existente, y que ellos prefieren una posición más "matizada". "Nosotros —dicen— rechazamos tal opinión y nuestro punto de vista, radical y a la vez matizado sería que desde principios de los años setenta, los cambios en la tecnología y la política incrementaron grandemente la capacidad del capital para hacer lo que siempre quiso hacer: convertir al mundo en un 'mercado libre' para las finanzas, la producción y el trabajo asalariado, en parte debido a que el capitalismo salió fortalecido ideológicamente con el colapso del comunismo."

Los cambios que culminaron en las últimas décadas del siglo XIX, transformaron a economías locales y regionales desconectadas en economías nacionales dominadas por el capital corporativo. Pues bien la globalización representa la continuación de este proceso histórico —la economía global que sobrepasa a la nacional— como el espacio económico más relevante para las finanzas y la producción. Lo que no significa que el Estado-nación llegue a su fin o no tenga importancia, sino que la acumulación financiera e industrial son menos dependientes del capital, el trabajo y las tecnologías nacionales, y se realizan cada vez más en redes globales de mercados financieros y empresas multinacionales.

"Tabb —continúan— puede conocer algunos izquierdistas que creen en los 'mitos' de la globalización y en que 'no hay alternativa' frente a un capitalismo triunfante. Nosotros no. Nosotros pensamos que quienes no comprenden al alto grado de internacionalización y la posibilidad de organizarnos a ese nivel, son los que caen en el derrotismo." Tabb menosprecia, además, la creciente importancia de la inversión de los países desarrollados en los subdesarrollados de bajos salarios, pues si bien el grueso de la inversión se realiza en las propias economías más avanzadas, tan sólo entre 1980 y 1993-1995, la destinada a países subdesarrollados aumentó de 22% a 38% del total, lo que obedece al propósito de entrar en esos mercados en crecimiento y reducir costos salariales. Y lo consiguen recurriendo, por un lado al comercio intrafirma de las trasnacionales, y por el otro, a través del *outsourcing*, o sea de otros productores, lo que

se ha incrementado grandemente en las últimas dos décadas. Y también menosprecia la importancia de la globalización financiera.

En resumen, los autores de referencia concluyen que no parece correcto restar importancia a la globalización, que acentúa la desigualdad, aumenta el desempleo y dispersa y debilita a los trabajadores, e incluso critican a quienes en *Monthly Review* han visto la globalización principalmente como una "mistificación ideológica" y un "artefacto del posmodernismo" basado en un "mito", que niega la posibilidad de la acción política. "Creemos que éste es un análisis seriamente equivocado, que choca con la dinámica histórica del capitalismo, que la revista tanto ha contribuido, a lo largo de años, a aclarar."

En el mismo número, William K. Tabb contesta a sus críticos, cuyo trabajo y libros respeta. Me alegra, dice, que Du Boff y Herman no conozcan izquierdistas que acepten el "mito" de la globalización y crean que ante ella no hay alternativa. "Yo conozco a bastantes, y creo que esa posición debilita a la izquierda. De acuerdo en que hay un proceso de globalización en curso, que es parte de la historia. Lo más importante, sin embargo, es saber qué es nuevo y qué no, en él". Tabb recoge la afirmación de Marx de que "el mercado mundial da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo".

Señala que muchas personas creen que no es realista pensar que en una economía de mercado global pueda controlarse el capital. Por eso subraya que los "obstáculos son políticos, y no resultado de leyes económicas 'naturales', y por eso sostengo también que la desregulación y desde luego la regulación no son tecnológicamente determinadas, sino resultado de la lucha de clases y por tanto de decisiones políticas".

Tabb termina su breve comentario señalando que está de acuerdo con sus críticos en no pocas cuestiones importantes, sobre las que él mismo ha escrito bastante. Pero su propósito no fue volver a tales cuestiones. Y al preguntarse por qué le atribuyen incluso lo que no dijo, sugiere que acaso quisieron criticar las posiciones recientes de la revista, que a juicio de Tabb ha puesto en su sitio ciertas mistificaciones ideológicas y tratado, no de restar importancia a "la globalización", sino de entenderla.[66]

Ellen Meiksins Wood, a su vez, por ser mencionada en la crítica a Tabb, opina también al respecto, y empieza señalando que ella tiene la impresión de que hay importantes coincidencias en su pensamiento; por ejemplo cree que están de acuerdo al oponerse a la idea convencional de que "la globalización significa un Estado-nación cada vez más irrelevante". Meiksins Wood considera, a la inversa de los autores que la critican, que la globalización, o algunas de las tendencias que subyacen a ella, están creando condiciones económicas y políticas nuevas que hacen la lucha anticapitalista algo no menos sino más posible y potencialmente eficaz. Las políticas neoliberales no sólo responden a lo que el capital quiere, sino a lo que necesita para obtener una máxima ganancia en una economía integrada y globalmente competitiva. Y aun el Banco Mundial recomienda un Estado "eficaz" que se asocie a la empresa privada, lo que sin duda deja a los trabajadores en una situación difícil, que por lo demás siempre ha estado presente.

Cierto que el capital tiene ahora la ventaja de amenazar que si las cosas no le son favorables, se va a otra parte. Pero mi idea central —añade— es que no importa cuán adversa sea la correlación de fuerzas de clase, la globalización está poniendo los cimientos para una realidad diferente. "Mientras más dependa el capital del Estado para su propia reproducción, será más susceptible a su ataque frontal y ofrecerá un blanco más bien definido a la oposición. Por eso no es casual que veamos hay tantas protestas en las calles de numerosos países."

Desde luego no sugiere que las cosas sean fáciles; la víctima real de la globalización no es el proyecto socialista sino la socialdemocracia. En tal sentido acepto —dice— que el fenómeno tiene "efectos adversos sobre la política"; pero también implica que la posibilidad de una opción realmente anticapitalista está creciendo, no disminuyendo.

En síntesis, a diferencia de quienes han abandonado la política de clases y de quienes creen que el Estado es ya irrelevante, "lo que sugiero es que la organización política de los trabajadores es hoy más importante y potencialmente más efectiva que nunca; es hora

ya de pensar que un poder político democrático puede ser una *alternativa* al capitalismo, un medio para desvincular la vida material de la lógica de la acumulación capitalista y de los imperativos del mercado".[67]

Especulación financiera y "sociedad casino"

Harry Magdoff y Paul M. Sweezy examinan también, en diversos ensayos y artículos, los cambios recientes del capitalismo, y subrayan que el sistema monetario, las instituciones, los mercados financieros y la fiebre especulativa parecen incontrolables. Inclusive la revista *Business Week* ha hablado de que los Estados Unidos son hoy una "sociedad casino".

Las fuerzas que impulsaron la larga expansión de la postguerra tenían sus limitaciones. Lo que por cierto es parte de la naturaleza de la inversión, la que no sólo responde a la demanda sino que la satisface, razón por la cual "la expansión de la capacidad industrial siempre termina creando una capacidad excesiva".

¿Por qué las difíciles condiciones de los años setenta desembocaron en una explosión financiera? Veamos: entre 1945 y 1975, comentan nuestros autores, la producción creció poco más de 7 veces, en tanto que la deuda de empresas no financieras y de los consumidores se multiplicó por 19. En ese proceso los bancos ejercieron gran influencia ya que, tratando de obtener mayores utilidades en un momento en que éstas eran presionadas a la baja, incrementaron sus operaciones, de hecho sin reparar en si los acreditados podían o no pagar sus cada vez más cuantiosas deudas. Otras instituciones no propiamente bancarias entraron en el mercado ofreciendo intereses más altos, y todo ello reveló que la esfera financiera tiene un potencial que le permite operar como un subsistema autónomo en el conjunto de la economía, y cuya capacidad de autoexpansión es enorme. Y una vez que la expansión cobra impulso tiende a realimentarse; y como un cáncer, carece de mecanismos internos de control.[68]

Sweezy y Magdoff concluyen:

1) La expansión financiera es una fuerza que contrarresta el estancamiento, y sin la cual la caída de la economía habría sido seguramente peor.
2) "La 'sociedad casino' canaliza demasiado talento y energía a los juegos financieros, pero no lo hace a costa de la producción de bienes reales y servicios [...] No hay razón para asumir que si pudiera contraerse la estructura financiera, el talento y la energía ahora empleados en ella se destinarían a fines productivos." O en otras palabras: El crecimiento de la economía en años recientes, en parte atribuible a un gasto militar sin precedente en tiempos de paz, ha obedecido casi en su totalidad a la explosión financiera. Por ello nada se hace, o propone seriamente, para controlarla. Antes al contrario, cada vez que un incendio se vuelve una grave amenaza, lo que hacen las autoridades es regar más materiales inflamables.[69]

Lo anterior da cuenta de problemas y contradicciones reales a los que, como bien dice Paul Sweezy, la sabiduría convencional no presta atención. La escuela neoclásica, que domina totalmente la economía burguesa de nuestro tiempo, está a su vez dominada por un espíritu apologético que convierte en una caricatura sin vida la realidad histórica que pretende reflejar; en vez de clases en conflicto, los actores son individuos impotentes que buscan maximizar sus utilidades a través de mercados impersonales, pues en ese mundo de fantasía todos son iguales. La dinámica del sistema es moverse, más o menos suavemente y con facilidad, hacia un estado de equilibrio general, por lo que el destino histórico del sistema es reproducir el *statu quo* al infinito. Tal visión, es obvio, no ayuda a entender el mundo en que vivimos y los problemas a que nos enfrentamos.[70]

En un trabajo más reciente, el propio Paul M. Sweezy dice que la globalización es un proceso que se desenvuelve desde que el capitalismo se vuelve una forma viable de organización social. "Pero lo que ahora importa [a propósito de la globalización] es entender que el capitalismo en su esencia es un sistema en expansión interna y

externa."[71] Pues bien, después de una larga etapa de guerra fría, ésta "terminó con la restauración y triunfo del capitalismo en una escala verdaderamente global". Y las tres más importantes tendencias que subyacen al reciente desarrollo capitalista, después de la recesión de 1974-1975, son: 1) la caída de la tasa de crecimiento mundial; 2) la proliferación, también a escala mundial, de las corporaciones multinacionales monopolistas (u oligopolistas), y 3) la financiarización del proceso de acumulación de capital. Sweezy admite que, sin duda "éste ha sido un periodo de una más rápida globalización", pero las tendencias antes señaladas no son fruto de ésta, sino de cambios internos en el proceso de acumulación del capital.

Las tres tendencias están profundamente interrelacionadas. La monopolización tiene consecuencias contradictorias: de un lado genera un creciente flujo de ganancias, del otro reduce la demanda para nuevas inversiones en mercados cada vez más controlados: más y más ganancias y menos y menos oportunidades de inversión rentable.

Todo ello tiene lugar en un contexto de continua globalización. Pero ésta no es en sí misma una fuerza motriz. Lo que prevalece es lo que siempre estuvo presente en lo que llamamos historia moderna: el proceso siempre en expansión y con frecuencia explosivo, de acumulación de capital.[72]

Y, después de referirse a las contribuciones hechas por Paul Baran y Harry Braverman para entender aspectos fundamentales de la dinámica capitalista, como la polarización entre países desarrollados y subdesarrollados y la degradación del trabajo humano en el proceso de producción, Paul Sweezy reconoce que hay otros elementos del cuadro total de los que apenas hemos empezado a ocuparnos adecuadamente, como el nuevo papel de las finanzas en los últimos veinte años. Hoy, la acumulación de capital tiende a debilitarse, pero en vez de resultar en el colapso y la larga depresión de los años treinta, surgen situaciones contrarias en las finanzas, esto es una nueva manifestación de la tendencia del capital no tanto a producir bienes y servicios útiles, sino a manipular el dinero y especular, haciendo más dinero sin la intermediación del proceso productivo.

Esto, que fue advertido por Marx como un rasgo propio del capitalismo, ahora parece recorrer "una nueva fase" en la que el dinero se transforma en más dinero, crecientemente al margen de la producción.

"El capital siempre cambia [...] Esta completa integración de la producción y las finanzas en una teoría de conjunto del proceso capitalista es algo que está apenas en sus inicios, y que no se maneja bien en ninguna parte." Desde luego hay anticipos en varios autores. Pero la elaboración teórica tenía que depender de que la historia (o sea la realidad misma) creara una situación que hiciera necesaria la nueva teoría. Ahí es donde estamos ahora. "Harry (Magdoff) y yo sentimos que somos probablemente demasiado viejos y no intelectualmente capaces para resolver tales problemas. Todo lo que podemos hacer es estimular a gentes más jóvenes para que piensen en ellos y probablemente nos den la respuesta. Hay muchos nuevos fenómenos, y debiera haber muchas nuevas ideas y nuevas síntesis que se desenvuelvan con ellos."[73]

Del viejo al nuevo liberalismo

Otros colaboradores de *Monthly Review* se refieren también a los temas que examinamos. Por ejemplo, John Bellamy Foster señala que los liberales no advierten la influencia de las contradicciones internas del proceso de acumulación sobre las crisis, y que precisamente cuando la actual se acentúa y deja ver la incapacidad del liberalismo clásico para explicarla, surge el neoliberalismo conservador y contrarrevolucionario.

Bellamy Foster considera que fue Karl Polanyi quien hizo la más devastadora crítica al liberalismo del libre mercado, porque según él la idea de un mercado autorregulador había fracasado entre 1914 y 1945. Para Polanyi, el liberalismo se caracterizó por una contradicción entre la tendencia a regular y desregular, y los hechos demostraron que un mercado que se desenvuelve espontáneamente es una utopía y un mito peligroso, y que el mercado, lejos de ser algo natural, es una creación del Estado.

No obstante, los neoliberales repiten con frecuencia que no hay alternativa frente al extraordinario mecanismo del "mercado autorregulador" y que nos movemos en un orden competitivo global en que el Estado es incapaz de resistir a las fuerzas de la globalización.[74]

En los años noventa —comenta por su parte Gregory Albo— parece haber un amplio acuerdo en torno a la conservadora posición de que la economía crecerá si la producción se orienta hacia el exterior, con base en mercados de trabajo flexibles, salarios reales más bajos, menor regulación ambiental y un comercio más libre. La derecha lo celebra y la izquierda, aun lamentándolo, lo considera inevitable e irreversible. Incluso Perry Arderson, de la revista inglesa *New Left Review*, piensa que "el futuro pertenece al conjunto de fuerzas (capitalistas) que están desbordando al Estado-nación".[75]

Ante la consigna de que el Estado debe obedecer las leyes del mercado, los socialdemócratas keynesianos creen que para superar la inestabilidad del mercado se requiere una regulación que remueva ciertos obstáculos. La economía no saldrá adelante sólo a través del mercado. El Estado puede y debe intervenir para dinamizar la tecnología y mejorar el comercio exterior y la competitividad.

En sus diversas variantes, el keynesianismo no cae en la ilusión liberal de que el libre comercio y la desregulación de los mercados de trabajo resolverán los desajustes. Pero ambos tienen en común la convicción de que las limitaciones del mercado no son barreras generales a la acumulación de capital, sino problemas que pueden resolverse con una política razonable.

La idea de que incrementar las exportaciones puede ser la solución en rigor es sólo una ilusión. El capitalismo debe evaluarse en su conjunto, y no por el éxito que algunos países logren a costa de otros. Los únicos posibles ganadores son los pocos capitalistas afortunados que puedan combinar mano de obra barata y capacidad tecnológica que permitan que las tasas de explotación se mantengan. Ello hace que las políticas socialdemócratas no sean mucho mejores que las neoliberales. Y los movimientos masivos de capital debilitan el argumento socialdemócrata.

Mientras más global se vuelve una economía, mayor será la incertidumbre y el riesgo de la inversión. Si hay inestabilidad y crecientes riesgos e incertidumbre, el capital financiero menos aceptará ligarse a inversiones a largo plazo necesarias para aumentar la capacidad de las industrias de exportación. La movilidad del capital y los tipos de cambio flotantes en una economía mundial agravan el problema.

Para los socialdemócratas todo es cuestión de lograr un nivel adecuado de demanda. No reparan en los factores estructurales que la contienen y aun reducen, ni en que "estimular la demanda global para reducir la capacidad no aprovechada, puede sólo [...] hacer más graves los desajustes comerciales".[76]

Antes de continuar, quisiera dejar claro que si bien considero útil ofrecer al lector al menos un rápido y parcial recuento de estudios serios, en los que sin duda hay mucho que aprender, de ningún modo me anima el propósito de reparar en una serie interminable de materiales, lo que desbordaría con mucho lo que es más aconsejable y aun viable en un libro como el presente, e incluso lo que está al alcance de su autor. En rigor, además, no pretendo que las opiniones que aquí recojo brevemente sean las principales y menos todavía las que representan la posición de un autor en su totalidad.

De la mano invisible a la mano visible y el capitalismo global

Hacia fines del siglo XIX, escribe el norteamericano Michael Harrington, el *laissez-faire*, donde los empresarios obedecían a la mano invisible del mercado, se convirtió en capitalismo corporativo, en el que la mano visible de ejecutivos profesionales buscó, con la ayuda del gobierno, dirigir a los mercados en vez de seguirlos. "Este proceso de socialización capitalista fue en lo fundamental antisocial." Y la competencia, como Marx lo había anticipado, llevó al monopolio.

La internacionalización de la economía mundial se aceleró grandemente, sobre todo al surgir la corporación multinacional. En años

posteriores no se dudó ya que habría un orden económico global, sino sobre cómo sería ese nuevo orden. El proceso de producción sufrió cambios, y con él, muchas otras actividades. Como Marx lo señalara en el *Manifiesto*, el capitalismo tendría que expandirse, a fin de sobrevivir. El capitalismo corporativo se relacionó estrechamente con el gobierno, y llevó no sólo al monopolio sino a la separación de la propiedad y el manejo de las empresas; y la internacionalización de la producción convirtió al mundo entero en una "fábrica global".[77]

A partir de la gran depresión, Estados Unidos, Suecia y después otros países se interesaron en contribuir a elevar el nivel de empleo; pero lo que en esencia hizo posible el "Estado de bienestar" lo llevó a su crisis.

El costo social de la larga prosperidad de la posguerra fue enorme. Y entre otras consecuencias, una población superflua de marginados, más atención al crecimiento que a la redistribución del ingreso, y a la postre una saturación de los mercados internos de bienes de consumo en los países industriales, contribuyeron a la internacionalización del sistema. Keynes pensó que una respuesta a ese problema sería elevar las tasas de interés a fin de reducir el exceso de inversión ante una sobreoferta de capital. Pero, a la vez consideró tal remedio como de los que "curan la enfermedad matando al paciente".

El impulso al comercio internacional fue el inicio de los cambios estructurales de fondo del periodo posterior a la segunda guerra. La primera fase de la "revolución keynesiana" descansó principalmente en el desarrollo interno de las economías avanzadas, y en un cada vez mayor comercio entre ellas. Hacia fines de los años sesenta dichas economías empezaron a mirar al exterior para resolver los problemas creados por sus realizaciones, y la competencia con Japón e incluso con países —como los llamados "tigres asiáticos"— que empezaban a industrializarse, fue más severa. Y ciertas industrias dejaron realmente de ser nacionales.[78]

La internacionalización impuso a los trabajadores una más estricta disciplina y liberó de la regulación nacional a las grandes em-

presas y al capital. La globalización financiera rebasó a los bancos centrales y a los gobiernos, que no pudieron ya manipular la oferta monetaria; y todo ello estimuló la especulación y las llamadas economías de alcance (*economies of scope*), que resultan de que la automatización da a una planta la capacidad para producir una amplia variedad de bienes y no, como antes, un producto determinado.

La crisis del keynesianismo se expresó, además, en los años setenta, en un descenso de la productividad en los países industriales. En tales condiciones, demandas que antes parecían razonables provocaron tensiones, inflación y conflictos sociales, y la caída de la productividad jugó un papel muy importante en el agotamiento de la estructura fordista de acumulación.

La política de Reagan y Thatcher en Estados Unidos e Inglaterra tuvo rasgos comunes: atacar a los sindicatos y mantener bajos salarios reales, a través del desempleo y de la rápida disminución de numerosos "buenos" empleos. Dichas políticas exhiben, además, una paradoja: "la de que incluso el *laissez-faire* se ha vuelto estatista", y el que en la práctica, las políticas de libre mercado han procedido de regímenes fuertes, militaristas, socialmente autoritarios y financieramente endeudados.[79]

La creciente internacionalización, la crisis de los últimos decenios y aun el lento, desigual e inestable crecimiento económico ponen de relieve que no basta que cambien los patrones de consumo; la producción misma y la acumulación de capital deben reestructurarse, como expresión de cambios cualitativos, y la reducción de las jornadas laborales y el mejoramiento de los salarios serían fundamentales en ese proceso. La transformación socialista —afirma Harrington— "será tarea de una época histórica. Todo lo que podrá hacerse en el curso de una generación será lograr cambios sustanciales que sean el inicio de una transformación revolucionaria que los pueblos mismos decidan y lleven adelante. Y lo que debiera ya estar en la agenda futura es la creación de una estructura de acumulación socialmente progresista".

Según Harrington, Lenin no previó los Estados capitalistas de bienestar. Pensó que la exportación de capital a la periferia era una

necesidad interna, pues el sistema no podría absorber su propio excedente, ya que era incapaz de generar un consumo masivo.

Durante el fordismo, la nueva tecnología "descalificó" al trabajador al someterlo a tareas mecánicas y repetitivas. Ahora, la automatización, la robotización y la computarización y otros cambios continúan y a la vez contradicen ese patrón. Al mismo tiempo las empresas han tenido que readiestrar a algunos de sus funcionarios y empleados, pues cuando se introducen nuevas tecnologías, su fruto es pobre si no se prepara debidamente al personal que ha de operarlas. Y aunque se habla a menudo de estimular la iniciativa y creatividad de los trabajadores, lo cierto es que el autoritarismo del sistema fordista prevalece en múltiples procesos, y que otros toman las más importantes decisiones.[80]

Los cambios ya en curso y los que se registren en adelante no significarán que las formas de organización que hasta aquí conocimos desaparezcan. Junto a lo nuevo seguirán presentes ciertos rasgos de los métodos previos. La crisis también persistirá y los graves problemas estructurales, incluso un nuevo 1929 no puede excluirse, especialmente si la tecnología lleva la producción mucho más allá de los niveles a que pueda absorberse.

Las nuevas formas de organización del trabajo desbordarán los viejos marcos institucionales. Desde los años setenta fue claro que la socialdemocracia keynesiana, con la que se respondió a la revolución tecnológica fordista, no funcionaba ya adecuadamente, y en realidad tampoco lo ha hecho después el "mercado libre". Tales ilusiones no sobrevivirán por mucho tiempo, y cuando desaparezcan en medio de una serie de crisis estructurales cuya intensidad no puede predecirse, no habrá otra opción que el cambio radical y la socialización.

La "sociedad casino" revela la ambigüedad del capitalismo contemporáneo. "La misma palabra —invertir— se refiere a dos acciones diferentes: a usar el dinero para producir, y a destinarlo a la especulación." Durante las dos últimas décadas esa confusión ha impulsado un capitalismo especialmente parasitario, en el que no importan las apariencias, los ricos son quienes deciden. Pero aun en

donde la inversión financiera crece espectacularmente, se requerirán inversiones físicas cuantiosas en las que descanse una nueva estructura de acumulación de capital. En ésta lo central no será que crezca cuantitativamente el producto interno bruto, sino el saldo cualitativo que resulte una vez deducido su costo social, y el grado de avance en un proceso de desmercantilización.[81]

De los "años dorados" del capitalismo a las "décadas de crisis"

El prestigiado historiador inglés Eric Hobsbawm en varias de sus obras examina aspectos fundamentales del desarrollo del capitalismo. Incluso en la época imperial, dice en uno de sus últimos libros, la economía mundial capitalista transformó virtualmente todas las partes del globo. No obstante, sorprende comprobar qué poca industria había fuera de los países altamente desarrollados, antes de los años setenta. El cambio realmente importante se produjo a partir de entonces, cuando empezó a escribirse sobre la "nueva división internacional del trabajo".

Al terminar la segunda guerra cobró impulso el proceso de descolonización. Surgieron entonces numerosos nuevos países que aspiraban a modernizar y desarrollar sus economías. Pero la paz desembocó en la guerra fría, el rearme y la confrontación de dos bloques encabezados por Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que volvió muy difícil el desarrollo nacional independiente. En cambio, el crecimiento económico alcanzó niveles sin precedente y el funcionamiento del sistema registró múltiples cambios.

"El fin de la guerra fría no fue sólo el fin de un conflicto internacional; lo fue de una era, no únicamente para el Oriente sino para el mundo entero. Hay momentos históricos que pueden reconocerse [...] como el fin de una época. Los años alrededor de los noventa claramente fueron un quiebre secular. Pero si bien todos podían ver que terminaba lo viejo, había una manifiesta incertidumbre acerca de la naturaleza y perspectivas de lo nuevo."[82]

La reestructuración del capitalismo y el avance de la internacionalización económica —observa Hobsbawm— fueron centrales, y el intervencionismo estatal reformista característico de la socialdemocracia parecía haber triunfado. La oferta de mano de obra barata de los antes desempleados y del creciente trabajo migratorio contribuyeron a esa prosperidad económica. Con todo, la economía mundial de los "años dorados" siguió siendo internacional más que trasnacional. Pero desde los años sesenta la economía trasnacional empezó a surgir, y en los setenta era ya una verdadera "fuerza global".

Tres aspectos de esta trasnacionalización fueron manifiestos: las firmas trasnacionales, o "multinacionales", la nueva división internacional del trabajo y los nuevos (e incontrolados) mercados financieros (*offshore*).

Hacia los años setenta algunos países subdesarrollados empezaron a exportar manufacturas incluso a las naciones industriales, y una nueva división internacional del trabajo comenzó a desplazar a la vieja. Pero cuando se pensaba que la expansión continuaría, los problemas y los signos de inestabilidad se multiplicaron, y a partir de 1973 la crisis, que muchos consideraban ya superada, reapareció, y la larga época de prosperidad quedó atrás. En ella sin embargo, según Hobsbawm, se produjo "la más grande, más dramática, rápida y universal transformación social de la historia", y lo nuevo de ella fueron su extraordinaria velocidad y su universalidad.

Entre otros grandes cambios, él destaca la declinación del campesinado y el aumento de ocupaciones que requerían educación secundaria e incluso superior. Fueron los cambios de tal magnitud que en Inglaterra, por ejemplo, los universitarios que se graduaban superaron en número a los mineros del carbón, y en Estados Unidos los restaurantes de hamburguesas McDonald's empleaban más personas que la industria siderúrgica, lo que en parte obedeció a que, sobre todo a partir de los años ochenta, los obreros fueron víctimas de las nuevas tecnologías.

La transformación de los años de rápido crecimiento no fue sólo económica y social sino también cultural. El éxito del capitalismo, en opinión de Hobsbawm, "obedeció a que esa transformación no

fue 'sólo capitalista'." La maximización de ganancias y la acumulación eran condiciones necesarias, pero no suficientes. Fue la revolución cultural del último tercio de siglo lo que empezó a erosionar los activos históricos del capitalismo. Y más tarde el mercado pretendería triunfar, cuando su "desnudez e insuficiencias no podían ya ocultarse".[83]

Hobsbawm considera que la alternativa propuesta por los "teólogos del ultraliberalismo económico" no resuelve los más graves problemas, e incluso deja a todos los gobiernos —excepto tal vez al de Estados Unidos—, al amparo de un incontrolable mercado mundial, y somete a cada vez más trabajadores al desempleo —ahora no sólo cíclico sino estructural— y a bajos salarios. "La tragedia histórica de las décadas de crisis —escribe— fue que la producción desocupó a numerosos trabajadores mucho más de prisa que como el mercado creaba nuevos puestos de trabajo para ellos."

Al extenderse, la economía trasnacional limitó la capacidad del Estado-nación territorial, el que en adelante sólo podría controlar una parte de los asuntos que antes atendía. La tendencia neoliberal a desmantelar al Estado y dejar al mercado lo que hasta entonces eran instituciones y empresas públicas agravó la situación. A punto de concluir el siglo, la ausencia de instituciones y mecanismos capaces de resolver los nuevos problemas era cada vez más evidente, y el Estado-nación no era ya capaz de resolverlos.[84]

REORGANIZACIÓN DEL ESTADO Y DESCOMPOSICIÓN SOCIAL

En un ensayo de Leo Panitch —escrito en 1994—, cuando era coeditor, con Ralph Milliband, del *Socialist Register*, se comenta que, pese a todas las transformaciones, el mundo de hoy "es todavía muy capitalista", lo que no significa que no haya cambiado. Y, recogiendo la opinión de otros autores, señala que la globalización refleja menos el establecimiento de un nuevo régimen estable de acumulación de capital, que la descomposición de la vieja estructura; y que no es completa ni inevitable.

Lo primero a entender —según Panitch— es que si bien la naturaleza de su intervención ha cambiado, el papel del Estado no ha disminuido necesariamente. En nuestros días la globalización capitalista es un proceso que tiene lugar en, a través de, y bajo la dirección del Estado, y supone un cambio en las relaciones de poder que a menudo significa la centralización y concentración de los poderes del Estado, como condición y acompañamiento necesarios de la disciplina del mercado global. La idea de que las "empresas multinacionales y las naciones son incompatibles entre sí no es necesariamente cierta".

Nicos Poulantzas, en un ensayo escrito años atrás, expresa que "la actual internacionalización del capital no suprime ni rebasa a los Estados-naciones". Poulantzas, comenta Panitch, nos recordaría que la internacionalización del Estado no podía reducirse a una "simple y mecanicista contradicción entre la base (internacionalización de la producción) y una cubierta superestructural (el Estado-nación) que ya no corresponde a ella". Las interpenetraciones y contradicciones de clase globales tenían que entenderse en el contexto del carácter específico del papel central del Estado-nación en la organización, sanción y legitimación de la dominación de clase dentro del capitalismo.[85]

En las palabras de Robert Cox, "el centro de gravedad se ha movido de las economías nacionales a la economía mundial, y los Estados reconocen su responsabilidad respecto a unas y la otra".

A partir de la crisis de los años setenta se abre una nueva fase en la internacionalización del Estado. Pero el papel de éste es todavía determinado por las luchas entre las fuerzas sociales dentro de cada formación. En los años noventa, ante la ausencia de consenso o de capacidad para una regulación trasnacional de los mercados de capital, la internacionalización del Estado parece tomar la forma de tratados interestatales que pretenden obligar legalmente a los gobiernos a aceptar la disciplina del mercado de capital.

La recesión global de los años noventa es prueba del fracaso económico del ultraliberalismo global. La crisis de la demanda y el aumento del exceso de capacidad productiva lo comprueban.

Quienes proponen crear una "democracia trasnacional", porque el Estado-nación ha sido supuestamente rebasado por la globalización, no entienden lo que la internacionalización del Estado significa. No sólo sigue el mundo compuesto de Estados, sino que una "democracia efectiva" se inserta en estructuras políticas de alcance nacional. El capitalismo no ha escapado al Estado. Éste continúa siendo un elemento constitutivo fundamental del proceso mismo de expansión capitalista. Bajo los Estados actuales, sin embargo, no será posible imponer controles eficaces al capital. Para ello será preciso reestructurar los aparatos estatales y reorganizar su *modus operandi*. El problema es desplazar el poder hacia espacios en los que los movimientos democráticos opuestos al capital puedan fortalecerse.

Un Estado alternativo posible frente a los que promueve la globalización en medio de la austeridad competitiva, tendrá que basarse en una economía que se oriente hacia adentro más que hacia el comercio exterior. Ello debiera significar una radical descentralización. Y esa alternativa no será viable sin, por lo menos, ciertos controles sobre el comercio y los flujos de capital. Los acuerdos internacionales entre los Estados serán ciertamente utilizados, pero tendrán un propósito contrario a los del neoliberalismo.[86]

ECONOMÍA DE LA TURBULENCIA GLOBAL

En un número especial —el 299, de mayo/junio de 1998—, *New Left Review* recogió el estudio del historiador inglés Robert Brenner, "The Economics of Global Turbulence", al que haremos también una breve referencia.

Desde las victorias de Reagan y Thatcher, a fines de los años setenta —señala el autor—, el capital ha profundizado su dominación. "El flujo global de capital ha sido progresivamente liberalizado para que las corporaciones multinacionales y los bancos puedan más fácilmente recorrer el mundo y encontrar las más rentables actividades." Pero, irónicamente, mientras al capital le ha ido bien, el desempeño de los países capitalistas más desarrollados se ha deteriorado.

La reducción de la acumulación de capital obedeció al descenso en la tasa de ganancia, especialmente en las manufacturas, entre 1965 y 1973, así como entre 1973 y 1982, en los países capitalistas más avanzados. Y la menor rentabilidad trajo consigo una creciente inestabilidad, que se expresó en tres recesiones.

Algunos, como hemos visto, consideran que la economía internacional y en particular la de Estados Unidos han entrado en una nueva era de "capitalismo turbulento" (*turbo charged capitalism*). Y si bien el conjunto de las cifras macroeconómicas no parecería comprobarlo, la idea de que se abre una época económica que requiere un "nuevo paradigma" se apoya a menudo en el alza espectacular del valor de mercado de las acciones, alza que, por cierto, deja muy atrás al resto de la economía. Con frecuencia, se expresa que acaso se subestime la inversión que corresponde a la computación, y en general a la tecnología de la información, que crece con gran rapidez. El profesor Brenner reconoce que el capital destinado a computadoras y "equipo periférico" aumenta a razón de 30% al año entre 1975 y 1985, y 20% de este año a 1993. Pero aun así, recuerda que dichas inversiones sólo representan el 2% del valor neto de capital.[87]

Sobre todo en la segunda mitad de los años noventa la tasa de ganancia en Estados Unidos se eleva —especialmente en las manufacturas— y aun supera los niveles de fines de los años sesenta, a consecuencia de lo cual se incrementan también la inversión fija, la productividad y la producción y exportación de manufacturas, lo que hace pensar que pueda abrirse una nueva fase de expansión económica Mas lo cierto es que no puede descartarse que estemos en vísperas de otra aún más brutal ronda de duras batallas —de suma cero— por los mercados mundiales de manufacturas, frente a una demanda que crezca lentamente y limite el dinamismo de la economía internacional. Y si los países industriales continúan tratando de superar sus dificultades ampliando su participación en el mercado mundial a partir de una más profunda represión salarial y austeridad macroeconómica, lo más probable es que de ello resulte una más severa competencia y mercados saturados.

No debiera olvidarse que desde los años ochenta hasta 1996, Asia oriental y sudoriental fue el único centro de una dinámica acumulación de capital, en medio de un estancado capitalismo mundial. Pero como debido al lento crecimiento de sus mercados internos, los principales países industriales intentan aumentar sus exportaciones, es difícil que la capacidad de producción y la producción misma no rebasen la demanda, y evitar que ello afecte la tasa de ganancia y las perspectivas de crecimiento económico.[88]

En un reciente número de *Monthly Review*, los profesores John Bellamy Foster y David McNally comentan el libro de Robert Brenner.[89]

Actualmente los problemas de sobreacumulación en la "economía real" se evidencian en la excesiva capacidad de producción de múltiples artículos; la crisis se manifiesta dramáticamente en la esfera financiera.

Brenner advierte que el cambio tecnológico trae consigo fuertes variaciones en los valores y los precios de las mercancías, y que el propio dinamismo de la inversión y la acumulación del capital y la gran volatilidad que produce en valores y precios puede resultar en una caída de la tasa de rentabilidad. O dicho en forma más sencilla, el problema del capital es que, como resultado de la tendencia a abaratar las mercancías, el valor de mercado de los componentes del capital fijo decline, y que los precios no sean suficientes para compensar a los productores menos eficientes. Contra lo que supone la economía neoclásica, dichos productores no dejan automáticamente la actividad en que operan porque la tasa de ganancia baje, lo que contribuye a la sobreacumulación, que se agrava cuando los empresarios proceden a reestructurar y hacen nuevas inversiones, a fin de sobrevivir.

En una conferencia dictada hace unos meses en África del Sur, Ellen Meiksins Wood expresa que Brenner hace un aporte al debate marxista sobre el origen del capitalismo. Y en su ensayo se conectan en forma estrecha su análisis del origen del capitalismo y el de la turbulencia en el capitalismo global contemporáneo.

El capitalismo, dice Brenner, es un sistema en el que "las unidades económicas —como en ninguna época histórica previa— deben depender del mercado para todo lo que se necesite". Esta dependencia distingue al capitalismo de todos los sistemas anteriores, y para Brenner tiene, como la competencia, un rango distinto, independiente y aun anterior a la relación entre el capital y el trabajo.

Sobre esa base, el autor analiza la larga declinación de las últimas décadas y ubica el mecanismo crítico del descenso en la relación —y la contradicción— entre los capitales, con independencia de la relación entre el capital y el trabajo. Debido a la contradicción entre los capitales y no a la presión de los trabajadores sobre la tasa de ganancia, la competencia capitalista lleva, inevitablemente, a la capacidad excesiva.

Al respecto, aclara Meiksins Wood, "no es la competencia, en lugar de la acumulación. No es la esfera de la circulación, en vez de la esfera de la producción. La competencia juega un papel central en la acumulación capitalista porque el capitalismo es en esencia un sistema que depende del mercado"; es esta dependencia la que determina los imperativos de la acumulación.[90]

Brenner esgrime un devastador argumento contra quienes explican la caída económica como resultado de la fuerza de los trabajadores y su influencia sobre las ganancias, y demuestra que el largo descenso no fue, ni podía haber sido, causado por los trabajadores.

En el fondo, sostiene Meiksins Wood, el terreno común de las estrategias keynesianas y neoliberales es que ambas tratan de que el mercado funcione mejor. Las neoliberales pueden recurrir a la desregulación, mientras las keynesianas subsidian la demanda. Pero como ninguna examina las condiciones que hacen que la gente dependa del mercado, ninguna advierte la contradicción subyacente.

Todo lo anterior permite establecer que incluso sin que la lucha de clases haga bajar las utilidades, la contradicción en las relaciones entre los propios capitales traerá consigo la crisis, el capital seguirá exprimiendo (o explotando) a los trabajadores. Entender, por tanto la independencia y a la vez la interconexión de esas relaciones es importante no sólo para fines de análisis, sino para la lucha política.

La lucha de clases o la ausencia de ella no elimina las contradicciones del capitalismo, pero a la postre puede eliminar al sistema mismo. Bajo el capitalismo puede haber múltiples formas de lucha, lo que no hay es un terreno intermedio, una tercera vía, distinta al capitalismo y el socialismo.[91]

Lo que determinó el comportamiento de la tasa de ganancia fue la sobrecapacidad instalada y la sobreproducción a la escala de todo el sistema, cuyo desarrollo fue muy desigual. Y para acentuar esa situación de capacidad de producción excesiva contribuyó, entre otros factores, la generalización de las políticas keynesianas, que impidieron la recuperación de la tasa de ganancia y de la acumulación de capital. Esas políticas, además, estimularon la inflación, y al impedir la amarga medicina de la depresión redujeron, a largo plazo, el dinamismo potencial del sistema.

Las políticas restrictivas posteriores contribuyeron a la reducción de la demanda en casi todos los países, forzando a los productores a tratar de exportar, lo que intensifica la competencia y exacerba el problema de sobreproducción, que junto con la recesión de casi toda una década, constituyen el antecedente de la recuperación de la economía norteamericana en los últimos años.

Brenner subraya que precisamente porque la sobrecapacidad y la sobreproducción son persistentes, la competencia internacional, a lo largo de toda la declinación, ha resultado un juego de suma cero, con capitales de base nacional que tienden a elevar su tasa de beneficio sólo a costa de sus rivales, lo que trae consigo que la tasa para el conjunto del sistema no se eleve fácilmente. Su posición no significa que dude de que la fuente de las utilidades capitalistas es sólo la explotación de los trabajadores. Aun así, ello no autoriza a sostener dogmáticamente que el mecanismo que lleva a la crisis y al estancamiento debiera buscarse directamente en la relación capital-trabajo. El crecimiento del capital fijo no puede derivar de la relación capital-trabajo, a menos que ella se considere en conexión con las presiones de la competencia. En ausencia de la amenaza competitiva, los capitalistas no tienen por qué intensificar el proceso de trabajo.

La expansión del capital fijo históricamente no sólo ha respondido al propósito de reducir costos para controlar el proceso de trabajo, sino sobre todo a las demandas de la ciencia y la tecnología y a la necesidad de hacer crecer las fuerzas productivas. Y cuando reducen costos es para permanecer competitivos.

En un sentido más general: de un lado es imposible derivar la ley de la acumulación de capital de la sola existencia de trabajo asalariado. Del otro, la tendencia a invertir excedentes y a innovar es propia de las economías estructuradas por relaciones sociales de propiedad, en las que los productores directos se han vuelto dependientes del mercado —y de la competencia— al separárseles de los medios de subsistencia, incluso si ellos tienen que proletarizarse, por la separación de los medios de producción.[92]

Crisis estructural del capital

Vivimos, nos dice el profesor Mészáros, de la Universidad de Sussex, en una era de crisis histórica sin precedente, cuya severidad se explica porque se ha profundizado la crisis estructural del sistema capitalista. Esta crisis "afecta —por primera vez en la historia— a todos, y plantea la necesidad de cambios fundamentales en la forma en que el metabolismo social ha de controlarse para que la humanidad sobreviva".[93] Y, citando a Marx, señala que el capitalismo deviene "una totalidad" porque subordina a él todo en la sociedad, y crea los nuevos órganos necesarios para ello.

Pese al antiestatismo liberal, el Estado juega un papel muy importante en el sistema del capital. Dicho sistema es "antagónico" y este antagonismo es estructural, lo que lo hace "irreformable e incontrolable". El fracaso de la socialdemocracia demuestra que en el fondo no es reformable, y la profunda crisis estructural de nuestros días, que no es controlable.

Ahora bien, el sistema del capital se caracteriza por una triple fractura entre: 1) la producción y su control; 2) la producción y el consumo, y 3) la producción y la circulación (tanto interna como

internacional) de los productos.[94] A consecuencia de ello sus diversas y antagónicas partes entran en conflicto y se desenvuelven en diferentes direcciones, aunque al respecto se piensa que, bien la mano invisible, la "razón" o el Estado se encargan de lograr la cohesión y el mejor funcionamiento del sistema. Para Mészáros, es el Estado-nación el que da al capital una relativa cohesión; pero al acelerarse la expansión capitalista, el sistema se vuelve más destructivo e incontrolable, y su crisis afecta, concretamente, al Estado.

Hoy se nos presenta la globalización como algo nuevo y casi mágico. Se olvida que el capitalismo siempre se movió en esa dirección, y que por ello trató —y así será mientras sobreviva— de superar todos los obstáculos que se le oponían. Mientras el capital se proyecta, sobre todo a través de gigantescas empresas trasnacionales hacia una integración global, el "capital social en su totalidad" carece de una "formación estatal" correspondiente. Y la ausencia de ese Estado demuestra la incapacidad del capital para desarrollarse conforme a su propia lógica y lograr una verdadera integración global, que sólo una "solución socialista podrá ofrecer".

La crisis estructural del capital persistirá, probablemente será más profunda y afecte al mundo entero y todos los aspectos de la vida. Un cambio históricamente viable sería uno de tal magnitud que fuera "más allá del capital como modo de control del metabolismo social". Lo que supone una transformación que rebase con mucho el simple cambio de la "forma específica en que se extraiga y apropie la plusvalía". Pero, independientemente de cómo se exprese el capital, éste no podrá resolver la crisis del sistema ni menos establecer la hegemonía de los trabajadores. Por eso tendrá que acometerse con éxito la tarea de "rearticular el movimiento socialista con un movimiento de masas" combativo e independiente. Acabar con la separación de la organización sindical y política de los trabajadores y comprometerse en una conciente acción política directa contra la débil aceptación de condiciones de trabajo cada vez peores, como aconsejan las reglas pseudodemocráticas del juego parlamentario, son los objetivos y líneas de acción de un revitalizado movimiento socialista. "El sometimiento al curso global-

mente destructivo de la globalización capitalista no es una verdadera opción."[95]

Mészáros hace notar que no deja de ser curioso que ciertos políticos, al mismo tiempo que aseguran que no hay alternativa frente al curso que siguen los acontecimientos mundiales, nos recuerdan que su oficio, es decir la política, es "el arte de lo posible".

Sobre la actual crisis el autor observa que un primer hecho interesante consiste en que, acaso debido a su profundidad y persistencia, no sólo ciertos teóricos y políticos que tienen posiciones críticas, sino empresarios e inversionistas, reconocen su gravedad y se muestran preocupados. Señala también que el alto monto de los gastos militares en tiempos de paz, buena parte de los cuales se destina a sofisticadas tecnologías que no pueden fácilmente utilizarse para fines civiles, al mismo tiempo que crea demanda acentúa la crisis, y lo que también influye en ese sentido son las enormes e impagables deudas y la dominación que ejerce Estados Unidos en la alianza occidental, que a menudo se expresa en acciones extraterritoriales que, aparte de ser violatorias del derecho internacional, lesionan la soberanía de los países afectados por ellas, y desde luego en una cada vez mayor dependencia no sólo de los países subdesarrollados, sino incluso de las naciones industriales respecto de Estados Unidos, que sin duda es fuente de desacuerdo, conflictos y aun serias rivalidades. Y frente a aquéllos que creen que la hegemonía de Estados Unidos se acerca a su fin, Mészáros piensa que, como lo previó Paul Baran hace décadas, el dominio norteamericano persiste y no parece fácil que esa situación cambie en un corto plazo.[96]

En otros países se trabaja también sobre estos problemas. En Alemania, por ejemplo, los escritos de Jürgen Habermas, de C. Offe y otros autores son, sin duda, interesantes.

En Francia, desde hace años hicieron valiosas contribuciones autores como Poulantzas, Palloix y Boccara, y tiempo después, Michel Beaud publicó su estudio sobre la economía mundial y S. de Brunhoff *L'Heure du Marché*. Por entonces, además, Michel Aglietta lanzó su teoría de la regulación capitalista, y Robert Boyer

publicó su libro sobre el mismo tema; más tarde aparecieron interesantes contribuciones nuevas de Michalet, François Chesnais, Pierre Bourdieu y otros, incluyendo, entre los más recientes el estudio sobre miseria y riqueza de André Gorz, y el *best seller* de Viviane Forrester, *El horror económico*, que tuvo la virtud de atraer y hacer pensar en los grandes problemas del capitalismo de nuestros días a centenares de miles de personas a quienes esos problemas afectan gravemente.

Estado y capital trasnacional

Que el capitalismo ya no tenga un adversario de su talla y que por lo tanto haya vuelto a ser peligroso —escribe Michel Albert— es actualmente irrefutable; (también es claro que) de sus dos variantes sea la más discutible, la menos eficaz y la más violenta la que gana terreno.

En sus relaciones con el Estado, el capitalismo recorre, según Albert, tres fases en los dos últimos siglos. En 1791 se inicia la primera, que es la del capitalismo contra el Estado. Cien años después, en 1891 comienza la segunda, que es la del capitalismo "acotado por el Estado", y en 1991 la tendencia se invierte, y por querer abarcar o dirigir demasiado la economía, el Estado está a punto de ahogarla, y una nueva ideología del capitalismo llega al poder.

"Esta ruptura histórica a menudo es fuente de dinamismo y de prosperidad, pero también de rupturas sociales a veces dramáticas y peligrosas."[97]

En otro estudio, éste de Robert Fossaert, se dice: "Las multinacionales tienen casi todas por origen un solo Estado. Su Estado natal es una especie de cónsul protector [...] Desde principios de los años ochenta se relajan los lazos entre Estados de origen y multinacionales, porque (algunas de éstas) despliegan una estrategia europea o mundial".

Por entonces, se afirma un imperialismo depurado de sus antiguas adherencias, con una fuerza creciente y alcance universal. Su

motor es una acumulación de capital de menos en menos separada por las fronteras del Estado (y) el imperialismo adquiere así el aspecto (de algo natural) de esencia pura del mercado. Los movimientos del capital desestabilizan la acumulación, "y el mercado de capitales no provee los recursos financieros que se requieren, donde la rentabilidad no es elevada".

El capitalismo no redistribuirá adecuadamente el ingreso. Ello dependerá de luchas políticas internas e internacionales, y si las presiones populares siguen siendo insuficientes, la miseria popular ganará terreno. [98]

Un nuevo mundo adquiere forma desde fines de los años 1980, un mundo claramente más capitalista que sus predecesores y sujeto a menos restricciones; pero el predominio incontrolado de la acumulación capitalista conducirá a crisis económicas como las del siglo XIX europeo, sólo que esta vez a escala de todo el mundo.

"El mundo que adquiere forma desde 1985-1990 es peligroso. Su resorte principal —la acumulación de capital— produce mercancías y crisis, desigualdades y guerras." [99]

Crisis del sistema de regulación

Años después de publicar su *Teoría de la regulación capitalista*, Michel Aglietta escribe por su parte un ensayo en el que plantea lo que sigue.

La teoría de la regulación se refiere a procesos económicos heterogéneos que resultan del desarrollo desigual "inherente al capitalismo". Un modo de regulación es un conjunto de mediaciones que aseguran que las distorsiones creadas por la acumulación de capital queden dentro de límites compatibles con la cohesión social en cada país. La idea esencial de la *Teoría de la regulación capitalista* es que el dinamismo del capital representa "un enorme potencial productivo, pero también una fuerza ciega". En otras palabras, el capitalismo puede movilizar y transformar en crecimiento la energía humana, pero no es capaz de convertir el choque de intereses indi-

viduales en un sistema global coherente, e incluso provoca conflictos que obstruyen su propio desarrollo.

"El sistema fordista de regulación pudo reconciliar los rápidos incrementos de productividad con el crecimiento del ingreso real y la estabilidad en su distribución." El resultado fue un crecimiento endógeno, de larga duración, que suavizó las fluctuaciones cíclicas. Pero el alto nivel de acumulación de capital hizo que la demanda superara a la oferta y surgieran presiones inflacionarias.

De acuerdo con el enfoque regulacionista el capitalismo carece de un principio regulador propio, inherente a él. Por eso pudieron corregirse las distorsiones que en los últimos veinte o veinticinco años acompañaron a los cambios en el régimen salarial al expandirse el capitalismo, la globalización financiera y la revolución tecnológica. La aceleración del crecimiento global en los años noventa amplió grandemente el número de consumidores masivos. La extensión del trabajo asalariado y la reducción del costo de transferencia del conocimiento técnico ampliaron y profundizaron la división del trabajo y contribuyeron a elevar la productividad, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. "La transformación de la división del trabajo a escala planetaria es una fuente de acumulación de capital que refuerza un nuevo régimen de crecimiento [...] Pero como siempre ha ocurrido bajo el capitalismo, esta revolución tecnológica no es autorregulable."[100]

La apertura de los mercados financieros fue consecuencia de la crisis del fordismo y de la mayor integración económica regional. Ello cambió el sistema financiero e hizo surgir lentamente nuevas formas de regulación macroeconómica, debido a todo lo cual la polarización se acentuó y la globalización de las grandes empresas movilizó mucho más que antes los recursos financieros internacionales.

La fuerte caída de las tasas de crecimiento y el aumento del desempleo resultantes del debilitamiento de la acumulación de capital evidencian la crisis en Europa. El efecto conjunto del descenso en la productividad y en la demanda final minaron las relaciones entre los países, que habían sido características de la fase de pros-

peridad, y transformaron también la estructura de la fuerza de trabajo y del empleo.

Actualmente las sociedades salariales del mundo desarrollado tratan de responder al triple reto de la globalización capitalista, la desintegración de la identidad social y la contracción del Estado, a través de diversos modos de regulación en los diferentes países. En Europa, por ejemplo, los derechos sociales influyen fuertemente en los costos salariales y crean diversos tipos de organización corporativa, de lo que resulta un mercado "externo". "Esta segmentación es parte integral del capitalismo organizado de la época fordista, y la razón por la que se consideró muy 'rígido' al mercado laboral europeo."

El incremento del desempleo en los años setenta y ochenta en Francia afectó principalmente al trabajo no calificado, y la segmentación del mercado condenó a muchos trabajadores a la exclusión.

Para reconciliar el capitalismo de mercado con un renovado principio de solidaridad, sería necesario renovar el proyecto social-democrático, esto es, identificar los mecanismos de mediación social que, combinados, formaran el nuevo modo de regulación y guiaran la acumulación de capital en condiciones de redistribuir el ingreso en forma que restablezca la solidaridad.[101]

La empresa fordista tenía una estructura vertical, la movilidad del capital permite a las empresas organizarse como conjuntos o redes, lo que favorece la combinación de cooperación y competencia.

El compromiso del Estado de entrenar, preservar y renovar los recursos humanos no podría estar más alejado de la ideología del Estado minimalista, de moda en los años ochenta. "El Estado inversor es el aliado natural del progreso técnico. El apoyo del Estado a la educación, la investigación y la infraestructura, no sólo no excluye la inversión privada, sino que la complementa." La inversión productiva básica requiere una perspectiva de largo plazo, con la que el Estado puede contribuir. Y las políticas destinadas a mejorar la calidad y la flexibilidad del trabajo no son ajenas a una que impulse el desarrollo. Reafirmar la solidaridad supone rehabilitar la política como el principal agente de cohesión social.

"El significado de la democracia —escribe Aglietta— debe ser redescubierto en sus raíces mismas: la solidaridad como un valor colectivo sin el cual el individuo no puede desenvolverse." La lucha contra la exclusión social significa aumentar la demanda de trabajo mientras se amplía la oferta de mano de obra para crear empleos. Los gobiernos pueden actuar en esas dos direcciones.

Aglietta concluye señalando que la situación es propicia para un debate político. El reto verdadero no es desmantelar al Estado de bienestar. Al contrario, lo que se requiere es cohesión social. El debate debe encontrar un medio de expresión de los derechos sociales de la gente, a fin de que un nuevo régimen de crecimiento pueda hacer que esas sociedades vuelvan al camino del progreso social.[102]

Mundialización del capital y autonomía del capital-dinero

Otro distinguido economista francés, François Chesnais, hace un valioso aporte para comprender los cambios recientes del capitalismo. De acuerdo con Robert Boyer, recuerda los diversos tipos de crisis que, desde la perspectiva de la regulación, vive el capitalismo. "La fase de buen funcionamiento —a la postre muy breve— de la regulación fordista se sitúa, *grosso modo*, desde el fin de la reconstrucción que sigue a la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte del sistema de Bretton Woods", en que la acumulación de capital descansa todavía básicamente en la economía del Estado-nación.

La siguiente fase o tipo de crisis corresponde a la del propio sistema de regulación, en la que "los mecanismos reguladores resultan incapaces de revertir los encadenamientos más desfavorables", en buena parte debido a la internacionalización del capital.

En la fase actual, el sistema condena a millones de asalariados al desempleo estructural y por primera vez en la historia confía la suerte de la moneda y las finanzas a los mercados, y los gobiernos contribuyen a que el capital-dinero adquiera una fuerza casi incontrolable. Esta situación está indisolublemente ligada a la mundiali-

zación del capital. Los efectos de los cambios tecnológicos, que destruyen muchos más puestos de trabajo que los que crean, no pueden disociarse de la movilidad casi total del capital, gracias a la liberalización de los cambios y a la libertad para obtener y transferir utilidades.[103]

Chesnais considera que la forma que adquieren la mundialización de los grupos industriales y el capital-dinero ejercen de manera estructural un efecto depresivo sobre la acumulación de capital, un efecto global, aunque sus expresiones difieren de unas regiones y países a otros.

En las condiciones actuales, las grandes empresas pueden reforzar sus posiciones en el mercado mundial a través de adquisiciones y fusiones, sin tener que hacer nuevas inversiones creadoras de empleo. La mundialización del capital contribuye, además, a restablecer la rentabilidad y presiona a la baja tanto los salarios como los precios de muchas materias primas. Y, desde luego influye en la composición y la dirección de las inversiones y en la forma en que, por su alto rendimiento, se favorece la inversión financiera.

Michalet, recuerda Chesnais, considera que la economía mundial, como realidad empírica, no se ha consumado. Ella está aún en vías de totalización. Y en tanto la economía mundial sea un proceso inconcluso, la realidad actual debe ser calificada como realidad en formación.

En lo que hace al movimiento del capital bajo sus tres formas, el autor ofrece datos que sugieren el crepúsculo del ciclo unificado bajo la dominación del capital industrial. En cuanto al capital-dinero se advierte su *autonomía total* frente al capital industrial, así como el surgimiento de una situación en la que es el movimiento de esta fracción del capital, el que más influye sobre el conjunto de las operaciones del capitalismo contemporáneo. Michalet y otros autores piensan que actualmente es necesario partir de la economía mundial para analizar las economías nacionales. Pero esta economía mundial, comenta Chesnais, se caracteriza por la financiarización a ultranza, la dominación de un capital rentista, incluso usurero, y numerosas operaciones más y más gangrenadas por redes mafiosas,

más que por un capital orientado hacia el desarrollo de las fuerzas productivas.

Parecería que las formas de la mundialización, y en particular la fuerza y la autonomía del capital-dinero dejan poco margen de maniobra para soluciones reformistas. Y la posibilidad de cambios más profundos no parece, tampoco, estar a la vista.[104]

El historiador francés Fernand Braudel, a partir del concepto de economía-mundo, explica los cambios que en décadas recientes sufre el capitalismo. Por economía mundial —expresa— entendemos la economía del mundo tomada en su totalidad, el "mercado de todo el universo", como ya decía Sismondi. Por economía-mundo —escribe Braudel— entiendo la economía de sólo una porción de nuestro planeta, en la medida en que éste forma un todo económico. El autor destaca las principales características:

—Una economía-mundo puede definirse como una triple realidad.
—Ocupa un espacio geográfico determinado.
—Acepta siempre un polo, un centro representado por una ciudad dominante.
—Se divide en zonas sucesivas. El corazón, es decir la región que se expande en torno al centro, las zonas intermedias, alrededor del pivote central, y finalmente ciertas zonas marginales, que son subordinadas y dependientes, más que participantes. En estas zonas periféricas, la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno.

El capitalismo actual ha cambiado de talla y de proporciones de una forma fantástica. Pero *mutatis mutandis*, dudo que la naturaleza del capitalismo haya cambiado de arriba abajo. Tres pruebas me sirven de apoyo:

El capitalismo sigue basado en la explotación de los recursos y posibilidades internacionales, tiende a abarcar al mundo entero y su gran proyecto actual es el de reconstruir este universalismo. Sigue apoyándose, obstinadamente, en monopolios de hecho y de derecho. No engloba a toda la economía, a *toda* la sociedad que trabaja. El capitalismo deriva por antonomasia de las actividades reali-

zadas en la cumbre o que tienden hacia la cumbre. Y al respecto recuerda a Lenin, cuando éste afirma que el capitalismo es la producción mercantil en su más alto nivel de desarrollo: decenas de miles de grandes empresas lo son todo, y millones de pequeñas empresas no son nada.

> La historia es el cuento de nunca acabar, siempre está haciéndose, superándose. Su destino no es otro que el de todas las ciencias humanas.
>
> Mi interpretación del capitalismo se basa en lo cualitativo, más que en lo cuantitativo. Una historia totalizadora, globalizadora sería posible si lográsemos incorporar al campo de la economía del pasado los métodos modernos de cierta *contabilidad nacional*, de cierta macroeconomía [...] Siempre quedará, para los historiadores, para todas las demás ciencias humanas y para todas las ciencias objetivas, una América por descubrir.[105]

Desde otra perspectiva, en un libro que fue muy bien recibido en diversos círculos, Jean-Marie Guéhenno, por entonces embajador de Francia ante la Unión Europea, dice que la caída del muro de Berlín marcó el fin de una era que empezó no en 1945 ni en 1917, sino con la Revolución Francesa, en 1789, y con la que llega a su fin la época de los Estados nacionales.

Entramos a una nueva era de complejidad, cuyas reglas debemos entender sin saber si ella representará una ventaja o una desventaja. El mundo de hoy deviene cada vez más "abstracto" e "inmaterial". La riqueza es cada vez menos tangible.

Lo esencial hoy no es dominar un territorio, sino tener acceso a una red. La revolución en las telecomunicaciones y los transportes ha transformado profundamente la noción de espacio.

La nación aparece crecientemente como una camisa de fuerza, que responde pobremente a la cada vez mayor integración del mundo. Y ninguna nación, no importa cuán poderosa sea, puede por sí sola garantizar estabilidad. La cooperación global se ha vuelto necesaria.

La lógica del mundo de las redes lleva a normas universales: pero esa lógica no es todavía su realidad. El espacio de las redes, además, no es neutral ni homogéneo.

La forma moderna de poder se encuentra en difundir información, no en retenerla. Las relaciones sociales, como las de poder, han cambiado profundamente.

"El mundo de las redes ha sido capaz de mantener la violencia al alcance del brazo, con una mezcla de alegre indiferencia y abstracta brutalidad [...] Los muertos en Irak nunca fueron más que una vaga estadística y la guerra un video juego. Vivimos en la prehistoria de una nueva era, y la lógica de los Estados-naciones coexistirá por largo tiempo con la lógica del mundo imperial."[106]

Para este autor, tenemos que realizar una revolución, y ésta no es política sino espiritual. Debemos aceptar que llegamos al fin de una era institucional de poder. Lo que creíamos que eran victorias definitivas son ahora cuestionadas por el desarrollo de los circuitos de poder. Construimos sobre arena y los cimientos se resquebrajan. No hay recetas políticas para hacer frente a los peligros de una época postpolítica.

El resurgimiento de las ambiciones nacionales no ha fortalecido a los Estados-naciones. Aun los países más desarrollados experimentan la misma dificultad: la de redefinir su identidad.

Los pueblos quieren reconocerse unos a otros como naciones; pero éstas, aun las más poderosas, en un mundo global no son ya capaces de proteger a los pueblos de los riesgos del mundo exterior que irreversiblemente ha irrumpido en lo que solían llamarse asuntos domésticos. Hoy es imposible tanto "controlar como ignorar al mundo que nos rodea".

Ahora es necesario un doble esfuerzo: adaptar las instituciones a la nueva globalidad e inventar nuevas formas de organización política, que no pueden ser simplemente la transposición, a nivel continental o intercontinental, de las experiencias de los Estados-nación. El siglo que ahora termina trajo consigo más cambios que el milenio que lo precedió. Debemos tratar de aprender de nuestros errores y reconocer la imposibilidad de tener una visión global y

totalizadora de nuestro destino colectivo. Al incrementar (el conocimiento), no haremos retroceder las fronteras de lo desconocido, porque el infinito no tiene fronteras.

La precariedad de instituciones como el Estado, la nación, la democracia, que fueron importantes puntos de referencia en los dos últimos siglos, extrema las dificultades y los retos que plantea el inicio de una nueva época histórica.[107]

Alain Toraine, por su parte, en su reciente libro *¿Podremos vivir juntos?*, se ocupa también de algunos de los problemas aquí examinados. Lo que hoy parece gobernar al mundo y sus transformaciones —señala— es la realidad económica, mientras que las ideologías se derrumban y las políticas se hacen más pragmáticas. Algunos países han sufrido un retroceso brutal de su nivel de vida, pero sin que tal catástrofe haya generado levantamientos revolucionarios.

El derrumbe del imperio soviético no sólo provocó la desaparición de las ideas que había transformado en ideologías al servicio de su poder, sino también la caída de los tercermundismos que apoyaban su defensa sobre el rechazo de una dominación imperialista a la que sólo podía derrocar el imperio soviético. En casi todos los países, el pensamiento social está en quiebra. El análisis teórico debe referirse ante todo a nuevas prácticas, y si las ignora, corre el riesgo de aparecer como una construcción artificial.

La idea central de Touraine, en el libro de referencia, es que la única manera de rechazar a la vez el poder absoluto de los mercados y la dictadura de las comunidades es ponerse al servicio del sujeto personal y su libertad. El liberalismo económico es tan destructor del individuo como el nacionalismo cultural; *laissez-faire* económico y nacionalismo cultural son los enemigos del sujeto personal.

En lugar de elegir entre dos campos, hay que afirmar la existencia de una contradicción más profunda, la que opone la defensa del sujeto personal y su libertad a la lógica, sea del mercado o de una identidad nacional o cultural. Tanto la globalización de los países industrializados como las dictaduras que se imponen en nombre de los derechos de una comunidad entrañan una amenaza. El liberalismo económico ocasiona rupturas sociales brutales. Ni ese libera-

lismo ni una intervención del Estado que defiende intereses creados, es aceptable. Hay que apelar a los actores sociales que pueden intervenir en la vida pública —no al Estado ni a individuos aislados—. Hay que salir de la transición liberal tan decididamente como se entró en ella.

Hoy, sólo la defensa de los derechos culturales y la solidaridad social pueden ayudar a reconstruir la vida pública y transformar la sociedad, pero siempre que haya movimientos sociales en los que se apoye una reforma política.

Los principales actores de las luchas futuras no serán ni el ciudadano ni el trabajador; la juventud, las mujeres, los inmigrantes, los miembros de minorías y los defensores del medio ambiente son, desde hace ya veinte años como mínimo, los actores históricos más notorios. El actor más visible es la juventud.

Cada vez con más frecuencia denominamos sociedad civil este espacio en que se forman actores que quieren ser reconocidos como sujetos. La sociedad civil reaparece hoy oponiéndose a la vez a los imperativos de la economía globalizada y al orden impuesto por los comunitarismos. Y lo que esa acción persigue es fortalecer la democracia en lugar de preparar la revolución.

El tiempo de las pasiones políticas ha terminado. Se anuncia un periodo que estará dominado por las pasiones éticas, por las luchas por la democracia, la libertad, la diversidad y los derechos de las minorías. Hoy, según el autor que comentamos, las protestas morales no se convierten en acciones políticas por dos razones. La más importante es que vivimos menos los problemas de una nueva sociedad, la sociedad de la información o postindustrial, que los de la globalización, es decir, más los de un modo de desarrollo que los de un tipo de sociedad o un modo de producción.

La otra razón es que el campo político está todavía ocupado por los representantes de los antiguos movimientos sociales —partidos, sindicatos y otras organizaciones— hoy en vías de desaparición. Para que se formen nuevos actores sociales es necesario que se reconozca la existencia de un nuevo tipo de sociedad.

Actualmente hay un desfase entre la nueva cultura política en formación y los marcos ideológicos y partidarios. A los intelectuales corresponde reducir esa distancia.

Las prácticas innovadoras dependen de acciones concretas que se desenvuelvan de abajo hacia arriba; hay que partir del sujeto personal y llegar a la democracia, y la comunicación intercultural es el camino que permite pasar de uno a la otra. La tolerancia pura y la aceptación de las diferencias no bastan para hacer factible la comunicación intercultural.

Los nuevos combates se libran por la diversidad más que por la unidad, por la libertad más que por la participación, y las grandes pasiones despuntan en el ámbito de la cultura más que en el de la economía. La modernidad se ha vuelto problemática. Y tal vez sea la desmodernización la que se imponga si no logramos amarrar; los continentes que la modernidad tiende a separar, aunque esta misma será destruida si se alejan por completo uno del otro.

> Las decisiones políticas no son la simple aplicación de análisis económicos o sociológicos, pero si no se apoyan en una visión general del cambio, se reducen a acciones defensivas, incapaces de prever sus propias consecuencias.
>
> Los problemas económicos más urgentes amenazan ser insolubles si no comprendemos la naturaleza general de la cultura y la sociedad en la que entramos [...] debemos hoy llevar a cabo una difícil mutación si queremos ser los actores de un mundo transformado.[108]

Recordemos ahora la contribución de algunos autores de otros países al examen de los temas que más no interesan.

CAPITALISMO "INFORMACIONAL GLOBAL"

Empecemos con el sociólogo español Manuel Castells, quien trabajó en Francia por muchos años y posteriormente en la Universidad de California (Berkeley), donde prepara el importante libro

The Information Age del que comentaré enseguida los principales planteamientos que hace en el último capítulo del tercer volumen.

Un nuevo mundo —escribe Castells— está tomando forma en este fin de milenio. Se originó en la coincidencia histórica —alrededor de fines de los años sesenta y mitad de los setenta— de tres procesos independientes: la revolución de la tecnología de la información, la crisis económica del capitalismo y del estatismo, y su subsecuente reestructuración, y el auge de (varios) movimientos socioculturales. La interacción de esos procesos y las reacciones que produjeron hicieron posible una nueva estructura social dominante, la sociedad de las redes, una nueva economía, la economía informacional/global, y una nueva cultura, la cultura de la virtualidad real.

La revolución de la tecnología de la información hizo surgir, según Castells, el "informacionalismo" como la base material de la nueva sociedad. En él, la tecnología de la información se volvió indispensable para los procesos de reestructuración social y económica, y para hacer de las redes una dinámica y autoexpandible forma de organización. Y la reestructuración paralela tanto del capitalismo como del estatismo, a partir de los años sesenta, y las nuevas políticas llevaron a una *nueva forma de capitalismo* caracterizado por la globalización de las actividades económicas centrales, la flexibilidad organizativa y el mayor poder de los directores de las empresas frente a los trabajadores. Las presiones competitivas, la flexibilidad del trabajo y el debilitamiento de la organización laboral llevaron al retraimiento del Estado de bienestar, y las nuevas tecnologías de la información contribuyeron decisivamente a facilitar el surgimiento de este rejuvenecido y flexible capitalismo, al proveer las herramientas para el manejo de conjunto, la comunicación a larga distancia, el almacenamiento y el procesamiento de información, así como la individualización coordinada de trabajo y la simultánea concentración y descentralización en la toma de decisiones.[109]

Pese a la gran diversidad social y cultural —comenta Castells— por primera vez en la historia el planeta funciona a partir de ciertas reglas económicas comunes, lo que hace del actual capitalismo uno diferente de todos los previos; más rígido en sus objetivos, pero más

flexible en sus medios. El capitalismo informacional descansa en la productividad basada en la innovación y en la competencia de orientación global. En él, tanto la cultura como la tecnología dependen de la capacidad del conocimiento y la información para actuar sobre el conocimiento y la información, en un conjunto recurrente de intercambios conectados globalmente, aunque en la transformación de estos años influyen, además de la tecnología y la economía, importantes movimientos sociales que cobraron importancia desde los años sesenta como "crítica a la sociedad de consumo".

Una nueva sociedad —escribe Castells— surge cuando hay una transformación estructural en las relaciones de producción, en las relaciones de poder y en las relaciones de experiencia. Y, según él, la revolución tecnológica, la reestructuración de la economía y la crítica de la cultura trasforman profundamente las relaciones anteriores. O sea que se ha realizado una transformación multidimensional.

La economía informacional/global —reitera— es capitalista; de hecho más que ninguna otra hasta ahora. Pero el capital en esta nueva economía se ha transformado tanto como el trabajo. Los capitalistas no son los mismos de antes. Lo que cambia el carácter de algunos de ellos, hoy muy importantes, es la naturaleza de los mercados financieros globales, y en particular que los medios electrónicos aniquilan el espacio y el tiempo. El rendimiento del capital depende hoy, en gran medida, de lo que ocurre en los mercados financieros, que se vuelven el centro del sistema, que se caracteriza por acentuar la desigualdad y la polarización social.

Las relaciones de poder cambian también; su mayor transformación concierne a "la crisis del Estado-nación como entidad soberana y, relacionada a ella, la crisis de la democracia política".[110]

El poder, sin embargo, no desaparece. En una sociedad informacional se inscribe, en un nivel fundamental, en los códigos culturales a través de los que la gente y las instituciones representan la vida y toman decisiones, incluso políticas. Las batallas culturales son las batallas por el poder en la era de la información.

Los cambios en las relaciones sociales convergen hacia la transformación de las bases materiales de la vida social, el tiempo y el espacio. El espacio de flujos domina al de lugares.

La nueva sociedad es una de redes de diversa naturaleza, que construyen una cultura de virtualidad en los flujos globales que trascienden el tiempo y el espacio. Esta sociedad no está libre de contradicciones, de conflictos sociales y de desafíos de formas alternativas de organización. Pero estos retos derivan en el fondo de las nuevas realidades, son muy distintos de los de la era industrial. La ley conforme a la cual, donde hay dominación hay resistencia, continúa en vigor.

En la nueva sociedad, la oposición a los patrones dominantes se expresa en movimientos sociales, cuya identidad se basa en la autonomía frente a las instituciones del Estado, la lógica del capital y la seducción de la tecnología.[111]

En un apretado resumen final, Castells concluye que el siglo XXI estará marcado por la terminación de la supercarretera global de la información, las modernas telecomunicaciones y el poder de la computación y que será el siglo del pleno florecimiento de la revolución genética. Esta nueva situación abre grandes posibilidades; pero si cometemos los mismos errores, con el nuevo poder tecnológico podemos acabar con la vida en el planeta.

El siglo XXI verá el surgimiento de un sistema extraordinariamente productivo. El trabajo mental suplirá al físico en múltiples actividades productivas.

Los Estados-nación sobrevivirán, pero no su soberanía. La principal construcción multilateral será la Unión Europea; mas ésta no es por ahora un proyecto de sociedad europea, sino una construcción defensiva para no ser una colonia de Asia o los Estados Unidos.

La economía será gobernada por un conjunto de instituciones multilaterales, en el centro de las cuales estará el club del Grupo de los 7. La política global será manejada por instituciones internacionales y regionales, y estará cada vez más dominada por las contradicciones entre el multilateralismo para tomar decisiones y el unilateralismo para imponerlas militarmente.

El Estado se debilita en la era de la información. La era de la globalización de la economía lo es también de la política.

Afirma el autor que la acción social y política es esencial para mejorar una sociedad que indudablemente requiere de cambios y esperanza, y si la gente se libera de la adhesión acrítica a esquemas teóricos e ideológicos y procede a partir de su experiencia y usando todos la información a su alcance, "no hay nada que no pueda cambiarse".[112]

Veamos lo que, según otros autores, ocurre con el capitalismo en las últimas décadas.

Del capitalismo corporativo hacia "un nuevo modo de producción"

Según el conocido economista japonés Shigeto Tsuru, hacia los años setenta se abre en Japón una nueva fase del desarrollo capitalista: el "capitalismo corporativo".

Durante cuarenta años, después de la segunda guerra, la economía japonesa crece como ninguna otra en el mundo. En ese lapso el Producto Nacional Bruto aumenta, en dólares, 152 veces, mientras que en Alemania, que ocupa el segundo lugar, lo hace 39 veces, y lo mismo acontece con la participación de Japón en las exportaciones mundiales, sobre todo de manufacturas y en particular de maquinaria y equipo, renglones en los que ningún otro país iguala a Japón.

Visto el desarrollo japonés de las últimas décadas en perspectiva histórica, Tsuru considera que los principales cambios se refieren a los mecanismos a través de los cuáles se ofrecen y la forma en que se emplean los recursos financieros; puede advertirse que a medida que las empresas se fortalecen y devienen oligopolios, su capacidad para generar recursos aumenta, lo que las hace depender crecientemente de fuentes internas de financiamiento. Y las más grandes empresas tienden a abarcar muy diversos campos de actividad y a proyectarse hacia el exterior, como empresas multinacio-

nales. Contra lo observado por Berle y Means para el caso norteamericano, este autor señala que, en Japón, al incrementarse el excedente interno neto y la capacidad de ahorro, no fueron los administradores y altos funcionarios quienes adquirieron el control del capital, sino los propietarios, quienes reforzaron su posición gracias a las fusiones y adquisiciones, las alianzas, el resurgimiento de los *zaibatsu*, y el interés de los bancos en invertir en acciones y bonos, en vez de otorgar préstamos a largo plazo.

Y a medida que los conjuntos y redes de empresas cobran fuerza e imponen su dominación, surge el "capitalismo corporativo", en el que ya es la organización y no el individuo lo que más importa. Pues bien, como en otros países industriales, en vez de las formas tradicionales de integración —vertical u horizontal—, en el "capitalismo corporativo" las grandes empresas japonesas —Sumitomo, Toyota y otras— tendieron a organizarse como conglomerados, y sus crecientes recursos les permitieron invertir en el extranjero, sobre todo después de que las restricciones impuestas por la ocupación norteamericana se suavizaron o desaparecieron, hacia fines de los años sesenta. Sólo en dos años —1985 y 1986— Japón invirtió en otros países 34 500 millones de dólares, o sea tanto como en los treinta años previos. Y, también en los años ochenta, con el impulso de la globalización, las inversiones japonesas crecieron rápidamente no sólo en la industria, sino en la banca y otras instituciones financieras, los seguros y los bienes raíces.

En el capitalismo corporativo aumentaron particularmente la producción y la exportación de artículos electrónicos japoneses, desde televisiones y videocaseteras a semiconductores, circuitos integrados y otros, campos en los que Japón sustituyó a Estados Unidos por amplio margen, no pocas veces aliándose a sus más fuertes competidores.[113]

En cuanto a la dirección de esas inversiones, llama la atención la rapidez con que, hacia fines de los años ochenta, Japón se convirtió en el principal inversionista en Australia, desplazando a Estados Unidos e Inglaterra.

Tsuru hace una breve recapitulación sobre algunos planteamientos teóricos en torno a la inversión extranjera, y tras recordar la tesis de Raymond Vernon acerca del ciclo de vida de los productos y la de la superioridad de una organización oligopolista, de Himer, Kindleberger y Caves, entre otros autores señala que a partir de los años setenta-ochenta se prestó mayor atención a la capacidad de las empresas oligopolistas para internalizar externalidades, a través de la exportación de recursos de dirección o gerenciales, explicación en la que destacan Ryütaro Kamiya y E.T. Penrose. Y añade que esta explicación armoniza con la tendencia al crecimiento del excedente interno neto en el capitalismo corporativo, que deriva de manera inevitable en la división del trabajo intrafirma para expandirse internacionalmente.

Ahora bien, ¿hacia dónde va el capitalismo japonés?

Tsuru considera que se desenvuelve hacia una economía mixta, en la que el capitalismo converge con el socialismo, y cuyo motor principal es el progreso tecnológico, que hace posible la planeación en el propio sector privado. Esa economía mixta puede verse como un nuevo modo de producción. La posibilidad de una convergencia capitalismo-socialismo es algo de lo que se ha hablado desde hace muchos años, entre otros autores por Joseph Schumpeter y Oskar Lange, John Kenneth Galbraith y Jan Tinbergen.

Y ¿qué pensar de la globalización?

Aunque es cierto que la era del imperialismo es hoy cosa del pasado y que las guerras entre las grandes potencias con capacidad nuclear son muy improbables, las corporaciones trasnacionales, muchas de ellas gigantescos oligopolios, ejercen estrategias de planeación a nivel internacional. Pues bien, las rivalidades entre ellas y los más poderosos bloques regionales subsisten, y es frente a esa realidad que el problema de la convergencia tiene mayor sentido.

La privatización y la globalización confirman que el capitalismo ha encontrado una forma de modificarse institucionalmente en aspectos significativos. Veblen y posteriormente Galbraith piensan que la tecnología ha sido fundamental para transformar el régimen institucional, y este último dice que "el enemigo del mercado no es la ideología sino el ingeniero".[114]

Tanto Galbraith como el propio Marx anticipan la transformación del capitalismo orientado por el mercado y la libre empresa hacia algo que, por falta de una mejor terminología podría llamarse "sociocapitalismo" o "economía mixta", esto es, un sistema de organización económica en el que el mecanismo de los precios funciona de manera limitada, con una variedad de controles públicos que permitan alcanzar los objetivos que integran a la sociedad.

En el capitalismo clásico, la rentabilidad de capital era fuente, así como un índice de su contribución al crecimiento económico. Hoy día es dudoso que ello sea así, debido a que una alta tasa de ganancia no significa necesariamente que el crecimiento económico se acelere. En el capitalismo actual, además, las gigantescas empresas oligopolistas logran impedir que otros se beneficien de la creciente productividad, que ellas sí aprovechan.

Tsuru concluye que, en la mayor parte de los países capitalistas, nos movemos hacia un nuevo modo de producción: la "economía mixta". Y, ¿cómo funcionará ésta? La respuesta dependerá de qué forma adquiera el excedente y cómo se utilice. En esta nueva economía el excedente consiste en las utilidades del sector privado y en el fondo social bajo control público. Y el lindero entre unas y el otro puede moverse, dependiendo del consenso que se establezca. Los ciudadanos optarán, bien por una mayor privatización, o por avanzar hacia el socialismo.[115]

En dos estudios recientes de autores norteamericanos, sobre el capitalismo japonés, se hacen también reflexiones interesantes. En uno de ellos, el profesor de la Universidad de California Michael L. Gerlach sostiene que las "alianzas intercorporativas", o sea entre las grandes empresas, son uno de los rasgos distintivos de la economía japonesa, así como una forma de organización económica racional, hasta ahora muy pobremente entendida. Esta compleja y estrecha relación entre el mercado y las principales empresas han dado al capitalismo "de alianza" japonés el carácter y la fuerza que tiene. Japón logró desde el fin de la segunda guerra la más rápida reestructuración industrial en el mundo, a partir de una agresiva política que se caracterizó por una muy alta tasa de inversión, fun-

damentalmente productiva, la preparación y adiestramiento de la fuerza de trabajo, el mantenimiento de ciertas barreras y restricciones al capital extranjero para establecerse en Japón, creciente presencia, en cambio, de la industria japonesa en los mercados de otros países, sobre todo industriales, y estrecha cooperación entre las empresas integrantes de los más poderosos grupos y en las alianzas corporativas, lo que les ha permitido manejar un volumen de recursos al que no habrían tenido acceso de otra manera, con costos más bajos que los de otros países industriales. Según Gerlach, estas alianzas representan un campo intermedio entre una forma rígida de operar internamente y mercados impersonales laxamente organizados. Como tales han alterado la naturaleza de esos mecanismos, y a la vez que las organizaciones se insertan en los mercados, éstos se organizan.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, las grandes empresas fueron parte de grupos —*zaibatsu*—, cuyo control quedaba en poder de alguna familia. Tales grupos fueron prohibidos durante la ocupación militar norteamericana, y aunque después empezaron a reaparecer, las restricciones que se les impusieron facilitaron el surgimiento de nuevos y más poderosos grupos: los *kereitsu.*[116]

El sistema de los *kereitsu* y la economía japonesa de la que forman parte son hoy una poderosa fuerza que está transformando (inclusive) la estructura de la economía de Estados Unidos y de la industria mundial. La fuente de este poder son las estrechas (y preferenciales) relaciones que enlazan a unas empresas con otras y la capacidad de éstas para actuar a largo plazo y no tras de una de ganancia inmediata. El papel del gobierno en la formación y fortalecimiento de ese sistema ha sido, también, importante.

Los viejos *zaibatsu*, como antes se dijo, eran dominados por una familia de la que dependían las *holding companies* o empresas centrales en el grupo. El control en el *kereitsu*, en cambio, lo comparten las principales empresas del grupo a través de directorios cruzados, en los que a menudo destacan poderosos bancos y empresas comerciales.

Los mayores *kereitsu* son sólo seis —Sumitomo, Mitsui, Mitsubishi, Sanwa, Dai-Ichi Kangio y Fuyo—, pero ellos dominan entre un cuarto y un tercio de los activos, la producción y el ingreso del Japón, y una proporción superior de las exportaciones y el valor de mercado de las acciones, y su influencia internacional es ya tan grande, que algunos autores consideran que incluso Estados Unidos, en actividades muy importantes, está cada vez más subordinado al capital japonés.[117]

UN "CAPITALISMO" ESPECIALMENTE CORRUPTO Y PARASITARIO

Mientras el capitalismo logró en Japón y otros países asiáticos grandes avances en las últimas décadas, en la ex Unión Soviética y en particular en Rusia, en cambio, el sistema impuesto hace pocos años, tras la larga experiencia no capitalista posterior a la revolución de octubre de 1917, parece no ser capaz de resolver los graves problemas a que se enfrenta.

Lo que es claro, escribe el distinguido economista ruso Stanislav Menshikov, es el carácter parasitario, más aún que el de sus predecesores, del actual capitalismo en Rusia. Ni una sola planta o fábrica importante se ha construido en los últimos ocho años. La economía utiliza exclusivamente la capacidad productiva creada durante el socialismo. Y es obvio que tal sistema económico no puede sobrevivir, porque su capital físico se está agotando. Por años, la inversión neta ha sido negativa y el capital fijo se reduce. En el mundo moderno es difícil encontrar algo incluso remotamente parecido a un suicidio macroeconómico de tal magnitud.

Los grupos hoy dominantes (especuladores, empresarios ilegales y administradores del gobierno) han convertido los activos del Estado y sus beneficios, en propiedad privada. Ello, además de que la privatización de empresas públicas se realizó a precios que representan sólo una fracción de su valor real. El uso del dinero del gobierno ha sido la fuente principal de recursos para los nuevos bancos, por cierto también propiedad de algunos nuevos oligarcas;

el capitalismo ruso de los años noventa es en gran parte consecuencia de actividades ilegales realizadas a la sombra del pasado régimen comunista, en combinación con un sistema de capital monopolista de Estado totalmente nuevo.

Después del colapso del régimen soviético, la mayor parte de los sindicatos se desmoralizó o dejó de existir, y algunos de los nuevos trataron de obtener concesiones del gobierno, más que de los capitalistas. Al restablecerse el capitalismo en Rusia, la posición de los trabajadores se debilitó. La tasa de plusvalía es actualmente muy alta, sobre todo en la banca y finanzas, y aunque la industria manufacturera ha perdido importancia frente a los servicios, su participación en las utilidades es todavía la que corresponde a un país industrial, e incluso semejante a la de Estados Unidos. Dada una muy alta tasa de plusvalía, y muy bajos salarios, podría pensarse que Rusia tiene un gran potencial para un rápido crecimiento, mas lo cierto es que, debido al reducido mercado interno y a la falta de estímulos a la inversión, el elevado *cash flow* —no obstante el déficit presupuestal—, el ahorro supera a la inversión, y en parte se destina a la especulación financiera.

Oficialmente, la inversión bruta se estima en 20% del PIB; pero aun suponiendo que la real sea bastante inferior, la mayor parte de ella se destina a depreciar el capital, y lo que se invierte va mucho más a la construcción residencial y gubernamental, que a la producción propiamente dicha, y desde luego, que a maquinaria y equipo.

Según Menshikov, lo que actualmente prefieren muchos empresarios es exportar, porque ello les proporciona divisas, o importar bienes de consumo que se venden a altos precios y al contado. Y desde luego también les atrae la banca, que opera con dinero, y no con mercancías que tengan que venderse.

En el capitalismo ruso hay una gran corrupción; y lo más importante es comprender que es estéril y que no tiene lugar en el mundo moderno, ni cuenta con mecanismos económicos internos para crecer. En realidad está destinado a ser parte de la periferia pobre y explotada del capitalismo global. El capitalismo ruso está, concientemente, echando sus cimientos al río, sin dudar de que es el

único camino. "Acaso no hay nada análogo a ese comportamiento suicida en la historia."[118]

El presente como historia

A manera de breve recapitulación sobre lo dicho en la primera parte de este capítulo, recogeré algunas opiniones de David McNally, quien, citando a Lukacs (*History and Class Conciousness*), recuerda que el carácter histórico y antihistórico del pensamiento burgués, es más claro cuando consideramos el problema del presente como un problema histórico.

McNally recoge la predicción de *Business Week*, de que la tecnología revolucionaria y la rápida globalización llevarán la productividad a los más altos niveles, lo que hará posible crecer con mayor rapidez, con baja inflación y poco desempleo, dinámica que puede durar décadas y traer una prosperidad no imaginada al mundo entero. El capitalismo, suele decirse, por fin ha madurado. Y tras vencer a todos los que se oponen a él, ahora puede, en calma, ocuparse de hacernos ricos a todos; mas lo cierto es que muchos serios problemas no sólo no se han resuelto en el último cuarto de siglo, sino que incluso se han agravado, y aun el supuesto dinamismo de la economía norteamericana en los años noventa representa tasas de crecimiento muy inferiores, digamos, a las de los años cincuenta y sesenta.

Con frecuencia se repara en problemas aislados, sin comprender que la globalización sólo puede entenderse si se le ve como expresión del capitalismo internacional actual, es decir, de la internacionalización de una relación social dominante —entre el capital y el trabajo asalariado— y de la globalización de la dinámica básica y las contradicciones capitalistas. Una vez que ello se reconoce, se vuelve claro que la actual turbulencia en la economía mundial tiene sus raíces en los cimientos mismos del capitalismo.

Algunos políticos neoliberales y otras personas que comparten sus posiciones, sostienen que el capital, sin limitaciones ya de es-

pacio o tiempo puede hoy recorrer el mundo a través de los circuitos electrónicos, es un capital con alas. Pero, reconociendo que la velocidad de las transacciones financieras es hoy impresionante, también es cierto que el capital no es una "entidad unitaria", sino la interacción contradictoria de muchos capitales. Y al tratar de entender el alcance real de la internacionalización del capital, no podemos hacer a un lado al Estado-nación, y ver la economía mundial como una mera abstracción.

Algunos autores recuerdan que ciertas partes del mundo se integran en la economía mundial en posiciones sistemáticamente subordinadas, que comprueban que el capitalismo globalizante sigue siendo un sistema imperialista. E incluso en una medida significativa, el imperialismo se organiza hoy a través de instituciones globales como el FMI y el Banco Mundial. Y ello no quiere decir que el capitalismo no haya cambiado. Lo cierto es que experimenta transformaciones importantes y únicas, como por los demás lo ha hecho siempre.

A menudo tiende a pensarse que la forma normal y natural del capitalismo es el capitalismo monopolista de Estado regulado, de la época keynesiana, y en consecuencia, la creciente integración de las economías nacionales y la menor dirección y regulación estatal de esas economías se ve como un profundo quiebre, una ruptura en la historia del capitalismo, que constituye un cambio de época e invalida las categorías convencionales del análisis socialista; pero visto el proceso en perspectiva histórica, se advierte que la globalización de los últimos 25 años en gran medida representa un regreso a formas capitalistas, después de la anomalía de la era keynesiana.

La internacionalización del capital expresa tendencias de largo plazo hacia una economía capitalista crecientemente integrada y global. Desde luego no significa que no haya hechos nuevos y que no tengamos que desenvolver nuevas líneas de análisis si queremos entender la geografía del capitalismo al fin del milenio; hay importantes nuevos rasgos del capitalismo global; tenemos, por ejemplo un sistema industrial realmente más global, con empresas multinacionales que producen componentes de manufacturas finales en países

que van de México a Malasia; pero aun así, el peso de los mercados nacionales y la importancia de los principales países industriales no han declinado. Es cierto, sin embargo, que los mercados financieros internacionales operan de nuevas maneras y con volúmenes y una velocidad sin precedentes, aunque no totalmente desvinculados del movimiento de la inversión directa.

El capitalismo actual es profundamente inestable, y la severa reestructuración de las últimas dos décadas ha contribuido a aumentar la capacidad de producción, la deuda, la volatilidad especulativa y los mayores desajustes globales. Y si bien no estamos ante una crisis final, sí parece que las luchas populares ya en curso tenderán a ser mayores y quizás orientarse hacia el socialismo, lo que no significa que no haya grandes obstáculos por superar. Pero mientras mejor se entienda lo que hoy sucede bajo el capitalismo global, mayor será la posibilidad de cambiarlo.[119]

Globalización y capitalismo

Segunda Parte

Hasta aquí hice referencia a opiniones procedentes de países desarrollados, sobre los cambios que ha experimentado el capitalismo en las últimas décadas y especialmente durante el fenómeno de la globalización. En esta segunda parte recogeré tesis y puntos de vista provenientes de países subdesarrollados. Y como en la primera, lejos de considerar a numerosos autores, trataré más bien de que los incluidos sean de aquéllos que hacen planteamientos interesantes, desde diversas perspectivas.

Un nuevo punto de inflexión capitalista

Un autor, que en años recientes ha dedicado varios ensayos al capitalismo y su proyección internacional, y que publica a menudo en Francia y Estados Unidos, es el economista egipcio Samir Amin.

La globalización que empezó hace cinco siglos —nos dice— recorre una nueva fase, que también lo es del desarrollo del capital y que corresponde a la era de la información. Lo que subyace a la crisis es una larga fase de transformación estructural. La creciente trasnacionalización no es una respuesta; es un ingrediente de esa crisis.

Dos opiniones dogmáticas sobre la trasnacionalización son que es inevitable y que la única solución es el ajuste convencional. Según nuestro autor es necesario ir más allá y recuperar cuestiones que

el análisis superficial deja de lado, como la distribución del ingreso, el empleo, la capacitación, los servicios sociales, la posición de Estado, las contradicciones del desarrollo y otras. Sin una distribución del ingreso aceptable no hay nación. Como no la hay sin el control de la tecnología, de las finanzas, del abastecimiento de alimentos, de la industria, el equipo militar y la cultura.

La dependencia es inherente a la expansión mundial del capitalismo. El éxito de los nuevos países industriales de Asia derivó de haber hecho lo opuesto a lo que el dogma liberal pretendía.[1] La polarización es propia del capitalismo; pero la globalización liberal la profundiza, y además agrava los problemas de los países subdesarrollados.

La creciente importancia del comercio internacional es un indicador del más alto nivel de trasnacionalización en el sistema económico mundial, y un signo de la interpenetración de las economías capitalistas desarrolladas, y sólo secundariamente del comercio Norte-Sur, aunque éste tiene cada vez mayor importancia.

En un siguiente libro, Samir Amin amplía su explicación. En el desarrollo de la historia, nos recuerda, hay que entender la continuidad y las rupturas. Pues bien, los principales cambios cualitativos en la historia moderna se producen en 1500, 1800, 1880 y 1990; los dos últimos años corresponden a la transformación del capitalismo en capitalismo monopolista y el fin de la era de la postguerra y el sovietismo y el inicio de una nueva fase de globalización.

La globalización se ha incrementado en años recientes debido sobre todo a la interpenetración de las economías centrales que margina a la periferia del cuarto mundo, pero integra crecientemente a otros nuevos países industriales en el mercado mundial de mercancías y capitales. Por estas razones —añade—, 1990 representa un nuevo punto de inflexión en la historia del capitalismo.

La contradicción esencial del modo capitalista de producción hace que el sistema tienda continuamente a sobreproducir, y la crisis afecta al modo de regulación, y por tanto la posibilidad de superar las más graves contradicciones. Él ve dos sistemas de regulación al nivel nacional —un sistema de alianzas políticas y uno de manejo

centralizado de la moneda y el crédito—; pero ningún sistema de regulación al nivel internacional.

La creciente interpenetración destruye la efectividad de las políticas nacionales tradicionales y deja al conjunto del sistema a los dictados y errores del mercado mundial, dado que no hay instituciones políticas genuinamente trasnacionales. Esta nueva contradicción no es susceptible de regulación.

La globalización de la crisis estructural de los años setenta permitió a algunos países de la periferia convertirse en exportadores industriales. Esta nueva industrialización se basó en un fordismo sin compromiso social, un "capitalismo crudo", la subordinación a las grandes potencias y a un Estado autoritario.[2]

En un artículo publicado unos meses después, Samir Amin crítica la forma de actuar de los organismos financieros internacionales, y en particular del FMI y del Banco Mundial.

Al recordar las "leyes de la historia", destaca entre otras que mercado y capitalismo no son lo mismo; que éste, para poder funcionar, requiere la intervención de una autoridad colectiva que represente al capital en su conjunto, razón por la cual el Estado no puede separarse del capitalismo.

La globalización capitalista ha erosionado los tres subsistemas que fueron la base del crecimiento de la postguerra. Y todavía más, el estancamiento se prolonga y agrava por las políticas del capital dominante para manejar la crisis. La respuesta del capital es lógica y consiste en dar prioridad al manejo de la masa de capital flotante, lo que requiere apertura financiera mundial y altas tasas de interés.[3]

Escribe Amin: "El desempleo es un problema para los que no tienen trabajo, no para los capitalistas; y si se requiere para mantener la rentabilidad del capital, pues ¡qué viva el desempleo! El desarrollo de la 'periferia' tampoco es un objetivo de las estrategias del capital." La idea de que el mercado capitalista podrá regularse a través del mercado es utópica. Para ello se requieren mercado y Estado. El conflicto entre un espacio económico globalizado y la regulación de espacios políticos y sociales fragmentados es inaceptable

y llevará a renovar nacionalismos y luchas sociales que desafiarán a la globalización utópica perseguida durante la crisis.

Al nivel nacional, que según el autor sigue siendo el eslabón crucial, será inevitable la desconexión (*delinking*), o sea "no la 'autarquía' sino la subordinación de las relaciones externas a la lógica del desarrollo interno", y a partir de ahí debiera buscarse un ajuste mutuo, y no uno unilateral y siempre a costa de los más débiles.

Con frecuencia se propone la redistribución de la riqueza y el ingreso, sin repararse en que ella "reduce la rentabilidad a corto plazo" y que los capitalistas no tienen visión de largo plazo. Con Sweezy y Magdoff, expresa que la globalización como se practica hoy no es una fuerza que se imponga desde afuera; en realidad satisface los intereses del capital. Lo que se requiere es un orden social diferente, y esa nueva organización es el socialismo.

Amin concluye que la globalización, más que una fuerza objetiva "es producto de la lógica de un sistema determinado [el capitalismo], que entra en conflicto con los intereses de la mayoría".[4] El capitalismo se caracteriza por tres contradicciones fundamentales: 1) una relación de producción que enajena al trabajador; 2) una polarización a escala mundial, sin precedente, y 3) incapacidad para poner fin a la destrucción de los recursos naturales.

Si bien es cierto que la mundialización capitalista presenta aspectos muy negativos, por la polarización, tiene también aspectos positivos [la liberación de los individuos y de la sociedad], que no por ser embrionarios, inacabados y deformados por el capital, dejan de estar presentes.

¿Por qué no habría de durar eternamente el capitalismo? Su respuesta es que el sistema no puede responder de esa manera al desafío, porque hasta ahora no lo ha hecho e incluso la polarización se ha agravado.

El momento de desconcierto generalizado por el cual atravesamos no durará. El proyecto que pretende administrar la sociedad mundial como si se tratara de un supermercado es absurdo; lo esencial consiste en saber si el conjunto de fuerzas que representan a la izquierda en la sociedad civil occidental —partidos, sindicatos, mo-

vimientos— será o no capaz de producir un proyecto de sociedad nueva. A lo que cabría agregar: ¿podrán las acciones que se promuevan con éxito imponer al capitalismo algo más que ajustes —que preserven su esencia— o permitirán que la tendencia se revierta? Si esto ocurre se podrá decir que el sistema comienza a oscilar en dirección al socialismo, y que el cambio ha sido "cualitativo".[5]

A propósito de la polarización, a la que Amin presta especial atención, señala: "La posición de un país en la pirámide internacional está determinada por su capacidad de competir en el mercado mundial". Pues bien, esta competitividad es el producto de factores económicos, políticos y sociales. En esta desigual lucha los centros emplean lo que denomino sus cinco monopolios, que desafían la totalidad de la teoría social y que son: 1) el monopolio tecnológico, 2) el control de los mercados financieros mundiales, 3) el de acceso a los recursos naturales del planeta, 4) los monopolios de los medios de comunicación, y 5) los monopolios de armas de destrucción masiva. Estos cinco monopolios, tomados como un todo, definen el marco dentro del cual opera la ley del valor globalizada.

En la fase actual, la desigualdad se profundiza interna e internacionalmente, y mientras algunas grandes corporaciones crecen con celeridad, otros elementos de la economía se estancan y aun retroceden, todo lo cual afecta negativamente al mercado de trabajo.

Esas diversas velocidades caracterizan al sistema, pero los contrastes se suavizaron durante la prosperidad económica y la política intervencionista de los gobiernos, en los distintos regímenes, después de la Segunda Guerra Mundial.

Al reparar en la situación actual se advierten opiniones diferentes. Según algunos lo principal de esta etapa es la prolongada crisis, y por ello centran su atención en los métodos empleados por las potencias dominantes para "administrarla". Otros, en cambio, reparan en ciertas transformaciones cualitativas que se dan en torno y a través de la crisis. Al respecto, nuestro autor considera que:

> Las corporaciones gigantescas no son, ciertamente, un nuevo hecho en la historia del capitalismo. Pero algunos aspectos de su evolución

> son nuevos, y hoy han llegado a ser tan poderosos que sus estrategias de expansión se mueven más allá, y en ocasiones incluso contra los marcos de las políticas de los gobiernos, a los que tratan de subordinar.
>
> Los procesos de trabajo han sufrido grandes modificaciones. Los nuevos métodos posfordistas afectan profundamente la estructura de las clases sociales, y los problemas y retos a que se enfrentan los trabajadores. Pero las transformaciones del capitalismo no son producto de fuerzas metasociales a las que debamos someternos como si fueran leyes de la naturaleza, sino producto de relaciones sociales, ante las que hay otras opciones.
>
> La financiarización puede verse como producto también de la crisis, porque el exceso de capital que no encuentra manera de invertirse en actividades productivas entraña, para la clase dominante, el peligro de una masiva desvalorización del capital. [6]

La actual crisis es, además de económica y social, propiamente política, y afecta a gobiernos e incluso Estados, y desde luego a organizaciones ligadas a múltiples movimientos. De hecho toda la estructura institucional parece incapaz de cumplir su cometido y mantener una precaria estabilidad, y aunque en numerosos movimientos populares hay luchas genuinas, progresistas y que en verdad persiguen cambios que beneficien a la mayoría, no son pocas las que, tras su retórica democratizante, lo que buscan realmente es sostener el estado actual de cosas.[7]

Contrariamente al discurso ideológico dominante, Amin sostiene que una globalización a través del mercado constituye una utopía reaccionaria. Debemos contrarrestarla mediante el desarrollo de un proyecto humanista alternativo de globalización que esté acorde con una perspectiva socialista.

Una respuesta humanista al desafío que plantea la globalización capitalista —concluye— puede ser idealista, pero no utópica. Por el contrario, es el único proyecto realista posible. Sólo tenemos que comenzar a desarrollarlo, y poderosas fuerzas sociales saldrán en su apoyo desde todas las regiones del mundo.[8]

Nueva fase capitalista, con mayor dependencia y pobreza

En un interesante ensayo, el profesor de la Universidad Jawaharlal Nehru de la India, P. Patnaik, sostiene a su vez que vivimos en una nueva fase en la historia del capitalismo. En ella no sólo los países metropolitanos, en conjunto, experimentan tasas más lentas de crecimiento y mayor desempleo, sino que todo el Tercer Mundo crecerá menos que en el pasado, y la pobreza se extenderá, a consecuencia del aumento de la tasa de explotación inducida por la deflación, y su riqueza seguirá pasando a manos de los financieros metropolitanos.

Esta nueva fase entraña también el fin del nacionalismo económico burgués como expresión de un intento de construir un capitalismo relativamente autónomo del imperialismo, debido a que las formas principales de *dirigismo* empleadas en Asia —o sea la de la India y Corea del Sur— han quedado atrás.

Lo que para este autor determina la nueva fase del capitalismo, que priva al Tercer Mundo de la posibilidad de un desarrollo relativamente autónomo, es el predominio del capital financiero internacional, la consiguiente baja en la tasa de crecimiento del conjunto de los países metropolitanos y el colapso del comunismo. Pero si los días del nacionalismo burgués han terminado, ello no significa que el proyecto antiimperialista en el Tercer Mundo no sea ya relevante. Por el contrario, ahora es más necesario que en cualquier otro momento del último medio siglo.[9]

Según el doctor Patnaik, el capital financiero actual difiere del que Lenin estudió, al menos en tres aspectos: 1) en la concepción leninista tenía una base nacional y era fundamentalmente ayudado por el Estado-nación, en tanto que el nuevo es internacional y opera a escala mundial; 2) este no se desenvuelve en el contexto de la rivalidad interimperialista, sino de potencias que actúan en gran parte de común acuerdo, y 3) el capital de hoy no es capital controlado por los bancos y empleado por los industriales (Hilferding) de un país imperialista, sino capital global, que se obtiene e invierte

en todas partes y busca rápidas ganancias, a menudo en actividades especulativas.[10]

El capital financiero internacional, ahora más prominente que nunca, contribuye al largo descenso de la actividad económica y las altas tasas de desempleo en los países industriales, pues entre otras cosas restringe la posibilidad de que el Estado estimule la demanda, y al limitar su intervención contribuye, además, a debilitar las ideologías socialdemócraticas y nacionalistas favorables a ciertos cambios.

La actual ofensiva imperialista contra el Tercer Mundo, que impone la apertura y la liberalización, tiende en parte a que la penetración en otros mercados ayude a compensar el estancamiento. Pero aún más importante es abrir el Tercer Mundo al movimiento irrestricto del capital financiero internacional. La liberalización, en resumen, es un mecanismo de centralización del capital a escala mundial, que permite a los países más industrializados obtener el control de múltiples recursos y actividades económicas.

La creciente importancia del capital financiero internacional se asocia, por lo tanto, a una nueva época, en la que no sólo cae en el estancamiento y la crisis el capitalismo en general, sino que los países del Tercer Mundo, conectados o no al imperialismo, sufren tales condiciones con especial severidad, no a consecuencia de tal o cual política, en la que sin duda ha habido serios errores de las instituciones financieras internacionales y de los gobiernos, sino de un cambio de fondo al que subyace el capital financiero.

El profesor Patnaik llega a la conclusión de que las políticas restriccionistas y deflacionarias agravan el problema. Esas economías subdesarrolladas, y ahora cada vez más abiertas al crecimiento económico, dependen del aumento de sus exportaciones principalmente a los países más desarrollados, en los que la tendencia al estancamiento está también presente.[11]

El capitalismo global —escribe por su parte E. A. Vidyasekera— ha transformado el capitalismo nativo en un orden mundial. Pero a pesar de las innovaciones y nuevas tecnologías, es incapaz de rebasar ciertos límites debido a que la producción depende de la ganancia, y cuando ésta cae, lo hace aquélla también. Para evitar que

se reduzca la tasa de beneficio, los países más poderosos invierten en los de bajos salarios y obtienen así cuantiosas utilidades. Y para prolongar el capitalismo global se recurre a otros métodos como las rápidas privatizaciones, guerras abiertas y encubiertas, tijeras de precios, el *apartheid* tecnológico, el crimen, los bajos salarios, el racismo y las crisis ecológicas. Los guardianes del mercado continúan con su labor de violación y destrucción del planeta.[12]

Recordemos enseguida algunas opiniones de autores latinoamericanos, empezando con varios destacados brasileños.

UN CAPITALISMO REALMENTE GLOBAL

En un interesante y reciente libro, Octavio Ianni estudia los cambios del capitalismo, que ayudan a comprender los nuevos fenómenos a los que ahora nos enfrentamos.

El modo capitalista de producción entra en una época propiamente global y no internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división internacional del trabajo y la reproducción ampliada del capital, se desarrollan en escala mundial.

En coincidencia con otros autores, Ianni piensa que las nuevas características del capitalismo mundial, como economías-mundo o sistemas-mundo, suscitan problemas teóricos nuevos que cuestionan conceptos e interpretaciones; las nociones de soberanía nacional, proyecto nacional, imperialismo y dependencia, entre otras, no dan cuenta de lo que sucede en el mundo.[13]

Es obvio que el capitalismo sigue teniendo bases nacionales, pero éstas no son ya determinantes.

Dice Palloix citado por Ianni que la internacionalización del capital, como relación social, extiende el proceso de trabajo al plano mundial y fragmenta el trabajo social en el mundo como un todo. La internacionalización del capital productivo es el estadio final del proceso, e implica la internacionalización de las clases sociales en sus relaciones, reciprocidades y antagonismos. Cuando se mundia-

liza el capital productivo, se mundializan las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El capital se vuelve ubicuo. Está en marcha un proceso de desterritorialización cuyas implicaciones prácticas y teóricas apenas comienzan a ser analizadas.[14]

La forma en que se da la globalización del capitalismo reabre, recrea, y supera la controversia imperialismo-interdependencia.

Vista en una perspectiva de largo plazo, la globalización es el nuevo estadio de la historia.[15]

El propio Octavio Ianni, en otro estudio, escribe que el mismo capitalismo que había comenzado a ser derrotado con la revolución de 1917 se mundializa, se globaliza, se universaliza en poco tiempo.

La globalización no es un hecho consumado, sino un proceso en marcha. Enfrenta obstáculos, sufre interrupciones, pero se generaliza y profundiza como tendencia.

En pocos años terminó un ciclo de la historia y comenzó otro. Muchas cosas están cambiando. Aun aquéllas que no sufrieron mayores derrumbes no pueden ya ser como antes. Acabó un ciclo importante de la lucha de clases. Pero no terminaron las desigualdades, tensiones y contradicciones.[16]

El alcance mundial del capitalismo en el siglo XX ha sido tan fuerte que todos los proyectos de desarrollo nacional con pretensiones de soberanía han sido frustrados; en un grado cada vez más acentuado a medida que transcurre el siglo, parece no existir ninguna posibilidad de desarrollo socioeconómico, político y cultural autónomo, nacional, independiente, soberano.

La globalización no borra ni las desigualdades ni las contradicciones que constituyen una parte importante del tejido de la vida social nacional y mundial. Al contrario, desarrolla unas y otras recreándose en otros niveles y con nuevos ingredientes.

En prácticamente todos los rincones, públicos y privados, objetivos y subjetivos, los individuos son alcanzados por las relaciones, procesos y estructuras de dominación y apropiación, antagonismo e integración que tejen la anatomía de la sociedad global.[17]

Marx expresa que aunque limitado por su propia naturaleza, el capital tiende a un desarrollo universal de las fuerzas productivas y se convierte en la premisa de un nuevo modo de producción.

En el seno de la sociedad global las relaciones de interdependencia e integración, así como las de fragmentación y antagonismo, pueden ser vistas como nuevas, aún no codificadas en conceptos, categorías, leyes o explicaciones.

Los cambios recientes no sólo afectan al capitalismo; plantean también nuevas situaciones y problemas a las ciencias sociales. El patrimonio teórico disponible representa conquistas innegables en términos de explicación y comprensión. Pero las conquistas ya alcanzadas por las ciencias sociales pueden ser desarrolladas, renovadas. Necesitan ser reformuladas.

En el seno de la sociedad global se rompen singularidades y universalidades heredadas de formas del pasado y surgen otras nuevas, constitutivas de otras formas de ser y pensar.[18]

Viejos conceptos exigen nuevos planteamientos

En su último libro sobre el tema, Ianni matiza y aclara algunos planteamientos.

El tribalismo, el nacionalismo y el regionalismo, así como el colonialismo y el imperialismo, continúan presentes. Pero todas esas realidades adquieren otros significados gracias a los procesos y a las estructuras que mueven a la sociedad global.

La globalización expresa un nuevo ciclo de expansión del capitalismo, como forma producción y proceso civilizador de alcance mundial.

La historia misma adquiere movimientos insospechados, sorprendentes. Viejas nociones exigen nuevas formulaciones.

Uno de los signos principales de la globalización del capitalismo es el desarrollo del capital en general, que trasciende mercados y fronteras, regímenes políticos y proyectos nacionales, regionalismos y políticas geográficas, culturas y civilizaciones.

Al globalizarse el capitalismo articulando y rearticulando las más diversas formas de organización técnica de la producción, transforma también la esfera del trabajo.

En el ámbito de la globalización —escribe Janni—, a pesar de que todo parece seguir igual, todo cambia.[19]

A medida que se globaliza el capitalismo abre nuevas fronteras de expansión y recrea los espacios en que ya estaba presente. Además de desarrollar y mundializar sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, desarrolla y mundializa instituciones, patrones y valores socioculturales, formas de actuar, sentir, pensar e imaginar.

Tan pronto se habla de globalismo, inmediatamente se cuestiona al imperialismo. Uno y otro se contraponen, se complementan, se activan, se rozan; el globalismo subsume histórica y teóricamente al imperialismo. Son dos categorías diferentes. El globalismo es una totalidad más amplia, abarcadora, en cuyo ámbito se mueven tanto el nacionalismo como el imperialismo.

Según la teoría marxista, el capitalismo siempre tuvo una proyección global. Esta teoría se fundamenta en el principio de que la realidad social es esencialmente dinámica. Es compleja y contradictoria y en ella se producen movimientos de integración y fragmentación, así como identidades y diversidades, desigualdades y contradicciones.

El globalismo entraña desafíos epistemológicos. La geohistoria, la economía política, las formas de sociabilidad, las condiciones de comunicación y los movimientos de las ideas se alteran, se reorientan, encuentran otras limitaciones y nuevas posibilidades de realización; algunas categorías básicas de la reflexión científica adquieren nuevos significados, como es el caso del espacio y el tiempo, del pasado y el presente, de la parte y el todo, de lo singular y lo universal.[20]

UNA REVOLUCIÓN EN EL MODO DE PRODUCCIÓN

Fernando Henrique Cardoso, estudioso del desarrollo latinoamericano y desde hace varios años presidente de Brasil, también examina los cambios que sufre el capitalismo bajo la globalización.

En realidad —escribe—, todos aceptamos la supremacía del mercado, aunque no debemos aceptar su lógica. Incluso Karl Popper

estaría de acuerdo en que la "mano invisible" no es la perfección. Exacerba y acumula injusticias.

La revolución científico-tecnológica ha reducido la masa de explotados que son necesarios para la salud del sistema capitalista. Pues bien ¿qué hacer frente a ellos? La respuesta de Cardoso es: no menos o más Estado, sino un mejor Estado, que busque corregir las desigualdades que causa el mercado.

¿Podría ser de nuevo el Estado de bienestar? ¿Por qué no? Siempre y cuando incorpore los signos del presente y se defina más como un movimiento que abra nuevos espacios públicos para que ciudadanos y organizaciones de la sociedad civil participen institucionalmente en la toma de decisiones.

Hoy, clases y naciones, pese a sus diferencias, experimentan un espíritu de globalismo e iluminismo que algunos ven erróneamente como un triunfo de la competencia, el individualismo, el mercado y el capitalismo neoliberal. Estamos ante "una revolución en el modo de producción", que une a la ciencia, la tecnología y la libertad, afecta todas las formas de organización, y cuya principal tendencia es la globalización de la economía.

La "Gran Transformación" que presenciamos y que representa la victoria de una nueva racionalidad, aun no alcanza a todo el planeta. La globalización de la economía incluso ha tenido un efecto negativo y desintegrador en el Tercer Mundo.

El Sur se enfrenta a un doble riesgo: el no ser capaz de integrarse a sí mismo, en respuesta a sus propios intereses, ni evitar ser integrado como sirviente de las economías ricas. Y aun los países que logren unirse a la revolución contemporánea, se enfrentarán al problema de no ser tragados por la globalización de la economía mundial.

La relación de dependencia del Sur respecto del Norte ha sufrido un cambio sustancial. En el pasado era posible responder políticamente a las viejas relaciones de dependencia, sobre todo a través de una política económica de desarrollo. Ahora, la respuesta política reclama que también el Sur construya un nuevo tipo de sociedad.

Un futuro digno para los países del Sur sólo se logrará con más educación, un mejor Estado, mayor productividad de su capital humano y un gran salto tecnológico además de una sociedad y un Estado democratizados; la prioridad deberá darse a las reformas sociales, pues sin ellas no será posible una integración positiva a la economía mundial.

Hoy es necesario redefinir la cuestión de la dependencia. Esta redefinición, sin embargo, requerirá una revolución copernicana del tipo de la propuesta por Gorbachev.

Alcanzado el nuevo socialismo, o dicho con propiedad, la socialdemocracia, se debe encarar la relación Norte-Sur, con un nuevo espíritu.[21]

AÚN HAY ESPACIO PARA LAS POLÍTICAS NACIONALES

¿Qué piensa, a su vez, el distinguido economista Celso Furtado? Los mercados financieros dominados por la especulación cambiaria —nos dice— caracterizan al capitalismo global, germen de un futuro sistema mundial de poder que remite a un nuevo mundo.

Piensa que aún no se tienen ideas suficientemente claras sobre el proceso de creciente interdependencia de las economías nacionales que se denomina globalización. Vivimos una época en que resulta evidente la insuficiencia del marco conceptual para explicar una realidad que se transforma rápidamente. La integración política mundial reduce el alcance de la acción reguladora de los Estados-nación. Aunque ello no significa que se haya agotado el espacio para las políticas nacionales.

El dinamismo de la economía capitalista fue resultado de la interacción de la innovación técnica (que aumenta la productividad y reduce la demanda de fuerza de trabajo) y la expansión del mercado; la globalización desarticula la acción sincrónica de esas dos fuerzas. Son cosa del pasado los sistemas económicos nacionales que disponían de gran autonomía, entramos en una nueva fase de desarrollo capitalista, cuyas características aún están por definirse. Los

cambios en las relaciones internacionales, en este fin de siglo, no pueden ser entendidos más que con una visión de conjunto, una visión global. Sin ella, será imposible entender incluso el sentido de los acontecimientos cotidianos; los nuevos desafíos son de carácter fundamentalmente social. Se equivoca quien considere que está agotado el espacio para la utopía.[22]

La actual crisis, que se prolonga ya por dos decenios, se antoja insuperable y pone de relieve la incapacidad del Estado para superarla. La solución al problema de la desigualdad es de naturaleza política. La eliminación de la pobreza puede alcanzarse, desde luego, de varias maneras; si el cambio estructural es condición del desarrollo, éste difícilmente surgirá, de manera espontánea, de la interacción de las fuerzas del mercado.

El desafío al que se hace frente es alterar el curso de la civilización, cambiando su eje de la lógica de los medios puesta al servicio de la acumulación, a la lógica de los fines, en función del bienestar social, de la libertad y la cooperación entre los pueblos. El principal objetivo tiene que dejar de ser la reproducción de los patrones de consumo de las minorías opulentas. Es preciso establecer nuevas prioridades en función de una nueva concepción del desarrollo.

Debemos abrir camino al futuro a partir del conocimiento de nuestra realidad. Para superar el subdesarrollo tenemos que escapar a la obsesión de reproducir el perfil de aquéllos que se autocalifican como desarrollados y asumir nuestra identidad. La posibilidad de hacer frente a ese desafío demuestra que la posibilidad de supervivencia existe.

NUEVOS DESAFÍOS PARA LA IZQUIERDA

Desde otra perspectiva y reparando más de cerca en ciertos problemas políticos, Emil Sader escribe que el neoliberalismo resume la nueva correlación de fuerzas en escala internacional y también nacional y pese a la enorme renovación tecnológica especialmente en los años 80 no ha logrado reactivar las economías capitalistas mun-

diales. La desregulación propicia la canalización de gran parte de los capitales hacia la especulación financiera. Pero si bien el neoliberalismo ha fracasado económicamente es un éxito desde el punto de vista social, político e ideológico, porque provoca una profunda fragmentación social que dispersa, divide y debilita a los trabajadores, y es un triunfo ideológico porque hace creer a muchos que frente a la política neoliberal no hay, en realidad, alternativa.

Los desafíos para la izquierda son hoy fundamentalmente dos: comprender la real correlación en escala mundial y diseñar y construir una alternativa hegemónica, que es por donde pasa hoy la lucha anticapitalista y el fortalecimiento, la renovación de la lucha por el socialismo.

Tres elementos: la desaparición de la Unión Soviética y los países del este europeo, el debilitamiento del Tercer Mundo y sus organismos respectivos y la consolidación de la hegemonía norteamericana, son factores que marcan el llamado nuevo orden internacional; el drama más grande del socialismo en este siglo no es lo que pasó en la Unión Soviética, sino la incapacidad de la izquierda de constituir una fuerza anticapitalista en el primer mundo; tenemos que constituir proyectos nacionales alternativos, cuando los Estados nacionales están debilitados en su capacidad autónoma de decisión, por la hegemonía del capital financiero.

La idea de que la clase obrera pierde importancia y aun tiende a desaparecer es una trampa ideológica; hay más trabajadores en el mundo de los que nunca hubo y la clase trabajadora es mucho más amplia que antes. Pero tenemos que redefinir el concepto de clase trabajadora, para poder ubicar el amplio bloque social alternativo, que sea de todos aquellos que viven de su propio trabajo. Hay que encontrar las formas más flexibles de organización y de constitución de plataformas comunes de lucha para esos sectores.

Además no habrá un proyecto nacional democrático ni alternativa anticapitalista si no logramos redefinir el internacionalismo. Requerimos un proyecto de democratización del Estado hasta los límites posibles de esa democratización. Tenemos que superar el dilema entre lo estatal y lo privado.

El balance de este siglo demuestra que el socialismo no es inevitable. Pero también sabemos que el capitalismo no es inevitable; sus contradicciones están ahí. El cáncer de la especulación financiera está ahí. La marginación social, la concentración de la renta, el desinterés político, la corrupción, están ahí como elementos de debilidad. Pero eso no es suficiente para que tengamos una alternativa nuestra. Y no podremos tenerla si no conocemos a fondo lo que acontece en el mundo en las últimas décadas.[23]

Emil Sader creía que 1997 había sido un año de viraje. El periodo de reflujo revolucionario en los primeros cinco años de la década de los noventa había sido el más difícil y en 1997 parecía haber un rechazo al neoliberalismo que se extendía, sin que existiera, todavía, una propuesta de superación articulada.

Nosotros contamos con lo mejor de la intelectualidad latinoamericana y de otros continentes. Pero no vamos a reconstruir el proyecto socialista trayéndolo del cielo o de las obras de un autor clásico. El socialismo es ante todo anticapitalismo, su negación y su superación. Si no nos apropiamos de lo que es el capitalismo hoy día en América Latina, de cómo se da el proceso de acumulación de capital, cómo se da la hegemonía del capital financiero, la incorporación de las nuevas tecnologías, la exclusión social, la producción y reproducción de la clase trabajadora, no podremos crear un proyecto superador. Ni comprenderemos cuál es el sujeto histórico de ese proceso.

La nueva izquierda, que no será nueva solamente por la liquidación de la otra (la vieja), no se ha constituido todavía. Tenemos embriones, pero no ha cuajado, no se ha desarrollado, no ha elaborado su programa, su alternativa, sus fuerzas sociales; no está articulada. Tan es así que no ha construido su propia teoría; esta nueva izquierda no ha cuajado todavía en su interpretación del continente, de la nueva división internacional del trabajo, en su visión de las fuerzas sociales anticapitalistas, sus formas de lucha, y está enfrentando dificultades, justamente por eso.

Es un desafío grande; hoy es preciso producir textos que sean alternativos. Y no hay alternativa a nivel nacional —concluye Sader—

que no incluya obligatoriamente una reinserción en la política latinoamericana, en el mercado internacional. No hay fuerza aislada, a nivel nacional, para resistir las ofensivas del capital financiero internacional. Si no hay una estrategia internacionalista y latinoamericana en cada partido de la izquierda —no sólo mencionada, sino practicada, debatida— no tendremos fuerza para seguir adelante.[24]

A continuación haré una breve y rápida referencia a interesantes planteamientos sobre nuestro tema, de tres prestigiados argentinos: Atilio Borón, Aldo Ferrer y Carlos Vilas.

Derechización ideológica y nuevos aprendices de brujo

La burguesía que en el pasado apoyó su acumulación privada en la gestión estatal y las políticas keynesianas —escribe Atilio Borón— hoy se desvive por amputarle al Estado todas sus capacidades regulatorias. Conforme a esta posición ultraconservadora el mercado se vuelve el centro de gravedad, y de ahí la ola de desregulaciones, liberalizaciones, aperturas indiscriminadas de los mercados y privatizaciones mediante las cuales los capitalistas se hicieron de las empresas estatales y de los servicios públicos más rentables.

Después de años en que el Estado —no obstante sus limitaciones, fallas y errores— jugó un papel muy importante en la política de desarrollo, la derechización ideológica neoliberal revivió las débiles teorías económicas neoclásicas, con sus hechiceros y aprendices de brujo dispuestos a aplicar, en todas partes y en cualquier circunstancia, la receta del Consenso de Washington.

Más allá de su función disciplinadora, el BM y el FMI se convirtieron en un gigantesco *think tank* del neoliberalismo. Miles de economistas y científicos sociales trabajan bajo su manto, fundamentalmente para apoyar la práctica neoliberal y para rodear con un halo de cientificidad tecnocrática la presión que ejercen sobre los gobiernos.[25]

La nueva ortodoxia económica, como la gran burguesía trasnacional, es leal al capitalismo, no a la democracia. Como Friedrich

von Hayek lo dijera en una entrevista: si hubiera que elegir entre una economía de libre mercado con un gobierno dictatorial o una economía con controles y regulaciones pero con un Estado democrático, elegiría sin duda la primera; para el dogma neoliberal, la generación de pobreza es señal de que se está marchando por el rumbo correcto. La generación del desempleo, en consecuencia, lejos de ser preocupante, es una señal de que la economía se está reestructurando, modernizando, tornándose más competitiva.

El neoliberalismo deja como legado una sociedad heterogénea y fragmentada, surcada por profundas desigualdades de todo tipo —clase, etnia, género, región, una sociedad además menos integrada, producto de las desigualdades y hendiduras que profundizó con su política económica—. El resultado de esta gigantesca reconversión es una sociedad que en realidad no es tal.[26]

En otro momento, el propio Atilio Borón subraya como fundamental que es una fase muy especial en el desarrollo del capitalismo a escala internacional, una fase que ya da muestra muy clara de agotamiento, por lo menos en los centros. Tanto en Estados Unidos como en Inglaterra el neoliberalismo ha fracasado de manera que no es sorprendente que se encuentre en retirada.

El auge del capital financiero está fuertemente asociado a la involución política, el autoritarismo, la exclusión de masas, el desempleo y no puede menos que debilitar radicalmente los márgenes de soberanía de los Estados nacionales.

A partir del auge neoliberal se profundizan las tendencias a la exclusión, el antagonismo de clases y las tendencias a una creciente desigualdad social. Para millones de trabajadores que carecen de empleo, bien lo decía el dirigente político brasileño Lula, el problema es que ni siquiera pueden tener condiciones para ser explotados. Éste es el drama, que a todos nosotros, aquéllos que no hemos renunciado a las grandes utopías que le den sentido a nuestras vidas, nos parece que es fundamental revertir.[27]

Tenemos que formular y poner en práctica otras estrategias y líneas de acción. Pues bien, esta tarea sólo podrá realizarla un conjunto plural de fuerzas de inspiración socialista, que sea capaz de

reconciliar los ideales fundamentales de justicia, libertad, democracia e igualdad con las necesidades prácticas de reconstrucción económica y social que habrá que emprender (tan pronto) llegue a su término el diluvio neoliberal.[28]

La inserción incondicional en la globalización, un cambio sin salida

El economista argentino Aldo Ferrer ha escrito a menudo sobre el proceso de internacionalización. Entre otros libros es autor de *Historia de la Globalización* y de otros interesantes estudios. En las líneas que siguen sólo recordaré algunas de sus opiniones sobre los cambios que el capitalismo ha sufrido recientemente.

Ferrer considera que si bien la globalización no es un hecho nuevo, adquiere ahora dimensiones distintas y más complejas que en el pasado. La globalización financiera, en particular, se ha convertido en un fenómeno en gran medida autónomo y de una dimensión y escala desconocidas; la globalización coexiste con espacios nacionales en los cuales se realiza la mayor parte de las transacciones económicas. El crecimiento de la actividad financiera internacional es espectacular y mucho mayor que el de la economía real, los países más afectados por la crisis son los emergentes que desregularon sus mercados financieros y quedaron atrapados en un sistema global especulativo y volátil.[29]

La inserción incondicional en la globalización es un camino sin salida. Desde ahí, América Latina no puede influir en la situación mundial; pero sí puede poner su casa en orden y encarar un proceso profundo, de reformas. El fracaso de las recetas del Consenso de Washington está a la vista. La integración latinoamericana, la ampliación del mercado y la concertación de políticas en áreas clave como el desarrollo industrial y tecnológico fortalecen la capacidad de nuestros países para responder a la globalización; las políticas ortodoxas se revelan impotentes para sacar a esos países de la crisis; la crítica al paradigma ortodoxo puede contribuir a debilitar el

pensamiento de cuño neoliberal, que predomina principalmente en América Latina.[30]

El desarrollo es inherente al capitalismo avanzado. En el subdesarrollo prevalecen circunstancias muy distintas a las de los países industriales. A saber: relaciones asimétricas y subordinadas, estados ineficaces y pobres marcos regulatorios, desigualdades sociales abismales, instituciones frágiles e inestabilidad política, y vulnerabilidad extrema a las turbulencias financieras internacionales. La brecha que separa a América Latina de los países avanzados tiende a crecer. El concepto *tercera vía* no es aplicable a la realidad latinoamericana. Aquí es preciso dejar atrás un legado histórico de atraso y subordinación, agravado en tiempos recientes por la estrategia neoliberal, e iniciar un sendero distinto. Un camino nuevo que genere desarrollo y bienestar e inserte a América Latina en la globalización como una comunidad de naciones capaz de decidir su propio destino en el orden mundial.

Dice el autor en otro pasaje que las condiciones del desarrollo no pueden importarse. Es preciso crearlas desde dentro de cada país.[31]

Más desigualdad y subordinación

Para Carlos Vilas colocar los cambios en curso en su debida perspectiva no significa disminuir su significación ni sus proyecciones. Pues bien, el orden económico internacional mantiene la mayoría de los rasgos que se configuraron en las cuatro décadas más recientes, en particular en las regiones en desarrollo y, ante todo en América Latina. Uno de esos rasgos es la cada vez mayor desigualdad en el reparto de la riqueza y el ingreso. La polarización del sistema mundial, añade, se acompaña de una mayor subordinación a las economías más desarrolladas. Lo que para América Latina quiere decir menor autonomía.

Las políticas en boga en la mayoría de nuestros países se acercan a la llamada *reaganomics*, aunque son mucho más restrictivas, y la cada vez mayor importancia de la economía informal se traduce en

condiciones muy perjudiciales para los trabajadores.[32] La globalización, hasta ahora, para América Latina representa creciente marginación y formas autoritarias y manipulativas de dominación. El capitalismo, sin embargo, ha cambiado y no es el mismo de antes. El imperialismo —por ejemplo—, como lo conocieron y analizaron Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin, Luxemburgo, implicó la expansión internacional del capital y el desplazamiento internacional de la fuerza de trabajo. No significó la globalización de las relaciones capitalistas ni mucho menos la internacionalización de los procesos productivos.[33]

En otro estudio, Vilas señala que la integración de América Latina a una cultura crecientemente globalizada es imitación mucho más que adaptación. Esta última implica siempre una dosis importante de innovación; aquélla es una mera caricatura. Se incorpora lo nuevo por la vía del uso y el consumo, no del conocimiento. Hay en consecuencia modernidad, pero no modernización. "Nos conectamos al correo electrónico, pero los teléfonos no funcionan. Los hospitales practican diagnósticos computarizados, pero la gente sigue muriéndose de cólera. Se construyen autopistas sensacionales y los pobladores de los barrios pobres mueren ahogados o sepultados por deslizamientos cada vez que llueve fuerte."[34]

Carlos Vilas objeta las versiones ideológicas convencionales y casi siempre apologéticas de la globalización, y señala que las afirmaciones de esta ideología conservadora no se encuentran avaladas por la historia ni por la observación del presente; tales proposiciones —dice— están equivocadas. Para comprender lo que la globalización y concretamente la presente etapa significa, el debate debe llevarse a cabo en el marco de la etapa contemporánea del desarrollo del capitalismo.

Las proposiciones sobre la globalización que Vilas refuta, por ser ideas falsas, son: 1) que la globalización es algo nuevo; 2) que es un proceso homogéneo; 3) que permite superar las diferencias entre desarrollo y subdesarrollo, y entre países y regiones ricos y pobres; 4) que es la llave del progreso y del bienestar y que promueve el ascenso de los que menos tienen; 5) que la globalización

de la economía favorece la globalización de la democracia; y 6) que trae consigo la desaparición progresiva del Estado, o al menos una pérdida de importancia del mismo.

Posiblemente por primera vez en la historia, enormes cantidades de seres humanos estamos pensando en términos de humanidad. Pero esta ciudadanía global no surge espontáneamente o por inercia de esta globalización en curso. Como toda ciudadanía, es el producto de la resistencia a la opresión y de la lucha por algo mejor que lo realmente existente.[35]

Del CME al capitalismo monopolista trasnacional

Los cambios que sufre el capitalismo en los últimos decenios han sido también objeto de atención en Cuba. Desde hace años algunos investigadores se interesaron en el tema, sobre el que hay valiosas contribuciones de economistas y de otros investigadores. En este apartado, sin embargo, sólo mencionaré dos o tres estudios recientes.

El rasgo distintivo, acaso central de nuestra época en lo que hace al capitalismo —dicen varios autores en un trabajo colectivo— es la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional, en virtud del cual los monopolios financieros ejercen un dominio virtualmente irrestricto sobre los eslabones fundamentales de la rotación del capital global.

Ese capitalismo se caracteriza, entre otros rasgos, porque concentra el capital, desemplea y margina a millones de trabajadores, impulsa la especulación financiera, anula ciertas regulaciones nacionales, amplía la brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados, facilita a la burguesía monopolista intervenir en otros países, hace de la violencia un instrumento necesario de dominación extraeconómica e impone como nunca antes, gracias a los avances de las telecomunicaciones, una ideología enajenante y que pretende que sólo puede y debe hacerse lo que se hace.[36]

La crisis y la profunda depresión de los años treinta hicieron ver que el Estado-nación resultaba incapaz de ofrecer un marco pro-

picio para el desarrollo del capitalismo monopolista, en particular, para evitar las crisis de sobreproducción. Y la aplicación de recetas keynesianas representó, en medida considerable, la adaptación de un sistema de respiración artificial al capitalismo monopolista de Estado.

Se puede considerar al capitalismo monopolista trasnacional un nuevo estadio del imperialismo, que se abre desde fines de los años setenta. En este segundo estadio de su desarrollo, el imperialismo deja atrás la etapa de la omnipotencia de los monopolios nacionales que, en términos políticos, se expresaba en el dominio sobre la maquinaria estatal de la nación.

> La metamorfosis trasnacional de los monopolios conduce a una transfiguración integral del modo de producción capitalista y de las fuerzas productivas [...] La más importante de estas mutaciones concierne a la contradicción capital-trabajo, y es la socialización capitalista marginadora [o marginalizante] [...] Para reproducir la enajenación el imperialismo trasnacional sólo necesita comprar y explotar una parte minoritaria de la fuerza de trabajo [...]
>
> Con su acelerada tendencia a la exclusión y la marginación social, la sociedad capitalista ha alcanzado niveles virtualmente suicidas de sobreproducción de población con respecto a las demandas de capital, situación que se hace mucho más aguda con el desarrollo de la llamada reconversión industrial [...] por primera vez en la historia del imperialismo, el capital financiero ejerce un férreo control sobre la masa monetaria mundial y sobre el capital ficticio global, en particular, sobre las bolsas de valores del mundo.[37]

El capitalismo monopolista de Estado pudo desarrollarse sin necesidad de derribar las fronteras nacionales, el capitalismo monopolista trasnacional en cambio demanda espacios inconmensurablemente mayores. Se opone, además, a todas las regulaciones nacionales que entorpezcan su reproducción. Por eso, la división económica del mundo característica de la época del capitalismo monopolista de Estado es ya obsoleta.[38]

El imperialismo necesita como nunca antes destruir todos los modos de producción que le precedieron, y construir sobre sus ruinas nuevos alivios capitalistas para sus excesos productivos y sus bacanales financieras. Su tragedia es que no puede hacerlo. Bajo el capitalismo monopolista actual crece la cuota de plusvalía, mas no necesariamente, la de ganancia.

Señalan:

> La metamorfosis del capitalismo monopolista en curso trasnacionaliza las relaciones sociales, universaliza la exclusión y la marginación, genera nuevas contradicciones en los ciclos de reproducción del capital, desvaloriza el poder político dentro de los límites del Estado-nación, introduce cambios importantes en la estructura socioclasista y debilita muchos de los instrumentos políticos y de las formas tradicionales de organización de la izquierda. Hoy día resulta imposible articular una ofensiva contra el sistema capitalista que no tome en consideración tales mutaciones.
>
> El "reformismo nostálgico", anclado en las fronteras del Estado nacional, sólo se siente a sus anchas en el reino de la ética y los valores humanos, en la exaltación de las virtudes del nacionalismo y en la posibilidad de acceso al gobierno, por la vía electoral, de hombres de buena voluntad. Su "sueño alternativo" es regresar a formas precedentes de organización de la sociedad capitalista [...] Las "propuestas alternativas" del reformismo "trasnacionalizante" —seducidas por los cantos de sirena del posmodernismo— se circunscriben a la "política de lo posible" *dentro* de los límites del capitalismo monopolista trasnacional.[39]

Al reafirmar los principios del marxismo leninismo es preciso rehuir el espíritu del marxismo vulgar, en particular todo intento de trasladar mecánicamente, en la forma de esquemas sin vida, las evaluaciones teóricas y las prácticas revolucionarias que fueron válidas para otras etapas del desarrollo del capitalismo mundial y que han sido superadas por la historia. Tal actitud produce un distanciamiento suicida entre la teoría y la realidad.

TRASNACIONALIZACIÓN Y GLOBALIZACIÓN NO SON LO MISMO

En dos trabajos de los años noventa, el doctor Silvio Baró se ocupa también de aspectos importantes del desarrollo del capitalismo, concretamente en nuestros días.

El desenvolvimiento del proceso de internacionalización, que cubre ya varios siglos; se vincula —a su juicio— a las etapas del sistema capitalista, a cada una de las cuales corresponde un determinado grado de desarrollo tecnológico, cierta forma de organización productiva y el liderazgo de un país o grupo de países.

En el desarrollo del proceso de internacionalización los monopolios internacionales desempeñaron un papel decisivo, dada (su) importancia en la modificación del funcionamiento —nacional e internacional— del capitalismo. En los últimos quince años se han abierto paso tendencias que hacen pensar a muchos autores que se está en presencia de un nuevo estadio en el proceso de internacionalización. Estas tendencias obedecen a las necesidades de la acumulación capitalista en las condiciones actuales, y se expresan en cambios en la producción, el comercio, la tecnología, que alteran la estructura de clases y las formas de organización social, a la vez que la superestructura política y jurídica.

Por ello en años recientes se modifica la estrategia de las empresas trasnacionales para fortalecerse y ampliar sus posibilidades de control. Sin embargo no debiera pensarse que el fenómeno de la globalización constituye tan sólo una diferencia de grado o intensidad respecto de la trasnacionalización. La secuencia internacionalización-trasnacionalización-globalización debe verse como uno de los polos de la evolución de la ley general de la acumulación capitalista enunciada por Marx, vista en el plano internacional contemporáneo.

Junto a las nuevas tendencias mundiales se advierte la formación de un nuevo marco téorico-conceptual que pretende legitimar las acciones de las potencias centrales para estructurar su orden mundial de la postguerra fría.[40]

El nuevo marco téorico-conceptual (conservador, antiestatista e incluso antisocial) se caracteriza por una vuelta al individuo como sujeto político, y exalta lo privado frente a lo público. En los nuevos planteamientos se insiste en ciertos problemas globales, puede advertirse que los más importantes (la paz, el desarrollo y otros) pasan hoy a un segundo plano frente a la degradación del ambiente, el narcotráfico y el terrorismo. Según Baró y López, este cambio en las prioridades es una lógica consecuencia de las variaciones en la correlación de fuerzas internacionales y en el contexto político-ideológico. Las nuevas concepciones, además, hacen apología de los mecanismos supranacionales y postulan que los Estados deben ceder, para el bien común, parte de su soberanía. Dentro de ese marco se desenvuelve una peligrosa teorización encaminada a justificar las intervenciones foráneas en los asuntos internos de los países, so pretexto de defender derechos humanos o libertades democráticas.[41]

En un trabajo posterior, Baró hace notar que no pocos advierten contradicciones en la globalización, y tras mencionar algunas de ellas, recoge como la principal de nuestra época la existente entre la mundialización (globalización) de la economía y la persistencia de los Estados nacionales.[42] Otros prestan atención a las contradicciones centro-periferia y piensan que la globalización ha roto las antiguas fronteras geográficas entre Norte y Sur, y que ahora se expresa como polarización entre los países y al interior de ellos, incluso los del Norte. Y cada vez son más quienes piensan que la globalización, en vez de resolver los problemas, incluso contribuye a multiplicarlos y a empeorar las condiciones de la mayoría de la población del mundo. Pero como bien dice Eduardo Galeano —a quien cita Baró—: el código moral de este fin de siglo no condena la injusticia, sino el fracaso.

Baró agrega que la principal implicación de la globalización es el grado de concentración del poder en un reducidísimo grupo de naciones y entidades internacionales o supranacionales, que se diferencia cuantitativamente, por su extensión, y cualitativamente, por su profundidad e implicaciones, de las observadas en etapas anteriores al desarrollo de la economía mundial (capitalista).

Las etapas del proceso de internacionalización del capitalismo, son: de los monopolios internacionales con una clara base nacional en los capitales, de las postrimerías del siglo XIX y principios del siglo XX, a las corporaciones trasnacionales con estrategias y racionalidad globales y a las alianzas entre dichas corporaciones en que se pierde la nacionalidad del capital.

La globalización en curso entraña serios peligros, entre ellos la tendencia a imponer ciertas condiciones y pautas uniformes a países diferentes, a imponer el concepto de democracia dominante sobre todo en Estados Unidos, y a modificar el sistema de regulación internacional, a partir de la concentración del poder y de la toma de decisiones acerca de los problemas globales en un reducido número de Estados, organismos internacionales, entidades supranacionales y corporaciones trasnacionales. Estos pasos son encubiertos detrás de la idea de que la naturaleza multifacética de los actuales problemas globales demanda un liderazgo global.[43]

La globalización, fase superior del Capitalismo Monopolista de Estado (CME)

¿Es la globalización —se pregunta el sociólogo Luis Suárez— parte consustancial, intrínseca, del desarrollo contradictorio, desigual, combinado y deformado del capitalismo, y especialmente de lo que Lenin definió como el imperialismo? ¿Es o no la globalización el último estadio posible del fenómeno imperialista? ¿Están o no presentes en ese proceso, los rasgos económicos del capital monopolista señalados por Lenin?

Para él es indudable que la globalización es una fase superior del CME, del imperialismo, y que los rasgos económicos estudiados por Lenin siguen presentes. Enseguida, sin embargo, advierte algunos cambios del capitalismo actual respecto del de principios del siglo, como la transición de la civilización industrial a la metaindustrial y la del orden y de la institucionalidad bihegemonizada, aunque tripolar, de la guerra fría hacia un orden multipolar aun en

ciernes entre los actuales Estados nacionales, y los regionales o continentales que se vislumbran en el horizonte.

Pues bien ello modifica, cuando menos, la manera de expresarse de muchos de los rasgos económicos que Lenin atribuyó al CME. Bajo la globalización, además, la mundialización ideológica-cultural adquiere una importancia extraordinariamente mayor a la que tuvo en la etapa del imperialismo clásico.

¿Estamos ante la crisis final del capitalismo? En la opinión de Suárez, no. La vida ha demostrado la bancarrota teórico-práctica de los conceptos postleninistas según los cuales el capitalismo mundial habría entrado, después de la Revolución de Octubre, en sucesivas crisis generales de las que resultaría, como fruto casi automático de la espiral ascendente de la historia, el socialismo mundial. Y, citando a Manuel Piñeiro, el autor expresa que sin la acción conciente de los seres humanos, de las clases, de los movimientos políticos y sociales, de las vanguardias políticas; sin programas, estrategias y tácticas adecuadas, las clases dominantes, a nivel nacional o internacional, pueden superar, una y otra vez, las crisis de su dominación.

Las nuevas constelaciones de fuerzas sociales y políticas que luchen por un cambio de fondo tendrán que plantearse la tarea de conquistar, construir y ejercer un nuevo poder, y de formar un nuevo internacionalismo social que, sin sectarismos ni reduccionismos sociológicos sea capaz de sintetizar las plurales aspiraciones de todos y todas los que quieren preservar la vida y el planeta.[44]

La globalización neoliberal capitalista es insostenible

Junto a lo que algunos investigadores plantean en Cuba sobre la globalización capitalista, sorprende en verdad la atención que ha prestado el presidente Fidel Castro a ese hecho y a los cambios que actualmente presenciamos. Acaso ningún otro jefe de gobierno siga tan de cerca como él lo que acontece y la forma en que todo ello afecta, en particular, a los países subdesarrollados.

A manera propiamente de ilustración, me limitaré a recoger algunas de sus interesantes y lúcidas opiniones.

La globalización es una ley inevitable; por ley inevitable de la historia, del desarrollo de las técnicas y de las fuerzas productivas, el mundo marcha hacia la globalización, ahora hacia la globalización neoliberal capitalista que, desde mi punto de vista, es insostenible; el sistema es incapaz, incluso de darle trabajo a la gente; tiene que olvidarse de la suerte de cientos de millones, aun en los países ricos y un sistema donde el hombre sobra no sirve.

Hay quienes piensan que el mercado debe resolverlo todo, y el mercado es una bestia loca, salvaje, que no controla nadie. El hombre no puede ser regido por la irracionalidad, ni por leyes ciegas.

No hay milagros económicos. Está demostrado. El neoliberalismo es una ofensiva contra todas las conquistas que aun dentro del capitalismo habían logrado los trabajadores.

El presidente cubano Fidel Castro señala:

> No estamos contra la globalización, estamos contra la globalización neoliberal [...] El mundo necesita un orden [...] un orden mundial, global, justo, democrático [...] Nosotros confiamos en la humanidad [...] en el hombre, y la humanidad no se dejará aniquilar ni dejará que aniquilen su naturaleza, sus aguas, sus mares, sus recursos.
>
> Una crisis inevitable y profunda, tal vez la peor de la historia, nos amenaza ahora a todos. En el mundo, convertido en un casino, se realizan cada día operaciones especulativas por valor de un millón y medio de millones de dólares que no tienen relación [...] con la economía real.[45]

Las inversiones especulativas pueden ser la gran ruleta rusa de la economía mundial. El alza de los precios de los valores bursátiles y la baja de los productos básicos anuncia una catástrofe. El presidente norteamericano Bill Clinton, señala Castro, plantea claramente que el peligro grave para la economía mundial es el de una recesión, no la inflación. Y concluye:

> Los más fanáticos defensores y creyentes del mercado han terminado convirtiéndolo en una nueva religión. Surge la teología del mercado.
>
> No hay que olvidarse del imperialismo [...] su origen en el capitalismo desarrollado y a dónde conduce al mundo [...] Estados Unidos constituye hoy la base del imperialismo globalizado y también la lucha contra esa forma de dominio tiene que ser globalizada [...] en el campo de las ideas se libra una gran y difícil batalla, porque las soluciones, al globalizarse todo, también se globalizan [...] en este mundo que nos ha tocado vivir, ningún país solo puede resolver sus problemas [...] Hay que trabajar en la unión entre latinoamericanos y caribeños [...] Vivimos una época en que los acontecimientos marchan por delante de la conciencia de las realidades que padecemos. [...] Practíquese verdaderamente el humanismo, con hechos y no con hipócritas consignas.[46]

En enero de 1999 se realizó en La Habana un Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, al que asistieron centenares de personas con muy diversas maneras de pensar. Según la relatoría, en el marco de un amplio, libre y respetuoso debate se expresaron diferentes opiniones, destacando, sin embargo, ideas como éstas:

La globalización es un fenómeno objetivo, fruto de un alto nivel de expansión de las relaciones de producción capitalistas.

Lo que distingue este nuevo estadio de la internacionalización de las relaciones de producción capitalistas es el notable proceso de modificación de la actividad productiva.

Es necesario refutar los "mitos" que circulan sobre la globalización, y reconocer que si bien ésta ofrece oportunidades, hasta ahora son los centros del poder mundial, y sobre todo Estados Unidos, los que las han aprovechado.

La globalización ha impuesto límites a la soberanía nacional y a la capacidad de acción de los Estados. Las economías nacionales —y sobre todo las de países subdesarrollados— son, como nunca antes, cada vez más dependientes de la dinámica de la economía global.

Los flujos financieros cobran vida propia y cruzan fronteras con total independencia de las transacciones económicas reales. Se han intensificado los flujos de inversión extranjera directa, y la competencia entre países para obtener esos recursos.

El mercado está al servicio del poder, sobre todo cuando en el marco de las relaciones capitalistas, prolifera y se desarrolla la competencia oligopolista de las empresas trasnacionales.

Debido a las transformaciones de la economía mundial en las últimas décadas, se consolidó la internacionalización financiera.[47]

En la clausura del Encuentro Internacional de Economistas, el presidente Fidel Castro dijo unas palabras en las que se hizo a sí mismo varias preguntas.

> ¿Se trata [la globalización] de un proceso irreversible? Mi respuesta es: no.
>
> ¿Qué tipo de globalización tenemos hoy? Una globalización neoliberal.
>
> ¿Es sostenible? No. Durará sólo décadas; pero más temprano que tarde tendrá que dejar de existir.
>
> ¿Cómo se va a producir la transición? No lo sabemos. ¿Mediante profundas y catastróficas crisis? Desgraciadamente es lo más probable.
>
> ¿Qué tipo de globalización será? No podría ser otra que solidaria, socialista, comunista, o como ustedes quieran llamarla.
>
> ¿Quiénes serán los creadores de ese nuevo mundo? Los hombres y mujeres que pueblan nuestro planeta.
>
> ¿Cuáles serán las armas esenciales? Las ideas; las conciencias.
>
> ¿Se trata de una utopía, un sueño más entre tantos otros? No, ya fue soñado no hace tanto tiempo, sólo que tal vez prematuramente. Como dijo el más iluminado de los hijos de esta isla, José Martí: "Los sueños de hoy serán las realidades de mañana".[48]

La trasnacionalización del capital con neoimperalismo

El economista colombiano José Consuegra considera que en su desarrollo último el capitalismo ha tomado nuevas formas, tanto en

los monopolios como en las relaciones entre los centros de poder y las regiones dependientes. La población ha crecido rápidamente y también lo ha hecho la producción.

La revolución en la electrónica y el apogeo de la cibernética saturan el mercado con producción masiva, que se acompaña de un consumismo enajenante.

Los cambios del capitalismo en la posguerra, obligan —según el autor— a su clasificación en una etapa no prevista por los críticos anteriores. Y, cita a James O'Connor, para destacar entre esos cambios el consumo masivo, la concentración del ahorro institucional, la reapreciación del concepto tasa de ganancia, y el que, en tanto ésta es un dato en los sectores más competitivos de las economías desarrolladas, en el sector oligopolístico, los márgenes de utilidad se determinan por el precio corporativo, el producto y la política de inversión. Según Consuegra, las empresas trasnacionales son el símbolo de la concentración y el monopolio, y representan la imagen de un neoimperialismo.

En el nuevo esquema de exportación de mercancías o de capitales, las trasnacionales se apoderan de las industrias primarias de los países subdesarrollados, o las dominan tecnológicamente. Y para financiar sus operaciones se valen de los propios ahorros de las regiones en que operan.

"En la etapa de las trasnacionales el desarrollo desigual alcanza topes imprevistos [...] En los últimos años el neoliberalismo y la globalización facilitan el pleno dominio de [esas empresas], bajo el espejismo de una igualdad de posibilidades entre desarrollados y subdesarrollados, dominantes y dominados."[49] El predominio de las trasnacionales impone la eliminación de fronteras y obstáculos que faciliten plenamente el poder para sus intereses.[50]

El neoliberalismo significa creciente desigualdad, extranjerización y pobreza

En Chile, investigadores como Osvaldo Sunkel, Aníbal Pinto, Gonzalo Arroyo, Jacques Chonchol y otros se ocupan de los cambios

recientes que experimentan la economía mundial y el capitalismo. Pero sólo me referiré a algunos planteamientos de Pedro Vúskovic, Marta Harnecker y Orlando Caputo.

El mundo subdesarrollado —hace notar Vúskovic— va quedando paulatinamente marginado; el desarrollo científico y técnico apunta a un futuro en el que los dos factores que tradicionalmente se han considerado como elementos de ventaja comparativa para América Latina (mano de obra abundante y barata y amplia disponibilidad de recursos naturales) serán cada vez menos significativos.

Por lo que hace a la mano de obra, los avances en microelectrónica y su aplicación en la automatización de los procesos productivos, en la robotización, anulan la triste ventaja salarial; y los avances en biotecnología e ingeniería genética anuncian que el mundo desarrollado dependerá menos de importaciones del mundo subdesarrollado, ya sea produciendo por sí mismo muchos productos primarios, o reemplazando a éstos por sucedáneos que también ellos produzcan.

La estrategia neoliberal favorece la total apertura externa y convierte a las exportaciones en la fuente principal y casi única de dinamismo económico; de ahí la subordinación de la economía nacional a los mercados externos. Todo lo cual representa una creciente extranjerización económica. En Chile, concretamente —y ello valdría para otros países— el neoliberalismo ha significado desnacionalización, acentuación de la desigualdad y la pobreza e incluso esterilidad como estrategia de crecimiento global, y haciendo abstracción de sus costos sociales.

Tal capitalismo, que bien puede calificarse de "salvaje", supone una estrategia que diferencia cada vez más la parte de la sociedad incorporada y la segregada, la que recibe y concentra todos los beneficios de la modernización y la que queda libre a su propia suerte. En las condiciones de la economía mundial constituir a las exportaciones en la principal expectativa redinamizadora para superar la crisis, y sobre todo en el eje de una estrategia de largo plazo, carece de fundamento económico serio. Tal estrategia, al no tocar nada de lo esencial del funcionamiento del sistema (capitalista) actual, no puede ofrecer sino compensaciones mínimas o promesas incumplibles.

Una estrategia alternativa tiene que reorientar la dirección misma del crecimiento y el desarrollo económico, actuando en dos planos fundamentales: de una parte, poner en marcha una redistribución sustancial del ingreso; de otra, encauzar una reconversión de la economía, con vistas a favorecer prioritariamente la capacidad de producción y suministro de bienes y servicios básicos.

Señala Vúskovic:

> A la herencia de una sociedad escindida hay que oponer un proyecto de verdadera integración social interna, de corrección de los extremos de desigualdad socioeconómica, actuando con decisión en las raíces mismas de esos procesos y no sólo en sus manifestaciones [...] Frente a los "valores" del neoliberalismo y el imperio del mercado bajo las conveniencias del capital, hay que rescatar los valores de la solidaridad y la equidad; al antiestatismo absoluto y dogmático, hay que responder con una propuesta que entregue capacidad de control público sobre los procesos sociales fundamentales, en un esquema de amplia participación popular.[51]

La mundialización del capital, fenómeno cualitativamente nuevo

En un sugerente libro, la investigadora chilena Marta Harnecker, quien desde hace años reside en Cuba, de acuerdo con Chesnais y otros autores, expresa que lo que estamos viviendo es un proceso de mundialización del capital. Y unos párrafos adelante, coincidiendo de nuevo con Chesnais, dice que considera que afirmar que no hay nada nuevo en la globalización termina por ocultar gravemente muchos de los cambios cualitativos que han ocurrido en las últimas dos décadas; y enseguida señala algunos de los principales. A la pregunta de si hay algo que permita pensar que se ha dado un salto cualitativo en el desarrollo de la economía mundial, la respuesta debe ser afirmativa, y para fundamentarla se detiene en dos fenómenos que le parecen los más relevantes.

El capital, hoy, no sólo se traslada a los lugares más apartados del mundo, sino que es capaz de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria. Cantidades fabulosas de dinero se negocian en segundos en los circuitos electrónicos. Se trata de un fenómeno nuevo, que sólo comienza a ser posible en las últimas décadas del siglo XX.

Pero más allá del terreno de las finanzas, algo cualitativamente nuevo ha ocurrido también en el terreno de la producción: la internacionalización del propio proceso de producción, es decir, la fabricación de diferentes partes del producto final en diversos lugares geográficos. Y esto mismo ha ocurrido en el área de muchos servicios.

Finalmente lo que hoy se globaliza es precisamente la forma capitalista de explotación. Ésta adopta diversas modalidades según el grado de desarrollo de los países. Por eso, estudiar la forma desigual en que se da este proceso es hoy una de nuestras tareas pendientes.[52]

En la segunda parte de su libro la autora hace observaciones que, no obstante su interés, no podríamos recoger aquí. Pero a fin de que el lector conozca al menos la perspectiva desde la cual examina los cambios recientes que el capitalismo ha sufrido, mencionaremos brevemente otras opiniones suyas.

El fenómeno de globalización del capital se traduce también en cambios en la configuración del poder.

En la nueva dinámica de capitales, la lógica no es la absorción o incorporación de países, sino la absorción de sólo partes de los circuitos económicos nacionales.

El acuerdo multilateral de inversiones se concibió como la Constitución que regiría la economía global.

Una serie de términos que surgen al finalizar la Segunda Guerra Mundial van quedando obsoletos.

La ley del desarrollo desigual —escribe citando a Manuel Riesco— es un fenómeno de importancia crucial. Sin comprenderlo y valorarlo en su debida magnitud, no se puede entender absolutamente nada de los que está ocurriendo hoy día en el mundo.

No toda la economía internacional es ya global, los Estados nacionales y sus gobiernos siguen desempeñando un papel esencial en la orientación de la nueva economía.

El neoliberalismo tiene un proyecto social: la máxima fragmentación de la sociedad, porque una sociedad dividida es la mejor fórmula para la reproducción del sistema.

La globalización neoliberal no produce una globalización de la riqueza, sino de la pobreza.

La introducción de nuevas tecnologías no parece implicar necesariamente una reducción global del empleo sino una reducción focalizada en los procesos específicos en que estas tecnologías se introducen.

Los países centrales, que en los periodos de expansión fomentaron las migraciones, en el actual periodo recesivo ponen cada vez más trabas, con lo que crece el flujo de migrantes ilegales.[53]

Orlando Caputo, a su vez, plantea otras interesantes cuestiones.

Lo mundial de la economía mundial capitalista no significa que abarque la totalidad del mundo, sino que la vocación universal del capital promueve esa tendencia; la economía mundial hasta ahora no ha necesitado de un Estado mundial.

La ciencia económica está fuertemente limitada para describir, explicar y predecir la situación de las economías nacionales. Por lo tanto, el desarrollo de la ciencia económica constituye uno de los desafíos principales.

Entendemos la globalización como una etapa actual del desarrollo de la economía mundial. La globalización actual se caracteriza por el crecimiento del comercio internacional y sobre todo de las inversiones extranjeras, más rapido que el de las economías nacionales. Otras características son la modificación profunda de la realidad objetiva y de la política económica en relación con el capital, el trabajo, la tierra (recursos naturales) y las mercancías. La hegemonía del neoliberalismo también caracteriza ese proceso. Un cambio muy importante es el tratamiento de la inversión extrajera. Se reeemplaza la política regulatoria y de control por una que promueve esa inversión y otorga la más amplia libertad a las trasnacionales.

La globalización actual, al aumentar la competencia, presiona los costos y en particular los salarios, sobre todo a través del desempleo. La mayor productividad del trabajo lo facilita.

Las modificaciones en la relación capital-trabajo y capital-recursos naturales constituyen los elementos más significativos de la actual globalización. Y también son muy importantes los cambios en las modalidades de acumulación de las economías nacionales. Éstas se orientan cada vez más hacia el mercado exterior y la primacía del monopolio ha sido reemplazada por la competencia oligopólica.

Es muy posible que estemos en una nueva etapa del desarrollo capitalista. Al parecer hay una nueva forma de producción de plusvalía. Quizá sea una síntesis del aumento de la pluvalía absoluta y de la plusvalía relativa, ambas apoyadas en los avances científicos.

Actualmente son motivo de preocupación el crecimiento del trabajo improductivo, el rápido aumento de la deuda externa, de inversiones extranjeras que generan fuertes salidas de fondos, del capital especulativo y la tendencia a la sobreproducción. Y la profundización de la crisis puede llevar a una "ruptura profunda" de la globalización "que dé paso a una nueva etapa del desarrollo de la economía mundial capitalista basada en una modalidad de acumulación nacional que se apoya en los bloques regionales".[54]

Otro investigador latinoamericano que con frecuencia se ha ocupado en sus escritos de la globalización y el capitalismo es el economista José Moncada, ex rector de la Universidad Central de Ecuador.

Se nos pinta a la globalización —expresa Moncada— como un proceso inevitable, irreversible, y hasta conveniente; se nos exige ser competitivos, eficientes, modernos y creyentes en las bondades del mercado e incluso se asegura que la globalización exige abandonar todo proteccionismo, todo nacionalismo, todo intento de autodeterminación. O sea que nada podemos hacer, excepto dejarnos llevar por la corriente y quedar a merced de los países poderosos, que paradójicamente promueven la globalización y nuestra adhesión subordinada a ella, pero que, simultáneamente, continúan ejerciendo proteccionismo y chovinismo añejos e inaceptables.

A la vez, no es raro que, como contrarréplica, emerjan posturas dogmáticas de defensa a ultranza de un concepto tradicional de soberanía que, evidentemente, ya no corresponde al mundo contemporáneo.

Si la globalización implica o exige una mayor cooperación frente a problemas a los que hoy se enfrenta la humanidad, la soberanía debería renovarse y adecuarse a las nuevas condiciones mundiales. Entonces, una soberanía nacional renovada, debería continuar siendo vital. Pues en la construcción de un nuevo orden mundial deben participar todos los países pobres y ricos, grandes y pequeños. Todos deben ser sujetos y no objetos en la construcción de escenarios que van a condicionar su existencia.

Así concebido el problema globalización y soberanía no tienen por qué ser inevitablemente conceptos contradictorios. Hoy precisamos de una soberanía proclive a la cooperación internacional, lo que equivale a decir una globalización democrática y no una que ponga fin a nuestra capacidad de autodeterminación.

El aislamiento no es posible ni conveniente para los intereses nacionales. Pero los fenómenos mundiales y nacionales, por más sólidos y permanentes que luzcan, no son definitivos ni ajenos al pensamiento y la acción de los hombres.[55]

En una fase histórica como la actual, de evidente predominio de las relaciones de producción capitalistas, sorprende que hayan ganado tanto espacio el neoclasicismo y otras posiciones análogas. Mas lo cierto es que tales concepciones son superficiales y acríticas, no rebasan el marco del análisis convencional, ignoran o confunden las causas estructurales de los más graves problemas socioeconómicos y terminan ofreciendo remedios ineficaces. El verdadero desarrollo nacional exige enfrentarse en actitud crítica a tales concepciones.

Nadie pone en duda, dice este autor, que durante los últimos quince años el capitalismo se ha extendido por todo el mundo, produciéndose estrechos estrelazamientos de los mercados de bienes, servicios y dinero, gracias a que también ha cobrado impulso la revolución científica-técnica. Los cambios de todo orden ocurridos durante los últimos años a nivel mundial, especialmente los refe-

ridos a la reestructuración del capital y la fragmentación geográfica de los procesos productivos, los dos originados en la tendencia a incrementar las utilidades de las grandes empresas, han traído consigo repercusiones de enorme trascendencia en la vida de los pueblos y en las relaciones entre los diferentes países, privilegiándose el enfoque global. Pero todo ello no ha vuelto anacrónicos los empeños por revalorizar el concepto Estado-nación, ni tampoco han sido ni son razón para que nos desentendamos de nuestros problemas ni de la obligación o el derecho que nos asiste para enfrentarlos.

Afortunadamente, en el terreno intelectual empiezan a germinar iniciativas, no sólo críticas al pensamiento económico neoclásico, fundamento de la estrategia neoliberal, sino respecto de lo que debe y puede hacerse para que los países emprendan un proceso de desarrollo cuantitativa y cualitativamente distinto.[56]

Un nuevo modo de acumulación de capital y de dominación

En Venezuela hay no pocos estudiosos de la ciencia social que seguramente han escrito en años recientes sobre los cambios del capitalismo. Desafortunadamente no tuve a mi alcance alguno de sus últimos trabajos, por lo que sólo haré referencia a la valiosa opinión del distinguido economista D. F. Maza Zavala y a un interesante ensayo de Héctor Silva Michelena y Armando Córdova.

El profesor Maza Zavala empieza por reconocer que, tanto la economía como la llamada civilización occidental, exhiben indudables diferencias respecto de lo que eran hace treinta o cuarenta años. Este proceso de cambio está en curso y no sabemos cuándo ni cómo concluirá. Se dice que estamos en la revolución del conocimiento, pero el hombre entiende más el sistema de las fuerzas naturales que su propio sistema; entiende más las fuerzas que pretende dominar que aquéllas que él mismo desata. Ésta es la gran paradoja. La revolución del conocimiento es, probablemente, el fenómeno fundamental de este tiempo; “cuando digo revolución del

conocimiento —señala Maza Zavala— estoy indicando un nuevo modo de acumulación, un nuevo modo de dominación económica, política y social; una nueva estructura".

Los grandes momentos del siglo XIX quedan pequeños, pálidos ante los avances del mundo actual. Más que geométrica, la progresión es multiexponencial. La propia fuerza de trabajo queda devaluada y ello se manifiesta en bajos salarios, degradación del nivel y calidad de vida de la gente, una dramática pobreza, marginalidad y delincuencia.

El hombre vive la esperanza del cambio; quien no tiene esa esperanza está prácticamente muerto. Ante la caída de uno de los paradigmas es preciso crear uno nuevo. ¿De dónde surgirá este nuevo factor de poder? El siglo XXI debe ser nuestro siglo. Si hay que vincularse a un grupo poderoso, ¿por qué no comenzamos por fortalecer nuestros vínculos internos, plasmar en unidad concreta la unidad de América Latina, hacer de esto un sistema de creación de riqueza y de poder? El sueño latinoamericano siempre se ha quedado en el terreno de la utopía. Frecuentemente América Latina es una imagen, no una realidad concreta.

Para el neoliberalismo el pasado es el Estado, es la intervención del Estado, son los procesos reguladores, es la economía mixta. La libertad económica tiene su expresión en el mercado. Éste permite la optimización de la actividad económica, da oportunidades de ascenso a los más aptos, los más fuertes, los más sanos, los mejor situados, porque los otros son arrollados por la lucha del mercado. En otras palabras es la ley de la selva, la Ley de Darwin en el terreno de la economía.

El nuevo ropaje ideológico de la dominación —continúa el profesor Maza Zavala— corresponde a una etapa del desarrollo capitalista en el mundo, la etapa de la globalización, la etapa superior del desarrollo capitalista. Ésta sigue a la etapa de la trasnacionalización y ve al mundo como un espacio abierto, una totalidad, como el escenario para un juego estratégico en el cual se abstraen las fronteras, se abstraen los intereses nacionales, y todo es el juego de las grandes fuerzas del mercado mundial.

La globalización no solamente significa homogenización del modo de producción en el mundo, sino también uniformidad cultural. Y de allí que haya un sistema mundial de información, uno de comunicación, de recreación, de estilos de vida y, desde luego *un sistema político mundial*, una manera mundial de entender y aceptar la actividad del hombre, el hombre sin trascendencia. El hombre termina en el presente, el futuro es apenas una lejana referencia; a eso hemos llegado con un concepto de globalización de valores, de comportamientos, de actitudes, de ideas. En el futuro seremos iletrados, todo puede ser manejado en una máquina procesadora, hasta el pensamiento. Entonces este hombre o mujer, robot del futuro, es la imagen perfecta del fin de la historia.[57]

Desde hace años existe una crisis mundial de carácter estructural que puede interpretarse como una transición histórica de una civilización a otra; la índole del crecimiento ha pasado de ser principalmente cuantitativa a cualitativa, y la crisis se expresa en la reorganización del poder capitalista mundial.

La ruta de la economía latinoamericana en el corto y el mediano plazo está sembrada de incertidumbre, riesgos y obstáculos. Si prosigue la ejecución de políticas neoliberales y fondomonetaristas, la crisis se profundizará, particularmente en el orden social y político. La profundidad de la crisis obliga a una reorientación global de la economía y la sociedad.

Para Maza Zavala la rectificación necesaria implica: 1) rescate de la autonomía nacional y regional en la estrategia de desarrollo; 2) una correlación de fuerzas sociales y políticas que sustente un acuerdo popular para la transformación; 3) convergencia de los procesos nacionales de transformación en un proyecto de integración latinoamericana renovador y popular; 4) reestructuración del pensamiento económico-social latinoamericano a la luz de las nuevas situaciones y necesidades.[58]

En la carrera por desmantelar regímenes de intervención, regulación, control y protección, fueron relegadas las conquistas de la integración. Actualmente se notan esfuerzos y disposiciones para la apertura de una nueva etapa. Estos esfuerzos subregionales, o aun

bilaterales, tienen que converger en una instancia superior, a escala regional, única posibilidad de plantear una nueva incorporación en la economía mundial sin el riesgo de ser relegados a una posición marginal.

Ningún país en toda la historia moderna ha crecido económicamente por el solo funcionamiento de las leyes del mercado. El Estado ha sido, sigue siéndolo, protagonista de los procesos económicos. Hoy se pretende que las ideologías han desaparecido; pero se oculta cuidadosamente el carácter ideológico del neoliberalismo. La ideología neoliberal se sustenta en la falsa imagen de la libertad, para servir a los intereses y los objetivos de la dominación.

En los últimos años se ha pasado de lo que Maza Zavala llama la "teocracia del Estado" a la "teocracia del mercado".

El proyecto integracionista latinoamericano fue afectado desfavorablemente en la década de los 80 por la crisis, la deuda y el neoliberalismo. En el decenio de los 90 se han renovado los propósitos y las políticas para impulsar la integración. En un mundo que se perfila, no obstante la globalización, como un sistema de bloques multinacionales, América Latina debe tomar la opción de su propia integración.[59]

La trasnacionalización —que puede interpretarse como una forma de desnacionalización— ha cobrado impulso en los países latinoamericanos. La implantación del neoliberalismo en la América Latina obedece a la nueva fase de expansión y transformación del capitalismo: la del supermonopolio, que se presenta como una salida a la crisis global del sistema. Se trata de un proceso acelerado de recomposición y transformación del capital a escala planetaria, que maximiza las ventajas comparativas trasnacionales, en lugar de las nacionales.

Maza Zavala señala, finalmente, que el subdesarrollo se ha profundizado y ha adquirido nuevas modalidades. "La cuestión de la alternativa autónoma se complica [por] la globalización, que imposibilita el aislamiento nacional o regional, de tal manera, que la solución tendrá que consistir en un equilibrio dinámico entre los objetivos de un desarrollo propio y los de la participación efectiva

en un mundo cambiante."[60] Si hay la voluntad organizada de abrir camino a un nuevo desarrollo, compatible con el nuevo orden mundial sin estar incondicionalmente subordinado a éste, es posible construir ese nuevo paradigma que necesitamos y una estrategia para alcanzarlo.

Los economistas también venezolanos Armando Córdova y Héctor Silva Michelena examinan, en un reciente ensayo, diversos aspectos del desarrollo histórico de América Latina, y principalmente de Venezuela y otros países. Recogeré algunas de sus opiniones sobre el momento actual del proceso de globalización de la economía mundial.

Los dos cambios más importantes en el mundo de nuestros días son: en los años ochenta el ascenso del Japón y la polarización del futuro económico del mundo en desarrollo y subdesarrollado; y en los noventa, la creciente integración económica de Europa y las "brutales transformaciones" sufridas por lo que fue el mundo socialista. "Los cambios ocurridos en Europa del este son sin lugar a dudas —añaden— los más espectaculares y los menos esperados." Y ante tales cambios "se impone la necesidad de investigaciones nuevas".[61]

Según los autores, Latinoamérica logró ciertos avances económicos durante la fase de expansión de la postguerra. Pero ya en los años sesenta el desarrollo empezó a mostrar claramente sus limitaciones. Nuestras frágiles industrias, controladas en su mayoría por el capital extranjero, no eran más que apéndices de los centros desarrollados. El subdesarrollo cambió de forma, pero mantenía su naturaleza aberrante.

¿Hacia dónde vamos entonces?, se preguntan Silva y Córdova. Según algunos, hacia el caos, el desorden y la descomposición total. Para otros, a ningún lado, porque estamos en la etapa final de la historia, o sea cuando los países más desarrollados se consolidan y triunfan, a partir del mercado y la democracia liberal. Mientras otros sólo ven como salida "la exclusión progresiva del Tercer Mundo del mercado mundial".

El mundo se enfrenta hoy a múltiples problemas, y el más importante es quizá la necesidad de una visión planetaria para la defensa del indispensable equilibrio entre las sociedades humanas y la naturaleza. La globalización debería abarcar no sólo las mercancías, las tecnologías y los capitales, sino también los adelantos y todos los problemas. He aquí el verdadero camino para saldar la "deuda histórica" que los países ricos tienen con los pobres.

Por primera vez, las posibilidades materiales existen para que pueda alcanzarse este gran objetivo del codesarrollo integral. Las nuevas tecnologías permiten creer en la conquista de la utopía mayor, el momento en que la humanidad por fin se reencuentre consigo misma en un mismo espacio, uno y plural a la vez. Para ello es preciso elaborar instrumentos conceptuales y operativos que le permitan a la humanidad pensarse como una unidad y engendrar a partir de ahí "las estructuras económicas, sociales y políticas necesarias para guiar de manera armónica este proceso [...] Es cierto que no será fácil. Habrá que afrontar las trampas del economismo reformista, de los nacionalismos exacerbados y de la lógica estrecha de los intereses elitistas. Pero vale la pena intentarlo ya que sin duda no hay otro camino".[62]

En México también se ha escrito bastante sobre los cambios de las últimas décadas y la forma en que tales cambios han afectado el funcionamiento del sistema capitalista. Pero no disponiendo de escritos recientes de todos ellos, mencionaré sólo algunas de sus opiniones.

¿HAY RUPTURAS FUNDAMENTALES?

Como categoría histórica —sostiene John Saxe-Fernández— la globalización es un equivalente de la internacionalización económica, y por lo tanto un fenómeno íntimamente vinculado con el desarrollo capitalista, intrínsecamente expansivo y que tiene en la experiencia colonial e imperial una de sus más largas expresiones históricas y contemporáneas.

A la globalización se la ve también desde la perspectiva de la sociología del conocimiento, como un discurso globalista como una oferta de moda, eufórica y determinista, acrítica y superficialmente aceptada. Me referiré a esta dimensión como la "versión pop" del globalismo.

La globalización, entendida como una categoría científica, plantea que el presente estadio del capitalismo no muestra rupturas fundamentales con el pasado en lo que se refiere al asimétrico contexto de poder internacional y nacional.

La versión pop asume y promueve la idea de que la dominación y la apropiación son resultados inevitables de la globalización, en un nuevo paradigma tecnológico ante los que no existen alternativas.

Lo cierto es que los principales componentes de la economía internacional siguen siendo economías nacionales en las que se profundizan las contradicciones de clase, género y etnia.[63]

La conflictividad intercapitalista y el resurgimiento de las consideraciones geopolíticas y geoeconómicas crecientemente forman parte de una realidad económica internacional que tiende a mostrar fracturas.

Citando a Alain Touraine, Saxe dice que estamos reviviendo a mayor escala lo que a principios de siglo se llamó imperialismo, es decir, el predominio del capital financiero internacional sobre el capital industrial nacional. No se puede dar como un hecho que el comercio y la tecnología se hayan globalizado. Los estudios sobre la distribución de las ventas son relevantes, porque la expresión por excelencia de la globalidad es el mercado. Y muestran que el grueso de las ventas y de los artículos se siguen concentrando en los países sede y regiones inmediatas.

El papel del Estado tanto metropolitano como periférico es crucial en esta etapa de aplicación de la condicionalidad acreedora, producto no de preferencias y opciones políticas, donde desempeñan un papel importante los intereses de clase y las relaciones clientelares entre las cúpulas hegemónicas.

La vinculación y contradicciones entre internacionalización y regionalización tiene como uno de sus elementos importantes sus efectos sobre las empresas multinacionales.

El Consenso de Washington continúa acicateando las crisis del capitalismo real, especialmente cuando el entorno en que opera ese capitalismo está signado por la sobreproducción, la sobreinversión, la volatilidad y fragilidad del sistema financiero internacional, y persiste impactando a toda la periferia capitalista. Y lo cierto es que los contornos de la actual crisis son diferentes a cualquier turbulencia que hayamos enfrentado después de la Segunda Guerra Mundial.[64]

Los conflictos regionales empezaron a internacionalizarse con el surgimiento del sistema imperial europeo y estadounidense en el siglo XIX. Cada conflicto local adoptaba implicaciones globales porque era como parte de la lucha imperial.

La geoeconomía estadounidense de la guerra fría, fundamentada en una nueva tecnología cada vez más internacional, tuvo siempre una proyección global de fuerza naval y aérea hacia todos los océanos y continentes.

El papel del Estado metropolitano estadounidense en el proceso de acumulación de capital, adquirió características específicas durante la guerra fría; entonces experimenta un masivo involucramiento en el financiamiento y administración de una vasta estructura burocrática de seguridad nacional; o sea lo que puede interpretarse como una manifestación concreta del capitalismo monopolistan de Estado.

Si este análisis es correcto estamos presenciando un resurgimiento de la lucha imperial, ya que la entente intercapitalista se deteriora.

La revolución tecnológica del siglo XX centró sus efectos cualitativos de mayor relieve en la esfera de la producción de instrumentos de destrucción.

La politización y militarización de las relaciones económicas internacionales podrían precipitar, en la eventualidad de una masiva e incontrolable crisis económica deflacionaria, otra guerra en el orbe.[65]

En otro ensayo John Saxe comenta, a propósito del Tratado de Libre Comercio de México con Estados Unidos y Canadá, que desde una perspectiva histórica cabría calificar este proceso de integración como una nueva expresión de monroísmo, una vinculación directa del TLC con la tradición expansionista de Estados Unidos, recientemente revivida de manera gráfica y *urbi et orbi* por el entonces vicepresidente Al Gore, al equiparar al TLC con las adquisiciones territoriales de Luisiana y Alaska realizadas por Estados Unidos el siglo pasado.

El principal peligro del TLC es que además de usar a México como plataforma de lanzamiento para una proyección hemisférica, también se transforme en el pivote desde el cual se articularía un esquema de orden global. Henry Kissinger sostiene que, ante la resistencia japonesa y europea a someterse de nuevo a la hegemonía estadounidense, el nuevo orden podría realizarse primero en América Latina. "Se trataría, entonces, de la 'globalización' de un esquema asimétrico, mal concebido y mal negociado, que responde a un diseño económico empresarial y excluyente de otros intereses."[66]

UN CAMBIO IDEOLÓGICO, Y TAMBIÉN REAL

Otro investigador mexicano que, tanto personalmente como desde el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades que él dirigió en la UNAM, se ocupa en estudios recientes de los cambios que el capitalismo experimenta en las últimas décadas, es el doctor Pablo González Casanova.

En uno de esos estudios repara en que, con frecuencia, algunos cambios son en realidad de carácter ideológico. Pero enseguida añade que el cambio de categorías está lejos de ser puramente ideológico: se da también en la realidad. Quienes sigan pensando en formas tradicionales o sin considerar los nuevos problemas y la necesidad de llevar la lucha a nuevos planos serán absolutamente incapaces de comprender que los cambios de los años ochenta no sólo suponen el triunfo de nuevas hegemonías sino de nuevas categorías.

Líneas adelante critica a quienes después de defender dogmáticamente ciertas posiciones, las han abandonado o caído en la confusión, y comenta:

> cuando un hombre acostumbrado a pensar con dogmas se queda sin éstos se da cuenta de que está acostumbrado a no pensar. Frente a ellos, la forma dominante de pensar y hablar, el dogma triunfante, es la globalidad "desideologizada", los derechos individuales sin derechos sociales, el *laissez-faire* del neoliberalismo conservador.
>
> El discurso de la globalidad no sólo obedece a una realidad epistémica legítima. Se está usando también para una reconversión de la dependencia [hoy] es indispensable ver lo nuevo de la globalidad, pero también lo viejo; y en lo viejo liberal se encuentra el colonialismo un colonialismo global que es también neoliberal y postmoderno. La reconversión es en gran medida una recolonización.
>
> Si antes del auge neoliberal los Estados-nación no controlaban la acumulación local y si desde entonces los Estados de la periferia eran más débiles que los del centro, el endeudamiento y el mercado los han debilitado aún más, y a ello se han añadido las políticas de ajuste.
>
> El empobrecimiento de la población junto con la necesidad de dominar el antiguo movimiento obrero y de eliminar los logros sociales y los derechos laborales o agrarios provocaron la ampliación de las políticas represivas.
>
> se ha combinado de una manera que no tiene precedente la explotación con la exclusión, la población oprimida que trabaja cada vez más por menos, con la que está de sobra y no tiene trabajo, ni asistencia, ni solidaridad ni nada.
>
> la búsqueda de alternativas exige no dejar ningún cabo suelto y, en primer término, descartar soluciones populistas-nacionalistas o del socialismo real, que con el autoritarismo y la corrupción llevarían de nuevo al desastre. La historia no se puede repetir.
>
> La alternativa al neoliberalismo es un problema moral, político y social de urgente solución. Es también el más importante problema intelectual que se plantea a las ciencias sociales; éstas no pueden proponer un regreso al pasado sin convertirse en sal. La alternativa al Estado neoliberal será una democracia social, una alternativa democrática

> que luche por el poder de la mayoría y por una economía de la mayoría en cada nación y a nivel mundial. Ese es el proyecto que hay que pensar y realizar.[67]

El propio González Casanova, en un enriquecedor trabajo posterior, con John Saxe-Fernández, subraya como uno de los hechos más graves de nuestro tiempo la explotación de que son víctimas los pueblos de los países subdesarrollados, cuestión fundamental sobre la que no hay conciencia, especialmente en el llamado Primer Mundo.

El síndrome colonialista —escribe— implica un peligro para la sobrevivencia de la humanidad: parece necesario impedir desde hoy el vacío intelectual, teórico, informativo y emocional, que existe en los países del centro sobre la explotación creciente de la periferia; los problemas de los países dependientes serán resueltos en primer término por los pueblos de esos países, sobre todo en la medida en que logren superar la explotación, opresión y dependencia con democracias, en las cuales el poder de decisión de las mayorías sea efectivo.

Hablar de dependencia es más aceptado que referirse al colonialismo o al neocolonialismo para tratar los problemas de dominación de unos países por otros. La noción de colonialismo implica no sólo la idea de dependencia sino la de explotación.

El colonialismo ha sufrido profundos cambios. Hacia fines del siglo XIX se pasó del capitalismo de mercado libre al oligopólico y del colonialismo clásico al imperialismo. Hacia mediados del siglo XX empiezan a desarrollarse las primeras empresas trasnacionales; y al imperialismo clásico sucede el fenómeno de articulación trasnacional de las empresas oligopólicas.

En los años ochenta del colonialismo trasnacional se pasó al colonialismo global, y de las antiguas formas del neocolonialismo, con sus mediatizaciones políticas variadas, a mediaciones y mediatizaciones coloniales ciertamente más poderosas, que se combinan con empresas monopólicas y oligopólicas muy distintas a las del pasado en sus estructuras y funciones. La palabra monopolio y las estruc-

turas anteriores de los monopolios, como la palabra imperialismo y sus estructuras anteriores, son insuficientes para comprender el nuevo fenómeno; éste, a diferencia del anterior, hace que los flujos e intercambios externos adquieran el nivel de control que se logra en los sistemas internos.

La trasnacionalización constituye el paso de las relaciones exteriores de los Estados al desarrollo de *networks* o redes que trabajan con líneas parecidas y subordinadas de Estado a Estado, de nación a nación, de empresa a empresa y dentro de los departamentos o subsidiarias de cada organización. "En el complejo trasnacional de estructuras institucionalizadas desaparece la diferencia entre relaciones internas y externas."[68]

Poner énfasis en el colonialismo más que en el imperialismo parece adecuado cuando el objetivo principal es el estudio de las sociedades periféricas, dependientes, y cuando el uso de ese término busca restituirle su amplia unidad histórica, la contrarrevolución colonial —o la reestructuración global del colonialismo— se hace con la articulación del Estado metropolitano y de los bloques de poder periféricos, en particular con sus clases dominantes.

Después del colapso del proyecto "la gran transferencia del poder" se plantea más que en términos leninistas de toma de palacios, en términos gramscianos, de acumulación de fuerzas. La contrarrevolución se volvió globalización y por un tiempo estará a la ofensiva. Pero su política no parece coyuntural; se inserta en una historia secular que ha derivado en un colonialismo global. No obstante, ni el incremento de la dependencia ni el aumento del hambre se deben sólo a las grandes potencias. Se deben también a las clases gobernantes de las naciones donde hay hambre.

Los nuevos movimientos democráticos son objeto de ataques tan violentos como los que sufrieron en el pasado los movimientos antiimperialistas. Las nuevas fuerzas que luchan por la democracia defienden y apoyan en lo económico, político y social a las que luchan para que los gobiernos sean del pueblo, para el pueblo y con el pueblo.

Tras haber sido derrotados los movimientos nacionalistas, populistas y revolucionarios de los años sesenta y principios de los setenta, el nuevo Estado dominado por los bloques de la burguesía asociada, tendió a organizar la dependencia y la sociedad dual como estructuras trasnacionales e interregionales destinadas a formar parte de la nueva globalidad. Los gobiernos asociados al proyecto de trasnacionalización presentan su política como si fuera compatible con la soberanía, el desarrollo, la justicia social y la democracia. La mentira se convierte en una forma oficial de comunicarse y de pensar.

La modernización es concebida o realizada como trasnacionalización del Estado y la sociedad. Las reformas de estructura dejan de ser enarboladas por los grupos progresistas y adquieren en los neoliberales una connotación abiertamente desnacionalizadora y antipopular. "Las fuerzas que antes equilibraban o frenaban el poder trasnacional han sido debilitadas o anuladas."[69]

En la sociedad civil la mayoría de la fuerza de trabajo no sólo continúa desempleada sino que su capacidad de influencia es nula o muy limitada. La mayoría ni es soberana, ni es participante, ni es influyente.

La llamada economía informal es la nueva forma de la sociedad civil y de la política social en lo que se refiere a los marginados y superexplotados que de otro modo tenderían a formar frentes colectivos. Es una política de desestructuración de la clase trabajadora. Es la otra cara de la política de ajuste y privatización.

La trasnacionalización del capital es una etapa y una forma de la globalización. El término trasnacionalización se refiere sólo a una etapa del desarrollo del capital en que éste traspasa las fronteras nacionales y se organiza como negocio multinacional, con subsidiarias en muchos países.

La diferencia entre el colonialismo clásico y el neocolonialismo, de un lado, y el colonialismo global del otro, es que en éste los nativos asociados son mejor recibidos y mucho mejor tratados. Muchos de ellos son verdaderos socios del colonialismo global.

El proyecto de las clases dominantes es la democratización trasnacional, la cual está hecha contra la democracia revolucionaria que implica un poder de la mayoría para decidir en lo económico y no sólo en lo político. Los sistemas de democracia limitada son sistemas de democracia capitalista, en que lo sustantivo de la democracia es el capitalismo, y en que el capitalismo puede y quiere seguir siéndolo aunque no sea democrático.

El doctor González Casanova expone finalmente:

> La lucha por una cultura política que aproveche las experiencias históricas para no caer en corporativismo neocapitalista o en burocratismo socialista, parece ser fundamental. No lo es menos la que sabe combinar la lucha y la negociación, la autonomía y la conciliación, la soberanía y la diplomacia. Tal parece ser la única esperanza de transformación del Tercer Mundo en otro Tercer Mundo, y de la democracia en un gobierno de los pueblos para la sobrevivencia del mundo [...] El proyecto alternativo a la vez universal y social, tendrá que superar las injusticias y limitaciones de la democracia capitalista, y de las falsas liberaciones étnicas, coloniales o metropolitanas [...] La lucha de clases como lucha contra la explotación es una realidad esencial, y será el punto clave de la política y el poder en una democracia de los pobres [...] Combinar las políticas minimalistas con las maximalistas constituye un objetivo fundamental. Para alcanzarlo se necesita romper el eslabón más débil de las ciencias sociales y el más fuerte de la estructura ecuménica: el colonialismo global.[70]

Globalización y reestructuración del capital, de efectos perversos

Ante la imposibilidad de recoger aun muy sintéticamente las opiniones de los investigadores Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores, me limitaré a releer el capítulo III, de su *Crítica a la Globalidad*, y a recordar algunas de las ideas que en él expresan.

Los autores consideran a la globalización la forma contemporánea de la internacionalización del capital, y a la crisis actual, una

crisis de acumulación de largo plazo, por la que atraviesa la economía mundial capitalista desde los años setenta.

La caída en la rentabilidad del capital, que puso fin a la expansión de la postguerra, fue consecuencia del incremento de los costos del capital fijo, la tecnificación de la producción, la creciente sobrecapacidad productiva y la menor productividad del trabajo.

A partir de una política conservadora, la neoliberal que conocemos, se intenta restablecer la tasa de ganancia mediante una reestructuración que rearticula los principales factores de la acumulación del capital; la reestructuración da lugar a formas alternativas de organización más flexibles: el neofordismo, en sus versiones micro y macro, el toyotismo y las redes de especialización flexibles. La automatización trae consigo importantes modificaciones en la división del trabajo dentro de las fábricas y en los perfiles ocupacionales.

La reestructuración requiere de financiamiento para nuevas inversiones y para adquirir empresas ya existentes, a lo que se recurre muy a menudo, y ello, la desregulación y la privatización flexibilizan los mercados financieros; la especulación, alimentada por la sobreacumulación de capital, terminan por competir con la inversión productiva.[71] La flexibilización del capital hace posible cierta descentralización operativa, pero ésta no es democrática ni interrumpe la creciente concentración y centralización de capitales.

El colapso de Bretton Woods constituye el fundamento del gran salto cualitativo del proceso de mundialización capitalista. La tendencia a la mundialización no es un fenómeno unitario, sino que se desarrolla mediante la internacionalización de los circuitos que recorren las diferentes formas autónomas que asume el capital para su valorización: capital de préstamos, comercial y productivo. La globalización financiera resulta de la "imposibilidad de frenar la ampliación de las esferas de valor no productivas".[72]

La globalización es una tendencia en desarrollo —ciertamente dominante— que incluso muestra retrocesos en ciertos lugares y periodos. La mundialización del capital significa el ascenso hegemónico de la competencia, del mercado, de la lógica de la ganancia y de la acumulación; en suma, de la expansión cualitativa y cuantitativa del capital.

Los grandes consorcios tienen un peso cada vez mayor en el mercado mundial. En cambio es notorio el debilitamiento general del Estado-nación en sus competencias tradicionales. No obstante, es previsible que prevalecerá como el ámbito central de las decisiones políticas y económicas, como pivote de la acumulación y de la mundialización capitalista. Los Estados nacionales, además, siguen encargados de garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo asalariada, del control de los movimientos sociales y del mantenimiento de la estabilidad política adecuada para la valorización del capital.[73]

A pesar de la hegemonía del discurso ideológico neoliberal, la intervención del Estado en la economía sigue siendo muy importante en los países más desarrollados, e incluso en los nuevos países industriales de Asia, esa intervención es mayor que en Latinoamérica. La persistencia y aun el agravamiento de la pobreza se deben a que con la caída del socialismo en Europa no hay ya un competidor o enemigo al que hacer frente.

Es falso el dilema entre Estado y mercado. El Estado y el mercado capitalistas, aunque enfrentados en ciertos aspectos, son entidades que tienen elementos esenciales comunes. La expansión de los mercados capitalistas es inconcebible sin el impulso del poder estatal, y el Estado moderno se forma sobre la base de los mercados internos, las doctrinas neoliberales son especialmente ideológicas, al igual que la exaltación de la eficiencia y el carácter democrático del liberalismo.

El rubro en el que la desregulación ha avanzado más es el de los flujos financieros y los mercados de capitales, que por cierto están bajo el dominio de las grandes potencias. De hecho, además hay un orden cierto e invariable que determina la transferencia sistemática de capitales de las zonas menos desarrolladas a los países más industrializados. Y de ahí ha surgido un sistema neoimperialista de extracción y transferencia de excedentes, que aparte de que deteriora la relación de intercambio de los países más pobres, hace crecer sus deudas externas y ahonda el contraste de riqueza y miseria.

Aunque la globalización ha reducido ciertas funciones del Estado, éste sigue siendo responsable de la regulación de los precios,

clave de la economía: salario, tipo de cambio y tasa de interés, y el intervencionismo estatal sigue desarrollándose, pero ahora de una manera más directa y abierta como apoyo al capital.

La etapa contemporánea de mundialización del capital está definida por un crónico lento crecimiento de las actividades productivas, la hegemonía del capital financiero la flexibilización de la acumulación, la modificación de estructuras y normas institucionales, el derrumbe del bloque de las economías centralmente planificadas y el ascenso ideológico de las doctrinas neoliberales.[74]

Ahora ha surgido el mito de un nuevo capitalismo (algunos le llaman "postmoderno"), democratizado y triunfador. Se requiere crear una alternativa al capitalismo realmente existente, centrada alrededor de un proyecto de carácter global capaz de aglutinar a la mayoría de los descontentos. Esta vía no capitalista, única alternativa civilizatoria, implica la permanente reelaboración práctica y teórica de la relación entre producción y consumo, en planos cuantitativos y cualitativos, objetivos y subjetivos. Mientras ello no ocurra, incluso los partidos progresistas estarán subordinados al capital globalizado.

La mundialización de la economía es una realidad objetivamente irreversible. Pero la mundialización como hoy se desarrolla, al estar condicionada por la lógica del capital, tiene efectos perversos. Las simultáneas globalización y regionalización neoliberales que constituyen el principal obstáculo al desarrollo, deben combatirse en todos los planos. Ello sólo es posible no oponiéndose, sino aprovechando el ímpetu de la mundialización, a condición de que se sustente en una internacionalización desde fuera del capital. Un viraje de esta naturaleza exige una correlación muy diferente a la actual de las fuerzas sociales y políticas, así como que mundialmente se desarrolle y consolide una corriente socialista profundamente democrática.

La valorización especulativa expresa la generalizada sobreacumulación de capital en el sistema, que a su vez, resulta de la falta de opciones de inversión productiva suficientes.

Es necesario construir —dicen para terminar Flores Olea y Mariña— teórica y prácticamente una nueva opción socialista profundamente democrática, que sea un nuevo polo para disputar al capital su supremacía. Frente a la disyuntiva entre planificación y mercado la única forma para el desarrollo de las libertades individuales y de toda la sociedad es la autoorganización y autogestión; el mercado ha liquidado la posibilidad de satisfacer las necesidades colectivas e individuales, mientras que la concentración del poder en el Estado liquida las libertades del individuo y de la sociedad.[75]

¿Una nueva fase de capitalismo monopolista de Estado o reforma al librecambismo?

El economista Fernando Carmona, a su vez, piensa que una apreciación en verdad científica del fenómeno internacionalizador contemporáneo tendría que considerar que la globalización es, principalmente, un proceso de rápida trasnacionalización de la economía mundial. Pero, así como hoy existe la dominación-dependencia, hay fenómenos de interdependencia y no sólo una unilateral penetración e imbricación de los intereses dominantes privados y públicos y de éstos entre sí. Por ello estima que no es ocioso revivir la cuestión de las fases definitorias del sistema, específicamente la de Capitalismo Monopolista de Estado (CME).

Esta nueva situación del mundo marca una nueva fase histórica del capitalismo monopolista que es acaso, especialmente, del Capitalismo Monopolista de Estado (CME), categoría que no hay por qué abandonar, si bien es necesario señalar los hechos que apoyan su continuidad y su tránsito a una nueva fase en el curso de la trasnacionalización globalizadora. La esencia de la categoría CME también se conserva como el meollo económico, político, institucional, cultural e ideológico del funcionamiento de todo el sistema.

El poder conjunto que surge principalmente de la interrelación consorcios trasnacionales-Estado-clases dominantes no ha dejado de ser la base estructural y superestructural del CME y de dar

el contenido esencial a una fase que es nueva porque cambió de calidad, debido a la extraordinaria ampliación, profundidad y ramificaciones en las metrópolis y el mundo entero de aquella base, y porque ya no tiene, al menos por un plazo muy largo, el significado de antesala del socialismo y anuncio de la crisis general del capitalismo que le atribuyó la categoría leninista original.

También en los países emergentes como México el CME transita en una nueva fase en el contexto de la globalización trasnacionalizadora, cursamos una nueva fase de CME, pero aun si no se acepta la vigencia de esta categoría histórica, quedan los hechos, la realidad, sus contradictorias interrelaciones, en todo lo cual es creciente la influencia de los capitales monopolistas y de la política económica estatal.

El desafío es político y ético. Necesitamos democracia y una práctica cívica consecuente, en la que quienes gobiernen sean ejemplo de capacidad y honradez. ¿Será, todo ello, una mera e inalcanzable utopía? Desde luego nada se alcanzará por arte de magia y sin atravesar, como muchos mexicanos lo entienden ya, por un proceso más o menos largo de lucha.[76]

Ya avanzada la redacción de este texto, apareció el libro del economista David Ibarra, titulado *El Nuevo Orden Internacional*, que según su autor es producto de la insatisfacción respecto de las explicaciones con que las ciencias sociales contemporáneas pretenden esclarecer las raíces y consecuencias de los cambios que se suceden en el mundo, cambios enormes, sobre todo en torno a la visión postmoderna de los valores sociales.

El tránsito de la planeación y el proteccionismo económicos a las estrategias de crecimiento hacia fuera, de privatizaciones o desregulación, supone cambios institucionales de envergadura. *A fortiori* el Tercer Mundo ha de adaptarse a los paradigmas universales.

La situación actual se caracteriza por una creciente concentración de los beneficios en los más grandes y poderosos grupos empresariales. Pero acaso la falla principal del neoliberalismo resida en no haber alentado hasta ahora altos ritmos de desarrollo, mientras el proceso de megafusiones reduce la influencia real de gobier-

nos y países, y los del Tercer Mundo, en particular, enfrentan el dilema de incorporarse a las redes trasnacionalizadas de producción y comercio o quedar marginados de la revolución tecnológica y la dinámica del Nuevo Orden Económico Internacional.[77]

Las tesis librecambistas vuelven a imponerse en el mundo y obligan al abandono no sólo de las ideas, sino de las instituciones del nacionalismo proteccionista, del intervencionismo estatal.

Fuera de todo debate ideológico, la suerte de los países en desarrollo depende del éxito de su adaptación a los sistemas y normas que rigen a los órdenes económicos y políticos internacionales. Los márgenes de maniobra son limitados, pero importantes. Y al desplazarse las economías nacionales hacia el mercado y el Estado minimalista, las exageraciones ideológicas han llevado a destruir innecesariamente instituciones, a magnificar los costos sociales del cambio y a olvidar muchas lecciones de la historia.

Ibarra señala que, en resumen, el mundo ha cambiado, aunque algunos de sus problemas permanezcan y aun resulten recrudecidos, y "poco a poco se desvía el impulso renovador de la ciencia y la tecnología de la atención a los grandes problemas de la sociedad humana [desarrollo, pobreza, desempleo, educación], para dirigirse más y más hacia cuestiones restringidas de competitividad internacional de las empresas".[78]

Los centros académicos del Primer Mundo regresan a las cuestiones de la eficiencia estática en la asignación de los recursos. Sin lugar a dudas, el nuevo enfoque neoclásico precisa problemas y descubre campos nuevos de investigación, pero también ha generado prejuicios e incurrido en olvidos lamentables en épocas de transformaciones estructurales.

El predominio subsecuente del neoliberalismo ha traído aparejados los males conocidos del funcionamiento irrestricto de los mercados.

El cambio no significa borrar toda intervención estatal, sino alterar la naturaleza del sistema regulatorio; la razón es simple: poco se gana y tal vez se pierda al desaparecer monopolios estatales para erigir estructuras monópolicas privadas. La modernización reclama

políticas públicas. El Estado minimalista que sólo cuida los derechos de propiedad no se compadece de las demandas del juego democrático.

Para terminar esta mención, Ibarra señala: "¿Cómo conciliar las fuerzas de la integración mundial con otros objetivos igualmente legítimos de orden social y económico de cada país?; ¿cómo lograr que los Estados nacionales lleven a buen puerto reformas enormes con poderes y legitimidad menguados? Ésos y no otros son problemas que habrán de ser abordados en el siglo venidero".[79]

Hacia un nuevo orden social internacional

Desde una perspectiva diferente, el geógrafo Ángel Bassols Batalla escribe que en el marco de la creciente internacionalización de la economía, dominada por los grandes consorcios, se produce un nuevo robustecimiento de los países industriales, que ahora menos que nunca desean ver liberadas a las naciones del Tercer Mundo. Pero la crisis interna del gran capitalismo también se agudiza, en buena medida precisamente por la pobreza creciente del subdesarrollo y porque existen intereses contrapuestos de países, clases y grupos.

El nuevo orden internacional no será creado como consecuencia del fin de la historia, sino al comienzo de una nueva época, forjada después de las inevitables luchas que tendrán que venir. Nadie puede hacerse ilusiones de que el paso a ese nuevo orden favorable a los pueblos, vaya a ser rápido.

Los vientos que soplan son ominosos, pero los pueblos del Tercer Mundo tienen una llave en sus manos, ellos producen buena parte de la riqueza minera y energética del planeta. Su auténtica liberación económica y política será la clave para lograr la ruptura de la gran contradicción del milenio que termina.

Existe la necesidad de resolver la desigualdad que se creó en el transcurso de 500 años. Pero la negativa conducirá a crecientes enfrentamientos con el Tercer Mundo, cuyo desarrollo —a pesar de todo— no podrá detenerse.

A estas alturas existe ya una nueva potencia que sostiene estructuras opuestas a los designios hegemónicos del Primer Mundo: la República Popular China. A esta nación de 1 200 millones de habitantes hoy convertida en gigantesco taller de renovación tecnológica, nadie la podrá manipular.[80]

Concientes de que la referencia que en particular hacemos a autores mexicanos que se ocupan de las relaciones entre globalización y capitalismo omite seguramente a no pocos, cuya contribución al debate habría sido interesante y provechoso examinar, mencionaremos brevmente a varios más, que participaron en un reciente seminario.

Ricardo Valero, por ejemplo, sostuvo que el alcance planetario (de la globalidad) conduce a definir el lugar y la función de los distintos actores porque si bien algunos son protagonistas, los más aparecen como figuras de reparto e incluso escenográficas. La globalidad parecería un nuevo intento de configurar una economía mundial o un eslabón más de la civilización material abierta por el desarrollo del capitalismo, y una cuestión central es si los esquemas (de integración) abarcan la noción de globalidad o bien fragmentan la idea y el proyecto de un mundo sin fronteras.

Para actuar en la globalidad la política debe recuperar el interés público nacional e internacional, hoy atrapado por los intereses privados.

Carlos Elizondo Mayer-Serra, a su vez, recuerda que desde los inicios de la revolución industrial, el desarrollo moderno ha implicado globalización. La especialización requiere cada vez más de mercados amplios. La autosuficiencia es un lujo que no nos podemos dar.

Salvador Arriola comenta que el comercio es, sin duda, fundamental, pero el principal activo que posee América Latina es la cultura y poco la hemos aprovechado. Es preciso cubrir un rezago de inversión pública que tenemos desde hace mucho tiempo. Debemos invertir en recursos humanos de alta calidad en ciencia y tecnología.[81]

En la sesión sobre "Identidad y Globalización", Rodolfo Stavenhagen planteó, entre otras cosas, que las migraciones son uno de los fenómenos característicos del siglo XX; siempre las ha habido, pero nunca de la escala que se están dando, sobre todo después de la segunda guerra. Está bien que se aceleren las migraciones en muchos países y, fundamentalmente, en los del Tercer Mundo, porque se acelera también la destrucción del tejido de aquellas sociedades tradicionales.

Los sistemas políticos no están todavía capacitados para enfrentar el reto de la constitución de nuevas sociedades multiculturales y multinacionales. Estamos viviendo el achicamiento del Estado, la reducción de su responsabilidad ante los diferentes grupos que componen la sociedad nacional. Por eso no es extraño que la descentralización signifique a menudo: encárguese de resolver sus propios problemas porque ya el Estado no tiene recursos, y no sólo carece de ellos, sino que no debe tenerlos para eso. La exclusión social es la contraparte de la globalización.

Las identidades nacionales por construir constituyen el objetivo y la motivación para que la gente se movilice; por eso no estaría de acuerdo con aquéllos que dicen que lo cultural es algo tradicional, premoderno, del siglo pasado. Tampoco es moderno, es de nuestra época.

En el mundo globalizado de hoy urge reconceptualizar, sobre todo, el Estado nacional.

Con frecuencia se reconocen ciertos derechos individuales, pero algunos grupos no tienen el reconocimiento de sus derechos como colectividades. Stavenhagen termina recordando que en muchas partes del mundo se está explorando la posibilidad de desarrollar el reconocimiento de la ciudadanía multicultural como alternativa al concepto liberal tradicional de una sociedad política, democrática y liberal; para que los derechos humanos se hagan efectivos, es necesario complementarlos con los derechos de las colectividades a sus especificidades.[82]

Ricardo Pozas señala que la globalidad es esencialmente un fenómeno mundial de flujos y de nuevas formas de poder, un fenó-

meno de multiplicidad de vínculos e interconexiones entre los Estados y las sociedades que construyen un sistema moderno mundial.

Los Estados nacionales, según Víctor Flores Olea, son necesarios, aunque no suficientes para establecer mecanismos que eviten los efectos destructivos de la globalización, frenen las inversiones especulativas y distribuyan la riqueza de manera más equitativa. Debemos sustituir a ese capitalismo por otro, cuyo contenido no sea la dominación y la maximización de las ganancias, sino, en esencia, la vida como liberación y realización; "la globalización tiene elementos cualitativos nuevos, distintos. Cada época de desarrollo del capitalismo tiene elementos cualitativos nuevos, no es nada más una acumulación cuantitativa o una prolongación de lo anterior".[83]

En su oportunidad, sobre el tema "Estado Nacional y Globalización", Arnaldo Córdova comentó que entre los años setenta y ochenta el Estado fue conducido al cementerio de la historia y comenzó a desarrollarse de manera imponente el proceso de globalización económica. Se pensó entonces que el Estado, lejos de ser el soporte del desarrollo, estaba convirtiéndose en su principal obstáculo; las decisiones que se tomaban desde la cumbre del poder político, es decir, las privatizaciones, dieron a los Estados colosales recursos extra y a los empresarios oportunidades jamás imaginadas, ya que vieron crecer sus fortunas de un día para otro.

La retirada del Estado de la economía fue una gran falacia y muy pronto se puso al descubierto que la globalización jamás fue un proceso que pudiera desenvolverse sin que el Estado la dirigiera, la impusiera y la negociara.

La globalización es un proceso de economía política y produce efectos colaterales que cambian la faz de los propios Estados que la conducen. El caso de México no podía ser la excepción. El Estado mexicano, para tener éxito en la globalización, debía reformarse a sí mismo, democratizarse. La globalización en México se concibió como un expediente para conjugar la crisis económica; nunca alcanzó a ser un verdadero proyecto, sólo fue una salida desesperada a una situación desesperada, y ahí continuamos. Salinas peleó siempre por la globalización al estilo autoritario, para él la democratiza-

ción podía esperar. Fue un error tremendo y lo tuvo que pagar muy caro.[84]

En la ponencia "El Futuro del Estado-Nación", Luis F. Aguilar apuntó los principales cambios resultantes de la globalización, que afectan profundamente al Estado-nación: 1) el dinamismo de las corporaciones mundiales; 2) la formación de regiones económicas; 3) el resurgimiento de los nacionalismos y las microidentidades colectivas; 4) la posibilidad de los conflictos entre civilizaciones; y 5) el desarrollo de fuerzas sociales dotadas de mayor autonomía respecto del Estado.

Sobre la soberanía, en particular, reconoció que la regionalización y la globalización la afectan, y que por ello, debiera entenderse que la acción estratégica podrá conducir a coaliciones o alianzas con otros Estados, a fin de defender o hacer avanzar los intereses nacionales.[85]

En su conferencia sobre "La Explotación Global", Pablo González Casanova hizo interesantes aclaraciones acerca del término explotación, que originalmente fue definido por los clásicos del marxismo y se limitó al concepto de plusvalía, generada por el trabajo excedente de los obreros del que se apropia el dueño de los medios de producción.

La explotación no se reduce a la de los trabajadores, lleva también a problemas de depredación, y problemas en los cuales se le quita a otra población su hábitat y sus recursos naturales. A través del concepto de transferencia podemos analizar la globalidad y la explotación. El índice de transferencias de excedentes de unas regiones a otras incluye las utilidades remitidas, más los intereses pagados, más los efectos de los cambios de precio en el comercio exterior, más los errores u omisiones por subfacturación o sobrefacturación. El fenómeno de explotación al que nos referimos habla del empobrecimiento de unos para ventaja de otros.

Ésta es su tesis final: el mundo no está, ni México, en condiciones de plantear una política antisistémica para suplir al sistema capitalista mundial por otro.[86]

Finalmente haré una breve referencia a opiniones de Heinz Dieterich, investigador extranjero que trabaja en México, y quien en un estudio del que son coautores Raimundo Franco y Arno Peters, señala que la economía nacional que ha formado la economía del mundo durante 500 años está llegando a su fin. Estamos iniciando una nueva época de la historia de la economía, la época global. La transición que presenciamos fue preparada mediante los logros técnicos y científicos del último siglo y medio. Dados múltiples avances que se expresan en una mayor productividad, el hombre podría hoy vivir mejor incluso con menos trabajo. Pero la economía nacional que sigue siendo vigente, y la economía de mercado en la cual se basa no es capaz de hacerlo. ¿Será posible modificar este sistema económico conforme a las necesidades de la economía global?[87]

Si analizamos la sociedad global contemporánea en cuanto a calidad de vida y existencia de un Estado de Derecho formalmente democrático, se vuelve obvio que en la gran mayoría de los Estados no se cumple con esas dos fuentes de la legitimidad de gobernar.

Aun el primer derecho humano —alimento y vivienda— es incompatible con la lógica del sistema capitalista. También se opone a un orden justo y democrático la visión dominante, cuyo ideario derivó del utilitarismo, el malthusianismo y el socialdarwinismo. La cuarta fuente de ilegitimidad del neoliberalismo global es la absolutización y mistificación del mercado.

El deseo de vivir en una sociedad justa y democrática es muy antiguo; pero no se ha logrado porque no se han abolido las relaciones sociales de explotación, dominación y enajenación. Los derechos democrático-formales son una condición necesaria, pero no suficiente, para la sociedad democrática del futuro.

La democracia capitalista burguesa huye a la democratización real como el diablo al agua bendita. El nuevo proyecto histórico significa, en su fase final, una democracia real, es decir una economía sin mercado, una sociedad sin Estado y una cultura general y para todos. Y para llegar a ella se requiere una fase de transición.

¿Cómo, entonces, convertir la nueva filosofía de la praxis en fuerza material de cambio? Mediante la distribución sistemática y amplia del manifiesto de la sociedad democrática mundial, de un manifiesto que tendría una función epistemológica o ideológica: dar a conocer y crear conciencia sobre la nueva sociedad global, y lograr un cambio (favorable) en la correlación de fuerzas. Sin un programa que exprese la identidad de los intereses de las mayorías y trace los caminos de evolución, la transformación hacia la nueva sociedad no será posible. El principal obstáculo a la creación de un movimiento democratizador mundial no es técnico u organizativo, sino téorico-programático.

La clase obrera seguirá siendo un destacamento fundamental dentro de esta comunidad —de víctimas y excluidos del capitalismo neoliberal—, pero probablemente no será su fuerza hegemónica. La comunidad de víctimas del sistema es multicultural, policlasista y global. En lo referente al espacio, el proyecto tiene que integrar la dimensión global, regional y nacional. O sea que "ningún proyecto de cambio nacional profundo prosperará si no es conceptualizado como parte orgánica del proyecto mundial".[88]

El propio Dieterich sostiene en otro libro que uno de los elementos de la actual crisis afecta a las ciencias sociales. Hablar de esta crisis, escribe, equivale a decir que los sujetos sociales que la producen están en crisis. Y es que una intelectualidad antes "crítica e independiente", ahora es una intelectualidad "cortesana" al servicio de las élites en el poder. El sistema actual es un *high-tech feudalism*, y la superestructura académica, una nueva escolástica, en la que se da la extraña mezcla de tecnocracia contemporánea y *ancien regime* cortesano.

América Latina ingresa al nuevo milenio arruinada por la dictadura del capital financiero, que bajo la etiqueta del neoliberalismo ha sufrido durante los últimos veinte años. Cumplida la misión de la modernización neoliberal, los equipos políticos respectivos ya no son necesarios. La nueva ideología de moda es el keynesianismo neoliberal de centroizquierda. El talón de Aquiles económico de los keynesianos neoliberales es su dependencia extrema del financia-

miento externo; por ello, y por depender también de las oligarquías internas, no están en condiciones de ofrecer una perspectiva de desarrollo real.

Las élites políticas latinoamericanas no tienen un proyecto educativo, científico o de identidad frente a los desafíos del nuevo milenio.

La contrarreforma del G-7 y del Banco Mundial se basa —escribe Dieterich— en intereses antidemocráticos y neocoloniales: quieren educar para dominar. Un proyecto latinoamericano, al contrario, tiene que educar para liberar. El punto de partida es la identidad latinoamericana, que las fuerzas que se oponen a su liberación tratan de destruir.[89]

El lector habrá advertido, después de leer las dos partes de este largo cuarto capítulo, que las opiniones recogidas reparan en diversos aspectos del proceso de globalización, los examinan desde diferentes perspectivas y, en su mayor parte, concurren en que el capitalismo y sus recientes cambios, antes que la globalización propiamente dicha, son el hecho central que más puede ayudarnos a penetrar en la dinámica interna del proceso de transformación del mundo de nuestros días.

Sería imposible volver siquiera sobre los principales planteamientos e intentar una apreciación crítica de los mismos. Y aun de poder hacerlo, prefiero que sean los lectores quienes, pensando por sí mismos, elijan lo que les parezca más convincente y desechen lo que sientan insuficiente, menos útil o incluso erróneo. Por ello, me limitaré en estas líneas a señalar que no son pocas las cuestiones en las que se discrepa, así como aquéllas en las que se coincide, al menos en ciertos aspectos.

Un acuerdo bastante amplio se observa en torno a que en los últimos decenios el mundo ha sufrido múltiples cambios; pero mientras para algunos autores esos cambios han sido profundos, para otros se trata de alteraciones menores que no entrañan una transformación estructural. Otra discrepancia fácil de advertir es que, en tanto algunas personas reparan en cuestiones principalmente tecnológico-organizativas y ponen el mayor acento en que lo más ca-

racterístico de nuestro tiempo es que vivimos en la era de la información y el conocimiento, otras subrayan que, sin desconocer ni negar significación a tal tendencia, es preciso saber si el capitalismo ha sufrido o no cambios de fondo. Y mientras los estudiosos en los países más desarrollados prestan especial atención al desarrollo y las relaciones entre esos países, quienes se ocupan de las naciones subdesarrolladas ven las cosas desde otro ángulo y se interesan más en entender los cambios del imperialismo y la medida en que afectan de nuevas y aun más graves maneras a los países económicamente atrasados, las diferentes y más complejas formas que adopta la dependencia, las lesiones a la soberanía nacional, y si en las actuales condiciones es posible un desarrollo independiente. De estas y otras cuestiones, a mi juicio sin duda importantes, me ocuparé en el capítulo siguiente.

Mis puntos de vista

En este último capítulo volveré sobre los principales temas hasta aquí examinados y someteré mi opinión al lector, tratando de no repetir lo ya dicho y de limitarme a considerar sólo algunas cuestiones. El orden de la exposición será el mismo del libro, por lo que empezaré recordando algunos aspectos de la internacionalización.

Sobre la internacionalización

La internacionalización es un largo y cambiante proceso histórico, que si bien a menudo se expresa con particular intensidad en ciertos campos, en realidad es multidimensional. Probablemente desde que la economía adquiere un carácter definidamente mercantil, o sea desde que empieza a producirse en escala significativa para el mercado, surge la tendencia a rebasar ciertos marcos estrechos, y más tarde, el intercambio desborda fronteras y tiende a internacionalizarse. Esto último acontece, por ejemplo, ya en el siglo XIII, y sobre todo hacia el XV y XVI, lo que quiere decir que desde antes de que el capitalismo se convierta en el modo de producción dominante en Inglaterra y Holanda, los descubrimientos de tierras desconocidas, el progreso de la navegación, las conquistas, las nuevas ideas y la tendencia a racionalizar, y aun a explicar científicamente ciertos hechos, contribuyen a extender el ámbito en que se realizan múltiples actividades. El solo surgimiento de las naciones modernas y

de los Estados nacionales tiene, sin duda, especial importancia, pues modifica el régimen de relaciones entre los pueblos y da a lo internacional —incluido el Derecho que norma esas relaciones— un nuevo y mayor alcance.

Pero es sobre todo en el capitalismo, cuando el proceso de internacionalización se desenvuelve con mayor celeridad y en nuevas y más complejas formas. Al recordar en perspectiva histórica ese desarrollo, podría decirse que cada una de sus principales fases influye sobre la internacionalización.

Por ejemplo:

En el capitalismo preindustrial, o sea desde que se vuelve el modo de producción dominante en Inglaterra, hasta la primera revolución industrial, hacia fines del siglo XVIII;

—después de esa revolución, en que la industria cobra creciente importancia debido principalmente a la introducción de nuevas tecnologías, la cada vez mayor división del trabajo, la más elevada productividad y la ampliación del mercado;

—influyen en el proceso de internacionalización la independencia de algunos países, y años más tarde la industrialización de otros y el poder marítimo y económico de Inglaterra;

—el surgimiento y expansión de un mercado ya entonces considerado "mundial", al que nutren fundamentalmente los países que toman la delantera en el desarrollo industrial, tiene también especial importancia;

—el tránsito de la fase premonopolista o de "libre concurrencia", a la propiamente monopolista del capitalismo, sobre todo desde fines del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, en que la apertura comercial y financiera y la vigencia del patrón oro en diversas modalidades facilitan el comercio y la inversión, y contribuyen también a impulsar el proceso;

—en el periodo de interguerras, bajo el proteccionismo, la mayor inestabilidad y la profunda depresión de los años treinta, la internacionalización se debilita; pero al concluir la segunda guerra se abre un nuevo, largo periodo de expansión económica, renovación tecnológica y transformación cultural y política, que refuerza como nunca antes la internacio-

nalización de la economía y de múltiples aspectos de la vida cotidiana;

—en particular en los años cincuenta y sesenta, en parte con el propósito de contribuir a la reconstrucción de Europa occidental y Japón, y en parte para afirmar la hegemonía de Estados Unidos, grandes empresas norteamericanas hacen fuertes inversiones en esos países, y con las formas fordistas de organización, empiezan a operar cada vez más como corporaciones trasnacionales o multinacionales, lo que unos años más tarde harán también algunas empresas europeas y japonesas, que a su vez se interesan en invertir no sólo en sus propios países y zonas de influencia, sino en Estados Unidos;

—suele exagerarse el alcance de la trasnacionalización, pero al apreciar con objetividad su dimensión real, se advierte que es una fase superior y más compleja del proceso de internacionalización, que exhibe caracteres y modalidades distintos de los que fueron propios de momentos anteriores de ese proceso.

Y aun cuando la trasnacionalización sigue presente después, comparto la opinión de quienes consideran que tras ella, y a la vez bajo el dominio del capital trasnacional, se registra un nuevo quiebre cuando la economía internacional deviene una propiamente mundial, es decir, cuando surge la actual globalización y el capital y sus leyes se extienden a escala mundial. Pero de la globalización o mundialización me ocuparé más adelante.

Por ahora sólo añadiré que:

El ritmo a que se desenvuelve la internacionalización, lejos de ser uniforme o más o menos estable, es desigual, cambiante e incluso está sujeto a fuertes y pronunciados altibajos; y mientras en ciertos momentos se acelera, en otros se detiene e incluso retrocede.

Dije antes que el proceso es multidimensional, no solamente económico, tecnológico, cultural o político. Lo que significa que si bien se expresa en campos y formas diferentes, los incluye a todos, los entrelaza y a la vez desborda a cada uno de ellos. La internacionalización, además, nunca se desenvuelve linealmente. Lo hace siempre de manera contradictoria.

Aunque el capitalismo influye grandemente, y a veces incluso en forma decisiva en la internacionalización, ello no supone que entre ambos exista una relación directa, simple, fácil, inmediata y menos todavía, mecánica. Algunos aspectos del desarrollo capitalista como el crecimiento económico, el nivel, composición y distribución de la inversión, la reestructuración del capital y las formas de organización del proceso productivo, el monto del ingreso y el nivel de empleo, los patrones de consumo y el consumismo, la estabilidad, ciertos desajustes y desde luego las más profundas crisis, éstas no son solamente económicas, sociales o políticas, sino propiamente estructurales, ejercen gran influencia.

Podría pensarse que el desarrollo capitalista es especialmente importante cuando la rapidez del crecimiento económico propicia una cada vez mayor proyección internacional. Mas lo cierto es que, incluso cuando ocurre lo contrario, la internacionalización sigue presente y aun se acelera. Durante la larga y sostenida fase de expansión económica de la postguerra, por ejemplo, cobró gran impulso. Pero cuando hacia fines de los años sesenta la tasa de ganancia empezó a declinar, e inclusive después, cuando la caída de la actividad económica era ya evidente y se iniciaba una profunda crisis, la internacionalización no sólo siguió adelante, sino que se intensificó. Lo que comprueba que cuando hay una gran demanda diferida, que crece con rapidez, hay estímulos para producir e invertir más y para entrar en nuevos mercados en expansión; y cuando, a la inversa, las oportunidades de inversión rentable disminuyen, la competencia es cada vez más severa y la rentabilidad del capital disminuye, hay también condiciones para fortalecer la capacidad competitiva, modificar las formas de organización, introducir nuevas tecnologías y tratar de abrirse paso más allá de las fronteras nacionales, con bienes, servicios, tecnologías y capitales que incluso desde lejanos mercados permitan reducir costos, producir y vender más y elevar la tasa de beneficio.

Desde luego son importantes los mercados tanto de mercancías como de capitales y fuerza de trabajo, pues sobre todo en nuestro tiempo todos tienden a internacionalizarse, aunque a diferentes ve-

locidades. Frente a la cada vez mayor movilidad del capital y aun al rápido aumento del comercio de bienes y servicios, el mercado laboral, que a menudo tiene también una proyección internacional, a la vez tropieza con limitaciones y obstáculos que vuelven difícil el desplazamiento de la mano de obra de unos países a otros.

La internacionalización institucional juega también un papel significativo. El nuevo, más importante sistema a ese respecto, es la Organización de Naciones Unidas, y a partir de su creación el surgimiento de sus principales consejos, comisiones y otros organismos internacionales. Además cabría recordar a la OEA, la Conferencia de Bandung, el Movimiento de Países no Alineados, el Grupo de los 77, los esquemas de integración regional —empezando con la Unión Europea—, el GATT, la OMC, los acuerdos de libre comercio y las numerosas "cumbres" que se realizan en los últimos años bajo patrocinios diferentes. Todo lo cual ha influido en la internacionalización del Estado y en cambios en su funcionamiento.

Así como el capitalismo influye en la internacionalización, también lo hacen los movimientos sociales y políticos de distinta naturaleza y alcance que se enfrentan al sistema, a sus políticas, a su afán de dominación y a ciertas ideologías. Bastaría recordar la descolonización de Asia y África, las luchas antiimperialistas en múltiples países, la Revolución Cubana y su presencia y ejemplar solidaridad con otros pueblos, el movimiento estudiantil de 1968 y el encabezado por Nelson Mandela contra el *apartheid* en la Unión Sudafricana. Y, como veremos enseguida al recordar algunas de las principales formas que asume la internacionalización, otros hechos influyen también sobre sus diferentes manifestaciones.

INTERNACIONALIZACIÓN DEL COMERCIO

Ésta, en particular, es importante porque internacionaliza los mercados y la economía en su conjunto, aunque a la vez, influye sobre aquélla. El hecho bien conocido de que en los últimos decenios el comercio internacional haya crecido más que la producción es reve-

lador. Pero, sobre todo —y en ello no se repara a menudo— el que la inversión, y concretamente la trasnacional, aumentara todavía más de prisa es uno de los factores de mayor influencia en el monto, la composición y el carácter del intercambio.

Como nunca antes, el comercio internacional es hoy en buena medida intra e interfirmas, es decir, uno que se realiza entre relativamente pocas grandes empresas, a menudo partes de un mismo grupo. Pues bien, esas poderosas y aun gigantescas empresas son las que hoy frecuentemente producen, venden, emplean e invierten más fuera de sus países de origen que en ellos, y las que pesan cada vez más. En un momento dado tales empresas ganaron a muchos países subdesarrollados para que se endeudaran como nunca antes, después les impusieron políticas de reestructuración, que los obligaban a gastar e importar menos y exportar más para poder pagar sus cuantiosas deudas, atrayéndolos con la posibilidad de entrar al mercado de Estados Unidos, lo que en realidad pocos países lograron. Y en algunos casos los aprovecharon para abrir en ellos franjas de "libre exportación" o maquiladoras, que les permitieron relocalizar ciertas actividades o fases del proceso productivo, a fin de reducir costos, sobre todo salariales, y tener una mejor ubicación geográfica para surtir atractivos mercados.

Quienes sostienen que el mercado se ha expandido con inusitada rapidez gracias al "libre comercio" simplifican las cosas al extremo y exhiben una posición parcial y aun superficial inaceptable. Las condiciones en que se realiza el intercambio son muy diferentes y aun contrarias a las que los clásicos ingleses —Smith y Ricardo— tuvieron presentes; y las ventajas comparativas de ciertos países, más que depender de la dotación de factores naturales, están hoy ligadas a la fortaleza económica y financiera, y a la política con base en la cual se promueve y apoya el desarrollo industrial, el comercio y las grandes empresas de cada país.

La idea de que el proteccionismo ha quedado atrás no corresponde tampoco con la realidad, pues si bien ciertos viejos mecanismos no se emplean ya, y concretamente el gran capital opera con mayor libertad, ello no significa que, cuando le conviene, no recla-

me y utilice una protección abierta o encubierta —apoyo financiero, barreras no arancelarias, subsidios—. Como tampoco es cierto que el Estado no intervenga ya en la economía.

La opinión, por otra parte, de que el solo hecho de que el comercio internacional aumente es positivo y ventajoso, es muy discutible, toda vez que en realidad ello depende de qué, con quién y en qué condiciones se comercie. La exportación, es cierto, genera más empleo; pero la importación lo suprime, y cuando ésta supera a lo que se exporta el saldo es negativo. El aumento de la relación comercio internacional-PIB no es necesariamente favorable e incluso suele significar creciente dependencia, salarios reales declinantes y menor capacidad para abrir los cauces que más convengan al desarrollo nacional e incluso a un comercio más diversificado.

Y una cuestión más, también importante: la política comercial de los países desarrollados y la forma en que se organiza el comercio mundial, si bien favorecen a esos países, entrañan una fuente de graves desajustes y un obstáculo no fácil de superar para las naciones subdesarrolladas. Los acuerdos de la Ronda Uruguay del GATT, por ejemplo, significan mayores libertades para los más fuertes y crecientes limitaciones para los más débiles. El que el comercio se realice en buena parte entre poderosas empresas trasnacionales dificulta y aun vuelve imposible la supervisión y regulación. La OMC beneficia a los países ricos y en cambio lesiona la soberanía nacional de los subdesarrollados. Lo que quiere decir que, además de otros problemas y situaciones que acentúan la desigualdad, la sola inadecuada e inequitativa organización mundial del comercio impide que éste contribuya, como debiera y podría ser, a reducir esa desigualdad entre los países y dentro de cada uno de ellos.

Internacionalización de la inversión

Durante la expansión de la postguerra, las tasas de inversión se elevan considerablemente y en algunos países, como los de Asia oriental, alcanzan niveles sin precedente. En general, dichas tasas son

relativamente altas, sobre todo si se comparan con las del periodo inmediatamente anterior a la guerra.

En un principio gran parte de la inversión es interna o doméstica, aunque empieza a cobrar creciente importancia la que se destina a otros países. La inversión privada es la principal, pero la pública adquiere entonces mayor significación.

La inversión de Estados Unidos, en gran parte de empresas y grupos trasnacionales, es claramente dominante; después, si bien sigue siendo la principal, su participación decrece frente a la de Alemania y Japón.

La inversión interna que se relaciona directa o indirectamente a la producción es durante algunos años la fundamental. Mas a partir del momento en que empieza a bajar la rentabilidad y crecen los mercados de capitales, buena parte del capital se desplaza hacia la inversión financiera improductiva y aun especulativa. Entonces, además, la inversión extranjera, primero directa y después, cada vez más, de cartera, se destina en su mayor parte a esos propios países, y más tarde también a algunos subdesarrollados como China, México, Brasil y otros.

Con frecuencia se piensa, de manera simplista y alejada de la realidad, que la inversión siempre va de los países ricos a los pobres. Lo cierto es que se trata de flujos en las dos direcciones, y no pocas veces paradójicamente son los pobres, o sea quienes carecen de recursos financieros, los que invierten en los ricos, esto es, aquéllos que por distintas vías —intercambio desigual, compra de valores extranjeros, fuga de capitales, pagos de intereses y dividendos y otras— destinan a los países desarrollados fondos muy superiores a los que reciben de ellos.

Cuando, desde mediados de los años setenta, la crisis se generaliza y es más profunda, salvo en unos cuantos países industriales de Asia oriental y Japón, y después principalmente China, que a lo largo de más de veinte años mantiene muy altas tasas de inversión y de crecimiento económico, en los demás, la inversión tiende en general a declinar y en ciertos casos cae en forma pronunciada, fundamentalmente porque las previas altas tasas de acumulación, la

introducción de nuevas tecnologías y la reorganización del proceso productivo derivan en más elevada productividad, mayor capacidad productiva y un exceso de producción que incluso los principales mercados no pueden absorber.

Se critica a las políticas neoliberales —a mi juicio con razón— por su afán desregulador y privatizador. La privatización, en particular, se considera innecesaria, o bien antinacional, o al menos contraria al interés público, e incluso una fuente de ingresos ilegales y de corrupción, cuando los que venden son los mismos que compran ciertas empresas antes del Estado, y a menudo las adquieren a precios de "regalo". Sin duda ello suele ser así. Pero no se repara en que la privatización es una medida cuyo propósito principal suele ser precisamente abrir oportunidades de inversión rentable y atractiva a grandes inversionistas.

La mayor parte de las inversiones internacionales procede de empresas y grupos trasnacionales, que en las últimas décadas se multiplican con celeridad. Y si bien son cada vez más importantes las que se hacen en países subdesarrollados en los que se pagan muy bajos salarios, el que tales inversiones se realicen, sobre todo en economías altamente industrializadas, revela que el nivel del ingreso y de la demanda, la magnitud de los mercados y los patrones de consumo, la infraestructura, la organización, la tecnología y la productividad, sigue siendo lo que más atrae la inversión.

La internacionalización de la inversión no significa, desde luego, que todos sus componentes se desplacen por igual de unos países a otros. Cuando lo que se quiere es vender más en el exterior, la inversión necesaria puede limitarse al aparato de distribución o incluir la instalación de facilidades productivas. En algunos casos lo que más se internacionaliza es la inversión —en general pequeña— de alta intensidad de mano de obra. La inversión en investigación y desarrollo se sigue concentrando en los países industriales sede, aunque algunas alianzas estratégicas de carácter tecnológico la han hecho moverse hacia nuevos mercados. Los países subdesarrollados en cambio, en realidad no participan en esa inversión, y en parte por ello su capacidad para desarrollar actividades económicas más com-

plejas es muy limitada, y su dependencia, en particular científico-tecnológica, tiende a ser cada vez mayor.

INTERNACIONALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

Uno de los principales nuevos rasgos de la internacionalización es que la producción misma se internacionaliza y aun globaliza. Tradicionalmente las grandes empresas de los países industriales adquirían en otros materias primas y vendían productos terminados, lo que, dada una relación de intercambio casi siempre favorable para ellos, les resultaba muy ventajoso. Y aunque en algunos casos intervenían en cierta medida en actividades productivas, en un momento dado se interesaron no sólo en comprar y vender en esos mercados, o incluso en tener una pequeña participación en la producción, sino que empezaron a producir ellos mismos en escala cada vez mayor. A partir de entonces la producción se fragmenta, y lo que antes se hacía en un lugar determinado y con bastante unidad ahora procedería de diversas instalaciones y aun de diferentes países, a veces muy alejados entre sí.

La internacionalización del capital no es un hecho nuevo. El crecimiento del comercio internacional supone que se intercambian cada vez más mercancías, y lo mismo ocurre con el capital-dinero; pero el capital productivo tuvo siempre menos movilidad, y hasta muy recientemente empezó a desplazarse, y con él la producción, a veces incluso desde un extremo a otro del planeta.

Factores de diferente naturaleza influyeron en esa internacionalización. En un primer momento, el rápido crecimiento económico y de la demanda en países que se reconstruían con celeridad, así como el propósito de entrar cada vez más en esos grandes mercados en expansión. Y desde la segunda mitad de los años sesenta, la baja de la tasa de beneficio, o el temor de que declinara en donde la producción había ya aumentado sustancialmente, contribuyó sin duda a que se desplazaran hacia el exterior ciertas actividades. Tanto la revolución de los transportes y las comunicaciones como las nuevas

tecnologías, y con frecuencia, sobre todo, las nuevas formas de organización que permitieron reducir costos, diversificar la producción y mejorar su calidad, jugaron también un importante papel.

El régimen fordista de organización de la producción, que a lo largo de años mostró, sobre todo en Estados Unidos, ser el mejor para los empresarios, y en un momento dado para los propios trabajadores, empezó a exhibir serias limitaciones y fallas. Para producir artículos de un mismo tipo, en gran escala, dentro de estructuras jerarquizadas y con alto grado de integración vertical, seguía siendo conveniente. Pero para dar respuesta con rapidez a nuevas y crecientes demandas de productos diferenciados, que conforme a las exigencias de la moda y la presión de una severa competencia eran a menudo pronto sustituidos por otros, la organización fordista resultaba demasiado rígida, pesada, costosa, incapaz de responder adecuadamente a las nuevas exigencias de los compradores e incluso inadecuada para introducir con éxito nuevas tecnologías.

La internacionalización de la producción, si bien no alteró en su conjunto la estructura de la economía mundial, y la posición de los países más industrializados y de los subdesarrollados no sufrió cambios de fondo, sí trajo consigo una nueva división internacional del trabajo, sin duda importante para algunas economías. Entre las más desarrolladas, a partir de cierto momento lo fue también el debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos y el rápido ascenso de Alemania y Japón. Asimismo fue significativa la industrialización de los llamados "tigres asiáticos", cuya producción e ingreso global y por habitante se elevó en pocos años con gran rapidez. Aun países como Brasil y México absorbieron fuertes inversiones extranjeras que les permitieron empezar a producir ciertos bienes durables, así como maquinaria y equipo que antes importaban en su totalidad. Y aunque las nuevas grandes empresas que empezaron a operar en algunos países, a veces bajo regímenes especiales muy favorables como las franjas de "libre exportación" o maquiladoras, serían en general y aun totalmente extranjeras, fueron importantes y modificaron la economía y el comercio exterior de los países receptores, sobre todo cuando se asociaron a capitales domésticos de esos países.

Las empresas dominantes en la internacionalización de la producción han sido casi siempre poderosos consorcios trasnacionales que operan como oligopolios, en forma de redes, ahora más estrechamente ligados entre sí y a menudo aliados a grandes empresas de otros países, todo lo cual se expresa en altos grados de concentración y, a la vez, menor integración vertical y cierta descentralización operativa, que a menudo resultan más que de la creación de nuevas empresas, de la fusión y adquisición de negocios ya establecidos.

Mientras las nuevas formas de organización y funcionamiento de la producción favorecen a los empresarios, para los trabajadores tienen, en general, efectos perjudiciales porque reducen el nivel de empleo y la demanda de múltiples ocupaciones, incluso vuelven muchas de ellas obsoletas y generalizan el trabajo parcial, de bajo nivel de calificación y salarios reales decrecientes, que sobre todo en los países subdesarrollados se realiza cada vez más en la llamada economía informal, en la que se carece de organización sindical y de las prestaciones que con frecuencia se otorgan en otros sectores del mercado laboral.

INTERNACIONALIZACIÓN DE LA TECNOLOGÍA

La importancia de la tecnología en la producción y el desarrollo, que en otros tiempos se dio por supuesta y aun probablemente se menospreció, se reconoce en nuestros días de manera generalizada. Pero el aprovechamiento y la contribución de una nueva tecnología no son automáticos o siquiera fáciles, sino que en buena medida dependen de que la introducción de esa tecnología sea acompañada y, mejor aún, precedida de una reorganización y operada por personas capacitadas para manejarla.

La verdadera revolución en las comunicaciones y los transportes, y especialmente el espectacular avance de las tecnologías de la información, han hecho posible que la economía y otras actividades se internacionalicen como nunca antes. Lo que no significa que cuando se introduce una nueva y mejor tecnología todo deba crecer

como por arte de magia. A estas horas es claro que lejos de hacer aumentar con rapidez el nivel de empleo, el avance tecnológico de los últimos decenios se ha traducido, en general, en una cada vez mayor desocupación para numerosos trabajadores. Y su impacto en la inversión, aunque importante, no ha correspondido ni se ha expresado en la expansión que muchos esperaban, y debido a su relativamente baja intensidad de capital incluso ha sido inferior al de las grandes inversiones de otras épocas.

Las llamadas alianzas estratégicas, que a menudo se hacen por razones tecnológicas, han contribuido a que la internacionalización cobre creciente impulso, y en particular a que la inversión en investigación y desarrollo sea mayor, y también se internacionalice cada vez más.

Desde una posición digamos tecnologista, podría pensarse que la tecnología por sí sola hace milagros. Mas lo cierto es que hacia atrás y hacia adelante hay eslabones decisivos, sin los cuales no se comprendería lo que acontece. Uno fundamental es la ciencia, sin cuyos avances algunas nuevas tecnologías serían imposibles, o al menos se desarrollarían muy lentamente; y otro es la educación y capacitación, o sea el adiestramiento de quienes han de operarlas. Aun podría añadirse un tercer elemento, sin duda también importante, relativo a la forma y condiciones en las que se adquieren las nuevas tecnologías, sobre todo por países subdesarrollados que dependen de otros y tienen a menudo que importarlas en condiciones onerosas.

El que las nuevas tecnologías contribuyan a desemplear o afecten desfavorablemente de otras maneras a numerosos trabajadores no quiere decir que los avances que las hacen posibles carezcan de importancia, y menos que tales tecnologías sean, por ello, negativas. Desde luego un raso tecnologismo que caiga en la idea simplista y errónea de que todo se resuelve en ese nivel es inaceptable. Incluso es bien sabido que una buena selección de técnicas es muy importante en una estrategia de desarrollo. Y el que ciertas tecnologías destruyan más empleos que los que crean es en gran parte un problema que corresponde, a la sociedad y a la organización económica en su conjunto, resolver.

En los propios países industriales, y sobre todo en los subdesarrollados, la introducción exagerada de tecnologías que reemplacen mano de obra es inaceptable. Y si bien el impulso de ciertas actividades requiere de tecnologías de alta intensidad de capital que incluso reducen la ocupación, ello no debiera llevar al menosprecio de políticas que, simultáneamente, traten de elevar el empleo de quienes trabajan desprovistos de instrumentos adecuados de producción y aun propiamente sólo con sus brazos. Porque mientras estén presentes las desigualdades y desajustes que en particular caracterizan a la economía del subdesarrollo, la mejor política es aquélla que al mismo tiempo que incorpora modernas tecnologías, mediante cuantiosas inversiones que eleven el nivel de productividad, amplíe las posibilidades de trabajo y la ocupación de quienes, quizá por mucho tiempo no tendrán acceso a esas tecnologías; pues aun así pueden contribuir a elevar el nivel de producción y de ingreso, así como a mejorar sus condiciones de vida.

Internacionalización de los mercados financieros

Probablemente ésta, y la globalización de esos mercados, es uno de los hechos que mejor da cuenta de la amplitud e intensidad del fenómeno. Pues bien ¿qué determina la expansión sin precedentes y el nuevo papel de los mercados financieros?
Seguramente factores de diferente naturaleza.

El que la tasa de beneficio empiece a declinar, sobre todo en un principio, influye para que cada vez más inversionistas se interesen en la inversión financiera, que en general ofrece mejores rendimientos. Pero ello no habría sido fácil, y en ocasiones ni siquiera posible, de no haberse dado ciertas circunstancias y producido otros cambios. Sobre todo entre los años treinta y cincuenta los bancos operaron "a la inglesa", es decir, en particular la banca comercial, en un marco muy conservador, sujeta a múltiples restricciones, muy separada de los bancos de inversión y estrechamente ligada a las operaciones de corto plazo propias del mercado de dinero. Desde los años

sesenta, en cambio, el régimen de inversión comenzó a liberalizarse y la banca empezó a vincularse con los mercados de bienes raíces y de valores, lo que por cierto trajo consigo mayores riesgos, inestabilidad y no pocos problemas.

En general, los bancos y otros inversionistas institucionales trataron de evadir las limitaciones que la ley y los bancos centrales les imponían, y de concurrir a mercados en los que podían operar con mayor libertad. El euromercado, especialmente después del fin del sistema de Bretton Woods, jugó un papel muy importante y las sumas de dinero en él operadas crecieron, en poco tiempo, de manera espectacular. La desregulación, además, contribuyó a que pronto se hiciera lo que poco antes estaba prohibido o no era fácil realizar. Y dos hechos de diferente naturaleza, que en cierto modo se refuerzan mutuamente, explican el porqué de esa desregulación. El primero es la prolongada crisis que sigue a la fuerte caída de la actividad económica de mitad de los años setenta, crisis que no sólo hizo ver la menor eficacia de ciertos mecanismos reguladores, sino la imposibilidad o al menos la inconveniencia de tratar de utilizarlos e incluso el deterioro de todo el sistema o modo previo de regulación, y el segundo es la política neoliberal que unos años más tarde empieza a aplicarse, y que, como se sabe, es antiestatista y antiregulacionista, es decir, considera que el mercado libre, dejado a su suerte, cumple mejor su función y asignará racionalmente los recursos, lo que no ocurrirá si se interfiere con él, a través de un tipo u otro de medidas reguladoras.

Otro hecho que sin duda ejerce gran influencia y aun hace posible que los mercados financieros operen a la velocidad, el nivel y la forma en que hoy lo hacen, son los nuevos medios de comunicación y en particular la tecnología de la información, gracias a la cual buena parte de las transacciones son realmente “electrónicas”.

También son importantes la mayor actividad financiera —ya no meramente industrial o comercial— de las grandes corporaciones, las cuantiosas operaciones que hoy se realizan con acciones de empresas extranjeras, la expansión de las bolsas y mercados de valores, y sobre todo de los mercados de cambios, cuyos precios y

monto de las transacciones rebasan con mucho a los de otras épocas, y desde luego al nivel de la producción y a la importancia de la economía real en su conjunto; el monto de la deuda externa y las presiones que se ejercen para que los deudores acepten las condiciones que imponen los principales acreedores y, algo fundamental y cuya dimensión actual sobrepasa todo lo hasta aquí conocido es que las enormes sumas de capital-dinero que se operan en los mercados financieros globales representan una masa gigantesca de "capital ficticio", es decir de dinero que no procede ya directamente e incluso se valoriza en cierto modo con autonomía del proceso productivo, y que se reproduce con tal celeridad que ni los Estados ni los bancos centrales pueden ya controlar el dinero en circulación y los flujos financieros internacionales, y que modifica la rotación, o sea el ciclo de capital en su conjunto y cada una de sus fases.[1]

Numerosos países se vinculan, participan y se ven afectados de un modo u otro por la actividad de los mercados financieros y, como en otras áreas de la economía mundial, son los principales países industrializados lo que más pesan e influyen en su globalización. Y si bien ésta contribuye a que cualquier desajuste se deje sentir incluso en mercados lejanos que no tienen una estrecha relación con ellos, no sólo la llamada "volatilidad" quebranta fácilmente la estabilidad, sino que, cuando surge un grave problema o una crisis como la que México vivió en 1994-1995 y más tarde Brasil y varios países asiáticos, se producen respuestas, acciones compensatorias y formas de apoyo —y desde luego de intervención en los asuntos internos de otros países— que revelan que la internacionalización financiera también se da en casos en los que para proteger a poderosos inversionistas norteamericanos en peligro, el gobierno de Estados Unidos y algunas instituciones financieras internacionales movilizan enormes sumas de dinero a fin de evitar el agravamiento de ciertas crisis y su impacto sobre otras economías. Sin estos entrelazamientos y políticas habría sido incluso inimaginable que años atrás se manejaran y pusieran a disposición de un país subdesarrollado como México, más de 50 mil millones de dólares, aunque desde luego al precio de controlar su economía también como nunca antes.

INTERNACIONALIZACIÓN DE LA CULTURA

El proceso de internacionalización afecta también el ámbito cultural. Se equivocan quienes piensan que sólo aislándonos preservaremos nuestra identidad cultural, o bien que incluso a riesgo de perderla, tendremos que aceptar pasivamente y como inevitable lo que viene de afuera. La identidad no puede ser vista como invariable y sólo ligada a ciertas tradiciones y viejas maneras de ser, y tampoco concebirse como mera imitación de lo ajeno y renuncia a valores propios fundamentales. En rigor es en el cambio, y en la medida en que se sea capaz de responder a nuevas exigencias, donde se fortalece y afirma la identidad.

Dada la multiplicidad y eficacia de los medios de difusión, actualmente es muy difícil, y a veces hasta imposible, permanecer al margen de ellos y sus mensajes. La prensa escrita, en particular ciertas publicaciones que tienen gran circulación internacional, y sobre todo la televisión, influyen en las modas, los patrones de consumo e incluso de comportamiento de millones de personas. Abierta y subliminalmente se presenta el *american way of life* como el "modelo" de una vida sana, libre, democrática, próspera y feliz, en que el convencional *happy ending* típico de las películas norteamericanas no es un dato secundario ni menos incidental, sino la expresión de una condición privilegiada y una manera de ser y de pensar, a la que todos pueden aspirar y lograr. Desde luego lo que viene de otros países suele ser aceptable, útil, digno de conocerse y enriquecedor; lo lamentable es que en actitud "malinchista" y débil se vea lo ajeno como algo siempre mejor a lo propio, o que, por prejuicios o ignorancia se caiga, a la inversa, en posiciones chovinistas y se menosprecie y aun desprecie todo lo que no sea o consideremos "nuestro".

El desarrollo en general, y probablemente sobre todo el desarrollo cultural, supone conjugar esfuerzos y ver el proceso desde diferentes perspectivas; no obstante es común que quienes trabajan en la política subestimen lo cultural, y que quienes lo hacen en frente de la cultura crean que la política es algo ajeno y sin impor-

tancia; cuando, en realidad una y otra podrían apoyarse mutuamente y, de esa manera, enriquecerse. El desarrollo cultural considera, además, el intercambio, el conocimiento de otras experiencias y formas de vida; de ahí que, por ejemplo, el trabajo migratorio que lleva a numerosas personas a otros países, si bien en muchos casos contribuye a la pérdida de identidad, en otros es una rica fuente de enseñanzas que elevan la preparación y capacitan para acometer tareas que antes habría sido imposible realizar, y a la vez es un nuevo elemento que vuelve más difícil cohesionar a las sociedades en las que se inserta y cuya diversidad condiciona el proceso de fusión e integración cultural.

Aceptando que el avance cultural no se da en forma aislada ni trabajando exclusivamente en ciertas áreas, sino que es fruto de la interacción y a menudo del esfuerzo conjunto y la cooperación, lo que es peligroso y difícil de combatir —e incluso de identificar— son ciertos supuestos "aportes culturales" que se enaltecen como importantes valores y principios que debieran guiar nuestra vida, y que en realidad son en gran parte expresiones de una ideología que responde a concepciones e intereses de los grupos dominantes de los países más poderosos, y en buena medida de Estados Unidos.

Esa ideología no debiera menospreciarse porque incluso sus aspectos más débiles y aun más burdos, gracias a una publicidad profesional masiva que los repite en forma dogmática una y otra vez, llegan a aceptarse como verdades incuestionables. Y si bien hacer lo que esa propaganda sugiere suele ser empobrecedor y perjudicial, y desde luego no conducir a donde se dice, lo peor es que tal ideología asegura que lo que defiende es incluso no sólo lo mejor sino lo único viable. Decimos que esto es lo peor porque cuando ello se acepta, es decir, cuando se piensa que realmente no hay alternativa, de hecho se acepta lo que pasa como algo inevitable y se renuncia a acciones que podrían contribuir a cambiar y mejorar las cosas, y se cae en una u otra forma de derrotismo.

Influir de manera deliberada en el proceso cultural es todo menos fácil. Algunos ven lo cultural como algo siempre secundario y otros, en cambio, exageran su importancia y hacen gala de un "cul-

turalismo", que en realidad entraña una desviación y un enfoque reduccionista. La dificultad probablemente obedece a la complejidad del fenómeno cultural y la diversidad de situaciones que en él se registran y en muchos casos entrelazan. Ante la imposibilidad de examinar aquí, e incluso de hacer referencia a algunas de ellas, me limitaré a llamar la atención del lector sobre unas cuantas cuestiones.

Con frecuencia se reconoce que la integración regional es en nuestros días condición del desarrollo, y que uno de sus más ricos elementos es la integración cultural; pero, a la vez ésta queda en segundo plano y el potencial cultural se desaprovecha. Con frecuencia, asimismo, cuando se repara en ciertos problemas sociales y políticos, aun mencionando lo cultural, en realidad no se toma debidamente en cuenta. Cuando se reconoce convencionalmente la importancia de la internacionalización de la cultura, a menudo no se comprende que éste es un proceso profundamente desigual, que más que interdependencia expresa dominación y dependencia, que resultan ser tenaces obstáculos al desarrollo cultural.

Otra dificultad consiste en que ciertos fenómenos se relacionan estrechamente, sin que entre ellos sea fácil lograr un equilibrio. Por ejemplo los derechos individuales y sociales, pues unos y otros son importantes y debieran de un lado ejercerse libremente y aun complementarse, y del otro respetarse. En la práctica, sin embargo, su eslabonamiento plantea serios problemas, de ahí que lo habitual sea que sólo se repare, y ello incluso casi siempre de manera parcial, en unos u otros, de preferencia en los derechos individuales. El que se preste especial atención a éstos no es casual. Expresa, en realidad, un individualismo que suele acentuarse en ciertos segmentos de las capas medias y altas, así como entre intelectuales de formación liberal. Lo que tales personas parecen pensar es que si ellas disfrutan de ciertas libertades individuales, las cosas son democráticas. De no ser así, la inconformidad será cada vez mayor y podría volverse explosiva; y a lo que desde esa posición con frecuencia no se presta la debida atención es a las desigualdades sociales y de género, es decir, a que la mayor parte de la gente no disfruta de dichas libertades ni puede ejercer incluso derechos humanos esenciales, y que,

en su mayoría, la mujer sigue en posición subordinada, sometida a la incomprensión, el machismo y la discriminación, sin que se le reconozca su valioso aporte cotidiano a la tarea cultural.

La defensa de ciertos derechos y libertades individuales, por otra parte, se manifiesta en ocasiones como rechazo a la reglamentación excesiva y al burocratismo. Y al menos en ese sentido se acerca a la "desregulación" que promueven las políticas neoliberales; "desregulación", sin embargo, que en muchos casos representa una menor intervención del Estado en ciertos campos y actividades, mas no una real desburocratización que aligere y facilite los múltiples, y con frecuencia pesados, lentos trámites que los ciudadanos comunes y corrientes deben hacer. Algo similar acontece en cuanto a la relación entre la sociedad política y la sociedad civil, pues o bien se subraya la importancia especial de la primera, o, cosa que hoy se advierte a menudo, se sugiere que es la sociedad civil —y a veces una sociedad abstracta y desdibujada— más que el Estado y las organizaciones propiamente políticas, la única que puede resolver ciertos problemas.

Incluso la relación entre el Estado, los partidos, otras organizaciones y los ciudadanos plantea múltiples problemas, y deja ver que conjugar esfuerzos para atacar y tratar de resolver problemas comunes es algo no sólo difícil, sino que usualmente se ignora o en torno a lo que hay todavía muy bajos niveles de comprensión y de conciencia. Aun sobre asuntos como el papel del nacionalismo y aspectos fundamentales de una transformación cultural, se advierten opiniones muy diversas, que entre otras cosas dan cuenta de la complejidad del proceso. Por ejemplo, a propósito del nacionalismo habría que comprender que, si bien ciertas posiciones estrechas son negativas, aquéllas que a partir de lo nacional y el rescate de indudables valores intentan fortalecer la lucha por la independencia y la liberación, pueden ser no sólo positivas sino necesarias. Y lo mismo podría decirse acerca de las condiciones de una profunda transformación cultural, la que desde luego no se daría aislada, parcialmente y sin una estrecha y contradictoria relación con los cambios en la economía y la política, lo que obliga a forjar estrategias de conjunto y de largo alcance.

En fin, a menudo se tiende a pensar que la lucha de clases ha sido superada y entonces no se ve su influencia en el proceso cultural, y en ocasiones, además, la reflexión sobre la cultura se "intelectualiza", tendiendo a menospreciar aspectos sencillos pero muy importantes de la vida cotidiana, y el hecho de que en algunos sectores de la población, en vez del optimismo y la confianza en el futuro de otras épocas, parece prevalecer la incertidumbre, el escepticismo, la inseguridad y el temor a una sociedad inestable, violenta y peligrosa, a la que en realidad nadie sabe cómo enfrentarse.

De los temas tratados en el primer capítulo faltaría solamente volver sobre los dos últimos apartados, relativos, uno al proceso visto en conjunto, y el otro a la internacionalización de la crisis y el descontento. Pero como ambos recogen ya algunas de mis opiniones, para no extender más este texto, invito a quien se interese en dichos temas, a que tenga presente estas palabras.

Sobre la globalización

El concepto "globalización" tiene una fuerte carga ideológica, una carga tal que algunos consideran que, en rigor, es sólo ideología. Dos versiones que sin duda contribuyen a que se piense así son, por un lado, la que apologéticamente ve la globalización como el remedio a todos los problemas y la condición de un progreso y armonía universales; y por el otro la que sostiene que se trata de una sonora y vistosa palabra, pues si bien se habla de múltiples cambios lo cierto es que las cosas siguen igual que antes, y los cambios, o no están presentes o carecen de significación. Y una opinión similar a las anteriores, igualmente infundada e inaceptable, es la que identifica la globalización con la política neoliberal y atribuye a aquélla las fallas, errores, desviaciones e intereses que caracterizan a ésta.

Para mí, la globalización es un hecho real que expresa la tendencia histórica hacia una cada vez mayor internacionalización. No es un fenómeno exclusivo de nuestros días ni algo ya realizado plenamente, sino un proceso en desarrollo que se vincula y en buena

medida responde y exhibe la expansión del capitalismo y su proyección global, y que, sobre todo en los últimos dos o tres decenios, se intensifica y tiene como hecho central subyacente la mundialización del capital.

La globalización no es irreversible ni tampoco un proceso que deba necesariamente desenvolverse en la forma en que hoy lo hace. Como vimos ya respecto de la internacionalización, nada hay que predetermine su curso, que en realidad exhibe altibajas, desvíos y tanto periodos en que se intensifica y acelera, como otros en que pierde impulso, se debilita y aun retrocede. Lo mismo acontece con la globalización, que por otra parte no resulta desde luego del libre comercio y el mercado libre, sino que fundamentalmente se realiza, por cierto con gran desigualdad, acentuada polarización y profundas contradicciones, bajo la influencia del oligopolio. En parte debido a esto último, la globalización incluye a las grandes empresas trasnacionales; pero a la vez las desborda y tiene entre sus principales caracteres un alto nivel de interconexiones de todo orden.

La globalización no se limita a la economía, aunque tampoco cubre campos tan amplios como la internacionalización. Por darse en realidad a muy altos niveles y requerir importantes cambios previos en la ciencia, la tecnología y la organización del proceso productivo, se registra en ámbitos más reducidos. En la economía en particular, adquiere su mayor intensidad en los mercados financieros globales, y también es cada vez mayor en la reestructuración y relocalización internacional de la producción.

Las formas de organización actualmente dominantes no son las tradicionales. Lo que antes fueron pesadas estructuras jerárquicas, con muy altos grados de integración vertical, se han aligerado, horizontalizado y descentralizado en su operación. La organización en redes es una nueva modalidad que amplía las posibilidades de operación y que, como las alianzas y la política de fusiones y adquisiciones de empresas ya constituidas, refuerza a la vez el oligopolio. Las nuevas tecnologías de la información, sobre todo cuando se incorporan a organizaciones ya reestructuradas, elevan la eficiencia, aumentan la productividad y facilitan la globalización. Pero los

avances en la información y el conocimiento dejan ver también rezagos, insuficiencias y fallas.

En la globalización, como antes dije, influye la mundialización del capital, esto es, la cada vez mayor extensión geográfica y a la vez profundidad o intensidad de las relaciones de producción capitalistas. La geografía, y por tanto el espacio territorial, siguen teniendo importancia, pero el de flujos adquiere cada vez mayor celeridad y modifica las nociones de espacio y tiempo.

Las ciencias sociales y en particular la ciencia política giraron tradicionalmente alrededor de lo nacional. Sería exagerado sostener que todo se ha desterritorializado y que por tanto se da hoy más allá de las fronteras nacionales de cada país. Lo que sin embargo sí parece cierto es que estamos frente a un desplazamiento de las relaciones sociales, y éstas se desenvuelven ya no sólo o siquiera propiamente en el ámbito nacional, sino en nuevos, más vastos e inestables escenarios.

La relación entre lo nacional y lo global es compleja. Con frecuencia se sugiere que el nacionalismo se opone y aun entraña un obstáculo a la globalización, y no se advierte que, sobre todo los más poderosos Estados nacionales influyen en ella. A nuestro juicio no es cierto que el Estado-nación sea cada vez más débil, que sea del todo incapaz de realizar ciertas acciones regulatorias y que incluso esté en vías de desaparecer. Lo que en cambio sí es cierto es que el Estado no es una entidad invariable, sino que, como toda categoría histórica, cambia continuamente. Y lo que sin duda influye en la capacidad de acción del Estado y el carácter y orientación de su política es su composición social, y la medida en que sus decisiones fundamentales expresan intereses de los grupos dominantes o de la mayoría de la población, si ésta participa realmente en la toma de esas decisiones.

El hecho de que ningún Estado pueda hoy resolver sus más grandes problemas aislado, sino que debe integrarse y conjugar esfuerzos con otros, lejos de mostrar que la soberanía nacional ha dejado de existir, comprueba que ésta —y ello valdría para otros derechos—, sólo puede ejercerse y defenderse de nuevas maneras a partir de acciones de alcance internacional.

Lo global no significa que hoy todo sea necesariamente mundial. Incluso a menudo se recuerda que, en realidad, todavía son pocas las grandes empresas realmente globales. Aun así y reconociendo que en el proceso ejercen gran influencia los países industriales más desarrollados y los grupos empresariales, considero que sería un error pensar que más que globalización, o en lugar de ella, lo que hay es sólo "triadización" —presencia de los tres grandes bloques económicos— y "trasnacionalización".

Otro aspecto importante de la globalización consiste en que, a diferencia de lo ocurrido en etapas históricas previas, en las que casi siempre se pensó en términos parciales, el reparar en lo global supone no sólo ver las partes y sus interrelaciones sino la totalidad, esto es, la dimensión de ciertos fenómenos en su conjunto. Y ello entraña un avance y una perspectiva de análisis más adecuada para comprender la fase que recorremos.

El que la globalización tenga como hecho subyacente principal la mundialización de ciertas relaciones sociales y fundamentalmente del capital no significa que ello contribuya a una interdependencia igualitaria de lo que antes fue diferente y desigual. Nada de eso. La globalización no sólo deja en pie, sino que acentúa la desigualdad, la dominación y la dependencia. La cada vez mayor desigualdad se acompaña y aun trae consigo una también mayor inestabilidad, que no es ajena a las políticas neoliberales en boga.

Los cambios que caracterizan a la globalización son de muy diversa naturaleza y alcance, desde luego no son neutrales, y por lo tanto, lejos de que satisfagan a todos en todas partes, mientras algunos los aceptan y aun defienden con entusiasmo porque responden a sus intereses, otros los ven con reservas, desconfianza y hostilidad, porque derivan en condiciones de trabajo y de vida cada vez más desfavorables para ellos. En otras palabras, mientras que para unos la globalización es oportunidades de ganar más dinero y de fortalecer sus posiciones en el sistema bancario-financiero, en la producción y los mercados, para otros, en cambio, la globalización quiere decir globalización del desempleo, del subempleo, de bajos salarios reales y centenares y aun miles de millones de seres huma-

nos que van quedando fuera no del sistema, sino de sus principales actividades y los beneficios que ellas puedan generar.

La globalización no se da, como algunos creen, sólo bajo las políticas neoliberales. Aun sin haber acuerdo acerca de cuándo se inicia, o en otras palabras cuándo la internacionalización apunta ya claramente hacia lo global, al parecer ese desplazamiento se produce desde los años sesenta, antes de que el neoliberalismo se generalice.

Más que obstáculos a la globalización, las zonas de libre comercio y los procesos de regionalización son momentos del proceso y, a la vez, expresión de su desigualdad y contradicciones.

Si bien algunos consideran que la desregulación contribuye a simplificar y desburocratizar la administración pública y el funcionamiento de los gobiernos, lo cierto es que la burocratización prevalece, y las formas dominantes de administración siguen siendo rígidas y reclaman con frecuencia pesados y lentos trámites y enorme papeleo. En cambio, la globalización y en particular la reestructuración que subyace a ella sí contribuyen a cambiar y flexibilizar viejas estructuras organizativas.

Curiosamente, aunque los defensores de la globalización la suponen socialmente armonizadora y capaz de crear una verdadera interdependencia, acaso ahora más que nunca dominen la incertidumbre, la dependencia y la inestabilidad; y quienes creen que actualmente no hay ya una lucha de clases se desentienden de la realidad, y dan por inexistente lo que, en todo caso, se da bajo otras condiciones y expresa de nuevas maneras.

La globalización, en fin, no acaba desde luego con el capitalismo ni lo sustituye por otro sistema; pero sí modifica su funcionamiento, y a la vez, éste influye sobre ella. De esta relación, sin embargo, nos ocuparemos más adelante.

En resumen:

—la globalización no es un hecho acabado o concluido, sino un proceso en desarrollo que se desenvuelve inestable, contradictoria y desigualmente;

—podría aceptarse que se inicia desde siglos atrás; pero yo creo que se entiende mejor si se le ve como un proceso de inter-

nacionalización, que a partir de un momento dado empieza a ser una globalización o mundialización propiamente dicha;

—para algunos autores comienza en los años sesenta, y para otros en los setenta, ochenta y aun noventa. Pues bien, en mi opinión arranca desde la década de los sesenta y cobra creciente impulso de ahí a nuestros días;

—entre sus rasgos acaso más significativos cabría apuntar: entraña un alto nivel de internacionalización, que entre otras cosas modifica la relación entre lo nacional y lo internacional; se relaciona estrechamente, aunque a la vez de manera desigual, con un gran avance científico-tecnológico; se expresa en una reestructuración de la producción, de la economía y de otros aspectos de la vida social y cultural; trae consigo cambios importantes en el proceso de acumulación de capital: por ejemplo, aumenta a una escala sin precedentes y sin relación directa con la producción el capital-dinero, cobra creciente significación la inversión privada, sobre todo extranjera, y la inversión financiera, en buena parte a menudo improductiva; se acelera el ritmo o velocidad de múltiples fenómenos; se registran interconexiones que en buena parte hacen posible el progreso de las telecomunicaciones y la tecnología de la información; la globalización supone cambios cuantitativos y cualitativos que se relacionan entre sí de nuevas maneras y tiene probablemente como su principal rasgo el de la mundialización del capital. Y todo ello altera el viejo cuadro de contradicciones, modifica el alcance y significado de numerosos conceptos y desborda los marcos en que la ciencia social explicaba el desarrollo de la sociedad, lo que pone en crisis a dicha ciencia;

—entre las relaciones y conceptos que la globalización modifica podrían mencionarse el espacio-tiempo, el capital-trabajo, Estado-sociedad y Estado-mercado, gobierno y empresa privada, soberanía y dependencia, integración y desintegración, libertad y control, proteccionismo y libre comercio, empleo y desempleo, nación y región y estructuras económicas y políticas. El solo nivel, antes nunca alcanzado, de mundia-

lización del capital entraña una nueva y compleja situación histórica que obliga a reformular y poner al día el instrumental analítico con que se trabaja para entender el mundo de hoy, su proyección hacia el futuro y la dirección en que se desenvuelve.

El neoliberalismo

La primera duda que me suscita el discurso dominante sobre el neoliberalismo consiste en que no creo que se trate de un "modelo", sino de una política y, sobre todo, de una ideología conservadora. Pienso así porque si bien las doctrinas y políticas neoliberales exhiben ciertos rasgos análogos, a la vez no es difícil comprobar que difieren en múltiples aspectos, y que se expresan de maneras diferentes en el curso del tiempo. Sería del todo simplista y erróneo pensar que el neoliberalismo de los países escandinavos o de Japón, Corea del Sur o la India es el mismo que el de Francia, Brasil o los Estados Unidos.

Un segundo motivo de duda es que lo que dicen los neoliberales no corresponde a lo que se hace realmente, y una tercera cuestión de interés es que, en un primer momento, el neoliberalismo constituye una respuesta a la crisis que se inicia desde fines de los años sesenta, y posteriormente es más bien una de las causas de los desajustes, sobre todo financieros, de fines de los años noventa.

Tampoco estoy de acuerdo en que el neoliberalismo se vea como repetición mecánica de la vieja política de "dejar hacer, dejar pasar" como un absoluto antiestatismo o una política que se asocia y aun identifica con el libre comercio, sin reparar en que la libertad que más le interesa es la del gran capital. Lo cierto es que aun en la versión de la señora Thatcher y otras de fines de los años setenta, a la vez que reitera ciertas posiciones derechistas, el neoliberalismo introduce también nuevos elementos —podría decirse "tácticos"—, para lograr el apoyo en sectores amplios de la población. Por otra parte, si bien el viejo intervencionismo queda atrás, el Estado interviene activamente de nuevas maneras, y en cuanto a que el libre comer-

cio neoliberal asegure una competencia casi perfecta, la verdad es que la competencia sigue siendo imperfecta e incluso monopolista u oligopolista y que, aun contribuyendo a aumentar la tasa de ganancia, el neoliberalismo no logra que la inversión y la economía se desenvuelvan establemente y con mayor rapidez.

Además es inaceptable la posición estrecha y dogmática —que caracterizó por ejemplo a Margaret Thatcher— de que la política neoliberal no tenga alternativa, y los hechos recientes, es decir lo ocurrido después del auge neoliberal, lo demuestran.

No estoy de acuerdo, adicionalmente, con que las condiciones económicas actuales, en particular en los países más desarrollados, correspondan a las que Smith y Ricardo tuvieron presentes, y aun sirvieron de base a sus explicaciones teóricas. Como ya señalé en otros pasajes, la economía de dichos países no es de pequeños productores que tengan que someterse a las fuerzas del mercado, sino de poderosos y aun gigantescos consorcios que no dependen ya de manos invisibles, sino de su cada vez más visible intervención. Tampoco es cierto que los factores de producción —como en el análisis clásico— no tengan movilidad. Hoy día no sólo los capitales y la tecnología se desplazan incluso a sitios muy lejanos —y en los mercados financieros lo hacen con una celeridad sin precedente—, sino que la propia fuerza de trabajo, pese a restricciones de diverso orden y a riesgos que suelen poner en peligro la libertad y aun la vida de los trabajadores, emigra de unos países a otros.

Ello significa que los actuales mercados no son ya aquéllos que, según Adam Smith, asignan mejor y de manera más racional los recursos productivos, ni que corrijan en forma natural y automática sus desajustes, sino unos en los que el fantasma de la sobreproducción vuelve a estar presente.

En mi opinión, por otra parte, es inexacto que las políticas proteccionistas sean necesariamente negativas y perjudiciales, porque si así fuera los países industriales más avanzados no habrían recurrido a una u otra forma de proteccionismo. Como tampoco es cierto que la liberalización, y en particular la apertura indiscriminada, sean benéficas para todos. Bajo estas simplificaciones hay en realidad una más, según la cual la competencia lleva al aumento de la pro-

ductividad, a una mayor libertad y al mejoramiento de los salarios, aunque en la práctica ocurre a menudo lo contrario, que la libertad se restringe debido al peso del capital, y los salarios se reducen. Y lo que con frecuencia acompaña a todo ello es un costo social muy alto. Por todo ello no deja de ser significativo que los defensores neoclásicos de las modas neoliberales olviden las certeras y aun vigentes críticas al libre comercio hechas por economistas de la talla de Keynes, Joan Robinson y Karl Polanyi.

A propósito del libre comercio y las políticas neoliberales, otro aspecto que es preciso aclarar es el de la desregulación. Dado el exceso de reglamentaciones burocráticas que con frecuencia se padecen, es comprensible que la idea de reducirlas sea bien recibida por muchos; a lo que cabría añadir que, como algunos mecanismos de regulación se han vuelto ineficaces, es fácil pensar que el prescindir de ellos no creará un problema. Pero lo que es inaceptable es que se crea que el mercado dejado a su suerte funciona mejor, o que el Estado nacional no tenga ya la posibilidad de regular, frente a los fenómenos globales que lo rebasan. Aun si se admite que por diversas razones se han limitado las posibilidades de intervención reguladora del Estado, lo cierto es que a menudo acepta no regular no porque no pueda hacerlo, sino porque de esa manera complace a quienes rechazan su intervención. Al respecto podría recordarse lo que ha acontecido con la desregulación bancaria y financiera, al precio de una cada vez mayor inestabilidad, y lo que sucede a menudo en torno a la preservación del ambiente y de ciertos recursos naturales, en donde la desregulación se traduce en un serio deterioro ecológico.

En cuanto a la privatización, se asegura frecuentemente que su razón de ser consiste en que las empresas públicas o estatales funcionan deficientemente, operan con pérdidas o incurren en otras fallas. Desde luego es cierto que el Estado no hace todo bien, lo que, por lo demás, vale para la empresa privada. Pero la privatización responde generalmente a otras causas. Una muy importante, y acaso principal, es que la transferencia de empresas estatales al sector privado, sobre todo cuando se trata de empresas que el Estado

ha contribuido a reorganizar y que se venden a bajos precios, suele ser fuente de pingües ganancias para los compradores. Y ni qué decir cuando, además, entra en juego alguna forma de corrupción que permite hacer negocios ilícitos.

Lo que, en otras palabras, significa que la forma en que la privatización contribuye a elevar la tasa de ganancia suele ser lo más importante. Y ello no sólo se logra de la manera señalada, sino porque al privatizar una empresa pública se puede, aun sin introducir nuevas tecnologías, reducir el número de trabajadores y empleados y, por tanto, los costos salariales. También tiene importancia el que en vez de ser el Estado el que dirija y aun controle ciertas actividades, a menudo realmente estratégicas, sea el capital privado, incluso extranjero, el que lo haga. Lo que explica por qué los empresarios ven la privatización con simpatía, y por qué se oponen a ella con frecuencia los trabajadores.

Lejos de que el libre comercio y las políticas neoliberales signifiquen libertad, democracia, bienestar para todos, y mayores posibilidades de crecimiento, en particular para las pequeñas empresas, ocurre lo contrario: numerosas pequeñas empresas se debilitan, fracasan y aun quiebran, en tanto que las más grandes y poderosas ganan terreno y en general se fortalecen, lo que acentúa la desigualdad.

Ya vimos que la reestructuración económica es uno de los hechos más importantes de los últimos decenios. Pues bien, ciertos procesos de reestructuración son importantes y entrañan avances; pero los programas de ajuste estructural impuestos por el Banco Mundial y otros organismos financieros internacionales en años recientes a países subdesarrollados y fuertemente endeudados no son, en modo alguno, la solución a los problemas de esos países. En realidad dichos programas significaron en un momento dado, más que una afluencia neta de recursos financieros de las naciones ricas a los pobres, el que éstas, para satisfacer a sus exigentes acreedores internacionales, se descapitalizaran y, dada la presión desfavorable sobre la demanda interna, aun cayeran en el estancamiento.

Y en lo que hace a la relación de las políticas neoliberales y el mercado libre con la libertad y la democracia, a la luz de la expe-

riencia cabría más bien pensar que lo que significa es autoritarismo y antidemocracia. Los términos en que ha empezado a operar la Organización Mundial de Comercio, y sobre todo las ideas a partir de las cuales comenzó a elaborarse el Acuerdo Multilateral de Inversiones —que aún no estando aprobado es revelador de la dirección en que las fuerzas más conservadoras intentan actuar— confirma que, concretamente este último entraña la violación de preceptos constitucionales e incluso de principios democráticos y la intervención en los asuntos internos de otros países, contra la esencia misma del derecho de autodeterminación.

GLOBALIZACIÓN Y CAPITALISMO

El tema y la relación entre globalización y capitalismo, con cuyo examen concluiremos, son no sólo importantes sino fundamentales. No volveré aquí sobre aspectos de la globalización de los que ya nos ocupamos. Y antes de reparar en el capitalismo y sus cambios, expresaré que es necesario reconocer la creciente significación de los procesos y problemas globales, lo que supone no verlos aislados y en planos abstractos, sino estrechamente ligados a los hechos que más influyen sobre la realidad; y así como la globalización no lleva a la estabilidad y la armonía, tampoco parece cierto que, bajo ella, lo pequeño tienda a fortalecerse y lo grande a perder significación.

Una seria limitación de ciertos análisis que separan la globalización del capitalismo, o la consideran como el hecho central, consiste en que vuelven muy difícil comprender lo que acontece y en particular los cambios que explican la dinámica central del proceso de transformación. Por ejemplo, aun aceptando que la información y el conocimiento adquieren cada vez mayor importancia, ello no significa que el capital y el trabajo pierdan significación y pasen a un segundo plano.

Dije ya que no comparto la opinión de que la sociedad actual sea postcapitalista. Tampoco participo de la idea de que la creciente importancia de los inversionistas institucionales signifique que

el actual sea un capitalismo sin capitalistas, y me parece asimismo inaceptable que se considere que la internacionalización de fines del siglo XIX y principios del XX, supera a la mundialización que hoy presenciamos. El solo alcance de ésta es un nuevo hecho histórico que da al capitalismo de nuestros días un carácter singular, que lo distingue de los previos. Pero los cambios pueden advertirse desde otras perspectivas. Por ejemplo, si se repara en el proceso de acumulación de capital se observa que:

—la larga fase de expansión que sigue a la Segunda Guerra Mundial —"la época de oro"— concluye hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta, cuando declina la tasa de ganancia en los principales países industriales;

—la caída de la rentabilidad del capital trae consigo una sensible baja en las tasas de inversión. En particular disminuyen la inversión productiva y el ahorro interno, lo que algunos países tratan de compensar con una creciente deuda interna y sobre todo externa;

—el intento de sostener tasas de crecimiento relativamente altas, a partir de gastos públicos y privados deficitarios y de medidas de diversa naturaleza que contribuyen a elevar los precios, crea una nueva y difícil situación, en la que a menudo se entrelazan el lento crecimiento y aun el estancamiento de la economía con una severa inflación;

—la introducción de nuevas tecnologías que ahorran trabajo, la reorganización de las empresas y del proceso productivo y la generalización de métodos que reducen insumos y costos alteran el monto y composición de los activos, disminuyendo en general los fijos y aumentando la importancia relativa de los de corto plazo y más rápida rotación;

—lo anterior se traduce en menor duración de ciertas máquinas, equipos y otros activos y se expresa en tasas más altas de depreciación que afectan, en particular, la inversión neta;

—esos mismos hechos influyen en un aumento de productividad que —contra lo que postula la economía neoclásica—, lejos de verse acompañado de mayores salarios reales, se combina con una sustancial baja de éstos y creciente desempleo;

—bajo la influencia de la globalización y de las políticas neoliberales se reduce sobre todo la inversión pública y tiende a aumentar la privada, especialmente la inversión extranjera procedente de algunos de los principales países industriales;

—vista en conjunto y reparando en su destino más que en su origen, la inversión productiva declina, en tanto que la financiera, improductiva y a menudo especulativa aumenta, lo que genera mayor inestabilidad;

—el aumento sin precedente del capital-dinero, sin una relación directa con la producción y el capital productivo, deja ver que la órbita financiera se mueve actualmente con creciente autonomía, lo que vuelve más difícil su regulación y control;

—el exceso de inversión financiera limita y aun perjudica la producción; en otras palabras, reduce la parte del excedente que se utiliza con fines productivos; pero como al mismo tiempo sigue habiendo capacidad ociosa y sobreproducción de ciertos bienes y servicios, la valorización del capital en la esfera financiera abre posibilidades de aplicación rentable del capital, y contribuye a elevar la tasa de ganancia y, en ciertas condiciones, incluso el crecimiento económico;

—en otros momentos se pensó que el aumento de la tasa de beneficio favorecía y pronto se expresaba en mayor inversión y más producción e ingreso. En el capitalismo actual ello a menudo no es así, probablemente porque las políticas neoliberales, aun aumentando el ingreso de una minoría privilegiada, afectan negativamente la demanda en su conjunto y, sobre todo, los ingresos reales de la población trabajadora, lo que se traduce en un descenso de la productividad marginal del capital, o sea de la relación producto-capital;

—a consecuencia de todo lo anterior, pese al gran avance científico-tecnológico y a la significativa modernización en ciertos campos —como ocurre por ejemplo en las telecomunicaciones y la tecnología de la información— la demanda de fuerza de trabajo e incluso de capital fijo no sólo no aumenta a un ritmo satisfactorio capaz de dinamizar la economía, sino que

tiende a ser menor. Por ello es comprensible que persista la crisis de sobreacumulación y que dados los altos, inflados y artificiales precios de múltiples acciones en los mercados de valores, no se descarte el peligro de su desplome e incluso de una depresión más severa y profunda que todas las anteriores.

Ahora bien, cuando se habla de cambios del capitalismo, no es fácil apreciar su dimensión real y la medida en que alteran el curso y los caracteres fundamentales del proceso. Algunos, aceptando que las cosas no son hoy las mismas que antes, sostienen que tampoco exhiben cambios de tal magnitud o naturaleza que entrañen quiebres profundos que abran una nueva fase. En todo caso, dicen, son cambios cuantitativos que no modifican cualitativamente la organización de la economía y de la sociedad. Otros, como ya vimos en un capítulo anterior, aseguran que estamos ante situaciones históricamente nuevas, y aun cuando no hay acuerdo acerca de cuándo y cómo surgen tales situaciones, fases o etapas, piensan que están presentes y que su comprensión es necesaria para hacer frente a los problemas que plantean.

¿A qué clase de cambios se refieren usualmente tales autores? Entre otros, a situaciones que afectan el avance científico-tecnológico, las fuerzas productivas y las relaciones de producción; a la acción de ciertas leyes; a la influencia del capital monopolista u oligopolista, al capital corporativo internacional o trasnacional y a la multiplicación sin precedente de las empresas trasnacionales; al cada vez mayor nivel de integración regional y global del sistema; a los cambios que afectan, en particular, a la fuerza laboral y el mercado de trabajo; a la creciente inestabilidad y la importancia de fenómenos extraeconómicos como la inseguridad y la violencia, a que el capitalismo actual es un capitalismo "turbulento" e "incontrolado", ya que estamos frente a un nuevo orden o incluso "desorden" mundial; a que el capitalismo se ha universalizado por primera vez en la historia, lo que altera y para algunos agrava sus contradicciones; al nuevo papel del Estado y aun a que el Estado-nación llega a su fin; a que el imperialismo es hoy muy diferente del de hace un siglo, a

que el capital financiero opera de nuevas maneras y a una escala y velocidad sin precedente, e incluso a que la fase actual de capitalismo es, en realidad, postimperialista.

¿UNA NUEVA FASE DEL CAPITALISMO?

Cuando se sostiene, concretamente, que estamos frente a una nueva fase del desarrollo histórico, no pocos autores reconocen que si bien lo viejo está quedando atrás, aún no es claro qué es lo nuevo y en qué dirección se desenvuelve. Y lo que se advierte más fácilmente es que no hay acuerdo acerca de cuándo y cómo se abre esa nueva fase. Inclusive un mismo autor suele preguntarse si se inicia en años muy recientes, hace ya bastante tiempo o en un pasado remoto, lo que quiere decir que los hechos en que se repara como determinantes del cambio suelen ser, a veces, muy diferentes.

El que no haya acuerdo en torno a cuándo se inicia lo que se considera una nueva fase o etapa del desarrollo no invalida el intento de periodizar. A quienes reclaman mayor precisión podría recordárseles lo que escribía Marx: "entre las diversas épocas de la historia social no es posible tirar líneas abstractas más definidas y exactas que entre las eras de la historia geológica".[2] O sea que el que se difiera en la ubicación de ciertos hechos no significa que éstos no hayan estado presentes y aun ejercido la influencia que se les imputa. A menudo se discute si algunos fueron más importantes que otros. Y ello aunque legítimo no supone que, por fuerza, tenga que elegirse a uno o varios de ellos, como si fueran excluyentes. Lo que ocurre con frecuencia es que incluso todos pueden tener mayor o menor significación, y que por tanto es pertinente considerarlos.

Algo similar acontece cuando se afirma que lo que realmente importa son los cambios cualitativos y no los cuantitativos, pues si bien ello suena lógico, en la práctica no es fácil establecer cuándo se trata de unos o de otros, y en particular, cómo un cambio de cantidad se convierte en uno propiamente cualitativo. No es fácil tal cosa

porque la extensión, la escala, profundidad y celeridad con que un fenómeno se desenvuelve influyen desigualmente y de maneras complejas.

Incluso es difícil saber cuándo un cambio es de fondo y, digamos, estructural, y cuándo secundario. Por ejemplo cabría preguntar: ¿de qué naturaleza son aquéllos que afectan no sólo a la producción o incluso al conjunto de las fuerzas productivas, sino a las relaciones de producción y al proceso de acumulación de capital? Dos breves referencias a escritos de Marx podrían ayudarnos a encontrar la respuesta.

Dice Marx que al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción y al cambiar el modo de producción, la manera de ganar su vida, cambian todas sus relaciones sociales. Y añade que cuando se habla de estas relaciones no se alude, desde luego, a conexiones o modalidades propias de determinados procesos productivos, a algo parcial o fragmentario. "Las relaciones de producción de cualquier sociedad forman un todo."[3] En otra de sus obras, Marx y Engels hacen notar que "la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar constantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente las relaciones de producción y todas las relaciones sociales".[4]

De lo anterior podrían desprenderse dos ideas, y en cierto modo dos conclusiones importantes y a la vez bien distintas. Una, que las relaciones y el modo mismo de producción capitalistas están sujetos a frecuentes y aun continuos cambios, (y, a propósito, acaso un error en ciertos análisis de orientación marxista ha consistido en ver a las relaciones de producción más como un obstáculo a la expansión de las fuerzas productivas, que como una variable sujeta a múltiples cambios, y que por ello puede contribuir no sólo a estorbar el desarrollo, sino también a suavizar ciertas contradicciones e impulsar el crecimiento económico). Y otra, que sin embargo no sería correcto pensar que cada vez que cambian las relaciones de producción se entra en una nueva fase o etapa. Parecería más bien que esto acontece cuando el cambio o transformación tiene cierta magnitud o profundidad. Lo cual quiere decir que, si bien el capi-

talismo sigue siendo capitalismo, quedarnos ahí no nos permitiría saber qué ha cambiado, qué no, y dónde estamos actualmente.

Para saberlo puede ser útil recordar las condiciones imperantes, en un momento dado, y actualmente. Hoy no sería difícil comprobar que aquello que autores como Hobson, Hilferding, Rosa Luxemburgo y otros consideraron más característico del capitalismo de fines del siglo XIX y principios del XX no está ya presente o se ha modificado en gran medida. Pero en las líneas que siguen me limitaré a recordar algunos elementos del planteamiento teórico de Lenin sobre el imperialismo.

Para comprender el imperialismo, Lenin estudia a fondo el desarrollo del capitalismo y presta especial atención a sus principales cambios, tanto en Rusia como en los países económicamente más avanzados. Y al hacerlo, advierte que se abre una nueva fase del capitalismo.

En una conferencia internacional, en 1915, escribe:

"La época del capitalismo relativamente pacífico ha pasado para siempre. El imperialismo significa para la clase obrera una inaudita agudización de la lucha de clases, miseria, desocupación, carestía de la vida, yugo de los trusts, militarismo y, a la par con todo ello, la reacción política se recrudece en todos los países."[5]

Posteriormente, Lenin expresa:

> Somos partidarios de la lucha revolucionaria contra el imperialismo, es decir contra el capitalismo. El imperialismo consiste precisamente en la tendencia de las naciones que oprimen a otras, a ampliar y reforzar esa opresión, a repartir las colonias.[6]
>
> El imperialismo es la etapa superior del desarrollo del capitalismo, recién alcanzada en el siglo XX. Al capitalismo comenzaron a resultarle estrechos los viejos Estados nacionales [...] Ha desarrollado la concentración hasta tal punto, que los sindicatos, *trusts* y asociaciones de capitalistas y multimillonarios se han apoderado de ramas enteras de la industria, y casi todo el globo terrestre ha sido repartido entre estos "señores del capital", o en la forma de colonias o por medio de los miles de hilos de la explotación financiera [...] La libertad de comercio y la libre competencia han sido sustituidas por la tendencia

> hacia el monopolio, a la conquista de territorios para invertir capitales y como fuentes de materias primas [...] ese capitalismo en su etapa imperialista se ha convertido en el más grande opresor de las naciones.[7]

Y en el prólogo a *La economía mundial y el imperialismo*, de Bujarin, señala:

"El problema del imperialismo [es] probablemente el más esencial en la esfera de la ciencia económica que estudia el cambio de las formas del capitalismo en los tiempos modernos."

El imperialismo no es algo anormal; obedece al "desarrollo directo, a la ampliación y continuación de las tendencias más profundas y básicas en el capitalismo y en la producción mercantil en general". Con el imperialismo surge y se consolida el monopolio y asume una posición dominante el capital financiero "particularmente móvil y flexible entrelazado dentro del país y en el orden internacional, en extremo impersonal y separado de la producción directa; se presta a la concentración con facilidad".[8]

A los elementos anteriores podríamos añadir los que Lenin ofrece como los principales rasgos económicos, cuando en forma muy resumida escribe:

> El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de su desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas.[9]

Los hechos principales en que Lenin repara en su análisis seguramente no son idénticos a la forma en que hoy funciona el capitalismo. Pero, sin ir al detalle y conviniendo en que si se tratara de un estudio comparativo, tendrían que apreciarse rigurosamente las diferencias; a mi juicio podría decirse que en el capitalismo actual sigue siendo cierto que la libre competencia cedió ante el monopolio, que éste y el capital financiero son dominantes, que la exportación de capitales es más importante que nunca, que la opresión persiste, y si bien no están presentes ya los viejos imperios colonia-

les y las formas de dominación han cambiado, la inversión extranjera es no sólo internacional, sino cada vez más trasnacional, junto a viejos monopolios han surgido nuevos oligopolios y el número de empresas trasnacionales se ha multiplicado como nunca antes y más que los territorios propiamente dichos, las economías y los mercados del planeta dependen de las grandes potencias capitalistas, o sea que lejos de pensar que la fase monopolista —e imperialista— del capitalismo ha quedado atrás, cabría decir que continúa presente, aunque nuevos hechos y tendencias del desarrollo rebasan el marco histórico en que surgió y en que fue formulada la teoría del imperialismo.

Del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado

En las referencias anteriores sólo recogí de manera muy rápida e incompleta algunos de los planteamientos de Lenin sobre el imperialismo, en lo que podría considerarse su análisis, principalmente económico, hasta la Primera Guerra Mundial. Para entender mejor los cambios del capitalismo y la medida en que afectan la teoría leninista del imperialismo, es preciso ver ésta en su conjunto.

Hacia 1916, y sobre todo en 1917, Lenin repara crecientemente en la influencia de la guerra, en el papel del Estado, en su estrecha relación con el capital monopolista, en las nuevas contradicciones del sistema y, en general en su dinámica más profunda, todo lo cual le permite establecer que el capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado. Esta transformación, que para Lenin es un quiebre histórico, hace que el imperialismo, hasta entonces una fase *superior*, se vuelva, como habría de demostrarlo en la práctica la Revolución de Octubre, la *última* etapa del capitalismo.[10]

"La concentración e internacionalización del capital —dice— asume proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado. Las circunstancias obligan a una serie de países a implantar la regulación social de la producción y de la distribución."

"Antes de la guerra existía el monopolio de los trusts y los consorcios; desde la guerra existe el monopolio de Estado."[11] Más adelante señala que se ha fusionado la fuerza del Estado y los monopolios en "un solo mecanismo, una sola organización".

Como puede observarse, un elemento fundamental de su análisis teórico y de su línea política es que, para él, el CME no es sólo una etapa más del imperialismo, sino la última y la que anuncia la proximidad del socialismo.

Sus palabras no dejan lugar a dudas.

"No cabe término medio. El proceso objetivo del desarrollo es tal, que no es posible avanzar partiendo de los monopolios (cuyo número, papel e importancia han sido decuplicados por la guerra), sin marchar hacia el socialismo [...] No hay término medio."[12]

En otro pasaje, expresa:

"La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria, sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la completa preparación material para el socialismo, la antesala del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio."[13]

Hoy puede sorprender que Lenin pensara así. Pero si se recuerda el contexto en que lo hacía, se entiende por qué consideraba que el CME era la antesala del socialismo, e incluso el inicio de la "era" de la revolución socialista. En vísperas de la Revolución de Octubre no eran pocas las críticas hacia Lenin, por quienes creían que una revolución como ésa no podría triunfar y que el intentarla sólo llevaría a la derrota y a un grave e innecesario retroceso. Los hechos demostraron que ello no era así, y que al menos en Rusia sí tenía validez lo que Lenin reiteraba, porque al revolución se hizo y triunfó.

A ello cabría agregar que, hasta 1918, se pensaba que la revolución se internacionalizaría y que al triunfar los trabajadores en otros países se fortalecería el socialismo. Pero la derrota de la revolución en Hungría y Alemania hizo ver que, en condiciones muy difíciles y agredida por el imperialismo, la revolución soviética tendría que abrirse paso desde un solo país, así fuera éste muy grande y propiamente multinacional.

Aun quienes consideran que el socialismo en la Unión Soviética no fue lo que se esperaba y podría haber sido, probablemente aceptarían que, sobre todo desde fines de los años veinte, el capitalismo se enfrentó por primera vez a un régimen no capitalista y aun anticapitalista, lo que sin duda creó una nueva situación histórica, y que el rápido desarrollo de ese nuevo régimen, incluso bajo la gran depresión de los años treinta, después de la Segunda Guerra Mundial en varios países europeos y con la victoria de la Revolución China, en 1949, cambió la correlación de fuerzas e intensificó la contradicción capitalismo-socialismo, al cobrar éste fuerza en lo que parecía ser un nuevo sistema que se consolidaba e internacionalizaba.

Lenin y otros teóricos consideraron que el imperialismo contribuiría a agravar las contradicciones del capitalismo, y en particular la contradicción fundamental, porque impulsaría la socialización de la producción y concentraría, como nunca antes, la propiedad privada; agravaría también la contradicción capital-trabajo, sobre todo al triunfar la revolución y convertirse en una contradicción nueva y de mayor alcance y profundidad, ahora entre el capitalismo y el socialismo. Y, desde luego, Lenin no pensaba que la revolución socialista podría estallar en cualquier parte, y sin darse ciertas condiciones.

Para un marxista, escribe en "La Bancarrota de la II Internacional", es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, aunque no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. En otro momento señala: "Sólo cuando los 'de abajo' no quieren vivir como antes, y los 'de arriba' no pueden continuar como antes, puede triunfar la revolución: la revolución es imposible sin una crisis nacional general".[14]

Lenin sabía que las condiciones de la revolución rusa serían sumamente penosas debido a que los principales países capitalistas no sólo no tomarían un camino revolucionario, sino que se opondrían abiertamente a ella.

> Si no estamos dispuestos a avanzar arrastrándonos por el fango, entonces no somos revolucionarios sino charlatanes. Y yo propongo esto porque no nos queda otro camino, porque la historia no ha sido suficientemente bondadosa para hacer que la revolución madure en todas partes simultáneamente [...]
>
> Hoy, en nuestro país, nos hallamos apenas en la primera etapa de la transición del capitalismo al socialismo; la violencia acompañará inevitablemente a la bancarrota del capitalismo y esta violencia constituirá todo un periodo de la historia mundial.[15]

Si se repara en lo ocurrido en Rusia, y poco después de la revolución en lo que sería la Unión Soviética, el análisis leninista del imperialismo es con frecuencia corroborado por los hechos. Allí, en efecto, el CME fue la antesala de la revolución socialista y por tanto de un nuevo régimen social. Y, a la vez, lo acontecido décadas más tarde en la propia URSS, e incluso el que ésta terminara desapareciendo, comprueba que, lejos de que el socialismo adquiriera una significación cada vez mayor y terminara siendo el sistema dominante, fue el capitalismo el que, sobre todo en la fase de expansión de la postguerra, logró una nueva y mayor dimensión, se reestructuró económicamente y se fortaleció. Al recapitular sobre los cambios más importantes que el mundo sufrió en los últimos decenios, se aprecia que las cosas no se desenvolvieron como Lenin y otros teóricos del imperialismo esperaban. En efecto:

- —la revolución socialista no se internacionalizó, y sobre todo no estalló en ninguno de los países capitalistas más avanzados;
- —si bien, en un momento dado e incluso durante algunos años, la creciente inversión pública y la cada vez mayor intervención del Estado en la economía suavizaron la contradicción fundamental del capitalismo, lo que llevó a la fusión del Estado y el capital monopolista en "una sola organización", posteriormente el proceso se desenvolvió de una manera diferente y, en más de un aspecto, contraria a lo que se esperaba;
- —por algún tiempo la economía soviética y la de otros países socialistas se desarrolló con rapidez, en general a ritmos superiores a los del capitalismo, y desde los años setenta tanto los países capitalistas como los socialistas crecieron más lenta-

mente; pero en los primeros empezaron a introducirse nuevas tecnologías y formas de organización que hicieron que, mientras la URSS y otros países no capitalistas siguieran dependiendo de viejas estructuras productivas, los países capitalistas más avanzados e incluso algunos en proceso de rápida transición como los nuevos países industriales de Asia se reestructuraran, modernizaran sus economías, y desplazaran el proceso productivo de las actividades tradicionales a múltiples nuevos servicios, las telecomunicaciones y la tecnología de la información;

—en respuesta a la caída de la tasa de ganancia, a tendencias recesivas y a fuertes presiones inflacionarias, los economistas más conservadores, a quienes poco después se conocería como "neoliberales", criticaron la política intervencionista y regulatoria del Estado, la inversión pública y el funcionamiento de las empresas estatales, y reiteradamente sostuvieron que se requería una nueva política que dejara en libertad al mercado, y que hizo del libre comercio, la desregulación y la privatización, sus principales pilares;

—sin duda, la política de "guerra fría", sostenida durante más de cuatro décadas, contribuyó a fortalecer al capitalismo y a debilitar al socialismo; y desde luego, las fallas y errores de la Unión Soviética y otros países del campo socialista influyeron también desfavorablemente sobre la correlación internacional de fuerzas; en ningún momento, sin embargo, se pensó que hacia fines de los años ochenta se estuviera en vísperas de una total derrota de los regímenes políticos de los países socialistas y menos, todavía, que la Unión Soviética estuviera a punto de desplomarse y desaparecer;

—y en cuanto al capitalismo, salvo quizá los más conservadores, en general nadie pensaba que, a fin de reanudar el crecimiento económico interrumpido por la caída de las economías a mediados de los años setenta y en las recesiones posteriores, la desregulación y sobre todo la privatización de empresas estatales crearían nuevas oportunidades de inversión que impulsaran el crecimiento, lo que a la postre ocurrió.

Hasta inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial podía pensarse que la historia se desenvolvía en la dirección que Lenin y otros teóricos del imperialismo anticipaban, esto es, que el socialismo como nuevo sistema social cobraba fuerza y que el desarrollo capitalista tropezaría con crecientes dificultades y obstáculos insuperables. Pero las cosas empezaron a ser diferentes y tomaron otro curso.

Si bien la caída del viejo sistema colonial, los avances y la transformación de las llamadas democracias populares europeas y sobre todo la Revolución China y la liberación de Vietnam del Norte parecían confirmar que se entraba a una era revolucionaria, el capitalismo, lejos de debilitarse y acentuar su descomposición y decadencia, empezó a desarrollarse como nunca antes y a experimentar cambios que contribuyeron a fortalecerlo. Y aun cuando al terminar la guerra no se descartó que pronto reaparecieran los signos de una nueva caída de la actividad económica e incluso de una severa y prolongada depresión como la de los años treinta, el capitalismo norteamericano, en particular, salió fortalecido del conflicto y en condiciones de ayudar a una rápida reconstrucción de Alemania, Europa occidental y Japón, y aun de apoyar al capital monopolista y hacer frente con éxito al peligro de una revolución antifascista, mientras la Unión Soviética y los países de Europa del este, que habían sido los más destruidos tanto en términos de riqueza material como de vidas humanas, carecieron de ayuda y tuvieron que recorrer un camino sumamente difícil.

En perspectiva, ahora es claro que no se esperaba una larga y relativamente estable fase de expansión capitalista. Pero ésta se produjo, sobre todo a partir de los años cincuenta-setenta, y si bien el capitalismo volvió a sufrir serios problemas, tal situación no fue la antesala del socialismo, al que por cierto afectaban problemas inclusive más graves.

El socialismo, lejos de convertirse en el sistema dominante, resultó ser el más débil, y ya bajo la influencia de una nueva crisis y de las políticas neoliberales, si bien el capitalismo creció lenta, desigual e inestablemente, aceleró una reestructuración socialmente

muy costosa y que trajo consigo mayor desempleo, desigualdad y pobreza, a la vez permitió introducir nuevas tecnologías y formas de organización del proceso productivo que elevaron la productividad y fortalecieron sobre todo a poderosas empresas trasnacionales que contribuyeron a globalizar el capital, la producción, el comercio y los mercados financieros, mientras los países socialistas, la mayor parte de los cuales giraba en torno a una Unión Soviética para la que los enormes gastos militares resultaban cada vez más onerosos, permanecieron relativamente aislados y su desarrollo tropezó con grandes dificultades económicas y políticas, a las que acompañó la inconformidad de amplias capas de la población, que consideraban inaceptables los bajos niveles de consumo de numerosos artículos y otras limitaciones, y que reclamaban mayor libertad, una vida democrática y participación ciudadana en la toma de importantes decisiones.

El empeño del gobierno de Gorbachev, de hacer cambios en la URSS que "fortalecieran y democratizaran el socialismo", no tuvo los resultados que sus promotores esperaban e incluso contribuyó a agravar la crisis. Lo cierto es que la economía no se fortaleció, el rezago y algunos graves desajustes persistieron, y el descontento de amplios sectores de la población cobró fuerza y abrió nuevos canales a través de los que pudo expresarse, como no lo había hecho hasta entonces. Desde varios países de Europa del este millares de personas se desplazaron principalmente hacia Alemania, Austria y otras naciones capitalistas. Las viejas estructuras políticas se resquebrajaron y los gobiernos, uno tras otro, no pudieron sostenerse. En cada país había problemas que trataban de resolverse desde dentro, de nuevas maneras, y la presión ideológica y la propaganda hostiles al socialismo jugaron también un papel de primer orden en el proceso que culminó en la derrota del sistema y en la desaparición de la Unión Soviética.[16]

Sobre todo después de la crisis económica de mediados de los años setenta, y aun desde años antes, cuando la economía gozaba de prosperidad y los niveles de demanda eran todavía altos, empezaron a advertirse signos de sobreproducción y dificultades para

vender ciertas mercancías a precios satisfactorios. Pero el rápido crecimiento del euromercado, y en general de la actividad financiera, abrió posibilidades de inversión a capitales que no encontraban fácil y rentable colocación en la esfera productiva. Y lo que en un principio fue una actividad complementaria que absorbía cantidades de dinero cada vez más cuantiosas, pero a la vez muy inferiores a las que se destinaban a la producción y el comercio, pronto empezó a superar con rapidez todos los niveles previos y a representar una oportunidad de inversión improductiva y riesgosa, que contribuyó a superar las limitaciones de una sobreoferta crónica, que de otra manera pudo haberse expresado en mayor inestabilidad y en un agravamiento de la crisis.

Marx, Lenin y otros autores hablaron de "capital ficticio" y anticiparon que ciertas fracciones del capital, y en particular el capital financiero visto como capital-dinero, pudiera valorizarse con relativa autonomía del proceso productivo; pero seguramente nadie pensó que tal fenómeno llegara a tener la dimensión e importancia que actualmente le son características.

Todo lo anterior significa que el juego de contradicciones sufrió profundos cambios y que no pocas veces creó situaciones distintas a las previstas, y aun del todo inesperadas. La expansión de la postguerra fue un primer hecho de gran alcance que contribuyó a cambiar el escenario internacional y el mundo de nuestros días. La reestructuración que, sobre todo a partir de entonces, cobró impulso sin precedente, jugó también un papel fundamental y, desde luego, las fallas del socialismo tanto en la URSS como en otros países. Con frecuencia se cayó en ciertos círculos en el error de creer que las contradicciones principales del capitalismo tenderían a agravarse, lo que incluso llevó a análisis superficiales y mecanicistas, divorciados de una realidad cambiante y compleja cuyo curso real no se seguía de cerca.

Por todo ello, y en particular porque desaparecida la Unión Soviética y universalizado, si no el capitalismo al menos el régimen y la lógica del capital, estamos frente a una nueva situación histórica, a estas horas parece indudable que ante la cada vez mayor impor-

tancia del capital privado trasnacional, el retraimiento del Estado respecto del proceso productivo y el hecho de que en ningún país capitalista desarrollado se realizó hasta ahora una revolución socialista ni está hoy al borde de ella, carecería de base pensar que el capitalismo sigue siendo un Capitalismo Monopolista de Estado, y que éste es el último momento de vida del viejo sistema, en vísperas de una gran revolución.

Lo anterior no significa que en el capitalismo de nuestros días el Estado no intervenga ya en la economía. Pese al conservador discurso antiestatista del neoliberalismo y al hecho de que la intervención regulatoria del Estado es hoy menor que antes, la acción estatal sigue y seguirá presente en numerosas actividades. Por ejemplo, aunque la presencia directa del Estado en la producción y en el comercio es inferior a la de hace unas décadas, hasta ahora sigue interviniendo en el mercado de trabajo para contener los salarios, evitar huelgas y en general favorecer al capital; sigue fijando ciertos precios de bienes y servicios fundamentales, sigue haciéndose cargo de enormes gastos militares y de apoyo a sistemas bancarios y de crédito en dificultades, que en general también responde al propósito de apoyar al capital, demuestra que, actuando de nuevas y diferentes maneras e interveniendo algunas veces menos y otras incluso más que antes, lo cierto es que estamos muy lejos de una situación en que el Estado quede al margen, pase a un plano del todo secundario y tienda a desaparecer.

Pero el que el Estado siga apoyando al capital equivale a reconocer un hecho histórico no privativo del Capitalismo Monopolista de Estado, que incluso está presente en la fase premonopolista. Por eso considero que el capitalismo de nuestros días no es ya Capitalismo Monopolista de Estado. En efecto:

—la idea de que el CME era la única posible respuesta del capitalismo al agravamiento de la contradicción fundamental, y en particular a la creciente socialización de la producción, pareció en un momento dado cierta; pero los hechos la rebasaron y crearon una situación del todo diferente;

—la opinión de que el capitalismo se acercaba a su fin, y de que las condiciones de los trabajadores serían cada vez más precarias, pareció también válida hasta los años treinta, y podría decirse que incluso hasta la Segunda Guerra Mundial. Lo ocurrido a partir de entonces, sin embargo —sobre todo hasta los primeros años setenta—, fortaleció al capitalismo y contribuyó a mejorar las posibilidades de trabajo y los niveles de vida de amplios sectores de la población tanto en los países industriales como incluso en no pocos subdesarrollados;

—la Segunda Guerra Mundial, si bien fue mucho más cruenta que la primera y significó una masiva y trágica destrucción de riqueza y de vidas humanas, reclamó e hizo posible una rápida reconstrucción que requirió de enormes inversiones de capital que a su vez contribuyeron a elevar la tasa de ganancia, estimularon a los grandes capitales y trajeron consigo un crecimiento económico sin precedente;

—después del fin de la expansión de postguerra, la economía y las políticas intervencionistas de corte keynesiano entraron en crisis y, contra lo que muchos esperaban, la contracción de la inversión pública empezó a ser compensada con una mayor inversión privada, al amparo de la desregulación y la privatización de las políticas neoliberales, que con frecuencia fue posible gracias a la reestructuración del proceso productivo, la reorganización de las empresas y la multiplicación de "alianzas estratégicas", que ampliaron las posibilidades de inversión. Y tal situación fue sin duda muy distinta de la que se anticipaba sería propia del CME en vísperas de una revolución socialista;

—acaso algunas personas piensen que la incapacidad de las políticas neoliberales para resolver los más graves problemas y el cada vez mayor descontento frente a esas políticas, incluso en los países industriales, anuncien cambios revolucionarios. Y, sin descartar la posibilidad de que ello ocurra en algún país, y desde luego que cobre de nuevo importancia la inversión pública en respuesta a los graves rezagos en la infraestructura productiva, en la preservación del medio ambiente y el dramático agravamiento de la pobreza, en mi opinión,

la reestructuración capitalista seguirá en marcha, y la mundialización del capital continuará desbordando lo que fue característico del Capitalismo Monopolista de Estado.

Universalización del capital

Los cambios señalados y otros que seguramente podrían agregarse comprueban que el capitalismo de hoy no es igual al de hace un siglo o siquiera al de cincuenta años atrás; y lo mismo podría decirse para la economía mundial o la sociedad en su conjunto. Pero el concepto de "globalización" no parece ser el más adecuado para explicar lo nuevo.

Coincido con los autores que consideran que la mundialización o universalización del capital es el hecho más importante que caracteriza al mundo de nuestros días, pues aun admitiendo que el capital y el capitalismo tienen desde su origen una proyección internacional y aun mundial, la significación de tal tendencia histórica es bien distinta de la que tiene cuando el proceso madura y logra un desarrollo sin precedente. En otras palabras, el que no obstante sus graves problemas y sus profundas contradicciones, el capitalismo no sólo sobreviva sino que se haya fortalecido y el capital se universalice como lo hizo en los últimos decenios, o sea cuando los países socialistas o no capitalistas se debilitaron y aun desaparecieron, da a nuestra época un carácter específico.

Y ¿qué decir respecto del imperialismo, en particular? Ya vimos que mientras para algunos autores sigue siendo la fase actual del capitalismo, para otros ha quedado atrás y estamos ya en una situación propiamente postimperialista. El problema es en realidad complejo y no se presta a opiniones tajantes, absolutas y simplistas. Si se repara, por ejemplo, en la desigualdad entre unos países y otros, en la dominación-dependencia, en la intervención de los países más poderosos en los asuntos internos de otros, en la forma en que aquéllos sustraen recursos de los más débiles, sin dificultad podría decirse que todo ello sigue presente. Al mismo tiempo, sin embargo, ten-

dría que aceptarse que si bien algunos de esos rasgos pueden haberse acentuado en la fase imperialista, ninguno es privativo de ella, sino característico del capitalismo incluso en etapas anteriores de su desarrollo.

El que en nuestros días prevalezcan la desigualdad social, la opresión, la explotación, dramáticos contrastes de riqueza y miseria, la constante sustracción de recursos de los países subdesarrollados por parte de los más poderosos y una dependencia incluso más profunda que la de otras épocas no significa necesariamente que prevalezca el imperialismo; más bien querría decir que seguimos viviendo bajo el capitalismo, y ahora un capitalismo que no tiene ya frente a sí un nuevo sistema social en proceso de desarrollo, con el cuál competir.

Y ¿no será la presencia y sobre todo la dominación del capital monopolista el hecho fundamental para determinar si el imperialismo está o no presente en el mundo de hoy? Desde luego es importante; pero al respecto cabría recordar que para el propio Lenin era sólo un rasgo, de aquéllos que caracterizan al imperialismo. Al reparar en el capital monopolista sería necesario considerar los cambios que sufrió en el último siglo. Por ejemplo, recordar que los grandes consorcios monopolistas de entonces eran relativamente muy pocos, que su radio de acción era todavía principalmente nacional, su interés en otros mercados era fundamentalmente adquirir materias primas, y el capital financiero, en particular, ni remotamente tenía entonces la proyección global que lo caracteriza.

Ello equivale a decir que no bastaría recordar que continúa siendo el dominante, para sostener con fundamento que el imperialismo no ha sufrido cambios significativos, y que su actual funcionamiento puede explicarse a partir de las teorías elaboradas por varios distinguidos autores hace casi un siglo. Pensar así no sería, para decir lo menos, correcto ni desde luego revolucionario. Limitarnos a repetir lo que dijeron ciertos pensadores, en vez de proceder como ellos, esto es, con creatividad y tratando de comprender lo nuevo y de responder a sus retos, sería quedarnos en el ámbito de la "sabiduría convencional".

Cuando Lenin estudió el imperialismo, el capital monopolista era todavía fundamentalmente nacional, y consistía en relativamente pocas empresas grandes cuya proyección internacional era limitada. El propio capitalismo estaba muy lejos de ser realmente mundial, y el capital financiero operaba en condiciones muy distintas a las actuales, y desde luego, la internacionalización del capital productivo no estaba presente e incluso la del capital-dinero y los mercados de capitales no alcanzaba, ni con mucho, las dimensiones que hoy tiene. Incluso la conversión de algunos viejos monopolios en poderosos y múltiples nuevos oligopolios, el surgimiento y consolidación de las empresas trasnacionales y el hecho de que éstas, como ya se señaló en otra parte, sean actualmente unas 40 mil —si sólo se consideran matrices— y cerca de 290 mil si se incluyen filiales y subsidiarias; todo ello da cuenta de que el capitalismo de hoy no es el de antes. Y a ello sería preciso agregar que los rápidos avances científico-tecnológicos, las nuevas formas de organización del proceso productivo, los cambios en la relación capital-trabajo, la internacionalización sin precedente de la producción y los mercados financieros y la nueva infraestructura de la información han modificado el proceso de acumulación de capital y contribuido a que el capitalismo, lejos de debilitarse y perder terreno ante un nuevo sistema social, se profundice y extienda geográficamente a escala mundial. Quien crea que el capitalismo de nuestros días es el "fin de la historia" se equivoca, como se equivoca también quien piense que estamos frente al "fin del capitalismo".

Probablemente el cambio más importante de los últimos decenios es que el capital y en buena medida el propio capitalismo se mundializan, lo que acaso refuerce al sistema y en particular al capital, en mayor medida que aquélla en que lo hizo al pasar de la fase premonopolista a la monopolista. Y si el paso de una fase a la otra fue significativo, no sería fácil sostener que actualmente no hay condiciones para considerar que estamos ante un nuevo cambio que es preciso evaluar con objetividad.

Al respecto se dice con frecuencia que sin duda hay múltiples cambios cuantitativos en juego, pero que no son de fondo ni pro-

piamente cualitativos y estructurales. Considero que esta opinión es muy discutible y que probablemente menosprecia los cambios profundos que han sufrido no sólo las fuerzas productivas, sino las relaciones de producción, las relaciones sociales en su conjunto y el modo mismo de producción capitalista. Ante la dificultad de distinguir unos y otros cambios para saber cuál es su alcance, me parece que lo más aconsejable y útil es reparar en todos ellos, en sus interconexiones y contradicciones, y entender que solamente vistos en su totalidad nos dan suficientes elementos para advertir su verdadera significación.

No repetiré lo ya dicho acerca de tales cambios. Me limitaré a subrayar que algunos afectan profundamente las relaciones de producción, y que entre los países persiste y aun se ha agravado una dominación-dependencia que autoriza a pensar que el imperialismo no ha sido superado, aunque a la vez es bien distinto del que estudiaron los teóricos de principios del siglo que ha concluido. Bastaría recordar la dominación que hoy ejercen los países del Grupo de los 7, y dentro de éste, Estados Unidos, que a menudo interviene ilegalmente en los asuntos internos de otros países, para comprobarlo; la forma en que operan los más poderosos organismos financieros internacionales y la recién constituida OMC, que también suelen imponer, sobre todo a endeudadas y débiles naciones subdesarrolladas, condiciones que limitan su libertad, estorban y desvían su desarrollo y lesionan su soberanía, es otro hecho revelador. Y lo que por sí solo es interesante y diferenciador es que mientras las grandes potencias siguen beneficiándose de su posición dominante, en la relación con otros países y en particular con los subdesarrollados, en el trato entre ellas —que sin duda sigue siendo el más importante— aun no desapareciendo la competencia, los desacuerdos, la rivalidad y ciertos motivos de conflicto, tanto entre Estados y gobiernos como entre empresas trasnacionales de diferentes países, se advierten actualmente formas de negociación y aun de cooperación que no estaban presentes o eran muy débiles hace años, y que hoy son la base de acuerdos transfronterizos y "alianzas estratégicas" que también dejan ver profundos cambios en las for-

mas de funcionamiento del capitalismo. Incluso hacia algunos países subdesarrollados, las posibilidades que hoy se abren para su desarrollo son mayores que las de épocas previas, lo que en parte obedece a que la creciente integración subordinada a los países más fuertes implica una cada vez mayor presencia del capital extranjero trasnacional en esos países, que obliga a otorgar facilidades y aun a brindar apoyos que antes se negaban, y a que algunas de las viejas y más restrictivas formas de dominación imperialista se superan. Y, a la vez, los países más poderosos, con Estados Unidos a la cabeza, arbitrariamente intervienen en los asuntos internos de otras naciones, violan su soberanía, hacen la guerra y se autoerigen en jueces, a los que supuestamente corresponde decidir lo que deba hacerse. Al respecto se da actualmente una situación muy contradictoria, pues por un lado la dependencia es incluso mayor que antes, sobre todo en los países subdesarrollados, cuya política especialmente económica no es formulada por ellos, sino por las grandes potencias de las que dependen en mayor medida y los organismos financieros internacionales más influyentes; y por el otro, los países que aceptan esa subordinación y cuentan con recursos y un nivel de desarrollo que les permite aumentar su capacidad productiva tienen hoy cierto acceso a tecnologías, mercados y recursos financieros de los que anteriormente carecían y que les permiten reestructurar sus economías, aunque a la vez han tenido que pagar un alto precio que se expresa, entre otras formas, en la dramática desigualdad social y el aumento sin precedente de amplios sectores de la población que viven en la miseria.

La relación entre la globalización y el Estado-nación es compleja y también contradictoria. Lo nacional y lo global no son, como algunos suponen, excluyentes. Pensar que el Estado es ajeno a la globalización e incapaz de actuar frente a ella, es erróneo. Si bien la autonomía relativa del Estado no es una constante o un dato dado, reconocer que numerosos Estados tienen hoy menor autonomía que antes, e incluso no pueden tomar ciertas medidas de política o éstas se han vuelto ineficaces, no significa que el Estado sea sólo elemento pasivo y víctima de lo que se hace más allá de sus fron-

teras. Aun el alcance de la desregulación, la privatización y el desmantelamiento mismo del sector público son asuntos que el Estado decide, aunque bajo la presión del capital nacional y extranjero.

La capacidad de acción estatal no es una cuestión abstracta. Es una variable que depende del tipo de Estado, de su organización y de la amplitud y carácter de las fuerzas en las que descansa. Los Estados son parte del proceso de globalización; pero en la medida que las economías nacionales se internacionalizan, la autonomía relativa del Estado tiende a reducirse. La propia burguesía nacional, en países en donde antes dirigió el proceso de acumulación de capital, se debilita frente a los países más poderosos y los organismos financieros internacionales que ahora intervienen directamente y aun deciden el tipo de política que se adopte.

Pero si bien puede hacerse bastante y en general más de lo que se hace, ello no significa que sea fácil. Aun proyectar y poner en marcha ciertas acciones es díficil, y acaso especialmente difícil superar la fragmentación de esfuerzos que mientras se desplieguen aisladamente serán débiles e insuficientes y no cumplirán su cometido.

Y lo que ante tal estado de cosas no es fácil establecer es lo que esos cambios representan en conjunto, y si autorizan o no a pensar que se abre una nueva fase o etapa del desarrollo histórico. El hecho de que el capital, como relación social y modo de producción, se haya extendido geográficamente y profundizado como nunca antes tiene, sin duda, gran importancia. Nunca antes hubo tal situación e incluso los teóricos revolucionarios no pensaron que el capitalismo, al que suponían en profunda y grave descomposición, llegaría a imponerse plenamente, mientras los regímenes socialistas o al menos no capitalistas se debilitarían grandemente y aun desaparecerían.

El cambio que la mundialización del capital entraña no parece inferior al que permitió a Lenin y otros pensadores marxistas reparar en el imperialismo como una nueva fase. Acaso sea un cambio de mayor dimensión. Y, admitida su importancia, ¿se puede postular que el capitalismo sigue siendo imperialista, o es más correcto hablar de que esa fase quedó definitivamente atrás? En mi opinión, a partir de la idea de que el gran capital monopolista y —quizá cada

vez más, oligopolista— sigue siendo con mucho el dominante, podría decirse que persiste el imperialismo. Pero de ser así tendría que aceptarse que éste no es el viejo imperialismo estudiado por los clásicos, sino uno diferente, un nuevo imperialismo que desborda y modifica profundamente al de hace un siglo, y cuya dinámica interna habría que comprender a fondo, esto es el lugar que ocupa en la historia, la dirección en la que se orienta y su relación con el capitalismo y con posibles nuevas formas de organización de la sociedad.

A riesgo de repetir algo ya dicho, el imperialismo de nuestros días significa mayor inestabilidad, inseguridad, parasitismo, corrupción y violencia; inflación no sólo cuando la economía crece de prisa, sino cuando lo hace lentamente; cada vez mayor participación y explotación de la mujer en la fuerza laboral; millones de trabajadores migratorios que van de los países subdesarrollados a las naciones industriales tras empleo y mejores salarios, mientras una parte del capital de éstas se mueve a aquéllos en busca de menores costos y más altas tasas de ganancia; utilización de la deuda externa y de la inversión extranjera sobre todo de cartera, para mantener a numerosos países subordinados a las grandes potencias; violación a la soberanía de esos países, intervención ilegal en sus asuntos internos e imposición de políticas que supuestamente son las que convienen a los países atrasados, no obstante que la práctica demuestre que ello no es así; nuevas y más eficaces formas de articulación, asociación y alianzas internacionales de los grandes capitales; dominio de los mercados financieros globales; traslado masivo de recursos financieros, sobre todo de los países pobres a los ricos, y cada vez mayor desigualdad social entre países y en cada uno de ellos, con el dramático saldo de una "extrema pobreza" para miles de millones de seres humanos.

Las ciencias sociales, ante nuevos retos

Para las ciencias sociales nunca ha sido fácil explicar el proceso de transformación de la sociedad, y menos todavía anticipar lo que

ocurrirá en el futuro. La capacidad de previsión siempre fue limitada, y no pocas veces los hechos se han desenvuelto de maneras muy diferentes de las previstas.

Actualmente esa dificultad se extrema debido a que los profundos y aun inesperados cambios de los últimos decenios llevan a nuevas y complejas situaciones que apenas empiezan a estudiarse. Para sólo mencionar algunas de ellas, podría recordarse el desplome de los países socialistas de Europa del este, la desaparición de la Unión Soviética, la enorme importancia de la valorización del capital en la esfera financiera, en buena parte al margen del proceso productivo, y la forma en que, sin resolver otros problemas y aun contribuyendo a agravarlos, la privatización, que muchos pensaban sólo intensificaría la contradicción fundamental del capitalismo, en realidad ayudó en cierto modo a suavizarla y abrió posibilidades de inversión rentable, que no estaban ya presentes o eran cada vez menores.

Se acepta, en general, que entender la realidad en la que uno se mueve es necesario para poder modificarla, y sobre todo para superar los obstáculos que se oponen a ciertos cambios. En lo que a menudo no se repara, sin embargo, es en las dificultades que ello plantea. La realidad nunca es un dato dado, sencillo y fácil de situar; es más bien un complejo de contradicciones de diferente naturaleza y alcance, siempre en movimiento. Con frecuencia se incurre en el error de tomar un aspecto aislado como expresión de ella; pero la realidad es más vasta, desigual y compleja.

En ocasiones se cree que para desentrañar y resolver complicados problemas, sólo se requiere enfrentarse a ellos de manera pragmática. A veces, en cambio, desde actitudes academicistas, en lugar de utilizar un instrumental teórico útil y ligado estrechamente a la práctica, se adoptan posiciones formalistas y abstractas, que poco o nada aclaran. Actualmente, inclusive en no pocos centros de estudios superiores se elaboran "modelos" econométricos que atraen por su exactitud, y porque, sobre todo cuando simplifican las cosas y se apartan de la realidad, inclusive los más graves problemas se resuelven, en el papel, con facilidad.

Desde posiciones que pretenden ser rigurosas y científicas suelen ofrecerse explicaciones esquemáticas insuficientes e inaceptables, cuya falla principal consiste en que pretenden que las cosas deben desenvolverse de cierta manera y en determinada dirección, y aun cuando los hechos demuestren que ello no es así, de manera dogmática se insiste en que la realidad es como, supuestamente, debiera ser.

El mundo de nuestros días es especialmente complejo porque ciertos fenómenos se desenvuelven con gran celeridad, porque el ámbito en que se dan las relaciones sociales es cada vez más vasto, porque lo que antes ocurría en planos fundamentalmente nacionales y bien delimitados territorialmente hoy rebasa fronteras y límites tradicionales; porque la reestructuración y las múltiples interconexiones presentes desbordan el marco propio de cada disciplina y obligan a ver ciertos hechos en conjunto y de manera interdisciplinaria y, en fin, porque aun cuando las ciencias sociales no admiten conceptos estáticos, la rapidez de ciertos cambios y la dificultad para seguirlos de cerca, registrarlos oportuna y adecuadamente y comprender su verdadero alcance hace que algunas categorías propiamente históricas se despojen en realidad de tal carácter y se manejen como conceptos absolutos y rígidos, que acaban por no explicar lo que acontece.

Cuando se habla hoy de la globalización, salvo en planteamientos rigurosos que son todavía los menos, se cae en esas simplificaciones. Y ello ocurre en mayor medida cuando se piensa en los cambios que ha sufrido el capitalismo en los últimos decenios. Inclusive cuando se alude al mercado, al libre comercio, al Estado, a la nueva división internacional del trabajo, al avance científico-tecnológico y a otros aspectos de la economía y la política, se repara más en la superficie y en lo que se dice de ellos en el discurso convencional, que en su contenido más profundo y en lo que son en realidad.

En cuanto al capitalismo, no es exagerado decir que en artículos periodísticos, en ensayos que publican revistas especializadas, en partidos y otras organizaciones políticas e incluso en universidades, en las que antes se debatían sus problemas, avances, tropiezos y po-

sibilidades de desarrollo, de hecho se ha abandonado su análisis, y el parloteo superficial sobre la globalización se presenta a menudo a los estudiantes como si fuera más importante que las cuestiones de fondo.

Del imperialismo, de algunas de sus características y de los cambios que ha experimentado, se habla todavía menos. Y aunque en los círculos más serios se rechaza la idea de que el capitalismo liberal de nuestros días es "el fin de la historia", o sea un estadio del desarrollo que no podrá superarse, son todavía relativamente pocos los estudios críticos que examinan las nuevas realidades y menos aquéllos que proyectan avances de largo plazo en el marco de nuevas estrategias de desarrollo. Lo que sigue haciéndose, aun cuando por fortuna menos que antes, es repetir ciertas formulaciones fundamentalmente ideológicas y pensar que, pese a todo, la realidad tomará los caminos que se anticipan.

Desde luego hay también —como ya vimos— quienes sostienen que la sociedad saldrá adelante gracias a la globalización y los avances científico-tecnológicos en rápido proceso de desarrollo, y otros dirían que si somos capaces de democratizar el régimen institucional y ciertos aspectos de nuestra vida, cambiarán radicalmente las cosas y podremos resolver los problemas que ahora nos aquejan.

Acaso el mayor reto para las ciencias sociales es explicar dónde estamos y hacia dónde vamos, pues ello no sólo significa saber qué fase o etapa histórica recorremos, sino qué nos espera más adelante, hasta dónde y cómo podremos avanzar bajo el capitalismo, y a partir de qué condiciones será preciso, porque el sistema actual no ofrezca ya posibilidades de avance, empezar a construir una nueva sociedad menos injusta y desigual, en la que la mayoría de la población pueda prepararse, trabajar y vivir dignamente.

Para responder a tales interrogantes será útil y a menudo incluso necesario recordar experiencias y recoger enseñanzas del pasado. Quienes piensan que nada de éste es rescatable no sólo exhiben fallas de memoria, sino incomprensión y menosprecio de la historia. Mas lo cierto es que aun recogiendo todo aquello que pueda servir para abrir nuevos caminos, lo fundamental será encarar los

nuevos problemas desde nuevas posiciones, proceder en forma creativa y replantear, reformular y poner al día lo que deba hacerse, así como las herramientas y las formas de organización con que lo intentemos.

Al apreciar los nuevos problemas y la forma en que les afectan ciertos cambios, se advierte que las contradicciones que subyacen a ellos también han cambiado e integran un nuevo juego de interrelaciones, lo que sin duda vuelve las cosas más complejas. Por ejemplo, la política aperturista de alcance cada vez mayor contribuye a que la competencia entre las empresas sea más severa no sólo en los mercados extranjeros, sino incluso en el mercado interno de numerosos países, al que ahora concurren y en el que incluso operan poderosas empresas trasnacionales que ofrecen millares de mercancías de calidad, a bajos precios; los múltiples cambios en la composición de la fuerza de trabajo y la creciente importancia de los servicios, alteran la relación capital-trabajo en favor del primero; el fuerte desempleo y la persistencia de la crisis hacen que los trabajadores mismos compitan entre sí, en condiciones casi siempre muy desfavorables; las empresas maquiladoras, en países en los que se han abierto importantes franjas de libre exportación, suelen ser también un competidor al que no es fácil enfrentarse; el alto costo del financiamiento, la escasez de crédito y las ventajas que tienen las grandes empresas sobre las pequeñas y medianas hacen que éstas operen en condiciones muy precarias y que muchas sean incluso llevadas a la quiebra; la relación entre los gobiernos y numerosas empresas se torna a menudo cada vez más difícil, y en general éstas no cuentan con el apoyo que antes tenían del Estado; la influencia de algunos grandes acreedores y de los organismos financieros internacionales en las políticas económicas de países, sobre todo subdesarrollados, es otro elemento de presión en juego, como lo es la creciente importancia del capital extranjero en los mercados de valores, y en particular el que las rápidas entradas y salidas de cuantiosos fondos acentúen con frecuencia la inestabilidad no sólo de esos mercados, sino de otros sectores de la economía nacional e internacional.

Por último, junto al hecho de que la contradicción capitalismo-socialismo ha pasado, sobre todo desde la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética, a un plano secundario, la contradicción capitalismo-precapitalismo, que hasta hace décadas fue importante, no tiene ya tampoco mayor significación.

El mundo se mueve en forma casi exclusiva bajo el capitalismo, y en consecuencia sus contradicciones se dan en ese ámbito, y no hay ya países y áreas precapitalistas sobre los que puedan descargarse ciertos grandes problemas. Incluso casi todos los países económicamente más atrasados son países capitalistas subdesarrollados, ya no precapitalistas. Tal es el caso de los de América Central, así como de otros países latinoamericanos —Ecuador, Perú, Bolivia—, así como de Malasia y Tailandia, en Asia, o Argelia, Túnez y Marruecos, en África.

Las relaciones más importantes, como se sabe, son hoy las existentes entre los países capitalistas más desarrollados; pero los mayores desacuerdos, problemas y situaciones más difíciles se advierten en las relaciones de tales países con los subdesarrollados. Lo que en otras palabras significa que la mundialización del capital ha creado una nueva situación, en la que el capitalismo tiene que resolver sus problemas dentro del sistema. Lo que hacen los países más poderosos es favorecer al capital en sus propios territorios, y a la vez someter a las naciones subdesarrolladas y especialmente a sus trabajadores a condiciones más difíciles, que permitan al capital elevar la tasa de explotación y de ganancia.

Pero el que el capitalismo sea ya el único sistema no quiere decir que las diferencias entre unos países y otros sean cada vez menores. Lo cierto es que si algo caracteriza a ese capitalismo es la desigualdad, lo que hace que incluso se acentúen las diferencias entre unos y otros países.

Hoy día podría decirse que hay varios niveles claramente diferenciados en los que el capitalismo se desenvuelve. A manera de ilustración, mencionaré los que siguen: el primero es el de las economías más desarrolladas, entre las que también hay diferencias —unas son más poderosas o crecen con mayor rapidez que otras—

pero en conjunto se caracterizan por tener un alto grado de desarrollo, operar con tecnologías avanzadas, absorber cuantiosas inversiones nacionales y extranjeras y contar con amplios mercados, una fuerza de trabajo capacitada y una población con un elevado ingreso por habitante.

Un segundo nivel corresponde a países que, gracias a un rápido desarrollo económico en los últimos tres o cuatro decenios, avanzaron y hoy son naciones cuyas economías se reestructuraron y modernizaron, convirtiéndose en economías industriales que compiten en algunos aspectos con las más avanzadas, cuentan con un alto nivel de escolaridad y con numerosos trabajadores bien calificados, tienen una creciente proyección internacional y su ingreso por habitante, aunque todavía inferior al de los países más desarrollados, es bastante alto y desde luego muy superior al de hace unas décadas. En este nivel podría situarse a los llamados "nuevos países industriales" del sureste de Asia.

Una siguiente variante o modalidad muy peculiar de capitalismo se encuentra en lo que fueron la Unión Soviética y los países socialistas de Europa del este. Sobre todo en Rusia, en donde el capitalismo nunca alcanzó un gran desarrollo y del que se apartó después de la Revolución de Octubre, en los años noventa del pasado siglo se restablece la propiedad privada de los medios de producción, y el capital, sobre todo especulativo, empieza a cobrar importancia en diversas actividades. Al parecer, se trata de un capitalismo especialmente parasitario, que depende todavía en gran medida de lo que fue la economía estatal-socialista previa, en el que ha habido pocas inversiones nuevas realmente productivas, y en el que la privatización ha sido un mecanismo que auspicia la corrupción y los negocios fáciles y sucios.

Otro nivel podría ser el de países como Brasil y México, que pese a seguir siendo economías subdesarrolladas y dependientes, han logrado significativos cambios, modernizado y diversificado su estructura económica, avanzado en el proceso de organización e industrialización, ampliado sus mercados internos y, a veces, sobre todo externos; pero que al mismo tiempo tienen todavía sectores

de la economía muy atrasados, economías con bajo nivel de integración, una profunda desigualdad social, una alta proporción de la fuerza de trabajo subempleada y que vive en condiciones de "extrema pobreza", y un nivel de ingreso medio por habitante, que si bien resulta en buena parte de lo ricos que son los ricos, o sea de un muy alto nivel de concentración, aun así es todavía muy reducido.

Otros países latinoamericanos semejantes a los anteriores podrían ser Argentina, Chile y Uruguay, cuyo crecimiento urbano cobró importancia desde una época temprana y que no obstante tener un buen nivel de escolaridad e ingresos por habitante ligeramente más altos, se rezagaron en el proceso de industrialización y aun hoy dependen de la producción agropecuaria y en general del sector primario, sus mercados internos son limitados y su comercio internacional sobre todo de manufacturas, no ha crecido como el de México y Brasil.

Y un último nivel podría corresponder a numerosos países —sobre todo de Asia y África— en los que si bien el capitalismo se ha vuelto también el modo de producción dominante, continúan siendo atrasados y pobres. Han quedado en cierto modo al margen de la mundialización del capital, tienen una participación muy limitada en el comercio internacional y en los mercados financieros y sus economías, cuyos cambios han sido más lentos y desiguales, siguen dependiendo en buena medida de la producción y exportación de materias primas.

En años recientes, los países subdesarrollados, incapaces de emplear adecuadamente a sus trabajadores, se han convertido en fuente de mano de obra migratoria, que legal o ilegalmente se desplaza hacia las naciones más industrializadas y en particular hacia Estados Unidos, en América, y Alemania, Francia y otros países, en Europa. Y aun cuando dichos trabajadores son muy discriminados y explotados, a la vez se han vuelto una fuente de recursos financieros de la que antes se carecía o era muy inferior. En México, por ejemplo, se estima que en 1999 los trabajadores migratorios empleados principalmente en Estados Unidos enviaron a sus familias alrededor de 6 mil millones de dólares, suma que supera el ingreso neto de divisas que procede del turismo internacional.

Debido a los cambios ya señalados, a veces surgen nuevas relaciones sociales y éstas se desenvuelven en marcos diferentes, a menudo más complejos. Actualmente hay esquemas de integración y bloques regionales antes inexistentes, que entre otras cosas modifican la forma en que opera el Estado, su relación con otros, y el ejercicio de la soberanía nacional. Los nuevos y más profundos patrones de dependencia y el que el desarrollo sea distinto del que se esperaba obligan en cierto modo a reformular y poner al día las teorías del desarrollo, lo que desde las posiciones tradicionales se antoja muy difícil y aun imposible.

Los profundos y rápidos cambios de las últimas décadas comprueban que nos movemos en un escenario dinámico, en el que no es fácil anticipar el curso que tomen las cosas ni resolver los problemas que surjan en el proceso de desarrollo. La teoría no resuelve, por sí sola, tales problemas. Pero es una valiosa guía para la acción, sobre todo si se tiene una visión de largo plazo.

Para avanzar se requerirá de una nueva estrategia de desarrollo, que será preciso construir. Según algunas personas, el capitalismo global abre un nuevo marco histórico dentro del cual podrán resolverse los más graves problemas. Según otras será muy difícil avanzar, por lo que deberá pensarse en hacerlo en otro sistema social. En mi opinión las políticas liberales viejas y nuevas pueden, como lo han hecho ya, impulsar ciertos cambios importantes. Lo que no pueden ni podrán hacer es resolver los viejos y nuevos graves problemas a que nos enfrentamos.

En una siguiente etapa que puede durar un buen número de años, o incluso ser relativamente corta en algunos países y más larga en otros, contando con un mejor análisis y una nueva y diferente estrategia, deberá intentarse elevar el nivel de productividad y de organización y mejorar las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la gente, en un capitalismo al que la lucha popular vuelva menos autoritario, injusto y antidemocrático. Y llegado cierto momento en que dentro del actual sistema sea cada vez más difícil seguir adelante, a partir de una teoría de la transición que desde ahora convendría comenzar a forjar, deberá recorrerse una siguiente fase en la que se sienten las bases de una nueva sociedad.

La Revolución de Octubre en Rusia, en 1917, fue el primer intento serio para avanzar hacia el socialismo. Sin duda fue, además, un quiebre en la historia de gran significación. Pero casi un siglo después, el socialismo de mañana no será la respuesta al zarismo ruso, sino al complejo, moderno, desigual y altamente tecnificado mundo de nuestros días. Sabemos que muchos piensan que hablar hoy del socialismo es volver a una vieja utopía, ahora más irreal y lejana que nunca, pues el socialismo ya fracasó y no volverá a cobrar vida.

Pero ésta es otra versión del "fin de la historia", que yo no comparto. Convencido de que en la actual sociedad capitalista no podrán resolverse los más graves problemas ni liberarse a millones de hombres y mujeres de la explotación y la pobreza, creo que la humanidad tendrá que ser, de nuevo, capaz de hacer su historia, es decir, de abrir los caminos que hagan posible una sociedad diferente y mejor para todos. Para abrir esos caminos la contribución de una ciencia social renovada y renovadora será importante, ya que la tarea por acometer resultará imposible si se deja a un raso pragmatismo. Y desde luego será necesaria y aun fundamental una lucha que no sólo recoja experiencias del pasado, sino que permita superar los viejos y nuevos obstáculos que actualmente impiden avanzar hacia un menos injusto orden social. ¿Qué tipo de lucha será ésta y quiénes y cómo podrían librarla con éxito? En las líneas que siguen diré lo que pienso, anticipando que más que una respuesta, es una breve y apretada síntesis de algunas inquietudes.

¿QUÉ HACER?

El tema que sigue podría ser materia de otro libro; pero, conciente de que en unas cuantas páginas sólo podré esbozar brevemente algunas ideas, decidí ocuparme de él para no dejar la impresión de que, dada la complejidad de los problemas a que actualmente nos enfrentamos, lo cierto es que nada podemos hacer para resolverlos. En verdad no son pocas las personas que piensan así, que parecen

convencidas de que los países subdesarrollados no tienen los recursos, la organización, la capacidad o siquiera la voluntad para insertarse de mejor manera en la economía mundial ni para abrirse paso y reforzar su posición, sobre todo frente a las grandes potencias. Curiosamente, a la vez hay también muchos que, a la inversa, creen que no hay obstáculos que no podamos rebasar. Abundan, por ejemplo, los altos funcionarios públicos y los empresarios privados importantes, que con frecuencia sugieren que todo va viento en popa. Mas lo cierto es que quienes hablan de ese modo dejan sentir que en realidad no reparan en los problemas más graves, en sus causas ni en los tenaces obstáculos que es preciso rebasar para resolverlos. O sea que su optimismo obedece a la ligereza con que proceden.

Los problemas que hoy aquejan especialmente a los países económicamente subdesarrollados son en realidad muchos y muy difíciles. Unos son viejos y otros han resultado de cambios recientes, o al menos éstos contribuyeron a agravarlos. Y, lejos de ser exclusiva o fundamentalmente problemas de determinada naturaleza, casi siempre son multidimensionales, que además se entrelazan y refuerzan, lo que obliga a verlos en conjunto y a actuar sobre su dinámica contradictoria y global.

Un primer hecho de indudable importancia es que tales problemas no se solucionan espontáneamente. Quien crea que el mercado o el libre comercio se encargarán de lograr la estabilidad y el crecimiento, e incluso de superar la dramática desigualdad social que se advierte en todas partes, se olvida de la historia, y de que ningún país consiguió tal cosa hasta ahora. Todavía más, la experiencia demuestra que una política sectorial de corto alcance tampoco es la solución a tales problemas. Para avanzar se requiere desplegar esfuerzos de mayor alcance, y no esfuerzos aislados sino conjuntos y sistemáticos, que movilicen y hagan participar a grandes masas. Se trata de una lucha social y no de acciones individuales, por valiosas que éstas puedan ser.

Conocer a fondo el escenario en el que se actúa es, como dije ya, necesario. Y ese conocimiento deriva tanto de la teoría como de

la práctica. Pero si a él no se suma la acción organizada, o sea una verdadera lucha capaz de conjugar esfuerzos, unirse y remover los más serios obstáculos, las cosas no cambiarán o sólo lo harán parcialmente. En otras palabras, la lucha que se requiere para enfrentarnos con éxito a los problemas que el capitalismo global de nuestros días plantea es una lucha que se desenvuelva simultáneamente en diversos planos y por diferentes cauces. Una lucha política, aun cuando no exclusivamente política, también económica, cultural e ideológica, a través de la cual se intente modificar la correlación de fuerzas en favor de aquéllas que, de esa manera, se vuelvan propiamente hegemónicas.

En las condiciones actuales y viendo, a la vez, hacia el futuro, ¿cuáles serían los objetivos centrales de esa lucha? Antes de mencionar los principales, debiera quedar claro que el establecer y tener claridad acerca de las metas centrales de corto y largo plazo, así como comprender la relación entre unas y otras, es muy importante.

Una primera meta sería elevar la preparación y mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los millones de hombres y mujeres hoy desempleados, marginados, discriminados y explotados, que en general no tienen acceso a formas de vida digna ni la posibilidad de mejorar en un plazo razonable.

Elevar los niveles de vida de quienes no solamente en los países subdesarrollados, sino incluso en los más avanzados, son hoy víctimas de la pobreza y aun de lo que ha dado en llamarse "extrema pobreza" es una gran tarea nada fácil de acometer, pues involucra a centenares de millones de personas, a quienes el atraso de los países de los que proceden y las nuevas tecnologías y formas de organización del proceso productivo, así como los prejuicios, la discriminación y la xenofobia que prevalecen en los países industriales, privan de la posibilidad de contar con un empleo más o menos estable y bien remunerado.

Para superar tal situación es preciso impulsar el desarrollo no de unos países a costa de otros, sino del mundo en su conjunto. Impulsar el desarrollo significa incrementar los recursos disponibles y utilizarlos mejor, a partir de una reestructuración que refuerce

las economías en sus bases mismas, eleve la preparación y la capacitación de hombres y mujeres, amplíe las posibilidades de trabajo, logre un menos inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso, mejore las relaciones entre las naciones y, en vez de destruir los recursos naturales, como ocurrió en las más cruentas guerras del siglo XX, contribuya a preservar esos recursos.

Nada podrá lograrse, y menos en los países subdesarrollados, mientras prevalezcan las actuales políticas neoliberales, y tampoco podrá conseguirse volviendo a las viejas políticas desarrollistas que ya fracasaron.

Aun si aumenta inestablemente el ingreso nacional, que sigue distribuyéndose en forma muy inequitativa, persistirán la desigualdad social y los extremos de riqueza y miseria, la debilidad de la estructura económica, la dependencia y la incapacidad para llevar la industrialización a planos superiores, para crear las cadenas productivas propias de las que hoy se carece y para impulsar una integración nacional y regional que promueva y fortalezca el desarrollo de los países participantes. Y todo esto, nada menos que la superación del subdesarrollo, no será fruto de medidas aisladas, requerirá una verdadera estrategia de largo alcance, que a su vez sólo podrá construirse por fuerzas democráticas que se impongan a los intereses creados y a los defensores del orden de cosas imperante.

Durante largo tiempo se pensó que elevar la tasa de crecimiento económico y producir más bienes y servicios para el grueso de la población era no sólo posible sino lógico y necesario. Hoy, ante el peligro siempre presente de sobreproducción y el hecho de que la inversión financiera, en gran parte improductiva, es la más rentable, se piensa que para reorientar la producción y todo el proceso de desarrollo será preciso contar con gobiernos democráticos y populares e incluso lograr una transformación socioeconómica y política de fondo, que afecte el régimen de propiedad y permita una mejor distribución de la riqueza. Por lo que, vista en perspectiva histórica, la lucha de que hablamos tendrá que crear condiciones para avanzar en el actual sistema capitalista, y a partir de cierto momento empezar a sentar las bases de una nueva sociedad.

Así como es necesario tener claridad y precisión sobre los objetivos que pretenden alcanzarse, también lo es saber cómo se piensa lograrlos, es decir, qué medios se proyecta utilizar y de qué manera. Los fines y los medios deben eslabonarse en el marco no sólo de una política, sino de una estrategia de largo plazo, de la que formen parte políticas de diferente alcance y proyección sectorial y regional. En realidad hay múltiples propuestas concretas dignas de atención. Lo que hace falta es eslabonarlas e insertarlas en planteamientos de conjunto, realmente totalizadores.

Quienes creen que el principal medio de acción son medidas gubernamentales que entrañen ciertos ajustes y pequeños cambios, se quedan en la superficie; y esto no significa que los gobiernos no tengan un papel que jugar en el proceso. Gobiernos democráticos y progresistas honestos y con amplia base popular, que en vez de preservar el orden existente se interesen en contribuir a que las cosas cambien y sean mejores para la mayoría, pueden, sin duda, ser importantes. Pero aun ellos tendrán limitaciones con frecuencia insuperables y pronto comprobarán que no sólo se requiere de una política diferente, sino de una profunda transformación social.

Para lograr esta transformación es preciso conjugar acciones propiamente revolucionarias con reformas de diversa naturaleza y alcance, que vayan más allá de las actitudes meramente reformistas. Actualmente hay dos tipos de reformas necesarias, que no debieran menospreciarse. Unas son aquéllas que contribuyen a democratizar desde los procesos electorales hasta el funcionamiento del Estado, el ejercicio de derechos y libertades fundamentales, la organización política, desde luego los centros de trabajo, incluso la vida familiar y desde luego la participación de la gente en la toma de decisiones; y otras, las que intentan rebasar obstáculos que dificultan, frenan, desvían y vuelven más inequitativo e injusto el proceso de desarrollo. Y no se piense que por ser limitadas en su alcance tales reformas son fáciles. Lo cierto es que quienes temen ser afectados por ellas se oponen casi siempre a su realización, sobre todo cuando más que medidas aisladas son parte de una estrategia de mayor alcance.

En el globalizado mundo de nuestros días se sugiere a menudo que la acción propiamente nacional es cada vez más difícil, y algunos creen inclusive que ya es inconducente o al menos de alcance muy limitado. Yo creo que pensar así entraña un error. En el seno de cada país no sólo es posible sino necesario luchar para que las cosas cambien. Inclusive la lucha de que hablamos debe ser en primer lugar nacional. Lo nuevo, en todo caso, consiste en que ante los cambios de las últimas décadas los medios de lucha tienen que responder a las nuevas situaciones, y la lucha debe no ser sólo nacional, sino tener cada vez más una proyección internacional, lo que por fortuna empieza a comprenderse y a expresarse de nuevas maneras.

Actualmente ningún país puede resolver sus problemas por sí solo en forma aislada. En Latinoamérica, por ejemplo, tenemos que ver la región en su conjunto, entender los problemas comunes y conjugar esfuerzos para enfrentarnos a ellos con éxito; e incluso una visión latinoamericana, si bien necesaria, no es suficiente. Hoy como nunca antes somos parte de un mundo cuyos problemas, condiciones y contradicciones nos afectan a todos, y nos obligan a tirar nuevos puentes, acercarnos a otros países, solidarizarnos con aquéllos que luchan por su independencia o por otras justas causas, —porque al hacerlo defendemos nuestros más legítimos intereses— y entender que aun con las naciones más poderosas, con las que tenemos serios problemas, debemos encontrar una nueva y mejor manera de relacionarnos.

La lucha por la democracia es hoy muy importante, sobre todo si se comprende su verdadera dimensión. La democracia no significa, como algunos creen, mercado y libre comercio, que en realidad suelen ser antidemocráticos. Capitalismo y democracia no son tampoco lo mismo, como no lo son, inclusive, socialismo y democracia.

Lo meramente electoral suele estar en el primer plano, y a veces es más importante lo no electoral. Con frecuencia, además, se aceptan ciertas acciones, en tanto carezcan de independencia y no riñan con el sistema de dominación establecido.

La democracia, por otra parte, no debe verse aislada. Cuando es genuina son también parte de ella la lucha por la libertad, por la soberanía, por la independencia y una menor desigualdad social, por la justicia y el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población. Tanto la democracia como la soberanía residen en el pueblo, y por ello éste es el protagonista central en ambas; pero ni la una ni la otra pueden ejercerse hoy en las formas tradicionales. Aquí también tenemos que ponernos al día y entender que en las nuevas y a menudo más difíciles condiciones de hoy es preciso ejercerlas de manera diferente. El sólo proceso de integración regional abre esa posibilidad y, a la vez, obliga a ello.

Democracia y soberanía no son conceptos abstractos; son categorías históricas y por tanto nociones cambiantes. Una y otra tienen diversos componentes; pero el esencial es quizá la capacidad para decidir cuestiones fundamentales. Si esta capacidad no está presente y no es uno, sino otros, quienes deciden lo que ha de hacerse, entonces no hay soberanía popular ni democracia.

La democracia no se impone desde fuera, como pretende Estados Unidos con su *american way of life*. Se construye desde dentro de cada país a partir de su propia historia, de sus raíces más profundas, de su cultura y su identidad cultural, a la que nunca debiera renunciarse. La democracia tampoco se adquiere imitando lo que otros hacen y dejando de ser lo que se es.

Cultura y democracia son inseparables; por eso en la lucha por la plena liberación el proceso propiamente cultural tiene enorme importancia. El menosprecio de la cultura y de la actividad cultural es una falla en la que se incurre a menudo, y por la que se paga un alto precio. Desde luego no me refiero a una cultura elitista y de salón, sino a la forma en que el hombre se organiza, trabaja, vive, piensa y se enfrenta a los problemas cotidianos, no aislado sino con otros, como parte de una comunidad.

Y ¿qué fuerzas son las que pueden librar con éxito la lucha a que nos referimos? En otras condiciones y momentos las respuestas fueron distintas. A menudo tendió a pensarse que el papel de la clase obrera sería muy importante y aun decisivo. A veces se señaló

que el cambio reclamaría una amplia alianza obrero-campesina. Algunos destacaron la contribución de los intelectuales, y otros consideraron que las capas medias en su conjunto jugarían un papel de primer orden.

En cuanto a las formas en que esas fuerzas deben organizarse también se expresan opiniones diferentes. Algunos sostienen que la organización política es lo que cuenta, que son los partidos y otras organizaciones los que ejercen mayor influencia y tienen más posibilidades de éxito. Para otros, la organización sindical y otras formas de organización social son también importantes. Y, recientemente, en no pocos países ha cobrado fuerza la idea de que, más que las organizaciones y los partidos políticos tradicionales, es la sociedad civil en su conjunto, a través de sus múltiples movimientos y luchas parciales, la que puede abrir los nuevos caminos.

En mi opinión se pierde de vista a menudo que ciertas cuestiones y líneas de acción no son excluyentes, sino complementarias. Por ejemplo, en lo que hace a las fuerzas participantes, más que pensar en unas u otras, lo que parece más importante es reconocer que si se habla del pueblo, éste es una constelación de fuerzas muy amplias, y tal es el caso aquí. Incluso si sólo se piensa en los trabajadores, tendrá que empezar por reconocerse que la composición de la fuerza de trabajo ha cambiado y se ha ampliado y diversificado grandemente en los últimos decenios. Lo que quiere decir que la lucha por cambios de fondo no es estrecha ni sólo interesa a ciertas personas —hombres y mujeres— o grupos muy pequeños de la sociedad. En ella caben millones de personas, desde obreros, campesinos y otros pequeños productores, maestros, profesionistas, técnicos e intelectuales, empleados públicos y privados e incluso funcionarios y empresarios que crean que las cosas pueden y deben ser mejores, y estén dispuestos a hacer algo para lograrlo.

Quienes están políticamente organizados, o militan en ciertos partidos u otras organizaciones, menosprecian con frecuencia y aun descalifican a quienes carecen de organización. Y, a la vez estos últimos tienden a creer que los partidos políticos no sólo son incapaces de triunfar, sino que entrañan un obstáculo al cambio. Lo cierto es

que unos y otros debieran comprender que, separados —y ni qué decir si se enfrentan entre sí en vez de sumar fuerzas— difícilmente podrán salir adelante.

En algunos países en los que el gobierno interviene activamente en la economía y la política, se piensa que el Estado es un actor central en el proceso de cambio. En otros, en los que frente a un intervencionismo estatal frecuentemente autoritario y antidemocrático empieza a actuar de nuevas maneras la sociedad, incluso suele pensarse que son las organizaciones no gubernamentales las que más pueden contribuir al cambio. Y si bien la sociedad civil tiene desde luego importancia, en la medida en que su posible acción se desdibuja, dispersa, despolitiza y aun atomiza y adquiere un carácter antiestatal y contrario a la organización propiamente política, se debilita y vuelve más difícil el proceso de cambio.

Lo mismo podría decirse respecto de los múltiples movimientos y formas concretas de lucha social. A mi juicio no tienen razón quienes menosprecian esfuerzos de carácter parcial que sólo se ocupan de ciertas cuestiones. Pero tampoco la tienen quienes, a su vez, sugieren que tales luchas son las únicas posibles y en realidad no se interesan en conjugar esfuerzos, unirse y convertir los diferentes movimientos en partes de una misma y vigorosa lucha realmente totalizadora y liberadora.

El que en la búsqueda y realización de cambios de fondo participen fuerzas muy amplias, desborda ciertos marcos tradicionales dentro de los cuales es difícil triunfar y descubre un rico potencial del que en realidad no se tiene clara conciencia. Pero el que esas fuerzas sean heterogéneas y que, en tal virtud entre ellas haya desacuerdos, divergencias y contradicciones, vuelve a la vez difícil cohesionarlas y unirlas; y sin unidad siempre se es débil.

Incluso en partidos y organizaciones cuyas posiciones políticas, bases estatutarias, programas y líneas de acción generales merecen amplio acuerdo, en la práctica es frecuente que se expresen serias discrepancias e incapacidad para trabajar conjuntamente, lo que demuestra que restar y dividir es más fácil que sumar y multiplicar. Especialmente difícil es unirse en la diversidad y superar contra-

dicciones menores o secundarias, pero reales, que a menudo ni siquiera se advierten con claridad.

Cada aspecto de la lucha que represente verdaderos progresos es sin duda importante. Y uno fundamental, que tiende a descuidarse, es el ideológico. Las nuevas fuerzas que se oponen al orden imperante tienen que ser hegemónicas, lo que supone, por una parte dejar siempre bien claro lo que se hace y la forma en que se intenta alcanzar ciertas metas, y por la otra, responder oportuna y convincentemente a la desinformación, la tergiversación, la hostilidad y las intensas e insidiosas campañas que, con enormes recursos y habilidad propagandística, desata el enemigo.

Otra cuestión que, dados los profundos cambios de los últimos decenios es una exigencia a la que es preciso responder, consiste en que frecuentemente se repiten ciertos planteamientos que se consideran válidos, sin reparar en que las cosas no son las de antes, la situación ha cambiado y por tanto, en vez de repetir viejos argumentos, tenemos que hacer frente a los nuevos problemas creativamente y de nuevas maneras. Esto vale prácticamente para todo. La lucha por la democracia, por la soberanía, la independencia y por el desarrollo y el bienestar de la mayoría no es como antes, porque los problemas a que hoy nos enfrentamos se dan en otro escenario, adoptan formas distintas y reclaman acciones diferentes.

Sobre todo en los países subdesarrollados, la lucha antiimperialista sigue desde luego siendo necesaria. Pero como ya vimos, el imperialismo de nuestros días no es el de hace un siglo; y ante el empeño con que suele insistirse en que ya no existe, que ha quedado atrás, acaso lo más conveniente sería dar en adelante a esa lucha una proyección positiva y dirigirla no contra algo que mucha gente no entiende qué es y cómo nos afecta, sino en favor de un desarrollo nacional independiente, es decir de nuestra soberanía y bienestar, de una economía moderna y con sólidas bases propias, en la que millones de ciudadanos, no sólo unos cuantos ricos nacionales y extranjeros, decidan democráticamente lo que más les importe.

La lucha de que se habla, debiera quedar claro, no es una más semejante a otras. Descubrir y actuar sobre las causas de graves pro-

blemas, superar tenaces obstáculos y abrir nuevos cauces que permitan lograr cambios de fondo es toda una hazaña que reclama decisión, entrega y valor. En esa lucha se juega en realidad todo, nada menos que el destino de cada pueblo. Y porque es una lucha larga, dura, difícil y riesgosa, muchos pierden en ella su libertad y aun su vida. Pero ¿acaso no reclamó grandes esfuerzos y sacrificios el progreso que se conquistó en el pasado?

Algo para mí fundamental es que entendamos que la globalización, y en particular sus efectos negativos para la mayor parte de la humanidad, no son el hecho central que explique lo que acontece. Aun cuando se habla cada vez más de la globalización y cada vez menos del capitalismo, éste es en realidad el marco en que actuamos, el proceso y el fenómeno histórico subyacente. Lo que quiere decir que nos movemos en una sociedad y un sistema determinados, no en el vacío.

Cobrar conciencia de que el mundo en que vivimos es incluso más capitalista que antes es condición para saber cómo conducirnos. Se equivoca quien piense que, mientras vivamos en el capitalismo, en rigor nada podremos hacer; como se equivoca también quien considere que dentro de este sistema podremos resolver incluso los más graves problemas sociales.

Sin menospreciar lo que hagamos desde ahora en un dinámico capitalismo cada vez más universal pero también más desigual, injusto y polarizador, y aun admitiendo que acaso podamos hacer más que en épocas previas, convencido de que aquí no termina la historia y de que los tropiezos y derrotas sufridos en la lucha revolucionaria no significan que el socialismo y una mejor sociedad sean sólo una utopía o un ideal inalcanzable, termino reafirmando la convicción de que mientras haya vida habrá historia, y mientras haya historia habrá la posibilidad de cambio y de progreso. A diferencia de quienes creen que la globalización nos deja sin alternativa, yo pienso que está a nuestro alcance hacer del siglo XXI el mejor que hasta aquí conocimos, y que con el nombre de socialismo, o quizás algún otro, la humanidad será capaz de construir un nuevo orden social que asegure una vida libre y digna para todos.

Y a los lectores que piensen que ésta es sólo una utopía, una mera ilusión, les recordaría que todos, incluyendo a quienes no podamos convencer a otros del fundamento de nuestras ideas, tenemos derecho a pensar que las cosas pueden ser mejores, es decir, tenemos derecho a la esperanza.

Notas

El proceso de internacionalización

1. Braudel 1986: 65, 69 y 70.
2. Véase *Encyclopedia of the Social Sciences* 1953: 167-173.
3. Véase Patterson 1997, sobre todo página 87 y siguientes.
4. Gillott y Kumar 1997: 116-119, 121, 122, 125 y 126.
5. Véase Patterson 1997: 42 y 96.
6. Braudel 1985: 101, 118 y 119.
7. Véase "El Capitalismo del Subdesarrollo", en Aguilar 1984: 76-82; así como la nota de pie, en la página 77, que cita una carta de Marx donde dice: "La verdadera misión de la sociedad burguesa es la de crear el mercado mundial, al menos a grandes rasgos, así como una producción basada en éste.", *Acerca del Colonialismo*, p. 309.
8. Marx y Engels 1979: 26.
9. *Ibid.*: 34
10. Marx 1946, tomo 1, vol. I: 553; y Aguilar 1984: 82.
11. Marx y Engels 1979: 33.
12. Ingenieros 1921: 68, 71, 76 y 77.
13. Véase Hirst y Thompson 1996: 20 y 27.
14. Aguilar 1965: 83.
15. *Ibid.*: 101.
16. Véase Schurman 1974: 117-123 y 147-149; y Chomsky 1993: 106-107.
17. Jesús Reyes Heroles, miembro de la delegación mexicana en esa conferencia, escribe: "El sentido de la Carta de La Habana [es]: los países altamente desarrollados se aseguran el abastecimiento de las materias primas y productos naturales del mundo [...], la venta de sus manufacturas en los mercados mundiales y [...] la colocación de sus sobrantes de capitales en todos los países." (Reyes Heroles 1948: 143).
18. Véase Pino Santos 1979: 64.
19. Véase Hobsbawm 1994: 230.
20. *Ibid.*: 261.
21. ICID 1980.
22. Varios autores 1981: 53 y 54.
23. Castells 1998, III: 26.

24. Mander y Goldsmith 1996: 106.
25. ONU 1992.
26. Véase ONU 1995; y ONU 1995b.
27. Véase ONU-FAO 1996.
28. Véase Varios autores 1998a: 275, 276.
29. Véase Mansour 1998: 14 y 15. Los países del Tercer Mundo, según el autor, comparten opiniones sobre las causas y principales caracteres del subdesarrollo, así como sobre las férreas limitaciones que les impone el Primer Mundo. Y aunque entre ellos hay no pocas diferencias, esto no debiera ser motivo para que se rompa la unidad. Debiera aprenderse de Europa que, no obstante su mayor diversidad, ha avanzado en el proceso de integración regional. En el aspecto económico, los quince países del Tercer Mundo y aun otros subdesarrollados debieran conjugar esfuerzos para plantear juntos políticas comerciales y de inversión, desarrollo y aplicación de tecnología, vinculación financiera entre unos y otros y con el capital extranjero, y políticas en otros campos que mejoren las relaciones entre ellos y con el sistema económico mundial. Según este autor, estamos frente a una crisis de alcance global, y una respuesta positiva sólo sería posible si los países capitalistas desarrollados avanzan racional y gradualmente hacia un socialismo auténtico, y el Sur lo hace hacia una estrategia de desarrollo como la antes sugerida. Ello es lo que decidirá el curso de la historia en el siglo XXI. El optimista llamado del siglo XIX a los trabajadores para unirse no es ya suficiente. Elementos que fueron subestimados, como la cultura, el nacionalismo y aun un sentimiento racista y exclusivista, están hoy en el primer plano. Tales factores no debieran llevar a un antagonismo irresoluble, y ojalá que el encuentro entre las trayectorias del primero y el tercer mundo sea cooperativo y no catastrófico (*ibid.*: 16-19).
30. Castro 1999b: 312 y 313.
31. Véase Lang y Hines 1993: 15 y 17.
32. Véase Chesnais 1994: 183 y 187.
33. Kuttner 1994: 96.
34. Citado en Korten 1995: 69 y 70.
35. Lang y Hines 1993: 19 y 20.
36. Véase Keet 1998: 32-35.
37. Citado en Kuttner 1994: 102.
38. Véase Barlett y Steele 1996: 38, 39, 44, 45 y 51.
39. Batra 1996: 4, 10, 11, 17, 35, 37, 38, 41 y 43.
40. *Ibid.*: 63, 64 y 68.
41. *Ibid.*: 183, 184, 185, 187, 188 y 194.
42. Véase al respecto Servan-Schreiber 1958.
43. Véase Tugendhat 1971: 62.
44. Véase Chandler 1977: 464, 470, 476 y siguientes.
45. *Ibid.*: 474. La revolución electrónica.
46. *Ibid.*: 477 y 479.
47. La gran empresa diversificada creció primordialmente por su expansión interna, relacionada con su línea original de producción. El conglomerado, en cambio, se expan-

dió a partir de la adquisición de empresas existentes, y no por inversión directa en sus propias instalaciones, y con frecuencia lo hizo en campos que no tenían relación alguna entre sí. Y lo que sin duda es interesante es que Chandler subraya que las empresas que más crecieron y expandieron fueron aquellas que operaron en campos en los que la coordinación administrativa —o podríamos decir "la mano visible"— demostró ser más lucrativa que la coordinación a través del mercado (*ibid.*: 448-483).

48. Véase Poulantzas 1974: 22-28.
49. Véase Moody 1977: 47-49.
50. Véase Batra 1996: 145.
51. Véase Chesnais 1994: 49.
52. *Ibid.:* 53. A. C. Michalet considera que la "firma multinacional es una empresa, o un grupo, casi siempre de gran tamaño, que a partir de una base nacional establece en otros países múltiples filiales, con una estrategia y una organización que se conciben a escala mundial".
53. *Ibid.*: 22, 23 y 24.
54. *Ibid.*: 36.
55. *Ibid.*: 47.
56. Véase OCDE 1996: 31-35.
57. Castells 1998, I The Rise of the Network Society: 111 y 108.
58. Véase Chevalier en Chesnais 1994: 62-63.
59. *Ibid.*: 23, 24, 40 y 55.
60. Barnet y Müller 1974: 26.
61. OCDE 1996: 15.
62. Hobsbawm 1994: 15, 18 y 26.
63. *Ibid.*: 269.
64. Barnet y Müller 1974: 34 y 32.
65. Por ejemplo, la economía de la Ford es mayor que la de Arabia Saudita y la de Noruega, y las ventas anuales de Phillip Morris exceden a las de Nueva Zelanda (Barnet y Cavanagh 1994: 14).
66. Véase Danaher y Yunus 1994: 14-17.
67. *Ibid.*: 14-17.
68. Moody 1997: 68 y 69.
69. *Ibid.*: 71, 76, 77 y 78.
70. *Ibid.*: 81 y 83.
71. Barnet y Cavanagh 1994: 265, 275-278.
72. *Ibid.*: 153 y 281.
73. Véase Castells 1998, I: 152-154.
74. *Ibid.*: 155, 156 y 157.
75. *Ibid.*: 162-164.
76. Bridges 1996: IX, 1, 2, 3, 6, 11, 12 y 15.
77. *Ibid.*: 265 y 266.
78. Véase Castells 1998, I: 30 y 47.
79. *Ibid.*: 68; y Ayres 1998.

80. "La tecnología de la información ha transformado a la banca global más que a ninguna otra actividad económica. El *software* que guía a las redes electrónicas, permite hoy operar las 24 horas del día en una gran variedad de productos monetarios —valores, opciones, futuros y otros— a través de todo el planeta." (Barnet y Cavanagh, "Electronic Money and the Casino Economy", en Mander y Goldsmith 1996: 362.)
81. Véase OCDE 1996: 42.
82. Véase Chesnais 1994: 126, 129 y 130.
83. *Ibid.*: 136, 138, 139 y 142.
84. *Ibid.*: 122.
85. Ayres 1998: 83 y 84.
86. Shutt 1998: 98 y 102.
87. Véase Harrison y Bluestone 1988: 54.
88. Véase Chesnais 1994: 247. "El euromercado es, sobre todo, un mercado interbancario. En su origen participaban en él alrededor de 200 bancos. Pero a partir de 1973 operaban ya varios millares de bancos, que sin embargo seguían dominados por el oligopolio de los cincuenta más grandes bancos de los países de la Triada." (*Ibid.*: 218. Véase también Mander y Goldsmith 1996: 368.)
89. *Ibid.*: 53 y 54.
90. Véase Harrison y Bluestone 1988: 59 y 60.
91. *Ibid.*: 62.
92. *Ibid.*: 67, 68, 69 y 70.
93. *Ibid.*: 64, 70 y 73.
94. Korten 1995: 185, 186, 187 y 189. El propio Kurtzman estimó que por entonces, mientras en los mercados financieros se intercambiaban diariamente valores por cerca de 1 billón de dólares (un millón de millones), el comercio de bienes y servicios sólo absorbía entre 20 y 25 mil millones (*ibid.*: 189). Y en fechas más recientes se ha estimado que las transacciones diarias en los mercados financieros alcanzan y aun rebasan dos billones de dólares.
95. *Ibid.*: 197, 199 y 211.
96. Hacia los años setenta, por cada dólar que los bancos norteamericanos prestaban fuera de Estados Unidos desde sus oficinas domésticas, prestaban seis o siete más, a través de operaciones no reguladas hechas desde otros países, que se conocieron como Euromercado. Barnet y Cavanagh "Electronic Money and the Casino Economy", en Mander y Goldsmith 1996: 364, 365 y 368.
97. Thurow 1996: 221, 223, 225, 227 y 230.
98. Véase Chesnais 1994: 206, 207, 208, 209 y 210.
99. *Ibid.*: 224, 226 y 230.
100. Estefanía 1996: 16, 17 y 18.
101. Vaclav Havel en Huntington 1998: 13, 20, 21 y 28.
102. Entre las más importantes actualmente, Huntington distingue a la occidental, la latinoamericana, la africana, islámica, china, hindú, ortodoxa, la budista y la japonesa.
103. *Ibid.*: 36, 55, 72, 125-130, 301, 302, 304, 310, 311 y 319.
104. Meiksins y Foster 1997: 6, 7, 8, 12, 13, 14 y 15.

105. Aijaz Ahmad. "Culture, Nationalism and the Role of Intellectuals", en Meiksins y Foster 1997, pp. 50, 52, 54, 57 y 58.
106. *Ibid.*: 97, 100, 101 y 102.
107. Meiksins y Foster 1997: 135, 176-77, 181 y 193.
108. Véase Petras 1999: 53, 55 y 56.
109. García Canclini 2000: 22.
110. Citado en Prenti 1999: 11-18.
111. Amin 1996: 7-8.
112. Véase Thurow 1996: 153.
113. Véase Ruggie 1998: 121 y 127.
114. *Ibid.*: 126.
115. Véase Gardten 1993: 154 y 218.
116. En los días en que fue escrito este texto se había acentuado la inestabilidad monetaria, cambiaria y financiera en México, y el hecho se atribuye a lo que en las últimas semanas ha ocurrido en Japón, en Hong Kong, Indonesia y en Rusia, es decir, en países lejanos, con los que México no tiene una estrecha e importante relación económica.
117. Véase McNally 1998: 1 y 2.
118. *Ibid.*: 6.
119. Singer 1994: 99.
120. Véase Moseley 1999: 10-21.
121. Un material muy interesante sobre estas nuevas acciones de alcance internacional se recoge en Varios autores 2000.

NATURALEZA Y ALCANCE DE LA GLOBALIZACIÓN

1. Al respecto debo aclarar que la mayor parte de las opiniones que recojo provienen de autores estadounidenses, lo que obedece a que probablemente es en Estados Unidos donde más se escribe sobre la globalización, a que ese país juega un papel central en ella y a que los libros y ensayos en que se encuentran tales opiniones son de más fácil acceso. Aun así, traté al menos de hacer referencia a opiniones de autores y estudiosos de otros países. Una aclaración adicional: aunque a menudo transcribí textualmente los elementos que me parecieron principales de ciertas explicaciones, en otros casos, para no cansar al lector con demasiadas referencias bibliográficas, pero tratando de recoger lo más característico de cada opinión, y desde luego, dar el crédito a quien corresponde, parafraseé al autor, mencionando, en notas más amplias, las páginas en las que el autor se ocupa de esos temas.
2. Véase Naisbitt y Aburdene 1991: I, XX y XXIII.
3. *Ibid.*: 3, 4 y 20.
4. Naisbitt 1994: 30, 97 y 99
5. Véase Ohmae 1995: 7.
6. *Ibid.*: 143.
7. Davidow y Malone 1993: 2, 4, 7, 284 y 357.

8. Reich 1990: 3, 8, 85, 96 y 111.
9. Crawford 1991: 8, 17, 19, 21 y 37.
10. *Ibid.*: 111 y 120.
11. Véase Drucker 1995: 1, 7, 8, 12 y 27.
12. *Ibid.*: 42, 43, 47, 50, 197, 198, 200, 201, 203 y 219.
13. Véase Thurow 1996: 68, 72, 78, 81, 115 y 116.
14. *Ibid.*: 120 y 127.
15. Véase Heilbroner y Thurow 1998: 63, 195, 199, 200 y 294.
16. *Ibid.*: 219-222 y 226-227.
17. Véase Heilbroner 1993: 81, 82, 105, 160 y 61.
18. Véase Heilbroner y Milberg 1996: 120, 123, 126 y 127.
19. Krugman 1997: xiii 2 y 5.
20. Krugman 1995: 146 y 147.
21. *Ibid.*: 246 a 249 y 256 a 266.
22. Galbraith 1994a: 241, 242 y 243.
23. *Ibid.*: 244, 245 y 231.
24. *Ibid.*: 234 y 235. Al respecto el profesor Galbraith recoge cifras de Krugman, según las cuales, en últimos años, 1% de la población en Estados Unidos concentró 70% del incremento del ingreso.
25. Galbraith 1996: 111, 112, 114, 115, 118 y 120.
26. *Ibid.*: 76, 77 y 79.
27. *Ibid.*: 131, 139, 141 y 143.
28. Véase Porter 1990: 3, 4, 5, 6 y 7.
29. *Ibid.*: 7, 10 y 12.
30. *Ibid.*: 13, 14, 15, 16 y 18.
31. *Ibid.*: 18, 19 y 20.
32. *Ibid.*: 21 y 30.
33. Kofman y Youngs 1996: 1, 2 y 3.
34. *Ibid.*: 4.
35. *Ibid.*: 7 y 8.
36. *Ibid.*: 33
37. *Ibid.*: 44, 46 y 47.
38. *Ibid.* Jan Aart Scholte. "Beyond the Buzzword: Toward a Critical Theory of Globalization", pp. 51, 53 y 55.
39. *Ibid.*: 63 y 66.
40. *Ibid.*: 78 y 92.
41. *Ibid.*: 106 y 107.
42. *Ibid.*: 116-120.
43. *Ibid.*: 123, 127, 128 y 129.
44. *Ibid.*: 135 y 136.
45. Véase Barnet y Müller 1974: 14, 16 y 19.
46. Hymer, Stephen, en Barnet y Müller 1974:. 26, 28, 37 y 38.
47. Hymer, Stephen, en Barnet y Müller 1974: 42 y 43.

48. Barnet y Cavanagh 1994: 14, 15, 16 y 17.
49. *Ibid.*: 420, 425, 427, 428 y 429.
50. Ruigrok y Van Tulder 1995: 131, 132 y 133.
51. *Ibid.*: 137.
52. *Ibid.*: 138, 139 y 141.
53. *Ibid.*: 143,145 y 149.
54. *Ibid.*: 159, 160-62, 164, 168 y 169.
55. *Ibid.*: 199.
56. Véase Hirst y Thompson 1996: 1.
57. *Ibid.*: 2 y 3.
58. *Ibid.*: 5-7.
59. *Ibid.*: 8-13.
60. *Ibid.*: 49, 98 y 119-120.
61. *Ibid.*: 195, 196, 197, 198 y 199.
62. *Ibid.*: 199 y 200.
63. Sweezy y Magdoff 1992: 1, 2, 8, 10, 13 y 18.
64. Sweezy 1995: 6, 7 y 9.
65. Sweezy 1997: 1, 3 y 4.
66. Tanzer 1995: 1, 6, 12 y 14.
67. Amin 1995: 32-33, 34, 36, 44, 45, 49 y 50.

GLOBALIZACIÓN Y NEOLIBERALISMO

1. Fisher, Ernest, en Foster 1999a: 33.
2. *Ibid.*: 34.
3. *Ibid.*: 34 y 35.
4. *Ibid.*: 35.
5. Buena parte de los comentarios que siguen procede de Hall y Jacques (eds.) 1983.
6. *Ibid.*: 23, 28, 31 y 34.
7. *Ibid.*: 55 y 56.
8. *Ibid.*: 121.
9. *Ibid.*: 146 y 147.
10. Krugman 1995: 172-181.
11. Véase Harrison y Bluestone 1988: 76, 77 y 78.
12. *Ibid.*: 88, 89 y 90.
13. *Ibid.*: 95 y 107.
14. Véase la contribución de David C. Korten, en Mander y Goldsmith 1996: 184 y 185.
15. *Ibid.*: 218 y 219.
16. *Ibid.*: 220.
17. *Ibid.*: 188.
18. *Ibid.*: 185 y 186.
19. *Ibid.*: 186 y 187.

20. Korten 1995: 77, 78, 79, 115, 193 y 226.
21. Chandler 1977: 1, 4, 6 y 7 a 12.
22. Hotson, J.H., en Greider 1997: 47, 48 y 118.
23. *Ibid.*: 172, 231 y 320.
24. Inglaterra, por cierto, no siempre favoreció el libre comercio. A lo largo de mucho tiempo fue proteccionista, e incluso estableció altos aranceles para impedir que los textiles de la India, que eran mejores que los ingleses, se importaran. Noam Chomsky comenta que hasta 1846, cuando sus competidores habían sido destruidos y los industriales ingleses habían avanzado grandemente, Inglaterra descubrió los méritos del libre comercio. Y los defensores de este comercio entendieron lo que ocurría, y decían: "Bueno, lo que hacemos a la India no es bello, pero no hay otra manera de que sobrevivan las fábricas de Manchester. Tenemos que destruir la competencia." (Chomsky 1994b: 55).
25. Batra 1996: 154 a 157.
26. *Ibid.*: 167,168 y 160.
27. *Ibid.*: 160 a 163.
28. *Ibid.*: 165 y 166. Otras críticas a las políticas de libre comercio: Varios autores 1993.
29. Mander y Goldsmith 1996: 192, 193, 194 y 195.
30. *Ibid.*: 3, 6, 9 y 10.
31. *Ibid.*: 228, 229, 231, 233 y 238.
32. Joan Robinson, "The New Mercantilism", citado en Rosen y McFadyen 1995: 31.
33. Robinson 1968: 91 a 93.
34. Véase Robinson 1962: 74, 76, 84 y 85.
35. Polanyi 1992: 19 y 20.
36. *Ibid.*: 90, 187, 190, 193, 195, 196, 197 y 208.
37. Véase Polanyi Levitt 1995: 2, 4, 11, 13, 14 y 15.
38. Brecher y Costello 1994: 68, 69 y 71.
39. Mander y Goldsmith 1996: 172 y 300.
40. *Ibid.*: 71 y 72.
41. Clarke 1996: 302 y 306.
42. *Ibid.*: 93.
43. Moody 1997: 120, 122, 123, 124, 25 y 134.
44. Danaher y Yunus 1994: 10, 11, 16, 17 y 18.
45. *Ibid.*: 21, 22, 24, 25, 26 y 28.
46. *Ibid.*: 55 (Martin Khor, "Global Economy and the Third World...").
47. *Ibid.*: 75 (Richard Barnet y John Cavanagh, "Homogeization of Global Culture").
48. Castro 1999b: 22, 144, 304, 312 y 313.
49. EZLN 1996: 16, 43, 44, 71 y 77.
50. Chomsky 1999: 9 y 11.
51. *Ibid.*: 17, 19, 20, 25, 28, 34 y 67.
52. *Ibid.*: 72, 112, 132, 133, 136, 141, 142, 145 y 152.

Globalización y capitalismo. Primera parte

1. Naisbitt 1994: 355, 357, 358 y 360.
2. Naisbitt y Aburdene 1990: 336 y 338.
3. Naisbitt 1984: 281.
4. Drucker 1995: 11, 16, 22, 83, 87, 125 y 154.
5. Chomsky 1994b: 6, 7 y 9.
6. Beams 1998.
7. Véase Hirst y Thompson 1996: 2.
8. Broad 1995: 20 y 21.
9. ONU en Prashad 1994: 25.
10. Yates 1997: 3, 4, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 14 ,15, 16 y 18.
11. *Ibid.*: 22 y 23.
12. *Ibid.*: 24.
13. Véase Bowman 1996: 16 y 21.
14. *Ibid.*: 271.
15. *Ibid.*: 271 y 287.
16. *Ibid.*: 288 y 289.
17. *Ibid.*: 290
18. *Ibid.*: 296 y 297.
19. *Ibid.*: 301 y 304.
20. Moody 1997: 12, 79, 80, 81, 295 y 296.
21. *Ibid.*: 42, 46, 47 y 296.
22. *Ibid.*: 48, 49, 82 y 83.
23. Véase Thurow 1996: 211, 213, 217 y 223.
24. *Ibid.*: 303, 305, 308, 313, 315 y 326.
25. Véase Luttwak 1999: xii y xiii.
26. *Ibid.*: 10, 27, 29 y 37.
27. *Ibid.*: 37, 40, 75, 79 y 82.
28. *Ibid.*: 102, 109, 128, 131 y 140.
29. *Ibid.*: 152, 183, 187 y 226.
30. *Ibid.*: 231 y 234.
31. Martin y Schumann 1997: 3, 4, 7, 8 y 9.
32. Véase *ibid.*:. 11 y 217.
33. Véase Ayres 1998: 38, 49, 50, 82 y 84.
34. *Ibid.*: 130, 147, 161 y 180.
35. *Ibid.*: 184, 185 y 187.
36. *Ibid.*: 203 y 204.
37. Ruigrok y Van Tulder 1995: 12, 13 y 19.
38. *Ibid.*: 20, 21, 36, 39 y 122.
39. *Ibid.*: 174, 175, 182, 194 y 196.
40. Shutt 1998: 32 y 33.
41. *Ibid.*: 46 y 51.
42. *Ibid.*: 97, 98 y 102.

43. *Ibid.*: 105, 110, 112, 116, 119 y 125.
44. *Ibid.*: 163, 166, 180, 185, 186, 187 y 188.
45. *Ibid.*: 189, 190, 193, 196, 199, 206 y 210.
46. Kofman y Youngs 1996: 19, 20, 21, 30, 83, 88 y 91
47. *Ibid.* 51, 52, 53, 173, 238 y 242.
48. *Ibid.*: 4, 55, 110, 117, 118, 119, 243.
49. Las opiniones de Arrighi recogidas en estas notas proceden de su intervención en la conferencia "Estados y Soberanía en al Economía Mundial", realizada por la Universidad de California en febrero de 1997, y publicada por *Iniciativa Socialista* (Arrighi 1998).
50. Wallerstein 1996: 95, 107, 119 y 142.
51. *Ibid.*: 143, 146, 169, 215, 217 y 228.
52. Véase Wallerstein 1998: 81, 179, 272 y 288-90.
53. Wallerstein 1996: 42.
54. Wallerstein 1998: 292 y 294-95.
55. Meiksins 1996: 22, 23, 27 y 34.
56. *Ibid.*: 37 y 38.
57. Meiksins 1997: 1, 3, 5, 7, 8 y 9.
58. Meiksins 1999b: 1, 4, 6 y 10 a 17.
59. Meiksins 1999d: 1, 2, 8, 10 y 12.
60. Meiksins 1999a: 2, 3, 4, 5 y 6.
61. Tabb 1997: 21, 23, 25, 26, 28 y 29.
62. Tabb 1999: 2, 3, 7, 8, 9 y 10.
63. Tanzer 1995.
64. Sivanandam 1997: 20 y 21
65. *Ibid.*: 22, 23 y 25.
66. Véase Varios autores 1997a: 28, 29, 30, 31, 33-35 y 36-39.
67. Ellen Meiksins Wood en *ibid.*: 40, 41. 42 y 43
68. Véase Magdoff y Sweezy 1987: 145 a 147.
69. *Ibid.*: 148 a 150.
70. *Ibid.*: 157.
71. Sweezy 1997: 1.
72. *Ibid.*: 2, 3 y 4.
73. Sweezy 1999: 48 y 49.
74. Foster 1999a: 29, 33, 35 y 36.
75. *A Zona of Engagement*, citado en Albo 1995: 6.
76. *Ibid.*: 8, 9, 10, 13 y 14.
77. Harrington 1992: 11, 12, 13, 15, 26 y 30. Otro libro interesante del autor es *The Other America*.
78. *Ibid.*: 142, 143, 145, 146 y 149.
79. *Ibid.*: 150, 153 y 161.
80. *Ibid.*: 163 y 167.
81. *Ibid.*: 213, 214, 218, 219, 233, 241, 242 y 245.
82. Hobsbawm 1994: 204-206 y 256.

83. *Ibid.*: 270, 276, 277, 280, 286, 288, 295, 303, 304 y 343.
84. *Ibid.*: 411, 414, 424 y 430.
85. Véase Panitch 1994: 62, 63, 65 y 67.
86. *Ibid.*: 69, 74, 75, 87, 88 y 90.
87. Brenner 1998: 235, 236, 244-45 y 248
88. *Ibid.*: 253, 256, 260 y 261.
89. Foster 1999b: 28, 29, 30, 33, 34 y 35.
90. Meiksins 1999c: 14.
91. *Ibid.*: 14, 15, 17, 18, 21, 22 y 24. La propia Ellen Meiksins Wood se ocupa de estas interesantes e importantes cuestiones en un ensayo publicado hace varios años: "From Oportunity Imperative: The History of the Market" (Meiksins 1994: 14-40).
92. Brenner 1999: 25, 26, 30, 31, 39, 40, 41 y 42.
93. Dos estudios de éste, sobre temas relacionados con los que se examinan en el presente libro, son: Mészáros 1996 y 1998.
94. Véase Mészáros 1998: 27, 28, 20, 31, 32 y 33.
95. *Ibid.*: 32-37.
96. Mészáros 1996: xiii, 952, 954 y 959.
97. Albert 1993: 227, 228, 229, 230 y 232.
98. Fossaert 1994: 219, 221, 320, 325 y 349.
99. *Ibid.*: 449, 452, 453 y 454.
100. Aglietta 1998: 44-48, 49, 50, 57, 58, 59, 60, 63 y 64.
101. *Ibid.*: 68, 73, 77, 78 y 79.
102. *Ibid.*: 82, 83, 87, 88 y 90.
103. Chesnais 1994: 250, 251, 252 y 254.
104. *Ibid.*: 256, 259, 263, 265, 266 y 268.
105. Braudel 1986: 86, 89, 120, 122, 125, 126 y 127.
106. Guéhenno 1995: IX, XII, 8, 13, 14, 16, 54, 57, 102, 112 y 116-118. 122 y 123.
107. *Ibid.*: 126, 132, 138, 139, 140 y 141.
108. Touraine 1999: 297, 298, 299, 300, 301, 302, 304, 305, 307, 308, 310, 313 y 314.
109. Castells 1998, III: 336 y 337.
110. *Ibid.*: 338, 339, 340, 343, 344 y 346.
111. *Ibid.*: 347 a 352.
112. *Ibid.*: 353, 355, 356, 357, 358, 359 y 360.
113. Véase Tsuru 1996: 181, 184, 186, 188, 189,194, 197, 199 y 200.
114. *Ibid.*: 204, 212, 219 y 220.
115. *Ibid.*: 221, 222 y 223.
116. Gerlach 1992: xiii, xiv, 38, 62, 208, 248, 260, 262 y 270.
117. Kearns 1992: ix, xii, xiv, 4, 17. Empresas menores que los grandes seis *kereitsu* son los grupos integrados verticalmente —como Toyota y Matsushita— donde algunas empresas giran alrededor de la que hacen cabeza. Y aun sin formar parte de un súper *kereitsu*, se vinculan a uno y otro grupo. Toyota tiene ligas con el grupo Mitsui, mientras Nissan se relaciona estrechamente con Fuyo. Incluso nuevos grupos integrados verticalmente se están formando en torno a Toyota, Hitachi y Matsushita, y creando nuevos, más pequeños *kereitsu*, de gran poder económico (*ibid.*: 17-18).

118. Menshikov 1999: 82, 86, 88, 91, 93, 96, 97 y 98.
119. Véase McNally 1997: 134, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142 y 144.

GLOBALIZACIÓN Y CAPITALISMO. SEGUNDA PARTE

1. Véase Amin 1992: 7, 10, 22, 33, 34, 35, 38, 41, 42, 49 y 51.
2. Véase Amin 1994: 82, 88, 196, 199 y 211.
3. Véase Amin 1995: 12, 13 y 36.
4. *Ibid.*: 37, 42, 43, 44, 45, 47 y 48.
5. Véase Amin 1997b: 268, 287, 293, 294 y 297.
6. Amin 1997a: 21, 22 y 23.
7. *Ibid.*: 28, 29 y 32.
8. Véase Samir Amin, "El futuro de la polarización global", en González y Saxe 1996: 9, 10, 11 y 15.
9. Véase Patnaik 1999: 66, 67 y 68.
10. *Ibid.*: 56 y 57.
11. *Ibid.*: 57, 58, 59, 65 y 66.
12. Véase Vidyasekera 1998: 44 y 45.
13. Véase Ianni 1996: 6, 7, 26, 33 y 34.
14. *Ibid.*: 35, 37 y 38.
15. *Ibid.*: 67, 110, 120, 130 y 135.
16. Véase Ianni 1998: 11, 12, 13 y 19.
17. *Ibid.*: 28, 29, 35, 84 y 86.
18. *Ibid.*: 90, 100, 112 y 113.
19. Véase Ianni 1999: 9, 11, 12, 16, 18 y 30-31.
20. *Ibid.*: 158, 159, 165, 166, 171, 172, 174, 175, 179 y 182.
21. Véase Cardoso 1996: 151-159.
22. Véase Furtado 1999: 7, 8, 26, 27, 28, 35, 36, 40, 41 y 42.
23. Véase Sader 1995: 43, 44, 45, 46, 47, 48-49 y 51.
24. Véase Sader 1998: 93, 95, 96 y 97.
25. Atilio Borón, "La Sociedad Civil a la Hora del Neoliberalismo", en González y Saxe 1996: 368, 378-79, 380, 381 y 382.
26. *Ibid.*: 387, 389, 390, 391 y 392.
27. Borón 1995: 32, 33, 34 y 35.
28. Atilio Borón, *op. cit.*, en Gonzáñez y Saxe 1996: 396.
29. Véase Ferrer 1999: 13, 15, 21, 30, 35 y 46. *La Historia de la Globalización* fue publicada por la misma editorial en 1996.
30. *Ibid.*: 103, 104, 105, 106 y 116.
31. *Ibid.*: 120, 121, 122 y 123.
32. Véase Vilas 1994: 8-9, 12, 17, 21 y 24.
33. *Ibid.*: 39 y 40.
34. Carlos M. Vilas, "América Latina y el Nuevo orden mundial", en González y Saxe 1996: 355.

35. Véase Carlos M. Vilas, "Seis ideas falsas sobre la globalización", en Saxe-Fernández 1999: 71, 75, 79, 84, 87, 90 y 98
36. Véase Varios autores 1997b: 181.
37. *Ibid.*: 184, 190, 191 y 192.
38. *Ibid.*: 194, 195, 196 y 197.
39. *Ibid.*: 199, 200, 204-05 y 206
40. Véase Baró y López 1996: 93, 95, 97, 98, 99, 101 y 114.
41. *Ibid.*: 118, 121, 122 y 123.
42. Véase Baró 1997. La cita anterior proviene del artículo de José María Vidal Villa, "Diez Tesis acerca de la Mundialización", Memoria, México, enero-febrero de 1995.
43. *Ibid.*: 5, 6, 8, 9, 14 y 16
44. Véase Luis Suárez, "La globalización: ¿Fase superior y última del imperialismo?", en AUNA Cuba 1999: 37, 48, 49, 52, 53 y 56.
45. Castro 1999a: 161, 162, 174, 182, 183, 189, 193, 195, 222.
46. Castro 1999b: 200, 214, 232, 280, 283, 290, 304, 314, 312, 324 y 326.
47. Véase Varios autores 1999a: 2, 3, 7, 8, 14 y 15.
48. Castro 1999c.
49. Consuegra 1998: 63, 64, 65, 67 y 68.
50. Consuegra 1996: 97 y 98.
51. Vúskovic 1993: 18, 19, 42, 44, 46, 89, 94, 95 y 118.
52. Véase Harnecker 1999: 139, 140 y 141.
53. *Ibid.*: 152, 153, 160-165, 183, 212, 223, 245, 281 y 283,
54. Orlando Caputo, "La Economía Mundial actual y la Ciencia Económica", en Varios autores 1999b: 12, 13, 14, 15, 16, 20 y 25.
55. Véase Moncada 1998: 213, 214, 215, 219 y 220.
56. *Ibid.*: 240, 241, 248, 251, 254 y 256.
57. Véase Maza 1994: 5, 7, 8, 9, 12, 16, 17, 20 y 21.
58. Véase Maza 1999: 76, 77 y 106, 134 y 135.
59. *Ibid.*: 234, 236, 237, 239, 248 y 249.
60. *Ibid.*: 263, 264 y 265.
61. Héctor Silva Michelena y Armando Córdova, "América Latina: El largo ciclo de la trasnacionalización", en Amin y González 1995: 52, 72, 75 y 76.
62. *Ibid.*: 82, 84, 85, 87 y 88.
63. Véase John Saxe-Fernández, "Globalización e Imperialismo", en Saxe 1999: 10, 11, 12 y 13.
64. *Ibid.*: 15, 17, 31, 33, 36, 38, 42 y 43.
65. *Ibid.*: 44, 45, 46, 51, 52, 55, 56, 63 y 66.
66. John Saxe-Fernández, "TLC: Las cruces de la geopolítica y la geoeconomía del capital", en González y Saxe 1996: 76 y 81.
67. González y Saxe 1996: 8, 9, 12, 20, 21, 22, 23 y 25.
68. Pablo González Casanova, "El Colonialismo Global y la Democracia", en Amin y González 1996: 35, 36, 40, 41 y 43.
69. *Ibid.*: 51, 57, 58, 59, 63, 75, 76, 77 y 78.
70. *Ibid.*: 82, 85, 105, 108, 111, 119, 128 y 133.

71. Véase Flores Olea y Mariña 1999: 191, 210, 214, 218, 220, 225 y 232.
72. *Ibid.*: 237, 238, 241, 244, 246 y 247
73. *Ibid.*: 253, 255, 265 y 266.
74. *Ibid.*: 266, 268-269, 275, 276, 279, 280, 283, 284 y 285.
75. *Ibid.*: 285, 287, 289, 290, 293 y 294.
76. Véase Carmona 1999: 17, 20, 21, 22, 23, 25, 50 y 51.
77. Véase Ibarra 2000: 11, 12, 15, 30 y 59.
78. *Ibid.*: 110, 111, 114 y 115.
79. *Ibid.*: 133, 135, 143, 144 y 155.
80. Véase Bassols 1996: 56, 59, 60, 61, 92, 177, 178 y 194.
81. Véase Varios autores 1998c: 9, 10, 12, 13, 14, 16, 22, 98 y 100.
82. Véase Rodolfo Stavenhagen, en *ibid.*: 166, 167, 168, 169, 173, 174, 176, 177 y 178.
83. *Ibid.*: 219, 221, 231-132 y 247.
84. Véase Arnaldo Córdova, en *ibid.*: 254, 255, 266 y 563.
85. Véase Luis F. Aguilar, en *ibid.*: 286, 290, 308 y 309.
86. Véase Pablo González Casanova, en *ibid.*: 338, 339, 340, 341, 343 y 349.
87. Véase Dieterich, Franco y Peters 1998: 24, 25 y 28.
88. *Ibid.*: 106, 107, 110, 124,126, 128, 129, 130, 131 y 132.
89. Véase Dieterich 2000: 7, 8, 25, 89, 96, 87, 99, 112, 153 y 155.

MIS PUNTOS DE VISTA

1. Véase Aguilar Monteverde 1996: 74-83.
2. Marx 1946, 1: 391, citado por Lange 1963: 19.
3. Karl Marx, *Miseria de la Filosofía*, citado en Aguilar Monteverde 1998: 106.
4. Marx y Engels 1979: 33.
5. V. I. Lenin, citado por Aguilar Monteverde, en "Teoría Leninista del Imperialismo", *op. cit.*: 78.
6. Lenin en *ibid.*: 79.
7. *Ibid.*: 80.
8. *Ibid.*: 84.
9. *Ibid.*: 107.
10. *Ibid.*: 151.
11. *Ibid.*.
12. V. I. Lenin, en *ibid.*
13. V. I. Lenin, en *ibid.*
14. V. I. Lenin en *ibid.*
15. V. I. Lenin en *ibid.*
16. El debilitamiento, hasta su desplome y desaparición, de los países socialistas europeos fue el resultado de una profunda crisis, en la que con frecuencia no se reparó. En más de una ocasión la Unión Soviética demostró ser capaz de enfrentarse con éxito a las mayores dificultades. Pero al mismo tiempo, sobre todo después de la muerte de Lenin, el stalinismo fue responsable de errores, desviaciones, abusos, represión e in-

cluso crímenes, que en su conjunto dieron cuenta de que si bien se avanzaba en no pocos campos, el camino seguido se apartaba de los principios y objetivos socialistas. Y aun cuando en varias ocasiones se intentó rectificar, hacer frente a los graves problemas no resueltos y reorientar el proceso, lo cierto es que no hubo condiciones que permitieran el cambio, o éste se intentó ya tarde, débilmente y con una correlación de fuerzas desfavorable. Al recordar lo acontecido podría decirse que incluso las fuerzas claramente antisocialistas, en las que se expresaba la lógica del capital, acabaron por imponerse plenamente. Desbordaría el marco y el propósito de este estudio examinar la experiencia de la URSS, y en general de los países socialistas europeos. Me limitaré a señalar que en dos trabajos de los últimos años hago alguna referencia al respecto. Ellos son "Reflexión sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en Aguilar Monteverde 1991: 104-126; y 1996: 143-175.

Bibliografía

Adda, Jacques

1996 *La mondialisation de l'économie*, 2 tomos, Editions La Découverte, París.

Aglietta, Michel

1998 "Capitalism at the turn of the Century: Regulation Theory and the Challenge of Social Change", en: *New Left Review*, núm. 232, noviembre-diciembre.

Aguilar Monteverde, Alonso

1965 *El panamericanismo: de la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, Cuadernos Americanos, México.

1984 *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, Nuestro Tiempo, México.

1991 *¡Hagamos Cuentas... con la realidad!*, Nuestro Tiempo, México.

1996 *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, Nuestro Tiempo, México.

1998 *Temas de Economía Política*, tomo 1, Nuestro Tiempo, México.

Alameda, Raúl

1999 "Análisis global de la globalización", en: *Desarrollo Indoamericano*, Barranquilla, julio.

Albert, Michel

1993 *Capitalismo contra Capitalismo*, Paidós, Buenos Aires.

Albo, Gregory

1995 "The World Economy, Market Imperatives and Alternatives", en: *Monthly Review*, diciembre.

Ambrose, Stephen E.

1988 *Rise to Globalism*, Penguin Books, Nueva York.

AMIN, SAMIR
1992 *The Empire of Chaos*, Monthly Review Press, Nueva York.
1994 *Re-reading the Post War Period. An intellectual Itinerary*, Monthly Review Press, Nueva York.
1995 "50 Years is Enough", en: *Monthly Review*, abril.
1996 "Imperialism and Culturalism complement each other", en *Monthly Review*, junio.
1997a "For a Progresive and Democratic New World Order", en: *Development & Socio-Economic Progress*, El Cairo, abril-junio.
1997b *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI Editores, México.
AMIN, SAMIR, Y GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO (COORDS.)
1995 *La Nueva Organización Capitalista Mundial vista desde el Sur*, 2 vols., Anthropos / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, España.
ARGUEDAS, SOL
1997 *El mundo en que vivimos*, UNAM/El Caballito, México.
ARRIGHI, GIOVANNI
1998 "La globalizaicón, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital", en: *Iniciativa Socialista*, núm. 48, marzo.
ATTALI, J., Y GUILLAUME, M.
1993 L'anti-economique, Presses Universitaires de France, París.
AUNA Cuba
1999 *Análisis de Coyuntura*, núm. 1, La Habana.
AYRES, ROBERT U.
1998 *Turning Point. The End of the Growth Paradigm*, Earthscan, Londres.
BARLETT, DONALD L. Y STEELE, JAMES B.
1996 *America: Who Stole the Dream?*, USA, 1996.
BARNET, RICHARD J., Y CAVANAGH, JOHN
1994 *Global Dreams. Imperial Corporations and the New Order*, Simon and Schuster, Nueva York.
BARNET, RICHARD J., Y MÜLLER, RONALD E.
1974 *Global Reach. The Power of the Multinational Corporation*, Simon and Schuster, Nueva York.

BARÓ, SILVIO
1997 "Globalización: contradicciones, implicaciones y amenazas", AUNA-Cuba, Análisis de Conyuntura N° 2, La Habana.
BARÓ HERRERA, SILVIO Y LÓPEZ OCEGUERA, ROSA
1996 "De la internacionalización a la globalización", Economía y Desarrollo, La Habana, junio.
BASSOLS BATALLA, ÁNGEL
1996 *Temas de un momento crítico*, UNAM, México.
BATRA, RAVI
1996 *The Myth of Free Trade. The Pooring of America*, Simon & Schuster, Touchstone, Nueva York.
BEAMS, NICK
1998 "The Significance and Implications of Globalization", World Socialist Web Site, Australia.
BELLO, WALDEN Y ROSENFELD, STEPHANIE
1992 *Dragons in Distress*, A Food First Book, San Francisco.
BORÓN, ATILIO
1995 "Sociedades fragmentadas", en: *América Libre*, núm. 8, Buenos Aires.
BOWMAN, SCOTT R.
1996 *The Modern Corporation and Political Thought. Law, Power and Ideology*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
BRAUDEL, FERNAND
1986 *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.
BRECHER, JEREMY Y COSTELLO, TIM
1994 *Global Village or Global Pillage*, South End Press, Boston.
BRENNER, ROBERT
1998 *The Economics of Global Turbulence*, Londres.
1999 "Competition and Class: A reply to Foster and MacNally", en: *Monthly Review*, diciembre.
BRIDGES, WILLIAM
1996 *Job Shift. How to Prosper in a Workplace without Jobs*, Addison-Wesley Publishing, Estados Unidos-Canadá.

BROAD, DAVE
1995 "Globalization versus Labor", en: *Monthly Review*, diciembre.
BROOK, JAMES Y BOOL, LAIN A.
1995 Resiting the Virtual Life, San Francisco.
BROWN, TONY
1998 *Empower the People*, William Morrow and Co., Nueva York.
CARDOSO, FERNANDO HENRIQUE
1996 "North-South Relations in the Present Context: A New Dependency?", en: VVAA, *The New Global Economy in the Information Age*, Penn State Press, Nueva York.
CARMONA DE LA PEÑA, FERNANDO
1999 *En busca de alternativas para México en la globalización, Reflexiones para un debate*, Versión preliminar, IIEC-UNAM, México.
CASTELLS, MANUEL
1998 *The information age: economy, society and culture*, vol. I y III, Blackwell Publishers, Estados Unidos-Inglaterra.
CASTRO, FIDEL
1999a *Capitalismo actual. Características y contradicciones*, Editorial Política, La Habana.
1999b *Globalización neoliberal y crisis económica global*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana.
1999c Palabras de clausura del Encuentro Internacional de Economistas, La Habana, enero.
CHANDLER JR., ALFRED D.
1977 *The visible hand. The managerial revolution in american bussiness*, Harvard University Press, Cambridge.
1994 *Scale and Scope. The Dynamics of Industrial Capitalism*, Harvard University Press, Cambridge -Londres.
CHESNAIS, FRANÇOIS
1994 *La mondialisation du capital*, Syros, París.
CHOMSKY, NOAM
1993 *Year 501. The Conquest Continues*, South End Press, Boston.
1994a *Política y cultura a finales del siglo XX*, Ariel, Barcelona.
1994b *The Prosperous Few and the Restless Many*, Odian Press, Tucson.

1999 *Profit Over People. Neoliberalism and Global Order*, Seven Stories Press, Nueva York.
CHOMSKY, NOAM, Y DIETERICH, HEINZ
1996 *La sociedad global*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
CLARKE, TONY
1996 "Mechanisms of Corporate Rule", en: *The Case against the Global Economy, and for a turn toward the local*, Sierra Club Books, USA.
CONSUEGRA, JOSÉ
1996 *Neoliberalismo, diálogos y otros temas*, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla.
1998 *El compromiso de una teoría económica propia*, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla.
CRAWFORD, RICHARD
1991 *In the Era of Human Capital*, Harper Business, USA.
DANAHER, KEVIN Y MUHAMAND YUNUS (EDS.)
1994 *50 Years is Enough. The Case Against The World Bank and the International Monetary Fund*, South End Press, Boston.
DAVIDOW, WILLIAM H., Y MALONE, MICHAEL S.
1993 *The Virtual Corporation*, Harper-Business, Nueva York.
DECOSSAS, BEÁTRICE
1997 *Travail, échange, technique*, Presses Universitaires de France, París.
DIETERICH, HEINZ
2000 *Identidad nacional y globalización*, Nuestro Tiempo, México.
DIETERICH, HEINZ; FRANCO, RAIMUNDO Y PETERS, ARNO
1998 *Fin del capitalismo global. El nuevo proyecto histórico*, Nuestro Tiempo, México.
DRUCKER, PETER F.
1995 *La sociedad postcapitalista*, Norma, Bogotá.
DUNN, JOHN, (ED.)
1993 *Democracy. The Unfinished Journey*, Oxford University Press.
Encyclopaedia of the Social Sciences, The Macmillan Company, Nueva York, 1953.

ESTAY, JAIME; GIRÓN, ALICIA Y MARTÍNEZ, OSVALDO (COORDS.)
1999 *La globalización de la economía mundial*, UNAM/CIEM/BUAP, México.
ESTEFANÍA, JOAQUÍN
1996 *La nueva economía. La globalización*, Debate, Madrid.
EZLN
1996 *Crónicas intergalácticas. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, Chiapas, México.
FERRER, ALDO
1996 *La historia de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, México.
1999 *De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la Globalización*, Fondo de Cultura Económica, México.
FLORES OLEA, VÍCTOR, Y MARIÑA FLORES, ABELARDO
1999 *Crítica de la globalidad. Dominación y Liberación en Nuestro Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
FORRESTER, VIVIAN
1997 *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
FOSSAERT, ROBERT
1994 *El mundo en el siglo XXI*, Siglo XXI Editores, México.
FOSTER, JOHN BELLAMY
1999a "Contradictions in the Universalisation of Capitalism", en: *Monthly Review*, abril.
1999b "Is over Competition the Problem?", en: *Monthly Review*, junio.
FURTADO, CELSO
1999 *El capitalismo global*, Fondo de Cultura Económica, México.
GALBRAITH, JOHN KENNETH
1993 *The Culture of Contentment*, Houghton Mifflin Company, Boston.
1994a *A Journey Through Economic Time*, Houghton Mifflin Co., Nueva York.
1994b *A Short History of Financial Euphoria*, Pinguin Books, Nueva York.
1996 *The Good Society*, Mariner Books, Nueva York.

GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
2000 "Si las políticas culturales se ocuparan de la Globalización", en: *El Financiero*, 27 de enero: 22.
GARDTEN, JEFFREY E., A COLD PEACE
1993 *The Twentieth Century Fund*, Random House, Estados Unidos.
GERLACH, MICHAEL L.
1992 *Alliance Capitalism: The Social Organization of Japanese Business*, University of California, Estados Unidos.
GILLOTT, JOHN Y KUMAR, MANJIT
1997 *Science and the Retreat from Reason*, Monthly Review Press, Nueva York.
GINEBRA, JOAN
1998 *La trampa global*, Panorama Editorial, México.
GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, Y SAXE-FERNÁNDEZ, JOHN (COORDS.)
1996 *El mundo actual: situación y alternativas*, Siglo XXI Editores-/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, México.
GORTEN, JEFFREY E.
1997 *The Big Ten*, Basic Books, Nueva York.
GREEN DUNCAN
1996 *Silent Revolution. The Rise of Market Economies in Latin America*, Cassell, Londres.
GREIDER, WILLIAM
1997 *One World, Ready or Not. The manic logic of global capitalism*, Touchstone, Nueva York.
GUÉHENNO, JEAN-MARIE
1995 *The End of the Nation-State*, University of Minnesota Press. USA.
HABERMAS, JÜRGEN
1985 *Apres Marx*, Hachette, París.
1996 *La technique et la Science comme "ideologie"*, Gallimard, París.
HALL, STUART Y JACQUES, MARTIN (EDS.)
1983 *The Politics of Thatcherism*, Lawrence and Wishart, Londres.
HAMMER, MICHAEL
1997 *Reengineering the Corporation*, Harper Collins Publishers, Nueva York.

1996 *Beyond Reengeniering*, Harper Business, Nueva York.

HAQ, KHADIJA Y KIRDAR, UNER

1989 *Development for People. Goals and Strategies for the year 2000*, North South Roundtable, Pakistan-Nueva York.

HARDY, CHARLES

1990 *The Age of Unreason*, Harvard Business School Press, Boston.

HARNECKER, MARTA

1999 *Haciendo posible lo imposible. La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Siglo XXI Editores, México.

HARRINGTON, MICHAEL

1992 *Socialism: Past and Future*, Mentor, Nueva York.

HARRISON, BENNETT Y BLUESTONE, BARRY

1988 *The Great U-Turn. Corporate Restructuring and the Polarizing of America*, Basic Books, Nueva York.

HEILBRONER, ROBERT

1985 *The Nature and Logic of Capitalism*, W. W. Norton & Co., Nueva York-Londres.

1993 *21st Century Capitalism*, Norton, Nueva York.

HEILBRONER, ROBERT Y MILBERG, WILLIAN

1996 *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought*, Cambridge University Press, Nueva York.

HEILBRONER, ROBERT Y THUROW, LESTER

1998 *Economics Explained*, Simon & Schuster, Nueva York.

HELD, DAVID (ED.)

1994 *Prospects for Democracy*, Polity Press, Oxford.

HIRST, PAUL Y THOMPSON, GRAHAME

1996 *Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge.

HOBSBAWM, ERICH

1994 *The Age of Extremes. A History of the World 1914-1991*, Pantheon Books, Nueva York.

HUNTINGTON, SAMUEL P.

1998 *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Touchstone Books, Nueva York.

IANNI, OCTAVIO

1996 *Teorías de la globalización*, Siglo XXI Editores, México.

1998 *La sociedad global*, Siglo XXI Editores, México.
1999 *La era del globalismo*, Siglo XXI Editores, México.
IBARRA, DAVID
2000 *El Nuevo Orden Internacional*, Aguilar, México.
ICID
1980 *North-South. A Program for Survival, Report of the Independent Commission on International Development*, ISSUES MIT, Cambridge.
INGENIEROS, JOSÉ
1921 *Los Tiempos Nuevos*, Editorial América, Madrid.
KEARNS, ROBERT L., ZAIBATSU
1992 *America. How Japanese Firms are Colonizing Vital U. S. Industries*, Free Press, Nueva York.
KEET, DOT
1998 "Commission on Trade and Investment. Background Briefing", en: *Develompent & Socio-Economic Progress*, núm. 74, julio-diciembre.
KOFMAN, ELEONORE Y YOUNGS, GILLIAN (ED.)
1996 *Globalization. Theory and Practice*, Pinter, Londres-Nueva York.
KORTEN, DAVID C.
1995 *When Corporations rule the World*, Kumanan Press y Berrett-Koehler Publishers, San Francisco.
KOTTER, JOHN P.
1997 *The New Rules*, Free Press, Nueva York.
KRUGMAN, PAUL
1995 *Peddling Prosperity*, Norton, Nueva York.
1997 *Pop Internationalism*, MIT Press, Boston.
1998 *Development, Geography and Economic Theory*, The MIT Press, Boston.
KUTTNER, ROBERT
1994 *The Economic Illusion. False Choices Between Prosperity and Social Justice*, University of Pennylvania Press, Pennsylvania.
LANDES, DAVID
1999 *The Wealth and Poverty of Nations*, Norton, Nueva York.

LANG, TIM Y HINES, COLLIN

1993 *The New Protectionism. Protecting the Future Against Free Trade*, The New Press, Nueva York.

LANGE, O.

1963 *Political Economy*. Pergamon Ress, Londres.

LUTTWAK, EDWARD

1999 *Turbo Capitalism. Winners and Losers in the Global Economy*, Harpers Collins Publishers, Nueva York.

MAGDOFF, HARRY Y SWEEZY, PAUL M.

1987 *Stagnation and the Financial Explosion*, Monthly Review Press, Nueva York.

MANDER, JERRY Y GOLDSMITH, EDWARD, (ED.)

1996 *The Case Against the Global Economy*, Sierra Club Books, San Francisco.

MANSOUR, FAUZY

1998 "A second wave of National Liberation?", en: *Development & Socio-Economic Progress*, núm. 72, enero-marzo.

MARTIN, HANS-PETER Y SCHUMANN, HERALD

1997 *The Global Trap*, Pluto Press, Londres-Nueva York.

MARX, KARL

1946 *El Capital*, tomo 1, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México.

MARX, KARL Y ENGELS, FEDERICO

1979 *Manifiesto del Partido Comunista*, Progreso, Moscú.

MAZA ZAVALA, D.F.

1994 *Cambio y Transformación en América Latina*, Universidad del Zulia, Maracaibo.

1999 *América 2000, el Desafío*, Fondo Editorial Fintec, Caracas.

MCNALLY, DAVID

1997 "The Present as History: Thoughts at Capitalism at the Millennium", en: Meiksins y Foster (eds.), *In Defense of History*, Monthly Review Press, Nueva York.

1998 "Globalization on Trial: Crisis and Class Struggle in East Asia", en: *Monthly Review*, septiembre.

MEIKSINS WOOD, ELLEN
1994 "From Opportunity Imperative: The History of the Market", en: *Monthly Review*, julio-agosto.
1996 "Modernity, Postmodernism or capitalism. Capitalism and the Information Age", en: *Monthly Review*, julio-agosto.
1997 "Back to Marx", en: *Monthly Review*, junio.
1999a "Kosovo and the New Imperialism", en: *Monthly Review*, julio.
1999b "Labor, the State and Class Straggle", en Rising from the Ashes. Labor in the age of "Global" Capitalism, en: *Monthly Review*, julio-agosto.
1999c "The Politics of Capitalism", en: *Monthly Review*, septiembre.
1999d "Unhappy Families: Global Capitalism in a World of Nation-States", en Capitalism at the End of the Millenium, en: *Monthly Review*, julio-agosto.
MEIKSINS WOOD, ELLEN Y BELLAMY FOSTER, JOHN, (EDS.)
1997 *In Defense of History, Marxism and the Modern Agenda*, Monthly Review Press, Nueva York.
MENSHIKOV, STANISLAV
1999 "Russian Capitalism Today", en Capitalism at the End of the Millenium. A Global Survey, en: *Monthly Review*, julio-agosto.
MÉSZÁROS, ISTVÁN
1996 *Beyond Capital*, Monthly Review Press, Nueva York.
1998 "The Uncontrollability of Globalizing Capital", en: *Monthly Review*, febrero.
MONCADA, JOSÉ
1998 *Economía Concentrada*, Universidad de Guayaquil, Guayaquil.
MOODY, KIM
1997 *Workers in a Lean World*, Verso, Londres-Nueva York.
MOSELEY, FRED
1999 "The U.S. Economy in 1999", en: *Monthly Review*, marzo.
NAISBITT, JOHN
1984 *Megatrends. Ten New Directions Transforming Our Lives*, Werner Books Edition, Nueva York.
1994 *Global Paradox*, Avon Books, Nueva York.

NAISBITT, JOHN Y ABURDENE, PATRICIA
1991 *Megatrends 2000. New Directions for Tomorrow*, Avon Books, Nueva York.
NISSEN, BRUCE
1995 *Fighting for Jobs*, State University of New York, Nueva York.
OCDE
1996 *Globalization of Industry*, Informe conjunto de los Comité de Industria y Comercio.
O'NEILL, JOHN
1995 *The Poverty of Postmodernism*, Routledge, Londres-Nueva York.
OHMAE, KENICHI
1995 *The End of the Nation State. The Rise of Regional Economies*, The Free Press, Nueva York.
ONU
1992 *Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*, Río de Janeiro.
1995 *Informe de la Cumbre sobre Desarrollo Social*, Copenhague.
1995b*Informe de la Cuarta conferencia mundial sobre la mujer*, Beijing.
ONU-FAO
1996 *Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial y Plan de Acción de la Cumbre Mundial sobre Alimentación*, Roma.
PANITCH, LEO
1994 "Globalization and the State", en: *Between Globalism and Nationalism, Socialist Register*, Londres.
PANITCH, LEO (ED.)
1995 "Why Not Capitalism", en: *Socialist Register 1995*, The Merlin Press Ltd., Londres.
1996 "Are There alternatives?", en: *Socialist Register 1996*, Merlin Press Ltd., Londres.
1997 "Ruthless Criticism of all that Exists", en: *Socialist Register 1997*, The Merlin Press Ltd., Londres.
PANITCH, LEO Y COLIN LEYS (EDS.)
1998 "The Communist Manifest Now", en: *Socialist Register 1998*, The Merlin Press Ltd., Londres.

PATNAIK, PROBHAT
1999 "Capitalism in Asia at the end of the Millenium", en: *Monthly Review*, julio-agosto.
PATTERSON, THOMAS G.
1997 *Inventing Western Civilization*, Monthly Review Press, Nueva York.
PETRAS, JAMES
1999 "The CIA and the Cultural Cold War Revisited", en: *Monthly Review*, noviembre.
PHILLIPS, KENIA
1990 *The Politics of Rich and Poor*, Random House, Nueva York.
PINO SANTOS, ÓSCAR
1976 *Problemas Económicos del Tercer Mundo y Estrategia de los Países No Alineados*, Nuestro Tiempo, México.
1979 *El Nuevo Orden Económico Internacional*, ENT, México.
POLANYI, KARL
1992 *La gran transformación*, Juan Pablos Editor, México.
POLANYI LEVITT, KARI
1995 "Toward Alternatives: Re-reading The Great Trasnformation", en: *Monthly Review*, junio.
PORTER, MICHAEL E.
1990 *The Competitive Advantage of Nations*, The Free Press, Nueva York.
POULANTZAS, NICOS
1974 *La internacionalización de las Relaciones Capitalistas y el Estado-nación*, Nueva Visión, Buenos Aires.
PRASHAD, VIJAY
1994 "Contract Labor: The Latest Stage of Liberal Capitalism", en: *Monthly Review*, octubre.
PRENTI, MICHAEL
1999 "Reflections on the Politics of Culture", en: *Monthly Review*, febrero.
REICH, ROBERT B.
1990 *The Work of Nations*, Knopf, Cambridge.

REYES HEROLES, JESÚS
1948 *La Carta de La Habana*, México.
RHEYNGOLD, HARVAD
1994 *The Virtual Community*, Haper Perennial, USA.
ROBINSON, JOAN
1962 *Economic Philosophy*, Londres.
1968 *El Fracaso de la Economía Liberal*, Siglo XXI Editores, México.
ROHWER, JIM
1996 *Asia Rising*, Touchstone, Nueva York.
ROITMAN R., MARCOS
1997 *El fantasma de la globalización*, Poscae/UNAH, Tegucigalpa.
ROSEN, FRED Y MCFADYEN, DEIDRE (ED.)
1995 *Free Trade and Economic Reestructuring in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York.
ROSENBERG, NATHAN
1993 *Inside the Black Box; Technology and Economics*, Cambridge University Press, Cambridge.
ROSS, ANDREW (ED.)
1989 *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, Minneapolis University of Minnesota Press.
RUGGIE, JOHN GERARD
1998 *Constructing the World Polity. Essays on International Institutionalization*, Routledge, Nueva York.
RUIGROK, WINFRIED Y TULDER, ROB VAN
1995 *The Logic of International Restructuring*, Routledge, Londres-Nueva York.
SADER, EMIL
1995 "Los desafíos de la Izquierda", en: *América Libre*, núm. 8, Buenos Aires.
1998 "Un año de viraje", en: *América Libre*, núm. 12, Buenos Aires.
SARASQUETA, ANTXÓN
1996 *El Desafío Español*, Espasa Calpe, Madrid.
SAXE-FERNÁNDEZ, JOHN (COORD.)
1999 *Globalización: Crítica a un paradigma*, UNAM/Plaza & Janés, México.

SCLOVE, RICHARD E.
1995 *Democracy and Technology*, The Guilford Press, Nueva York-Londres.
SHUTT, HARRY
1998 *The Trouble with Capitalism. An Inquiry into the Causes of Global Economic Failure*, Zed Books, Londres-Nueva York.
SCHURMAN, FRANZ
1974 *The Logic of World Power*, Pantheon Books, Nueva York.
SCOTT, JOHN
1997 *Corporate Business and Capitalist Classes*, Oxford University Press, Nueva York.
SERVAN-SCHREIBER, JEAN-JACQUES
1958 *The American Challenge*, Atheneum, Nueva York.
SINGER, DANIEL
1994 "Europe's Crises", en: *Monthly Review*, julio-agosto.
SIVANANDAM, A.
1997 "Globalization and Epochal Shifts", en: *Monthly Review*, febrero.
SMITH, HEDRICH
1995 *Rethinking America*, Avon Books, Nueva York.
SWEEZY, PAUL M.
1995 "Economic Reminiscenses", en: *Monthly Review*, mayo.
1997 "More (or) Less on Globalization",en: *Monthly Review*, septiembre.
1999 "An Interview with", en: *Monthly Review*, mayo.
SWEEZY, PAUL M., Y MAGDOFF, HARRY (ED.)
1992 *Monthly Review*, Nueva York, febrero.
TABB, WILLIAM K.
1997 "The Globalization is an issue. The Power of Capital is the issue.", en: *Monthly Review*, junio.
1999 "Progresive Globalism: Challenging the Audacity of Capital.", en: *Monthly Review*, febrero.
TANZER, MICHAEL
1995 "Globalizing the Economy", en: *Monthly Review*, septiembre.

THUROW, LESTER C.

1992 *Head to Head. The Coming Economic Battle among Japan, Europe and America*, William Morrow & Co., Nueva York.

1996 *The Future of Capitalism*, William Morrow & Co., Nueva York.

TOURAINE, ALAIN

1999 *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, Fondo de Cultura Económica, México.

TSURU, SHIGETO

1996 *Japan's Capitalism: creative defeat and beyond*, Canto Edition, Londres.

TUGENDHAT, CRISTOPHER

1971 *The Multinationals*, Londres.

VARIOS AUTORES

1981 *El Informe Brandt y el Nuevo Orden Económico Internacional*, Nuestro Tiempo, México.

1982 *Dynamics of Global Crisis*, Monthly Review Press, Nueva York-Londres.

1993 *The Case Against Free Trade*, San Francisco, Berkeley.

1997a "Debate on Globalization", en: *Monthly Review*, noviembre.

1997b "La Metamorfosis del Capitalismo Monopolista", en: *América Libre*, núm. 12, Buenos Aires.

1998a "El Acuerdo Multilateral de Inversiones", en: *Sociedad Civil. Análisis y Debates*, núm. 2, México.

1998b *Science, Technology and Society*, Cambridge University Press.

1998c *Visión Crítica de la Globalidad*, CELAG-CIDE, México.

1999a *Globalización y Problemas del Desarrollo, Reflexiones y Debates*, Relatoria, La Habana.

1999b *La Globalización de la Economía Mundial*, UNAM-CIEM, México.

2000 "After Seattle: A New Internationalism?", en: *Monthly Review*, julio-agosto.

VIDAL VILLA, JOSÉ MARÍA

1995 "Diez Tesis acerca de la Mundialización", en: *Memoria*, enero-febrero.

VIDYASEKERA, E. A.

1998 "Challenges of Sustainable Development", en: *Development & Socio-Economic Progress*, julio-diciembre.

VILAS, CARLOS M.
1994 *América Latina en el Nuevo Orden Mundial*, UNAM, México.
VÚSKOVIC BRAVO, PEDRO
1993 *La Pobreza, desafío teórico y estratégico*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM/Siglo XXI Editores, México.
WALLERSTEIN, IMMANUEL
1996 *Después del liberalismo*, CIICH-UNAM/Siglo XXI Editores, México.
1998 *Impensar las Ciencias Sociales*, CIICH-UNAM/Siglo XXI Editores, México.
WEST, CORNEL
1991 *The Ethical Dimensions of Marxist Thought*, Monthly Review Press, Nueva York.
WHEATLEY, MALCOLM
1997 *Understanding System Time*, Barron's, Nueva York.
WRESCH, WILLIAM
1996 *Disconnected Haves and Have Nots in the Information Age*, Rutgers University Press, New Jersey.
YATES, MICHAEL D.
1997 "Does the U. S. Labor Movement have a Future?", en: *Monthly Review*, febrero.
ZEA, LEOPOLDO
1996 *Fin del Siglo* XX. *¿Centuria Perdida?*, Fondo de Cultura Económica, México.
2000 *Fin de Milenio. Emergencia de los marginados*, Fondo de Cultura Económica, México.

Índice

Globalización y capitalismo
de Alonso Aguilar Monteverde
se terminó de imprimir en enero de 2002
en los talleres de Impresiones Gráficas de Arte Mexicano, S.A. de C.V.
Venado #104, Col. Los Olivos, Del. Tláhuac,
México, D.F.